



ÁNGELA LEÓN CERVERA



EL AMOR PROMETIDO

¿QUÉ TAN LEJOS IRÍAS POR UN SENTIMIENTO?

El amor prometido

¿Qué tan lejos irías por un sentimiento?

Ángela León Cervera

Rozando Labios



BOOKOLICA

Derechos de autor © 2023 Ángela León Cervera

Todos los derechos reservados

ISBN- 13: 9798861989909

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Ilustración en la portada: Madeline Eva Rivas

Diseño de portada: Madeline Eva Rivas

Edición: Adriana Franco Castillo

Ángela León Cervera

@rozando.labios

info@rozandolabios.com

rozandolabios.com

ISBN: 9798861989909

¿Por qué nombre debemos llamar ahora a los que ya no están?

¿Cómo referirnos a los que ya no pueden respondernos como solían hacerlo cuando estuvieron compartiendo con nosotros este plano?

A esa gran igualadora. La que nos espera indistintamente para devolvernos a nuestra esencia.

La escritura de esta novela me enseñó que con la única persona con la que debes comprometerte, es contigo misma.

“El amor insiste para que vuelva, del amado, el amor.”

Dante Alighieri

“Ahora apunta el día, y la lámpara que iluminaba mi oscuro rincón se apaga”

Tagore

Capítulo I

Las manos le temblaban un poco. Sí. Le temblaban a pesar de que ya habían transcurrido dos años de esa madrugada que nunca más olvidó. Narró lo mejor que pudo, a pesar de sus emociones, cómo fue ese momento y le sorprendió ver de qué modo un recuerdo podía recrear en su cabeza una escena casi surreal, cinematográfica. Sí. Un recuerdo tan vívido en tu cabeza bien que puede convertirse en una alteración de la realidad en la que sientes que lo que sucedió, está volviendo a ocurrir.

Qué fácil es engañar a la mente a veces. Qué fácil es hacerle creer a nuestro cerebro que el dolor viene a visitarte con la misma intensidad, que el desasosiego por un hecho doloroso puede volver a sentirse como si todo lo vivido se estuviese repitiendo, sólo con una memoria intensa o dolorosa. Qué simple es volver a sentir en carne propia la tristeza intacta, el desconcierto íntegro... El corazón hacerse pedazos en tu pecho.

Estaba en una posición que le permitía entender, mejor que nadie más, cómo funcionaba la mente tratándose de las memorias. Quizás eran sus huellas múltiples causándole un dolor que envolvía su alma por capas; muy probablemente, cada vez que recuperaba ese recuerdo, para bien o para mal, el registro de esa madrugada miserable se convertía de inmediato en otra experiencia más.

No importa cuántas memorias asociadas a esa noche tuviese ya, todas despertaban en su corazón atribulado la misma emoción: el impacto que esa noticia le había producido era tan fuerte, que no habría nada en el mundo capaz de borrar las repercusiones que ocasionaba en cada resquicio de su ser.

Quizás, era precisamente por eso que recordaba de un modo prácticamente videográfico, todo. La calle desierta y silenciosa. Posiblemente, se escuchaba el canto de los grillos, el croar de las ranas que no le temían a la ciudad cuando llegaba el momento de expresarse, pero ella no estaba precisamente para sutilezas.

Considerando cómo se sentía y por lo que estaba pasando en ese instante, probablemente era consecuencia de sus terribles sensaciones que fuese capaz de evocar tantos meses más tarde de qué forma se percibía el calor del filtro del cigarro presionado por sus dedos, cómo lo elevó con mano temblorosa hasta sus labios, cuánto tuvo que fruncirlos para aspirar; cómo vibró y sonó, casi imperceptible, la boquilla al dar la calada; cuánto la cegó el humo, obligándola a entrecerrar los ojos ya cansados de velar por una posible buena noticia que no llegaba; en qué medida las ascuas del tabaco al rojo vivo se reflejaron en su rostro, en sus iris, en sus pupilas y el sabor a nicotina que impregnó su boca secándola, agriándola, mientras ella a su vez hacía una bola de humo en ella, sirviéndose de sus mejillas, para después de eso inspirar al completo, contaminando sus pulmones.

Recordaba perfectamente de qué forma los faroles de la esquina iluminaban uno de los flancos del edificio de ese hospital, pared opuesta a la entrada que conducía a la sala de emergencias y mucho más allá, con la debida autorización de los médicos de guardia, al pasillo de espera que conectaba con la sala de cuidados intensivos, donde más de un paciente se debatía entre la vida y la muerte, entre ellos su pareja. Su pareja de sólo treinta y cinco años.

Caminó, alejándose de la esquina, subiendo una ligera calle inclinada plantada de árboles, mirando hacia el frente sin reparar en nada en realidad, con la mente en blanco, incapacitada para albergar un solo pensamiento, en especial porque sentía, en su agobio, que se le agolpaban las ideas por montones. Al ir de un lado a otro, como perro sin dueño ni rumbo, alzó la vista y

reparó en los ventanales de la cara posterior del edificio donde funcionaba ese centro de salud y le llamó la atención ver aquellos pasillos y estancias completamente en las sombras, de no ser porque en el segundo piso una luz roja incandescente la sorprendió. En su ignorancia, por un instante se figuró que podía tratarse de un incendio; sin embargo, al acercarse un poco más para descubrir a qué se debía ese tono irreal y saturado, vio con una sensación difícil de identificar o describir que la fuente de la cual provenía esa iluminación era una pantalla led de esas que suelen usarse para atender al público por un orden numérico.

Su mente se quedó en blanco. ¿Qué clase de servicio prestaría el hospital en ese pasillo para que hubiese una...? ¡No! ¡Una no, dos! Porque se fijó en la existencia de una segunda pantalla led al extremo derecho de esa sala, prácticamente paralela a la primera. Bien, ¿qué clase de servicio prestaba el hospital en ese pasillo para que hubiese dos pantallas encontradas tiñendo de un color rojo, casi incandescente, esas paredes a oscuras, esa ala desierta? Miró a la izquierda y vio que la primera caja decía 12. En algún momento del día la cuenta se detuvo en ese número. Había sido, a juzgar por lo que podía ver desde la calle a través de los ventanales del edificio, el último paciente, la última persona a la que habían atendido esa jornada. Cuando tendió su mirada a la derecha notó que la caja de luz que estaba frente a frente con la otra decía 24. Su cabeza se quedó en blanco. 12 y 24. Qué casualidad. Cifras afines, complementarias.

Sintió un agujero en su pecho. Alzó despacio su mano izquierda, entre cuyos dedos aún atenazaba el cigarro al que le había dado cuando mucho dos o tres caladas, vio su reloj, enderezó un poco la esfera de ese artefacto sobre su muñeca y en la pantalla digital leyó con asombro 12:24. Mientras miraba la cifra perpleja, notó cómo el cristal parpadeó en el preciso momento en el que el minuterero avanzó y ahora reflejaba las 12:25. Se tomó el pecho con la mano derecha; con una torpeza casi descontrolada, aspiró de nuevo del cigarro, para luego dejarlo caer al suelo y pisarlo con la planta de su pie izquierdo, frotándolo con brusquedad contra la superficie rugosa de la acera y corrió calle abajo, hasta la esquina, donde doblaría a la derecha para rodear el edificio y volver al portal de urgencias que conducía, un poco más allá, a la sala de cuidados intensivos.

Corrió como si se le fuese la vida en ello e hizo un esfuerzo por sosegararse cuando vio que se aproximaba a urgencias. Por respeto a los profesionales, los pacientes y los familiares que estaban allí, trató de avanzar un poco más despacio, de ser más comedida, sin que eso aminorara el vacío que sentía en el estómago, el desasosiego que la abrigaba, la ansiedad que la mataba. Cuando se vio de pie por fin en el pasillo de cuidados intensivos, casi desierto de no ser por un hombre de más de cincuenta años que, echado hacia adelante en la silla, se frotaba las sienes devastado, sintió una pizca de alivio. ¿Qué haría ahora? ¿Por qué había sentido el impulso de correr desde la calle a la cual había ido para fumarse un cigarro sin incomodar a nadie, para caminar y tratar de relajarse, hasta ese pasillo deprimente donde había permanecido por más de veinticuatro horas esperando una noticia que le devolviera la esperanza, la dicha? Se sintió desorientada y estúpida y en ese preciso momento vio que la puerta basculante de la sala donde estaban los pacientes con un estado de salud crítico se abría despacio. Vio emerger el rostro del especialista que, casualmente, estaba llevando el caso de su pareja y cuando el sujeto alzó la mirada y la vio a ella allí, angustiada y confusa, en su expresión de pena adivinó lo peor. Se llevó las manos a los labios. Sobre sus dedos aún podía percibir el olor del cigarrillo que fumó a medias minutos antes, la leve rugosidad de sus yemas, el temblor cada vez más descontrolado de sus dedos. El especialista, acercándose a ella con pasos lentos, depositó la mano sobre su hombro, le hizo un gesto para que lo acompañara un poco más allá y una vez que se alejaron algunos metros del otro hombre que, afectado, como ella, esperaba recibir buenas noticias de su

familiar, el médico susurró:

—Lo siento mucho...

—No -la negación se estrelló contra sus labios como lo haría la munición de una catapulta-. No. No, no, no... -Sintió que iba a enloquecer. Entendió de qué modo puedes perder toda pizca de razón en segundos.

—De verdad, lo lamento mucho. Hicimos lo que pudimos...

—¡No! -Gritó y el individuo sentado al otro extremo del pasillo alzó la mirada para verla, nervioso-. ¡No! ¡No! ¡No! -Sus gritos se deben haber escuchado en todo el hospital, muy especialmente en los pasillos superiores desiertos donde un par de pantallas led se habían quedado suspendidas en números que para ella ya no significarían nada, de no ser porque tiempo después leería en el acta de defunción de la persona a la que amaba con todas las fibras de su corazón que la hora de su deceso había sido las 12:24 de un jueves de mediados de abril.

Capítulo II

Cris salió de su habitación sin hacer el menor ruido. Se dio cuenta de que las luces de la cocina y la del salón ya estaban apagadas y supuso que Vega se había ido a la cama. Frunció los labios con decepción. ¿Quizás era demasiado tarde? Rogaba porque no. No le haría ninguna gracia esperar un día más para escribir aquel capítulo. Avanzó por el pasillo y notó que la puerta de la habitación de Ezequiel estaba entreabierta. Asomó sutilmente su rostro a través de ella. A pesar de que la oscuridad se había apoderado del espacio dentro de esas cuatro paredes, el débil resplandor que entraba proveniente de la calle a través de la cortina entreabierta le permitió ver los anaqueles en los que había libros, juguetes, controles de videojuegos y un poco más allá la cama, en la que le tranquilizó ver que el chico de nueve años ya dormía, así que continuó avanzando en la penumbra hasta la recámara de su madre, cruzando los dedos en su cabeza para que ella, a diferencia del niño, estuviera despierta y preferiblemente lúcida.

Una vez se detuvo ante su alcoba, empujó la puerta con sus manos, se coló a través de ella y vio al fondo, frente al espejo del lavamanos, a Vega untándose una mascarilla facial antes de irse a la cama. Era evidente que estaba entregada a su rutina de belleza desde hacía minutos, pues ya había logrado deshacerse del maquillaje que había llevado sobre su rostro desde que salió de casa aquella mañana de martes para acudir a su trabajo como asistente directiva de una firma de abogados.

—Hola -Cris se recostó del marco de la puerta y Vega miró su rostro a través del espejo. Detuvo la mano con la que se masajeaba los pómulos y relajando los labios, que tenía tensos para extender la piel de su cutis, le sonrió.

—¡Cris! Creí que dormías o que estabas trabajando. ¿Cómo estás?

—Aburrida -susurró, empujó sus lentes hacia arriba con la punta de sus dedos, los enderezó ante sus ojos color avellana y dijo, mientras Vega volvía a adoptar su mueca graciosa y a masajear su cara:

—Uno de mis clientes me está presionando para que le entregue el manuscrito esta misma semana, pero tengo una especie de bloqueo.

—¿Sí?

—Sí. Debo escribir un capítulo de sexo entre los protagonistas y ya sabes...

Se vieron a los ojos. Vega sonrió.

—Sí, ya sé. No sabes nada del sexo entre un hombre y una mujer.

—No -admitió sin vergüenza-. Así que vengo en busca de mi fuente.

Vega rio. Ya se enjuagaba las manos en el lavamanos para retirar de ellas los residuos de la crema que se había untado en la cara. Inmediatamente luego, procedió a retirar de su cabeza la toalla con la que envolvía su cabello húmedo para proceder a secarlo. Era impensable que fuese a trabajar al día siguiente con aquellas hebras revueltas.

—Bueno... -Abrió la gaveta del mueble inferior del lavabo, sacó de ella su secador de pelo, desenrolló el cable, tomó la punta, extendió el brazo, lo conectó a la toma de electricidad en la pared, lo encendió para verificar que estuviese funcionando correctamente, volvió a apagarlo y, dejando la pistola que soplaba aire caliente sobre el mueble ante ella, procedió a recogerse el cabello con pinzas y a buscar los cepillos cilíndricos con los que solía peinarse cada vez que se dedicaba a embellecerse-, ¿qué necesitas esta vez?

—No lo sé -se alzó de hombros, pasó por detrás de ella, se acercó al inodoro, bajó su tapa y se sentó cómodamente sobre él-. Ya conoces a mis clientes. Debo incluir algunas situaciones de

sexo subido de tono, casi pornográfico, pero que a la vez parezca verosímil; así que considerando que en mi vida he hecho una felación y que nunca la haré, que en mi vida me he acostado con un hombre y ni siquiera mi trabajo como *ghostwriter* me empujará a eso, pues recurro a mi buena amiga heterosexual para que me eche una mano compartiéndome algunas de sus terribles aventuras... -Cruzó una pierna sobre la otra, reposó su codo izquierdo en ella, en su mano su rostro y la miró atenta-. Así que soy toda oídos.

—¿Y cómo vas con el romance?

Había terminado de separar su cabello y se disponía a secarlo. Miró a Cris de soslayo.

—Bueno, lo de siempre, ya sabes... La pobre chica, una camarera soñadora del café al que él, empresario acaudalado, siempre va a tomar el desayuno, ya tuvo el infortunio de derramarle un *macchiato* doble sobre su traje de *Savile Row* de al menos unos doce mil dólares, por lo que su príncipe azul contemporáneo no tuvo más remedio que dirigirse al gerente del establecimiento para que la echara a la calle por su torpeza. Estudiante, de familia humilde y con un corazón de oro, tuvo que conseguir trabajo como paseadora de perros para poder tener algo de dinero para ayudar a su abuela con las medicinas y... ¿Adivina?

—En su primera semana de trabajo tiene que llevar al Gran Danés del impertinente que hizo que la echaran a patadas de la cafetería a cagar en el parque más concurrido de la ciudad.

—Setter... Setter Irlandés...

—Oh, vaya. Este sí que es un tipo sofisticado.

—¿Qué puedes esperar de un magnate del *Real Estate* cuyo principal *hobbie* es navegar en su velero *Freedom*?

—No entiendo... -dijo volteándose hacia ella con el secador en la mano, a punto de ocuparse de su cabello-. ¿Qué mierdas puedes saber tú de navegar en un velero?

—Un soberano carajo, te lo garantizo.

—Y en lugar de investigar acerca de cómo se izan las velas o cómo se arroja el ancla, ¿vienes aquí a preguntarme cómo un empresario súper dotado se acuesta con la chica que le pasea al perro?

—Ya sabes... Las prioridades de Rubén Pessoa -alzó los hombros-. Con algunas cosas no necesitas profundizar tanto. Basta con enumerar sus atributos como una lista de mercado: alto, fornido, atractivo, no más de treinta años, con un traje de *Savile Row*, un *Rolex* y una *Mont Blanc* con la que firma sus cheques de seis cifras, amante del velerismo y la pesca deportiva... Pero cuando tienes que describir cómo le hace el amor a la pobre chica que pasea perros, para llevarle el frasco de aspirinas a la abuela, sí que tienes que recurrir a toda, toda tu imaginación y más, así que espero que tengas alguna aventurilla buena que no te importe compartir conmigo, considerando que sólo necesito describir algunas cochinadas para terminar con ese manuscrito esta misma semana, sacar otra novela romántica del horno y con suerte cobrar mis doscientos cincuenta dólares antes de que finalice el mes... -Le hizo un gesto con la mano-. Adelante. Te prometo no ruborizarme como la última vez...

Vega rio.

—¿Sabes qué creo, Cris? -Se miraron a los ojos-. Creo que deberías dejar de escribir para otros novelas que se venden como pan caliente y comenzar a publicar tu propio trabajo.

—¿Y le haré creer al mundo que me llamo Y.W. Etzveralt o algo así?

—No, las firmarás como Cris Álvarez y saldrás del injusto anonimato.

—Déjate de ideas tontas y vamos a lo que vamos.

—Bueno, bueno... -Peinó un mechón de su cabello, lo sujetó en torno a uno de sus cepillos cilíndricos y comenzó a alisarlo con el secador. Subió el tono de voz para hablar por encima del

ruidoso aparato-. Tengo una anécdota bonita con uno de mis novios, que de seguro te servirá para tu magnate que toma *macchiato* doble...

—¿Uno de tus novios? -Miró su perfil con curiosidad. Ella también comenzó a hablar a los gritos, por encima del zumbido del secador-. Pensé que me contarías uno de tus episodios con Molina.

—No -aclaró-. Porque se supone que quieres a un buen amante, ¿no? Y te puedo asegurar que Molina era de todo, menos eso.

—¿De verdad?

—Palabra -siguió estirando su cabello y enroscándolo sistemáticamente mientras él tomaba forma y brillo-. No me malinterpretes, Cris. Yo adoré a Molina. De verdad lo quise muchísimo, pero las cosas como son: en la cama era bastante soso.

—Pero aún así te casaste con él...

—Me casé con él y le di un hijo, sí, pero es que yo estaba buscando a un sujeto para construir una relación bonita, no un *stripper* para vivir cada noche una fantasía.

—¿Y por qué el padre de tu hijo no puede ser también un gran amante?

—¡Ay, niña! Algunas corren con esa suerte, pero a mí no me pasó -volteó a verla, depositando el secador en el lavabo y tomando otro mechón de cabello-. No me quejo. ¡No me quejo en lo absoluto! Con ellos, como con todos, eso es una lotería, cariño... ¿O es que todas tus novias han sido unas fieras en la cama?

—No -la miró avergonzada-. La verdad es que con algunas ha sido mejor que con otras, pero varias quedaron para la historia.

—¿Y Lara Cruz? -Sonrió con malicia haciendo reír a Cris. Siempre se refería a su novia actual por su nombre y apellido, para luego añadir: “Ya sabes, la Lara Croft criolla”.

La escritora soltó la risa, aunque sabía a dónde iría a parar su chiste.

—Lara es una de las más apasionadas en la cama, sin duda -se tomó el mentón con los dedos, enderezó sus lentes y añadió-. Es muy sexual. Tiene un ritmo bastante alto y casi podríamos hacerlo a diario, de no ser porque vivimos en lugares distintos y los encuentros muchas veces se complican.

—Cantidad no es calidad, Cris -volvió a encender el secador y con eso a alzar la voz-. No confundas las cosas.

—No. No las confundo. Sé de qué hablas, pero siendo muy justa, con Lara he llegado a donde no he llegado con ninguna otra en materia de sexo... -Chasqueó la lengua-. ¡Pero nos estamos desviando del tema! Háblame de ese tal novio tuyo de una vez, que me encantaría entregar el manuscrito a Rubén a más tardar pasado mañana.

—Ah, sí -sonrió-. Juan José.... ¡Qué bien lo hacía ese desgraciado! De mis mejores amantes, te digo.

—¿Y por qué terminaron? -La miró extrañada-. ¿No te quería?

—¡Me adoraba! Pero como me adoraba a mí, las adoraba a todas -Cris soltó la carcajada-, así que me cansé de sus travesuras y un día lo mandé a volar. Aunque te puedo decir que lo hacíamos divino.

—¿Bien dotado? -Vega volteó a verla asombrada.

—Niña, por favor... ¡No! -Puso el secador en el mueble ante ella y separó otro mechón de cabello-. Lo creas o no, eso que tienen ellos entre las piernas es para hacer el amor, no la guerra -la escritora rio.

—¿No te gustan grandes? -Volvió a enderezarse los lentes-. Creí que mientras más grande, mejor.

Vega reparó en ella por segundos.

—El porno y sus falsas enseñanzas... -Suspiró y recostó la cadera del lavabo-. A ver, Cris, no dudo que a algunas no les encante que sea descomunal, pero yo, que soy estrecha, no lo prefiero, ¿entiendes? ¿O tú sí?

—¡No lo sé! -La miró estupefacta-. Entre mis piernas sólo he tenido un par de dedos o un poco más y uno que otro dildo, yo diría que de proporción normal, pero... Tú eres madre, ¿no? ¿Eso no ensancha el canal? ¿O estoy diciendo una estupidez?

—Soy madre, Cris, pero hay algo que se llama: cesárea.

—¡Oh, mierda! -Se sintió tonta-. Eso lo explica todo.

—Además, una vez me topé con un semental y te puedo asegurar que aquello fue debut y despedida.

Retomó su peinado.

—¡Háblame de eso! -Vega volteó a verla deteniendo el movimiento de su mano al masajear su cabello con el cepillo cilíndrico.

—¿Pero no me pediste una anécdota romántica?

—Sí, sí, pero si Rubén no ve unos cuántos centímetros de más en el calzoncillo de mi magnate del *Real Estate*, se quejará.

—¡Bueno! -Se indignó-. No conforme con dejar a la chica sin trabajo y pagarle para que le recoja la mierda a su perro, ¿también pretende empalarla?

—¡Pero ella lo disfrutará! -Le aseguró con un cinismo entusiasta, haciendo reír a Vega-. ¡Ella morirá por él y encontrará al amor de su vida en esa noche de sexo casi impúdico, en la que la deje adolorida y con la dignidad maltrecha! Así que háblame de esa experiencia tuya con ese sujeto descomunal y por los nardos no te preocupes, que ya me encargaré yo de ponerle las inverosímiles cursilerías para romantizar algo que a simple vista no es más que una escena de sexo guarro y repleto de clichés.

—¡Vaya! -Se cruzó de brazos-. ¡Deberías dedicarte a otra cosa, linda, por el bien de las mujeres! Que tu editor sea un morbosos mal entretenido que publica novelas románticas todos los meses recurriendo a seudónimos falsos de chicas para hacerle eco a la misoginia no está nada, pero nada bien.

—Lo sé, una feminista pediría mi cabeza en una estaca, pero necesito esos doscientos cincuenta dólares para ayudarte con los gastos aquí por este mes, cubrir los gastos del departamento de mamá y los míos, así que déjate de escrúpulos y habla.

—De acuerdo -sonrió a medias mientras corroboraba en el espejo cómo iba su tarea de peinar y secar su cabello con visos rubios-. Lo que recuerdo del semental es que, de buenas a primeras, no me imaginé esas proporciones. Precisamente por eso, cuando se bajó los pantalones y vi lo que me esperaba, maldije mil veces para mis adentros y pensé: ¿Por qué a mí? ¿Qué voy a hacer con esta monstruosidad?

—Imagino que a mi protagonista le bastará con ruborizarse al ver semejante panorama y muy probablemente se humedezca su boca, pensando en las posibilidades, aunque... No es muy verosímil que una chica virgen actúe así -alzó sus ojos y a través de sus lentes vio el perfil de Vega-. ¿O sí?

—¿¡Virgen!?! -gritó-. ¡Pero grandísima perversa, tú de verdad quieres desgracia para siempre la vida de esa pobre niña! -Cris rio con ganas-. ¿Tanto karma sólo por derramar un café caliente en la entrepierna de ese arrogante?

—La culpa no es mía. La culpa es de los que romantizan la violencia sexual, especialmente después de que saliera a la luz el medio centenar de sombras del sujeto aquel en Seattle, así

que... Adelante...

—Bien. Cuando empezó todo, yo de verdad rogué porque el sujeto se extendiera en los preliminares, para que al menos yo estuviese lubricando lo suficiente como para resistir aquello...

—Por eso pierde cuidado -sacudió su mano con un gesto despreocupado-. A Rubén le gusta que sus protagonistas se inunden sólo de verlas, así que la pobre estará con el agua hasta el cuello desde que el magnate le tome la mano y la lleve consigo a la *suite* de lujo de ese hotel en Miami.

Vega la miró boquiabierta y ni siquiera el calor de la pistola del secador muy cerca de su cuero cabelludo la sacó de su gesto de perplejidad.

—De verdad, Cris. Toma este consejo de una buena amiga: reconsidera el rumbo de tu vida profesional, ¿sí?

—Prometo pensarlo -alzó su mano con un gesto solemne o algo parecido- pero, por este mes, necesito esos doscientos cincuenta dólares, además de cumplir con mi cliente... ¿Qué más?

—A ver... -Retomó su mechón de cabello cruzando los dedos para que no se chamuscara demasiado-. Supe que ya no podía echarme atrás y que por momentos sería incómodo y doloroso, pero me encargué de ir guiando toda la situación, disfrazando mis precauciones de un juego erótico muy excitante que a mi amigo el semental le fascinó... Imaginarás que si lo hacía eyacular pronto, mi viacrucis no sería de catorce estaciones...

—Mierda -Cris se preocupó-, pero una chica virgen no tiene las herramientas para tomar esas decisiones.

—¡No! -Se enojó-. A menos que Rubén y tú decidan que la chica en cuestión es la reencarnación de la Madame de los burdeles de Mesopotamia... -Se alzó de hombros-. Claro, también tu magnate podría recompensarla por recogerle la mierda al Setter tratándola como se trata a una dama y siendo sutil y tierno con ella.

—¡Esa es una idea genial! -Se entusiasmó.

—Lo que nos lleva a tu pregunta inicial -se vieron a los ojos y Vega sonrió-. Sí, un hombre puede ser un amante grandioso y demostrarte con hechos que te quiere o te valora como mujer y como persona. Lo que los hace muy buenos en la cama es que se tomen su tiempo, que sean empáticos, que se preocupen por el placer de ambos y que sepa qué hacer y cómo hacerlo en el momento justo para que los dos disfruten por igual... -Cris abrió la boca para refutar y Vega, extendiendo la mano con el cepillo cilíndrico en ella, la detuvo-. Y no. No es imposible, no es una quimera, menos que menos es un mito que puedas encontrar a un tipo así, porque yo he tenido en mi vida al menos a dos, así que sé de lo que hablo.

—Pero no te casaste con ninguno de ellos... -Concluyó pensativa.

—No -volvió a mirarse al espejo, le quedaba muy poco para terminar de secar su cabello-. Y no porque no quisiera. Encantada de la vida me habría casado con Juan José, pero sabía de sobra lo que me esperaba y no... No soy tan abnegada o tan imbécil como para darle hijos a un hombre así.

—¿Infiel?

—Infiel, sí -volvió a enroscar su cabello en el cepillo-. De eso sí puedes estar segura, la monogamia no es algo con lo que los hombres se la lleven muy bien, sin importar si son o no atractivos. Desde luego, con la seguridad de saberse buenos amantes, el índice de adulterio aumenta y tú tienes que aprender a vivir con eso. Claro, también hay hombres que manejan su agenda oculta con una elegancia y una discreción impecable, por lo que, aunque tengas tus sospechas, muchas veces ni te enteras y ya sabes lo que dicen por ahí: “Ojos que no ven, corazón

que no siente”.

—¿Y el segundo? -La miró con curiosidad-. ¿El segundo amante formidable del que hablas? ¿Quién fue?

Vega se quedó muda por segundos. Cris no supo con certeza si no la había escuchado con claridad, si prefería ahorrarse aquella anécdota o si estaba tan distraída en corroborar su peinado que su embeleso le impedía responder. La escrutó con sus ojos color avellana y la mujer frente a ella parecía estar en un estado normal, imperturbable, tan de buen ánimo como lo había estado desde que la encontró en el baño haciéndose cargo de su rutina de belleza, pero algo... Algo en sus ojos...

—Un cliente del bufete -suspiró e interrumpió todo el torrente de conclusiones al que se encaminaba Cris de solo verla-. Un antiguo cliente del bufete con el que estuve saliendo en secreto por un par de meses. Por desgracia para mí, se fue del país y hasta ahí llegó nuestro idilio, porque mi príncipe azul se trasladó a Miami a abrir un negocio allá, casualmente en el área de las inversiones inmobiliarias.

—¿Hace mucho de eso?

Ahora que lo pensaba, no le había conocido ningún pretendiente en el tiempo que tenían siendo tan buenas amigas.

—Lo conocí un año antes de enredarme con Molina -susurró, mordiendo por una esquina una pinza con la que sujetaría el último mechón de cabello que le faltaba por secar-. Hace unos once o doce años de eso.

Cris la miró con curiosidad.

—¿Lo quieres? -Frunció el ceño-. ¿Lo echas de menos?

—No. No exageremos -volteó a verla y a la escritora le sorprendió ver una sombra de melancolía en su mirada a pesar de referirse a ese desconocido con naturalidad-. No echo de menos a ese individuo, por muy bueno que sea sobre la cama.

Se quedaron en silencio otra vez, mientras el sonido del secador era lo único que se escuchaba en el cuarto de baño. Cris suspiró y, dando una palmada sobre sus rodillas, se puso de pie.

—Bien. Creo que con esto tengo suficiente material para trabajar -se estiró para relajar su espalda-. Ya te contaré si mis escenas de sexo feroz satisfacen los estándares de Rubén.

Vega la vio pasar por detrás de ella a través del espejo.

—¿No me digas que ese ocioso mide la efectividad de tus escenas dándose una buena manoseada?

—Aparentemente -asumió despreocupada y la otra se tomó la frente con la punta de los dedos, consternada-. Dice que si no lo excitan a él, no excitan a nadie.

—¡Vaya! -Meneó la cabeza con desaprobación-. ¿Y cómo le dicen? ¿Polvo fácil o bala perdida?

Cris rio con ganas.

—Gracias, Vega -la miró sonriéndole-. Que duermas bien.

—Igualmente, Cris. Descansa... -La vio atravesar su habitación rumbo a la puerta y la llamó-. Hey, Cris -ella se giró despacio y la miró a los ojos-. Piénsalo. Piensa en publicar tus propias historias. Creo que podrías entregar al mundo algo mucho mejor y no sólo eso... ¡Publicar tu trabajo podría hacerte sentir bien contigo misma y con tu profesión!

—Lo pensaré -alzó de nuevo la mano-. Déjame terminar ahora con el magnate y la chica que pasea perros y te prometo que lo pensaré -volvió a encaminarse a la puerta-. Buenas noches.

Capítulo III

¿Qué era lo que más la atormentaba? De cara a los apuntes que tenía sobre el escritorio, se hacía por millonésima vez esa pregunta. ¿Cuáles eran los pensamientos obsesivos en torno a la muerte, a la desaparición física de su pareja? Reflexionó, aunque le flaquearan las fuerzas en su corazón, acerca de lo que habían sido las horas de agonía de la persona amada.

Lo primero que vino a su mente fue la idea en torno a las sensaciones corporales de la agonía. ¿Cómo se siente un cuerpo que languidece? ¿Cómo se percibe, físicamente, la sensación de que la vida te está abandonando? Además del dolor, del desasosiego, de ese sentir que todo es abrumador, de la descompensación íntegra de tus funciones corporales... ¿Habrá en medio de ese laberinto de sufrimiento un instante de paz? ¿Habrá en esa letanía de malestar un momento, un solo segundo, en el que sientas alivio? Y esa repentina, súbita sensación de alivio... ¿Te llevará a la esperanza? ¿Dirás, en ese segundo apenas: “Todo pasó, ya estoy bien, me siento mejor”? Y si ese momento de sosiego llega y si ese momento en el que el dolor cede ocurre... ¿Cuánto tiempo faltará para que arribe por último la muerte?

¿La presentirás? Es decir. La mañana de ese infausto día en el que todo ocurrió, ¿su pareja se habría levantado de la cama con la sensación de que iba a morir? ¿Se habrá visto a los ojos en el espejo del baño y habrá sentido en la mirada que reflejaba el cristal la certeza de que nunca más volvería a contemplarse en esta vida material porque la suya cesaría?

Se tomó la cara con ambas manos y allí, en la tibia cápsula que hacía contra su rostro la piel de sus manos, exhaló destruída. No importaba cuánto tiempo transcurriera, tratar de ponerse en los zapatos de su pareja de cara a su sufrimiento en la víspera de su muerte siempre la aniquilaba, pero muy especialmente la hacía sentir aborreciblemente culpable. La culpa del sobreviviente. ¿Por qué ella sí y su pareja no? ¿Por qué ella debía permanecer en esta mierda de mundo, con las paredes de esa casa viniéndosele encima, con los recuerdos derribándole los pórticos de la memoria; con la soledad durmiendo sobre su pecho cada día como lo haría el gato, el mismo gato que, en su despecho y añoranza, se rehusó a dejar de reposar sobre la almohada donde aún se concentraba el aroma de aquella persona que ya no estaba con ellos; que nunca más volvería a estar con ellos?

—¿Por qué tú? -susurró sin fuerzas. Mil veces musitó sin aliento esa pregunta que se quedaba sin argumentos, estéril, como un río cuyo cauce se seca-. ¿Por qué tú y no yo? ¿Por qué tú, si siempre fuiste de las dos la más fuerte? ¿Por qué tú, si siempre fuiste de las dos la que irradiaba más luz, la alegría de esta casa, el hogar que llevas a todas partes en una sonrisa, todo el maldito resplandor de mis amaneceres, toda la maldita razón de mi existencia? ¿Por qué tú, si eras el testimonio vivo de que, después de todo, una miserable como yo tenía razones para sentirse afortunada, merecedora de algo a pesar de mi cinismo, mi agrio carácter, mi gris existencia?

“¿Por qué tú?”. Pero jamás obtuvo respuesta. Jamás supo porqué Beatriz y no ella.

Era tal la orfandad de su partida, que ni siquiera sintió un soplo de brisa suave sobre su piel que le indicara, en los momentos en los que su duelo era más abrumador, que Beatriz estaba allí, que algo de ella continuaba en torno suyo para rozarla de alguna manera y recordarle las razones por las que debía seguir adelante. Era estúpido, pero la indiferencia de Beatriz luego de su muerte, la hacía sentir no sólo hueca, muy especialmente que la otra se había marchado enojada con ella.

—La indiferencia de Beatriz luego de su muerte... -Rio sin ganas-, pero... ¡Qué estupideces se me vienen a la cabeza! ¿Cómo puedes ser indiferente con alguien si ya no estás?

Pero... ¿No se supone que cuando el amor es tan grande que está por encima de los límites materiales entre las dimensiones, se sienten cosas? Una puerta que se abre, un objeto que se cae, un sonido casi imperceptible, un aroma súbito... ¿No se supone que se juraron estar siempre juntas, por encima de la vida, más allá de la muerte, elevándose sobre la eternidad? ¿Dónde mierdas estaba ahora el alma, el espíritu, el fantasma de Beatriz para encenderle de un momento a otro la luz de la sala, tintinearle los cacharros sucios que se acumulaban en la cocina o sentarse despacio en el borde de la cama que compartieron por más de diez años? ¿Dónde?

Entonces, ¿debía resignarse?. ¿Así culminaban más de diez años de amor? ¿Ese era el final de un poco más de una década y de un puñado de sueños compartidos, de luchas ganadas o de batallas perdidas? ¿Así? Con el gato inapetente e indiferente, dormitando opaco y sin fuerzas sobre la almohada donde aún permanecía su aroma y que ella no podía abrazar por no restarle al minino el derecho de transitar también el dolor ocasionado por la ausencia de la persona que más amaba. Con este silencio. Con esta oquedad. Con todas las preguntas rebotando contra las paredes y un vacío tan hondo, tan denso, tan aplastante que Itza Arbe no tenía más remedio que reprocharle a Beatriz, además de todas las cosas que ya le demandaba sin que ella pudiese saberlo, menos que menos imaginarlo, su indiferencia, por no venir a trastornar su vida con un sonido espeluznante en medio de la madrugada. Por no insistir en volverla loca de dolor moviendo una de las sillas de la mesa del comedor, o derribando sobre el librero de la biblioteca la foto donde juntas sonreían a la cámara como testimonio de su dicha ese día en el que oficialmente se casaron.

Los que saben de estas cosas dicen que las almas que ascienden con dicha y en paz dejan un vacío sordo, mudo. No hay lamentos. No hay sensaciones. No hay sucesos inexplicables, menos que menos coincidencias que te hielen el cuerpo. ¿Así que Beatriz, sin importar cuánto sufrió antes de exhalar, se había marchado en paz?

—¿Tan fácil fue para ti dejarme, Titi? ¿Tan sencillo fue cerrar la puerta y echarnos al olvido?

¿Qué mierdas se supone que iba a hacer ahora? ¿Se levantaba hasta la cocina y buscaba en la alacena un paquete de voluntad que le permitiera seguir viviendo en una casa donde cada rincón era un testimonio vivo de ella? De solo girar la cabeza a la derecha podía ver en el balcón de la terraza las plantas que Beatriz regaba entre sonrisas una noche sí, una noche no, hablándoles además y susurrándoles palabras bonitas por florecer, por crecer, por ser testimonio de vida. Allí estaban, marchitas de indolencia. Ni siquiera sabía si la begonia necesitaba más sol que las calas, o si las suculentas estarían bien de solo ponerles agua una vez a la semana.

No podía aspirar a más que los detalles. Los detalles que le hablaban de una vida que fue y que ya no sería más. Una vida que sólo se conjugaba en pretérito perfecto, sin presente, pero muy especialmente sin futuro. Una huella, el paso de un ser amado que dejó como testimonio de su cotidianidad una página marcada en un libro que jamás terminaría de leer; el mismo libro que semanas antes había asegurado que le parecía aburrido, pero que sin dudas acabaría, porque se había comprometido a hacerlo. Un detalle como su cepillo de dientes en el vasito del baño. El mismo que Itza se negaba a mover de lugar para no profanar uno de los testimonios más simples, pero a la vez más contundentes de que su Titi existió y, no sólo eso, la hizo feliz... ¡La hizo ridículamente feliz sin que ella lo supiera! ¡Por años!

Indicios abrumadores había por cientos: su ropa perfectamente doblada o colgada en el closet. Los zapatos con los que solía ir a correr los fines de semana por la mañana, aún con las suelas un poco sucias de su última travesía por el parque cercano a la casa. El cepillo con el que peinaba su cabello, con hebras rubias aún en él y el sutil y dulce aroma que lo caracterizaba. El pijama que se había quitado la mañana en la que ocurrió todo, aún sobre el sillón de la habitación.

Huellas. Huellas. Huellas... E Itza, sin ánimos de profanar ninguna, por mucho dolor que le causaran.

Entendió por enésima vez lo que siempre supo: Beatriz era el motor de su hogar. Beatriz era, en sus brazos, una mansión; en su sonrisa, una ventana a través de la cual miras al cielo; en su mirada franca, una promesa que sabes que siempre ha de cumplirse.

—Estoy muerta -aseguró y miró de nuevo los apuntes sobre la mesa donde trataba de seguir los pasos de los ejercicios que su terapeuta le había encomendado como parte de la dura elaboración de su duelo-. Respiro, pero no vivo. Quizás eres tú la que no puedes sentirme a mí, Titi, porque tú ascendiste, pero mi alma se ha perdido. Mi alma se perdió para siempre -se derrumbó sobre el escritorio-. Mi alma deambula por la sombra.

Capítulo IV

Despertó. A juzgar por la forma en la que se quedó dormida, fue mejor así. Lo que la hizo dar un salto en la cama fue el estruendo en su puerta y, acto seguido, la forma en la que Vega reprendió a Ezequiel a los susurros por su descuido y su desconsideración. Desde donde estaba, Cris no tuvo forma de verlo o imaginarlo, pero el estrépito que la hizo abrir los ojos repentinamente se debió a un balón de fútbol que el niño de nueve años pateó con entusiasmo desde su alcoba y que salió disparado hacia el pasillo, impactando contra el portal de la inquilina.

Ese día, como todos los jueves, Ezequiel tenía actividades deportivas en el colegio y debía ir vestido acorde a la ocasión, con una camiseta debidamente identificada con el membrete de la institución, unos shorts, zapatillas y un *hoodie* de cremallera, también con las señas de su colegio en el pecho y en la espalda. Saberse vestido de esa forma, lo motivó a dar un contundente puntapié a su pelota antes de salir de la recámara con la mochila en la que llevaba todos sus cuadernos, libros y utensilios escolares colgándole de los hombros y el estruendo que ocasionó con su infantil imaginación, en la que se veía a sí mismo como un futbolista consumado cobrando una pena máxima en la final por la Copa del Mundo, llegó a los oídos de la madre que terminaba el desayuno en la cocina y, del susto, dio un salto gracias al portazo.

Casi derrama la greca con el café y estuvo a punto de echarse encima el refrigerio que pretendía depositar en la lonchera que su hijo se llevaría consigo, por lo que, enfadada, salió a las zancadas de la cocina y desde allí divisó a Ezequiel avergonzado, recogiendo el balón rápidamente, como si con eso pudiera evitar que su madre notara su travesura; sin embargo, ver a Vega cruzada de brazos con cara de pocos amigos y susurrándole: “Guarda esa pelota inmediatamente y ven para acá a tomar el desayuno que se nos va a hacer tarde”, fue suficiente para entender, si no obedecía, se llevaría su buen castigo. Entró en la cocina con la cabeza gacha y allí Vega contraatacó, mientras le ponía sobre la mesa un sandwich delicioso y un vaso con leche achocolatada.

—¡Te lo he dicho dos millones de veces, Ezequiel Molina! -El niño no la miró a los ojos y comenzó a comer cabizbajo-. ¡Te he dicho que tienes que ser considerado! ¡Aquí ya no estamos solos tú y yo! ¡Cris también vive con nosotros y tienes que ser respetuoso!

La escritora tenía ocho meses viviendo con ellos. Ella y Vega se conocían desde que eran muy jóvenes, pues ambas crecieron en el mismo edificio en el que sus madres no sólo fueron vecinas de casi toda la vida, sino también amigas. Cuando Maigualida Álvarez, la madre de Cris, murió, tanto la mamá de Vega como ella misma mostraron una enorme solidaridad por la chica, en parte porque les conmovía que la pobre hubiese quedado literalmente sola en el mundo. Sí, Cris era la última descendiente de un linaje familiar que se había caracterizado por las hijas únicas, de no ser por sus dos tías abuelas que, al igual que la madre de Maigualida, también habían fallecido. ¿Y qué había de la familia paterna? Prácticamente no existía para ella, pues la escritora jamás supo con exactitud quién fue el sujeto que la engendró.

Empecinada, resentida y rencorosa, Maigualida se dedicó a hacerse cargo de su única hija, sin dar nunca mayores detalles del hombre del cual se enamoró y con el cual quiso, alguna vez, tener un hijo; hijo del que sólo ella fue responsable, no se sabe si por decisión propia o como consecuencia de su inquebrantable orgullo.

Cris no podía asegurar con exactitud si el que fue su padre simplemente se lavó las manos, aún sabiendo de sobra acerca de su existencia, o si el sujeto ignoraba por completo que le hubiese nacido descendencia del vientre de Maigualida Álvarez. Precisamente por esto, cuando llegaba la

hora de hablar de la figura de papá, la mente de la escritora se quedaba en blanco, como si tuviese ante sus ojos una silueta anónima de la cual no poseía la más mínima información, como si se quedase ciega ante el avistamiento de un hombre perpetuamente desconocido. Ahora que su madre había partido de este mundo... ¿A dónde podía ir tras la huella de su padre? ¿Quién le podía poner nombre y apellido al fantasma de su niñez y adolescencia?

Conscientes de la devastadora sensación de orfandad que había tomado posesión del corazón de Cris Álvarez a pesar de sus treinta y tres años, la primera en considerar como una buena idea que la hija de Maigualida se fuese a vivir con Vega Santini fue Eleonor Romero.

Eleonor, la madre de Vega, le sugirió a la divorciada que le tendiera la mano a la chica, considerando que esa alternativa podía ser un beneficio para ambas, pues no sólo compartirían los gastos asociados al departamento, también era una forma de contener en su soledad y tristeza a un alma desamparada, emocionalmente hablando, que no sabía cómo avanzar en la vida llevando a cuestas el estigma del sobreviviente, con la culpa que además esa idea le ocasionaba.

Así que allí estaba Cris, estrujándose los ojos con las manos luego de que Ezequiel la despertara de un modo abrupto esa mañana; aunque, para sus adentros, lo agradeció. Se sentó en la cama despacio y no supo a qué hora se había quedado dormida. Vio que aún tenía los lentes puestos, que la laptop estaba abierta a un costado del lecho y cuando presionó la tecla de *enter* para ver qué fue lo último que hizo durante la madrugada, la pantalla negra de ese dispositivo le dio señas de que algo no estaba bien. Volvió a oprimir teclas al azar al menos tres o cuatro veces más y dedujo que la razón por la cual la máquina no respondía era, posiblemente, la falta de batería. Se levantó como pudo, con una sensación de modorra increíble, caminó hasta la cómoda, encima de ella encontró el cable de carga de su computadora portátil, la conectó a la toma de electricidad y en segundos vio un ícono que indicaba cómo la batería, enteramente agotada, comenzaba a restablecerse. Suspiró y volvió a sentarse en la cama con las piernas cruzadas. Le restaba esperar algunos minutos. Transcurrido ese tiempo la pantalla se iluminó, el aparato hizo un sonido indicando que estaba iniciándose y ante sus ojos apareció la página de *Chrome* en la que estaba navegando justo antes de que el sueño la venciera.

Se acomodó los lentes, se inclinó hacia adelante y se dio cuenta de que estaba en su Gmail, que había escrito un correo electrónico para Rubén Pessoa, que tenía adjunto el manuscrito que había terminado en la madrugada, pero... ¡Nunca llegó a enviarlo! Miró la hora en la esquina superior derecha de la laptop, calculó rápidamente la diferencia horaria con la ciudad de Miami y suspiró con alivio, pensando que aún estaba dentro del plazo para enviar el documento a su editor. Se acomodó una vez más los lentes, releyó lo mejor que pudo cuánto había escrito, se cercioró de que en medio de su sueño no hubiese dicho alguna estupidez, menos que menos tuviese errores de redacción u ortografía y, tras corroborar todo, hizo click en el botón de *ENVIAR* y suspiró al ver cómo el email salía de la bandeja de borradores para mudarse a la bandeja de enviados. Se sintió aliviada, pues supo que por lo que restaba de día nada más le quedaba por hacer, así que podía dedicarse a recuperar las horas de sueño que perdió entregada por entero a la culminación de esa nueva novela romántica para la cual el sujeto en Miami la había contratado una vez más como *ghostwriter*.

Se quitó los lentes, puso la laptop a un lado de la cama, en el suelo, se metió debajo del cobertor y se acostó, notando además que el departamento estaba completamente silencioso, por lo que supuso que Vega y Ezequiel ya se habían marchado a cumplir con sus obligaciones. Tratándose de ella, el único compromiso que tenía por atender esa mañana de jueves era con Morfeo, así que se entregó a él de muy buena gana.

Durmió más de cuatro horas y lo que la despertó nuevamente fue la vibración de su teléfono

inteligente sobre el colchón. Alguien llamaba con insistencia. Abrió los ojos con somnolencia y recordó en ese instante que había estado soñando con cosas absurdas, como que una persona que desconocía por completo estaba instalada ante un escritorio en una habitación rectangular, muy larga, donde predominaba el color blanco y en la que había al menos unas doce mesas con máquinas de coser, trozos de telas e hilos de colores. La mujer que lideraba ese supuesto taller de costura al que Cris había ido en sueños esa mañana, se vanagloriaba de su *boutique* con una sonrisa de suficiencia. Frunció el ceño. ¿Qué podía significar aquello? Le dio igual y alargando su mano para tomar el teléfono, lo alzó ante sus ojos, pero su ceguera no le permitió leer del todo el nombre hasta que no acercó el aparato a su rostro y notó que la que llamaba una y otra vez era Lara, su novia.

—Hola... -Saludó con voz gangosa.

—¿Aún duermes? -Lo soltó con indignación. Ella se había levantado muy temprano, como de costumbre y durante todo el tiempo que estuvo atendiendo sus quehaceres, Cris había estado durmiendo.

—Sí -replicó con voz ronca y actitud indiferente. No estaba de humor para los sermones de Lara-. Aún duermo, porque no pegué un ojo en toda la noche terminando un manuscrito de Rubén.

—Pues no deberías trasnochar -Cris tanteó con sus manos el velador hasta que dio con sus lentes, los tomó de allí y los puso ante sus ojos. Todo volvió a hacerse nítido al instante-. Ya te he dicho que distribuyas mejor tu tiempo, pero no me haces caso.

—Y yo te he dicho que me gusta más trabajar durante la noche, me concentro más, hay más silencio, así que...

—Bueno... -dijo reflexionando.

—¿Me llamaste para discutir conmigo o...?

—No -repuso de inmediato de mal humor-. No te llamé para eso precisamente. Te llamé porque hoy saldré un poco más temprano del trabajo -Lara trabajaba en una franquicia de hamburguesas-, así que iba a proponerte vernos esta tarde.

—¿Cuál es el plan?

No tenía compromisos para ese día, pero tampoco le hacía demasiada gracia salir. Tras un par de semanas enfocada en terminar la nueva novela que Rubén le había asignado, la verdad es que prefería dormir y quedarse en casa sin hacer mayor cosa que descansar.

—Podríamos ir al hotelito que está aquí cerca, ¿no?

Cris arrugó los labios con indignación. Odiaba el “hotelito” al que Lara hacía mención, el mismo al que solía llevarla con frecuencia de un tiempo para acá.

—¿En serio? -Cruzó sus brazos a medias sin retirar de su rostro el teléfono-. Ya te he dicho antes que odio ese antro al que tanto te gusta ir.

—¡No es que me guste! Desde luego que preferiría llevarte a otro lado, hacerlo en otra parte, ¡pero contigo no hay manera! Podríamos vernos en casa de Vega, por ejemplo.

—Ni hablar -tenía normas muy estrictas con respecto a eso, aunque Vega se había encargado, para su enorme sorpresa, de hacer a Ezequiel consciente de la verdadera forma de amar de Cris y cómo ella se relacionaba con otras chicas. Cuando su amiga le aseguró que había puesto al niño al corriente, ella sintió una vergüenza tremenda y lo consideró por completo innecesario, pero la madre, pragmática, de mente abierta y tolerante estaba resuelta no sólo a brindarle a la amiga la comprensión y la aceptación que Maigualida Álvarez le negó, también estaba comprometida con el propósito de educar a su hijo fuera de los patrones machistas y tóxicos de la familia paterna que tanto daño le hicieron mientras su matrimonio duró-. Sabes de sobra que esta no es mi casa y

respeto a mi amiga y a su hijo por encima de cualquier calentura tonta, por mucho que acepten y entiendan mi orientación. Si ella llega a casa con Ezequiel y me consigue contigo en esos menesteres, me muero, así de simple.

—¡Entonces vamos al departamento de tu madre y pasemos allí la noche! No tendré que pagar un par de horas en el hotelito y estaremos más que cómod...

—No -Lara sintió que perdería la paciencia-. Te he dicho mil veces que no pienso manchar la memoria de mi madre haciendo el amor contigo en ese lugar. Además, ¿sabes de sobra lo que ella pensaba de mí, de mi orientación, de mi relación contigo!

—Con mayor razón, ¡para desquitarnos! ¿No? ¡Bastante daño que nos hizo!

—No -fue inflexible-. No me sentiré cómoda para nada, así que no insistas.

—Entonces, no nos queda más remedio que ir al pequeño hotel del que te hablo. No tengo mucho dinero, tú tampoco has cobrado tu supuesta novela nueva y, gracias a tus escrúpulos, no tenemos más opciones.

—Podríamos hacer otras cosas... -Estaba de mal genio. No sólo la puso irritable el trasnocho, contribuía en gran medida la actitud de Lara-. Tomarnos algo, compartir una pizza... ¿Cuánto tendríamos que pagar por dos tazas de café y una porción de pastel de chocolate?

—La pizza podríamos comerla después, ¿no?

Al parecer no estaba dispuesta a negociar su plan inicial.

—No sé, Lara. No estoy de humor como para ir de nuevo a ese hotel deprimente. Prefiero esperar un poco, quedarme en tu casa el fin de semana y hacerlo allá.

—¿Con mis padres y mis hermanos merodeando por allí como siempre?

—Será mejor que el hotelito de mierda que tanto te gusta.

—Hablamos luego, Cris -la escritora no era la única a la que se le había agotado la paciencia-. Mi turno continúa y ya sabes cómo se pone mi supervisor si no me ve de cabeza sobre la freidora por seis horas consecutivas -colgó.

Cris supo que se avecinaba una posible discusión con Lara que no pasaría de esa tarde pero, la verdad, en ese momento no le importó. No sólo estaba cansada, muy especialmente comenzaba a hartarse de que su novia le impusiera siempre sus decisiones, sus planes y necesidades, sin reflexionar tan siquiera un poco acerca de lo que ella querría o preferiría.

Tras esa conversación con su novia, le pareció un verdadero despropósito continuar durmiendo, así que creyó conveniente salir de la cama por ese día, tomar un buen desayuno y buscar algo interesante que pudiera hacer. Fue al baño a asearse y de pie ante el lavabo para limpiar su cara y cepillar sus dientes, vio de soslayo la báscula digital que tenía en una esquina. ¿Cuántos días tenía sin pesarse? Tal vez un poco más de siete. Quizás era hora de corroborar los estragos que los chocolates, las tortas y los otros bocadillos que estuvo comiendo mientras trabajaba en la nueva novela, habían causado, así que respirando hondo se despojó de toda la ropa; a fin de cuentas, tomaría una ducha luego de eso. Cubrió sus ojos con sus manos, por debajo del cristal de sus lentes y se subió al artefacto, esperó unos segundos a que la inteligencia artificial hiciera lo suyo y descubrió su rostro para ver que la pantalla digital señalaba 83.7. Alzó la mirada despacio... Así que no era tan grave, en todos esos días sólo había ganado un kilo o un poco más. Claro, para una mujer que medía 1.61 de altura, estar alrededor de los 80 kilos era un pequeño dolor de cabeza, pero no se obsesionó con su peso esa mañana. Entró por fin a la ducha y allí estuvo disfrutando del agua caliente por alrededor de 20 minutos.

Cuando volvió al cuarto para vestirse, se dio cuenta de que tenía un par de llamadas perdidas en su teléfono, así como varios mensajes de WhatsApp. Lara intentó comunicarse de nuevo con ella, sin éxito. Así que recurrió a la aplicación de mensajería para dejarle saber la razón de su

insistencia:

“A veces no puedo contigo, Cris, la verdad. He llegado a pensar que no te gusto como tú a mí o que no te atraigo lo suficiente. De verdad, hago lo mejor que puedo para entender el trauma que tienes con el departamento de tu madre, pero ya sabes lo que pienso de eso. Tú y yo ya tenemos dos años como novias. Si te sacaras esas ideas tontas que tienes en la cabeza, podríamos irnos a vivir juntas este mismo fin de semana y no tendríamos que pagar un centavo en alquiler ni nada parecido. Entonces busco alternativas para estar contigo y siempre me pones peros. El hotel es una inmundicia, en casa de Vega ni pensarlo, tu madre se retorcerá en su tumba si lo hacemos en su cama... Oye, creo que no pido mucho, ¿no? Te apuesto que si no tuviera iniciativas para hacer el amor, entonces te quejarías por eso... En fin. Mi intención no es pelear contigo”.

—Se nota -susurró torciendo los ojos con desgana y continuó leyendo:

“Aunque debes estar pensando otra cosa, como siempre. Mi intención es hacer las paces. No sé si te volviste a quedar dormida o si estás enojada y por eso no me coges el teléfono, pero sigue en pie mi plan de vernos esta tarde. Sí, sí, si quieres nos tomamos el café, nos comemos la pizza o nos sentamos en el banco de un parque a vernos las caras, tomarnos de la mano y a charlar de tonterías, como si sólo fuésemos un par de adolescentes vírgenes. Lo que quieras, pero me gustaría verte. Piénsalo. Te hablo luego”.

Decidió esperar un poco antes de responder, aunque notó que Lara estaba en línea y se le cruzó por la cabeza la idea de que tal vez estaba esperando por ella. Suspiró un poco desanimada y regresó para revisar todos los mensajes, notando además que Rubén le había escrito. Leyó sus breves palabras: “Recibido el manuscrito, Cris, gracias. Lo leo ahora mismo y mañana nos reunimos para comentarlo. ¿Te parece bien a las nueve, hora de Miami? Espero tu confirmación.”

—Vaya -susurró-. ¿Así que se leerá la novela en menos de veinticuatro horas? Bueno -se alzó de hombros-. No me sorprende. Es un texto sencillo, de no más de ciento cuarenta páginas... - Confirmó a su editor que lo atendería al día siguiente a la hora que sugería y volvió a pensar en Lara, en lo que le decía y en cómo la hacía sentir aquello.

Se sentó en la cama, dejó el teléfono a su lado y comenzó a despojarse de la toalla que tenía enrollada a su torso. Siendo muy honesta, sabía de sobra que no estaba colaborando y no más de considerar sus limitaciones, hasta se le ocurrió la posibilidad de que se trataba de una chica muy afortunada al tener a una novia paciente como Lara que era capaz de escribirle nuevamente para intentar mejorar las cosas, aún y cuando se merecía que...

—Que me dé una buena patada por el culo, la verdad -admitió y comenzó a secarse con delicadeza. Le molestaba enormemente que Lara se mofara del respeto que intentaba brindarle a su madre; a su memoria. ¿Por qué no era capaz de ponerse en su lugar? ¿Por qué no podía simplemente entenderla y ya, darle un poco de tiempo? Sólo habían transcurrido ocho meses desde la muerte de Maigualida Álvarez y quizás ella no estaba del todo lista para afrontar o manejar cosas que sabía debía atender, pero que prefería barrer debajo de la alfombra irresponsablemente-. Imagino que necesito terapia o algo parecido, pero... ¿Cómo se supone que voy a pagar un psicólogo con el poco dinero que recibo por lo que hago?

Tal vez debía hacerle caso a Vega, prescindir de los ridículos proyectos de Rubén, que ya estaban por colmarle la paciencia y comenzar a trabajar en sus propias obras.

—¿Y luego qué? ¿Vivo del aire? ¿Cómo pago mis cuentas? ¿Qué hago mientras alguna de mis novelas alcanza algo de visibilidad y logra venderse? -Eso en el mejor de los escenarios. Eso, cruzando los dedos para que su obra tuviese una buena acogida, porque los constantes textos que

Rubén autopublicaba usando decenas de seudónimos falsos, se vendían como pan caliente, en parte porque el sujeto se había encargado de escudriñar muy bien todo aquel negocio. No. Desentenderse de su editor así por así, no era una opción por los momentos y considerando que en su modesta vida los 250 dólares que recibía mensualmente por dos manuscritos de alrededor de 150 páginas de longitud era más que suficiente, prefirió enfocarse más bien en un problema tangible, que estaba justo allí, en otro de los chats de la bandeja de entrada de su WhatsApp. Suspiró, tomó el dispositivo y procedió a responderle a Lara:- Mi amor... -dijo entendiendo que debía ser considerada y razonable-, perdóname por comportarme de esta forma a veces, pero..., pasé toda la noche trabajando, así que cuando llamaste estaba un poco desorientada, cansada, irritable... No se trata de que mi mamá se retuerza en su tumba, por favor... Además, trata de ser un poco más respetuosa con eso. Se trata de que hay cosas que no sé cómo manejar, pero supongo que aún es muy pronto. ¡No ha transcurrido un año desde que murió y te recuerdo que viví con ella toda mi vida en ese departamento! Te prometo que nos veremos esta tarde y... -Se rascó un poco la frente, detrás de las orejas-. Y si quieres ir al hotelito, bueno, está bien, vayamos. Rubén no me pagará hasta la semana próxima porque recién revisaremos el manuscrito mañana y ya sabes que no me dará un solo centavo hasta que no se haga la última corrección, así que...

Ver que Lara comenzaba a escribir al instante le corroboró lo que ya sospechaba: ella estaba allí esperando por su respuesta.

—De acuerdo, Cris. Yo tampoco tengo mucho dinero, pero tengo ganas de estar contigo, así que te espero en el lugar de siempre al salir de mi trabajo. Hablamos luego, Puchi, la freidora me espera. Te amo.

No supo a qué atribuir exactamente que la tarde se le fuese volando. Quizás tenía esa sensación porque se había levantado de la cama a las 11. Tal vez el ocio de aquel día contribuyó a que el minuterero corriera en el reloj, pero ya estaba allí, de pie en la esquina acostumbrada esperando a que Lara apareciera de un momento a otro. Miró su reloj. Sabía de sobra que algunos días el turno de su novia terminaba a las seis, mientras que en otras oportunidades podía quedarse en el restaurante de hamburguesas hasta la una o dos de la mañana.

No habían transcurrido quince minutos desde que se dieron las dieciocho horas cuando vio a Lara aproximarse con una rosa en la mano y un chocolate. Cris sonrió. Sí, puede que fuese brusca, a veces dominante o desconsiderada, pero sabía que su novia hacía lo mejor que podía para hacerla sentir especial y querida. La abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—¡Qué bella estás, Puchi! -Fue zalamera como la mayoría de las veces. Le entregó la flor y la golosina que llevaba con ella. Era una tradición entre ellas llevarle chocolates a Cris o tener uno a la mano siempre que hacían el amor, pues sabía de sobra que la escritora, tras los orgasmos y el encuentro, disfrutaba llevarse un dulce como este a la boca, especialmente si se trataba de bombones. Le hizo un gesto con la mano para que se pusiera en marcha y se encaminaron al pequeño hotel en cuestión, que puede que fuese discreto, pero no justificaba lo deplorable.

No se trataba de la higiene. No. Para ser justos era bastante pulcro, la verdad. Se trataba de la decoración. El que se había propuesto dar un toque a las habitaciones de ese hotel, sabía de decoración lo que Cris Álvarez sabía de astrofísica o lo que Lara Cruz sabía de geología. Todo, absolutamente todo en esas recámaras (¡vaya! ¡Ya ese par de chicas conocían varias!) se veía deslucido, monótono... En pocas palabras, de prestar demasiada atención al entorno, ¡era casi seguro que la libido podía lanzarse al vacío desde el punto más alto de un acantilado! Consciente de esto, Cris intentaba hacer caso omiso de los detalles y concentrarse plenamente en la pasión y nada más que la pasión.

Lara cerró la puerta una vez entraron a la recámara 17. No lo supieron con exactitud, pero les pareció que nunca habían estado antes allí y el singular papel tapiz que cubría las paredes fue un buen indicio para considerarlo. La novia de Cris se encargó de pasar los cerrojos, dejar la llave sobre un velador de madera opaca que estaba junto a la cama y allí, frente a la chica de lentes, la ayudó a despojarse de las gafas, para ponerlas a un lado del mismo mueblecito. Le tomó el rostro entre las manos, le sonrió y la besó, al principio con suavidad, luego con mucho más frenesí. Se besaron de un modo desbocado, pero Lara supo que tenían los minutos contados y era necesario pensar en todo.

—Debo ducharme antes -lo decía por el singular olor que podía tomar su piel, su cabello, luego de estar casi todo el día ante una freidora, sin importar todos los implementos que usara por seguridad industrial o que se aseara al dejar su habitual uniforme y ponerse ropa limpia al retirarse de su jornada-, pero ya sabes que no tenemos mucho tiempo, así que...

—Sí, ya sé -dijo suavemente, dispuesta, sin ánimos de propiciar otra discusión como la de la mañana-. Vamos -y ambas se dirigieron a la ducha a tomar juntas ese baño previo que hacía parte del ritual de sus encuentros íntimos en ese hotel y en otros similares.

Bajo el agua tibia se besaron con la misma intensidad que antes. Puede que Cris no estuviese aquella tarde de ánimos como para hacer el amor, pero como ocurría cada vez que se sentía de ese modo, una vez el clima comenzaba a calentarse, una vez que la temperatura se disparaba, no le quedaba más que dejarse llevar. Le servía de mucho la dinámica sexual que había caracterizado su relación con Lara, su tercera novia a lo largo de su vida. La jovencita, tres años menor que ella, de cabellos y ojos negros, se caracterizaba por ser empecinadamente sexual, dominante y no le importaba recurrir a todas las estratagemas posibles si se trataba de tomar la iniciativa y conducir la situación a su punto deseado. Sí, puede que por momentos dudase de los sentimientos de Cris hacia ella debido a sus eventuales episodios de apatía, pero una vez la escritora de cabello rojizo y ojos color avellana se dejaba llevar, en la mente de Lara se disipaban las dudas, como las nubes que se mueven veloces ajadas por el viento y tomaba posesión de su cabeza una sola idea: tenerla. Le encantaba Cris Álvarez. Daba la vida por sus labios, por sus volúmenes encandilantes, en los que un busto, unas caderas, un trasero y unas piernas prominentes, marcaban el compás de sus alucinaciones, en las que sus instintos más primitivos afloraban. A ella le daba un poco igual que la chica en cuestión tomase o no la iniciativa, que propusiera o no nuevas alternativas sobre la cama o en cualquiera de los escenarios en los que acostumbraran amarse, de sólo saber que ella tomaba el pincel para plasmar sobre ese lienzo que era su cuerpo sus acaloradas ideas se daba por bien servida y lo demostraba generosamente.

¿Esto quiere decir que la escritora, como amante, era como un pétalo que viaja sin rumbo a merced de la corriente del río? No. No necesariamente. Cris no se consideraba a sí misma la mejor amante del mundo. Quizás le faltaba camino para abrazar lo que muchos definen como la madurez sexual, pero tampoco era un muermo en la cama. Ella sabía corresponder bastante bien, igualaba las cosas lo mejor que podía y si había algo que a una mujer del estilo de Lara fascinaba, era cuán tierna podía ser. Sus caricias eran sutiles. Para ser más ilustrativos, sus caricias eran poéticas. La piel de sus manos era tibia, suave, sublime. Sus manos no eran demasiado grandes, pero era tan delicada al momento de tocar el cuerpo de la persona amada, que de verdad era un privilegio saberse protagonista de ese roce, ser partícipe de su genuina candidez.

Lara, por su parte, podía delirar con su candorosa actitud, pero era precisamente esa sumisión a medias lo que hacía que la pasión en ella avanzara como lo haría una caballería frenética, dispuesta a arrasar todo a su paso. El tacto sublime de la escritora estaba lejos de las caricias

firmes de su novia. No sólo firmes, impúdicas. Insistentes. A veces, al descuido lacerantes, especialmente cuando la chica de ojos y cabellos oscuros entraba en la desconexión absoluta de la lujuria o la búsqueda del placer compartido; por un lado, el que le prodigaba a la mujer de treinta años; por otro, el que le producía la fascinación de saber que ella estaba imponiendo sus criterios, sus reglas. En pocas palabras, que ella dominaba y que las iniciativas de Cris no hacían otra cosa que sobreescribirse o supeditarse a los cánones ya dispuestos por Lara desde la primera caricia o el primer beso.

La sofocante escena en la ducha era fidedigno testimonio de esa dinámica sexual que caracterizaba aquella relación. Completamente acorralada sobre la superficie de cerámica de aquellas paredes, Cris sentía cómo Lara se desperdigaba por su cuerpo con avidez. Era una suerte que sus generosos y suaves volúmenes sirvieran de asidero a esas manos por momentos torpes que la estrujaban sin pudor ninguno, dejando incluso visos rosáceos sobre una piel tan blanca y delicada como la suya. La exploraba con frenesí, con desacato y en ese ir y venir sobre toda su humanidad, de un momento a otro dispuso darle la vuelta, apoyarla de nuevo sobre la pared, esta vez con el perfil de su rostro a milímetros de rozar la loza que cubría esa recámara húmeda, sujetarla por la cintura con su brazo izquierdo, adherirse a su espalda por completo, morder, sorber, lamer, mancillar sus hombros níveos colmados de lunares y proceder a hurgar en el fascinante laberinto de su intimidad desvergonzadamente, haciéndola recordar la conversación que hacía dos noches había tenido con Vega Santini, en la que le decía que en su vida quizás había sentido entre sus piernas la contundencia de una penetración que posiblemente equivalía al grosor de dos dedos, quizás más. En esta oportunidad, definitivamente, eran más y la pulsión que sintió contra su sexo le indicó que era así, sin dudas. Experimentó por momentos un ligero dolor, una pizca de incomodidad, pero la pasión de Lara eventualmente pudo contenerla y supo encontrar, afortunadamente a tiempo, dulzor en lo amargo; en parte, gracias a los movimientos que ensayó bastante bien, valiéndose de la muñeca de su novia como soporte para balancearse. Sentir de qué modo Cris dosificaba su propio placer gracias al vaivén de su pelvis, de sus caderas, hizo enloquecer a la mujer que la poseía, más de lo que ya lo estaba y allí ocurrió, bajo la ducha, un orgasmo compartido que las dejó temporalmente aturcidas.

Con Lara presionando a Cris aún más contra la pared, la escritora sintió cómo su novia retiraba despacio la mano de los confines a los que bien supo acceder con osadía, la rodeaba con furor con sus brazos y la besaba una y otra vez con desmedido énfasis en los hombros que mordió, en el cuello, en las mejillas, lista para sacarla de allí de un momento a otro y llevarla a la cama, en la que sacaría buen provecho de los ciento veinte minutos que les habían concedido para hacer uso de esa recámara.

¿Qué era lo que la hacía sentir incómoda? ¿Acaso era normal que se hiciera esa pregunta justamente allí, justamente en ese momento? Tenía sus dedos delicados enredados en la cabellera de Lara, que se reponía de sus esfuerzos sobre su busto, fascinada al hundir a medias su rostro en él. ¿La sensación de malestar anímico que no atinaba a identificar era consecuencia de esa habitación? ¿Era producto del lugar en el que estaban? Las manchas parduzcas del techo, cubierto con una superficie de pintura texturizada que no fue suficiente para contener los estragos de una leve humedad, no ayudaban a aclarar el panorama. El latido tenue y punzante que tenía en su entrepierna luego de que su novia hiciera mano de cierta brusquedad para hacerle el amor, tampoco. Sí. Estaba levemente adolorida. Haciendo un repaso por las sensaciones que le transmitía su cuerpo, le dolía un poco la mandíbula como parte de los besos excesivos que compartieron desde que entraron a la habitación 17 de ese hotel, también le molestaba un poco el pubis, sobre el cual Lara se columpió sin remordimientos y desde luego la entrepierna, blanco

perfecto del frenesí de su amante que estaba, ni más ni menos, en las nubes.

No. Sus encuentros íntimos con sus parejas anteriores nunca escalaron a tanto. Eran tímidos, dulces, más bien dubitativos, pero en la exploración había un deleite tierno que le dejó más de una vez un dulzor fascinante en los labios, en el corazón. Con Lara todo era distinto. Todo era diferente.

¿Diferente para mal, diferente para bien? No lo sabía con exactitud, pero cada vez que se hacía esa pregunta siempre venía a su corazón una sensación de conformismo como consecuencia de su baja autoestima que le decía que era mejor dar gracias por lo que tenía, porque no era precisamente una mujer notable, atractiva o privilegiada que pudiera tener una larga lista de pretendientas espléndidas de la cual escoger, o al menos eso creía ella. No era fea, de eso podemos estar seguros. Esos ojos color avellana, sus labios carnosos, suaves, sus sonrisas tímidas, sus pómulos pronunciados, sus cejas finas, sus largas pestañas, su piel blanca, que en las mejillas se tornaba colorada de un momento a otro y esos lunares bellísimos que tenía sobre ellas, incluso cerca de la boca, eran en conjunto un lienzo de belleza remota, que nos recordaba perfectamente a personajes como Joan Bennett o Ingrid Bergman.

Sí, Cris Álvarez era preciosa. Tierna y cándidamente preciosa, pero... ¿Cómo podías convencer de esto a una mujer que estaba transada en la inseguridad y en el apocamiento? Sería precisamente por esto que permitía que Lara cometiera los excesos que cometía, en el nombre de un “te quiero”, un “te deseo” o más aún, un “te amo” que posiblemente no significaba nada, salvo la repetición de una conducta que social y emocionalmente nos indica que decir *Te amo* no sólo se oye bien, también es como el gatillo mágico que nos abre puertas; desde luego, nos abre piernas.

No. No es que el sexo con excesos esté mal. Todo está bien en la cama siempre que sea consensuado y si fue acordado y aún así las extralimitaciones de tu pareja te descolocan y te hacen sentir moralmente maltrecha, físicamente afectada, es hora de conversarlo, es hora de redefinir criterios, porque aunque la industria de la pornografía venda millones cada día, todos los días, de este lado de la vida en la que nos encontramos a solas con nuestros sentimientos y sensaciones, arremeter con frenesí en nombre del amor y atropellar tu dignidad en pro de un orgasmo, no se siente bien, mucho menos abriga el alma y eso era algo de lo que Cris Álvarez podía dar pruebas en ese preciso instante.

Tampoco era un asunto de cariño, pero el afecto, la atracción o la afinidad que sentía por Lara Cruz no fueron suficientes para romantizar una jornada de sexo hiperbólico en las aproximaciones, mudo en las consideraciones y abusivo en las valoraciones. No. No puedes romantizar algo que desde los escombros de tu consciencia adormecida por tus inseguridades, miedos o dudas, sabes de sobra que no se siente bien, porque lo sientes. Lo que calla tu ego lo manifiesta tu cuerpo y allá tú si quieres escucharlo o no. Allá tú si quieres remediarlo o no.

Pero, había tenido un orgasmo... Varios, en realidad. ¿No significaba eso que le gustaban las iniciativas de Lara después de todo? No. No podemos ser tan literales tratándose de las sensaciones. Fisiológicamente, es factible que ella, en especial al buscar acomodo en la disconveniencia, hallara la senda que la llevara, más bien pronto, más bien a tiempo, a ese desahogo de su cuerpo, pero es que escalar hasta la cima más alta del placer no sólo era algo que le competía a la piel, a la carne. ¿Dónde quedaba entonces su alma? ¿Qué era del calor en su pecho que le hacía ratificar que más que una coreografía salvaje y primitiva que conducía a un fin, se trataba de una conexión exclusiva, incomparable? Y su mente estaba instalada en la exhaustiva búsqueda de esa respuesta cuando el timbre del teléfono antiguo sobre el velador las hizo dar un salto a ambas en la cama.

—¡Mierda! -Masculló Lara incorporándose y mirando la hora en su reloj-. ¡Nos pasamos por diez minutos! -Rio con ganas. Miró a Cris a los ojos, sin detenerse en su gesto inexpresivo-. Espero que no nos cobren algo adicional, porque tengo el dinero casi contado.

—Algo me debe quedar en la cuenta bancaria, no te preocupes por eso... -Se incorporó despacio y vio cómo Lara se vestía con agilidad de pie a un lado de la cama. En menos de cinco minutos estaban fuera del hotelito y Cris tuvo que saborear su chocolate mientras caminaba por las calles rumbo a la estación del Metro, hombro con hombro con su novia, radiante como no lo había estado en semanas.

Entró despacio al departamento de Vega, quien estaba en la cocina terminando de lavar los platos de la cena y reparó en ella sin dejar de hacer lo que la ocupaba en ese preciso instante. No supo a qué atribuirlo, pero le pareció que la escritora estaba un poco desanimada, como si de un soplo le hubiesen consumido todo el brillo, toda la energía.

—¡Cris! -dijo, sin embargo, con una sonrisa-. ¡Llegas temprano! Por un momento pensé que te quedarías a dormir en casa de Lara Cruz -Rio-. De haberlo sabido, te habría esperado para cenar... ¿Tienes hambre? ¿Te gustaría comer algo? -Dirigió su mirada a la estufa, sobre la cual aún estaban las ollas-. Aprovecha, aún no he guardado las cosas en el refrigerador y la comida debe seguir tibia.

—Ahora que lo mencionas... -respondió suavemente, sonriéndole a Vega-. Sí, podría comer. No he probado nada desde el almuerzo.

—¡Pues, no se diga más! -Se enjuagó las manos y se las secó en un paño de cocina que estaba a un lado del mueble del fregadero-. Toma asiento.

—No -susurró y la otra la miró con curiosidad-. Si no es mucha molestia, dame diez minutos. Me doy una ducha, me pongo ropa limpia y enseguida estoy contigo.

—Bueno -volteó de nuevo hacia la estufa-. Aprovecharé de calentar un poco todo esto, ¿te parece?

—Gracias.

Se retiró, compartiendo con su buena amiga una sonrisa y transcurridos diez minutos ya estaba de regreso en esa recámara. Era evidente que la ducha le había sentado muy bien, pues su semblante era otro. Se había recogido el cabello húmedo y liso con una pequeña cola y vestía un pijama limpio. Acomodándose los lentes sobre la nariz, se sentó a la mesa justo a tiempo para que Vega le pusiera enfrente un plato con la cena y le alcanzara otras cosas que pudiera necesitar, como el tarro de la mantequilla, una pequeña cesta de pan y un bol con vegetales. Cuando la dueña del departamento alzó la mirada, notó con rareza que Cris componía un ligero gesto de desagrado, de dolor y que procuraba moverse en la silla despacio y con delicadeza.

—¿Estás bien? -Se miraron a los ojos apenas Vega formuló esa pregunta.

—Sí -aseguró con voz suave-. No te preocupes, sólo es... -Suspiró-. Sólo es una pequeña molestia.

—¿Una pequeña molestia? -Se sentó frente a ella y entrelazó sus dedos sobre la mesa. La miró con curiosidad-. ¿Una cistitis, o...?

—No -giró la cabeza con prudencia, lo menos que quería era que Ezequiel las escuchara hablando de ese tema. Vega leyó su preocupación de inmediato y la tranquilizó.

—Ya está dormido -sonrió-. Ya sabes, es jueves. Los días que tiene deporte cae como una piedra en la cama luego de ducharse y cenar.

—Ah... -Le produjo alivio saber que podría desahogarse con su buena amiga después de todo-. No, no es una cistitis... -Suspiró avergonzada. Ella no era tan desinhibida como Vega, pero en su solitaria existencia, ¿con quién más iba a hablarlo?-. Fue Lara.

—¿Lara? -Frunció el ceño desconcertada-. ¿Cómo? -No se lo creía-. ¿Con qué?

—Las manos -dijo y comenzó a comer despacio. El pollo guisado con arroz que le había servido Vega estaba delicioso-. Ya sabes, los dedos...

—Pero... -Se inclinó hacia adelante en la mesa-. ¿Y es que acaso tiene manos de leñador?

—No, pero hoy fue particularmente brusca, tengo que admitirlo.

—¿Por qué? -La miró muy seria.

—Supongo que teníamos días sin hacerlo y se dejó llevar por el entusiasmo -Rio lo mejor que pudo-. Ya te he dicho que Lara en materia de sexo es dominante y un poco... -Alzó sus ojos color avellana, pensando-. ¿Torpe?

—¡Oye, niña! -Se enojó-. ¡Tú puedes ser todo lo torpe que quieras en la vida, pero no con los genitales de otro! -Se cruzó de brazos y la miró muy seria-. ¿Le dijiste algo? ¿Le reclamaste por tratarte así?

—No -admitió avergonzada-. Ya habíamos discutido en la mañana y no quise empeorar las cosas.

—¡Ah! -Soltó con desdén-. ¿Y para no empeorar las cosas dejaste que te metiera una bazuca entre las piernas?

—No exageres, Vega... -La miró ruborizada.

—Cris, esta no es la primera vez que pasa... -Escrutó su rostro y le pareció que ella estaba apesadumbrada a pesar de la tarde de sexo-. Te apuesto que de nuevo te llevó al hotelito de mierda que tanto od...

—Sí -dijo consciente de la reacción de su amiga-. Así es. La discusión empezó precisamente por eso, porque ella quería ir al hotelito de mierda del que hablas y yo me negué en principio, proponiéndole más bien tomar un café o comer algo sencillo...

—Cosa que además no ocurrió -las pruebas estaban ante sus ojos. No hacía falta sino ver la avidez con la que comía-, porque es evidente que ni siquiera fue capaz de llevarte a un *food truck* a que te comieras cualquier porquería.

—No, no ocurrió. No teníamos dinero suficiente para eso. Todo lo dejamos en alquilar la habitación de ese antro de mala muerte.

—Cris -la escritora la miró a los ojos apenada-, esto no puede seguir así. Sé cuánto te avergüenza este asunto, pero me parece que ya va siendo hora de que tengas *esa* conversación incómoda con tu pareja -la de ojos avellana bajó la mirada al plato, donde comenzó a jugar con los alimentos, empujándolos con la punta del tenedor que sostenía entre sus dedos-. No puedes seguir postergándolo. Te guste o no, las conversaciones incómodas a veces son necesarias. En las relaciones amorosas, en las amistades, en las relaciones profesionales, decir esas cosas que no son sencillas de expresar, son las que te ayudan a trazar tus límites.

—Lo sé... -susurró apesadumbrada.

—¡Es como tu manual de usuario! ¿Entiendes? Es una forma sana de decirle a otros cómo deben tratarte, qué estás dispuesta a soportar, qué no y donde empiezan tus límites. De ahí en adelante, el que no los respete, se ganará por tu parte una buena amonestación, porque no, no tienes por qué permitir que ciertas cosas pasen, muy especialmente con la persona con la que tienes una relación de este tipo.

—Sé de qué hablas y tienes mucha razón, pero... -Suspiró-. Hoy de verdad no estaba de humor. Ya te dije que discutimos en la mañana, por cosas en las que además Lara tiene toda la razón.

—¡No me digas! -La miró incrédula-. ¿Cuáles?

—Ya sabes -se alzó de hombros-, que no quiero mudarme con ella al departamento de mi

madre, que no quiero tener intimidad con ella allá...

—Pues eso forma parte de los límites que deseas trazar en esta relación y ella no debería enojarse por ello -dijo de mal genio, indignada con la situación-. No tienes porqué irte a vivir con alguien con la que no estás segura de dar ese paso, menos que menos pasar por alto el duelo que te produjo la muerte de tu madre sólo para complacerla a ella o ahorrarle el dinero que paga por llevarte a un hotel -volvieron a verse a los ojos-. Siendo muy objetiva, yo creo que exageras con la forma en la que cuidas del departamento de Maigualida como si se tratase de un santuario, pero... ¿Quién soy yo para opinar? Aquí el único que podría aconsejarte sobre la forma en la que te relacionas con ese espacio es un psicólogo o un psiquiatra, nadie más.

—Estuve pensando en hacer terapia, pero no tengo dinero para eso, Vega...

—¡Ya encontrarás la forma! -Le dio un par de palmaditas en el brazo, alentándola-. Lo más importante ahora es que hables con Lara Cruz de su barbarie. Cris -volvió a verla a los ojos. Los de Vega eran de un color indeterminado entre el caramelo y el pistacho-. No puedes seguir permitiendo que te trate con semejante brusquedad. ¡No digo que el sexo duro esté mal, para nada!

—Te entiendo perfectamente, sé a dónde quieres llegar...

—Pero cada uno está feliz con lo que le acomoda, ¿entiendes?

—Sí.

—Si te gustan otro tipo de cosas en la cama, debes asegurarte de que ella no sólo lo sepa, muy especialmente lo respete y lo cumpla... ¿Estamos claras?

—Clarísimas, sí -se sintió como si Vega fuese en ese instante la madre que nunca fue para ella Maigualida Álvarez.

—Porque ya te quiero contar los problemas que te puede ocasionar una fijación de método con tu noviecita, especialmente cuando le da por usar los dedos como un taladro percutor... -Cris rio con suavidad-. Ahora... -Tomó aire tratando de calmarse-. Termina tu cena y ve a descansar que un round de sexo con tu chica te dejó como si te hubieses enfrentado con un palo a todo un pelotón armado, criatura -puso su rostro sobre su mano con indignación mientras la otra la veía sonriendo-. ¿Quién lo diría?

Capítulo V

Pensaba en Dante. Pensaba en Dante y en el supuesto viaje de Dante tras los pasos de su *Beatrice* luego de su muerte. Cuando escribió su *Divina comedia* hizo de su texto surrealista una hipérbole de su amor. ¿Hasta dónde es capaz de llegar un corazón que ama movido sólo por el firme propósito de reencontrarse con la persona adorada?

A los ojos de Itza Arbe, sumida en una depresión y un desconcierto que hacía que la vida le pesara toneladas, el viaje de Dante cobraba un sentido distinto. En teoría el poeta recorrió confines inimaginados descendiendo al último círculo del infierno y alcanzando una ascensión celestial envidiable, ¿pero podría ella, aferrándose a una idea más burda, seguir los pasos del poeta e ir, descabellada, desesperada, loca, a donde fuera que su Titi hubiese ido tras dejarla?

Sí, claro. La idea del suicidio se sentó a su lado en la mesa cada mañana. Sí, desde luego. La posibilidad de ponerle fin a su vida se acostaba con ella en la cama, ocupando además el lugar que Beatriz, su *Beatriz*, había dejado para siempre desierto. Desde luego que las cosas que el fantasma de Titi no le susurraba en sus oídos se encargaba de pronunciarlo su propia conciencia, quizás su ego, seduciéndola en la idea de poner fin al sufrimiento, a la elaboración de un duelo que no iba a ninguna parte, sencillamente porque ella no se estaba esforzando.

Ella, como el gato de Titi, también había sido presa de una indiferencia, una desidia y un auto descuido descomunal que le estaba pasando factura en días que se encadenan unos a otros sin noches de descanso que fuesen capaces de doblegar a su mente, a sus pensamientos obsesivos, para ayudarle a conciliar el sueño y hallar, tan siquiera por algunas horas, un momento de merecida desconexión.

Junto al palacio del insomnio, repleto de corredores infinitos de sombras y psicosis, se sumó la contundente falta de apetito, la desmotivación en su estado más puro y la dejadez más absoluta. No comía, no dormía y los días se le iban en pensar y fumar. En permanecer por horas, inerte y completamente fuera de sí, en el sillón de la habitación que compartió por años con Beatriz, con el último pijama que usó mientras estuvo con vida sobre su regazo y la cabeza aferrada a una maraña de pensamientos que casi la estaban conduciendo a la demencia.

Sus ojos, desprovistos de vida, podían permanecer por minutos y minutos anclados al cuerpo del gato hecho un ovillo sobre la almohada de la mujer que jamás volvería, siguiendo despacio su respiración. ¿Y si el gato, tan deprimido como ella, dejaba de respirar de un momento a otro? ¿Y si él era más valiente que ella y sencillamente moría? Se iría con él, de eso no le cabía la menor duda. Se iría de inmediato con él porque, aunque parezca ridículo, sentía que lo único que le daba motivos para continuar era precisamente hacerse cargo de todos los asuntos que Beatriz había dejado pendientes al morir sin previo aviso.

Dar de comer al gato. Dar de beber a las plantas para mantenerlas con vida, pero... ¿Lo estaba cumpliendo? No del todo. Si Beatriz había tenido el descaro de marcharse así por así, de dejarla sola en esta mierda de mundo, ¿por qué tendría ella que cumplir la promesa de hacerse cargo de todas las cosas que ya no contaban con su atención, incluyéndola? Quiso, en su estado casi demencial, tener alucinaciones y escuchar los pasos de la mujer amada en un hogar que se había quedado sin voz y sin sonidos. Quiso verla, de pie en la puerta, sonriéndole y diciéndole con su voz cantarina: ¡Itza, mi amor! ¿Por cuánto tiempo más vas a seguir sentada allí? ¡Ven conmigo, por favor! ¡Ven! ¡Acompáñame! Y que esa invitación la llevara al filo de un acantilado donde dejarse caer con ligereza, segura de que el impacto de su cuerpo contra la nada y su fragmentación en pedazos sería una pena más que justa y merecida para ir al otro lado, donde le

esperaba el amor. Su único amor.

Algo la mantenía con vida. Lo odiaba, pero no le quedaba más remedio que aceptarlo. Una voluntad difícil de clasificar, difícil de describir, pero algo la mantuvo anclada a su miserable existencia material, aunque su transitar por este mundo se hubiese convertido en una tortura de soledad, desamor, incredulidad y desconcierto.

Capítulo VI

Cris estaba aburrida. Bostezó al menos dos veces y creyó que era prudente ir en busca de un café, considerando que aún Rubén Pessoa no había entrado a la sala de *Meet* donde solían reunirse habitualmente para discutir los nuevos proyectos, hacer la revisión de los manuscritos y otras cosas relacionadas con las labores de *ghostwriter* que realizaba la escritora de treinta y tres años para el sujeto que vivía en la Florida.

Se dijo a sí misma que si en dos minutos más el editor no llegaba, se levantaría a la cocina e iría por esa taza de café, pero Rubén se conectó justo a tiempo, truncando sin querer los planes de la chica. Cris vio al tipo de más de cuarenta años de edad ante ella a través de la pantalla de su laptop, tenía una calva pronunciada y una barba castaña desprolija. Notó cómo se acercaba un poco a la mesa en la que tenía el computador, deslizándose en su silla hacia adelante; era una butaca típica de *gamer*, con la salvedad de que Cris dudaba enormemente que ese individuo hubiese puesto alguna vez sus manos sobre el *joystick* de una consola de videojuegos. Detrás de él, estaba el habitual librero blanco repleto de tomos en cuyos nombres Cris siempre había podido leer los títulos de las decenas y decenas de novelas que publicaba sistemáticamente mes a mes. Romance, aventura, distopía, fantasía, horror, policial, supuestas novelas históricas hechas de muy mala gana y con anacronismos que hubiesen matado de un infarto a cualquier investigador serio... Ningún género se le resistía al sujeto que se hacía llamar *editor* y que se había dedicado, desde hace varios años ya, a ese negocio que complementaba bastante bien con otras labores que la chica de treinta años desconocía por completo. La luz entraba desde la izquierda a través de lo que ella suponía que era una ventana de buen tamaño y ese resplandor acentuó más la sombra violácea que provocaban las marcadas ojeras de aquel hombre, rasgo de cansancio en sus ojos oscuros y hundidos, que no se podía disimular ni siquiera con el cristal opaco de sus lentes manchados con las huellas de los dedos de sus manos. La montura, de color café y marcado grosor, estaba torcida gracias a una cinta adhesiva que sujetaba una de sus patas. Cris intentaba imaginar cómo le pudo haber ocurrido ese accidente. ¿Las pisó sin darse cuenta? ¿Se sentó sobre ellas? Y, peor aún, ¿por qué no hacía lo que cualquier persona razonable? ¿Por qué no comprar unas nuevas? Imaginaba que era excéntrico y mañoso. Prefería tener el marco de las gafas echado a un lado sobre su rostro y con un prominente rollo de cinta adhesiva en una de sus patas, que lucir unos diferentes.

Ella suspiró. Vio que el sujeto modulaba sus labios con una sonrisa tenue enmascarada por los gruesos y descuidados vellos de su barba, pero ella no alcanzaba a escuchar nada. Verificó en el acto los audífonos al ver que él seguía gesticulando palabras allí, al otro lado de la pantalla y del continente y una vez que ella constató que el problema no era suyo, procedió a notificarle:

—Rubén... Rubén, ¿me oyes? -Lo vio modular un “sí” junto con un gesto irresoluto. Acto seguido, parecía decir: “¿Por qué? ¿Tú no me escuchas a mí?” A lo cual, ella respondió: no.

Lo vio examinar su computadora de un lado a otro, hacer varias pruebas, hasta que repentinamente escuchó cómo mascullaba improperios intentando solucionar el problema y ella dijo de inmediato:

—¡Ya! ¡Ya, Rubén! ¡Ya puedo oírte!

—¡Vaya! -exclamó enderezándose en su silla-. Esta laptop ha estado haciendo lo mismo desde hace unos días, no sé si es un problema con los audífonos o si debería actualizar mi navegador, en fin... -Vio la pantalla y reparó en el rostro de Cris-. Hola, Cris... ¿Cómo estás?

—¡Muy bien, Rubén! ¿Y tú? ¿Qué tal?

—No me quejo, preciosa, no me quejo... -Se aclaró la garganta-. Quiero felicitarte por la nueva novela, la estuve leyendo ayer y la verdad es que está bastante bien -la miró con picardía-. Con escenas de sexo muy convincentes, ¿eh?

—¿De verdad?

Se entusiasmó y su sonrisa sincera acentuó sus pómulos y mejillas rosadas, así como los lunares dispersos en ellas, que en suma eran unos cuatro.

—Sí, sí -dijo sonriendo y mirando algo en la pantalla de su ordenador-. Esta vez añadí muy pocas cosas, la gran mayoría de ellas asociadas con las sensaciones del hombre durante el sexo, algo que una mujer no tiene manera de saber o entender... -La miró con suspicacia-. Tú me comprendes, ¿verdad, belleza?

—Me parece que sí.

Morbosidades todas, de eso podía estar casi segura.

—Ahora, lindura, imagino que tienes la versión que te envié con las anotaciones... ¿No?

—Creo que sí -la tenía en una ventana adicional del navegador. Vio que el usuario de Rubén se encendía en ese documento compartido y cómo él comenzaba a sombrear partes del texto.

—Vamos a revisar mis observaciones... -Sonrió. Estaba bastante risueño esa mañana-. Te hará muy feliz saber que son pocas, así que podrías entregarme este manuscrito listo el domingo en la noche o el lunes en la mañana, ¿no?

—Bueno... -Dudó. No sabía exactamente qué esperaba él de ella esta vez, así que tomó su lápiz, un cuaderno y procedió a tomar nota.

—Bien. Empecemos... -Vio sus ojos deslizarse por la página y llegar al primer renglón resaltado en amarillo-. Aquí pones que nuestro protagonista, Geoffrey Hamilton, es mejor conocido como *The King of The Bay*...

—Exacto, sí -lo miró muy seria.

—Y dices un poco más abajo que le llaman así porque amasó su fortuna vendiendo las mejores propiedades de Miami Beach a grandes celebridades. Que se ha codeado con algunas figuras del deporte, el cine, la música...

—Sí, así es...

—Te diré, Cris -miró a la chica en la pantalla-. Me gusta esto de que le llamen de esa manera, lo que no me convence mucho es el motivo por el que lo hacen...

—Bueno -pasó ella a defender su punto-, es muy simple. Es un apodo que habla bastante bien de su trayectoria y de la forma cómo ha conseguido hacer su fortuna con tenacidad, buen ojo, olfato para los neg...

—Sí, sí, si eso lo entiende hasta un niño, preciosa, pero creo que a Geoffrey lo deberían conocer como *The King of The Bay* por todas las viudas y divorciadas con las que se ha deleitado en esas mansiones de lujo que intenta venderles... ¿Me explico? -ella lo miró con un gesto indeciso-. No basta con mostrarles la propiedad, ¿por qué no... probarla?

—Pues... -susurró.

—¡Y de qué manera! Bastará con incluir unas dos o tres escenas más.

—¿De verd...?

—Sí, pero no demasiado largas, Cris. Algunas felaciones, sexo sobre la mesada de la cocina, en una de las tinas de lujo, en la piscina... Podrías incluir un poco de voyeurismo, ya sabes, el jardinero de la casa vecina la escucha gemir, se sube a su escalera y desde los arbustos ve cómo Geoffrey la penetra recostándola de las ventanas panorámicas que conectan con el jardín posterior, con la barbacoa... Me gustaría que una de las mujeres a la que seduce sea una chica joven, a punto de casarse. Que estrene la casa con nuestro *King of The Bay* antes que con el

propio marido -rio divertidísimo mientras Cris lo miraba sombría-. Ya sabes, ese cabo lo dejamos suelto y podríamos retomarlo en una segunda o tercera parte, cuando nos enteramos que la pobre desgraciada queda embarazada de este tipo y eso arruina por completo su amor eterno con la chica de la cafetería... -Lo vio teclear a toda velocidad-. Aquí te dejo las anotaciones. Si tienes dudas, me escribes.

—Bien, pero, estamos hablando de que esas escenas subirán el número de pág...

—Sí, seguro -dijo despreocupado-. Unas diez o doce más... No es necesario que te extiendas demasiado, preciosa, lo suficiente para que los lectores entiendan que la chica del café es una afortunada al cruzarse en su camino con un semental muy bien equipado que maneja a la perfección el arte de la seducción. Ya sabes -se alzó de hombros-. El arquetipo del amante domado. El que las seducía a todas y ahora sólo tiene ojos para una. Esas fantasías de la monogamia que las mujeres adoran meterse en la cabeza aunque sepan de sobra que es un cuentecillo de hadas...

—Ya.

Tomó nota y su humor comenzó a avinagrarse.

—Continuemos... -Avanzó algunas páginas-. Ajá, aquí estamos... Cuando la pobre Robbie le echa el *machiatto* encima en la cafetería, Geoffrey está leyendo algunas noticias en su celular... Aquí explicas que esa mañana se encontraba revisando algunos de los titulares más importantes acerca del negocio del *Real Estate* en Miami... -la miró de nuevo en la pantalla-, ya sabes, porcentajes, cifras, plusvalía...

—Sí...

—Querida, esto es una novela romántica, no una edición especial de Forbes.

—¿Disculp...?

—No, no, nada de esto es necesario, belleza. Bastará con que expliques que Geoffrey estaba viendo Ferraris en su cuenta de Instagram o algunos *reels* explosivos de chicas divinas en bikini asoleándose en las mejores playas de Miami.

—Rubén -intentó interrumpirlo-, disculpa que te contradiga, per...

—Esto de los porcentajes, de las oportunidades de negocio, de las zonas mejor valoradas... ¡Ahórratelo! ¡Déjalo para un artículo SEO de una buena inmobiliaria, qué sé yo!

—Pero... ¡Quiero que se entienda que Geoffrey se toma muy en serio lo que hace! -Rubén la miró sonriendo de medio lado, indulgente-. A ver... Creo que es importante la construcción del personaje, Rubén. Si no sabemos cuáles son sus motivaciones, lo que le apasiona, no podremos...

—Le apasionan las chicas, Cris. Los autos de lujo, los relojes, el sexo, como a cualquier otro millonario de la Florida. La buena vida. Las fiestas en un yate mientras recorres la bahía y te emborrachas con personas que crees que son tus amigos, pero que sólo has visto dos veces en tu vida... ¡Nada más! Además, a los lectores les importa una soberana pamplina que el tipo sepa leer el índice bursátil o calcular el porcentaje de plusvalía de una propiedad. ¿No lo entiendes? La gente se traga todo lo que le pones sobre el papel. Bastará con que nuestro narrador diga una sola vez que es el mejor vendedor de propiedades de lujo de todo Miami para que las personas lo den por cierto.

—No creo que sea tan simple, Rub...

—Lo es, linda, no te compliques. Además, deberías agradecerme por ahorrarte trabajo... -volvió a enfocarse en el documento-. Sigamos. Ah, sí -estaba ya en una de las primeras escenas románticas-, disculpa que te lo diga de este modo, preciosa, pero en algunas escenas Geoffrey suena bastante afeminado. Es inverosímil que un hombre le diga a una mujer algo como “recuerda que en cada uno de los focos de luz que conforman el *skyline* de esta ciudad de locos

en la que vivimos, allí, en uno de esos agujeros brillantes, está el corazón apasionado de un hombre que te sueña y que te ansía...” -El editor rio con ganas haciendo a Cris sonrojarse de indignación-. ¡Por Dios, belleza! ¿De dónde sacaste esta cursilería? ¿De verdad piensas que un hombre en su sano juicio le diría algo así a una chica con la que sólo quiere darse una buena revolcada?

—¿No se supone que Robbie es el amor de su vida? -dijo con voz grave.

—¡Pues, crucemos los dedos para que el amor de esta chica sea suficiente y no lo eche a la calle por maricón cuando le diga todo este palabrerío sacado de una novelita de bolsillo de adolescentes! -Seguía riendo-. No, no, Cris. Vamos a recortarle un poco la gasolina a la línea del romance, ¿sí? Prefiero que sea un tipo de pocas palabras y de más acción. Mira... -Señaló-, si él en efecto quiere hacerle saber a ella que la ansía, ¡que se lo demuestre!

—¿Cómo?

—¡Haciéndole el sexo oral como en su vida se lo han hecho!

Tomó nota.

—Verbigracia -masculló indignada-, porque desgraciadamente Robbie es virgen y cayó en las garras de ese degenerado.

—Sí, sí... -Prosiguió sin prestarle atención-. En esta escena él podría darse un festín con ella. Ya sabes, que la haga gritar, pedirle más... Y que el banquete termine con una penetrada dura y firme. Que el miembro prominente de él se deslice por ella como si se paseara por un orificio lleno de miel...

—Claro... -dijo con gesto pétreo-. La pobre Robbie estará sentada sobre un charco...

—¡Pero, desde luego! ¡Ah! -Apuntó sagaz-. Y no olvides que los orgasmos son unos cuantos, ¿eh? Al menos unos cuatro o cinco.

—Sí, sí... -Anotó con rigidez en su cuaderno-. La sacarán en camilla y la llevarán a la sala de urgencia más cercana a que la hidraten y la reanimen luego de que el *Rey de la bahía* la ponga a ver estrellas.

—No -dijo sin captar la ironía-. No exageres, Cris. Ya sabes que no me gustan las escenas inverosímiles.

—¿Me estás jod...? -No se lo creía.

—Ah, una última cosa, me parece... -Cris suspiró ansiando que la reunión terminara-. Recuerda que las frases deben ser sencillas y cortas. Ahórrate las palabras bonitas, las metáforas, la poesía, los adjetivos... Recuerda que cuando quiera traducir esto a varios idiomas con inteligencia artificial la copia será una desgracia y los lectores comenzarán a quejarse ¡Ya sabes cómo son!

—Lo tendré presente -aseguró sin más, muy seria.

—Quita esa cara, preciosa -Rubén sabía de sobra la naturaleza de la ofensa de la escritora-. Recuerda que el que sabe de esto soy yo, Cris. Estamos aquí para vender copias, no para salvarle la vida a la gente. Esto es entretenimiento. Esto es evasión. Para todo lo demás tendrá que alcanzarles su vida, por muy miserable que sea. Si quieren un libro que los ayude a ser mejores personas, será preferible que vayan con un psicólogo o que vean videos en YouTube.

—Yo... -No supo ni qué decir ante semejante comentario.

—Entonces... ¿Tendremos la edición final el domingo? -Ella asintió despacio-. Si tienes dudas, me escribes -miró su reloj-. Ahora tengo que dejarte, Cris. Tengo reunión en diez minutos con el *ghostwriter* de género policial y te aseguro que estoy que yo mismo cometo un crimen, porque el desastre de manuscrito que me envió el lunes casi me mata de un infarto.

—Lo imagino -susurró.

—Con decirte que se pasó un detalle por alto y se deduce quién es el asesino en la segunda página.

—Vaya pecado...

—El peor de todos -sonrió, espléndido-. Querida, fue un placer conversar contigo, como siempre. Espero la versión final el domingo. Posiblemente nos volvamos a ver el martes para que conozcas a Candice.

—¿Quién? -Frunció el ceño.

—Candice. La nueva chica que trabajará contigo -Cris lo miró con curiosidad-. Será la encargada de adaptar tus novelas a versión homosexual y lésbica.

—¿Cómo? -Casi lo grita.

—¡Te dejo, mi querida! -Se frotó las manos con entusiasmo-. Me espera una sesión de policía bueno policía malo y quisiera tomarme un café bien cargado antes de ese debate. ¡Hasta la semana que viene, corazón! *Bye, bye!*

Se desconectó y dejó a Cris boquiabierta. La perplejidad le duró al menos unos cinco segundos más. Allí estaba ya la página del navegador pidiéndole que valorara su experiencia en *Meet* luego de su reunión con Rubén de un poco más de treinta minutos, mientras ella aún no salía de su asombro y más aún, de su indignación. Una vez atinó a cobrar consciencia de cuanto había sucedido, se enderezó los lentes sobre el rostro, cerró la laptop de un manotazo, lanzó el cuaderno y el lápiz a un lado del escritorio ante el cual estaba sentada y se levantó como una fiera. Procedió a dar vueltas como un tigre en cautiverio jurándose dos millones de veces en su cabeza que no movería un remaldito dedo para corregir el manuscrito de mierda que Rubén le había solicitado para el domingo. ¡Le importaban tres pajas que Geoffrey comosellame fuese el rey de la bahía porque las atenazaba a todas mientras el jardinero presenciaba o grababa la escena por encima de los setos para luego subirla a *Only Fan* y cobrar varios cientos de dólares como proveedor de pornografía *amateur*! ¡Se pasaba por el arco del triunfo que el consumado magnate misógino que abusaba de una chica virgen e inexperta pasara el día viendo Ferraris o chicas deliciosas en su basura de *smartphone* seguramente lleno de fotos comprometedoras y menos que menos le importaba que fuese capaz de proveerle a una mujer diecisiete orgasmos consecutivos con su falo tan largo como un tranvía! Esta vez Rubén Pessoa tendría que recurrir a alguien más para las correcciones y eso lo juraba por la memoria de Maigualida Álvarez.

Pero no, no le bastó con maldecir una y otra vez para sus adentros o en un acalorado soliloquio, fue a buscar su teléfono para desahogarse con alguien y descartó de un plumazo la idea de llamar a Lara. ¡Con lo básica que podía llegar a ser, capaz hasta le proponía ideas! Capaz le sugería que el *Rey de la bahía* terminase haciendo el amor por primera vez con la desafortunada camarera en un motel mugroso repleto de cucarachas y luces de neón parpadeantes que además chirrean en medio de la madrugada, especialmente cuando los camioneros transitan a toda velocidad por la interestatal, haciendo vibrar hasta las paredes a su paso.

No. A la que debía llamar era a Vega y rezaba para que pudiera cogerle el teléfono, porque de otro modo se ahogaría con su propia rabia.

—¡Hola, hol...!

—¡Esta vez sí lo mato! -La mujer al otro lado de la línea abrió tamaños ojos al escuchar los gritos de la escritora-. ¡Lo mato, Vega! ¡Lo mato!

—¿Tan mal te fue en tu reunión con el editor estrella?

La conocía mejor que nadie.

—¿Sabes lo que me ha dicho? -gritó furiosa-. ¿Lo sabes?

—¿Que le faltaron dos kilómetros de pene al magnate? -Se vio las uñas de soslayo sentada en

el escritorio de su oficina como asistente de dirección del bufete de abogados en el que trabajaba. En ese preciso momento su jefe, el fundador de la firma, estaba fuera de la ciudad y podía darse el lujo de tomarse sus buenos descansos-. ¿O te sugirió que el experto en inmuebles le exigiera a la pobre camarera que le hiciera una felación en pleno establecimiento para que ella misma sorbiera hasta la última gota de *machiatto* que le quedó sobre su costosísimo traje de sastre inglés?

—¡Me ha dicho una sarta de estupideces! ¡Eso hizo! ¡Me ha dicho que en lugar de leer sobre el mercado inmobiliario el prestigioso protagonista debería estar viendo autos y chicas en Instagram sin parar! ¡Me ha dicho que a nadie le importa si el tipo tiene olfato para los negocios o algún tipo de talento...!

—Que no sea meterlo y sacarlo, Cris, mi amor... -La escritora enmudeció-. El único talento que espera Rubén de los personajes que escribes es que lo metan y lo saquen, pero muy especialmente sepan a quién se lo empujan -suspiró-. Ay, mi amiga querida... -Recostó su rostro de su mano y miró a través de la ventana hacia el paisaje de la ciudad-. ¿Cuántas veces has pasado ya por lo mismo?

—¡Perdí la cuenta! -Resopló frustrada.

—Y aquí volvemos con lo mismo, mi corazón... -Sonrió de medio lado-. ¿Hasta cuándo vas a seguir creando novelas para ese imbécil consumado en lugar de trabajar en tus propios proyectos?

—¡No es tan simple, Vega!

—Ah, vaya...

Tomó aire y se frotó suavemente la frente con la punta de sus dedos.

—¡No es tan simple! ¡Tengo cosas que pagar y...! ¡Y sí, ya sé que lo que él me da es una cifra ridícula, pero al menos me saca de apuros! Rubén se ha encargado de tener toda una red de distribución con sus supuestos autores, todos falsos, claro está. Traduce las obras a varios idiomas...

—¡Sí! ¡Con *Google Translator*, gracias!

—Como sea, ¡pero igual se las compran!

—¡Sí! ¡Y se las compran gracias a gente como tú, que vende su talento para que otro se llene los bolsillos de dinero proveniente de los lectores ingenuos que con la ilusión de pasar un buen rato en compañía de un libro, se consiguen con sus adefesios! -Cris suspiró abatida-. Mira, linda, siempre sucede lo mismo, cada vez que entregas un manuscrito te veo echar espuma por la boca por las mismas razones. Hace un par de semanas, cuando le entregaste la primera novela de este mes, estuviste convulsionando de la indignación porque la heredera acaudalada se enamoraba del veterinario que atendió por años a los caballos de la finca de su padre. Recuerdo que estuviste horas construyendo una escena en la que el protagonista salvaba conmovedoramente la vida del potrillo y de la yegua sólo para que Rubén te dijera, en cinco minutos, que a la única que había que empotrar allí era a la dueña de aquella propiedad, porque no te había pedido que escribieras un manual de cuidados equinos, menos que menos un documental de National Geographic; así que mientras la yegua más querida del padre de Allyson, me parece que así se llamaba la mujercita en cuestión, se debatía entre la vida y la muerte, nuestro veterinario estrella estaba más ocupado en ensartar a la inconsolable heredera sobre una pila de heno que en echarle una mano al pobre animal, considerando que siempre necesitan asistencia al parir.

—Vega, sabes que yo...

—¡Sí! -dijo leyéndole los pensamientos-. ¡Sé que tú, desde que estabas en la universidad, soñabas con dedicarte a la escritura! Sé que te encargaste de hacer talleres con autores

reconocidos, ¡en instituciones y editoriales de renombre! ¡Sé que conoces bastante bien todos los arquetipos de Jung y cómo aplicarlos a un personaje! Pero, desgraciadamente, cariño, todo el conocimiento que te has esmerado en obtener no se está poniendo en práctica, al menos no mientras escribas para un misógino al que lo único que le importa es ver cada día cuánto dinero están produciendo sus libros sin detenerse a pensar ni por un momento en las repercusiones que esas historias pueden tener en la vida de otras personas... ¡Romantiza la violencia sexual y psicológica, promueve las relaciones dispares, tóxicas, le pone una medalla al honor al machismo, incluso cuando adapta las novelas a la literatura lésbica y la gente que se topa con estos escritos ni siquiera se los cuestiona, porque no los obliga a pensar, sólo menean la cabeza diciendo que sí como borregos y allí van unos cuantos dólares más a sus arcas, ¡a costillas de la soledad y el aburrimiento de otros! ¿Te parece justo? ¿Te parece coherente que tú, sólo por tener doscientos cincuenta dólares al mes, seas parte de esta conspiración que lava cerebros o los adormece?

—No me digas esto, Vega -se tomó la cabeza con ambas manos-, por Dios, no me digas esto que te juro que si tuviera algo de dinero ahorrado, las cosas serían distintas... -La mujer al otro lado del teléfono suspiró. Fue indulgente al escuchar a Cris tan afectada-. Sabes de sobra que la enfermedad de mamá me obligó a vender muchas cosas, sus joyas, el auto, algunos utensilios de cocina que estaban sin estrenar... Sabes muy bien que dejó una buena cantidad de deudas que he ido cubriendo lo mejor que puedo en los últimos meses y, con un poco de suerte, podré salir adelante con esto en un poco más. Salvo por ese departamento...

—¡Que está en perfectas condiciones y que tú te niegas a vender!

—¡Ya estás como Lara, Vega!

—No, no me compares con la cazadora de tumbas de tu novia... -Vega se indignó en un segundo-. ¡Lo único que le falta es llevar al cinto la navaja de Rambo, mi querida!

—Está bien, Vega, está bien... -Recapacitó. Sabía de sobra que el carácter de Vega, su aplomo, no podía compararse con el de nadie más que conociera-. Lo menos que quiero es discutir contigo.

—¡Conversaciones incómodas, Cris! -dijo golpeando con la punta del dedo el tablero del escritorio-. ¡Las conversaciones incómodas son necesarias y esta vez lo digo por Rubén! Es importante que hagas valer tu criterio, tu opinión.

—No tiene sentido...

—¡Mientras pienses así, nada cambiará!

—Te prometo que voy a hacer ajustes en mi vida, Vega, te lo prometo...

Se acarició la frente abrumada.

—Ay, Cris -suspiró consternada.

—Hablaré con Lara sin tapujos, seguiré trabajando con Rubén sólo el tiempo que sea necesario mientras aparece otro proyecto... -Una idea se vino a su cabeza como un rayo-. ¡De hecho! Podría comenzar a postular a otras cosas ahora mismo... -sonrió con un dejo de esperanza-.o me apasiona precisamente volver al *marketing* de contenidos, pero algo es algo.

—Al menos estarás lejos de los depredadores sexuales disfrazados de niños buenos por un buen tiempo -dijo con suavidad.

—Sí... Así es.

Vega estaba concentrada en la llamada, pero eso no le impidió escuchar la voz de Estela, una de las secretarías ejecutivas del bufete, al decir en el pasillo:

—¡Qué sorpresa, Samay! ¡Qué sorpresa, niña, por Dios!

La asistente ejecutiva de Diógenes Cáceres alzó la mirada boquiabierta y vio a través del

cristal de su oficina los pasillos que conducían a los otros despachos. Allí, ante sus ojos, se formó la imagen de Estela y detrás de ella comenzó a hacerse corpórea la silueta de Samay Jinez, antigua abogada del bufete que por alguna razón, que en este momento Vega desconocía, volvía a poner sus pies en la firma aquella mañana de jueves. La vio pasar, como quien es testigo de una escena que se reproduce ante sus ojos en cámara lenta, frente a su oficina y sus ojos de un color indeterminado la siguieron a través del cristal por todos esos segundos, esculpiendo su perfil y descubriendo que, a diferencia de otras épocas, esta vez llevaba el cabello en su tono original: castaño oscuro con destellos rojizos, un color que en contraste con su piel de nácar y sus labios impactantemente rojos le quedaba sencillamente fenomenal. La escena duró lo que duró, pero la expresión irresoluta de Vega Santini ante semejante aparición no se desvanecería así por así.

Cris, por su parte, decidió calmarse un poco y ocuparse. Sí, o te preocupas o te ocupas cuando algo no te hace sentir bien, así que era el momento de tomar acción. Desde luego que editaría el manuscrito prometido para el domingo, no perdería los doscientos cincuenta dólares por una malcriadez, pero no se quedaría de brazos cruzados y empezaría a buscar otras alternativas antes de que Rubén tuviese tiempo de entregarle los siguientes proyectos. Con un golpe de suerte, podría conseguir algo razonable antes de que el editor de pacotilla se sacara de la manga otra dupla de *plots* patéticos. Tomó la misma laptop que antes había manoteado, fue a su navegador y allí intentó ingresar a su perfil de LinkedIn, cuenta que no visitaba desde hacía por lo menos tres años o más. Tuvo que restablecer la contraseña, porque no tenía la menor idea de cuáles eran sus credenciales y cuando al fin ingresó, pensó que sería conveniente actualizar un poco sus datos. ¿Pondría que estaba trabajando como *ghostwriter*?

—Ni de vaina... -susurró. Así que se enfocó más en lo que hacía anteriormente: redacción digital, SEO, marketing de contenidos y tildando la opción de que se encontraba en busca de empleo vio al instante cómo una franja verde adornaba su foto de perfil, imagen que además refrescó, subiendo una más reciente en la que se sorprendió al notar que estaba un poco más delgada en comparación con la anterior-. Así que, después de todo, sí que he bajado mis kilos... - Claro. La enfermedad de Maigualida también la consumió a ella a su manera, sólo que hasta ese momento no lo había notado-. Bien. Ya está -dijo satisfecha consigo misma y entendiendo que su consciencia no la torturaría por no hacer lo que una persona razonable que desea un cambio tiene que hacer-. Veremos si surge algo en los próximos días.

Se puso de pie y miró de soslayo el cuaderno con las anotaciones de la supuesta corrección de Rubén. No. No se pondría con felaciones y orgasmos múltiples en ese preciso instante. Lo dejó reposar y decidió tomar un baño para dar un paseo y salir en busca de una torta de chocolate que le reanimara el alma, aunque se gastara lo último que tenía en la cuenta bancaria en ese postre.

Vega Santini, por su parte, recuperó la consciencia al ver pasar a Estela de regreso por el mismo pasillo por el que había transitado minutos antes acompañada de Samay Jinez. Dejó que transcurrieran algunos segundos y se puso de pie, colmada de una curiosidad casi insoportable. Se dio cuenta de que, por si fuese poco, las manos le temblaban sutilmente. Avanzó con pasos titubeantes hasta la sala de conferencias, incluso habría querido que sus zapatos de tacón alto no la delataran, pero parecía una misión imposible, considerando el silencio de esa ala del bufete. Vio la silueta de la abogada a contraluz. No sólo favorecía el efecto la enorme cantidad de luz que entraba por el ventanal que apuntaba hacia la zona este de la ciudad, también Samay vestía de negro. Su traje Kathryn Sargent se entallaba a su silueta de un modo formidable, por lo que Vega pudo percibir, desde donde se encontraba, las líneas rectas que marcaban sus hombros estrechos, su espalda que se precipitaba hacia la curva de la cintura que el saco enfatizaba y cómo esta, a su vez, se abría como reloj de arena hacia unas caderas preciosas, en perfecto

balance con sus proporciones. Era alta. La recordaba de una estatura más baja, pero era indiscutiblemente alta o quizás las botas de tacón que vestía esa mañana la hacían ver unos centímetros por encima de su tamaño normal. No lo sabía con exactitud.

—Nunca olvidas la montaña -señaló sin quitar sus ojos del paisaje. Por el tono de su voz, Vega dedujo que lo pronunció con una sonrisa. La asistente de Diógenes Cáceres abrió la boca un poco, deteniéndose ante la puerta de la sala de conferencias-. No importa cuánto tiempo estés fuera de esta ciudad, nunca olvidas la montaña. Creo que todos la echamos de menos alguna vez -por fin se giró despacio y depositó sus ojos en los de Vega-. Hola.

—Samay... -susurró e inclinó la cabeza. Reparó en su rostro. ¿Cuánto tiempo tenía sin ver a la abogada? Seis años aproximadamente. No había cambiado nada. Seguía teniendo esa singular nariz alargada, sus preciosos labios gruesos, sus singulares ojos rasgados y sus cejas pobladas, todos ellos enmarcados por su cabello oscuro que caía con ondas muy sueltas alrededor de un rostro muy blanco y un cuello estilizado. Justo en ese momento, en sus ojos verdes grisáceos rebotaba un destello de luz perfecto proveniente del sol alzándose sobre la ciudad que hacía lucir sus iris como una cuenta de jade.

—Vaya sorpresa, ¿no?

—Lo que no acabo de entender -dijo poniendo por fin sus pies en la sala de conferencias, cerrando la puerta y apoyando sus brazos de la silla de cuero negra más próxima a ella-, es por qué Diógenes no me informó nada.

—Todo fue repentino -comentó con una sonrisa tenue, se dio la media vuelta, metió sus manos en sus bolsillos y Vega vio cómo la chaqueta de traje que vestía se abría un poco, descubriendo debajo de ella una camisa de seda blanca, desabotonada hasta el abismo de su escote, enfatizado por la curva majestuosa de su busto-. Estoy aquí para ponerme al corriente de cosas, pero no soy yo la responsable de dar explicaciones, en parte porque no las tengo. Será Diógenes, en su debido momento, el encargado de poner las cosas en perspectiva y de aclarar dudas o suspicacias.

—Suspiciacia ninguna -se cruzó de brazos-, te lo garantizo.

—Será una novedad que vino con la madurez -sonrió sin malicia y la asistente vio la curva que sus labios gruesos describían-, porque vaya si te recuerdo suspicaz y cínica, Vega Santini.

—Me halagas con tus palabras -se tomó el pecho apenas con la punta de sus dedos en un gesto sarcástico, fingiendo afectación.

—Helo allí... -La señaló con un ademán delicado de sus manos, tan delicado que bien podía compararse al movimiento que hace una hoja cuando se despereza mecida por una caricia de viento de primavera-. La misma de siempre.

—Te apuesto que no sólo echaste de menos la montaña, Samay.

La abogada comenzó a rodear la enorme mesa de aquella sala de juntas para avanzar hacia la puerta. Una vez de pie frente a ella, se giró y miró a los ojos a la asistente del director del bufete.

—No -le aseguró-. Claro que no -giró su rostro hacia el ventanal nuevamente y, desde donde estaba, Vega vio cómo los volúmenes de su cuello estilizado se dibujaban de tal manera que el hilo de oro blanco que lo rodeaba se movió, precipitando entre sus clavículas un punto de luz dentro del cual brillaba un diamante-. También eché de menos a los zamuros... -Rio al ver el gesto irresoluto de la mujer ante ella y su mirada entornada-. Buen día.

Salió sin mirar atrás.

Capítulo VII

Tenía suficiente conocimiento como para saber que estaba viviendo un duelo patológico. Qué irónico. Mientras pensaba en esto, Itza alzaba sus ojos marchitos hasta el título universitario enmarcado en la pared donde constaba que se había recibido, con honores, en la Facultad de Psicología. ¿Así que saber, mejor que muchos, cómo funciona la mente y la elaboración de las emociones no le servía de nada para salir del abismo de negación, ira, negociación y depresión en el que ella misma se había sumido? Pensó. Pensó una y otra vez en esto.

Negación. Ira. Negociación. Depresión. Aceptación. Frunció el ceño y fue sorprendente cómo un gesto tan simple le recordó que estaba viva. ¡Viva! No fue únicamente el involuntario ademán de sus cejas, fue en especial el pensamiento que lo produjo: ¿dónde había quedado el libro aquel de Elisabeth Kübler-Ross que de seguro tenía en su biblioteca? Se levantó despacio del sillón donde había estado postrada como era habitual en ella en su dejarse llevar por la soledad y la tristeza y con una voluntad desconocida, una voluntad débil, frágil, torpe y quebradiza que creyó que había perdido para siempre, husmeó lo mejor que pudo con sus ojos cansados por el incesante insomnio hasta que dio con el tomo en cuestión que había venido a su mente de forma súbita. Volvió a sentarse, esta vez en el sofá y vio el libro ante sus ojos.

Sobre la muerte y los moribundos, decía la portada e Itza abrió sin dudar la obra, donde encontró numerosas notas marginales provenientes de su propio puño y letra. Recordó que los estudios de Kübler-Ross acerca de las etapas del duelo habían sido cuestionados por muchos y de hecho eran considerados obsoletos. Ella misma se contaba entre las personas que pusieron en tela de juicio los planteamientos de la psiquiatra suiza, pero justo ahora y metida en un laberinto del cual había perdido por completo la salida, ¿de qué otra forma podía hallar la senda que la llevara a la cordura? Ya que no tenía el valor de morir, ya que se había hecho resiliente a su pesar en el pacto con la vida, ¿qué mejor cosa podía hacer que ocupar sus días eternos de desidia en pasear su mirada melancólica por aquellos renglones? Quizás algo bueno podría surgir de un gesto tan simple como apoyar su propio dolor, su propio tránsito por las sombras en esas páginas y, sin importar cuán adormecida estuviera la aguda mente de Itza Arbe en ese momento, sin importar cuánto hubiese doblegado ya su entendimiento, su entrega absoluta a la desesperanza, un verso de Rabindranath Tagore deslumbró en sus pensamientos como lo haría la luz de un faro que se divisa en la negra inmensidad, como un destello casi imperceptible, que sólo se hace tangible gracias a la insistencia, a la frágil, rítmica y perseverante insistencia:

“No me dejes suplicar que se calme mi dolor, sino que tenga ánimo para dominarlo”. Se quedó boquiabierta. Débil, abrumada por la sordidez de su mente, pero boquiabierta. Recordó. Recordó quién había sido ella toda su vida. La altiva, orgullosa, brillante mujer de ciencia, Itza Arbe. Recordó de qué forma menospreciaba, en la gran mayoría de los casos, la debilidad de carácter, la fragilidad emocional, las trampas de la mente en la que las personas y muy especialmente muchos de sus pacientes insistían en precipitarse. Recordó con cuánto aplomo tuvo el control sobre el ego de cada uno de ellos y de qué forma bastaba una palabra suya para cuestionar hasta los pensamientos más recalcitrantes. ¿Y ahora?

Ahora que era ella, ella misma la prisionera de su inestabilidad emocional, de su depresión... ¿Dónde estaba la psicóloga que fue para cuestionarla, para quebrarle el cuello a su ego y alzarse sobre él con lucidez, proactividad y, muy especialmente, aceptación? ¿Dónde estaba la voluntad de pedir ayuda, de correr en busca de herramientas que ella no tenía para salvarse?

Salvarse. ¿Realmente quería salvarse? De otro modo no estaría allí por mucho que insistiera en

entregarse a la depresión, ¿no es verdad?

Para su sorpresa y tal vez como consecuencia de su genuina debilidad física y mental, fue compasiva consigo como jamás lo fue con nadie. Fue empática, como si acariciara con manos temblorosas y suaves a su niña interior y la cobijara en su regazo; como si envolviera con brazos tibios a su alma y allí, derrotada, pero convencida de que en las palabras de Rabindranath Tagore había encontrado un ligero trazo de la senda que había perdido, se embarcó en aquella lectura porque para moribundos nadie mejor que ella en esa etapa de su vida.

Capítulo VIII

Después de dos semanas de abstinencia, Lara no estaba dispuesta a desperdiciar ocasiones y fue precisamente por eso que le pidió a Cris que se quedara con ella en la casa de sus padres ese fin de semana, para sacar provecho de su día libre en la franquicia de hamburguesas y de una jornada de descanso adicional como consecuencia de un feriado que, casualmente, coincidió con el fin de semana. Desde luego, la escritora se negó. Tenía razones de sobra para rehuir la invitación, considerando que debía entregar su despreciado manuscrito el domingo por la noche, pero la insistencia de la novia escaló a tanto que empleó el viernes en adelantar lo más que pudo para que las demandas de Lara durante los días siguientes no entorpecieran sus plazos de entrega.

Allí estaban esa noche de sábado en la habitación de la chica de veintinueve años. Cris intentaba concentrarse en una de sus escenas de romance en la que las poéticas palabras de Geoffrey Hamilton al hablar de sus sentimientos lo hacían lucir, de acuerdo a las apreciaciones de Rubén Pessoa, *maricón*. A su lado, en la cama, Lara estaba completamente en otro mundo, sosteniendo entre sus manos el *joystick* de su *PlayStation*, mientras en la pantalla de su televisor se veían los escenarios propios del *Battle Royale*; afanada, recogía todas las municiones e ítems que podía, siempre atenta al mapa y a los movimientos del ojo de la tormenta cerrándose paulatinamente.

Frustrada y confundida, Cris consideró conveniente pedirle un poco de ayuda y susurró:

—Lara... ¿Puedes hacerme un fav...?

—¡Ni hablar, Puchi! -Y le gritó a la pantalla-. ¡Sal, sal de ahí, imbécil! ¡Ah! ¡Ya te vi! -Oprimió el botón una y otra vez, haciendo con eso que su avatar descargara sobre la cabeza de un jugador un fusil de francotirador que lo sacó del paso en segundos-. Uno menos... -Comenzó a bajar de la torre en la que se había guarecido y se dio cuenta de que el ojo de la tormenta estaba casi sobre ella. Volvió a dirigirse a Cris-. ¡Ahora no puedo, nené! Estoy entre los últimos diez y ya casi estamos llegando a la zona final... -Su avatar corría a campo abierto y por encima de su cabeza se veían pasar las balas de otro jugador que intentaba derribarla, sin éxito-. ¡Maldito! ¡Deja que llegue a lugar seguro, te haré comer tus balas! -Volvio a hablarle a Cris-. Cuando termine esta partida te presto atención, antes, ni hablar.

—Vaya... -susurró con desgana y siguió releendo la escena en la que trabajaba y que le causaba dudas. Intentaba concentrarse a pesar de las maldiciones, los saltos, las vociferaciones y los gritos de euforia de Lara, que otra vez había ganado una partida por aquella noche y que avanzaba finalmente al nivel deseado para poder adquirir la *skin* y todos los ítems que le interesaban de esa nueva temporada.

Una vez que imitó el baile que recreaba su avatar en la pantalla, como si ella misma se tratase de una jovencita de unos catorce años, se echó a reír de sus propias tonterías y se lanzó de vuelta en la cama, le arrebató de las manos la laptop a Cris, se volcó sobre su cuerpo, se instaló entre sus piernas donde, además, hizo pulsión con su pubis, hundió su rostro entre sus senos y la rodeó con sus brazos con fuerza. La escritora se enderezó como pudo los lentes e intentó tomar de nuevo su herramienta de trabajo sin éxito, porque Lara la había dejado al otro extremo de la cama, donde no la podía alcanzar.

—Ahora sí, mi Puchi divina... ¿Qué necesitas de mí?

—Bueno... -dijo abrumada por su abrazo, sus besos sobre sus senos, por encima de la ropa, sus movimientos entre sus piernas-. Quisiera que leyeras algo...

—¿Leer? -Se echó a reír y tras esa risa mordió su seno con malicia-. Sabes de sobra que no

leo. Imagínate que jamás terminé un *Dark Souls* precisamente porque debía leer demasiado... ¡Era un verdadero agotamiento!

—Pero... -Se decepcionó-, pero es que Rubén me dice que mi protagonista suena muy afeminado...

—Es probable -se alzó de hombros, pero estaba definitivamente más ocupada en sentir sus relieves bajo de sí que en cualquier otra cosa-, pero es que eres muy romanticona a veces, Puchi... ¡Ya te he dicho que se te pasa la mano en cursilería!

—¿Disculpa? -Se ofendió y Lara soltó la carcajada.

—¡Mentira, mi Puchi! ¡Es mentira! -Cris trató de refutarle, pero Lara se encargó de comerle la boca en un segundo, secundando sus besos con caricias firmes y otros movimientos contundentes entre sus piernas, contra su pubis-. Mierda... -dijo sin aliento y dejando a la otra perpleja con la rapidez en la que su demencia podía escalar tratándose de estar cerca de ella en la cama-, cómo me gustas, por favor... ¡Esta vaina es irracional, nené, irracional! -Volvió sobre su boca y la escritora comenzó a pensar en las conversaciones incómodas de las que hablaba Vega. ¿Era el momento de iniciar una?

Todo parecía indicar que sí. Los besos que apenas la dejaban respirar, la lengua hurgando con ansias de conquistar su garganta, las manos trepando por su piel, las embestidas repentinas y poco dilatadas, pero... ¿Una conversación incómoda con Lara en su habitación, en la casa de sus padres, un sábado a las 12:30 de la madrugada y sin dinero suficiente para tomar un taxi? Parecía la muerte súbita, así que se llenó de paciencia e intentó dejarse llevar, aunque le parecía que la chica exageraba. Incluso sus gemidos le parecieron desproporcionados, o tal vez no, considerando que parecía atravesar el Universo siempre que la tenía para sí, a su merced.

Lara iba sin miramientos sobre Cris, parecía que de momento ni siquiera le era necesario deshacerse de cosas como la ropa, así que allí mismo, sobre la suave tela o colándose por orificios del pijama, la acariciaba, la tocaba, la estrujaba desenfrenadamente. Todo iba demasiado rápido para que la escritora atinara a corresponder de la forma más horizontal posible, cuando de pronto escucharon en el pasillo la puerta de la habitación de sus padres abrirse y la chica de cabello rojizo se descolocó en un segundo, más de lo que ya lo estaba.

—Lara, Lara -susurró tras un esfuerzo por recuperar el habla-. ¡Tu mamá, Lara!

—Lo sé -dijo besándola en el cuello, bajando hasta sus senos-. La acabo de escuchar...

—Se va a dar cuenta -vio cómo Lara se estiró un poco sobre la cama, tomó el mando a distancia del televisor y subió el volumen, hasta que la música incidental de la pantalla de inicio de ese videojuego lo colmó todo.

—Ya -volvió sobre sus senos, esta vez levantando la camisa del pijama y devorándolos sin miramientos-. Así no nos escuchará. Relájate, nené, anda... Vamos a hacerlo rico, como siempre, ¿sí?

Cris dio una honda inspiración. Quizás si se olvidaba de las conversaciones incómodas, quizás si pasaba por alto que la madre de Lara andaba merodeando en el pasillo, incluso si ignoraba la música pintoresca a todo volumen del menú de inicio de ese videojuego, tal vez entraba en *mojo* y hasta lo disfrutaba, pero las cosas no eran tan simples.

—Lara -la madre además golpeó la puerta con los nudillos-. Lara, por favor... ¿Ya viste la hora? ¿No te parece que deberías bajar el volumen a ese aparato?

—¡Maldición! -susurró la hija, obligada a abandonar su festín. De nuevo tomó el mando a distancia y silenció el televisor, haciéndole además un gesto a Cris para que no emitiera el menor ruido.

—Gracias, Lara -replicó la madre y se alejó por el pasillo, al parecer rumbo a la cocina.

—Vaya mierda -resopló la hija y se acostó a un lado de Cris, bocarriba en la cama, viendo al techo con desgana. Toda aquella situación la sacó de onda por completo. Estuvieron en silencio por minutos, esperando a que la madre volviera a la recámara pero el sonido de ollas y trastos les indicó que no abandonarían la cocina en los próximos minutos.

—¿Qué hace a medianoche en la cocina?

—¡No tengo idea! -rezongó de mal humor-. Te apuesto que otra vez le atacó el insomnio. Hace unos días horneó galletas hasta las tres de la mañana -se cruzó de brazos-. Ya ves, estas cosas no sucederían si nos mudáramos al departamento de tu madre...

—Aquí vamos de nuevo -torció los ojos con desgana.

—¡Sí! ¡Aquí vamos de nuevo! ¡Todas las veces que sean necesarias hasta que recapacites!

—Ahora que hablamos de recapacitar -se miraron a los ojos. Puede que de buenas a primeras no estuviera dispuesta a iniciar una conversación incómoda, pero en vista de que Lara desquitaba con ella su frustración por lo que estaba pasando, se valió del malestar para poner su grano de arena-, hace días que quiero conversar contigo acerca de algo...

—¿Qué? -dijo a la defensiva.

—Lo brusca que has sido de un tiempo para acá al hacerme el amor...

—¿Disculpa? -Se indignó aún más.

—No te enojés conmigo, Lara -se miraron a los ojos-. Estamos hablando como personas adultas...

—¡No me digas! -Se levantó de la cama como un resorte, tomó el *joystick* y, oprimiendo botones, entró a la sala de espera de otra partida de aquel videojuego.

—Lara -se sentó en la cama y la miró muy seria-. ¿Podrías dejar las balitas y los bailecitos para otro momento y escucharme? Estoy intentando hablar en serio contigo.

—Te escucho -mintió.

—No, no me estás escuchando, porque de un momento a otro empezarás a disparar como una psicópata y a maldecir como una loca.

—¡Y tú a escribir cursilerías como una tonta!

—¡Lara! -Se enojó. Supo que con una plática incómoda o sin ella, estaba a punto de salirse de sus cabales-. ¡Te agradezco que no te burles de lo que hago! ¡Con mi trabajo no te metas!

—¿Por qué? -La miró con desprecio, a pesar de que el ojo de la tormenta comenzaba a cerrarse sobre ella. ¿Era una metáfora de lo que ocurría del otro lado de la pantalla?-. ¿Porque te crees mejor que yo sólo por escribir palabras bonitas?

—¿Perdón?

—¿Te crees superior a mí sólo porque fuiste a la universidad y yo no? -Volteó a la pantalla justo a tiempo para volarle los sesos a un insistente jugador con muy mala puntería que le disparaba sin cesar. Hasta Cris se sorprendió de su tino al ver los números sobre la cabeza del avatar que se desplomaba indicando que había recibido una bonificación extra por su impecable *headshot*.

—¿Quién está hablando de eso, Lara? -dijo retomando el hilo de la conversación-. ¿Cuándo tu profesión ha sido un motivo de diferencia entre nosotras?

—No lo sé -resopló con cara de pocos amigos. La adrenalina de su último disparo se le había subido a la cabeza y ahora jugaba de pie a un lado de la cama, dispuesta a sacarle los ojos al que se le pusiera por delante-. Quizás de un tiempo para acá no soy suficiente para ti... ¡Ni siquiera te gusta como te hago el amor y debe ser precisamente por eso que estos últimos días has estado fingiendo orgasmos para que no lo note!

—¡Fing...!

Creyó que la que le iba a arrancar la cabeza sería ella y no precisamente en el metaverso de un videojuego.

—Sí... Los debes haber fingido, porque si ahora me dices que te parece que soy muy brusca... ¡Imagínate!

Cris se quedó de piedra al ver que su novia comenzaba a llorar.

—Lara... -Se arrodilló sobre la cama-. ¿Estás llorando?

La otra se limpió las mejillas con rabia. Odiaba que otros la viesan así y ni siquiera sabía con exactitud por qué se estaba comportando de ese modo.

—¡No! -Mintió, pero el sollozo suave la dejó vendida-. ¡Bueno, es evidente que sí, pero no quiero tu lástima!

—Lara... -Su corazón se hizo añicos en su pecho-. Lara, no te pongas así, no te digo esto para lastimarte ni nada, es sólo que... -Suspiró. La otra bajó la mano en la que sostenía el control para limpiarse las lágrimas que le corrían por el rostro-. Es sólo que me he sentido desencajada contigo las últimas veces que hemos estado juntas...

—Siempre creí que te gustaba...

—¡Y me gustas! -Ratificó angustiada-. ¡Me gustas muchísimo! Pero apreciaría que al hacer el amor fueses más... más...

—¿Qué?

La miró a los ojos aprovechando que su avatar estaba agazapado en uno de los edificios del juego, a la espera de otro jugador al cual volarle los sesos.

—Más tierna, más considerada, más sutil...

—¿Así que soy una salvaje?

—Lara, no vamos a llegar a ninguna parte mientras tengas esa actitud...

Pero no la escuchaba. Estaba descargando su escopeta de repetición sobre un mercenario que se había bajado de un auto dispuesto a aniquilarla. No retomó la palabra hasta que no lo sacó del paso.

—No sé de qué hablas.

—De esa actitud de niña mimada, Lara.

—¿No entiendes que todo lo que hago, lo hago para que estemos bien? -Cris exhaló sintiéndose culpable de verla llorar y de oírla hablar de esa manera-. ¡Siempre soy yo la que trata de hacer las paces, la que piensa en pasar tiempo juntas, la que tiene detalles contigo! ¡Y ahora me sales con esto!

Seguía corriendo y disparando, avanzando hacia el tramo final. Cris se puso de pie, le tomó el rostro entre las manos, la miró a los ojos y le susurró:

—Y lo agradezco mucho, mi amor. Lo aprecio y lo valoro.

—¡No lo parece! -Rezongó en tono caprichoso.

Cris se puso de pie, avanzó hasta ella y la abrazó.

—No quería que te sintieras así, Lara, pero era importante que supieras lo que me estaba pasando...

—No lo hago por mal, Cris... ¡De verdad! -Sollozó-. ¡Es sólo que creí que a ti también te gustaba, es que me vuelves loca y pierdo el control, pero...! Pero si quieres que sea más cuidadosa contigo, lo haré, te lo juro... -La abrazó y, para sorpresa de la otra, se olvidó del videojuego. Apenas dejó de defenderse la derribaron, dejándola en la tercera posición-. ¡No me dejes, Cris, no me dejes, yo te amo!

—Nadie está hablando de dejarse, tonta... -Se abrazaron con más fuerza. Cris la besó con suavidad y Lara correspondió haciendo un esfuerzo por moderarse. Volvieron a tenderse

despacio en la cama. Las caricias de la chica de veintinueve años seguían siendo pesadas, torpes, pero la escritora notó el esfuerzo y lo valoró.

—Tú me gustas demasiado -dijo cobijándose en su cuello como una niña-, me gustas como nunca me había gustado nadie. Yo no quería que te sintieras mal o incómoda... De verdad...

—Está bien.

Hundió los dedos en su cabello y acarició su espalda con esa ternura poética que la caracterizaba.

—Tampoco eres una cursi tonta por escribir lo que escribes -suspiró avergonzada-. Lo dije porque me molestó que me llamaras loca y asesina.

—Psicópata. Te dije psicópata, no asesina.

—Bueno, es lo mismo.

—No. Un psicópata puede no ser un asesino.

—Ya empiezas con tus palabritas bonitas -la miró a los ojos-, con esa forma que tienes de decir las cosas. Sé que dije que hablabas con cursilería pero, si te soy sincera, yo amo tu forma de expresarte. Que seas culta, inteligente, que digas las cosas como si estuvieses leyendo un cuento... -Cris rio con suavidad-. Me gusta que seas calientita, tierna, que no alcés el tono de voz, que nunca grites, que hables suavemente y despacio con ese ronquito pequeño que a veces se te hace en la voz.

—¿Ronquito pequeño? -Reía.

—Sí -volvió a abrazarla y besó su cuello-. Ronquito pequeño. Me gusta que seas tan femenina. Que te arregles, que te maquilles tan bonito, que te vistas bien, que tengas estilo...

—Bueno -dijo incrédula-, no sé a qué te refieres con estilo, cuando soy lo menos *fashion* que existe.

—No digas eso. Te vistes bien, tienes buen gusto.

—Si tú lo dices...

—Disculpame, Puchi... Soy una tonta.

—Disculpa aceptada -La abrazó con afecto.

—¿Quieres hacer el amor conmigo?

—Tu mamá sigue en la cocina -se escuchaban sonidos metálicos.

—No me importa mi mamá, Cris. La puerta tiene el cerrojo puesto.

—Pero saber que ella anda por ahí me saca de onda, mi amor.

—Bueno -resopló-. Podemos esperar a que vuelva a acostarse. Mientras, ¿me quieres leer eso que estabas escribiendo? -Se vieron a los ojos y Cris sonrió con ternura-. Te advierto que yo no sé nada de eso, pero no sé, trataré de ayudarte como pueda.

—Eso será suficiente para mí -la besó con suavidad. Con esa caricia que eran sus labios.

Estaba de buen humor. Había enviado el manuscrito a Rubén en la mañana, su fin de semana en casa de Lara fue tranquilo, hicieron el amor varias veces de una forma un poco más comedida y se atrevería a decir, sin ánimos de ser irresponsable, que ambas lo disfrutaron, así que en ese instante no tenía motivos para preocuparse; sin embargo... ¿Por qué se sentía un poco hueca? Suspiró. Imaginó que todo era consecuencia de sus expectativas y particularmente de su inconformidad con Pessoa y el trabajo que hacía para él. Pensando en el personaje y justo antes de introducir la llave en la cerradura de la reja de ese departamento donde vivía con Vega, notó que su teléfono sonó, con un timbre breve y agudo, anunciando la llegada de un mensaje. Leyó rápidamente las palabras de Rubén: "Hola, Cris... ¡Ya ves que con las correcciones nuestro *Rey de la bahía* ya es todo un *best seller*!". Ella torció los ojos con indignación. "Hoy mismo te hago la transferencia, preciosa. Recuerda nuestra reunión del martes con Candice, nueve de la mañana

hora de Miami. Te veo entonces. ¡Feliz domingo, guapa!”

—Bueno -respiró aliviada-, al menos ya cobré mi dinero -luego del fin de semana con Lara había dejado la cuenta bancaria en cero tras comprar algunas tonterías para compartir con su novia. Estaba a punto de entrar al departamento, cuando la puerta se abrió ante sus ojos y Vega casi se la lleva por delante.

—¡Cris! -Le tomó la cara entre sus manos dejándola aún más sorprendida-. ¡Cris, cariño! ¡Creí que llegarías más tarde! ¡Qué bueno que estás aquí! ¡Ven conmigo! -La tomó de la mano y la hizo girar mientras ella cerraba la puerta y pasaba el cerrojo-. ¡Acompáñame al supermercado! Molina se llevó a Ezequiel todo el día y quiero aprovechar el tiempo... ¡Vamos!

A la escritora no le dio oportunidad de reflexionar acerca de si quería o no acompañar a Vega a hacer sus quehaceres fuera de casa y creyó prudente actuar de un modo colaborador aunque se sintiera un poco cansada. No, no pegó un ojo en toda la noche, porque una vez que la madre de Lara terminó de dismantelar la cocina, la hija se fue al ataque sobre ella, pero manteniendo los límites en la medida de sus habituales brusquedades y le hizo el amor hasta el amanecer. En algún momento el sueño las rindió, pero eso no fue ni de cerca suficiente, porque Lara la despertó de nuevo a eso de las ocho de la mañana dispuesta a desayunar sobre su piel, entre sus piernas, devorándose sus labios y sus senos aún y cuando en la recámara de al lado el hermano menor de su novia veía a todo volumen una película animada que, como era de esperarse, le bajaba de un escopetazo la inspiración a Cris, que no sólo recordaba los diálogos de esa cinta, también sus canciones. “Lara, ¿cómo crees que puedo concentrarme mientras tu hermano está viendo por décima vez el drama del leoncito que queda huérfano?”, pero a la chica de cabello negro no le importó que el musical que se desarrollaba en medio de la selva llevara a su novia muy lejos en su imaginación y la descolocara como para una buena jornada de sexo; impuso su norma, como era lo usual y con rugidos o sin ellos, con congas o sin ellas, la tomó para sí, segura de que no tendrían la oportunidad de volver a amarse por lo que restaba de día.

Ahora estaba allí, dejándose guiar por Vega que la sacaba casi a los tumbos del edificio y la llevaba al estacionamiento contiguo, en el que tenía aparcado su auto, para ir a hacer las compras esta tarde de domingo.

—Luego iremos por Ezequiel -le aseguró mientras se subían al vehículo, ella ponía en marcha el motor, acomodaba los espejillos, llevaba la palanca a *Drive* y echaba a andar-. ¡Dime, dime! -Le preguntó animada mientras salían del estacionamiento-. ¿Cómo te fue con Lara Cruz? ¿Pudiste hablar con ella?

—Pude, sí -su gesto no fue radiante y Vega notó que había una pizca de inconformidad en ella.

—¿Y? Lo dices como si te hubiese preguntado si sacaste la bolsa de la basura esta mañana. Cris tomó aire.

—Bueno, mira... -Se recostó de la portezuela del auto, apoyó su codo sobre ella y se rascó la ceja con la punta de los dedos-. No fue la conversación memorable que ensayé, mucho menos la que tenía en mi cabeza. Estábamos en su cuarto, de un momento a otro la poseyó el espíritu del amante bandido, comenzó con sus habituales aproximaciones...

—El método.

—El método o el *no método*, pero sí. Y te puedo decir que su madre me salvó en el último round.

—¿Perdón? -La miró confundida con una mueca graciosa-. ¿Su madre? -gritó-. ¡No me digas que la mamá de Lara Cruz las encontró en el acto, porque me puede dar una vaina aquí mismo!

—No, no, que no te dé, porque además odio manejar y no quiero conducir contigo moribunda

hasta un hospital -Vega vio que rozaba con las uñas la superficie de jean de su pantalón, sobre su pierna izquierda-. La madre de Lara no nos vio en el acto ni mucho menos, sólo tocó la puerta porque a ella no se le ocurrió una mejor idea que pretender hacerme el amor usando como música de fondo los acordes de un videojuego de *shooters* -reconoció avergonzada-. Originalmente, le subió el volumen para que no nos escucharan gemir, pero...

—Cris -Vega casi detiene el auto a un lado de la vía de no ser porque ya circulaban por una autopista y eso habría sido una imprudencia-. Cris, tú no me puedes estar hablando en serio. Tú no me puedes estar diciendo que tu novia, de veintinueve años, hizo semejante pantomima como un chico de trece que mete a la chica que le gusta al cuarto para manosearla mientras deja que suenen de fondo los balazos de una película de acción.

—Pues eso hizo. Yo aproveché que la madre le llamó la atención...

—Como si fuese una niña...

—Algo así, sí. Yo aproveché que la madre le llamó la atención para hablar con ella acerca de sus brusquedades, de cómo me sentía con sus maneras...

—Ajá.

—Y ella se enojó.

—No faltaba más.

—Y, de un momento a otro, comenzó a llorar.

Vega volteó a verla de inmediato.

—¿A llorar?

—A llorar -suspiró. La amiga tenía sus ojos de color indeterminado puestos en la vía. Ya estaban a sólo diez minutos del supermercado al que Vega solía acudir para hacer las compras-. Me pidió que no la dejara y yo le expliqué que no estábamos terminando, sólo le hacía ver cómo me sentía. Ella me aseguró que se comporta así porque le gusta mucho -chasqueó los dientes-, será a la única, de verdad... -Rio con desdén-. No sé si sentirme afortunada de que me vea como a la bomba de Puerto Rico...

—No seas tonta, Cris -dijo con suavidad-. Tú eres una mujer muy bella. Puede que nos hayan impuesto la creencia de que el físico es lo que importa, pero no es para nada así. ¿Quién dice que todas tenemos que ser talla 4 en pantalón?

—¿Cuál es tu talla, Vega? -Cris intentaba reír, tomándose las cosas con sentido del humor.

—Talla 10 -volteó a verla-. ¡Y tú no me mires con esa cara, que debes tener una talla más que yo y no más de eso!

—14 -exhaló-. Soy talla 14 en pantalón.

—¡Bueno! ¿Ser una chica L está mal?

—Supongo que no...

—¡Supones bien! -Enfiló el auto hacia el edificio del supermercado y allí lo detuvo en un espacio libre que encontró cerca de una de las puertas principales. Cris vio cómo detenía el motor, tomaba su cartera, que había lanzado al asiento posterior y volvía a mirarla a los ojos antes de bajar del coche-. Así que pudiste avanzar un poco en las conversaciones incómodas con Lara Cruz, bien. ¿Y Rubén Pessoa?

Cris torció los ojos. Ni su madre la había interrogado así en toda su vida.

—Hoy me hizo la transferencia por fin. Pude entregarle a tiempo el último manuscrito con los descabellados arreglos que pidió.

—Erecciones y más erecciones... -Miró el perfil de Cris, quien en ese momento veía a través del cristal del vehículo cómo una mujer de unos cincuenta años de edad descendía de otro auto acompañada de la que ella asumió que podría ser su hija, quizás de la misma edad que ella.

Recordó a Maigualida Álvarez y sintió una pizca de nostalgia-. ¿Y bien? ¿Será el último proyecto que hagas para ese hombre?

—Es difícil decirlo, Vega -la amiga arrugó los labios con desagrado. Las indecisiones de Cris crispaban sus nervios, pero no era algo en lo que pudiera opinar demasiado y lo sabía, aunque a veces se excedía, ignorando la norma. La amiga la volteó a ver con sus radiantes ojos claros enmascarados por el cristal de sus lentes-. Si lo que quieres es saber si estoy tomando acción para hacer cambios, sí; sí que lo estoy haciendo.

—¡Alabado sea! -Alzó los brazos en un gesto teatral que hizo reír a Cris.

—Actualicé mi perfil de LinkedIn y estoy a la espera de que alguien quiera contratar a un creador de contenido o a un redactor senior en modalidad presencial o remota.

—¡Excelente! -Se entusiasmó-, suena bien.

—No me mata de la dicha volver al *marketing*. Me había acostumbrado a la flexibilidad de un trabajo como este, la verdad, pero... -Reflexionó-. Considerando que mi transitar por la escritura creativa sólo me ha dejado indignaciones, desdichas y que mi síndrome del impostor crece como un rascacielos en parte alimentado por la sombra de Rubén y sus “ingeniosas” decisiones...

Vega la miró con un dejo de desaprobación.

—¡No hables así! -La reprendió y se dio la media vuelta para bajar por fin del auto-. Lo único que le hace sombra a tu talento son los falos monolíticos que tienes que describir novela tras novela para ese imbécil de pene pequeño y mente más diminuta aún -Cris rio y la imitó al bajarse del vehículo-. Quizás no ocurra de buenas a primeras -volvieron a verse a los ojos, esta vez por encima del techo del coche, mientras Vega corroboraba que las puertas habían quedado debidamente cerradas-, quizás te tomes un tiempo para hacer otras cosas, madurar en la escritura y dar con la historia que quieres narrar de corazón y no únicamente para reunir en tu cuenta el dinero que necesitas para pagar el condominio en el edificio donde vivías con tu madre, pero... ¡Sé que lo harás! -Le sonrió-. ¡Sé que lo harás y te sentirás muy orgullosa de ti cuando eso suceda!

—Cruzaré los dedos para que ocurra -susurró y se pusieron en marcha. Vega aprovechó de darle un par de palmaditas amorosas en el hombro. No importa cuánto dudase Cris Álvarez de sus talentos, ella estaba absolutamente convencida de que tenía la inteligencia, la perseverancia y la visión para lograrlo.

El recorrido que dieron por el supermercado para cubrir con todos los ítems que tenía Vega en su lista, además de uno que otro antojo por parte de una y otra (que con algo de dinero en la cuenta bancaria ya se sentía con la libertad de malbaratar algunos centavos) fue relativamente rápido y una vez que culminaron con las compras, se encaminaron al departamento de Molina, donde Vega recogería a su hijo de nueve años.

Paseó sus ojos de color indeterminado por la fachada del edificio. En ese momentos sus iris tenían una tonalidad entre verde y grisácea, como una hoja de eucalipto. Vega dio un golpecito al volante con la palma de su mano perdiendo la paciencia, miró la hora en el reloj que había en el display del tablero del auto, buscó su teléfono móvil y procedió a llamar al que fue su marido para reprocharle por no estar en el portal como le había asegurado que lo haría una vez que ella le notificó que ya iba en camino y que en no más de veinte minutos estaría pasando por el niño.

—¿Y bien, Molina? -dijo por fin con cara de pocos amigos y tono un poco peor-. ¿Te estás rizando las pestañas o haciéndote la permanente? ¿No se supone que acordamos que estarías abajo para subir a Ezequiel al auto y seguir mi camino a casa? Te advierto que no estoy sola y que además tengo la maleta repleta con las bolsas de la compra.

—¡Vega! -Por la voz, a la exesposa le pareció que sonreía. Eso no ayudó a mejorar su mal

genio-. ¡La culpa es de Ezequiel!

—No me digas -se cruzó de brazos y Cris, que escuchaba absolutamente todo dentro de la cabina de ese vehículo, supo que Vega perdería la paciencia de un momento a otro.

—Sí, sí -ratificó él. Por un momento, la mujer de ojos verdosos y cabello castaño claro no supo si el que tenía nueve años era su hijo o su exmarido-. Le dije claramente que estabas en camino y que debíamos apurarnos para estar abajo a tiempo, pero se antojó de tomar lo último que le quedaba de helado y aquí está... -Por la pausa que hizo al hablar, ella sintió que el sujeto señalaba al pequeño con un gesto y lo cierto es que no se equivocó, porque allá arriba, en el octavo piso de ese edificio, de hecho fue eso lo que hizo-. Aquí está, terminándose el postre.

—Y tú, tan visionario como siempre, ¿no le pudiste servir el postre en un vasito que pudiese traer consigo? -Cris rio por lo bajo. El cinismo de Vega podía ser una uchigatana cuando se lo proponía-. A juzgar por tus métodos, se debe estar comiendo el helado del tarro.

—Efectivamente... -reconoció divertido y Vega resopló, quitándose el cinturón de seguridad cuanto antes, deteniendo el motor del auto y entregándole las llaves del mismo a Cris, que se quedó perpleja al ver su resolución de bajarse.

—Voy subiendo, Molina, así que te agradezco que abras el portal y no me hagas esperar.

—No, pero... -Balbuceó.

—Ponte algo decente, porque como me recibas sin camisa, con el enmarañado pelo del pecho lleno de polvo y pelusa y esos boxers desteñidos que tanto te gustan para pasar todo el domingo sentado como un muermo en el sillón de la sala viendo fútbol o béisbol en la TV, te daré con la cartera por la cabeza -el sujeto reía a carcajadas-. Y de verdad cruzo los dedos porque no le hayas dado a Ezequiel ningún helado con trazas de frutos secos, porque sabes de sobra que no puede comerlos y si eso le ocasiona una alergia... -Ya se había bajado del auto y caminaba a las zancadas hacia el pórtico del edificio, donde una joven sacaba a su perrito y se hacía a un lado para dejarla pasar, considerando que avanzaba con una actitud y un gesto que a cualquiera habría intimidado. Cris lo miraba todo desde la butaca del auto, a través del vidrio del parabrisas, boquiabierta.

—¡Eh, mujer! -Pareció indignarse, pero aún se le oía risueño-. ¡No me creas un idiota! ¡Conozco a mi hijo!

—Sí -dijo y ya se introducía en la cabina del ascensor, el mismo que la chica del perrito había abandonado al bajar segundos atrás-. ¡Tanto como te conoces a ti mismo, te lo aseguro!

Subió. En menos de un minuto la puerta del elevador se abrió y Vega salió de él con su acostumbrado gesto altivo mientras Molina la esperaba detrás de la reja de su departamento. Apenas vio a la mujer dar un paso y girar la cabeza con un gesto exquisito (daba igual que esa tarde de domingo vistiera con ropa deportiva, la manera natural en la que medía todos sus pasos la hacía ver espléndida, sin importar cuán desaliñada luciera), se apresuró a cederle el paso para que pudiera entrar y ella lo miró de arriba a abajo, sorprendida de que tuviera la decencia de recibirla con *chemise*, jeans y zapatos.

—Y bien... -susurró sin ánimos de comportarse hostil en presencia del niño. Para desavenencias entre ellos dos, ya el chico había tenido de sobra-. ¿Dónde está mi hijo?

No le importó en lo más mínimo sonar como una leona que baja hasta el abrevadero en busca de una de sus crías. Si tuviera que morderle la yugular a alguno en el camino, lo habría hecho encantada de la vida, aún y cuando la víctima se tratase de su propio padre.

—Pasa, pasa -insistió al ver que ella no avanzaba más allá del umbral, como si la sola idea de dar un paso más le produjera repelús-. Está en la cocina... ¡Ya no le queda casi nada! -Vega resopló hastiada y Molina la dejó adelantarse; en parte, para hacerse cargo de cerrar la reja y la

puerta a su vez; en parte, para poder deleitarse con esas caderas, ese trasero, esas piernas y esa espalda exquisita que sabía de sobra que tenía y que se ponían mejor con los años, acompañadas de un cabello que siempre estaba espléndido. La merendó con avidez con las pupilas, sin que ella lo imaginara, aunque sí que podía intuirlo. En materia de hombres, se anticipaba bastante bien a sus obviedades.

—Cierra la boca, Molina -dijo sin verlo, pero no era necesario. Sí que estaba un poco estupefacto-. Dejarás un charco en el pasillo y el niño podría resbalar en él y caerse -avanzó hacia la cocina con esa forma de andar que hacía a sus caderas dar un concierto. Allí, sentado ante la mesa y lamiéndose la cuchara, encontró a Ezequiel; le quedaba poco, pero estaba entregado a la gula por entero-. A ver, a ver mi amor -susurró con una dulzura que parecía imposible que pudiese venir de una mujer que segundos atrás se había comportado con rotunda indiferencia-, no me hagas esperar más por ti, Ezequiel. ¡Allá abajo está Cris en el auto! ¡Ya te he dicho que debes ser considerado! -Le echó un vistazo al tarro del cual comía y vio que aún le restaban unas tres o cuatro cucharadas-. Si tu padre te iba a poner a comer del recipiente como si fueses el cachorro de un albergue, ¿por qué no te dio además una cuchara desechable para que pudiésemos ponernos en marcha a tiempo?

Molina se aclaró la garganta y Ezequiel aprovechó de apurar lo que le quedaba de postre.

—No le digas así al niño, Vega. Ezequiel no es un perro, ni nada parecido -se giró a verlo y sonrió con sorna.

—Y si lo sabes de sobra, ¿por qué no lo pusiste a comer de una dulcera, como lo haría cualquier persona normal?

—Porque quería acabárselo todo -refutó-, por eso... -Señaló-. Y como ves, el helado es de vainilla. No tiene maní, nueces, almendras... ¡Nada que le haga daño!

—Es un milagro que no le compraras uno de ron con pasas -susurró, acariciándole la cabeza al niño y peinándolo un poco con sus dedos. Lo escrutó con sus ojos de arriba a abajo para cerciorarse de que estuviese bien.

—No -rio. Tenía que admitir, aún después de tanto tiempo, que el sentido del humor de Vega, sumado a muchos encantos más, era una de las cosas que amaba de ella y eso... ¡Eso no había cambiado en lo más mínimo!-. Como puedes ver, somos unos padres ejemplares -ella arqueó la mirada de inmediato mientras el niño los veía con curiosidad-. De hecho... -Agregó sonriendo de lado-. Deberíamos apelar a nuestro talento innato como papá y mamá y unir fuerzas -ella volteó a verlo cuanto antes-. Ya sabes... Hacer equipo.

—¿Qué estuviste tomando, Molina? -Le dijo muy seria-. Ya sabes que te tengo explícitamente prohibido que bebas delante de mi hijo o que consumas cualquier otro tipo de sustancia cuando estás con él.

El sujeto rio con ganas.

—Y yo acato a la perfección sus órdenes -le tomó la mano y ella se quedó de piedra-, su majestad... -Intentó acercar su suave y delicada extremidad a sus labios enmarcados por una barba de tres días, pero ella fue veloz y la retiró de inmediato, dejándolo con la sed por rozar su piel intacta. Suspiró un poco decepcionado-. Así que pierde cuidado, que lo que te digo, te lo digo completamente sobrio, con responsabilidad y consciente de que en un par de años tendremos con nosotros a todo un adolescente que debería pasar por esa etapa bajo la supervisión constante de papá y mamá.

—¿Sí? -Se cruzó de brazos y sonrió con sorna-. ¿Y el padre? -Miró a un lado y a otro, irónica. Él se indignó-. Quiero decir... El padre que le dedicará todo ese tiempo del que hablas, porque hasta donde yo recuerdo, papá nunca tuvo mucho tiempo para él en la infancia y en la niñez...

¿No me digas que en un par de años *papito* se jubilará para convertirse en el guardián abnegado de su muchacho adolescente? -Se miraron a los ojos. Molina lo hizo con un ligero temblor en las pupilas-. ¿Y qué pasará con todas las deudas que tiene papá y con todas las horas de clase que dicta cada semana y con todas esas preparadurías que tiene que atender, por no hablar de los corazones rotos de los estudiantes, muy especialmente de las jovencitas de buen ver?

—Vega -se lo dijo con la mandíbula rígida, apretando con fuerza los dientes.

—¿Qué? -Se hizo la desentendida mientras miraba de soslayo al niño, absorto en los últimos sorbos de helado-. Me preocupa tu trabajo, Molina. -Habló con énfasis desmedido-. Sé con cuánta pasión te entregas a tus estudiantes, a tus proyectos universitarios, así que... -Se alzó de hombros-. No te dejes obnubilar por unas caderas de infarto y un cabello recién peinado y pon los pies en la tierra, que este equipo -lo miró a los ojos con severidad estremecedora-, ya se disolvió hace mucho. Puede que aún nos estrechemos la mano sobre la cancha antes de comenzar el partido o al culminarlo, pero... Eso es sólo un asunto de espíritu deportivo y nada más que eso, ¿entiendes?

—Ya mamá... -dijo el niño terminando el helado y poniéndose de pie.

Vega lo vio caminar hasta el basurero, tirar el tarro, dirigirse al fregaplatos, lavar la cuchara, enjuagarse con las manos los labios, las mejillas, secarse con una servilleta que tomó de un extremo de la mesada y girarse hacia ella con una sonrisa graciosa. Le abrió los brazos, ella dejó escapar una risita tierna que contradecía por mucho la faceta que había mostrado sólo instantes atrás al trazar con fiereza sus límites con respecto a una posible tregua con Molina y el chico cuanto antes se colgó de sus hombros para besarla un par de veces en la mejilla y abrazarla con amor.

La adoraba. Ezequiel, sin dudas, tenía casi todo su corazón a disposición de su madre, mientras con el padre se guardaba sus reservas. Allí estaba ya la mirada sombría de Molina constatando este hecho, acompañada de una punzada aguda en su estómago.

—Vamos -lo instó con suavidad con un par de palmaditas suaves sobre la espalda-. Cris nos espera, mi amor. Hay que ser considerados.

—¡Sí! -Giró sobre sus talones, miró con ligera contrariedad al papá, del que se despidió más bien con un apretón de manos suave, aunque Molina no perdió la oportunidad de extender su diestra y revolverle un poco el cabello con el ademán de acariciarle la cabeza y el chico, apenas se zafó de un gesto que más que ser de afecto parecía de compromiso, corrió a la sala para buscar su gorra y su consola portátil de videojuegos. Fue diligente y en segundos estuvo de nuevo junto a su mamá para despedirse por aquel día.

—¿Cuándo me dejarás verlo de nuevo? -susurró Molina sintiéndose un poco imbécil.

Vega volteó a verlo con una mueca indeterminada mientras esta vez la atención del niño era plena sobre ellos dos.

—¿Qué clase de pregunta es esa? -Replicó-. Yo ya no tengo que autorizar que veas o no a tu hijo. Tenemos un acuerdo por el bien de Ezequiel, ¿no es verdad? -El sujeto asintió despacio-. Soy una mujer de palabra, Molina y la respetaré. Mi palabra es para siempre y lo sabes -miró de soslayo al niño-. No sé. ¿Qué quieres que te diga? Organiza tu agenda, distribuye mejor tus clases, tu tiempo y dime cuándo puedes dedicarle algo de atención a él -sentenció-. Sé que estará encantado de compartir contigo.

Comenzaron a salir fuera de ese departamento.

—Yo no estoy tan convencido -musitó para sí.

Vio al niño entrar entusiasmado en la cabina del elevador, como si un armatoste tan ordinario como ese se convirtiera en su ávida imaginación en un trasbordador espacial o algo parecido.

—No pretendas alimentar el amor de un chico con helados mensuales, Molina -se miraron a los ojos-. Un padre es para todos los días, no para esos domingos libres que te quedan por allí, una vez más que otra, desperdigados en la agenda. Adiós.

Se marchó.

Capítulo IX

“El agua en un vaso está llena de destellos; el agua del mar es oscura. La pequeña verdad tiene palabras claras; la gran verdad tiene un gran silencio.”

Alzó los ojos de la última página de aquel libro de Kübler-Ross, allí donde se encontraba esa nueva cita de Tagore y se dio cuenta de que le ardían. El ardor en sus ojos no era exclusivamente un malestar asociado al hecho de que había devorado ese libro en una madrugada. Era un cansancio acumulado. Era un malestar que se le había sembrado en los iris, sobre sus párpados, bajo sus pronunciadas ojeras, como muestra irrefutable de numerosas noches de insomnio que se conectaban con amaneceres sin sentido, salvo la reflexión (cuando se percataba de que el sol nuevamente se estaba alzando en el firmamento) de que iniciaba un nuevo día sin que Beatriz fuera parte de ese acontecimiento, sin que la que fue su esposa pudiese contemplar la nueva aurora. Con esa idea venían en tropel, como un ejército conformado de espectros, otras tantas. ¿Qué sentido podía tener ahora probar el que fue el postre favorito de Beatriz si ella ya no estaba en este plano para saborearlo? ¿La canción que la hacía llorar, aquella que la hacía bailar sin importar dónde se encontrara o haciendo qué; el libro que más amaba de toda su biblioteca; la película que podía ver mil veces sin hartarse de ella; la ciudad que más le gustaba del mundo o ese lugar que siempre quiso visitar, pero nunca conoció? Era una mierda que todas estas cosas continuaran existiendo en este plano y que ella ya no estuviese para disfrutar de cada una de ellas. Era un despropósito que el Sol continuara sumando auroras o crepúsculos, que la Luna avanzara imperturbable en su menguar o crecer hasta colmarse del todo en el firmamento, aún y cuando ya no estaban allí los ojos de Beatriz para percatarse de nada, pero... ¿Realmente no se percataba de nada? ¿Era factible que desde esa otra dimensión ella siguiera atada de algún modo a este mundo? ¿Tenía sentido pensar que en el multiverso había una Beatriz que no había fallecido a causa de un repentino accidente cerebrovascular? ¿No era más sencillo pensar, honestamente, que quizás el alma de Beatriz, a donde sea que se hubiese ido, ya no necesitaba de cosas tan comunes como amaneceres o plenilunios? Itza Arbe suspiró profundamente ante esa reflexión y aunque sus ojos dolían, eso no fue impedimento para que alzara la mirada un poco en esa página y volviese a leer esa frase, esta vez autoría de la propia Elizabeth Kübler-Ross: “Observar la muerte pacífica de un ser humano nos recuerda la caída de una estrella; en un cielo inmenso, una de entre un millón de luces brilla sólo unos momentos y desaparece para siempre en la noche perpetua.”

Beatriz era pues, su estrella caída. Aquella que se descolgó de su cielo y dejó, en un lugar específico del mapa celeste de su afecto, un agujero negro. Un agujero que había amenazado con crecer y crecer, transformando el panorama de su existencia en una profunda noche cerrada sin destellos que le permitieran iluminar su camino. Avanzaba a tientas por las sombras y su intuición... Su intuición estaba enmudecida. Esa intuición de la que siempre gozó, esa que siempre le reprochó a sus pacientes, se había quedado sin voz. Suspiró y esa inspiración honda le trajo una nueva sorpresa: aún era capaz de respirar. Se mentiría si no admitiera que ese libro que la había acompañado aquella madrugada le había traído, cuando menos, consuelo y por primera vez desde que se había dejado arrastrar por el lodazal de tristeza que traía consigo ese duelo que nunca pidió, que jamás imaginó, consideró algo que casi casi se había escapado a su agudo entendimiento, atrofiado por un sufrimiento como pocos: era una bendición, después de todo, que Beatriz se hubiese marchado sin mayor agonía, sin tener siquiera conciencia de lo que le estaba ocurriendo. Era una suerte que no hubiese tenido que enfrentarse, a sus treinta y cinco

años, a desafíos tan intensos como el deterioro de su psique o de su cuerpo, transitando además con resquicios de lucidez el duro camino que supone entender y aceptar que tu yo físico se está desmoronando, cayendo a pedazos, con todo el dolor, la frustración y el desconcierto que semejante deconstrucción supone. Sí. Beatriz, aún en una muerte repentina e inesperada, fue afortunada y ella, aunque luchara a brazo partido con la resignación una y otra vez, no podía ser tan insensata como para preferir a una mujer mutilada, disminuida, desarticulada, sólo para abrazarse neciamente al consuelo de que aún la tenía con ella, para ella, aunque se tratase únicamente de un cascarón vacío y casi casi inanimado.

Sorpresas. Aquella razonable reflexión fue lo más cerca que estuvo en semanas de entablar un diálogo con la aceptación, pero no era tan tonta. No era tan ilusa como para creer que semejantes pensamientos la llevarían de un momento a otro hasta la absolución. No podía andar ese camino sola. Le habría encantado pero, en su estado, era imposible. Lo que sí podía, en todo caso, era abrazar de a poco la lucidez. Era conectar, aunque sólo fuese un chispazo, con la idea de que en honor a lo que había sido Beatriz en su vida, estaba en deuda con ella y tenía que hacer valer su lealtad levantándose de esa tumba de sombras en la que se había precipitado.

Se valió del hecho de que ya amanecía para colocar sobre la mesita de noche el libro que la acompañó toda la madrugada, girar la cabeza hasta donde estaba hundido el gato, sobre la almohada que fue alguna vez de su esposa y alargar las manos para tomarlo entre ellas con amor.

—Vamos, Soprano... Me parece que nos vendrá bien comer un poco -apenas cerró sus palmas sobre el cuerpo del animal, este se quejó sin fuerzas e Itza notó, estupefacta, que el que alguna vez había sido el consentido de Beatriz, era ahora un manojo de huesos y de pelos. Se incorporó alarmada y encendió la luz de la lámpara sobre la mesa de noche para mirar mejor al minino, que parecía realmente convaleciente-. Soprano... -susurró, esta vez lo más lúcida que había estado desde la noche que le anunciaron la muerte de su esposa-. Soprano, ¿qué tienes? ¡Soprano! -Tomó entre sus manos el rostro del felino y se dio cuenta de que la vida prácticamente lo estaba abandonando-. ¡No, no, no! -Se levantó de la cama de un verdadero salto-. ¡Tú no te puedes morir también, Soprano! ¡No! ¡Beatriz no me va a perdonar si te dejo morir!

Y finalmente su alma saltó de la dimensión taciturna, sombría y perturbada donde había permanecido quién sabe ya por cuántas semanas, para darse de bruces con el mundo que había del otro lado de ese espejo. Eso que quizás algunos prefieran definir como *realidad*.

Sus ojos, confusos, como quien despierta de un trance, vieron atónitos el pijama de Beatriz puesto sobre el mismo sillón donde lo había dejado la mañana que salió de la cama para ir al supermercado, sin imaginar que jamás regresaría a casa luego de hacer las compras, víctima de un agudo dolor de cabeza repentino que la dejó sin sentido y que sería sólo el primer paso de su andar hacia la muerte. Acto seguido, percibió un olor agrio, cargado, como si respirar en aquel departamento fuese realmente un desafío. Un ambiente enrarecido cayó sobre ella de un golpe, en parte orquestado por toda la ropa que estaba tirada por el suelo, las sábanas y el cobertor que lucían sucios, desprolijos, la capa de polvo que estaba depositada sobre los muebles, muy especialmente en el velador y en el borde del cabecero de la cama y entonces empezó a entender cosas. Deslizó los dedos por encima de la superficie de la lámina de madera que servía de marco a aquel lecho y le sorprendió sentir el grosor, la densidad de la inmundicia sobre sus yemas. Acercó su mano a su rostro para percatarse mejor de cuando veía y sentía, mientras frotaba su dedo índice contra su pulgar y se preguntó, prácticamente aterrada, cuánto tiempo había pasado ya.

Sabía que Soprano no estaba bien, pero sin demasiada capacidad para atinar a hacer lo correcto, salió de la habitación y lo que la recibió fuera de ella fue una realidad dantesca. La

misma inmundicia, dejadez, que descubrió en la alcoba la estaba esperando también en la sala, donde además vio, completamente pasmada, cómo uno de los sillones donde solía pasar más tiempo en su purgatorio personal, tenía a su alrededor decenas y decenas y decenas de colillas de cigarro esparcidas por el suelo... Algunas de ellas incluso llegaron a tiznar o a quemar la superficie de la alfombra blanca, ¡sin duda la predilecta de Beatriz!

Entonces Itza se tomó la cabeza entre las manos y sintió que su cabello, que siempre había sido denso, abundante, muy suave y muy liso, se sentía pajizo y enmarañado. Los cristales a través de los cuales se colaban los primeros rayos de luz de aquel día revelador lucían opacos. Toda la sala estaba cubierta por la misma capa de polvo y ese olor rancio que descubrió en la habitación era más intenso en aquel lugar. Avanzó a los tropiezos a la cocina, encontrando además a su paso deposiciones del gato, así como residuos de lo que alguna vez fueron charcos de orina, esta vez evaporados sobre el *parquet*.

Cuando por fin entró a esa recámara, tuvo que cubrirse la cara con la mano, pues el olor a comida descompuesta era intenso. Notó que la puerta del refrigerador había permanecido sutilmente abierta quién sabe desde cuándo y que debajo de él había un pequeño pozo de agua. El lavaplatos estaba atestado de cacharros sucios, las moscas imponían su norma en aquella estancia y al fondo, cerca del lavadero, los platillos de Soprano llamaron su atención. Avanzó como pudo, intentando no meter sus pies descalzos en el agua depositada sobre el suelo para ver mejor aquello y notó algo que parecía ser un pequeño montículo de pienso.

—Pero... ¿Qué...? -Aparentemente le estuvo poniendo comida al gato, por lo visto sin percatarse de absolutamente nada, porque las croquetas no sólo describían un montón considerable, también se salían del plato y estaban dispersas por todo el suelo, como si una persona torpe, descuidada, sin el menor sentido común, se hubiese estado haciendo cargo del animal (cuando menos intentándolo), que además no estaba probando mayor bocado. A un lado, el cuenco del agua estaba seco, con líneas blanquecinas en su interior que le indicaban que el líquido con el pasar de los días se había evaporado. Volvió a tomarse la cabeza con ambas manos-. Pero... ¿Qué es lo que he estado haciendo?

Se habría sentado en la mesa de la cocina para no sentir que se iba de espaldas empujada por su propia realidad, de no ser porque permanecer en ese lugar era insoportable. Era tal el desagrado, que ella misma no entendía de qué modo había sido capaz de tolerarlo sabrá Dios por cuánto tiempo. Entonces comenzó a salir despacio de allí, ligeramente mareada, pero convencida de que tenía que sacar fuerzas de donde las tuviera para llevar a Soprano a un veterinario cuanto antes.

Lo poco de sentido común que le quedaba le indicó que visto lo visto lo más razonable era ducharse, ponerse ropa limpia, ¡hacerse cargo de ella! Y la sola idea le produjo terror. Si había logrado que el departamento escalara en suciedad, descuido y miseria en semejantes proporciones... ¿en qué estado se supone que estaba ella? El miedo que sintió ante la posibilidad de ese descubrimiento fue incalculable, pero, ahora que su mente despertaba de a poquito de su letargo, quizás estaba bien enfrentarse a ese hecho... Quizás era una terapia de choque a la que definitivamente tendría que someterse y aspirando hondo, a pesar de la inmundicia del ambiente, se fue al baño y allí, con mirada inquieta, buscó su reflejo en el espejo.

No se reconoció.

Impactante, pero la imagen que le devolvió el cristal pulido no le sonaba para nada a ella. Por un momento sintió que debía salir de nuevo a la sala para buscar uno de sus retratos y recordar de qué forma era su rostro, cómo lucían sus ojos, su cabello, porque aquella mujer que estaba de pie ante el lavabo de su casa aquella mañana no podía ser otra que una impostora. ¡Una maldita

impostora!

Con manos temblorosas se tomó las mejillas y se dio cuenta de que así como Soprano sólo era un manojo de pelo y huesos, ella también había perdido mucho peso. Hundió la punta de sus dedos en sus pómulos y los sintió como orificios. Vio a través del reflejo que sus uñas, las puntas de sus dedos también lucían sucias, con residuos de mugre que ni siquiera podía explicar cómo habían llegado allí. Su cabello estaba revuelto, opaco, sin brillo pero, sin lugar a dudas, lo que más le perturbó de descubrir a semejante usurpadora, fue su mirada. Sus ojos estaban vacíos. Esos ojos castaño claro tan llenos de audacia, de vida, de ingenio, ahora parecían un par de pozos muertos. Inertes. Reposando sobre las cuencas violáceas que describían sus ojeras profundas, oscuras, tan marcadas como no lo habían estado nunca. Era torva su mirada, como torva parecía su existencia.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no enloquecer. La verdad, con absoluta honestidad, Itza Arbe tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no perder la razón, como lo hizo el mismísimo Dorian Gray al mirar cara a cara a su *sombra* en aquella novela de Oscar Wilde y tal y como ocurrió con el protagonista de aquel drama romántico, ella también sintió un odio profundo, descabellado, inexplicable, por esa intrusa que estaba allí ante sus ojos.

Por instantes, escaló en ella de una forma desmedida el deseo de agredirse, más de lo que ya lo había hecho por todas aquellas semanas. Por momentos, su sensación de aborrecimiento casi anula cualquier resquicio de razón y de nuevo, así como sucedió con el libro de los moribundos, recordó de un momento a otro la historia del escritor alemán Eckhart Tolle, cómo fue que su desdoblamiento lo condujo a la iluminación y ella misma se vio allí, escindida. Escindida entre la Itza que estaba cautiva en su propia mazmorra de dolor, pero que no había dejado de gritar pidiendo auxilio y esta otra, la monstruosa, que parecía la carcelera de su entendimiento.

Intentó calmarse. Hizo todo lo posible por calmarse y entendió, desde la menuda lucidez de una mujer recibida con honores en el área psicológica, que una persona de su perfil era un paciente de cuidado que requería, más bien pronto, ser medicado.

—Sí... -Balbuceó y cualquiera que hubiese estado allí para ser testigo de esa escena habría dicho, sin temor a las dudas, que parecía una mujer fuera de sí-. Sí, sí, necesito ayuda, sí... -Pero en ese momento alguien más, además de ella, necesitaba que le echaran una mano urgentemente, así que por el bienestar de Soprano, se propuso conservar la cordura un poco más. Entró a la ducha como pudo, se aseó muy bien, como no lo había hecho sabrá Dios en cuántos días y se percató de cuánto había echado de menos su cuerpo el agua, el jabón, la sensación de sentirse limpio, ligero, reconfortado en algo tan corriente como darse un buen baño.

A pesar de todas las emociones que estaba atravesando en ese momento, tuvo que reconocer para sus adentros que el baño le había sentado muy bien. Fue como subir un peldaño más en la escala que la iba a sacar, de a poco y a lo largo de un extenso viaje, de esa mazmorra en la que la había hundido la depresión, quién sabe si la demencia; una demencia incipiente que había tomado por rehén a su mente. No obstante, no estaba para contemplaciones. Debía actuar. Por el bien de Soprano, debía actuar.

No sabía con exactitud si podría conducir hasta la clínica veterinaria más cercana. Ni siquiera recordaba con claridad si tendría suficiente dinero como para cubrir los gastos de una posible hospitalización o algo peor: una eutanasia, pero trató de sobreponerse al centenar de limitaciones y depositando con suavidad a la mascota de Beatriz en un kennel en el que colocó una mantita limpia, lo sacó de allí y salir a la calle fue como emerger de una burbuja de metano en el asfalto y volver a respirar *aire puro*. Sí. El aire de una urbe compleja y convulsionada era, en comparación con la densa y sórdida atmósfera de su departamento, “puro”.

Por suerte para ella y para Soprano, no les tomó demasiado tiempo, mucho menos esfuerzo, llegar a una clínica veterinaria pequeña en la que procedieron a atender a la mascota a la mayor brevedad posible, considerando que su condición fue catalogada como una verdadera urgencia. De pie a un lado de la camilla, con la mirada fija en el rostro decaído del amado minino de Beatriz, Itza vio cómo el chico que se hacía cargo actuaba con presteza, pidiendo a un asistente que lo ayudara con algunos tecnicismos como rasurar una de las patas del animalito, colocar en ella un catéter y proceder a hidratarlo por vía intravenosa, además de aprovechar aquella alternativa para suministrarle medicamentos que, sin duda, actuarían más rápido de ese modo.

Si alguien hubiese interrogado a la psicóloga en ese instante acerca de lo que ocurría, qué hacían exactamente los especialistas o cuál era la condición de su gato, ella se habría quedado con la mente en blanco, tal y como la tenía en aquel momento, viendo sin ver, escuchando sin escuchar... Definitivamente viviendo sin vivir. Abstraída como estaba no hizo, sin embargo, ninguna estupidez, menos que menos comentó ninguna imprudencia.

Intentó entender lo mejor que pudo todo lo que le explicó el especialista acerca de la condición de Soprano, qué procedimientos pondrían en práctica para estabilizarlo y por qué debía permanecer en observación, al menos por aquella noche. Firmó la ficha de hospitalización sin chistar, esperanzada en que eso podría salvarlo, aunque con Beatriz no dio el más mínimo resultado. Pagó sin problemas la consulta, los medicamentos suministrados hasta ahora y leyó superficialmente los detalles de los gastos por la permanencia de la mascota en la clínica por aquella noche, hasta que el joven veterinario que se hacía cargo le dijo, dándole un par de palmadas en el hombro:

—Le llamaremos mañana temprano para informarle del estado de su gato -Itza alzó los ojos despacio y los depositó en los de él. Le sorprendió descubrir en la mirada de ese chico una vitalidad, una compasión y un entusiasmo que para ella eran inimaginables estando como estaba-. Soprano es joven -en efecto, no tendría más de dos años-, por eso no ponemos en duda que se recuperará de esta... ¡Ojalá sin consecuencias!

Se despidió, se dio la media vuelta y procedió a atender a un nuevo paciente mientras Itza, con un agujero en su mente, se quedó de pie ante el mueble de la recepción. Salió de la clínica minutos más tarde y subió a su auto.

El reloj pasaba de las veinte horas cuando el veterinario que se había hecho cargo del caso del gatito de Beatriz salía por fin del recinto, para volver a su casa y tomar un merecido descanso después de una larga jornada de trabajo. Sorprendido, el sujeto notó que en el estacionamiento aledaño al edificio de la pequeña clínica estaba un auto aparcado. Entrecerró los ojos, afinó la vista a pesar de la penumbra y reconoció el rostro sombrío de la mujer que aseguraba ser la responsable de Soprano. Sacudió un poco la cabeza. ¿Qué se supone que hacía ella allí si habían pasado horas desde que habían atendido su caso? Movido por la curiosidad y el desconcierto, decidió acercarse y golpeó con sus nudillos el cristal del parabrisas, logrando con ese gesto que Itza saliera de su trance.

Ella dio un pequeño salto en la butaca del puesto del conductor y reconoció al veterinario en un segundo. Él le pidió con una mueca de su mano que bajara el vidrio y ella no se hizo de rogar. Vio descender el cristal hasta la mitad y escuchó la voz varonil del especialista:

—¿Está bien? -Se miraron a los ojos. Los de Itza eran indescifrables-. Le recuerdo que Soprano debe pasar aquí la noche y que le hablaremos mañana para informarle de sus avances, aunque... -Giró la cabeza hacia la clínica y suspiró. Volvió a reparar en la mujer dentro del auto-. Aunque antes de terminar mi guardia le eché un vistazo a todos los casos de hospitalización y él luce mejor. Más animado, al menos.

—Me tranquiliza -dijo sin fuerzas.

El chico frunció el ceño.

—Ahora... Le pediría que volviera a casa -ella lo miró con un brillo singular en sus ojos-. No es seguro que permanezca aquí, además, se hace tarde.

—Por favor... -No tuvo reparos en suplicar, menos que menos en llorar desconsoladamente en un acto que fue incomprensible para el joven veterinario-. Por favor, déjeme quedarme aquí, al menos hasta que Soprano esté bien... ¡Por favor! ¡Por favor! -El hombre la miró boquiabierto. Era evidente, por el estado de la mascota, que algo fuera de lugar estaba pasando, pero no imaginó que aquello escalara a tanto-. Por favor -insistió como niña desconsolada-, no quiero estar sola, no quiero volver a casa, usted no sabe lo que me espera en ese lugar... ¡No lo sabe!

—Calma... -susurró, empático y cercano-. Calma... -Rodeó el auto, se aproximó al puesto del conductor y miró sorprendido cómo Itza se bajaba del vehículo y se lanzaba en su pecho a continuar llorando sin control. La abrazó con cautela, sin extralimitarse con sus atenciones por respeto, pero muy especialmente por prudencia y le sugirió: ¿por qué no viene conmigo y permanece dentro de la clínica? -Sólo escuchó los sollozos de Itza-. Si me promete que no interferirá de ninguna manera con el trabajo de las personas que se quedan de guardia, que no causará problemas, podría dejarla permanecer aquí. Estará más segura allí dentro que acá afuera.

—Se lo agradeceré mucho -dijo como pudo, enjugándose las lágrimas y apartándose de aquel hombre-. Lo siento, pero... -Lo miró a los ojos a través de sus lágrimas-. ¡Yo no quería causarle daño a Soprano, no quería!

—Lo imagino... -dijo, aunque era difícil de justificar semejante descuido. Ahora que era capaz de ver el estado emocional de aquella mujer, entendió que no tenía razones para juzgarla.

—¡No puedo volver a casa sin él, no puedo! ¡Estar en ese lugar sin Soprano...! -Volvió a sollozar-. ¡No resistiré! ¡Podría hacer una locura!

—Venga... -La llevó consigo luego de asegurarse de que, cuando menos, dejara el auto bien cerrado-. Creo que le vendrá bien tomar algo caliente... ¿Le parece bien un té? ¿Un café?

A Itza le daba exactamente lo mismo.

Más calmada, sentada en la sala de espera de la clínica desierta donde permanecían de guardia un enfermero y un especialista, recibió de las manos del veterinario un vaso desechable térmico donde un té verde despedía una columna de humo. Lo sopló una y otra vez antes de llevárselo a sus labios mientras el chico, de pie ante ella, no le quitaba los ojos de encima. En aquel momento no podía saberlo con exactitud, pero a juzgar por su estado, le calculó unos cincuenta años de edad a aquella mujer, que realmente sólo tenía treinta y cuatro.

—Dígame... -Ella alzó la mirada despacio-. ¿Hay algo más que deba saber acerca del estado de Soprano? Es evidente que él no es el único que necesita ayuda.

—Mi esposa... -respondió sin fuerzas, consciente de que no era un tema que haya compartido con muchos, por no decir que prácticamente no lo había hablado con ninguno-. Mi esposa murió repentinamente hace... -Su mente se quedó en blanco y el joven ante ella notó con inquietud aquel bache en su memoria. Ella volvió a verlo, desconcertada-. ¿Qué día es hoy?

—18...

—¿De qué mes?

El veterinario no se lo creía.

—Junio. 18 de junio.

—18 de junio -analizó por lo bajo, abismada-. Se cumplirán dos meses en menos de dos semanas...

—Lo siento -susurró, empático, pero cauto.

—Gracias -dijo, pero se sintió ridícula. ¿Qué se supone que respondes ante una condolencia? ¿De verdad debes mostrarte agradecido ante un detalle como ese? Supuso que sí y continuó: mi esposa murió repentinamente hace casi dos meses y yo... Yo no he estado nada bien... -Era evidente. El chico se sentó a su lado y le dio un par de palmadas en el hombro.

—Entiendo. ¿Soprano era de ella?

—Sí.

—¿Entonces se deprimió?

—Tanto como yo, sí -se quedaron en silencio. La clínica estaba sumida en la calma de la noche.

—Estará bien -musitó mirando al techo mientras Itza bebía a sorbos su té-. Soprano estará bien y usted... -Volvieron a verse a los ojos-. Usted también saldrá de esta -le sonrió con suavidad-. ¿Sabe? Mi abuelo perdió a su primera esposa cuando eran muy jóvenes... -Itza lo miró con curiosidad-. Sintió culpa, desolación, mucho dolor, pero... Pero con un poco de ayuda logró sobreponerse -rio con suavidad y a Itza le maravilló que alguien sobre la faz de la tierra pudiese reír. Fue como ver un milagro. Algo tan simple le pareció a ella una reliquia invaluable-. Es evidente que rehizo su vida, porque de lo contrario no estaría yo aquí, así que... Todo estará bien. Soprano, usted... ¡Juntos lo lograrán!

Confundida, aturdida, recostó despacio su cabeza del hombro de aquel chico, un perfecto desconocido que no sabía si volvería a ver luego de aquella noche y no supo por qué, pero la convicción que le transmitió aquel muchacho, esa forma objetiva y responsable que tuvo al decirle que ella lo lograría, que ella se sobrepondría, encendió en su corazón extinto, hecho piedra en su pecho, un ascua.

La diminuta ascua de la esperanza.

Capítulo X

La somnolencia típica de los lunes fue suficiente para alimentar el usual despiste matutino de Vega que, de espaldas como estaba a la puerta de su oficina aquella mañana, no vio pasar por el pasillo a las personas que se dirigían hacia el despacho de Diógenes Cáceres. Tomó entre sus manos un grupo de carpetas, las ojeó superficialmente, se aseguró a simple vista de que contuvieran los documentos esperados, las golpeó un par de veces contra el tablero del escritorio para dejarlas bien alineadas y las depositó allí, en un archivador de sobremesa metálico, en el preciso momento en el que la campanilla del teléfono interno la hizo dar un pequeño salto.

Miró por instinto la hora en su reloj de muñeca y se preguntó quién podría estar llamando a su extensión tan temprano. Levantó el auricular, se hizo a un lado el cabello castaño con visos luminosos y atendió con una sonrisa en sus labios.

—Vega -era la voz del mismísimo Diógenes-. ¿Cómo estás?

—¡Diógenes! -Su sonrisa se acentuó, así como su sorpresa-. ¡Muy bien! ¿Y usted? -Miró las luces que estaban sobre el tablero que traía incorporado aquel teléfono e identificó en sólo un segundo que el director del bufete se estaba comunicando con ella desde la línea interna de la compañía. Eso quería decir que estaba...

—Aquí, en mi despacho, listo para comenzar un nuevo día y una nueva semana -Vega se desconcertó-. Perdona que no te avisara antes, pero todo surgió de un momento a otro. Mi regreso, las decisiones que me vi obligado a tomar... -Suspiró y a ella le dio la impresión de que la voz de él se escuchaba cansada. Se sintió inquieta-. En fin, nada que no pasará a explicarte ahora mismo, así que, si no te importa, me gustaría que vinieras a mi oficina cuanto antes, Vega.

—Por supuesto, Diógenes -al instante alargó la mano para tomar una tablet en la que solía hacer sus anotaciones-. Estaré con usted en un par de minutos.

—Gracias -lo dijo con una sonrisa. Nadie le había demostrado más lealtad en toda su vida que aquella mujer, aunque... Pensándolo bien, sí que podía haber alguien que se midiera con ella en incondicionalidad. Esa persona estaba sentada justo frente a él en ese preciso momento. Fue la misma que ni se inmutó cuando escuchó la puerta abrirse a sus espaldas y segundos más tarde la voz melodiosa de Vega Santini dar los buenos días:

—¡Diógenes! ¡Qué gusto tenerle de vuelta! -Los ojos de la asistente pasaron del rostro bonachón del director del bufete al perfil de la mujer sentada ante él, que miraba imperturbable el paisaje que se tendía ante sus ojos a través del ventanal que servía de marco a la silueta en contraluz del abogado-. Jinez -dijo suavemente, sin poner ninguna entonación especial en ese par de sílabas-, ¿cómo estás?

—Buenos días, Santini -pero no se miraron. El abogado ante ellas pasó por alto lo que bien podría catalogarse como una posible aspereza y le tendió la mano a su incondicional asistente para señalar la silla que estaba vacía al otro extremo de su colosal escritorio labrado en madera con líneas Art Déco.

—Toma asiento, Vega, por favor. Tengo algo muy importante que comunicarles y por eso las he citado aquí tan temprano esta mañana.

—Como diga, Diógenes -sin dilaciones procedió a obedecer, pero se mentiría a sí misma si negara que no se había abierto en su cabeza una compuerta de dudas e incertidumbre. Estaba ansiosa por saber: ¿qué estaba haciendo Samay Jinez de regreso en el bufete? ¿Por qué Diógenes había vuelto antes de lo previsto y sin avisar? A pesar de su rostro sereno y risueño, ¿qué era eso tan importante que tenía para comunicarles un lunes a primera hora de la mañana?

Cruzó despacio su pierna por encima de su rodilla izquierda y ese movimiento permitió que el volumen de una de sus pantorrillas espléndidas se acentuara, así como la forma en la que su muslo se ajustó contra el sesgo de la falda del traje de taller color índigo que vestía esa mañana. A pesar de su genuina indiferencia, Samay no pasó por alto la sutileza, en especial por los zapatos de Jimmy Choo que llevaba en sus pies, haciendo juego con su conjunto.

—Lindos zapatos -susurró mientras en sus labios carnosos de color rosa claro se dibujaba una sonrisa casi imperceptible.

Vega, que apenas si había tenido tiempo de prestarle atención tan curiosa como estaba ante los inminentes anuncios de Cáceres, escrutó a la abogada sentada a su lado por el rabillo del ojo y vio que esa mañana vestía una camisa de seda de un negro absolutamente profundo que dejaba al descubierto sus brazos y se ajustaba con elegancia en torno a su estilizado cuello. Por encima de la tela, estaba el punto de luz que ya conocía y que era producto del destello de un diamante enmarcado en oro blanco. Los pantalones, de un gris pizarra, eran de botas anchas y de una tela magnífica, mientras que debajo de ellos la asistente atinó a identificar unas botas negras que de seguro eran producto de Vera Wang.

—Ídem -susurró, pero no estaban allí precisamente para hablar de accesorios o de calzado y Diógenes Cáceres ya tomaba la palabra para pasar a temas más importantes.

—Samay, Vega... -Miró a una y a la otra. Ellas lo contemplaban con toda su atención-. Imagino que las he tenido en vilo desde hace días... -Reparó en la abogada de treinta y siete años-. A ti, desde que te contacté hace un par de semanas, pidiéndote tan encarecidamente que me dedicaras un poco de tu tiempo para esta audiencia... Y a ti -Vega frunció con suavidad su ceño-, al volver sin previo aviso al bufete, acompañado además de Samay luego de todos estos años.

—A la abogada Jinez ya había tenido el gusto de verla -susurró, correcta e impecable en su forma de conducirse como lo había sido siempre. Ambas mujeres se miraron de soslayo, sin girar ni tan siquiera un poco sus cabezas-. Estuvo de visita por la oficina el viernes. Me sorprendió verla de nuevo por acá y ella me anunció que usted nos comunicaría en su debido momento la razón de su visita.

—Que no es tal -apuntó Diógenes con una sonrisa, reparando en el gesto enigmático y bellissimo que se apoderaba del armonioso rostro de Samay, con sus enormes ojos color jade sutilmente entrecerrados-. O al menos cruzo los dedos porque así sea. Verán... -Se acomodó en la silla y se recostó por completo de ella, girándola además a un lado y al otro con suavidad-. La razón por la que me he ausentado del bufete por algunos días se debe a asuntos serios de salud -ambas lo miraron con profunda atención. Diógenes suspiró-. No es algo que no haya comunicado ya a algunos de mis aliados más cercanos, sin embargo, quería estar completamente seguro del estado en el que se encuentra mi corazón -depositó la mano derecha sobre su pecho al mencionarlo- antes de tomar una decisión delicada que no sólo pusiera en jaque a la junta directiva, sino posiblemente a nuestra cartera de clientes. Señoritas -las miró de nuevo a los ojos-, por mi bien, debo retirarme. No sé si permanentemente. No sé si se trate de un asunto eventual, no sé si pueda seguir encargándome de los asuntos y decisiones más importantes del bufete a distancia u ocasionalmente, pero lo cierto es que justo ahora, para garantizar mi salud y la tranquilidad de mi esposa e hijos, debo tomarme un merecido descanso -se enderezó un poco en la silla-. Me he estado esforzando demasiado y aunque mi médico ha tratado de hacerme entrar en razón desde hace un poco más de dos años yo, testarudo y desconfiado, he ignorado sus recomendaciones, llevando la fragilidad de mi corazón al límite, por lo que justo ahora debo delegar en alguien competente, audaz, tenaz y aplomado la dirección que tomará el bufete en

adelante y... -Miró con detenimiento a Samay-, considerando que tú eres, de mis pupilas, la que más goza de mi confianza y simpatía, he decidido encargarte a ti esa misión.

—Pero Diógenes -susurró ella muy seria, consciente de las repercusiones que un anuncio como ese podría detonar en la firma-, ¿has hablado ya de esto con los miembros de la junta directiva?

—He sostenido conversaciones en privado con las personas claves y les he manifestado mi expreso deseo de que seas tú la sucesora -Samay lo miró con atención-. Están de acuerdo y me aseguraron que apoyarán tu postulación, si tú accedes a aceptarla, claro está -entrelazó los dedos de sus manos, se inclinó hacia adelante y se apoyó sobre el escritorio-. Verás, Samay, no digo que todos lo acepten con beneplácito, porque desde luego que tendrás a tus detractores pero, siendo muy honesto, me tiene sin cuidado que una sarta de viejos mañosos haga un escándalo en un par de días al saber que me retiro por motivos de salud dejándote a ti con el timón entre las manos. Te recuerdo que cuando decidí acogerte bajo mi ala y enseñarte todo lo que sabes, más de uno vio con suspicacia mi resolución de cumplir mi palabra para con tu padre al darte esa oportunidad que en el bufete donde empezaste te negaban y negaban una y otra vez.

—Lo sé... -susurró.

—Lo recordarás, Vega... -Miró a su asistente que escuchaba todo aquello abismada-, ¿verdad?

—Sí, desde luego, Diógenes.

Imposible olvidarlo. Habían pasado alrededor de siete años desde que Samay Jinez había puesto sus pies por primera vez en el bufete de Cáceres. A pesar de su frustración por haber tenido que luchar una y otra vez por oportunidades; a pesar de que su carrera parecía estar marcada por puertas que se cerraban ante sus narices, la joven abogada jamás perdió el temple, mucho menos la tenacidad y una vez en manos de Diógenes lo que ocurrió fue que se pulió un diamante que en un poco más de un año iba a mostrar de buena gana su valía, siendo trasladada a otro país en el que pasó al frente de una de las sucursales de la firma, donde además se había desempeñado de un modo intachable como toda una especialista del derecho mercantil orientado a las telecomunicaciones. ¿Quién podría alzar la voz contra Samay Jinez si la precedía no sólo la confianza ciega de Cáceres sino muy especialmente una gestión impecable y un don de liderazgo nato? Eso estaba por verse.

—Así que si en aquella oportunidad tuvimos que cerrar algunas bocas, esta vez no será la excepción -aseguró el abogado risueño, mirando el semblante serio de Samay-. Lo que necesito de ti justo ahora es la confirmación de que accedes a ocupar mi lugar aquí... -Volvio a inclinarse hacia adelante sobre el escritorio-. En teoría, me tomaré un buen descanso, pero más allá de pasar todo el día en casa en bata y pantuflas para cuidar de mi corazón, yo necesito que alguien aquí sea mis ojos, mi voz, mi brazo ejecutor y no te miento si te digo que en nadie confío más que en ti para desempeñar ese papel.

—Me halagas, Diógenes.

—Si accedes, si estás de acuerdo con mi ofrecimiento y con todos los beneficios que una responsabilidad como esa conlleva, si la junta directiva aprueba tu postulación y te acoge sin contratiempos como la nueva directora, yo agilizaré todos los trámites necesarios para tu traslado desde Shanghai, pidiéndote que, por favor, sugieras a un sucesor o una sucesora digna de tu perfil allá, para hacer lo propio -Samay pensó velozmente, considerando allí mismo a los candidatos que se le vinieron a la cabeza en sólo instantes-. Aquí contarás con el absoluto apoyo de Vega -la asistente dio un respingo, sin notar que su gesto tuvo reflejo en la abogada sentada a su lado-. Ella será tu mano derecha en todo, ¡tal y como lo ha sido conmigo! Te pondrá al tanto de todos los procedimientos, te tendrá al corriente de cada uno de los clientes, se anticipará a las

exigencias de nuestra junta directiva, hasta podrá prevenirte acerca de la conducta de algunos de nuestros abogados y cómo manejarlos sin suspicacias... -Las mujeres al fin giraron sus cabezas y por fin se miraron a los ojos aquella mañana de lunes que amenazaba con ser explosiva-. Sé que ustedes dos serán una dupla prodigiosa para que yo pueda apartarme sin sobresaltos de mi puesto el tiempo que sea necesario. En ambas confío ciegamente y deposito en sus manos mi tranquilidad... ¿Qué me dicen? - Y les sonrió de un modo espléndido. Sus interlocutoras lo miraron, aún perplejas. ¿Les había puesto el lazo aquel mañoso zorro zalamero?-. ¿Puedo contar una vez más con ustedes?

—Sí -dijeron ambas al cabo de unos segundos.

—Cuenta conmigo en todo lo que necesites, Diógenes -añadió Samay con convicción para luego poner sus ojos color jade sobre la mirada indeterminada de Vega Santini.

Capítulo XI

Esta vez fue precavida, no iría a una nueva reunión con Rubén Pessoa sin haber tomado antes una buena taza de café que cuando menos le endulzara un poco la desagradable experiencia de tener que ver al autodenominado *editor* a través de la pantalla de su laptop; por fortuna para ella, a 2199 kilómetros de la ciudad de Caracas donde ella se encontraba. Vio cómo la espuma que logró obtener de la leche caliente con la que había preparado su bebida daba vueltas en la taza, impulsada por los movimientos circulares de la cucharita de postre que empleaba para disolver el azúcar mientras pensaba quién carajo podría ser esa supuesta Candice que conocería en la videoconferencia que acordaron para esa mañana.

¿Una nueva *ghostwriter*? Lo dudaba. Rubén Pessoa era muchas cosas, pero sobre todo era un zorro viejo y se aseguraba rigurosamente de que las personas que escribían para él no tuviesen el modo de conocerse entre sí bajo ninguna circunstancia. ¿Por qué? Cris suspiró ante la pregunta que se formuló en su cabeza. Bueno, simple. En primer lugar, se imaginaba que al editor de pacotilla no le convenía que se compararan presupuestos. Era evidente que a ella le ofrecía doscientos cincuenta dólares por escribir un par de novelas románticas de un poco más de ciento cuarenta páginas, pero quizás otros de los redactores que habían acordado trabajar con el sujeto de la Florida cobraban un poco más o, lo que era más probable aún, menos.

Eso por un lado, por otro... El monopolio de Rubén con su sistemática publicación de textos a granel. Ella no podía asegurar con exactitud cuántos lanzamientos hacía aquel hombre en un año, pero no eran menos de veinte, de eso podía estar segura. A juzgar por el supuesto calendario editorial que manejaba con ella en materia de novela romántica, en el que le exigía un par de manuscritos al mes; a juzgar por el hecho de que no era Cris la única que escribía para él ese tipo de piezas y considerando que podía tener una programación similar para géneros como novela negra, erótica, suspenso y todas las categorías posibles de ficción susceptibles de ser publicadas...

—Ese imbécil debe publicar más de 100 títulos al año -susurró abismada deteniendo la taza de café a pocos centímetros de su boca carnosa y de un color rosa encendido-. ¡Al año!

¿Pero cómo es posible? Suspiró. No quería imaginar cuánto podía ganar con su pequeño sello editorial emergente integrado exclusivamente por fantasmas, si era capaz de ofrecer doscientos cincuenta dólares por un número de páginas equivalente.

—¡Un dólar por página escrita! -Se masajeó las sienes-. ¡Debería darme vergüenza acceder a aceptar un dólar por cada cuartilla! ¡No puede ser!

Pero no era hora de recriminarse cuán cómoda era con todos los aspectos de su vida. Su faceta profesional, la cantidad de dinero que ganaba y el poco esfuerzo que hacía para abrirse seriamente a nuevas posibilidades; lo mal que estaba manejando la pérdida de su madre, sin tomar acciones contundentes con respecto a sus pertenencias, sus bienes o el futuro de su departamento...

—¡La relación con Lara! -Hundió las manos en sus cabellos y entrelazó sus dedos por detrás de su nuca, inclinando la cabeza hacia adelante. En ese preciso instante, su teléfono celular sobre la mesa de la cocina vibró y se dio cuenta de que le anunciaba que faltaban sólo cinco minutos para la reunión. Vaya modo de sacarla de aquel paseo por los reproches de su ego.

Terminó de beber lo que quedaba en la taza, la depositó en el lavaplatos y caminó a paso ligero a su habitación, donde ya tenía todo dispuesto para la charla con Rubén Pessoa y esa Candice que pasaría a conocer en segundos, porque al sumarse al *Meet* con el enlace que le había

compartido el editor, ya ellos estaban allí, aparentemente muy risueños.

—¡Cris! -exclamó él y la chica al otro lado de la pantalla notó cómo sus ojos oscuros se movieron casi como un reflejo hacia la parte superior derecha de la pantalla de su ordenador. Ella supuso que estaba corroborando la hora y lo que dijo a continuación se lo confirmó-. Llegas temprano, me encanta.

Se había adelantado por dos minutos, pero frunció los labios con indignación. Jamás llegaba tarde a una sola de sus estúpidas reuniones, ¿por qué hacer un comentario como ese justo ahora que esa chica nueva estaba allí?

—Quiero que conozcas a Candice -y en seguida Cris reparó en la persona que estaba en el rectángulo que se veía al lado derecho de su pantalla. En él estaba una rubia, menuda, de cabello liso, rostro lánguido y lentes enormes. No podía saberlo con exactitud por la luz que se reflejaba en los cristales, pero le pareció que sus ojos eran color café-. Ella es la chica que trabajará contigo en adelante adaptando tus novelas.

—¿Adaptando mis novelas? -Vio al editor con suspicacia.

—Sí, sí -lo dijo risueño. Era sorprendente ver cómo alguien podía convivir tan cómodamente con su propio cinismo y descaro. ¿Lo notaría al menos?-. Verás. Siempre adapto tus novelas, todas las novelas románticas que publico bajo mi sello editorial, a historias LGBT.

—¿Cómo? -No creía entenderlo, al menos no del todo, pero si lo poco que había logrado sacar en limpio de ese comentario era como lo estaba intuyendo... ¿Qué podría hacer? ¿Cómo le sacas los ojos a un infeliz a través de la pantalla de un portátil?

—A ver... -Rubén se acomodó en la silla. Su rostro se volvió un poco pétreo. Era evidente que no le agradaba que Cris indagara demasiado-. Las novelas que escribes para mí este año las adaptaremos para lectores gays y lectoras lesbianas... ¿Comprendes?

—¿La misma novela? -susurró y lo miró con desconcierto.

—Sí, Cris, sí -no fue precisamente amable al responder-. Con los respectivos cambios de los que se encargará Candice, claro está, pero sí. Misma historia, diferentes géneros y pequeñas modificaciones... -Suspiró-. Lo había estado haciendo todo este tiempo con otro método, pero se colaron algunos errores imperdonables en la edición, los lectores comenzaron a quejarse y ya sabes cómo es todo. Ahora que tendremos una persona encargada directamente de esta adaptación, no debería haber más problemas de este tipo.

—Pero, Rubén... -Balbuceó-. Es... Es como publicar la misma novela tres veces... -El sujeto la miró con un gesto inescrutable. La rubia de baja estatura y contextura muy delgada sólo se limitaba a verlos-. ¿No has pensado en el SEO? ¿No has pens...?

—Cris -alzó la mano ordenándole con ese gesto que se detuviera. Ella le obedeció, sin estar por eso menos abismada o indignada-. No cuestiones mis métodos. Sabes perfectamente que tu trabajo aquí no es opinar acerca de si duplico o triplico las obras. Tú misión aquí, simplemente, es facilitarle a Candice toda la información que ella te pida y asesorarla un poco con los cambios -se alzó de hombros-. No es nada del otro mundo, ¿o sí?

—Rubén, me gustaría hablar contigo en privado -ni supo de dónde le vino el coraje para solicitarle semejante cosa en un momento como ese, pero el mismo editor se sorprendió al escucharla hablarle de ese modo y lo notó por la forma en la que brillaron sus ojos.

—Hoy no va a poder ser, Cris -tenía suficiente intuición como para saber que las cosas estaban a punto de salirse de control y desde luego no lo permitiría-. Mi intención era simplemente que conocieras a Candice, que al menos se vieran las caras y que supieras cuál será en adelante su función en nuestra editorial.

¡Editorial! ¡Tuvo que morderse los hígados para no mofarse de aquel mequetrefe!

—¡Si lo que deseas es escribir novelas lésbicas, yo puedo hacerlo! -Insistió Cris y tanto el hombre como la chica en la videollamada la vieron un poco pasmados. La escritora esbozó una sonrisa de desconcierto única-. ¡Soy lesbiana! ¿Quién mejor que yo para plasmar una historia de amor entre mujeres, Rubén, por fav...?

—Cris, querida mía... -Sonrió con un gesto forzado-. No me interesa escribir novelas para lesbianas, al menos no de ese modo y si necesitara a alguien para encargarse de ese género no te lo pediría a ti precisamente. -El rostro de la escritora al otro lado del continente fue digno de verse. Hasta Candice, que no la conocía de nada, notó lo mal que le había sentado ese comentario-. Tú desempeñas un gran trabajo en la novela romántica heterosexual, cariño y allí te quedarás -se alzó de hombros-. Creo que si quisiera una buena novela para tortilleras o bolleras, se la pediría a un hombre.

—¿Disculpa? -Sintió que una bola de fuego se le subió al pecho.

—Estamos en contacto, Cris -se apresuró y fue evidente-. Esta misma semana te paso las sinopsis de las dos novelas que escribiremos este mes. ¡Buen día, gracias por tu tiempo, linda, cuídate!

—¡No! ¡No, Rubén esp...! -Y vio con ojos temblorosos el mensaje en la pantalla que le decía que la llamada había sido finalizada por el *host*-. ¡Maldito infeliz! -De un manotazo cerró la laptop, la lanzó hacia la cama y ni bien vio la computadora portátil surcando el cielo, se percató de la imprudencia que había cometido movida por su ira-. ¡Ay, no! -Atinó a gritar y se levantó lo más rápido que pudo, pero su herramienta de trabajo ya caía con todo su peso sobre el colchón de la cama, rebotaba en ella un par de veces y quedaba, como un auto que se sale de una carretera estrecha al borde de un acantilado, en la esquina del lecho, a sólo un tris de inclinarse hacia un lado y caer al suelo-. ¡No, no, no! -Avanzó e intentó ser delicada al aproximarse al aparato. Lo rescató en el último segundo y lo abrazó contra su pecho. No era el mejor momento como para quedarse sin computadora.

Suspiró. ¿Qué se supone que iba a hacer ahora? ¿Colaborar con Candice como Rubén se lo había pedido o mandar al demonio de una vez por todas al “editor” y a toda su sarta de mierdas? Se sentó en el borde de la cama y pensó en los portales a los que podía recurrir para iniciar la búsqueda de trabajo. La verdad es que la idea de volver a un puesto de *redactor in house* en una agencia de marketing, o cualquier otra posibilidad que implicara regresar a las limitaciones de una oficina la aburría considerablemente, pero... ¿A qué otra cosa podía aspirar si le escribía en ese mismo instante un correo electrónico al sujeto en Miami despidiéndose permanentemente de él?

Abrió la laptop despacio, después de ponerla sobre sus piernas y decidió entrar a los portales de oferta laboral más conocidos de la ciudad cuando, de pronto, recordó que había puesto al día su LinkedIn hace poco y que lo mejor era tomar de allí toda su información profesional, considerando que estaba actualizada. Fue a la app en cuestión y vio que la campanita de las notificaciones tenía al menos unas ocho, además de un globito rojo junto al buzón de mensajes. ¿Quién podría escribirle por esa vía? ¿Era uno de esos molestos mensajes automáticos de la plataforma invitándote a usar su versión pro? Ya estaba por saberlo.

Cuando abrió la bandeja de mensajes vio que había allí un texto a nombre de María Lourdes Saravia y Cris dudó por unos segundos de si conocía o no a esa mujer. Fue de inmediato al chat y nomás ver su foto de perfil la hizo recordarla, aunque debía reconocer que había cambiado mucho en todos los años que tenía sin saber de ella.

—Mira -susurró acercándose la laptop al rostro para ver con más claridad-, ni siquiera sabía que tenía a MariLo en mi LinkedIn... -Y procedió a leer su mensaje:

¡Hola, mi querida Cris! Estaba echando un vistazo en LinkedIn hace unos días y recibí una notificación donde me decían que te encontrabas vacante y en busca de empleo... ¿Cómo estás? ¿Qué hiciste después de que te fuiste de MomentumMedia? Te cuento que yo renuncié a la agencia unos ocho meses después que tú y desde entonces estoy trabajando por mi cuenta como PR o consultor de marketing para mis propios clientes.

—Vaya... -Sintió una leve punzada de envidia-. Al menos MariLo no fue tan tonta como yo -pensó en Rubén Pessoa y su envidia se transformó en vergüenza.

Para hacerte el cuento corto, porque me parece que nos podemos poner al tono en una llamada o algo más personal que un mensaje en tu chat de LinkedIn, justo ahora estoy en busca de un editor o un corrector de estilo para uno de mis clientes -Cris dio un respingo nomás de leer eso y vio de inmediato la fecha del mensaje. Lo había enviado el viernes... ¡Y ya era martes! Si la chica había conseguido a alguien más para el proyecto, no se lo perdonaría-. Se trata de un libro súper interesante que queremos publicar este año y necesitamos que esté impecable para su lanzamiento. Recuerdo que trabajabas como redactora digital en MomentumMedia y que habías estudiado Comunicación Social, ¿no? ¿Periodismo? ¿Filosofía y Letras?

—Filosofía y letras -dijo, como si le respondiera a la propia MariLo con ese susurro.

Bueno, no lo sé justo ahora, sólo sé que tenías habilidades extraordinarias para la redacción y la creación de contenido, por lo que pensé en ti antes que en más nadie... ¿Te interesaría hacerte cargo de la revisión de este libro del que te hablo? Por favor, Cris, escíbeme lo antes posible si te interesa lo que te propongo. Estamos con la fecha límite pisándonos los talones y debemos correr con todo esto. ¡Gracias!

Ni siquiera se lo pensó. Inmediatamente tecleó una respuesta rápida en la que únicamente se limitó a decir: “¡Hola, MariLo, tanto tiempo! ¡Sí, sí! ¡Claro que me interesa, sí! Disculpa que no respondiera antes, pero aunque me encuentro buscando trabajo, me olvidé por completo de LinkedIn... Soy la peor.” Puso la laptop sobre la cama, se rascó un poco la cabeza, se puso de pie, dio un par de vueltas en círculos preguntándose si había perdido la oportunidad por despistada y escuchó un curioso sonido brotar de su ordenador. ¿Qué había sido aquello? ¿Quizás el chat de LinkedIn? En efecto. Cuando volvió a sentarse en la cama y tomó su computadora portátil, vio que la pestaña del chat emitía una lucecita parpadeante y que la persona que le había contestado era la misma que le había hecho el ofrecimiento días atrás. Cris leyó atropelladamente cuanto decía ahora:

—¡Cris! ¡Qué lindo saber de ti! ¡No sabes la alegría que me das! Por un momento pensé que me ignorarías, pero ahora que me dices que te interesa el proyecto, de verdad me sacas un peso enorme de encima. ¿Cuándo podemos hablar de eso? ¿Cuándo tienes tiempo para reunirse? Podemos hacer una videollamada, ponernos al día y te cuento más detalles de este libro... ¿Te parece?

—¡Por mí perfecto, MariLo! -Lo escribió con una gran sonrisa. ¿Sería esa la salida definitiva a los desmanes de Rubén Pessoa?-. Puedo reunirme cuando quieras. Estoy buscando trabajo y tengo disponibilidad inmediata, ¿recuerdas?

—¡Excelente! ¡Casi lloro de emoción! -Y añadió un emoticón llorando y otro más con una sonrisa espléndida haciendo reír a Cris al otro lado de la pantalla-. ¿Te parece bien si lo hablamos en quince minutos? Termino de hacer un par de cosas y lo conversamos cuanto antes.

Sería estupendo que dejemos el acuerdo cerrado hoy mismo, porque así me mantengo en los tiempos y podemos seguir adelante con este proyecto sin atrasarnos.

—¡Cuenta con eso!

—¡Muy bien! -MariLo también sonreía al otro lado de la pantalla-. Te veo en quince minutos, Cris. Te paso enlace por aquí. ¡Gracias!

Saltó de la cama sintiéndose la mujer más afortunada del mundo aquella mañana. Corrió a verse en el espejo que tenía sobre la cómoda y aunque lucía más que bien, ya que se había arreglado antes para la reunión con el supuesto editor, decidió que se podía mejorar su apariencia y corrió a buscar algo más apropiado para la ocasión en su closet. Se quitó con presteza el suéter azul que llevaba desde la mañana, desabotonó su camisa y sustituyó las prendas que cubrían su torso por algo un poco más elegante. Vio nuevamente su rostro a través del espejo, corroboró su maquillaje, se peinó un poco y decidió atender la conversación con MariLo en otro lugar que no fuese su recámara, por lo que dispuso hacer uso de la mesita de la terraza, aprovechando que era una mañana silenciosa de no ser porque en ese momento su teléfono comenzó a sonar con insistencia.

Miró de soslayo la pantalla del dispositivo y se dio cuenta de que la que le llamaba era Lara. Evidentemente no la atendería con la reunión de MariLo a punto de llevarse a cabo de un momento a otro, así que reconoció para sus adentros que si su novia era capaz de entender su indiferencia o no luego de que ella pudiera devolverle aquella llamada, no era realmente asunto suyo. Tenía algo más importante que atender justo ahora y hacer *click* en el enlace de Zoom que le compartió la mujer que había trabajado con ella en MomentumMedia años atrás, era la mejor prueba de su compromiso.

—¡Cris! -La sonrisa de la chica era radiante. La escritora desde Caracas se dio cuenta de que ella también le hablaba desde una bella terraza. ¿Dónde se supone que estaba ahora? ¿Seguía en el país? ¿Se había ido?-. ¡Cris, Cris! ¡Qué lindo volver a verte! -Reparó en ella varios segundos y fue muy honesta al reconocer: ¡estás muy bella!

—Gracias -susurró, avergonzada.

—¿Qué te hiciste para verte tan bien? -La miró con curiosidad en la pantalla de su computadora. Cris se ruborizó.

—He bajado de peso... -admitió-. Perdí alrededor de catorce kilos o tal vez un poco más. Debe ser por eso que me ves distinta.

—Es probable -reconoció sonriendo-. Sea como sea, ¡te ves genial!

—Gracias, MariLo -sabía que iba a parecer que lo decía por compromiso, pero ella también fue muy franca con la mujer al otro lado de la pantalla: tú también te ves muy bien y has cambiado mucho.

—La maternidad, la maternidad... -dijo con un tono gracioso de hastío. Cris rio con suavidad-. Tengo una niña de tres años. Me casé cuando ya te habías retirado de *Momentum* y, al poco tiempo de renunciar, salí embarazada.

—¿Por eso decidiste encontrar tu propia cartera de clientes?

—Sí, exactamente. No sólo tenía que atender mi embarazo, también los cuidados de mi bebé y decidí que era el mejor momento para trabajar por mi cuenta, desde casa y... ¡Aquí me tienes! -Hizo un gesto con sus manos y Cris se sintió como si mirara a través de su pantalla un infomercial-. Tenemos que sacarle el mayor provecho a esta reunión, porque mi hijita es muy inquieta... ¡Mucho! Así que me gustaría ponerte al corriente antes de que aparezca por allí de un momento a otro para pedirme que la ayude a peinar a su muñeca -Cris volvió a reír-. Siempre quiere jugar al saloncito de belleza cuando me ve en videoconferencia con algún cliente.

—Bien. Entonces vayamos al grano... -Y minimizando la pantalla del Zoom abrió un *bloc* de notas para hacer todas las anotaciones necesarias de esa reunión de trabajo. No se lo podía creer.

—Genial... -Se acomodó un poco en su silla, pero eso Cris no lo vio, con la ventana del Zoom minimizada en su escritorio-. Te cuento que esta es una cliente muy especial. He estado trabajando con ella por un poco más de un año y todo este tiempo he estado manejando sus redes sociales, sus campañas de *email marketing*, hasta que... ¡Hasta que se me ocurrió sugerirle que, como parte de la oferta de sus servicios, publicara un libro que escribió hace un tiempo ya!

—Entiendo... -Volvió a activar su cámara y con eso a percatarse de los gestos de MariLo.

—Ella no tenía intención de difundir esta obra -Cris vio a la chica de cabello rojizo jugar con un lapicero entre sus manos mientras se balanceaba en su silla secretarial-. Sentía que se trataba más bien de un trabajo personal, una especie de cuaderno de sanación, no lo sé, pero hace unos meses salió el manuscrito a colación y yo le insistí en dar el paso, no sólo como un proyecto personal, también porque tener algo publicado en torno al tema con el que además trabaja le da autoridad en la materia.

—Absolutamente. Es uno de los fundamentos del *inbound*, de hecho...

—Sí -sonrió, le agradó saber que Cris estaba alineada con su filosofía de trabajo-. Se lo expliqué de ese modo y ella accedió de buena gana a dejarse asesorar... -Alzó los ojos al cielo con un gesto gracioso haciendo reír a su interlocutora con suavidad-. ¡De verdad que ella es de las mejores clientes que tengo ahora mismo! ¡Es radiante, razonable, inteligente, una mujer excepcional!

—¿De qué se encarga? -Sintió curiosidad por el personaje ante tantas alabanzas.

—Ella es terapeuta y está especializada en el acompañamiento emocional de personas que están pasando por un proceso de duelo -Cris la miró muy seria-. Su trabajo tiene una mezcla fascinante entre la teoría científica, el funcionamiento de la mente, racionalmente hablando y la guía espiritual.

—Vaya... -musitó apenas.

—Sí. Verás... Ella misma pasó por un proceso de duelo muy complicado hace cinco años cuando su marido murió de forma repentina...

—Entiendo... -La escuchaba con suma atención.

—Se quedó completamente sola y pasó por un proceso tan devastador que tuvo que ser internada por un tiempo debido a un caso severo de depresión -Cris se sorprendió. ¿Era posible que una persona pudiese ir a parar a una casa de cuidados por algo como eso?-. Por suerte para ella, darse cuenta a tiempo de lo que le estaba pasando y buscar la ayuda psicológica y espiritual necesaria en el momento justo la ayudó a emerger de las sombras y a superar de un modo ejemplarizante su pérdida, su dolor. Una vez superado aquel episodio en su vida, plenamente consciente de que estaba preparada para ayudar a otros a superar sus respectivas pérdidas, comenzó a orientar su trabajo psicológico a esta área, con muy buenos resultados. Ya tiene un poco más de un año enfocada casi exclusivamente en este tipo de terapias, además de participar regularmente en charlas y conversatorios acerca del tema.

—Suenan muy interesantes -lo decía de todo corazón.

—Sí, de verdad ella ha ayudado a muchas personas a superar sus duelos y algunos de sus pacientes la ven como si fuese un verdadero ángel -sonrió de un modo precioso y Cris la acompañó en ese lindo gesto. No tenía motivos para dudar de lo especial que podía ser esa terapeuta de la que hablaban-. Ese libro que queremos publicar este mismo año es un testimonio perfecto de su propio camino de sanación. Te soy honesta, Cris, yo no lo he leído a fondo, pero he extraído de él algunos pasajes y textos para adaptarlos a sus comunicaciones en redes sociales

y te puedo adelantar que en él explica de una forma maravillosa su relación con su marido, lo que significó para ella su muerte repentina y lo más importante de todo: cómo logró superarlo.

—Maravilloso -dijo en tono quedo-, ¿verdad?

—Sí... -Pero los gritos de la pequeña hijita de MariLo la tomaron por sorpresa. La nena corrió hacia ella, trepó por sus piernas lo mejor que pudo llevando una de sus muñecas en las manos y se sentó en su regazo torpemente mientras la madre trataba de controlar la situación completamente abochornada-. Lo siento, Cris... ¡Lo siento! ¡Creí que nos daría un poco más de tiempo!

—¡Me parece que el saloncito de belleza ya abrió sus puertas! -Riendo vio cómo una nena preciosa de cabello rizado y castaño alzaba ante sus ojos una muñeca, que además balanceaba de un lado y otro.

—Déjame ver si podemos dejar todos los cabos atados a pesar de que Fabiola está aquí... -Ambas vieron que la niña parecía quedarse tranquila. Al parecer, de momento, sólo le bastaba con estar en las piernas de su madre.

—¿Para cuándo necesitan el texto corregido?

—Dos semanas -Cris asintió sin sobresaltos. Estaba acostumbrada a plazos cortos de entrega-. ¿Crees que puedas tenerlo? Yo he estado manejando las comunicaciones en redes sociales y en campañas de *email marketing* pensando en una fecha de publicación de aquí a un mes, aproximadamente.

—Me parece que sí... -Se pellizcó el mentón un par de veces-. ¿De cuántas páginas estamos hablando?

—Un poco más de trescientas.

—Bien, si es sólo corrección de estilo...

—¡Sí, sí! Mi clienta dice que puede ser un pequeño desastre pero yo, que lo he ojeado en varias oportunidades, te digo que está bastante bien para alguien que no tiene el oficio de escritora.

—Genial, no hay problema.

—Entiendo que estás aceptando el proyecto... -La miró con un gesto dubitativo y la otra respondió con una sonrisa.

—¡Absolutamente, sí!

—¡Vaya! -Se tomó el pecho con la mano-. Soy afortunada... Por un momento pensé que no te interesaría, porque puede que sea un libro muy denso o de una temática un poco... -Alzó los ojos-. Un poco tediosa, ¿quizás?

—Al contrario -dijo seria, pero con un gesto afable-. La verdad es que siento que caes como del cielo, MariLo.

—¿Por qué? -La vio con curiosidad en la pantalla de su laptop.

—Porque... -Suspiró-, porque creo que no es una casualidad que sea precisamente yo la encargada de editar un texto de estas características. Verás... -Enderezó un poco la espalda y la expresión en su rostro fue difícil de clasificar-. Hace pocos meses mi madre falleció... -MariLo la miró boquiabierto.

—Cris... -susurró con empatía-. Cris, ¡lo siento mucho!

—Gracias -la tranquilizó con un gesto de su mano, pero era evidente que se le había hecho un nudo en la garganta-. Gracias, MariLo... Voy a ser muy honesta contigo, ¿bueno? -La chica sacudió la cabeza y la miró con ojos muy abiertos-. He estado trabajando con escritura creativa en los últimos meses, se podría decir que me harté de las agencias de *marketing*...

—Comprendo.

—Pero no gano lo suficiente como para asistir a terapia y trabajar con un psicólogo todas las sensaciones asociadas a la muerte de mi madre.

—¡Ay, Cris!

—Así que... -Su voz se quebró, pero se mantuvo firme-. Que llegues tú a mi vida, precisamente hoy, con un libro como este para corregir, no puede ser otra cosa que una buena señal.

—¡No lo dudo, linda! -La miró con inquietud, como si quisiera correr hacia ella para darle un abrazo-. ¡No lo dudo ni tan siquiera un poco y estoy segura de que leerlo te dará mucha claridad, te hará mucho bien!

—Eso creo, sí... Así que... ¡Cuenta conmigo!

—¡Perfecto! -La nena se movió un poco en sus piernas y alzó ante sus ojos la muñeca que llevaba en sus manecitas, cubriendo con ella buena parte de la cámara de la laptop. Debía acabar esa reunión más bien pronto-. Sólo nos queda un detalle por revisar, antes de despedirnos por los momentos, Cris...

—¿Sí?

—El presupuesto que tenemos asignado a la corrección de este texto es de quinientos dólares... -La escritora abrió despacio la boca-. ¿Estás conforme? ¡No sé con exactitud cuántas páginas son, pero si manejas otras tarifas, podemos hacer un ajust...!

—Quinientos dólares me parece más que razonable.

—Perfecto. ¿Puedes compartir conmigo por el chat de LinkedIn tu número telefónico y una pasarela de pago por la que pueda hacerte llegar el dinero? Pagaremos el cincuenta por ciento por adelantado y el resto en quince días, cuando tengamos la obra terminada.

Cris balbuceó sin darse cuenta, ¿podía ser posible que todo le estuviese saliendo tan bien aquella mañana?

—Sí, claro, desde luego...

—¡Ah, casi lo olvido, qué tonta! -Se tomó la cabeza con la mano-. ¡Y un correo electrónico al que te pueda enviar el texto ahora mismo!

—¿Quieres que te dé todos esos datos por LinkedIn?

—Me parece que sí.

—Lo haré enseguida.

—¡Gracias, Cris! -Vieron cómo la nena comenzaba a inquietarse.

—¡Gracias a ti, MariLo!

—Ojalá todo marche bien con la corrección... -Se sonrieron-. Espero todos los datos que te pedí y una vez que tenga tu contacto, te escribo para que tú también conserves el mío. ¡Cualquier duda que tengas, no dudes en decirlo!

—¡De acuerdo!

—Estamos en contacto Cris. Y, por cierto... -La miró con un gesto dulce-. De nuevo, lamento mucho lo de tu madre...

—Gracias, MariLo.

—Adiós, linda.

—Adiós -vio que el *host* culminaba la videoconferencia y corrió a la plataforma de LinkedIn a suministrarle a la chica toda la información que le había pedido.

¡Quinientos dólares por una corrección de estilo! ¡Quinientos! ¡El doble de lo que recibía de Rubén Pessoa, sin tener que pasar por cosas como conversaciones cínicas y misóginas, indignaciones y escenas de felaciones sin sentido! Recordó a Candice, la intención del supuesto editor de poner a una persona a adaptar el trabajo de Cris a todos los géneros posibles y rio con

desdén.

—¡Que haga al *Rey de la bahía* vampiro si le apetece! ¡Grandísimo idiota!

Vio que Lara llamaba de nuevo y se dio cuenta, con un poco de sorpresa, que en todo el tiempo que estuvo reunida con MariLo su novia la había llamado más de una docena de veces y que le había enviado al menos unos quince mensajes de texto o de voz. Alarmada, decidió atender lo antes posible:

—¿Lara? ¿Pasa algo, Lara?

—¿Dónde estás? -Su voz sonó como un fuele.

—¿Que dónde...? -Rio con nerviosismo-. ¿Que dónde estoy? ¡En casa, Lara! ¡He estado en reuniones de trabajo toda la mañana!

—¿No me digas? -Espetó.

—¡Por favor, Lara! -Se enojó un poco-. ¿Acaso vas a dudar de mí? No tengo motivos para mentirte... -Inició una videollamada que la otra descartó al instante-. ¡Ah! ¿No se supone que no me crees? -Soltó con indignación-. Iba a demostrarte que estoy en casa y que no he estado haciendo otra cosa más que reunirme con Rubén Pessoa y con una nueva cliente de un proyecto que surgió hoy.

—¡No puedo andarme con videollamadas en el trabajo, lo sabes de sobra! -Soltó, aún de mal humor-. ¿Qué quieres? ¿Ver cómo freímos las papas fritas o cómo doramos el pollo?

—¡No lo sé! -Se cruzó de brazos-. Si tú desconfías de mí yo podría hacer lo mismo contigo, ¿no?

—¡No! ¡Nunca te he dado motivos!

—¿Y yo sí? -No le tomó mucho esfuerzo conectarse con la misma sensación de enojo que le había dejado la reunión con Rubén Pessoa.

—Sólo quería saber cómo estabas, porque tenías esa reunión con el tipo ese con el que trabajas -le habló con altanería, pero Cris no pudo evitar entender que en parte se victimizaba-. Y... Y además quería preguntarte si nos veremos hoy... -Suspiró-. Tengo un poco de dinero extra e iba a invitarte al hotelit...

—No -ni supo cómo logró negarse tan rápido, pero no iba a perder el impulso de su coraje esa mañana. Lara se quedó pasmada-. No, Lara, no. En primer lugar, no estoy de humor para ir al hotelito y ya hemos hablado de eso cientos de veces...

—Otra vez con esto... -Se estrujó el rostro con ira.

—Y, en segundo lugar, te acabo de decir que tengo un cliente nuevo. Comienzo hoy mismo con un proyecto y van a pagar la mitad por adelantado, por lo que no puedo perder tiempo. Necesitan la obra corregida en dos semanas y es un tema bastante complejo, así que...

—Así que me dejarás plantada por dos semanas otra vez, ¿no?

—Plantada no, Lara. Estaré trabajando.

—¡Plantada, sí! Porque si al menos viviésemos juntas en tu departamento podríamos vernos en la noche, compartir, pero no... ¡Tú te niegas a aceptar mi proposición!

—Lara... -Se sobó las sienes con la mano que tenía libre-. Lara, ya no vuelvas con eso, por favor... De verdad tuve una mañana un poco complicada, luego de la noche a la mañana apareció este cliente y me sentí muy afortunada, para que tú justo ahora me salgas con todo esto y vuelvas a hacerme sentir como una miserab...

—¿Y cómo crees que me siento yo cada vez que me rechazas poniendo como excusa tu trabajo?

—No te estoy rechazando, Lara... Sabes de sobra que me gusta enfocarme en mis proyectos cuando los est...

—¡De acuerdo! -La cortó en un segundo con altanería-. ¡No te quito más tiempo! ¡Quédate con tu fabuloso proyecto nuevo, que yo volveré a la maldita freidora de pollos! ¡Adiós! -Colgó.

Cris se sintió deshecha. ¿Cómo era posible que Lara Cruz tuviese la habilidad de conectarla, en sólo segundos, con todos los sentimientos y sensaciones más adversas que se podían gestar dentro de ella, en su corazón?

Estaba allí, abatida, indignada y físicamente abrumada luego de esa innecesaria discusión, cuando escuchó su teléfono sonar con una notificación. No quiso abrir la aplicación de mensajería para no encontrarse con una nueva impertinencia de Lara, pero vio con un poco de consuelo que la que escribía era MariLo. Lo supuso porque el número era desconocido, su código era de los Estados Unidos y porque en el *preview* del texto podía leerse: “Hola, Cris, te escribe MariLo. Ya tengo todos tus datos. Acabo de enviar a tu correo el libro. Confírmame que lo recibiste. ¡Gracias!”

Suspiró. El entusiasmo se le había esfumado en un tris, pero consecuente con sus responsabilidades tomó su laptop, fue hasta la bandeja de entrada de su Gmail y allí vio, encabezando una larga lista de correos, muchos de ellos de suscripciones y productos, una misiva de la chica que había trabajado con ella en *MomentumMedia*. El asunto decía: *El libro del que conversamos* y al abrirlo vio adjunto un documento de Word.

Comenzó a teclear en su teléfono que ya tenía el texto que debía corregir consigo pero, antes de enviarlo, decidió verificar que el archivo abriera en su computadora sin problemas. Así lo hizo y tras segundos de espera, pudo verificar que era un documento de más de trescientas páginas y leyó en la parte superior de la primera su título: *Conversaciones para otra vida*. Cris frunció el ceño al leer la línea que había debajo, en una tipografía con un puntaje considerablemente más pequeño que el que se había usado para el enunciado principal y susurró en tono quedo:

—Por Itza Arbe...

Capítulo XII

—Ezequiel...

—Sí, sí, ya sé mamá... -Dejó la mochila a un lado de la puerta y se fue derecho al baño para darse una ducha y cambiarse de ropa.

Vega suspiró. De no ser porque había dejado el bolso con sus útiles escolares en medio del pasillo, todo habría sido perfecto, pero no podía quejarse. La presteza con la que se dirigió a asearse, sin chistar, sin pedirle siquiera diez minutos más, veinte minutos más o que le concediera media hora con su consola de videojuegos fue realmente un milagro, en especial en un día como aquel.

Aprovechó que estaría a solas por unos minutos para ir al salón, buscar en el bar una botella de whisky que tenía allí prácticamente intacta, servirse un trago seco y beberlo casi casi de un sorbo. Tomó la botella, se la llevó consigo al igual que el vaso y se sentó en el sillón. Colocó la bebida en la mesita aledaña, el recipiente lleno de licor a un lado del mueble, sobre la superficie del suelo, se sacó los zapatos de Jimmy Choo que había llevado desde la mañana y se hundió en el respaldo de aquel mueble, mientras cerraba los ojos y respiraba hondo. Pensaba en el día que había tenido en el bufete, en todas las cosas que debía preparar para la sucesión de Diógenes Cáceres y en el vuelco que darían las cosas ahora que la dirección de la firma estaba a punto de pasar a manos de Samay Jinez.

—Vaya, por Dios... -susurró. Con los ojos cerrados hizo un breve repaso mental de todas aquellas personas que podrían oponerse con encono a la postulación de su jefe y todas las redes de intriga que podrían tejerse al ser precisamente una mujer la que pasara a tomar entre sus manos el timón del barco.

Estaba allí, entregada a su reflexión, cuando Cris entró sin hacer ruido a la sala, la miró con curiosidad y se percató del whisky que estaba servido en un vaso rechoncho y de la botella al alcance de la mano de Vega. Se extrañó. No solía beber, mucho menos si Ezequiel estaba cerca, así que algo debía estarle ocurriendo para que hiciera semejante cosa. No quiso sobresaltarla, así que le dio un par de golpes al marco de la puerta y ella abrió sus ojos de golpe, pensando que tal vez el niño había salido antes del baño. Se tranquilizó al ver que se trataba de su amiga.

—¡Cris! -Sonrió agotada-. ¿Me estabas espionando?

—No... -musitó-. Desde luego que no. Pero te estaba esperando, puesto que necesito contarte algo... -Vega la miró de inmediato a los ojos.

—¿Discutiste con Lara? ¿Terminaste con ella?

—Bueno -compuso una mueca de aburrimiento y caminó hasta el sofá-. Discutí con ella, sí. Terminar, no. Nada de eso.

—Nada de eso... -dijo en tono quedo, se enderezó en el sillón, buscó de nuevo el vaso y bebió lo que quedaba en él-. ¿Y qué piensas hacer con esa chica?

—Aún no lo sé. Hoy pretendía llevarme de nuevo al hotel...

—¿Otra vez? -Se indignó-. ¿Pero es que ella tiene algún problema para memorizar las cosas o prestar atención?

—No estoy del todo segura, pero no es de Lara de quien quiero hablarte, Vega... -Ver cómo Cris asumía de inmediato una actitud más entusiasta le produjo curiosidad. ¿Tenía para ella una buena noticia? Valía la pena saberlo de ser así-. ¡Tengo un nuevo trabajo!

—¡No puede ser! -Se le olvidó por completo la clase de día que había tenido en el bufete y su sonrisa fue radiante-. ¡Dime más!

—Bueno... -Tomó aire y peinó su cabello detrás de sus orejas-. No es que sea exactamente un nuevo trabajo. Es un nuevo proyecto.

—Bien, por algo se empieza.

—Se trata de la corrección de un libro. ¡Es de una psicóloga que trata el tema concerniente al duelo por la pérdida de un ser querido!

—No puede ser... -La miró abismada pensando cuánto bien podía hacerle a Cris trabajar con un texto de semejantes características.

—¡Sí, sí! Es un manuscrito de más de trescientas páginas y... ¡Adivina!

—No tengo idea...

—¡Me ofrecieron quinientos dólares por ese proyecto y hoy me depositaron la primera parte para que iniciara la corrección!

—¡Vaya! -Dio dos palmadas sonoras de emoción-. ¡Parece que la hora de Rubén Pessoa ha llegado!

—¡En efecto! -Rio, entusiasmada-. Esta misma tarde le envié un correo para notificarle que no seguiría escribiendo para él y que le agradecía por todas las oportunidades...

—Todas las oportunidades de torturar a tu mente ingeniando el perfil de un mujeriego súper dotado cuyo único talento era tener una erección hasta en los lugares más insospechados... ¡Fabuloso! -Tomó la botella del suelo y la inclinó sobre el borde del vaso sirviéndose un nuevo trago-. ¡Brindemos por este momento! -Alzó el líquido ambarino a la salud de Cris Álvarez, que reía de las ocurrencias de la relacionista industrial-. Dame la mejor parte de la noticia, anda. Dime que el baboso infeliz cayó de espaldas en el suelo cuando lo mandaste a volar. Dime que se quedó perplejo y frío cuando le sugeriste que se introdujera todas sus pacotillas de libros por el...

—No.

—¿No? -No ocultó su decepción.

—No -se alzó de hombros-, porque aún no me ha respondido, así que no sé cómo lo tomó. Por otro lado, aún no sé si seguiré trabajando por más tiempo con las personas del libro que te hablo una vez que culmine la corrección que me fue encargada, parece un proyecto puntual y nada más...

—Entiendo -se miraron a los ojos. Vega llevó el nuevo trago a sus labios despacio.

—Pero lo que sí es un hecho es que no volveré a escribir una sola línea más para Rubén.

—¡Espléndido! -Rio, eufórica-. Y ese libro... ¿Ya lo empezaste?

—Aún no -se dio de palmadas en las rodillas-. Lo haré esta noche cuando ya tú y Ezequiel se hayan ido a la cama. Debo tenerlo listo en quince días, ya veremos qué tan compleja será esta corrección.

—Cris -volvieron a verse a los ojos-. Estoy muy orgullosa de ti... -Le extendió la mano y la otra, alargándose en el sofá, se la estrechó con fuerza-. Estoy muy, muy orgullosa de ti.

Los ojos claros de la escritora se humedecieron e inclinó la cabeza con suavidad como si con eso le agradeciera por ese amoroso gesto, quizás era absurdo pensar algo como eso, pero era inevitable sentir que en parte Vega era como aquella imagen materna que jamás conoció de la mano de Maigualida Álvarez. ¿Por qué se supone que le había tocado ser la protagonista de una historia de desidia y desamor para con Maigualida Álvarez? No lo averiguaría precisamente esa noche.

Motivada por ese nuevo proyecto del que ya había recibido, además, la primera parte por sus servicios (sí. Le sorprendió ver la presteza, seriedad y coherencia de MariLo y de su clienta al notar cómo dejaban saldada la primera parte del pago para asegurarse así de que Cris comenzara a avanzar en la corrección de aquel libro sin mayores dilaciones), decidió poner manos a la obra

una vez que la calma se apoderó del departamento que compartía con su buena amiga y con su adorable chico de nueve años. Avanzó en la penumbra hasta la cocina, donde se preparó un té; sirvió en un pequeño tazón algo que pudiese picotear durante la madrugada, escogiendo en esta oportunidad un puñado de galletas saladas y volvió a la habitación, en la que se dispuso a comenzar su jornada. Decidió acomodarse en la cama, considerando que esa noche caían sobre Caracas densas nubes que amenazaban con lluvia, además de traer consigo un poco de frío. Se metió debajo del cobertor; puso la laptop, así como su cargador, a su alcance; giró el torso hacia la mesita de noche, donde encendió la lamparita y le echó un último vistazo a su teléfono inteligente. Allí había un mensaje de Lara que no había leído minutos antes.

“Hey... ¿Ahora no sólo me dejarás plantada, también vas a ignorarme?” Suspiró con hastío. La verdad es que no estaba ignorándola en absoluto. Durante toda la noche, además de compartir con Vega y con su hijo a lo largo de la cena, además de encargarse de hacer algunas tareas pequeñas en casa, no había recibido mayor noticia de su novia. En primer lugar, ella misma dejó de escribir apenas Cris se negó a acompañarla al acostumbrado hotel de mala muerte que tanto le gustaba de un tiempo para acá; en segundo lugar, asumió que, además de su molestia, también había estado ocupada en su trabajo...

—Quizás no debí suponer cosas después de todo... -Y pensó en las recomendaciones de Vega. Vio con sorpresa que Lara no tenía más de quince minutos de haber escrito y que en ese tiempo ella había estado en la cocina, ocupándose de su taza de té y de sus bocadillos para esa noche. ¿Por qué entonces la otra dramatizaba con todo eso? Decidió llamarla, en lugar de responder con un mensaje de texto pero, aunque intentó comunicarse dos veces, ella no le atendió el teléfono, a pesar de que aparecía “en línea”. Bueno... -susurró para sí misma-. ¿A qué estás jugando ahora, Lara Cruz? ¿A volverme loca?

—No quiero hablar ahora -respondió la chica de mala gana; eso Cris no podía inferirlo así por así a través de un mensaje monodimensional e impersonal, eso lo intuyó valiéndose de cuánto la conocía-. Voy a dormir. He tenido un día de mierda y no deseo conversar con nadie.

—¿Entonces por qué me reprochas que te ignoro si en realidad sabes que no lo hice?

—¿No? ¿Acaso te has preocupado en escribirme para saber cómo me siento, si me fue bien en mi trabajo o si llegué viva a casa? Pude haberme quemado la mitad del cuerpo con la freidora y tú serías la última en saberlo -Cris resopló e hizo girar sus ojos con desgana.

—Lara... Te recuerdo que la que decidió no hablar conmigo luego de que rechazara la invitación, fuiste tú. Decidí respetar tu enojo, pero muy especialmente decidí mantener mi posición de no querer ir de nuevo a ese lugar deprimente.

—La única culpable de que vayamos al *lugar deprimente*, como lo llamas ahora, eres tú.

—¿Sabes qué? -No estaba de humor para las malcriadeces de Lara y la esperaba una noche de trabajo larga como para permitirse arruinar su buen ánimo en semejantes chiquilladas-. Sé coherente, Lara. Por primera vez en tu vida, sé coherente. Dijiste que no querías hablar, pues haz valer tu palabra. Buenas noches. Celebro de corazón que estés en casa, que no hayas sufrido ningún accidente industrial y que te dispongas a descansar porque lo mereces. Hasta mañana.

No esperó su respuesta. Apagó el teléfono de inmediato, lo colocó sobre la mesa de noche y tomó la laptop para ponerla sobre sus piernas. La verdad es que se sorprendió al notar cómo un gesto tan sencillo la llevó en ese preciso momento a un recuerdo, a una situación: la calma que le producía apagar aquel aparato con la convicción, además, de que no necesitaba comunicarse con nadie más durante las próximas horas. Alzó la mirada despacio, un poco desconcertada. Tal vez estaba más sola de lo que imaginaba. Sacudió la cabeza y con ello los mechones de cabello ondulado que le caían sobre los hombros. No era momento de pensar en otra cosa que no fuese el

libro de Itza Arbe, así que con el documento editable en la pantalla de su laptop, procedió a dedicarse con entera atención a aquella edición.

Conversaciones para otra vida. Leyó como encabezado de aquella primera página y, apenas avanzó un poco más, vio que allí mismo la recibía ya un texto sobre la autora, que servía a modo de presentación. Reflexionó. ¿No era preferible que aquello se incluyera en las páginas finales y no en las preliminares? Tomó nota. Ya tenía una sugerencia que hacer a MariLo al día siguiente.

A pesar de lo que creyera conveniente o no, se encargó de leerlo minuciosamente y ya comenzaba a hacer algunas enmiendas en la redacción mientras se familiarizaba un poco más con la persona que estaba detrás de aquel manuscrito. Por lo que se explicaba allí era una mujer de treinta y ocho años, con una formación intachable. Le sorprendió saber que había nacido en Caracas, pero abandonó el país durante la adolescencia en compañía de sus padres, por lo que realizó su formación como terapeuta en los Estados Unidos, pero un logro como ese fue lo de menos, si consideraba los múltiples reconocimientos que había obtenido a lo largo de su vida y cómo en ese texto biográfico se dejaba más que claro que no importaba su intachable rendimiento académico, las investigaciones de las que hubiese sido parte en pro de la ciencia y de los avances de la psicología contemporánea, cuántas maravillas hablasen de ella colegas o medios especializados... De nada le valió a una mujer de su perfil todo el conocimiento cuando la repentina muerte de su esposo amenazó con tomar posesión de su cordura cinco años atrás.

—Debe ser horrible... -susurró y, al leer la última línea, vio con curiosidad que debajo de todo aquel texto había una foto en blanco y negro con la que le podía poner rostro no sólo a un nombre, también a esa breve descripción biográfica-. Así que tú eres Itza Arbe...

No le pareció nada extraordinaria y hasta la juzgó de avejentada para ser una mujer de menos de cuarenta. Su expresión era seria, casi severa. Su mirada era profunda. No podía decir con exactitud de qué color eran sus ojos, pero parecían de un matiz claro, acompañado de un cabello que lucía oscuro, debatiéndose quizás entre el negro y el castaño. Lo tenía recogido con un moño. Llevaba unas gafas que no iban para nada con la línea de su rostro y Cris asumió, además, que esos pómulos acentuados y esas ojeras pronunciadas eran en parte consecuencia de su delgadez.

Para incrementar la rigidez de su expresión y su postura, la autora en cuestión vestía un suéter negro de cuello alto que la hacía ver aún más espigada. Parecía sentada en un despacho, al menos eso dedujo gracias al librero que había detrás y uno que otro elemento colgando de la pared al fondo.

—Vaya... -Se desmoralizó, eso era más que evidente-. Con esta cara de lunática, será difícil que una mujer de su apariencia sea capaz de convencer a otros de que tiene los medios para ayudarlos a trabajar su duelo o lo que sea que les perturbe emocionalmente -rio por lo bajo con picardía y malicia-, pero yo no estoy aquí para ser la asesora de estilo de la autora. Aunque... -Tomó nota, la verdad es que no estaba demás y MariLo, hasta donde recordaba, siempre se caracterizó por ser alguien muy permeable que además aceptaba de buena gana las sugerencias y las críticas constructivas-. Quizás si le menciono que le aconseje a la psicóloga hacerse otra sesión de fotos para este proyecto, su apariencia mejora y... No sé... Conecta mejor de buenas a primeras con los lectores. Porque justo así... -Y volvió a ver la foto con detenimiento mientras sonreía de medio lado-. Justo así, ¡dudo que venda un solo libro!

Pensó fugazmente en Rubén Pessoa y en todas las artimañas de las que se valía para difundir sus creaciones literarias. Se indignó, pero en la antesala del primer capítulo de aquel texto psicológico y con una galleta en la mano, valía muy poco la pena darse mala vida por las triquiñuelas del mequetrefe de Miami.

Capítulo 1. Leyó Cris mientras masticaba despacio su bocadillo. Una vida entre los escombros. Tragó con un poco de dificultad, sintiendo que la cosa podría ponerse muy intensa a partir de ese preciso instante.

Seguramente has escuchado alguna vez la expresión "muerto en vida". En muchas oportunidades, es un término que se sustituye por otros vocablos similares, como "los no vivos" o "los muertos que caminan". Quizás en este preciso instante cierres el libro, vuelvas a la portada y corroborees si has tomado del anaquel de la tienda un texto que estaba en la sección de psicología o de ayuda emocional. Posiblemente, pienses que un tratado sobre vampiros o zombies fue a parar al mueble equivocado y tú, despistado, lo tomaste sin querer. Es probable que estas primeras reflexiones te hagan sentir que comienzas a transitar por las páginas de una novela de terror o de misterio, pero... Lamento tener que notificarte que el dolor que estás sintiendo y que posiblemente te empujó a mi obra, nada tiene que ver con la ficción, o tal vez sí. La ficción de las emociones y cómo nuestra mente las construye, día a día y a su antojo, en su afán por mentirnos la mayor parte del tiempo.

Sí. Sí podemos sentirnos muertos en vida. Desde luego que al igual que almas condenadas, como la de los vampiros, los zombies o los ángeles caídos, podemos experimentar la existencia sin propósito, sin anhelo, sin motivación, dejando que nuestras funciones fisiológicas avancen lo mejor que pueden manteniéndonos con latido, aunque en ese instante de nuestra vida material todo nos suene a despropósito. Ese estado de no vida, ese estado en el que la consciencia parece estar fuera de sí y la autoobservación se hace prácticamente imposible es, acompañado de otras sensaciones profundas y desoladoras, lo que muchos terapeutas definen como la depresión llevada a su máxima expresión; ese estado emocional en el que transitamos en zig zag y, sin imaginarlo, la delgada línea que separa el último aliento del deseo de desaparecer; de pulverizarnos y volvernos posiblemente en un recuerdo, o no. Da igual quién nos piense o eche de menos cuando nos arrastramos por un sendero como ese.

Fue precisamente la consciencia de la muerte lo que me hizo entender que yo no estaba en el otro plano, a pesar de que todo parecía indicar precisamente lo contrario.

Verás, perdí a mi esposo de un momento a otro. Era una mañana como cualquiera. Ese día, cuando ambos salimos de la cama para atender nuestros quehaceres ordinarios, ninguno de los dos sintió nada especial. Yo no le dije que se cuidara al despedirme de él con un beso en los labios como lo hacía siempre. Él no me habló de ninguna sensación de zozobra o inquietud mientras compartimos el último desayuno que, sin imaginarlo, disfrutaríamos juntos en esta vida. Yo no noté nada en su mirada, un dejo especial en su voz, un gesto que encendiera mis alarmas. Nada. Sólo recuerdo que, en algún momento, sujetó con su mano la parte posterior de su cabeza, lanzó un suave quejido, le pregunté si se encontraba bien y sonrió como si nada diciendo: "Sí, claro. Ya pasará." Y vaya si pasó. Pasó de la forma más cruel y fulminante que puedas imaginar, porque horas más tarde un accidente cerebrovascular lo hizo desplomarse en la vía pública y no se recuperaría nunca más del incidente, mucho menos volvería a cobrar consciencia. Murió, unas horas más tarde, con sólo treinta y cinco años de edad y dejando en su vida miles de cabos sueltos. Miles de sueños inacabados, además de rastros, cientos de rastros de cada uno de esos sueños que, como imaginarás, en muy buena parte me incluían a mí.

Si estoy viva ahora, si cuento con la lucidez mental y emocional como para hablarte de mi experiencia al ser la protagonista de un duelo patológico y de una depresión severa que me llevó a estar recluida por semanas en un centro de ayuda psiquiátrica, fue gracias a uno de esos pétalos de sueño que dejó a su paso por mi vida la persona a la que consideré mi compañera eterna.

Cris frunció el ceño. Estaba en vías de conmoverse con toda aquella narración que además le parecía impecablemente escrita, pero ante la ambigüedad de esa última frase se detuvo. ¿Y no era mejor hablar de su *compañero eterno* en lugar del tratamiento en género femenino que usó para la construcción de aquella oración? Tomó nota de la sugerencia, considerando que no quería desvirtuar el discurso y siguió adelante con su lectura.

Estoy hablando de algo tan sencillo como su gato. Al igual que yo, ese animalito amoroso también echaba de menos de un modo enfermizo la presencia de mi esposo y en su inexplicable ansiedad por separación, se postró en una depresión tan crónica como la mía, estado que en mi propia enajenación emocional no noté hasta que un golpe de lucidez iluminó mi intelecto, mi conciencia, mi sentido común casi adormecido y me di cuenta de que una de las principales obligaciones que tácitamente me fueron encomendadas tras la ausencia de mi compañero, como lo era cuidar de su peludo, había llegado a un nivel tal de descuido que faltó muy poco para que la muerte se pasara de nuevo por mi morada, esta vez para llevarse a la mascota consigo.

Sí. Mi estado de desconexión, mi deseo involuntario de no hacerme cargo de mí misma, en parte culpabilizándome por sobrevivir mientras la persona amada se marchaba repentinamente de este mundo, necesitó de este momento de dolorosa confrontación para que pudiese hallar, fuera de mí, la motivación suficiente que me sacara de mi propio laberinto de dolor. Fue entonces, en ese momento de angustiosa sensatez, cuando me di cuenta cuán alienada había estado en mi propio duelo patológico y a qué nivel había escalado en mi vida la desidia.

Te estoy hablando de una depresión verdaderamente dantesca. Te estoy hablando de un nivel de deterioro físico, mental y emocional que no sólo existía dentro de mí, concretamente se reflejaba en cada pequeño detalle de mi entorno, como la acumulación de una gruesa capa de polvo encima de la superficie de los muebles; como la suciedad y el hedor de las sábanas en las cuales reposaba en vano mi cuerpo cada noche con la insulsa intención de dormir, aún y cuando el insomnio se había convertido en mi principal aliado. Pero la acumulación de desechos, de basura, la corrupción de cuanto me rodeaba y de mi alma no fue lo único que noté. Vi, con un asombro y un estremecimiento escalofriante, cómo me había dedicado en todos esos meses de duelo patológico a momificar las pertenencias de mi esposo. Todas y cada una de ellas.

Cris volvió a fruncir el ceño, esta vez además con la punzada que le produjo aquella frase que acababa de leer y cómo, posiblemente, podía hacer eco en su propia existencia; en su propia realidad. Siguió adelante con un sabor amargo en la boca.

Sí. Más adelante te hablaré de la momificación, por qué hace parte de lo que me he dado a la tarea de llamar duelo patológico, cuál es la razón por la que recurrimos a ella y cuáles son, de acuerdo a la realidad de cada paciente, los tiempos sanos en los que debemos deshacernos de las posesiones materiales de nuestros seres queridos que ya han partido, porque su conservación intacta, incólume, ese ritual en el que parece que detenemos el tiempo, no es otra cosa que el principal alimento del cual se nutre esa percepción distorsionada de la realidad en la que nos aferramos al falso aliciente de que nuestros difuntos regresarán un buen día a reclamar sus pertenencias, posiblemente a reñirnos porque no fuimos capaces de mantenerlas impecablemente dispuestas en el mismo lugar en el que decidieron dejarlas justo antes de salir de nuestras vidas.

Cerró la laptop de un manotazo, se cubrió la cara con ambas manos y estuvo así unos segundos, mientras además se acariciaba la cabeza. Así que la psicóloga con cara de lunática que

a juzgar por su apariencia en la foto que había incluido en ese manuscrito nunca iba a vender un solo libro, le había dado de bruces en la cara con una reflexión que no se esperaba. Sabía, en lo más profundo de su corazón, que la forma en la que ella había estado manejando la muerte de su madre no era precisamente la más saludable, pero ese último párrafo en el que Itza Arbe apenas le hablaba superficialmente de la momificación, la había dejado verdaderamente perpleja. Sí, en efecto, su deseo enfermizo de mantener el departamento de Maigualida Álvarez intacto, como si su madre sólo se hubiese ausentado de casa por un fin de semana, no era otra cosa que aferrarse, como bien explicaba la terapeuta en su impecable introducción, a la idea insulsa de que su mamá no se había ido del todo; o que su mamá podía enojarse si movía algún objeto de sitio, se deshacía de alguna de sus preciadas pertenencias o descuidaba el mimo y la dedicación con la que ella misma había mantenido por décadas y décadas a sus amados helechos. Parte de este enfermizo ritual de conservación, parte de ese deseo de mantener el curso del tiempo detenido a toda costa entre esas cuatro paredes, era su empecinamiento por evitar que cualquier mínima cosa pudiera mancillar de algún modo el espacio que algún día le perteneció a aquella mujer que conoció como madre; por eso, precisamente por eso, se negaba rotundamente a que personas como Lara Cruz pusiesen un solo pie en aquel departamento, menos que menos se aproximaran a ella de algún modo que pudiese resultar ofensivo para la memoria de la persona que le dio el ser. Ahora y de un modo inesperado, una completa desconocida venía a explicarle, en sus propias narices y con la promesa de profundizar en el tema, la naturaleza emocional de su obsesión y más que eso: la catalogaba de una conducta patológica que ya no podría rehuir por mucho más. ¡Al menos no poniendo por excusa que no estaba consciente de su propio problema, porque en pocos renglones la psicóloga para la que estaba trabajando en ese proyecto le había abierto los ojos de par en par, demostrando una autoridad sobre su ego de la cual ni la propia Vega Santini gozaba!

Se repuso, tras masajearse un poco las sienes y decidió abrir de nuevo la laptop para retomar su lectura, por muy amarga, esclarecedora o controversial que le pareciera.

El tímido despertar de la conciencia que te he descrito superficialmente y en el que profundizaré sin dudas en los próximos capítulos, fue sólo el primer paso de un viaje de compasión y reconocimiento más que merecido para el bienestar de mi alma. Siempre creí, hasta esa mañana en la que me vi saliendo de casa con mi gato convaleciente en brazos en busca de un veterinario que le salvara la vida, que mi esposo era el todo mientras que yo fui siempre la nada. Él era la risa, las ideas, los sueños más descabellados, el entusiasmo en su estado más puro. Yo era, por el contrario, los labios fruncidos, la mirada desconfiada, el pesimismo defensivo, el supuesto pensamiento racional que te ata los tobillos a la tierra. Él siempre fue aire o fuego, yo siempre fui materia. Él siempre fue el deseo ardiente, yo la metódica que planificaba y calculaba. Él siempre fue color, todos los colores del mundo; yo siempre preferí la escala de grises, la invisibilidad intelectual, hasta que... Hasta que de cara a su ausencia y con la desoladora certeza de que él ya no estaría más allí para colmarme los días de una vida que juraba no merecer, entendí que debía hallar mi fuente de luz en mi propio interior.

Ahora debía ser yo la risa, los sueños, el color. Ahora debía ser yo la esperanza, pero...

¿Cómo de las cenizas surge una hoguera? ¿Cómo un simple mechero se hace símbolo de resiliencia? Tendría que descubrirlo en el viaje más solitario de toda mi existencia.

Lo primero que debo dejar claro, en la descripción preliminar de un camino que posiblemente te suene conocido puesto que tal vez tú también lo has transitado, es que yo no estaba tan sola y desvalida en la vida como muchos pensaron o creyeron en aquel momento. Mi amada pareja y yo vivíamos para aquella época a un poco más de dos horas de distancia de las casas de

nuestras respectivas familias. Siempre fue mi esposo el encargado de mantener el contacto, de planificar visitas o estadías un poco más largas en los hogares de sus padres o los míos, pero tras el fallecimiento repentino del que creí que sería mi compañero incondicional por siempre y el respectivo acompañamiento de sus seres queridos y los míos los primeros días de su inconcebible ausencia, yo decidí apartarme de todo y de todos, cada vez con un aislamiento más y más severo.

Decidí quedarme sola en mi dolor, a pesar de las múltiples manifestaciones de afecto y solidaridad que recibí tanto de sus padres, como de los míos. Juzgué insensatamente que mis habilidades profesionales y que mi lucidez mental me servirían de espada y escudo como para internarme en un laberinto de desolación del cual podría salir sin heridas graves que lamentar, pero en mi soberbia, en mi frustración y en mi ira; en mi reprocharle al vacío cada día que él no estuviese allí para colmarlo, me extravié. Olvidé no sólo cómo salir de esos pasadizos concéntricos que me llevaron a rozar con la punta de mis dedos los muros de la demencia, también dejé de escuchar las señales de alarma y el llamado casi desesperado de los míos, a los cuales ignoré como si yo misma me hubiese ido, como ella, como mi pareja, a otro plano.

Cris frunció de nuevo el ceño. Corrigió el género y se juró, tan interesada como estaba en la lectura y tan atenta a los posibles errores, que la psicóloga tenía por lo visto un problema serio con el género de algunos sustantivos. Siguió adelante luego de su enmienda.

Mi transitar en círculos por la más honda de las tristezas me llevó a vivir del modo más desafortunado posible cada una de las etapas del duelo con episodios de negación encarnizada, una ira que me llevó a arremeter con frenesí contra algunas de las pertenencias más preciadas del compañero desaparecido, como si eso, como si atentar contra lo que más quería materialmente hablando, lo enojara lo suficiente para hacerlo volver. Mínimo manifestarse, como lo haría un ente que derriba una silla, susurra una palabra inentendible o se deja ver como un halo en medio de la penumbra. ¿Sería por eso que el gato amado de mi esposo fue víctima de mi indiferencia? No lo sé decir con exactitud justo ahora. Es una de las preguntas a las que aún no le consigo respuesta porque, como tú, yo también me hice miles de cuestionamientos.

No tardé en postrarme en el estado de la depresión, donde, no te mentiré, me sentí muy a gusto. Todo muy acorde para alguien que se reprochaba haber sobrevivido al otro, por mucho que le echase en cara entre sollozos y noches de insomnio que no me hablara a tiempo de sus agudos dolores de cabeza para ir en pos de un especialista que, cuando menos, nos hubiese prevenido de la amenaza que cernía sobre él.

Recuerdo cuál fue uno de mis pensamientos más obsesivos llegada a esta etapa de mi historia: las memorias que se fueron con mi amada persona afín. Sus recuerdos de lo que fuimos. Su punto de vista de mí, de nuestra vida; de nuestro amor. De pronto sentí como si yo misma hubiese perdido la memoria o al menos una buena parte de ella. Era algo similar a una amnesia selectiva de los últimos años de mi vida, en la que era esa persona especial la que sabía desde qué ángulo salía mejor en las fotos, o cuál color de cabello me hacía lucir más joven o acentuaba el color de mis ojos, o de qué forma me gustaba más el café o cuál era el suéter que usaba con más frecuencia durante el invierno sin importar cuánto pasaran las tendencias o las temporadas. Se había llevado una parte de mí que sólo habitaba en su memoria, en su corazón y no sabía si sería capaz de recuperar jamás a esa Itza Arbe que veía a través de sus cándidos ojos llenos de amor y cómo me valdría de esas cosas que sólo esa persona aprendió a conocer tan bien para lograr que otra, llegado el momento, pudiese a su vez descifrarme, pero...

Verdaderamente: ¿lo quería? Desde luego que no. Así que en mi depresión no sólo reproché, maldije, cuestioné a la vida, a mi amado B... ¡Muy especialmente a B! También entendí cómo nuestra identidad se construye en parte gracias a la imagen que otros se forjan de nosotros y cómo una parte de ella se desvanece con su partida. ¿Era eso válido, correcto, saludable al menos? Eso estaba por averiguarlo y con ello, ayudarte a que lo entiendas también tú mismo.

Revisaremos a continuación cada una de las etapas del duelo de acuerdo a los estudios de Kübler Ross y te narraré cómo...

Pero Cris dejó de leer. Inspiró tan hondamente que le tomó segundos colmarse de esa bocanada de aire, cerró muy despacio su laptop, se dejó caer igual de lento sobre su cama y encima de su pecho entrelazó sus dedos y apoyó sus manos mientras veía la lámpara colgando y cómo en ella se reflejaban los destellos de truenos lejanos que aseguraban que la promesa de tormenta de aquella madrugada era mucho más que eso. Cerró los ojos y sintió que eran cavernas que se sellaban a cal y canto.

—Cómo una parte de mí se desvaneció con su partida... -Vaya si era capaz de entender lo que la psicóloga quería decir con eso. Puede que los primeros minutos, las primeras horas tras la muerte de su mamá, no se le viniesen encima esas reflexiones a la escritora, pero conforme se tuvo que hacer costumbre el hecho de que Maigualida Álvarez ya era cosa del pasado, Cris entendió que con ella se fue una buena parte del suyo. Entonces los recuerdos se anticiparon a la lluvia que anunciaban los truenos: “Mamá, ¿a qué hora nací?”.

La memoria vino al instante a responder esa pregunta. Vio tantas imágenes de Maigualida Álvarez en situaciones distintas, contestando a la misma interrogante en varios momentos de su vida, a veces de buena gana, a veces con hastío o indiferencia. La recordó inclinada sobre una máquina de coser, confeccionando lo mejor que sus habilidades le permitían un cobertor para su cama con figuras infantiles. La escuchó dentro de su cabeza refunfuñar, reprocharle: “¿Para qué mierdas quieres saber algo como eso? ¡No lo sé! ¡Naciste y qué más da! Eso es lo único que nos importa, ¿no?”. Le supo agridulce aquella remembranza. Supuso que el carrete de hilo se le habría enredado en la bovina, que la prensa había perdido tensión, que cosió una parte que no debía como no debía... ¿Quién sabe qué estaba pasando por la cabeza de Maigualida esa tarde en la que, a pesar de haber vestido su cama con un cobertor adorable de figuritas que amaba, era capaz de hacerla sentir al mismo tiempo tan infeliz, luego de que en su ingenuidad infantil asumiera de corazón que a su propia madre le valían tres carajos los detalles de su vida... La celebración de su existencia, la llegada de su primera y única hija.

Pero Maigualida Álvarez era camaleónica y así como muchas veces se negó a responderle preguntas que en su cotidianidad consideraba sin importancia, también era cierto que en muchos de sus cumpleaños, especialmente cuando ya Cris comenzó a hacerse mujer, le mencionaba a eso de las veinte horas que alrededor de ese mismo instante, años atrás, habían comenzado sus labores de parto. ¿Quién estaría allí para decirle el próximo veintitrés de abril a eso de las ocho de la noche que ya para ese momento estaban trasladando a su madre al hospital para dar a luz?

—Nadie -dijo en un susurro hueco. Pero más aún: ¿quién quedaba de su familia para narrarle cómo la trasladaron o qué persona se hizo responsable de hacerlo en vista que su padre fue un rotundo ausente?

Su padre. De papá mejor ni hablar. Todo lo que podría saber de él se lo llevó su madre y aquello era mucho más que robarle una parte de sus recuerdos, de su infancia, de lo que fue su vida; era, taxativamente, secuestrarle un merecido fragmento de su esencia. Ahora lo entendía todo con demasiada claridad y esa comprensión le despertó estremecimiento, entre otras cosas. Cuando Itza Arbe aseguraba que su esposo estaba allí para decirle qué color de cabello le sentaba

mejor o la hacía ver más joven, realmente no se estaba refiriendo a una situación tan tonta como esa. Era, de seguro, un ejemplo simple que ella pedagógicamente trajo a colación para hacerse entender por sus lectores.

Cuando Itza Arbe hablaba de la parte de ella, desde ese punto de vista de su existencia que su pareja se había llevado consigo, se refería sin duda a cosas más trascendentales. ¿Quién podría recordarle, a partir de ahora, cómo se veía ella la primera vez que él la supo en el mundo? ¿Qué sintió al contemplarla y al intuir que podría ser, posiblemente, la mujer que escogería para el resto de su vida?

¿Quién le iba a contar ahora cómo la miraba dormida a su lado tras cada amanecer, o cómo la cuidó durante la madrugada cuando intuyó que estaba pasando por una pesadilla?

Se sorprendió de sí misma.

Le sorprendió descubrir cómo una persona como ella podía sentirse tan hueca al valorar que no había compartido nada de eso con ninguna de las mujeres con las que había tenido una relación en el pasado, pero fundamentalmente le abismó reconocerse como alguien que podía comprender semejantes sutilezas, aún y cuando no había sido protagonista de ninguna.

—La romántica empedernida de siempre... -musitó desde su sensibilidad de mujer Tauro. Entendió por qué Rubén Pessoa le echaba en cara lo afeminado de sus personajes masculinos y rio por lo bajo, con la tranquilidad que siente una persona a la que ya no le importa nada de ese asunto y que ya no tiene nada que perder-. ¡Pero sí qué ganar!

Se quedó en silencio varios segundos más y volvió sobre los episodios de su niñez que Maigualida Álvarez y sólo Maigualida Álvarez conocía y se había llevado por siempre. Nunca lo habló con nadie. Nunca se lo dijo a Vega, ni a la madre de ella, ni hablar a la insulsa de Lara, pero siempre sintió que su infancia y todos los momentos asociados a aquellas horas mágicas, se habían apagado como una vela que está a merced del viento de la madrugada con el fallecimiento de su mamá y no había nada, ¡nada que pudiese hacer para remediar eso!

—Así como Itza Arbe tuvo que ponerse de pie frente al espejo para descubrir, por sí misma, cuál es su mejor ángulo para una foto, así mismo yo tendré que renunciar a una parte de mi pasado y trabajar en mi futuro edificándolo desde mi presente... -Se admiró al escucharse hablar con semejante sabiduría, pero ese instante de lucidez fue opacado por una risita maliciosa que la hizo abrir de nuevo los ojos, cuando al reflexionar acerca de si la psicóloga sabía o no cuál era su ángulo bueno, recordó la foto que incluyó en su manuscrito y llegó a la conclusión de que o no lo había averiguado, o definitivamente no tenía tan buen ojo como el difunto-. Espero de corazón que una nueva persona sea capaz de identificar en ella a alguien a quién amar tal y como lo hizo el supuesto B... -Recordó esas novelas o ensayos en los que se referían a los personajes con ese tipo de recursos para intentar, ingenuamente, salvaguardar su identidad de los curiosos o incrementar la curiosidad-, pero esto no es precisamente una novela -y diciendo esto se incorporó.

Por mucho que la psicóloga la hiciera reflexionar, había demasiado camino por recorrer con esa edición y no debía quedarse dormida en los laureles; mucho menos en los recuerdos.

Capítulo XIII

Fue una soberana sorpresa encontrarse a Cris sentada a la mesa de la cocina, con la laptop abierta sobre ella y encimada hacia su herramienta de trabajo mientras soplaba la taza de café caliente que sostenía en su mano izquierda para prevenir quemarse los labios, la lengua o el paladar. Vega hizo una mueca cómica que la escritora, absorta como estaba, pasó por alto y se aclaró suavemente la garganta para usar ese sonido como anticipo de su llegada a aquella estancia, sonido que de nada le valió, porque era evidente que sería necesario mucho más que eso para apartar las pupilas de Cris de los renglones por los que ellas ávidamente se paseaban.

—Buenos días -susurró sin embargo.

—Por un momento creí que no me habías visto -comentó avanzando hacia la estufa, tomando entre sus manos la greca caliente y alzándola un poco, con la dicha además de descubrir que algo de tinto quedaba dentro de ella.

—Sírvete -dijo sorprendiendo a la amiga, que no supo cómo hizo para saber que estaba husmeando cerca de la cocina, a sus espaldas-. Lo acabo de colar. No debe tener ni cinco minutos preparado.

—Gracias...

Caminó a la alacena, sacó de ella una taza, sirvió el café y luego de endulzarlo frotó sus sienes mientras también enfriaba el líquido oscuro valiéndose de soplidos. A pesar de su concentración, Cris notó el gesto de malestar de Vega en el acto y suspendió su lectura.

—¿Estás bien?

—Sí. Pasé una noche terrible y me desperté con dolor de cabeza -se miraron a los ojos-. Se nos viene un día duro hoy... -se masajeó la frente, además de los párpados-. No te conté ayer, porque nos enfocamos en tu nuevo trabajo, pero Diógenes Cáceres está pensando en iniciar un proceso sucesoral en el bufete. Dejará a una abogada joven al frente de todo.

—No me digas...

Sonaba a problemas. Cuando menos a un procedimiento tedioso y estresante.

—Sí, sí -bebió un sorbo de su taza y, al notar que el café estaba en el punto justo de calor, se sentó ante Cris en la mesa-. No digo que sea una mala chica. Es talentosa -pensó mientras miraba a un rincón indeterminado de la cocina con una expresión inescrutable-. Talentosísima, de hecho, pero... -Volvió a desanimarse-, hoy se reunirá la Junta Directiva para aprobar o no esa sucesión y... ¡De sólo pensarlo mi cabeza estalla!

—Esperemos que ocurra lo mejor -alzó los hombros-. Si la abogada joven es tan talentosa como dices...

—Sí -vio que Cris volvía sobre la pantalla de su laptop-. ¿Y tú? -Miró los ojos de la escritora volando sobre los renglones-. ¿Cómo va ese trabajo nuevo?

—Apasionante.

Vega ni siquiera dudó de su entusiasmo. Desde que trabajaba con Pessoa jamás la había visto tan fascinada con un proyecto.

—No sabes cuánto me alegra que te guste.

—¡Esta mujer es genial! -Declaró con una sonrisa-. Tiene cara de lunática y parece descendiente de la familia Adams...

Vega rio con ganas.

—Quizás una tía lejana que hizo una aparición especial en un capítulo u otro...

—¡Pero todo lo que dice es fascinante!

—Celebro que estés tan animada -sonrió de medio lado con la taza de café a pocos centímetros de sus labios-. Deberías regalarme un poco de tu entusiasmo para llevármelo a la oficina el día de hoy. ¡Te apuesto que me hará mucho bien tenerlo conmigo!

Cris le tomó la mano por encima de la mesa y le regaló una de sus sonrisas más bellas y sinceras.

—¡Te mandaré mis mejores vibras! ¡Lo prometo!

—Las necesitaré -con una mueca de resignación se terminó el café y se puso de pie para alistar el desayuno de Ezequiel.

No era la única que sentía un manojo de nervios en el estómago esa mañana. Samay Jinez, al otro lado de la ciudad y alojándose de momento en un hotel a esperas del rumbo que tomarían las cosas luego de esa mañana, también era víctima de la zozobra.

—¿Por qué? -Se preguntó a sí misma mirándose a los ojos a través del espejo mientras maquillaba sus párpados-. ¿Qué tengo que perder si las cosas no salen como Diógenes las imagina hoy?

Nada. Para ser honestos, nada. Sí, puede que una vez que abandonas Caracas nunca más olvides las montañas, sabores o colores, pero si lo pensaba con cabeza fría y corazón aún más gélido, la resolución de Cáceres no la hacía saltar de emoción; no obstante... A un sujeto como él no podía fallarle. Su gratitud estaba por encima de todas las cosas, aunque eso incluyera tener que luchar a partir de ese día con sinsabores que se habían quedado en esa ciudad, entre los pasillos de ese bufete y que creía haber olvidado.

—Por lo visto, la montaña no fue lo único que eché de menos -sonrió con suficiencia. Ya vería qué mierdas haría con sus añoranzas luego de la asamblea extraordinaria de la junta directiva. Asuntos protocolares se ponían esa mañana por encima de otras sensaciones.

Por su parte, Diógenes Cáceres no parecía preocupado en lo absoluto. Llegó temprano, como de costumbre, se sentó en su despacho con la paciencia y la calma que le caracterizaba de un tiempo para acá y revisó por enésima vez los documentos sobre su escritorio en los cuales se reflejaban todos los asuntos protocolares de la sucesión. Sí. Samay, bajo su eventual supervisión, era la indicada para llevar el bufete al siguiente peldaño de su historia, que ya contaba un poco más de cuarenta años.

—Sangre nueva debe correr por estos pasillos... -Sonrió con melancolía-. Somos una manada de mañosos, es cierto, pero nunca está demás que un lobo joven y con bríos nos conduzca en la cacería -siempre permanecerían rezagados los más experimentados, cuidando, sin dudas, de cada detalle. Él por encima de cualquier otro.

Alzó su muñeca izquierda y vio la hora en su *Breguet Classic*. Inspiró despacio. Le quedaba demasiado tiempo aún. ¿Era bueno o malo?

—A estas alturas, da igual -la decisión más importante ya la había tomado semanas atrás. Se podría decir que lo que se cernía sobre él de momento eran sólo formalismos y nadie más acostumbrado a los protocolos que un abogado, ¿no es verdad?

El reloj confabuló a su favor y revisar todos los detalles con minuciosidad en compañía de Vega le sirvió de mucho al abogado para que los segundos cabalgaran a prisa, como sólo ellos saben hacerlo cuando se trata de aproximarse a los momentos decisivos de la vida. Cuando atravesó la puerta de la sala de conferencias para aquella asamblea extraordinaria que había convocado repentinamente esa mañana, ya Álvaro Labarca padre y Álvaro Labarca hijo estaban allí. Tras sus pasos, como si le hubiese seguido desde su despacho, entró inmediatamente después Alessia Zúñiga; de los socios del bufete, una de las que contaba con la mayor parte de las acciones y persona de confianza del director, que ya se encaminaba hacia la silla que

encabezaba aquel mesón largo, labrado en la madera más fina y flanqueado por sillas elaboradas en cuero, capitoneadas, cuya estructura y color hacía juego con el imponente mesón, todo de líneas muy clásicas. Las siluetas de las personas que comenzaban a disponerse en torno a la mesa se reflejaban en la superficie pulimentada y la puntualidad de los socios de la firma agradó a Diógenes que, al alzar los ojos de los documentos que tenía ante sí por encima del marco de sus lentes, supo que el momento de dar inicio a la asamblea había llegado. Miró a Vega Santini sentada a su diestra y asintieron uno al otro. Tenían tantos años trabajando juntos que se adivinaban sin problemas. ¿Llegaría a cultivar ese grado de complicidad con la sucesora a partir de ese día? El abogado especializado en derecho marítimo cruzaba los dedos porque fuese así.

—Buenos días, colegas -saludó Diógenes con su característica voz altisonante, mientras se desabotonaba el saco y lo hacía a un costado, inclinándose hacia un lado de su silla, para acercarse un poco más a la mesa, depositar sobre ella sus antebrazos, entrelazar sus manos y mirar a los ojos a cada uno de los presentes, sobre todo a Álvaro Labarca padre, sentado al otro extremo de la mesa justo frente a él. El sonido que hicieron sus gemelos *Panthere* de Cartier contra la madera pulida, se anticipó a sus palabras-. Lamento haber convocado a una junta de un modo tan inesperado, pero el anuncio que tengo para todos a mi regreso no podía postergarse un minuto más.

—Aparentemente, tendremos que comenzar a acostumbrarnos a tus sorpresas, Diógenes -dijo Labarca padre con una sonrisa enmarcada en su impecable barba rojiza-. Dinos... ¿Tus anuncios repentinos serán parte de la nueva etapa de la firma?

—Eso y más, te lo aseguro -respondió devolviéndole la sonrisa, así como la intención en ella, sin darle ni un poco de importancia a las suspicacias del abogado. Lo conocía de sobra para inmutarse con sus tonterías. Vega también reparó en él con un gesto avinagrado, frunciendo un poco los labios-. Quiero anunciar mi retiro parcial de la firma -al decir aquello sus ojos oscuros se pasearon por los rostros contrariados de algunos, pero particularmente se quedaron en el semblante imperturbable de Labarca hijo, que tamborileaba la agenda ante él con uno de los extremos de la pluma fuente que sostenía entre sus dedos. No se lo esperaba. Aquello no se lo esperaba. Imaginaba que ante semejante anuncio el abogado de cuarenta y siete años se pondría al acecho, como lo hace el depredador que vislumbra en la maleza el movimiento de la que podría ser su próxima víctima, pero esa actitud impasible... Sólo había una explicación para ello y ver de soslayo el perfil de Vega mirando al sujeto y sintiendo la misma curiosidad que él bastó para confirmárselo. No se detendría ante la posibilidad de que cierta información confidencial se hubiese filtrado. Ya podría ir detrás de los soplonos luego de aquello-. Como bien saben algunos de ustedes, mi salud no es lo que solía ser. Tratándose de mí, llegó el día en el que este motor que me impulsa y al que llamamos corazón ya no soporta más la pasión y la vehemencia con la que me he hecho cargo de esta firma para llevarla hasta donde estamos y tengo que tomar esa difícil decisión, amigos, a la que todos le hacemos frente alguna vez en nuestra vida -los ojos estaban sobre él, esta vez incluidas las pupilas de Labarca hijo: O mi salud o mi templanza al frente del bufete. No seré un necio -se echó hacia atrás, depositó su codo derecho del reposabrazos de la silla y se acarició un poco el mentón-. Les seré muy franco y con objetividad y responsabilidad, les aseguro que no seré un necio. No se trata únicamente de mí, estamos hablando también de lo que es saludable para Cáceres & Asociados. Mi olfato para los negocios, mi experiencia y conocimiento tienen que encontrar ahora un nuevo depositario, mientras yo me dedico a otras facetas de mi vida que están allí, aún esperando por mí y listas para contenerme: mi esposa, mis hijos, mis nietos... Todos esos hobbies que vamos anotando en una libreta para cuando nos sobre el tiempo y podamos hacerlos realidad.

—Ya hablas como un melancólico, Diógenes -Labarca padre atacó de nuevo entre risas malintencionadas-. Casi siento que comenzarás a coleccionar estampillas.

—Ya ves -comentó sin inmutarse-. Creí que tus achaques comenzarían antes que los míos, Álvaro -el abogado frente a él se ruborizó. Aquel golpe de calor en sus mejillas no era únicamente ocasionado por su cuidada y poblada barba-, ya no somos unos jovencitos, pero tú y yo tenemos prioridades distintas y eso es evidente -se aclaró la garganta y dejó de prestarle atención a su colega para volver a los asuntos que los reunían-. En fin, no los distraeré más con las reflexiones de un supuesto hombre melancólico, aprecio demasiado su tiempo, mis buenos amigos. Esta reunión especial persigue el único propósito de anunciar un período de sucesión en el que espero que la abogada Samay Jinez -miró los ojos color jade de la mujer de treinta y siete años puestos sobre los de él- sea la que se haga cargo de los asuntos en Cáceres & Asociados.

—¡No me digas! -Labarca se había repuesto de su repentino bochorno y ahora miraba sonriendo con sorna a la chica, que reparó en él con su acostumbrada altivez-. ¿Shanghai tiene algo que enseñarnos después de todo?

—Te lo apuesto -musitó ella como si su voz fuese terciopelo.

—¡No lo pongo en duda! -dijo echándose un poco hacia atrás, extendiendo sus manos en un gesto que simulaba una falsa tregua al tiempo que David Benavides, uno de los principales aliados de Diógenes, así como otro de los socios mayoritarios de la firma, consideró prudente tomar la palabra:

—No deberías, Labarca. Te consta... -Miró a su alrededor- a todos nos consta por las cosas que ha compartido con nosotros Cáceres que la Doctora Jinez ha tenido un desempeño impecable al otro lado del mundo y en múltiples oportunidades, en asambleas ordinarias hemos comentado con beneplácito el acierto de poner sobre sus hombros semejante responsabilidad hace seis años.

—Ciertamente -susurró Zúñiga-. Aunque recordemos que los negocios privados de Diógenes poco o nada tienen que ver con el bufete -Vega alzó sus ojos de la libreta donde tomaba nota para evaluar milímetro a milímetro el rostro de la socia sentada a un lado del director. Un segundo más tarde vio el perfil de Cáceres, cuyo ceño fruncido le indicó que algo no estaba del todo bien. Conociéndolo como lo conocía, era capaz ahora de entender que una de las personas con la que había hablado a solas acerca de su propósito de iniciar un período de sucesión fue ella. Era de imaginarse. Después del fundador de la firma Alessia Zúñiga era la socia mayoritaria con un 20% de las acciones.

—¿Por qué eso tendría que representar un problema ahora? -Apuntó Benavides mirando a Alessia al otro lado del mesón.

—Porque la Doctora Jinez está acostumbrada a sus asuntos allá, en Shanghai -por fin el hijo de Labarca abrió la boca. Diógenes Cáceres lo miró impasible-, pero no tiene ni la menor idea de cómo se manejan las cosas en la firma -volteó a ver al director-. ¿Acaso consideró algo como eso, director, cuando se le pasó por la cabeza que una mujer tan joven, que sólo estuvo trabajando con nosotros por un año para luego marcharse a China a atender allá sus negocios, podría tener el temple y el conocimiento para llevar las cosas en Cáceres & Asociados?

—Me permito recordarles -intervino Vega, ganándose de inmediato algunas miradas de desaprobación por parte de los presentes-, que la abogada Jinez ha gestionado por seis años las actividades comerciales de uno de los clientes más poderosos de la firma -se alzó de hombros. La mujer sentada a su lado reparó en su perfil, entrecerrando con suma suavidad sus ojos luminosos-. Sí, es cierto, puede que buena parte de esta gestión repercuta en los negocios particulares de nuestro director, pero yo que recibo informes semanales de sus avances con Itineraria, PaceNav, Nymaers o ErMe puedo dar cuenta de su experticia y profesionalismo.

—Por otro lado... -Apuntó Diógenes-, ¿hay alguien aquí que tenga el conocimiento de Jinez en materia de derecho marítimo? -El director miró a un lado y a otro, escrutando los rostros de cada uno de sus socios y no obtuvo respuesta. Sabía de sobra que la gran mayoría de ellos, incluyendo a los Labarca, se desempeñaban en el área mercantil-. Me parece que no, ¿o me equivoco? -Nadie le contradijo-. Les recuerdo que mis problemas son cardiovasculares, no neuronales. Mi lucidez está intacta y mi resolución con esta sucesión es prueba fiel de ello, especialmente porque al preocuparme como lo hago por los asuntos del bufete, entiendo que al ser una firma reconocida y singularmente destacada por la gestión del derecho marítimo, entregar el control a una persona que ha estado trabajando por años en una de las ciudades portuarias más importantes del mundo, midiéndose con pericia en un mercado altamente cotizado y encarnizadamente competitivo, es, sin lugar a dudas, la mejor determinación que puedo tomar -alzó la mano para frenar a Álvaro Labarca padre, que ya abría de nuevo la boca para intervenir-, ¡sin importar que buena parte de sus obligaciones hayan estado destinadas a mi compañía naviera! Con o sin esto, el cliente que Jinez gestiona sigue siendo uno de los peces más gordos de nuestra firma y les digo más: gracias a ella, a sus conocimientos, a su manera audaz de desempeñarse, pudo poner en orden todos los asuntos de PaceNav luego de que violaran imprudentemente algunas normativas aduaneras y, desde entonces, ella se ha encargado de que todos los fletes se hagan conforme a derecho, sólo por mencionar una de las tantas cosas que se encuentran bajo su responsabilidad.

—No pretenderás que con este discurso acerca de su intachable desempeño podrás imponernos la sucesión de la abogada Jinez sin al menos permitirnos el derecho a deliberar, ¿no? -Apuntó el mayor de los Labarca.

—Me parece fuera de lugar el comentario, Álvaro -Diógenes incluso rio con desgana-. No tenemos dos años trabajando juntos y sabes de sobra que no me caracterizo por las decisiones arbitrarias. Imponer mi criterio nunca ha sido mi estilo -miró a la cara a cada uno de los socios-. Así que les invito a votar -dio un par de palmadas sobre la tabla del escritorio monumental-. Evidentemente, la Doctora Jinez cuenta con todo mi apoyo -hizo un gesto con sus manos exhortando a los demás a pronunciarse-. Adelante, les escucho.

—Yo me opongo -lanzó Labarca padre de inmediato-. Me opongo y sugiero a otra persona para hacerse cargo de tu sucesión, Diógenes.

—Te escucho, Álvaro -se miraron a los ojos.

—Mi hijo, claro está -el director sonrió con suavidad. No era algo que debiera sorprenderlo, a decir verdad-. Sugiero que sea Álvaro Labarca hijo el que se haga cargo de las cosas aquí. Tiene años trabajando con nosotros, cuenta con la edad, con la experiencia y... -Padre e hijo se miraron de soslayo.

—Y si me permiten recordarles algunos detalles relevantes de mi trayectoria, es bien sabido que soy uno de los abogados más destacados actualmente en el área mercantil. Ahora que hablamos de peces gordos como PaceNav o ErMe, yo también he traído a la firma clientes de muchísimo prestigio que han confiado ciegamente en nosotros gracias a mi astucia en el manejo de sus formalismos legales; gracias a mi atinada asesoría. Soy referente y en varias oportunidades he sido contactado por revistas y medios especializados para hablar del momento que vive el derecho mercantil orientado a las más grandes compañías, en especial en materia de exportación y otras actividades similares. Mi curiosidad, mi deseo de superación, mi sed de conocimiento y de ambición son incansables y creo que ese empuje, que usted mismo mencionó hace poco, Cáceres son precisamente lo que el bufete necesita en este preciso instante...

—Me parece -complementó Labarca padre aprovechando la pausa para sumar información al

discurso de su hijo- que Álvaro además cuenta con todas las habilidades para ponerse al corriente de las competencias del derecho marítimo, si es que eso te preocupa tanto, Diógenes.

—Desde luego -aseguró el hijo de inmediato y miró al director-. Tiene mi absoluto compromiso, Diógenes.

—Lo agradezco -dijo sin dar muestras clara de admiración. ¿Quién mejor que él para conocer cuánto habían hecho o no los abogados que formaban parte de Cáceres & Asociados? Por otro lado, sabía de sobra que un escenario como ese, en el que los Labarca se alzarán como candidatos indiscutibles a la sucesión, podía presentarse en la asamblea y le hubiese sorprendido mucho de haber sido de otra manera, considerando la ambición de ambos-, pero escuchemos lo que tienen que decir los demás, porque mi resolución ya la conocen de sobra.

—En vista de las circunstancias -habló Zúñiga sin levantar la mirada de la libreta que tenía ante sus ojos-, pongo todo mi apoyo en manos de Labarca -la mirada de Diógenes Cáceres se ensombreció en segundos. ¿No se supone que Alessia Zúñiga apoyaría la candidatura de Samay Jinez ante la Junta Directiva? ¡Era algo conversado a puertas cerradas y más que acordado! El sujeto se tomó con suavidad el reloj, lo giró un par de veces en torno a su muñeca, aclaró de un modo casi imperceptible su garganta, se ajustó apenas el nudo de la corbata y esperó a ver el curso que tomarían las cosas. Vega Santini, que lo conocía demasiado bien, identificó en los gestos de Cáceres aquellas manías propias que denotaban preocupación o desconcierto. Puede que nadie más allí fuese capaz de leer las sutilezas, pero a ella no se le pasaron por alto. Así que Zúñiga daba la estocada a pesar de lo conversado. ¿Qué haría Diógenes ahora? Aunque mantuvo su mirada sobre el perfil de la mujer que parecía traicionarlo, la misma que se negaba a alzar la vista del tablero pulimentado de la mesa en torno a la cual se reunían, conservó la calma. Después de todo, la diferencia entre Labarca y Jinez era sólo de un cinco por ciento y aún faltaba el voto de Benavides, Riquelme y Loyola-. Me parece valiosa la reflexión que tanto su padre como él han traído a la junta, Diógenes -prosiguió Alessia y por fin alzó la mirada, viendo a los ojos a su amigo y socio-. Sí, puede que Samay haya sido una mujer leal a ti y a tus negocios, que su trabajo con PaceNav o Nymaers hable por sí solo, pero no está del todo empapada de las cosas dentro de nuestro bufete. Quizás en unos años... -Diógenes la detuvo con un gesto suave de su mano.

—No quiero tu indulgencia, Alessia -ella palideció un poco-. Me basta con tu objetividad y si eso es lo que consideras saludable para la firma, no se diga más -miró a Miguel Ángel Riquelme al otro extremo de la mesa-. ¿Riquelme?

—En mi caso, coincidí con Labarca y con Zúñiga, Diógenes -volteó a ver a Samay Jinez con un gesto severo propio de su personalidad de abogado conservador-. No dudo de su potencial, Doctora... Pero no creo que sea la persona que este bufete necesite para suceder a Diógenes.

—¡No estoy de acuerdo! -exclamó entusiasta Benavides. Se giró en su silla y depositó su mano sobre el hombro de Samay-. Todos tuvimos la oportunidad de escuchar a Álvaro hablar de las razones por las cuales él debería estar al frente de Cáceres & Asociados tras el retiro de Diógenes, pero no hemos oído aún lo que usted tiene que aportar, señorita...

—Agradezco su interés, Benavides -se sonrieron-, porque entiendo que muy pocos están enterados a cabalidad de lo que ha sido mi vida fuera de las paredes de la firma en estos seis años -miró a Labarca a los ojos-. Usted se jacta de haber traído a Cáceres & Asociados a clientes de mucho peso, se menciona insistentemente que mi talento ha estado puesto al servicio casi exclusivo de Itineraria y con ella, a los negocios particulares de nuestro director, pero veo pertinente recordarles que muchas de las compañías navieras internacionales más grandes del mercado han puesto sobre mis hombros y por lo tanto bajo la jurisdicción del bufete, sus asuntos

legales. Sí, también he sido contactada con frecuencia por medios del nicho; en especial, en lo que se refiere al área financiera, para dar mi opinión sobre legislación marítima. He participado en varios congresos internacionales de Derecho Marítimo como panelista -hizo un gesto suave con su mano-, sin ir demasiado lejos, la vigésima tercera edición celebrada en Londres este mismo año... -Álvaro Labarca hijo la miraba con ojos entrecerrados, mordiendo la cara interna de su labio inferior, como si ese mordisquear fuese el resultado de un amago nervioso o de un devaneo de celos-. Y si hablamos de tenacidad -puntualizó ella aprovechando de cruzar los ojos con el abogado que hacía poco había defendido su postulación-, de olfato para las oportunidades, de astucia a la hora de captar nuevos clientes y traerlos a la firma sin dudar, es cierto, tener sobre mis hombros el entuerto de PaceNav y sacarlo a flote como lo hice hace unos años atrás habla muy bien de mi desempeño, pero la lista de clientes que he anexado al bufete es larga -echó un vistazo a los papeles que tenía sobre la mesa-, con la incorporación este año de Bestar, NAJAR y Sailiner -todos la miraron con atención y fueron testigos del gesto de suficiencia con el cual cerró su discurso, añadiendo-: esto, aunado a mi absoluta lealtad a nuestro director, a la firma, me coloca en una posición más que aventajada tratándose de buscar a una buena candidata para tomar el rumbo de las cosas en Cáceres & Asociados. No -miró de nuevo a Labarca-. No me apocaré ante usted, colega, como no lo hago ante nadie. Usted ha tenido la suerte de hacer lo que cualquier abogado con competencias y ambición tiene que hacer para escalar y asegurarse una interesante cartera de clientes y eso es elogiable -se alzó de hombros con un dejo cínico-, sí, aquí, en un ambiente más que conocido y bajo la tutela de colegas que le han visto crecer como persona y como profesional, por no mencionar la evidente mentoría de su padre, pero allá afuera -y señaló la puerta de la sala de juntas refiriéndose metafóricamente al mercado internacional-, en ultramar, lo que sobran no son precisamente los aliados, Labarca y estoy acostumbrada a nadar entre tiburones, amigo. Ya sabe lo que dicen por ahí: “Nada con tiburones, así los peces no serán un problema.”

—¡Tiene todo mi apoyo, Doctora! -expresó Benavides con entusiasmo, un entusiasmo que irritó a algunos-. ¡Sé que nos enorgullecemos de su labor en Cáceres & Asociados tanto como lo hemos hecho con sus avances en Itineraria, con PaceNav, ErMe...!

—Gracias -dijo con una sonrisa sutil.

—Todo parece indicar que la última palabra la tiene la Doctora Elia Loyola -acotó Vega, que llevaba la cuenta de los votos. Para ese momento, Labarca y Jinez contaban con el cuarenta y cinco por ciento de la aprobación a partes iguales. Risueña, la abogada que la asistente acababa de mencionar soltó una risa desenfadada.

—¿No me digan que dejarán en mis manos tanta responsabilidad? -Volvió a reír como si todo eso la divirtiera mucho-. En veinticinco años dentro del bufete nunca había sentido tanta presión sobre mis hombros... -Diógenes rio con suavidad convencido de la buena voluntad de aquella mujer encantadora.

—¿Te molesta, Elia? -apuntó Labarca hijo ansioso y con aspereza-. Estamos esperando por tu voto para saber el rumbo que tomarán las cosas en el bufete.

—Calma... -susurró-. Calma, Alvarito, que la prisa nunca ha sido buena compañía -el abogado resopló con hastío-. La verdad, es que siempre me he caracterizado por acatar con fe ciega las directrices de Diógenes -volvieron a verse a los ojos y él le hizo una venia suave. No quería cantar Gonzaloia antes de tiempo, Elia Loyola era una persona que actuaba sobre todo movida por su firme criterio tallado con años de experiencia-, pero esto va más allá de un asunto de lealtad.

—Lo sé -aseguró él con suavidad. Su tono de voz conciliador fue cordial y su mente comenzó

a avanzar de prisa para trazar un plan que le permitiera mantener en control las cosas figurándose a Álvaro Labarca hijo como sucesor de su firma. Quizás sería conveniente revisar las condiciones de la sucesión. Eso podría evaluarlo inmediatamente; a fin de cuentas, era un zorro mañoso que sabía escabullirse muy bien de los entuertos.

—Siempre he sido una mujer que se deja guiar por su intuición... -Prosiguió Elia.

—Y que sabe de sobra lo que es mejor para todos -presionó Labarca sonriendo.

—En efecto -le dio la razón con una sonrisa radiante que encontró reflejo en la de él, que además tenía matices de triunfo-. Precisamente, por eso creo que Samay Jinez es la mejor alternativa para nosotros justo ahora -Diógenes Cáceres supo disimular muy bien su suspiro de alivio, tanto como el de Vega. Samay le sonrió agradecida a Loyola y recordó que, durante el tiempo que trabajó en aquella firma, ambas habían logrado construir una cercanía y una empatía única. Era evidente que no sólo ella recordaba esa afinidad y que la abogada con su voto decisivo hacía memoria y cuenta de aquel edificante acompañamiento. Los Labarca, por su parte, palidecieron momentáneamente, aunque el calor del desconcierto no tardó en subirse a sus cabezas-. Tiene mi apoyo, Doctora Jinez. ¡Yo también quiero ver cómo comienzan a pasar grandes cosas acá! ¡Yo también creo que su juventud y empuje es precisamente lo que esta firma necesita!

—¡Bien! -Diógenes volvió a dar un par de palmadas firmes sobre el escritorio-. Creo que todo está dicho...

—En efecto -afirmó Vega con un alivio en su voz-. La abogada Samay Jinez pasa a ser la sucesora con un cincuenta y cinco por ciento de los votos -algunos aplausos leves colmaron la sala. Era evidente que muchos de ellos eran sólo por mera cortesía.

—Felicidades, Doctora -dijo Labarca hijo poniéndose de pie y estrechándole la mano-. Aunque le recuerdo que aquí la mayor parte de las batallas se libran fuera de estas cuatro paredes...

—Sí, claro -respondió poniéndose de pie sin inmutarse, mucho menos amedrentarse-. La verdadera justa está allá afuera, en los pasillos, en los despachos... Allí mismo donde se teje la intriga, pero pierda cuidado, Doctor, si hay alguien que tiene una formación formidable en suspicacias, esa soy yo -su sonrisa le causó desconcierto al sujeto, a la vez de curiosidad-. Sé moverme en terrenos escarpados y esta no será la excepción.

—Prosigamos... -apuntó Diógenes Cáceres para aligerar las tensiones-. Creo que es pertinente dejar en claro ante la junta directiva los detalles de la sucesión.

—No faltaba más -masculló Labarca volviendo a su asiento y mirando con ojos que bien podrían compararse con lanzas a Alessia Zúñiga.

—Entiendo que todo les resulte muy precipitado justo ahora -Diógenes intentó restaurar el equilibrio en la sala de conferencias, visiblemente afectada por el matiz que tomaban las cosas con el triunfo tan cerrado de Samay Jinez. La energía de la derrota de los Labarca era contundente; Zúñiga, a pesar de conocer de primera mano las intenciones de Diógenes y todo lo que tenía en mente, lucía nerviosa y Riquelme prefería permanecer taciturno y a la expectativa, como el hombre sesudo y desconfiado que era. Sólo Benavides y Loyola miraban al director con gestos de absoluta complacencia-, pero me aseguraré de abrir a partir de este momento un período de sucesión que se llevará a cabo de forma paulatina, con una minuciosa supervisión por mi parte e informes regulares a la junta directiva donde se refleje el avance de los objetivos que nos tracemos trimestralmente hasta que en el transcurso de un año y si todo avanza como intuyo que sucederá, la Doctora Jinez, persona de mi más absoluta confianza, ocupará mi lugar en la firma oficialmente, permitiendo así que pueda retirarme como necesito y ansío, con la seguridad

de que les dejo en las mejores manos, mis amigos, garantizando no sólo la bonanza del bufete, también nuestra credibilidad y acrecentando la confianza depositada en nosotros por toda nuestra cartera de clientes.

—¿Eso quiere decir que no te irás del todo, Diógenes? -Elia lo preguntó con una sonrisa, mientras tomaba entre sus manos las hojas que tenía sobre el escritorio, las golpeaba contra el tablero de la mesa y las alineaba para devolverlas a su lugar.

—No -se acomodó el nudo de la corbata, visiblemente más tranquilo-. Por eso hablé al abrir esta reunión de un retiro parcial. Debo ausentarme prudentemente para cuidar con propiedad de mi salud. Debo tomar las cosas con calma y es evidente que no podré acompañarlos con el empuje con el que solía hacerlo, pero seguirán teniéndome aquí -miró a los ojos a Samay-; principalmente, usted, Doctora. Me encargaré de que el proceso de transición sea tranquilo -sus ojos oscuros se pasearon por el rostro de Riquelme, que suspiraba despacio-, conciliador -los Labarca adivinaron en su mirada incisiva que sabía muy bien de lo que padre e hijo eran capaz de hacer en pos de una ambición- y productivo... -Le tomó el antebrazo con suavidad a Zúñiga, sentada a su lado, quien por fin lo vio a los ojos luego de su vergonzosa actitud evasiva-. ¡Muy productivo!

—Gracias, Doctor Cáceres -Samay logró quedarse de nuevo con la mirada del director-. Usted ha sido para mí una figura imprescindible en mi formación y desarrollo laboral. Nuestro acompañamiento en las leyes se remonta ya a varios años y el camino que hemos recorrido juntos siempre ha estado marcado por matices como los grandes votos de confianza, los enormes desafíos que vienen atados a ellos y la promesa de lealtad. Esta vez no será diferente -observó al resto de los presentes. Las miradas de suspicacia no se hicieron esperar en esa sala de conferencias de ese bufete ubicado de cara al Norte de la ciudad-. Entiendo que estoy iniciando un proceso de sucesión con un panorama bien escindido. Por un lado -señaló a los Labarca y a Riquelme, sentado junto a ellos-, entiendo la posición de los que deciden apostar no sólo a lo seguro, también con su gesto ratifican la fe que tienen en los talentos de un colega que se ha ganado su lugar en esta firma muy merecidamente... -Reparó en Álvaro Labarca hijo-. Que sepa que siempre he sabido respetar a un compañero en el que puedo ratificar grandes habilidades y talentos y las suyas no necesitan de demasiados preámbulos.

—Si cree que con zalamerías acortará camino a...

No se sacaría la espina precisamente con burocracia.

—Labarca -lo interrumpió ella de inmediato subiendo tan sólo un poco su tono de voz-, no me interesa acortar caminos. Me interesa tender un puente en el que sus conocimientos y los míos, sus aptitudes y las mías, trabajen por un fin común: el futuro de Cáceres & Asociados y si usted no es capaz de verlo así, si no comulga con esa filosofía, con ese plan, entonces todo lo que dijo hace un rato cuando aún tenía oportunidades de suceder al actual director fue una burda pantomima.

—¡Me ofende...! -Se ofuscó.

—Tal como lo hizo usted con mi persona al tildarme de hipócrita -volvió a imponerse sobre él sin perder los estribos ni tan siquiera un poco-, pero... -Dio un par de golpes sobre la superficie pulimentada de la mesa con su nudillo, acentuando con el sonido seco sus palabras-: Tenga algo por seguro, amigo, estoy finamente educada para estar por encima de la malicia. Es una habilidad que aprendí más bien pronto en la vida, en contextos que no traeré a esta junta, pues no vienen al caso, así que si usted quiere ver en mí a una aliada, la tendrá sin condiciones, pero si se empeña en identificar en mi rostro el de una contrincante...

—No se diga más... -se adelantó él.

—Se medirá con una de las mejores y eso lo puede jurar por todos y cada uno de los días de experiencia que ha acumulado en su carrera. -Puntualizó mientras Vega Santini alzaba despacio sus ojos para quedarse en su perfil, así como en el punto de luz en su cuello, porque no, Samay Jinez no le concedería el privilegio a Labarca Junior de quedarse con la última palabra. La mujer venida desde Shanghai y el abogado se miraron a los ojos un par de segundos sin hacer el menor sonido hasta que ella, por fin, volvió a reparar en sus colegas y con una sonrisa radiante y sincera, añadió:- Por otro lado, señores... ¿se siente muy bien volver a casa!

—¡Bienvenida, Doctora! -Elia le sonrió entusiasmada.

—¡El placer de tenerla de vuelta es nuestro! -Añadió de inmediato Benavides.

—Todo parece indicar que podemos dar por cerrada la agenda de esta asamblea -Vega miró a Diógenes que asintió despacio con un gesto sereno que contradecía por mucho el desconcierto que se había asomado a su semblante varios minutos atrás-. Si usted no tiene nada más para comunicarnos...

—Nada, Vega. Aquí ya se ha dicho de sobra.

—En ese caso -revisó sus apuntes-, cada uno de los miembros recibirá una copia de todo cuanto aquí se ha dicho y acordado -volvió a ver el rostro de la abogada joven sentada a su lado-. Reciba por parte de la firma la bienvenida, Doctora Jinez -los ojos jade de la momentánea sucesora de Cáceres se posaron sobre los de ella. Esa mirada venía acompañada de un gesto indeterminado. Inquietante e indeterminado. Sólo le hizo una levísima venia con la cabeza-. Damos por culminada la asamblea extraordinaria del día de hoy y agradecemos a todos por su presencia y participación.

Protocolos más, protocolos menos, con inquietudes o sin ellas, los socios mayoritarios de Cáceres & Asociados se retiraron poco a poco de la sala de conferencias y aunque Zúñiga parecía ansiosa por abandonar el lugar, Diógenes no le dio tregua a su nerviosismo:

—Alessia -ella volteó a verlo contrariada-, te veo en mi despacho en diez minutos. Me gustaría discutir contigo algunos asuntos, si no te molesta. Gracias.

—Te veré allí, Diógenes -y salió rápidamente.

Vega y el director se miraron a los ojos de soslayo mientras Samay Jinez abandonaba también el recinto escoltada por Benavides y Loyola, esta última muy risueña, conversando animadísima con la joven abogada que llegaba para traer nuevas ideas a la firma y ávida por ponerse al día acerca de los detalles de su estadía de seis años en Shanghai.

Transcurridos los diez minutos acordados, a la única persona a la que vio Diógenes Cáceres trasponer la puerta de su despacho fue a Vega Santini, quien además traía un anuncio para él.

—La Doctora Zúñiga acaba de comunicarme que no podrá entrevistarse con usted justo ahora como lo habían acordado -él sonrió de medio lado mientras guardaba algunos documentos en una de las gavetas más profundas de su escritorio.

—No me digas... -susurró risueño.

—Sí -ratificó ella alzándose de hombros-. Se justifica diciendo que tiene un asunto impostergable que atender con uno de nuestros clientes y que una vez que deje la situación solucionada, vendrá a verlo.

—Cosa que no ocurrirá.

—Al menos no hoy...

—Vega -se miraron fijamente-, ya sabes la que nos espera, ¿verdad?

—Tanto como lo sabe la Doctora Jinez, de eso puede estar seguro -Diógenes suspiró, la asistente no supo descifrar esa inhalación. ¿Lo había hecho con alivio, con inquietud? Sus palabras se lo aclararían:

—Por suerte, mi querida Vega... Por suerte.

Capítulo XIV

Desde luego que Cris recordó enviar las mejores energías a Vega aquella mañana y aunque la corrección del libro de Itza Arbe la había consumido por completo, sí que hizo un paréntesis para desear que todo le fuese bien a la mejor amiga durante su compleja asamblea y hasta creyó prudente escribirle cerca del mediodía para preguntarle cómo había salido todo cuando notó un pequeño detalle que no había considerado, tan ocupada y fascinada como estaba en su nuevo proyecto: había dejado a Lara Cruz en visto desde la noche anterior y ya pasaban de las doce y el teléfono seguía apagado y mudo sobre su mesita de noche.

—¡Oh mierda, mierda, mierda! -Se quitó los lentes, los lanzó a un lado sobre la cama y se estrujó la cabeza una y otra vez-. ¡La que me espera sólo al encender ese aparato!

Pensó un par de segundos y no supo qué era peor: ¿ir a la aplicación web de WhatsApp sólo para echar un vistacillo y enfrentarse someramente a todos los reproches de la novia o encender el teléfono y seguir adelante con su vida a pesar de las vicisitudes? Entonces pensó en MariLo, consideró la posibilidad de que pudiera escribirle o llamar para alguna duda o sugerencia sobre la corrección y supo que, aunque la esperasen en ese artefacto todas las almas del infierno arremolinándose de ira y embadurnadas en reproche, no podía hacer más que afrontar con valentía su destino.

—Lara debe estar como una hidra de mil cabezas... -Vio que el teléfono le temblaba un poco en las manos. Su nerviosismo tuvo el poder incluso de sorprenderla. No debería, bajo ninguna circunstancia, no debería ponerse así sólo porque había decidido aislarse para enfocarse en su trabajo desde la noche anterior, sobre todo si la mismísima Lara le había dicho de un modo descortés y categórico que no tenía deseos de hablarle. ¿Así que ella sí que podía ignorar su llamada sin inmutarse pero a Cris estaba a punto de darle un colapso nervioso sólo por olvidar encender el teléfono al despertar, querer un poco de espacio y tranquilidad para invertirlos en asuntos productivos y poner límites? Se decepcionó un poco de sí misma y de su escasa o nula capacidad para defender sus decisiones y espacio sin que eso significara un soberano problema y, hablando de inconvenientes, ya estaban allí las siete mil notificaciones que anunciaban, estridentes, indetenibles, como en cascada, todos los medios a los que Lara había recurrido para dar con ella desde la madrugada anterior. WhatsApp, Instagram, Facebook, Twitter, Gchat, correo electrónico... ¡Cualquier plataforma digital que tuviese la capacidad de recibir un mensaje, había sido lo suficientemente buena para Lara Cruz al momento de intentar dar con el paradero de su novia.

Los mensajes eran una verdadera montaña rusa y aunque se prometió no leerlos, eran tan incisivos, hirientes, absurdos o extraños, que pudo más el morbo por conocer cuántas personalidades habitaban en la cabeza de Lara que la intención inicial de sencillamente ignorarlos y borrarlos. Le sorprendió ver que la chica estuvo discutiendo sola en mensajes que jamás encontraron respuesta como hasta las dos de la madrugada. Luego, con la llegada de un nuevo día, una nueva Lara Cruz sonaba fría, pero conciliadora. Minutos más tarde parecía estar abierta a una tregua y se podría decir que hasta se refería a ella con ternura. A partir de allí lo que vino fue un colapso de ira que no paró de crecer, acompañado de los insultos y las ofensas más terribles hasta que luego de un par de horas de silencio absoluto, volvían los mensajes, esta vez cargados de arrepentimiento, temor y súplicas... ¡Súplicas por una segunda oportunidad!

—Pero es que... -No se lo creía-. ¿Es que Lara está loca? -Le hubiese gustado conocer a Itza Arbe para preguntárselo personalmente porque, repentinamente, aterrizaba en su cabeza la idea

de que su novia era como una especie de versión contemporánea de "Sybil" la protagonista de Flora Rheta Schreiber basada en la historia real de Shirley Ardell Mason-. ¿Es que acaso esta mujer tiene más de una docena de personalidades?

La verdad, es que podía parecer tragicómico, pero no era como para reírse en lo absoluto. Ver cómo el desprecio de Lara en sus palabras escalaba de la mano de la frustración que le producía ser ignorada por Cris para luego precipitarse en un abismo de victimización y desasosiego era francamente desalentador.

—Casi me arrepiento de haber encendido este aparato... ¡O peor aún, de haberlo apagado! -y ya estaba intentando recomponer el malestar que le producía todo aquello para reincorporarse a sus obligaciones (porque incluso olvidó que su motivación inicial fue escribirle a Vega para saber acerca de su junta), cuando el aparato comenzó a sonarle entre las manos con la enésima llamada de Lara y Cris casi lo deja caer por la ventana del terror que le produjo escuchar aquello. ¿Atendería? ¡Y cómo atender, si no sabía con qué faceta de su novia se iba a encontrar ahora! Como con Sybil, se trataba de una ruleta rusa que podía ir del maltrato a la manipulación y, para ser muy honesta consigo misma, no quería ni lo uno ni lo otro.

“¡Atiéndeme! ¡Maldición, atiéndeme! ¿Por qué no me atiendes, maldita sea? ¿Qué te hice...?”. No leyó más, bastó con lo poco que le mostró la vista previa del mensaje en la notificación. Cris se quedó pasmada, verdaderamente aterrada algunos segundos y entendió que si quería saber de Vega, sólo había un modo de lograrlo. Apagó el teléfono en el momento justo en el que sonaba la tercera o cuarta llamada y abrió la laptop, minimizó el manuscrito de Itza Arbe (ya estaba sobre las correcciones del segundo capítulo) y decidió enviarle un email a Vega, correo electrónico que la asistente de Diógenes Cáceres recibió en su dispositivo móvil mientras estaba reunida con el director del bufete y Samay Jinez ultimando millones de sutilezas.

Los abogados estaban enfrascados en una conversación bastante técnica acerca de detalles pequeños pero imprescindibles de algunos de los clientes más pesados cuando Vega, sin apartar los ojos de ellos, pero ligeramente aburrida, se valió de la vibración del aparato para mirar su pantalla y ver que tenía un email de...

—¿Cris...? -susurró de un modo imperceptible e hizo click con la punta de su dedo en la burbuja de la notificación, gesto que la llevó a la app de su correo personal y de ahí al email que acababa de enviarle.

“¡Vega! Sé que esto te parecerá una locura, pero... ¡Sólo quiero saber cómo van las cosas en el bufete! ¿Salió todo bien en la junta? Te preguntarás por qué no te envió un mensaje a WhatsApp como cualquier otra persona normal...”

—Efectivamente, sí -le dijo al teléfono en el mismo tono de voz anterior y de inmediato alzó la mirada para cerciorarse de que nadie la hubiese pillado hablándole a un objeto inanimado. Se ruborizó al notar que Samay Jinez la miraba un poco estupefacta, pero una reiteración por parte de Diógenes Cáceres en una cifra hizo que los ojos color jade de la abogada volvieran con el rostro del director y la asistente, sintiéndose un poco tonta, se juró no volver a decir ni una sola cosa más-. Al menos no al teléfono...

—Santini -Vega volvió a alzar los ojos sobresaltada. La sucesora de Cáceres la miraba con expresión de piedra y tras mantenerla en vilo un par de segundos, sugirió:- si tiene una llamada o algo importante que atender, lo razonable es que lo anuncie y salga, ¿no?

—Sí, sí -se puso de pie en un segundo, alisándose un poco la falda que, al estar sentada, se le había subido algunos centímetros por encima de las rodillas-. Lo siento, Doctores... Yo... -Se aclaró la garganta mientras la abogada la tallaba con sus ojos jade. El director sentado a su lado estaba tan concentrado en sus documentos que era casi imposible que hubiese notado nada-.

Volveré en un instante, no me tardo -y con una venia de la mujer que pasaría a ser a partir de ese día su superiora directa, salió al pasillo donde pudo culminar de leer el intrigante correo de Cris.

“...pero es que Lara se volvió loca, ¡loca!”

—¿Loca? ¡No es noticia nueva, cariño! -Lo declaró allí en el corredor en voz alta. Se giró para cerciorarse de que nadie más la viera en semejante actitud, agradeció que las persianas del despacho de Cáceres estuvieran discretamente cerradas y corrió a su oficina donde pudiera hablar sola sin temor a ser tildada de demente.

“Apagué el teléfono desde anoche; primero, porque no quería que nada me interrumpiera en mi nuevo trabajo; segundo, porque ella misma me dejó claro que no tenía intenciones de hablar conmigo y desde entonces hasta ahora no lo había encendido. Siendo honesta, ¡lo olvidé! Lo olvidé porque no había nadie con quien me interesara comunicarme y así podía concentrarme mejor en la edición de este texto tan específico... Pero recordé que mencionaste algo de una asamblea especial en tu trabajo, que eso te tenía muy nerviosa y aunque recordé enviarte buenas energías...”

—¡Gracias! -dijo apretando el teléfono contra su pecho, sentada a medias sobre una esquina de su escritorio-. ¡Cumplieron su cometido, te lo garantizo!

“Pensé en escribirte para saber cómo había salido todo y cuando recapacité y entendí que había pasado más de doce horas con el teléfono apagado, pues... ¡Imaginé la que podía haberse armado con Lara pensando que la ignoraba y no sabes! ¡No sabes!”

Vega miró la pantalla del teléfono con el ceño fruncido y llena de curiosidad.

“¡Parece que todos los mariscales del infierno la hubiesen poseído, uno a uno!”

—¡Todos los mariscales...! -Lanzó una carcajada-, ¡pero qué manera de decir las cosas tienes, niña! -Bajó del tablero del escritorio, lo rodeó, movió el mouse con su mano izquierda, activó así el monitor de su computadora y fue de inmediato a su email personal, lista para responder a las metáforas de Cris, como sacadas de un libro de Jhon Milton.

“¡Me ha insultado, Vega, me ha insultado como en mi vida lo han hecho pero, a la vez, me pidió perdón y me suplicó y me maldijo de nuevo y me volvió a pedir que no la abandonara! ¡No entiendo una puta mierda, Vega! ¡No entiendo!”

—¡Tu novia está de atar! -Escribió con agilidad en la respuesta de ese email que ya tenía ante sus ojos en la pantalla de su computadora-. Eso o quiere arrebatarte el puesto a Sally Field cuando interpretó a Sybil.

Cris recibió en directo la respuesta del email al otro lado de la ciudad y se echó a reír ante un comentario tan propio de Vega.

—¡Yo también pensé en Sybil sólo de leer aquello! -Tecleó rápidamente-. Estoy aterrada, no te lo niego. Volví a apagar el aparato de mierda y estoy que tiro el chip por la ventana -envió la breve misiva.

—No te culpo... -Respondió Vega un minuto más tarde al hilo del email-. Si estuviera saliendo con Billy Milligan, también lo haría -oprimió el botón enviar valiéndose del cursor del mouse.

—¿Quién? -Y aunque le pareció estúpido enviar un email sólo con esa pregunta, lo hizo.

—Esta noche en la cena te hablo mejor de él, confórmate con saber que fue un caso muy sonado de personalidad disociativa... Algo parecido al de la protagonista de Sybil -Se acomodó un poco en la silla, ajustando su falda-. La junta: la verdad es que fue muy tensa, pero me parece que las cosas salieron bien... Al menos ya mi cabeza no está a punto de abrirse a la mitad -Un par de golpes en el marco de la puerta la hicieron salir de su burbuja particular de chismes de novias que enloquecen y personalidades múltiples. Alzó sus ojos de color indeterminado para

descubrir que quien la solicitaba era Samay Jinez. No supo si se trataba de su imaginación, pero... ¿De nuevo tenía ese gesto estupefacto que le había visto minutos atrás cuando le hablaba a los susurros a la pantalla de un teléfono? Se enderezó en la silla, dispuesta-. ¿Sí, Doctora Jinez? Si me permite sólo dos minutos, termino de enviar un correo urgente y regreso con usted y con el director.

—No hay prisa, Santini -sus ojos se pasearon con velocidad por sus manos sobre el teclado, el teléfono móvil puesto a un lado del escritorio, algunos de los documentos que lo flanqueaban...-. Nos preguntábamos si podría usted traernos un poco de café y algo sólido para acompañarlo, por favor.

—¡Por supuesto! -Lo dijo sonriendo-. Le diré ahora mismo a la señora Ascensión que se haga cargo de la bebida y un pequeño refrigerio.

—Gracias -se retiró sin más y Vega volvió a lanzarse sobre la pantalla del computador para satisfacer la curiosidad de Cris y retomar sus múltiples quehaceres por ese día.

—Con respecto a Lara y su acoso... Haces bien en mantener el teléfono apagado, no veo qué beneficio te puede traer hablar justo ahora con alguien que maldice, grita, te insulta, pero luego te lloriquea. ¡Muero por leer todos los mensajes de la enajenada! ¡Así que haz capturas de pantalla ahora mismo, no podemos permitir que pretenda fingir demencia y eliminar todo aquello al ver que tú no das muestras de vida! Si necesitas algo, llama a mi directo -y tecleó el número velozmente-, o envía otro email... ¡Estaré atenta! -Frunció un poco los labios-. Espero que esto no te saque demasiado de onda y puedas retomar tu corrección sin problemas. Hablamos luego, tengo muchísimo trabajo encima. Te quiero -cerró su nota con una V, la envió y se puso de pie en busca de la mujer encargada de hacer el mejor café de Cáceres & Asociados.

Cris leyó el mensaje de Vega un par de veces y alzó la mirada con un dejo de desaire. ¿De verdad quería hacerle captura de pantalla a todos esos insultos horribles? Bueno... ¿Por qué no? Sería bueno tirárselos en la cara a Lara Cruz cuando, en palabras de la amiga, le diera por fingir demencia y jugar el papel de la ofendida, de la víctima o de la inocente.

—Inocente mi culo -masculló y sí, abrió la versión web de WhatsApp, maximizó aquel chat, se fue al soliloquio de la madrugada y desde ahí comenzó a hacer capturas, pero sin leer demasiado-, sólo lo suficiente para que Vega pueda seguir el hilo de la novela de las diez de la noche... ¿o debería decir: de la película de Hitchcock que pasaron en horario adulto? -Resopló indignada y con más de treinta capturas que testimoniaban bastante bien la debacle de la novia a la que ya debería ir tildando de ex porque esto no debería tolerarlo ni un segundo más, cerró la aplicación y decidió desaparecer de WhatsApp por lo que le quedaba de día. Lo peor que podía pasarle en ese preciso momento es que Lara insistiera de nuevo con las llamadas o al verla en línea comenzara a soltar de nuevo improperios, súplicas o amenazas-. A estas alturas, ¡cree que cualquier cosa le funciona!

Terminó de documentar todo aquello. Supuso que una vez que lo leyera Vega, a quien consideraba una persona predominantemente imparcial, podría tener una idea más clara de cuanto decía la novia en sus mensajes y eso la conduciría, aunque no lo quisiera, a la necesidad de tomar una decisión. Se tomó la cabeza entre las manos y se peinó el cabello castaño y ondulado hacia atrás. ¡Qué aburrimiento! Sabía que se estaba comportando como una irresponsable perezosa, pero la idea de terminar con Lara ya le provocaba dolor de cabeza, más por cansancio que porque le importara realmente salvar esa relación.

—A estas alturas...

El solo pensar en la batalla que daría Lara por quedarse a su lado, por reconquistarla, por hacerla cambiar de parecer, ya le empezaba a robar una energía muy valiosa y aún no se había

dicho ni la primera palabra.

—No pienso ocuparme de esto precisamente ahora. Ya decidí que no encendería el teléfono por hoy... -pensó en MariLo y volvió a su email-, así que me adelantaré a las consecuencias y le dejaré claro a esta chica que hoy sólo estaré disponible por correo electrónico -se alzó de hombros-; no lo sé, le inventaré que tuve un problema con la batería del móvil o que se cayó en un recipiente lleno de agua y estoy rezando a todos los santos para que vuelva a encender... ¡Da igual!

Hecha la respectiva notificación y enviado aquel correo previsorio y protocolar, notó que a su bandeja de entrada había ingresado una misiva de Rubén Pessoa que también se le antojó ignorar, en especial porque en el *preview* del correo podía leer: “¡Cris, no me digas esto...!”

—¡Ay, no! -Minimizó la ventana y volvió al manuscrito de Itza Arbe-. Por muy contradictorio que parezca, creo que siento más alivio leyendo la desesperación de esta pobre mujer por la muerte de su marido que conectando con las personas tóxicas de mi vida justo ahora... -Pensó irremediabilmente en sí misma. ¿Era también ella una persona tóxica?-. Algún toque tendré -se dijo, poniéndose de mal humor-, supongo que no somos infalibles, pero si soy un monstruo igual o peor que Lara, no estoy dispuesta a adivinarlo justo ahora... ¡La verdad es que no!

Y allí estaba ya el segundo capítulo de la obra de Itza Arbe recibéndola con los brazos abiertos, ¿qué nuevas cosas descubriría esa tarde?

En mis palabras preliminares compartí contigo información acerca de las fases del duelo o lo que otros autores o psicólogos que se han especializado en el tema también han definido como las tareas del duelo. Quizás al leer una expresión semejante pienses en la posibilidad de volverte más útil, de invertir tu tiempo en algo o en llevar a cabo una especie de ritual relacionado con el dolor y la ausencia de ese alguien que ya no forma parte de tu vida de la manera en la que solía hacerlo y lo cierto es que no estás tan lejos de la verdad, porque detrás de la partida de la persona amada, dependiendo de la intensidad de la relación que conservas con ella, lo que viene a continuación es un arduo trabajo de reconstrucción de tu propio mundo interior y de tu consciencia. ¿Recuerdas que en mi introducción te describí la sensación de orfandad que experimenté al entender cuánto de mí se había ido con la muerte de mi pareja? La mirada de ella sobre mí...

—La mirada de él... ¡De él! -Dijo como si reprendiera a la psicóloga, tan de mal humor como estaba-. ¡La verdad es que esta mujer tiene un problema serio con el artículo del sustantivo! -Lo corrigió en un segundo-. ¡Ya está! -Resopló-. Otro error como este y buscaré todas las palabras similares en el documento y enmendaré esto de una buena vez por todas, ¡porque no puede ser posible que lo repita tanto! Sigamos...

La mirada de él sobre mí y toda esa parte de mi historia que se llevó al partir sin previo aviso, me completaba. Creí que aquella sensación de completud era sólo una idea nostálgica, postmoderna, abstracta o surrealista, pero entrar de nuevo en contacto con las reflexiones de Alba Payás en una de sus obras, me ayudó a recordar cosas que tienen que ver con la manera en la cual parte de las tareas de la pérdida del ser amado no consiste únicamente en reponerse a su ausencia y a todo el estrés emocional que ese vacío trae consigo, también tiene que ver con el modo en el que trabajas en la reconstrucción de tu identidad y la reconfiguración de tu consciencia, pero... ¿Cuánto podía saber de esto una persona cuya lucidez se había precipitado a un abismo de depresión? Sí. En el capítulo anterior te narré de qué forma mi deterioro físico y mental se hizo tangible y cómo ver el estado en el que se encontraba el amado gato de mi pareja

me sirvió de espejo, de cable a tierra y de alarma de consciencia para abandonar mi estado de postración, pero no creerás que en semejante situación yo tuve la lucidez como para buscar ayuda.

Fue entonces cuando volví a establecer esa necesaria conexión con el mundo exterior que no debí perder, cuando mis padres y los padres de mi esposo entendieron la gravedad de mi aislamiento y me tendieron una mano. Fui recluida en una casa de cuidados especiales, en parte de muy buena gana. Con el orgullo maltrecho, hecho completamente escombros, ¿qué resistencia podía poner ahora? ¿De dónde obtenía las fuerzas para mantenerme en un estado de soberbia y negación que sólo me estaba aniquilando a mí y a cuanta forma de vida estuviera a mi alrededor? Por suerte para mí, tanto mi gato (sí, ahora ya no era más la mascota de mi difunto, ahora era mi entera y absoluta responsabilidad, mi mejor amigo, mi contención emocional) como yo logramos salir airosos y se me permitió conservar en mi aislamiento terapéutico a este maravilloso animalito que parecía entender, de un modo empírico que ni yo misma sé explicar, que ahora sólo nos teníamos el uno al otro y que a esa tabla de acompañamiento y afecto teníamos que aferrarnos.

Entonces salimos adelante, pero ese salir adelante, en mi caso, claro está, vino acompañado de un curioso transitar de cara a la luz, que no era otra cosa que la construcción metafórica de una frase que se refiere a ese haz luminoso como el despertar de la consciencia desde una perspectiva inimaginada. Como terapeuta, manejaba magistralmente en consulta conceptos, relaciones, sucesos traumáticos y otras configuraciones del subconsciente que me permitían guiar la sanación de mis pacientes hacia el punto exacto al cual los quería llevar, principios que ahora debía aplicar en mí y que, aunque me resultó extraño al principio y hubo por mi parte una cuota de resistencia cortesía del Ego, pude afrontar de a poco con la ayuda de grandes especialistas que me enseñaron mucho acerca de la compasión hacia mí misma y de la naturaleza de mis afectos.

Recordé en este trabajo terapéutico exhaustivo cómo la índole de tu duelo va de la mano con la forma en la que edificas tus afectos en la infancia, entonces traje de nuevo a mi presente mi apego evitativo, en parte como consecuencia a la severidad de mi padre y a la manera en la que mamá, en aras de evitar conflictos en casa o situaciones emocionalmente desbordantes, me obligaba a contener mis sentimientos. Me exhortaba a no llorar, a no gritar, a no reñir, a veces de un modo castrante e inflexible que me fue guiando de a poco hacia el camino de esa niña amargada, desconfiada e incomprensida en la que más temprano que tarde me convertí...

Cris abrió suavemente la boca al leer aquello y las palabras de Itza Arbe resonaron en su cabeza como lo harían las campanas de una iglesia. Abrió una pestaña nueva en el navegador y fue de inmediato a Google donde comenzó a investigar acerca del apego evitativo y cuáles eran sus principales características. Consiguió información de sobra, alguna de hecho con suficiente material como para entender qué máscaras sociales era capaz de construir en su adultez un niño que hubiese tenido que reprimirse en su infancia ante el acompañamiento de adultos severos, ausentes o indolentes, además de castrantes. Todo eso le sonó demasiado acorde con la figura que fue para ella Maigualida Álvarez y entendió que aunque no se definiría a sí misma como una nena amargada, sí que fue retraída, con un mundo interior muy intenso y rico, que lejos de aniquilarla, realmente la contuvo. Recordó además de qué forma estuvo narrando historias y situaciones para sí misma desde que era muy pequeña y cómo cada uno de esos viajes fue suficiente para salvarla de una realidad en la que el afecto oscilante de su madre (que a veces era inexistente y otras tantas parecía mera consecuencia de la manipulación) la mantuvo en un inquietante péndulo emocional hasta que ella alcanzó la autonomía necesaria en la adolescencia

para preferir su soledad como bastión de su estabilidad, aunque la sola presencia de Maigualida y una milésima de su agobiante atención fuesen suficientes para tambalearle la torre y, en la mayoría de los casos, hacerla añicos.

Sus minutos de reflexión luego de encontrar toda esa información en línea la hicieron retroceder en el manuscrito de Itza Arbe y volver a la foto de la lunática, imagen a la que le prestó atención, fijándose muy especialmente en sus ojos. La instantánea en blanco y negro no era lo suficientemente nítida como para que pudiese identificar nada especial en esa mirada, pero a Cris le pareció interesante descubrir otro punto en común con esa mujer que en su soliloquio le había estado encendiendo lucecitas en la consciencia. Hasta pensó que la hora de ir a terapia por primera vez en su vida había llegado, pero era algo que podría discutir más tarde con Vega.

Retomó su lectura.

Sí, el apego evitativo de mi infancia me convirtió en una adolescente huraña, acomplejada, que encontró en su faceta intelectual un universo en el cual podía desenvolverse y estar por encima de todas las cosas. Era como si el conocimiento hubiese cobrado para mí un nuevo significado con la llegada de la adultez temprana y es que si me aseguraba de aprenderlo todo y aprenderlo bien, nunca tendría que depender emocionalmente de nadie y siempre me tendría a mí para contenerme en mi autonomía y objetividad. Fue entonces cuando la psicología se abrió ante mis ojos como una alternativa más que buena para hacer carrera profesional y viví por algunos años más en mi laberinto de soledad, frialdad y aislamiento, relacionándome lo menos posible con otros y negándome a tejer lazos afectivos firmes o profundos, hasta que B irrumpió en mi vida como un rayo para cambiarlo todo. Se podría decir que vino a por mí.

Para ese momento de mi vida, incluso durante mi lamentable duelo, no era capaz de entender qué podía haberle interesado de una mujer cetrina y avinagrada como yo, cuyo único brillo estaba en su conocimiento, como para que él se propusiera tan firmemente ir hasta el centro de mi laberinto, encontrarme en él, tomarme de la mano y sacarme de mi aislamiento, aunque muchas veces me resistiera, lo rechazara con brusquedad o me comportara como una verdadera imbécil. Se podría decir que esa fue la primera vez en la que el amor de B me salvó y me llevó a descubrir una imagen de mí que yo desconocía por completo. En ese momento de mi historia personal y con los conocimientos psicológicos que poseía, entendí que había conversaciones que estaba obligada a sostener con mamá, con papá y debía encontrar la manera de reparar el puente que me conducía a ellos y que en mi infancia se fue desmoronando, principalmente por ese deseo injustificado de anularme en mis emociones más genuinas, en ese empeño por hacer de mí la niña perfecta, la jovencita intachable, la adolescente responsable y madura que ocasionaba el menor trabajo posible a sus padres, tan ocupados en enfrentar sus propios asuntos de adultos o sus propios demonios emocionales.

—Ay... -se quejó Cris con la laptop en las piernas-. Esto lo entiendo tan bien...

Claro, sabía que no era nada sencillo ser hija de una mujer que realmente nunca quiso tener descendencia o que, en el caso contrario, se armó de todas las artimañas posibles para disimularlo bastante bien; porque, en ese oscilar de su afecto siempre alineado con sus intereses, supo hacerle ver a la chica, con una crueldad a veces innecesaria, cuán mala idea había sido concebirla y, peor aún, traerla al mundo. Pocas personas fueron testigo de los episodios de desprecio de Maigualida para con Cris; quizás, en algunas ocasiones, la abuela materna, también maltratadora; quizás, las hermanas de esa abuela, pero en su diminuta familia no sólo escaseaban los testigos, muy especialmente escaseaban los aliados.

Así que en mi adultez y transitando de la mano de la persona amada el camino más dulce que había andado nunca, el apego evitativo que me había caracterizado hasta entonces fue mutando lentamente y, sin que yo lo notara, en otro tipo de relación afectiva basada en un apego ansioso, en un enfermizo apego ansioso en el que hacía todo lo que estuviese a mi disposición para que el mundo y la atención de B girara en torno a mí, tanto como lo hacía yo alrededor de su amor. Nos convertimos en dos cuerpos celestes que sin darse cuenta se brindaron un afecto y una atención casi exclusiva, de no ser porque él, definitivamente más extrovertido que yo, por momentos me sacaba de esa órbita única para incorporar a ella a otros actantes, como mis padres y los suyos, mis familiares o los suyos, algunos amigos (la gran mayoría de ellos provenientes de su universo) y otras personas que de a poco se fueron incorporando a nuestra historia e interpretando un rol especial en ella. Sin embargo, volviendo a lo que antes explicaba acerca de cómo nuestros apegos dictaminan la naturaleza o esencia de nuestro duelo y considerando que mi amor por B era absoluto y extralimitado (aunque por desgracia no lo supe ver), ¿de qué forma iba yo a salir airosa de la ausencia de la que siempre fue mi mundo? ¿Mi único mundo?

—Del que siempre fue mi mundo... -corrigió Cris, esta vez con lágrimas en los ojos. Imaginaba que si una persona como Itza Arbe tenía el coraje y la valentía de asumir públicamente que su relación con su amado había sido tóxica, pues ella no era nadie para contradecirla pero... ¡Pero cómo podía sentirse amar a alguien de semejante manera! ¿Cómo podía ser volverse uno con el otro de un modo tan especial? ¿Qué pasaría si llegara a su vida un sujeto como el tal B...?-. ¿Benjamín? ¿Bruno? ¿Bernardo? ¿Baltasar? ¿Benito? ¿Blas?

¿Qué sucedería si llegaba alguien para sacarla de su propio laberinto y llevarla de la mano a recorrer senderos que jamás imaginó? Porque, para ser honesta, aunque había querido amar de verdad, profundamente, las relaciones amorosas no eran su cara más fuerte. Cada pareja del pasado se había aprovechado de ella de alguna manera o la había querido con mezquindad y de su pareja actual... de Lara, mejor ni hablar; tenía más de tres decenas de capturas de pantalla que testimoniaban su locura.

Se enjugó las lágrimas y consideró prudente continuar, no estaba allí para hacer terapia con el libro de Itza Arbe, aunque qué difícil se le hacía evitar caer en esos bucles introspectivos.

Por amor y respeto a B, pero, principalmente, por amor y respeto a mí misma, tenía que retroceder en el tiempo a través de mi terapia, entender la naturaleza del sentimiento que se alzó entre ambos, deconstruir lo que estuvo mal, dar significado y valor a los excesos, reconocerlos, aceptarlos, asimilarlos y junto con eso transformar mis adicciones afectivas, la convicción de que mi mundo se había desvanecido, para reconstruir en mi consciencia y desde el amor propio la verdadera naturaleza de lo que tenía que ser Mi verdadero mundo, que no era otra cosa que abrazar mi autonomía, amar y recordar sanamente a la persona a la que le debía tanto y aceptarme... ¡Pero no desde las sombras del apego evitativo! ¡No! Desde la claridad de un apego sano. Desde el bienestar que produce alzar los ojos a la luz y abrazar la consciencia.

Y si yo lo hice, si yo pude hacer ese viaje y enmendar en mi vida emocional lo que estuvo mal, ¡tú también puedes hacerlo! Para eso estoy aquí, ¡para ayudarte a edificar tu presente ladrillo a ladrillo, amando y agradeciendo al ser que ya no está en este plano por la forma en la que complementó tu existencia durante todo el tiempo que estuvo en ella!

Cris suspiró profundamente; tanto, que su respiración se escuchó con fuerza en esa habitación silenciosa en la que trabajaba esa tarde que se fue volando, al menos para ella, porque la asistente

de Diógenes Cáceres no podía decir lo mismo.

Puede que Vega Santini sintiera que las cosas se habían resuelto, momentáneamente, del modo más indicado para todos en el bufete, pero eso no quería decir que tomarle el pulso a Samay Jinez como nueva directora y prevenir las posibles estocadas de sus claros detractores (los Labarca, Zúñiga y quién sabe si Riquelme) fuese un trabajo sencillo; no obstante, no podía hacer más que vivir un día a la vez, manejar una situación a la vez y esa tarde, de regreso a casa, eran otros asuntos los que despertaban su curiosidad.

Era tal su deseo de hacer un exhaustivo análisis del discurso a los desafortunados mensajes de Lara Cruz que, para evitar sufrir interrupciones, venía en el auto dando instrucciones detalladas a Ezequiel de lo que debía hacer una vez llegaran a su hogar:

—Deja las cosas en tu cuarto, ve al baño a ducharte, ponte ropa limpia, termina los deberes que aún tengas pendiente y no olvides prepararte para la cena... -Alzó la mano de la palanca de cambios, anticipándose a las súplicas del niño-. Sí, sí, puedes usar la consola de videojuego, siempre que termines a tiempo con todo lo anterior y esto no se discute más, Ezequiel, ya conoces las normas.

De esa naturaleza era la retahíla de Vega y el chico de nueve años asentía sin mayores argumentos, era evidente que si alguien había aprendido a defender su postura luego de años de trabajar con abogados, esa era su madre y con ella sí que se podía negociar, aunque siempre terminara imponiendo su disciplina. Entraron a la casa y la mujer de treinta y siete años se deshizo de sus zapatos, dejó la cartera colgada del perchero que estaba cerca de la puerta y miró con atención cómo el jovencito se iba sin chistar a cumplir con todas sus obligaciones.

Le siguió los pasos, en parte con la excusa de dejar sus tacones en su habitación, en parte con el deseo de pasar por la recámara de Cris y allí obtener más información acerca del desafortunado escándalo que su novia había hecho aquel día. Asomó la cabeza a la alcoba con una sonrisa radiante y le causó un poco de desconcierto ver que la amiga estaba perfectamente acostada sobre la cama, mirando al techo, con los dedos de sus manos entrelazados sobre su abdomen, la laptop cerrada a un costado de su cuerpo y sus ojos hinchados, así como la nariz enrojecida, clara muestra de que había estado llorando por horas.

—¡Cris! -exclamó sobresaltada, agachándose un poco para dejar los zapatos en el suelo y sentándose en el borde de la cama, donde además le tomó la mano con suavidad-. ¡Cris! ¿Qué pasó? ¿Por qué estás así? ¿No me digas que la estúpida de Lara siguió enviando mensajes insultantes?

—Vega... -susurró luego de mantenerla en vilo por algunos segundos-. Voy a ir a terapia...

La amiga la miró boquiabierta.

—¿De verdad, Cris?

—Sí...

Se miraron a los ojos.

—¿Quieres que te dé los datos de mi terapeuta? ¡Es una mujer maravillosa!

—Lo preferiría, sí.

—Sé que su consulta no es económica...

—No me importa -dijo resuelta, sorprendiendo un poco más a la otra-. Usaré parte del dinero que recibí por la corrección del libro de la psicóloga. Puedo incluso pagar las sesiones por adelantado y así no despilfarraré el dinero en otras cosas.

—Cris... -Comenzó a sonreír entusiasmada-. No sé qué decir... ¡Me parece una decisión formidable! ¿Qué te hizo decidirte?

—El libro que estoy corrigiendo... -reconoció con un hilo de voz, aunque al final se le quebró

un poco. Volvió a llorar como lo había estado haciendo desde temprano-. Ese libro me ha dado de patadas en el alma, te lo juro.

—¡No puede ser! -Le tomó las manos, la peinó un poco y miró su expresión de dolor con suma atención y compasión-. ¿No se supone que estabas contenta con este proyecto?

—Lo estoy... ¡Lo estoy! ¡A estas alturas ya te puedo decir que estoy contenta y agradecida! Pero es más de lo que puedo procesar, la verdad.

—¿Y qué harás? -Miró la laptop a un costado como si el artefacto fuese la personificación de la obra misma de Itza Arbe-. ¿Lo abandonarás o...?

—¡Terminarlo! -Se enjugó las lágrimas y se incorporó en la cama. Vega esperó en silencio mientras ella se limpiaba la cara lo mejor que podía con las mangas de su suéter-. ¡Lo terminaré, claro está! Hoy a los golpes y con muchas pausas para llorar y reflexionar, llegué al capítulo cinco.

—Bien... ¿Cuántos faltan?

—Siete.

—¿Cuándo crees que lo termines?

—Posiblemente en dos o tres días -siguió acicalándose con la manga del suéter, la misma que sujetaba sobre su palma con los dedos flexionados de su mano derecha. Vega no le perdía un solo detalle a su rostro colorado.

—¿Por qué te afecta tanto?

—Porque no sólo habla del duelo patológico y de un montón de idioteces que yo he estado haciendo con la muerte de mi madre, como momificar sus cosas, el que fue su espacio...

—¿Momificar? -lo dijo aterrada.

—Sí, sí... Se trata básicamente de dejar todo en su santo lugar y no mover ni una sola cosa, como si estuvieses esperando a que el difunto regrese de un viaje de varios meses o algo parecido.

—Creo entender -susurró pensativa-. ¿Y cuándo se supone que es sano deshacerte de esas pertenencias o redecorar ese espacio?

—Aconseja hacerlo de forma progresiva -se vieron a los ojos. Vega parecía bastante interesada-. Ella explica que, en su caso, convivió por meses con el pijama de su difunto esposo en el mismo lugar en el que él lo dejó la mañana en la que ocurrió el accidente.

—Qué doloroso...

—El sujeto era radioaficionado y además de eso, contaba con una colección de discos de vinilo enorme. Al parecer, amaba el pop anglo de la década de los setenta y llegó a tener una selección única de títulos que en la actualidad se subastan por una fortuna, muchos de ellos sin abrir. Todas y cada una de esas cosas permanecieron sin moverse ni un solo centímetro por semanas y semanas, hasta que ella regresó de su rehabilitación y entendió que le había llegado el momento de hacerle frente a los objetos y a los respectivos recuerdos asociados a ellos. La primera resolución que tomó fue mudarse de ciudad. Creyó que lo más razonable era estar más cerca de sus familiares, de personas que fuesen para ella una verdadera contención emocional...

—En tu caso, mi madre y yo -le sonrió.

—Sí -le tomó la mano-. En mi caso, ustedes son mi segunda gran familia... ¡Sin olvidar a Ezequiel!

Vega dio un respingo al escuchar su nombre.

—¡Hablando de ese jovencito! ¡Déjame darle un repaso a su lista de tareas y enseguida estoy contigo! -Se levantó con agilidad, se inclinó para recoger sus zapatos del suelo y se deslizó por la puerta de la habitación. Regresó diez minutos más tarde con ropa cómoda y lista para seguir

escuchando las reflexiones de Cris; satisfecha, además, de que el chico se mostrara obediente aquella tarde-. Bien... -Se sentó de nuevo en el borde de la cama. La escritora estaba visiblemente más tranquila-. ¿Qué sucedió luego de que la psicóloga tomó la decisión de mudarse?

—Tuvo que enfrentarse al duro proceso de deshacerse de los bienes de su esposo y de decidir con qué cosas se quedaría.

—Imagino que la colección de discos se quedó con ella.

—No es que haga una auditoría detallada en el libro -Vega rio ante las ocurrencias de Cris-, pero sí reconoce que guardó consigo las cosas más significativas, además de resemantizarlas.

—¡Vaya! ¿Te refieres a darles un nuevo significado?

—Sí, uno más sano. Hay algo muy fascinante que explica y que tiene que ver con la reestructuración de tu propia consciencia a partir del fallecimiento de alguien muy cercano. Es como si una parte de quien fuiste se marchara con esa persona.

—Creo entender -se dio un par de golpecitos en el mentón con la punta de los dedos-. Así que esto de la momificación y de entender quién es realmente Cris Álvarez más allá de la mirada de Maigualida Álvarez son cosas a las que tienes que hacerle frente ahora más que nunca, ¿no?

—Sí.

—Por eso te afecta tanto el libro y por eso la decisión de ir por fin a terapia -la miró y Cris cabeceó un sí de modo enérgico-. Lo celebro mucho, cariño.

—Eso sin mencionar que en una parte habla de las relaciones tóxicas y de cómo nuestros afectos de la infancia nos hacen más propensos a relacionarnos de un modo desfavorable con ciertas personas...

—¡Bueno! -Rio sin malicia-. ¡Esta mujer te golpeó por todos los costados!

—Soy un completo desastre -miró de soslayo el teléfono sobre la mesita de noche-. Ni siquiera sé cómo le voy a hacer frente a Lara luego de lo que ocurrió hoy.

—Las capturas de pantalla -su gesto se volvió serio en un instante-. Déjame verlas ahora mismo.

Cris tomó aire, se inclinó hacia un lado, tomó la laptop, la abrió y en pocos segundos ya estaba ante ella la galería de imágenes en la que estaban todos los fragmentos del soliloquio de Lara. Le pasó el computador portátil a su amiga, quien lo apoyó en sus piernas y comenzó a navegar por cada renglón de ese chat con ayuda del *trackpad*. Le explicó que no había leído nada, salvo una que otra cosilla y el ceño fruncido de Vega, así como el rubor que se le estaba empezando a subir a las mejillas, le indicó que había hecho bien al mantenerse lejos de las palabras de su novia. Pasaron varios minutos mientras la mejor amiga leía todo aquello sin emitir ni un solo sonido, pero el ambiente se fue tornando tenso, muy tenso; hasta que, tras una honda inspiración, la mujer sentada a su lado cerró la laptop y la puso a un lado de la cama. Lo que vio en sus ojos cuando volvió a hacer contacto con los suyos no le gustó.

—Tengo miedo... -susurró.

—Pues deberías temer mucho más -le dijo muy seria. Señaló con su dedo la portátil-. ¿Leerás eso?

—No quiero.

—Quizás sea bueno que hagas el esfuerzo -Cris suspiró hastiada-, porque me parece que lo razonable es que tú misma te des cuenta de lo que es capaz de decir esta mujer cuando pierde el control y, desde la revelación de esos hechos, tomar una decisión que te haga sentir bien y tranquila.

—Ah, vaya... -tomó la laptop y la abrió ante sus ojos-. Como si no hubiese llorado lo

suficiente hoy.

—La vida es así -se puso de pie y vio su reloj. Era hora de hacerse cargo de la cena-. Cuando las verdades llegan, se te lanzan todas a la cara, una detrás de otra -se miraron a los ojos-. Te veo en la cocina cuando termines tu paseo por Silent Hill.

—¿Entonces me dirás quién es Billy Milligan?

—Sí, aunque creo que él y Sybil son unos pobres inocentes comparados con la psicópata de tu novia. Por cierto -la miró a los ojos-, hablando de ellos, me sorprende que usaras como referencia el personaje de Sally Field, considerando que tú, como la gran cobarde que eres, jamás te has atrevido a ver la película, mucho menos a leer el libro -la amiga se ruborizó un poco mientras Vega sonreía con malicia-. En fin... La cocina me espera -salió, mientras Cris enfrentaba su destino.

Entregarse por entero a los quehaceres en la cocina le sirvió de pretexto para hacer que su cabeza volara a sus anchas por sus propios asuntos y preocupaciones: Samay Jinez, la nueva sucesora de Diógenes Cáceres. Se tomó la frente con la punta de los dedos antes de poner sus manos sobre la presa de pollo que tenía en el refrigerador lista para filetear y saltar para la cena. ¿Su jefe tendría la intención de asistir al bufete toda la semana para dejar cada cosa en su lugar? ¿Cuándo sería el día en el que se vería por fin, cara a cara, con la abogada venida desde Shanghai para trabajar en equipo? Entendía, por las cosas que la mujer de cabello oscuro comentó esa tarde a Cáceres, que tenía que volver a China por unos días para dejar allá cada cosa en orden, así como la persona que, a su vez, la sucedería a ella en Itineraria y luego regresaría ya con el propósito de quedarse definitivamente para ocupar su nuevo cargo. Bueno, sonaba a que tenía tiempo más que suficiente para poner en orden cada cosa y hacer lo que le correspondiera hacer. Ni más, ni menos.

No importaba a dónde se fuese su cabeza esa noche, qué tan lejos volara de esa cocina no sólo en espacio, sino también en tiempo, trayendo a su presente una nostalgia extraña y viscosa que la volvió taciturna y melancólica en sólo segundos; ni siquiera su malestar la hizo obviar el hecho de que pasaban los minutos y Cris no se presentaba en la recámara para continuar la conversación. ¿Estaría bien? Quizás las descabelladas y crueles palabras de Lara la habían afectado más de la cuenta después de todo.

Cuando todo estuvo dispuesto, Vega seguía sola en la cocina. Ezequiel no le preocupaba. Desde allí escuchaba los chirridos de su videojuego, así como una que otra vociferación del chico que le indicaba que, o las estaba pasando negras en su partida, o lo habían sacado del paso más de una vez, pero Cris... Ella era una verdadera desaparecida en acción.

No le quedó más remedio que llamar a la cena y esperar un poco. Ezequiel llegó un par de minutos más tarde, acudiendo de inmediato a lavarse las manos y a acomodarse en la mesa como la madre lo tenía siempre acostumbrado, pero la mejor amiga necesitó un segundo llamado. Cuando se presentó, lo hizo lentamente, con la mirada gacha, la tristeza más acentuada en sus ojos y nuevas lágrimas brotando de ellos.

—¡Cris! -Se sorprendió el niño mirándola con un poco de temor, dejando a un lado su rebanada de pan a la que había comenzado a untarle mantequilla y poniéndose de pie para ir a su lado y darle un abrazo suave que ella agradeció. No lo agradeció con palabras, pero el sollozo que dejó escapar cuando él rodeó sus hombros con sus brazos y puso en sus cabellos un beso diminuto y tierno fue suficiente para entender la naturaleza de sus emociones-. No llores, Cris. No.

—Al contrario -sentenció Vega y le acarició la cabeza a su hijo que la miró un poco desconcertado-. Que llore. Que llore todo lo que necesite llorar, cariño. Ya se ha guardado

mucho por demasiado tiempo.

—Mi abuela dice que llorar mucho hace daño -se refería a la madre de Juan Carlos Molina, su padre.

—Tu abuela no sabe nada de la vida, hijo -se cruzó de brazos, indignada-. Llorar no tiene nada de malo. Llorar es tan necesario como reír o bostezar -le señaló la punta de la nariz haciéndolo reír-. Y eso te incluye a ti, jovencito.

—Los niños no lloran, mamá -dijo entre risas.

—No, no... -contradijo en el acto. Le abrió los brazos y él avanzó hacia ella recostándose de su pecho-. ¡Sí que lloran! ¡Claro que lloran! ¿O acaso olvidas cuánto lloraste la temporada pasada cuando eliminaron a tu equipo en las semifinales?

—Pero era un niño, mamá, ¡ahora ya soy grande!

—Las lágrimas no saben de tamaño, Ezequiel -lo besó en la cabeza-. ¿O es que los niños o los hombres no tienen corazón?

—Sí que tienen -alzó la cabeza y miró a su madre desde su metro treinta de altura. Le faltaban aún unos cuarenta centímetros para alcanzarla. Ella le sonreía con ternura-. ¿Cómo no vas a tener corazón? ¡Sin corazón te mueres, mamá!

El gesto abismado del niño la hizo reír no sólo a ella, también a Cris que los miraba con dulzura.

—Precisamente. Y el corazón no sólo te hace vivir, también te hace sentir, jovencito. ¿Quieres ser un chico sin sentimientos?

—No -miró al vacío pensando en eso.

—¿Entonces?

—¿Eso quiere decir que no dejarás de quererme si lloro?

—¿Cuándo he dejado de quererte por chillar, muchachito?

Ezequiel soltó una carcajada que hizo reír de nuevo a Cris.

—Creo que te molesto cuando lloro.

—No, no -lo corrigió de nuevo-. Me molesta que llores por caprichos, por malcriadez o para conseguir lo que quieres, pero más allá de eso, no tengo nada que decir de tus lágrimas. Puedes llorar de tristeza todo lo que tú quieras, o porque algo te conmueve o te preocupa-lo abrazó con más fuerza y él correspondió-. Llorar es de valientes, mi amor. En un mundo como el de hoy, llorar es un acto de coraje.

—Hay una niña que estudia conmigo que tiene mucho coraje.

Rieron.

—¿Qué tienes que decir a eso, Vega?

Cris la miró de mejor humor y la amiga le guiñó el ojo con picardía; por esa noche, se reservaría su opinión.

Volvieron a la mesa y cenaron en silencio. Ezequiel, interesado en que su madre le alargara la jornada con la consola de videojuegos por un rato más, ayudó lo mejor que pudo a recoger los platos, los cubiertos y los vasos de la cena, además de guardar las cosas en el refrigerador. Esperó a que Vega lo autorizara para retirarse a su habitación y, una vez con su consentimiento, se marchó radiante mientras Cris se ocupaba de los trastos y su amiga la miraba desde la mesa, sentada con una taza de té entre las manos.

—Me tomaría algo más fuerte -le aseguró-, hoy fue un día de locos en la oficina y, aunque todo salió como el director lo tenía previsto, yo debo acostumbrarme al hecho de que tendré a un nuevo jefe... -Pensó en Samay Jinez un par de segundos-. Jefa, en realidad. Una nueva jefa.

—Todo saldrá bien -le aseguró con voz gangosa-. Conoces tu trabajo y los asuntos del bufete

y de la naviera de Cáceres de arriba a abajo. No se te escapará nada, lo verás.

—Eso espero -sus ojos se hundieron en el líquido oscuro, como si con ellos quisiera pescar la bolsa de infusión sumergida en el agua caliente. Suspiró y alzó los ojos para ver el perfil de Cris-. Y bien... ¿Cómo estuvo eso?

—Horrible -miró desmoralizada los platos, vasos y cubiertos llenos de espuma jabonosa en el lavaplatos-. Por un momento sentí que era mejor no leer aquello. En ocasiones me trataba con la misma zalamería de siempre, también recurrió a sus usuales artimañas y me rogó y me suplicó que la perdonara por perder el control, que me pusiera en su lugar como una mujer enamorada que teme perderme y que no sabía qué había hecho tan mal como para que yo ni siquiera me dignara a responderle...

—Sí, sí, lo leí... Leí su *love bombing* al menos dos veces.

—*Love bombing*?

La miró con curiosidad.

—Sí. Te recomiendo buscar más al respecto. Lo mencionan mucho los terapeutas, especialmente los que hablan de las personas con trastorno de personalidad narcisista... -Se alzó de hombros-. Básicamente, es un tipo de manipulación que se caracteriza por muestras excesivas e injustificadas de afecto, adulaciones, regalos... ¡Todo tipo de cosas para seducirte, controlarte, marearte y recuperar el control sobre la situación!

—Pues sí -pensó-. Visto de ese modo, sí que hubo mucho *love bombing* en ese chat... ¡Así como insultos horribles! La parte más dolorosa fue cuando me dijo que no entendía qué mierdas había visto en una mujer como yo: rechoncha, insegura, gris y sin personalidad... -sollozó un poco y Vega se cubrió la cara con ambas manos ante semejante comentario-. ¡Me parece una hipócrita! ¡Una hipócrita sin sentimientos! Hace sólo unos días alababa mi inteligencia, mi cuerpo, mi forma de hablar supuestamente educada y bonita...

—Sí, claro, para que accedieras a acostarte con ella, ¿verdad?

Cris se sintió morir ante esas palabras. Vega frunció sus labios al ver su reacción y se puso de pie, abrazándola con mucha fuerza. La mujer de treinta y tres años se refugió en el pecho de la otra como si se tratase de su madre.

—Iré a terapia -dijo después de llorar por minutos-. Iré a terapia y me dedicaré por completo a corregir todo eso tan malo que hay en mí...

—En ti no hay algo malo, Cris. Sólo tienes inseguridades, asuntos por resolver, cositas que fortalecer como todos y cada uno de nosotros, chiquilla... ¡Y celebro que Itza Arbe haya llegado a tu vida para impulsarte a poner orden en ella!

—Yo más -reconoció entre gimoteos suaves-. No quiero verme como una ridícula, pero he pensado seriamente en enviarle un email de agradecimiento después de culminar la corrección... Si tan sólo tuviese su correo.

—Se lo puedes pedir a la chica que te contrató, ¿no es verdad?

—Podría, sí.

—Bueno -le acarició la cabeza-. Ya te encargarás de eso...

—De eso y de Lara -le aseguró resuelta-. Hoy el teléfono seguirá apagado, pero mañana esa mujer me va a escuchar -se apartó de ella y se lavó la cara usando para ello el agua proveniente del grifo-. Esto no terminará en *ghosting*, no le daré el gusto de echarme a mí la culpa de este desastre -Vega la miraba con atención-. Y te juro, Vega, te juro por la memoria de mi madre que esta vez nada de lo que haga me hará cambiar de parecer. ¡No logrará manipularme! ¡Quiero ser nueva, distinta y Lara es exactamente lo opuesto a ser mejor persona! ¡Hoy he quedado completamente convencida de eso!

Allí estaban ya las verdades agolpándose contra su cara y ella respondiendo como una mujer que hace lo que tiene que hacer. Vega no lo dijo, pero se sintió orgullosa de Cris.

Capítulo XV

—Tengo una cita con Sybil -Vega leyó ese mensaje en la aplicación web de WhatsApp y decidió ir a su teléfono inteligente para saber más detalles de lo que Cris le contaba en ese instante por chat-. Nos veremos esta tarde cuando salga de su trabajo en un café que está cerca del restaurante... ¡Deséame suerte!

—¿Cómo te sientes? -Tecleó a toda velocidad.

—Tengo una madeja de lana gigante en el estómago.

Vega rio. Cris, por su parte, desde la cocina del departamento de su mejor amiga y con una taza de tilo en la mano, no estaba para risas.

—No sé cómo es tener una madeja de lana en el estómago... Imagino que lo que quieres decir es que sientes una especie de... ¿Nudo?

—Algo así, sí.

—¿Cómo te trató? ¿La llamaste, le escribiste?

—Le escribí -suspiró y bebió un sorbo de su infusión-, ella respondió de forma sorprendentemente receptiva.

—¿Modo *love bombing*?

—Me atrevería a decir que sí. Le pregunté si podía llamarla y accedió, así que sin demasiados preámbulos le dije: tenemos que hablar.

—¡Uh! -susurró en su oficina con un tono intrigante. Luego escribió en el teléfono: La frase célebre, ¿eh?

—Sí. Ella se puso muy nerviosa y a mí, que estaba y estoy bastante nerviosa también, me importó poco su desconcierto. Me mantuve lo más firme que pude, no le di detalles y sólo le ratifiqué que hablaríamos cara a cara. Nada de mensajes, nada de charlas telefónicas.

—¡Bien! -Vega sonrió con satisfacción-. ¡Mi querida amiga se está haciendo grande!

—Dios te oiga -alzó los ojos al techo con desazón, pensando en la terapia. Ahora que tenía los datos de la psicóloga de Vega estaría bien concertar la cita cuanto antes. Lo atendería luego de esa conversación-. ¿Cómo van las cosas allá?

Vega alzó la mirada y a través del cristal de su despacho observó el que le correspondía a la oficina del director. La persiana seguía cerrada, por lo que no podía ver nada de lo que estuviese ocurriendo en el interior; sin embargo, sabía de sobra que allí estaban Diógenes Cáceres y Samay Jinez, esta vez reunidos con Elia Loyola y Miguel Ángel Riquelme.

—Hay una especie de tensa calma, te diré. Yo trato de mantenerme tranquila y con la cabeza sobre los hombros. -Se acomodó un poco en su silla y, tras pensar unos segundos, prosiguió escribiendo en su dispositivo-: Así que te verás hoy con nuestra amiga la mujer de las mil caras... ¿Te parece bien si te busco al terminar tu charla? No sé por qué tengo el presentimiento de que esa imbécil te puede dejar el ánimo deshecho y honestamente no me gustaría que andes, lloriqueando, vulnerable y sola, deambulando por las calles de noche.

—¿Harías eso por mí?

Vega sonrió con dulzura al leer eso, se imaginaba la expresión de Cris con sus grandes ojos abiertos y sus cejas arqueadas. No se equivocaba.

—Sí, tonta. Claro que lo haría -escuchó la puerta del despacho de Diógenes Cáceres cerrarse y al alzar la mirada lo que se topó fueron los ojos color jade de Samay Jinez sobre ella. Se le heló un poco la sonrisa. Altiava, la abogada le retiró la mirada de inmediato y se marchó por el pasillo sin ver atrás. Vega detalló cómo los faldones del blazer negro de Balmain que llevaba esa

mañana se abrían un poco a cada paso que daba y no le quitó la vista de encima hasta que, al cruzar en un recodo a la derecha, desapareció. La asistente suspiró-. La que me espera con esta mujer -dijo para sí en voz muy baja. Pensó de nuevo en la chaqueta y frunció los labios con un dejo de envidia-. ¡Apuesto a que es una copia triple A traída de China!

Esa tarde su mente fue constantemente de las ocupaciones en el bufete, de todo lo que le pedían sin parar Diógenes Cáceres o Samay Jinez, al cariz que tomarían las cosas durante la conversación de Cris y Lara Cruz. Aunque su jornada fue productiva, la escritora no podía decir lo mismo; para ella, la gran bola de estambre que tenía en su estómago no hacía más que crecer y crecer, sensación de zozobra que no le permitió trabajar por más que lo quiso. Pensó que, con un poco de suerte, podría adelantar tantos capítulos como lo había hecho la tarde anterior, pero era imposible centrarse en los renglones o en las reflexiones de Itza Arbe con el temor que le producía tener que enfrentar a su novia aquella noche.

Comenzó a arreglarse desde muy temprano, iniciando con una ducha prolongada que le sirvió no sólo para llorar a sus anchas, también para pensar. Revisitó momentos de su relación con Lara, con las chicas anteriores y los analizó ya desde otra perspectiva, viendo a través de los cristales que le había puesto ante los ojos el libro de Itza Arbe; en especial, la forma en la que psicóloga se dio cuenta de lo que estaba mal en su relación con su marido y cómo, desafortunadamente para ella, desde la ausencia definitiva de él, logró llegar a corregirlo y con ello entender la verdadera cara de un amor saludable, que a su vez la llevó a ella por el camino de una absolución y un despertar. Despertar, además, que podía intuirse en sus líneas y en la claridad y la empatía con la que hablaba de sus asuntos desde una óptica capaz de ayudar a otros para transitar mejor su propio camino.

Pero esto no era suficiente. A esa conclusión llegó mientras se secaba el cabello frente al espejo y se miraba a los ojos a través del cristal con un brillo nostálgico en ellos. Seguir las recomendaciones de un libro escrito para un grupo determinado de personas no era igual que ir a terapia y contar con la objetividad y el acompañamiento de alguien que no sólo te ayudará a reconocer a tus propios demonios, sino a pelear con ellos hasta derrotarlos.

Mientras daba forma a sus suaves ondas castañas con el aire caliente proveniente del secador de pelo, fue inevitable reparar una y otra vez en su mirada repleta de tristeza. En otro momento la habría ignorado pero, motivada por los influjos de la obra de Itza Arbe sobre ella, le apeteció ir un poco más allá y poner en marcha un ejercicio único que jamás, a sus treinta y tres años, había puesto en funcionamiento: cuestionarse.

¿Por qué se sentía así? O, mejor dicho, ¿qué sentía exactamente? Pues, era evidente que estaba desanimada y nerviosa, muy nerviosa. Lo segundo era consecuencia de la inestabilidad de Lara. No quería ni siquiera imaginar que le gritara, que la insultara o que hiciera un escándalo en plena vía pública convirtiéndola a ella en el centro de todos sus ataques. La posibilidad de que la manipulara también la inquietaba. Se sentiría rotundamente decepcionada de sí misma si esa noche y luego de leer todos aquellos mensajes horribles, regresaba a casa, por blandengue, por evitar situaciones más tensas, por cómoda o cobarde, “felizmente” reconciliada con esa chica de veintinueve años.

Por primera vez en sus treinta y tres años, tenía que ser firme, amarrarse muy bien las botas, plantarse sobre sus pies y decir con claridad: no. No sabía ni siquiera con qué cara iba a ver a Vega si luego de su conversación con Lara le aseguraba que la había perdonado y que había decidido seguir adelante con esa relación. Antes, cuando ella sólo le refería las situaciones tensas con la novia, era más simple, pero ahora que la amiga había sido testigo de todo lo que esta era capaz de decir y hacer, era definitivamente más bochornoso.

Sus pensamientos la llevaron, por último, a una desalentadora conclusión: todo parecía indicar que ella no quería a Lara, no sentía nada profundo o especial por ella porque, ahondando en su tristeza, no era perderla lo que más le afectaba... ¡Era sucumbir de nuevo a sus ardides! Ser nuevamente timada, manipulada y lastimada lo que más le preocupaba.

¿Tenía razones para sentirse así? Tal vez no había entregado en la relación lo suficiente como para exigir más. ¿Se debía eso a su apego evitativo? O, por el contrario, ¿tenía muy bien merecidos los desplantes de Lara?

—¡Ay, ya! -Se tomó la cabeza con ambas manos-. ¡Basta ya! ¡Ya! Si alguien tiene autoridad para decirme lo que hice bien y lo que no, esa será la psicóloga, no yo.

Se miró a los ojos decepcionada. De caer de nuevo en otro buclecito de pensamiento como ese, ya se veía a sí misma parando esa noche en el hotelito de mala muerte de la mano de Lara y reconciliándose con ella, con sexo duro y atrevido de por medio.

Era complicado. Había que ponerse en los zapatos de una chica insegura, con muy baja autoestima y solitaria, que nunca había conocido el amor verdadero y que jamás había tenido las agallas como para terminar con una relación, no importa cuán mal le fuera en ella. ¡Siempre fue decisión de las otras echarla a volar! ¡He ahí la única y verdadera razón de esa tristeza en su mirada y de sus lágrimas!

Quizás Vega la habría ayudado a sentirse mejor de saber sus pensamientos, pero la amiga estaba del otro lado de la ciudad, mirando constantemente su reloj y terminándose una taza de café en una de las *kitchenettes* del bufete para finalizar su jornada por ese día, ir por Ezequiel al colegio y de ahí aproximarse a los alrededores del restaurante en el que Cris se vería con la novia para tener su tensa conversación.

Bebió el último sorbo de la bebida que había preparado con un poco de leche, lavó la taza muy bien en un grifo pequeñito empotrado en la cocinita, la dejó en el escurridor, se secó las manos en un paño limpio que estaba colgado a un lado y, alisando un poco el blazer de su traje de taller, salió a paso firme rumbo a su oficina. Sólo le restaba tomar su cartera, asegurarse de que dejaba todo en orden y retirarse.

Cuando anduvo frente a su despacho, le sorprendió notar que la persiana de la oficina de Cáceres volvía a estar abierta y esto le permitió ver a Samay Jinez de pie a un lado del escritorio, inclinada sobre él, recogiendo algunos documentos, revisándolos fugazmente con sus ojos e introduciéndolos en un maletín urbano de Hermès color tabaco. Las ocupaciones de la abogada y cuán concentrada estaba en ellas le dieron la oportunidad a la asistente de ver todos y cada uno de sus delicados movimientos, especialmente los de sus manos. Era tan precisa al mover sus manos. Se le daba tan natural ese asunto de lucir perfecta en todo momento que casi parecía una ilusión. Vega abandonó su contemplación, entró a su oficina, dejó todo ordenado en ella, tomó la cartera y se marchó sin despedirse. De haber estado Cáceres allí, desde luego que habría asomado la cabeza a su despacho y le habría dado las buenas noches como lo hacía siempre, pero prefirió evitar a la Doctora Jinez, suponiendo que ese tipo de gestos, probablemente, se cosecharían con el tiempo y la confianza.

—Además, está ocupada. Con el geniecito que se gasta, no voy a entrar a interrumpirla sólo para despedirme de ella -pensó para sus adentros evitando cualquier contacto visual que la dejara vendida en su genuina descortesía o aparente descuido. Fue precisamente esa omisión lo que le impidió notar que ahora era la abogada quien la seguía con disimulo con su mirada, percatándose de su partida.

De pie frente al elevador, Vega corroboró la hora en su reloj. Si sus cálculos eran buenos, tenía tiempo de sobra para ir por Ezequiel e instalarse cerca del lugar donde Cris se vería con Lara y

esperar por ella. Cruzaba los dedos para que las cosas salieran bien y su mejor amiga pusiera en su sitio a la novia maltratadora.

El timbre del elevador anunciando su llegada al piso de la torre de oficinas en el que se encontraba el bufete de Diógenes Cáceres la hizo enderezarse y, una vez las puertas se abrieron ante sus ojos, entró sin titubear. Ya oprimía el botón que la llevaría al sótano 1 cuando escuchó unos pasos aproximarse y vio de soslayo a la mismísima Samay Jinez traspasar la puerta de cristal con el rótulo de Cáceres & Asociados grabado en ella.

—¡Vaya mierda! -Pensó. Evitar despedirse con la excusa de no interrumpirla era una cosa, pero dejar que las puertas del elevador se le cerraran en las narices a la mujer que era prácticamente su nueva jefa era otra muy distinta... ¡Y más cuando ya la había notado y era evidente!

Rápidamente oprimió con sus dedos el botón que detenía el cierre de puertas del elevador y con eso permitió que Samay se subiera también a la cabina sin contratiempos.

—Gracias, Santini -la escuchó decir con suavidad y lo que vino a continuación fue un descenso que no sólo se sintió tenso, también eterno. Cuando el artefacto se detuvo, lo hizo en Planta Baja y Vega miró con un poco de curiosidad cómo la abogada a su lado se disponía a bajarse-. Volveremos a vernos, Vega.

Y se marchó dejando a la asistente boquiabierta. Esta la siguió con los ojos hasta que las puertas volvieron a cerrarse y la llevaron al sótano donde la aguardaba su automóvil.

¿Volveremos a vernos? ¿Qué manera de despedirse era aquella? ¿Qué le había querido decir con eso? ¿O le estaba dando demasiadas vueltas innecesarias al asunto? Además, la había llamado por su nombre y no por su apellido, como siempre lo hacía. Los pensamientos de Vega vinieron acompañados de sus pasos emitiendo un eco profundo en el sótano del estacionamiento, el sonido brillante de la alarma de seguridad de su auto desactivándose y la acción de abrir la puerta del vehículo y subir a él para luego lanzar la cartera al asiento posterior.

—Qué raro... -susurró ante el volante y colocándose el cinturón de seguridad-. Estoy sobrepensando innecesariamente una vez más -de eso podía estar segura. Tomó su teléfono antes de salir del estacionamiento, tras encender el motor del auto, para asegurarse de si Cris le había escrito o no, así como para notificarle que ya iba rumbo a buscar a su hijo y de allí seguiría al lugar acordado cuando se dio cuenta de que Diógenes Cáceres le había escrito un mensaje.

El abogado se disculpaba por no haberlo mencionado antes, pero hacía de su conocimiento en breves líneas que la Doctora Jinez se ausentaría de la ciudad por al menos un par de semanas en las que volvería a China para dejar las cosas en orden y regresaría transcurrido ese tiempo para ocupar de forma definitiva su lugar al frente de todo, con su supervisión ocasional.

—Ah... -dijo con una extraña sensación y entendió la actitud de Samay Jinez, que estuviera revisando minuciosamente documentos y llevándoselos consigo, su particular forma de despedirse... Inesperadamente, una premonición sombría que no sabía exactamente a qué atribuir, la invadió.

Intentó ignorarla y, para ello, puso en marcha su vehículo, encendió el reproductor de audio, que de inmediato se sincronizó con su dispositivo móvil y el ritmo de una banda de pop en español cualquiera que comenzó a sonar en ese momento fue interrumpido por la resolución de Vega Santini de escuchar una rareza. Buscó en segundos y antes de salir del estacionamiento de la torre de oficinas *Too Much Heaven* y subió el volumen de un modo desmesurado. La dulce balada de los Bee Gees lejos de disipar esa mirada curiosa que se había instalado en sus ojos, la acentuó mucho más. Esa sombra la acompañó hasta que salió a la superficie, giró a la izquierda en la avenida Mohedano, bajó a la Blandín y tomó el camino que la llevaría varias cuadras más

al norte para poder conectar con la calle en la que estaba la entrada del colegio donde estudiaba su hijo, la misma por la que condujo, atravesando los jardines y canchas de esa institución, hasta llegar al módulo en el que la encargada, micrófono en mano, anunciaba a los niños la llegada de sus transportistas o representantes. Ni siquiera fue necesario hacer el llamado porque el chico, tal y como le había pedido la madre horas antes cuando resolvió ir a buscar a Cris luego de su charla con la novia, estaba presto para subirse al auto apenas Vega lo detuviera.

Complacida, sonrió con suavidad y el gesto ayudó a que su ánimo descompuesto mejorara un poco. Le bajó volumen a la música, vio al niño subir al asiento posterior del auto, dejar sus cosas a un lado, inclinarse hacia adelante, abrazarla lo mejor que podía desde allí y darle un beso en la mejilla.

—Gracias -le dijo ella con voz muy suave-. No sabes cuánto me gusta que seas considerado, Ezequiel.

Intentó disimular lo mejor que pudo ante el pequeño de nueve años que, risueño y de buen ánimo, se acomodó en el asiento trasero del vehículo. La madre recordó que esa tarde, antes de ir a casa, lo llevaría a comer un postre especial mientras esperaban a Cris, sin dar mayores detalles y eso acrecentó la alegría y el entusiasmo de su hijo.

Hablando de ella, de Cris, ya estaba sentada en el café en el que se supone que esperaría por Lara. Decidió llegar temprano para escoger una mesa apartada en la que pudieran hablar cómodamente, en especial si a la novia le daba por vociferar. Varios minutos más tarde, ligeramente pálida, apareció la jovencita de veintinueve años. Parecía desaliñada, más desaliñada que de costumbre, como si no hubiese pasado una buena noche.

Cuando se aproximó a ella, no supo exactamente cómo debía saludar a Cris, quien optó por mantenerse distante. Sí, se puso de pie para recibirla, le dijo “Hola” en un tono cordial y señaló la silla ante ella con un gesto de su mano izquierda para invitar a la otra a sentarse, pero no quiso aproximarse a Lara, ni siquiera para darle un beso en la mejilla.

Se quedaron en silencio algunos minutos, hasta que la escritora, acomodándose en la silla y entendiendo que lo mejor era salir de la situación incómoda lo antes posible, decidió tomar la palabra:

—Lara, te pedí hablar porque aún no entiendo, menos que menos me creo todo el alboroto que armaste hace un par de noches, así como los insultos horribles que me enviaste en esos mensajes...

—¡Lo siento, Cris! -Buscó sus manos sobre la mesa, pero ella las retiró de inmediato y las puso sobre sus piernas, debajo del tablero. La otra la miró boquiabierta, pero prosiguió: ¡Lo siento! ¡Sé que no debí actuar así, pero...! ¡Pero tú eres la única culpable de que haya reaccionado de esa manera!

—¿Disculpa? -Frunció el ceño desconcertada.

—¡Sí! ¡Tú provocaste mi rabia, Cris! -hablaba con frenesí-. ¡Ya sabes cómo me molesta que me ignores, que no me tomes en cuenta, que me dejes colgada por tus fulanos proyectos! ¿Por qué siempre tienes que hacerme a un lado cada vez que tienes que escribir o corregir una de esas novelas, uno de esos libros? ¿Por qué no puedes hablar conmigo como cualquier persona normal, atenderme? ¿Por qué no podemos vivir juntas como lo haría cualquier pareja que se quiere? -La palidez de Lara pronto fue sustituida por un calor en sus mejillas que anunciaba frustración:- ¿Por qué siempre tienes que hacerme a un lado como si te importara tres pepinos? ¡La verdad es que tengo razones de sobra para estar furiosa, para no querer hablar contigo y para decirte todo lo que te dije!

—¿Sí? -No se lo creía-. ¿Que me llames rechoncha, gris, aburrida, solucionará el supuesto

hecho de que no te preste atención cuando decido dedicarme por entero a uno de mis proyectos?
-Cris no estaba para quedarse de brazos cruzados-. ¿A uno de mis trabajos?

—¡No! ¡No te dije rechoncha ni aburrida!

—¿No? -La retó inclinándose hacia adelante en la mesa y hablándole con firmeza-. ¿Estás segura? -Lara balbuceó, la verdad es que no era capaz de decir con certeza cuánto había dicho movida por su ira-. ¡Porque tengo capturas de pantalla de todas las mierdas que me dijiste en esas 24 horas que decidí apagar el teléfono! ¡Además! ¡Dijiste que no querías hablar conmigo, que no me ibas a atender, te animé a que fueses coherente y mantuvieras tu palabra! Si tenías cosas mejores que hacer que perder el tiempo con una imbécil como yo a la que no sabes por qué le prestas atención si es tan insignificante, ¿por qué estuviste hasta las dos de la madrugada ofendiéndome y enviándome mensajes diciendo cosas hirientes y horribles?

—¡Porque perdí el control! -Ella también se echó hacia adelante, desesperada-. ¡Pierdo el control siempre que me ignoras! ¿No lo entiendes?

—No -dijo a secas-. Y en el supuesto caso de que te entendiera, en el supuesto caso de que pueda ponerme en tu lugar, no lo justifico. Siempre te lo he intentado hacer ver, sin éxito: estoy en casa, enfocada en trabajos creativos que necesitan toda mi atención. ¡No estoy por allí viéndome con otras personas o divirtiéndome en algún bar! -le hablaba con ímpetu mientras Lara la veía atónita-. ¡Estoy en casa, como un verdadero ratón de biblioteca, tratando de dar lo mejor de mí para ganarme la vida mientras tú sólo piensas en cómo llamar mi atención y en cuándo será la próxima vez en la que me llevarás a ese hotel de mala muerte a hacerme el amor de la forma más brusca y desconsiderada que se te ocurra!

—¿Vuelves con eso? -Se tomó la cabeza con ambas manos a punto de perder la paciencia-. ¿De nuevo vas a echarme en cara algo que también es tu responsabilidad?

—No lo puedo creer -la que se tomó la frente ahora fue ella.

—¡Te he dicho mil veces que si no estuvieses obsesionada con el fantasma de tu madre, podríamos hacerlo en tu casa cómodamente, ahorrarnos el dinero del hotel y el mal rato de ir a ese antro! Además, si soy brusca es por deseo, Cris... ¡Por deseo! -La otra resopló, no se podía creer una excusa tan mediocre-. Me pones en abstinencia por días y...

—Y luego quieres violar a la rechoncha invisible... -La miró arqueando las cejas con suspicacia-. Para ser una mujer gris y sin personalidad, bastante que te hago perder los papeles, ¿no es cierto?

—Bueno, sí -admitió con llaneza-, precisamente por eso no deberías prestarle atención a las cosas que digo por rabia, porque en el fondo sabes que me gustas y que te deseo y que te quiero como eres, con tus cosas buenas y tus cosas malas.

—Lara Cruz -dijo tomándose las sienes con la punta de los dedos-, deberías irte al mismísimo demonio... ¡Por no invitarte cortésmente a que te largues al carajo!

—¡Cris! -Se ofendió.

—Te lo voy a dejar todo muy claro, Lara, porque puedes estar segura que esta será la última vez que me veas en tu vida...

—¡Cris, no...!

La ignoró.

—Te quise... Te juro por la memoria o el fantasma de mi madre como dijiste hace un rato, que te quise, que por un momento hasta soñé con la posibilidad de llegar a amarte como sé que nunca he amado a ninguna, pero...

—Cris, no digas eso...

Y empezó a llorar, pero la otra ya estaba subida a la locomotora de la dignidad y para su

fortuna no se bajaría de ella.

—Tu egoísmo, tu falta de tacto, ese negarte a considerar al otro... ¡Ese querer hacer siempre las cosas como te benefician a ti y sólo a ti sin importar lo que sienta la otra persona, sumado a tu descarado interés, acabó decepcionándome!

—¡No sé de qué estás hablando y me estás haciendo mucho daño!

—¡Pues estamos a mano, Lara! ¡Si te hago daño ahora, la culpa es tuya! -No le importó pagarle con la misma moneda y dejarla pasmada con sus palabras-. ¡Sí! ¡La culpa es tuya por no considerarme, por no tener paciencia, por no respetar mi duelo, por no respetar mis tiempos y mis procesos! ¡Por no haberte propuesto jamás entender quién era yo y cómo sentía! ¡Lo que era importante y valioso para mí! ¿Nunca se te ocurrió pensar que más allá del duelo por el fallecimiento de mi madre y el dolor que me produce estar en ese departamento que me la recuerda en cada rincón, era más que razonable que yo me tomara mi tiempo antes de dar el importante paso de irme a vivir con otra persona?

—Cris...

—¿Nunca se te ocurrió pensar que quería ser cauta, precavida, estar bien segura de las cosas, tomarme mi tiempo?

—¡Cris pero si nos amamos! -gritó y algunas personas voltearon a verlas, pero a la escritora no le importó.

—¡No! ¡No me manipules con esa bajeza, que si nos amáramos jamás estaríamos pasando por esto! ¡Si me amaras, tú serías capaz de entender mi posición que, desde mi punto de vista, no es tan difícil de comprender! Simplemente soy una persona que necesita de su tiempo y de su espacio para hacer las cosas que tiene que hacer y así ganarse la vida... ¡Punto!

—¡No es tan simple!

—¡Por supuesto que sí! -puntualizó-. ¡Nunca te exigí nada, siempre accedí a todos tus caprichos lo mejor que pude! Por cobardía o por resignación, me negué a decirte en su momento las cosas que me molestaban, ¡que me hacían sentir incómoda! Y sí, sí... ¡Puedes decir que eso fue mi culpa, pero...! Que reacciones como una verdadera lunática, que me insultes sin yo dar motivos, que me ofendas y recurras a mis más hondos complejos para meter el dedo en la llaga y herirme... ¡Eso no es mi culpa! ¡Que tú seas una desconsiderada, una manipuladora y una maltratadora, no es mi culpa!

—¡Cris, no te permito que me digas esas cosas!

—Ya es demasiado tarde, Lara -se puso de pie-. Ya las dije. ¡Ya las dije y se siente muy bien haberlas dicho!

—¿A dónde vas? -La miró perpleja.

—Me marchó -suspiró tratando de calmarse-. Y si no te quedó clara mi posición justo ahora, pues me tomaré el tiempo de dejar cada cosa en su lugar: tú y yo terminamos.

—¡No! -lo gritó a las súplicas-. ¡No, Cris, por favor, no! ¡Dame otra oportunidad, Cris! ¡Te lo suplico!

—No, Lara, no -se puso la mano sobre el pecho-. Se trata de mi dignidad. En primer lugar, yo no puedo seguir con alguien que me hiere y que me ofende de la forma en la que tú lo has hecho tantas veces. Puede que mi autoestima no valga una mierda, pero quizás poner freno ahora y decir: hasta aquí llegué contigo, sea el primer paso para solucionar eso...

—Cris, lo que estás diciendo es una tontería...

—Y en segundo lugar, honestamente no creo que te merezcas esa oportunidad -se alzó de hombros-, precisamente por cosas como lo que acabas de decir, por ese empeño tuyo en menospreciar todo lo que para mí puede ser importante.

—¿Y qué quieres que diga? -rezongó desesperada-. ¡Dime qué quieres que haga y lo haré!

—No, Lara, no -meneó la cabeza a un lado y a otro-. No volveremos con eso. Tú ve a donde quieras y sé quien quieras ser. Allá afuera encontrarás a una a la que no le importe tu carácter o tu falta de comprensión, tus displicencias o tus brusquedades -tomó su cartera que colgaba del respaldo de la silla y la llevó a su hombro-. Te dejo en paz, Lara, tal y como espero que tú lo hagas conmigo. Adiós.

Se dio la media vuelta para marcharse y aunque la chica trató de sujetarla de la mano, ella se lo impidió. Logró zafarse y se marchó sin mirar atrás. Sus manos temblaban suavemente, el corazón le latía con fuerza en el pecho y tenía unas ganas enormes de echarse a llorar, pero en el fondo se sentía orgullosa de sí misma y de cómo lo había manejado.

Caminando deprisa llegó al lugar en el que Vega la esperaba con Ezequiel y se refugió en los brazos de la amiga, donde por fin pudo exhalar todo el aliento contenido y llorar. La otra le dio palmaditas en el brazo y Ezequiel, abrumado por las repentinas tristezas de Cris, le tomó la mano apretándola una y otra vez.

—Vamos a casa, Cris -susurró Vega con afecto-. Me parece que nos espera una noche de chicas con matices de despecho.

—No sé si llegue a despecharme por Lara, la verdad.

—No te culpo.

—Pero sí que me emborracharía y me lamentaría por el nuevo fracaso... -Se miraron a los ojos-. ¿Cuándo aprenderé a hacer las cosas bien?

—Un día a la vez. Me parece que hoy diste un paso muy importante en esa senda a la que llamamos “Hacer las cosas bien”. Vamos.

Se retiraron de aquel lugar.

Capítulo XVI

Revisó el manuscrito por última vez. Era la tercera lectura que le daba. Luego de esa nueva aproximación a la obra de Itza Arbe y bien segura de que su trabajo había quedado impecable, envió el texto a MariLo y cruzó los dedos, esperaba que todo saliera bien aunque no tuviera ni la menor idea del curso que tomarían las cosas con ese proyecto ahora que lo daba por cerrado.

Consideró prudente enviarle un mensaje por WhatsApp a la especialista en marketing para que supiera que ya había terminado el proceso de corrección en el plazo establecido y al tomar el teléfono inteligente que tenía a un lado de la laptop en su pequeño escritorio, se dio cuenta de que tenía tres mensajes más de Lara Cruz. Resopló con emociones encontradas. Por un lado sentía hastío; por otro, culpa.

—Ah, vaya mierda...

Había transcurrido ya una semana desde la conversación nefasta entre ellas dos y la ex novia no se había dado por vencida ni un solo instante. Siguió alimentando un soliloquio por el chat, esta vez ya no con insultos, sino con mensajes llenos de amor, supuesto arrepentimiento, dedicándole canciones, memes, frases... ¡Cualquier cosa era buena para ablandar el corazón de la escritora y seducirla como lo hizo alguna vez, cuando comenzaron su romance!

Sí, es verdad que, entre tantas atenciones, Cris se vio tentada a responderle más de una vez, pero... ¡bastaba nada más que se le cruzara por la mente uno, uno solo de los insultos de aquella noche, para que la buena voluntad se le helara en la sangre!

—Rechoncha su madre -refunfuñó e ignorando el chat en el que Lara hablaba sola, archivándolo en la aplicación, fue al contacto que le interesaba y escribió-: ¡Hola, hola, MariLo! ¿Cómo estás? Me reporto para decirte que acabo de enviarte la corrección del libro de Itza Arbe.

Sólo le tomó segundos ver a la chica en línea y notar que debajo del nombre de su contacto ya aparecía la acotación *escribiendo*. Así que respondería rápidamente. En vista de las circunstancias se quedó a la espera de su mensaje.

—¡Cris! ¡Gracias! Por aquí todo bien, ¿tú cómo estás? Casualmente iba a responderte para darte un acuse de recibo y a escribirte a propósito de otro proyecto que posiblemente te interese... -A la escritora se le iluminó el rostro con una sonrisa. ¿Sería tan bien remunerado como el anterior? Ya se enteraría-. Este es un trabajo más creativo, digamos y no es un proyecto que esté bajo mi coordinación ni nada... ¿Puedo llamarte y te lo comento mejor?

—¡Sí, claro! ¡Cuando quieras!

En menos de diez minutos ya se veían las caras otra vez a través de una videollamada. MariLo se veía risueña y relajada.

—Mi nena está de paseo con papá -le aclaró-. Hoy tuvo el día libre y llevó a Fabiola un rato al parque a jugar para que me permitiera poner al día varias cosas de trabajo que se han ido acumulando gracias a las jornadas extra de su saloncito de belleza -Cris rio, así como MariLo-. Saloncito de belleza, cocinita... ¡Lo que sea que se le ocurra! Hace poco hicimos un safari con todos sus juguetes y mientras explorábamos su cuarto, mi teléfono reventaba con mensajes de los clientes... ¿Qué te puedo decir?

—Que no tienes ni un minuto para aburrirte.

Rieron juntas.

—Eso lo puedes asegurar... Fabiola tiene una imaginación que vuela -se aclaró la garganta-. Ahora bien... El proyecto que mencioné: se trata de un trabajo para una amiga. Verás, ella está muy involucrada con todo el negocio del *Real Estate* aquí en Miami y se ha propuesto crear un

programa de formación especialmente dirigido a mujeres que desea empoderar...

—Entiendo -la miraba con avidez.

—Ya ha dictado varios cursos y ponencias, pero desde hace unos meses se le metió en la cabeza que la publicación de un libro especializado con las características del negocio y compartir a través de él algunos secretos para surgir en el área puede darle cierta figura de autoridad...

—Claro.

—¿Sabes algo del mercado del *Real Estate* aquí en Miami? -Cris recordó de inmediato a *The King of The Bay* y sonrió dejando un poco intrigada a MariLo con ese gesto.

—Algo he leído sobre eso...

—¡Qué bien! Imagino que para crear contenido SEO o algo parecido, ¿verdad?

Cris se ruborizó un poco.

—Es una historia larga -MariLo la miró con curiosidad-, que puedo contarte en otro momento, pero confórmate con saber que tengo una idea bastante clara de cómo funciona y de la gran cantidad de dinero que se mueve en torno a ese negocio.

—Sí, sí -asintió un par de veces-. Puedes tener por seguro que aquí todo el mundo va detrás de una licencia de *realtor*... ¡Hasta el que menos te imaginas! Como te decía, esta buena amiga mía desea poner en marcha la creación de ese libro, que además le puede ser de mucho provecho en sus charlas y conferencias, así como en su programa de formación, pero hay un pequeño detalle...

—No escribe.

—Exacto -rio y Cris correspondió con una sonrisa-. No sabe nada de escritura. Me preguntó hace poco si conocía a alguien que pudiese redactar para ella este texto y yo de inmediato pensé en ti, pero confieso que no te lo comenté al momento porque estabas con la corrección del libro de Itza y no quería sobrecargar tu trabajo, pero... ¿Qué me dices? ¿Te interesa?

—¡Sí, desde luego! -Le parecía una perspectiva más que interesante para su oficio de *ghostwriter*. En ese momento entendió que había alternativas mucho más edificantes que poner su talento a merced de un viejo mañoso y misógino, empeñado en crear historias con complejo de bodrios. Bastaba con ser selectiva con los trabajos que aceptaría en el futuro.

—¡Espléndido! -dio un par de palmaditas entusiasmada-. Eso sí... No tengo detalles. Como te dije yo no me he estado haciendo cargo de este proyecto y a lo sumo aconsejo a mi amiga con una que otra cosa, porque ella se encarga de todo lo concerniente a su negocio. Lo único que te puedo decir es que es un libro en el que ella desea narrar su propia historia abriéndose paso en ese mundo tan competitivo, que quiere centrarse en mujeres afines a ella y que espera no sólo ganar autoridad en el tema, también que el libro sirva de complemento a su programa de formación.

—Pues, para no tener detalles, me parece que cuentas con suficientes.

Rieron.

—Sí, pero ella tiene que entrevistarse contigo para decirte con exactitud qué historia quiere contar y cómo.

—¡Por mí encantada!

—¿Así que me autorizas a darle tu contacto?

—Absolutamente.

—Genial -sonrió y todo parecía indicar que no diría nada más; sin embargo, luego de una pausa, añadió:- Ah, una cosa más, Cris...

—¡Dime!

—Presupuesta bien tu trabajo -la escritora la miró un poco perpleja-. Es mi amiga, sí, pero también te garantizo que el negocio del *Real Estate* mueve mucho dinero, así que cobra lo justo por tus servicios.

—Vaya... -Se quedó con la mente en blanco.

—Si necesitas que te eche una mano con las tarifas, pues pregúntame sin vergüenza -Cris la miró estupefacta-. No sé, cuando calcules la cantidad de páginas que te tomará el proyecto puedes escribirme y yo puedo ayudarte a hacer un estimado del presupuesto.

—MariLo... -Lo dijo con una expresión muy graciosa que la otra notó en instantes-. ¡No sabes cuánto te lo agradezco!

—¡Nada! -Hizo un gesto despreocupado con su mano-. Conozco tu trabajo, Cris, por eso te recomiendo con los ojos cerrados -se enderezó en la silla anunciando con eso que la reunión llegaba ya a su final-. Con respecto al texto de Itza, una vez se lo envíe y me confirme que no hay modificaciones o grandes cambios, te hago llegar el resto del dinero, ¿de acuerdo?

—¡Sí! ¡Desde luego! ¡Gracias!

—Bien... ¡Estamos en contacto, Cris!

Se despidió con una sonrisa y la otra abandonó la videollamada con una sensación de incredulidad.

¿Cuánto se supone que podía pedir por un libro como el que le estaban proponiendo luego de que MariLo le había dado semejante preámbulo?

—¡De pronto me siento muy afortunada! -Rio emocionada.

Se sintió bien experimentar esa sensación de entusiasmo luego de haber pasado por días tan complicados, no sólo por todo lo que la había confrontado del libro de Itza, también por las expectativas que tenía con respecto al hecho de que comenzaría la terapia esa misma semana y su ruptura con Lara, que la consideraba merecida, sí, pero no por eso menos complicada o desalentadora.

Era hora de que, tras la enfermedad y muerte de Maigualida Álvarez, comenzaran a suceder cosas buenas. Pensar en la posibilidad de esa buena racha que llegaba para ella, la hizo recordar que ese día debía ir hasta La Florida para encargarse de los helechos y las suculentas de su madre, así como de revisar el aseo del departamento y encarar, de una vez por todas, cosas relacionadas con el tema de la momificación del que hablaba la psicóloga en su libro.

Se colocó un suéter que complementaba bastante bien la ropa que llevaba aquel día y, con una sensación de buen ánimo que tenía semanas sin experimentar, se puso en marcha. Mientras iba sentada en el MetroBus y miraba a través de la ventanilla del transporte público esas calles que le eran tan familiares, recordó una de las revelaciones más intensas que Itza Arbe compartía en su manuscrito, a propósito de las cosas que conservó de su amado B.

—Baudilio -así había decidido llamarlo, considerando que no tenía forma de conocer su verdadero nombre y que sentía que necesitaba darle cuando menos identidad a ese sujeto que dejó una huella tan profunda en la psicóloga, por no mencionar el impacto que podría infundir en los lectores, aunque eso no tendría cómo saberlo en ese preciso momento.

Comentaba la especialista, en el preciso momento de su obra en el que decidió dar mucho más detalles acerca de la forma en la que decidió conservar las pertenencias de su marido de forma casi incólume, que una de sus mayores aberraciones en materia de momificación fue guardar en una bolsa sellada el pijama que él se quitó la mañana del accidente, la misma que llevaba intacto el aroma de su cuerpo. No conforme con este instinto descabellado de preservación, Itza Arbe confesaba en su obra que, por muy retorcido que pareciera, por momentos iba en pos del paquete, lo abría tan sólo un poco, cerraba sus ojos y aspiraba el aroma que salía de él,

intentando engañar a su mente con la falsa ilusión de que aún se encontraba en brazos de B o de que él, aún con vida, podía rodearla de un momento a otro y decirle allí, en la antesala de su oreja, cuánto la amaba o lo bella que se veía ese día.

Cualquiera podría pensar que la psicóloga de verdad estaba de atar. Cualquiera, menos Cris. Esa tarde, luego de regar las plantas de su madre con la rigurosidad de siempre, fue hasta su recámara intacta, se arrodilló ante la cómoda y de la última gaveta extrajo una pequeña bolsa ziploc donde no guardaba precisamente el último pijama que usó durante su convalecencia. No. Allí, en ese pequeño empaque sellado de plástico, la escritora había decidido atesorar su peine.

Sostuvo el preciado paquete entre las manos y le pareció mentira descubrir otra afinidad con la psicóloga. Así como aquélla se narcotizaba con el olor que conservaba el pijama del marido, así ésta atesoraba este objeto tan particular y la única razón de ello es que su característica fragancia le recordaba todas las veces que con amor besó a su madre en la cabeza, cerca de sus sienes, cerca de su frente, percibiendo así el aroma de su cabello, la mayor parte del tiempo con matices de camomila o miel. Cris suspiró y allí, de rodillas en el suelo, rompió a llorar como pocas veces lo había hecho desde que su madre había partido. Eran pocos, poquísimos los momentos de afecto genuino que conservaba de ella, tan inestable como era en sus manifestaciones de cariño, pero su forma habitual de besarla en la cabeza cada vez que llegaba de la calle, cada mañana, era un ritual difícil de superar, pero... ¿De qué le servía torturarse con ese recuerdo?

Así como la psicóloga confesó que su primer gran paso para comenzar a deshacerse de las cosas que le impedían superar la partida de su marido fue lanzar a la basura el maldito pijama, así mismo Cris debía seguir su ejemplo y despedirse por siempre del peinecito, del olor, del recuerdo.

Del amor no...

Decía Itza en su libro y esas palabras quedaron grabadas en la memoria de Cris a fuego.

Del afecto jamás, porque el amor, esa conexión etérea e inmaterial que unió nuestras almas un buen día, esa quedaría intacta y mi gran prueba de fe para creer de una vez por todas en esa verdad, era despedirme de los sucedáneos. Era decirle adiós a las prótesis de los recuerdos transfigurados en objetos materiales. A las pruebas tangibles de nuestras habituales coincidencias. Era duro. Era como volver a ver partir a mi amado B, pero se trataba de mi sanación y tenía que hacerlo. Y él tendría que entenderlo. Él mejor que yo lo entendía.

A Cris le habría encantado creer que al igual que el adorado Baudilio, Maigualida Álvarez también la entendería, pero como ya la madre no estaba allí para ratificárselo, menos aún para cuestionárselo, hizo lo que cualquier persona que quiere dar un paso adelante en su evolución haría y se fue con el amado peine hasta el ducto de la basura que estaba en el pasillo de ese edificio residencial y, sin pensárselo demasiado por temor a arrepentirse, lo dejó caer a través de él.

Sí, la crisis de llanto que vino a continuación y que se desarrolló sobre la cama que le perteneció a su madre no estuvo fácil. La psicóloga tenía razón. Se sentía como si de nuevo el corazón de la persona amada dejara de latir anunciando su muerte, como si por segunda vez te dijeran que tu ser querido había fallecido, pero también era inexplicablemente liberador.

Tras minutos que no quiso contar en su reloj, se incorporó agotada y miró a su alrededor. ¡Cuántas cosas más tendrían que seguir los pasos del peinecito! Pero no lo resolvería ese día. Como la psicóloga explicaba muy bien en su manual para la elaboración saludable del duelo, no

había que tomarse las cosas a la ligera. Bastaba con avanzar sin pausa pero sin prisa, siendo cuidadosos con nuestros sentimientos y respetando nuestros procesos.

—Después de todo, esta semana comienzo la terapia -dijo en voz muy baja, intentando con eso conectarse de nuevo con la sensación de entusiasmo que la había acompañado esa tarde y que estaba segura que recuperaría, una vez se repusiera del difícil paso que había dado ese día.

Tenía razones de sobra para sentirse orgullosa de ella y eso nadie se lo arrebataría. Miró la cama sobre la cual había estado llorando, palpó con la palma de su mano la humedad del cobertor producto de sus lágrimas, inspiró profundamente y se puso de pie. Se encargaría de asear un poco todo para dejar el departamento en orden y luego de eso iría a tomar y a comer algo para volver a casa.

De pronto, entendió que su vida se había vuelto absurdamente solitaria o quizás siempre lo fue. En ese momento daba igual, nada iba a ser capaz de llenar ahora su repentino vacío existencial.

Cerca de allí, también al norte de la ciudad, Vega, sentada en la silla de su oficina, miraba con atención al hombre en el pasillo que, subido a una escalerilla pequeña de no más de tres peldaños, realizaba ajustes en la puerta del despacho de Diógenes Cáceres. Lo que hacía era una labor tan simple como simbólica: se encontraba sustituyendo la placa de acrílico con el nombre del fundador de la firma para poner en su lugar una que rezaba Samay Jinez.

Para el momento en el que la nueva lámina de acrílico se deslizaba desplazando a la anterior, Miguel Ángel Riquelme se detuvo ante la puerta del despacho de Vega Santini llevando unos documentos en sus manos. Ella se puso de pie para aproximarse al abogado y, desde allí, ambos contemplaron esa sencilla acción como si se tratase de un acto solemne, cómo un nombre sustituía al otro y el encargado de mantenimiento bajaba de la escalerilla sin más. Lo que para él era una tarea más que rutinaria para los otros dos parecía un decreto tallado en roca. Los miró a ambos con una expresión de rareza casi cómica, musitó las buenas tardes y se marchó por donde vino, seguramente a atender otra tarea de mantenimiento o reparación menor en el bufete.

—Así que es definitivo -dijo Riquelme haciendo un gesto con su mano e invitando a Vega a entrar a su oficina. Ella entendió de inmediato su amago y se anticipó, deslizándose detrás de su escritorio y mirando al abogado de cincuenta y tres años ante ella-. Reconozco que tuve y tengo mis dudas, Vega -ambos se miraron a los ojos mientras el hombre colocaba sobre el escritorio un manojo de papeles-, pero siempre he confiado en la intuición de Diógenes y Elia y David están tan entusiasmados...

—La doctora Jinez es perfecta para la sucesión -dijo sin exageraciones. Ella, que era la mediadora entre las actividades de Itineraria del otro lado del mundo y el bufete, estaba más que enterada de su espléndido desempeño.

—Eso me dice Diógenes cada vez que puede -se alzó de hombros-. Pensé que Álvaro Labarca podía ser el indicado, porque ha estado con nosotros por años y es un sujeto más maduro, pero... Entiendo que el proceso será paulatino y saber que el director no se desentenderá del todo de las cosas aquí por los próximos meses da un poco de calma a los socios y en especial a los clientes.

—Es de imaginarse.

—Pero bueno, no estoy aquí para reflexionar sobre esto -señaló los documentos sobre el escritorio-. Son los contratos que hace unos días Diógenes y Samay me pidieron revisar.

—Gracias, Doctor Riquelme. Se lo haré saber cuanto antes al director y a su sucesora.

—Me retiro -dio la media vuelta para marcharse-. Tengo una reunión en quince minutos con Rodolfo Casablanca -Vega arqueó la mirada haciendo reír con suavidad al abogado ante ella-. Sí, sí, ya sabemos cómo es todo con él, así que lo mejor será no hacerlo esperar -se marchó.

La asistente volvió a ocupar su silla ante su escritorio. Tomó cada uno de los contratos que estaban sobre el tablero, los revisó minuciosamente y luego giró en su asiento para quedar de cara a su computador y proceder a escribir un correo al Doctor Cáceres y a la Doctora Jinez para ponerlos al día con respecto a la recepción y enmienda de los documentos. Le llamó un poco la atención ver que tenía un email sin leer de la mismísima Samay allí. Vio la hora y notó que la misiva había entrado a su bandeja de recibidos sólo unos cinco minutos antes y notó que en el asunto ponía URGENTE.

—Qué raro... -susurró. Alzó la mirada y vio el reloj en la esquina superior derecha de su computador, percatándose de que apenas pasaban de las dos de la tarde. Hizo un cálculo rápido y se dio cuenta de que en China tendrían que ser en ese preciso instante...- ¡Las dos de la mañana! -Y procedió a abrir el email con una ligera inquietud en su pecho.

Buenas tardes, Santini.

Necesito saber si sobre el escritorio de mi nuevo despacho se quedó una carpeta negra con algunos documentos de Nymaers...

La asistente frunció el ceño. Evidentemente, se refería a la oficina que le perteneció por años a Cáceres.

De ser así, es de suma importancia que me haga llegar esta información a la brevedad posible y que, además, me notifique haber recibido en conformidad este correo.

—Bueno -susurró alzando la vista con una expresión un poco estupefacta-. No veo la razón de tanto alboroto por algo tan simple como unos documentos -le parecía un poco exagerado, especialmente porque el bufete contaba con una base de datos interna que les permitía acceder en línea a toda la documentación clasificada y catalogada de los clientes. Continuó leyendo con el ceño fruncido.

Adicional a esto, le notifico que estaré de regreso este lunes, por lo que iniciaremos la semana con una reunión en la que usted y yo revisaremos detalladamente el estatus de cada uno de los clientes de la firma, con especial atención en...

Y procedía a enumerar a los peces más gordos que Cáceres & Asociados había logrado echar en su red en los últimos años.

Vega tecleó velozmente una respuesta bastante escueta que tenía que servirle de momento a la abogada en China. Supuso que quizás eso la ayudaría a dormir y se puso de pie, sorteando con sus caderas el borde del escritorio y avanzando con seguridad hasta el despacho que ahora llevaba en su puerta una placa con el nombre de Samay Jinez. Ni siquiera fue necesario encender la luz. La carpeta negra a la cual parecía hacer referencia la mujer al otro lado del mundo estaba a la vista y sólo le bastó abrirla y leer el encabezado para descubrir en él el nombre de Nymaers.

—Sí -dijo hojeando velozmente el manojito de papeles, con el lomo de la carpeta apoyado de la palma de su mano izquierda y valiéndose de los dedos delicados de su diestra para pasarlos a un lado y otro-. Aquí está -bastaba ahora no sólo confirmarle a la abogada que la información que necesitaba efectivamente se había quedado en Caracas, también ayudarla a acceder a ella de forma remota. Pan comido para una mujer tan eficiente como Vega.

Volvió a su oficina cerrando tras de sí la puerta del despacho principal del bufete, ocupó de

nuevo su silla con la codiciada carpeta ante su escritorio y estaba a punto de redactar un nuevo email cuando se lo pensó mejor y decidió recurrir a un método más directo, dada la premura de la situación.

Tomó el teléfono corporativo que estaba sobre su escritorio, fue a la aplicación de WhatsApp Business y allí buscó el número de la abogada. Abrió una conversación con ella por primera vez en todos esos años y tecleó:

—Doctora Jinez... -Acompañó su breve mensaje con una foto en la que podía verse la carpeta con los papeles correspondientes a Nymaers sobre su escritorio-. En efecto, la información que necesita se quedó aquí.

—Gracias, Santini -respondió de inmediato haciendo a la otra pensar que o esa mujer no dormía o debía estar desbordada de trabajo-. ¿Cómo puedo acceder a la información desde acá?

—Desde el Dropbox del bufete, Doctora -alargó la mano para acercar la carpeta y buscar en ella el número de referencia con el que solían catalogar los archivos en esa base de datos en línea-. Le paso ahora mismo el número de referencia para que lo busque en él...

—Muy bien, lo espero.

Vega tecleó la cifra de trece dígitos en el dispositivo, verificó que fuese la correcta un par de veces y envió el mensaje.

—Allí está. No creo que tenga problemas en encontrar el documento, pero si necesita algo más...

—Dame unos minutos, no te vayas -Vega sintió una leve inquietud y un rubor casi imperceptible subió a sus mejillas-. Déjame ingresar al material, ver si puedo descargarlo sin inconvenientes y, de ser así, me parece que no necesitaré nada más por ahora.

—Bien -golpeó suavemente el tablero de su escritorio con la punta de sus dedos, inquieta, aunque no demasiado, hasta que un par de minutos más tarde vio que tenía un nuevo mensaje de Samay Jinez.

—Hecho, Vega. Muchas gracias.

—Para servirle, Doctora Jinez.

—Nos veremos el lunes.

—Sí, pierda cuidado... -Vega se mordió un poco el labio inferior a merced de la misma inquietud que había sentido desde que vio que Samay Jinez intentaba comunicarse con ella desde China-. Le deseo que tenga un viaje tranquilo de regreso, Doctora y... ¡Descanse! -Se sobó un poco la frente con la punta de sus dedos en un gesto casi nervioso-. Intente descansar. Que tenga una feliz noche.

—Gracias. Una feliz tarde para ti, Vega -y dejó de estar en línea.

Samay colocó el teléfono en el escritorio, allí mismo donde tenía desde el día anterior la copia impresa de los documentos de Nymaers que estaba solicitando.

La asistente en Caracas suspiró profundamente.

Capítulo XVII

Te extraño. Anoche tampoco dormí. No entiendo por qué para ti es tan fácil ignorarme y sacarme de tu vida, mientras yo sigo aquí sufriendo todos los días... Te lo suplico, Cris, de verdad... ¡Dame otra oportunidad, maldita sea!

Le sorprendió su perseverancia, pero esta vez no estaba dispuesta a dejarse enredar por los supuestos desvelos de Lara. Conforme iban pasando los días, la tranquilidad de haber hecho lo correcto se estaba ratificando con firmeza en su ánimo; sería precisamente por eso que la idea de retroceder con una innecesaria reconciliación le parecía una decisión peligrosa y qué bendición era sentir que, después de todo, su intuición se estaba despertando de a poco luego de haber permanecido en un letargo por treinta y tres años.

—La buena madre debe morir -susurró citando las palabras de Itza Arbe, las mismas que la psicóloga había traído a colación a propósito del análisis junguiano de Clarissa Pinkola Estés al cuento clásico ruso “Vasalisa la hermosa” y su relación con el despertar de la poderosa voz interior femenina luego de que la consciencia permaneciera adormecida por las creencias sobreprotectoras de una madre controladora como la que había tenido ella, ni más ni menos.

A propósito del recuerdo de Maigualida Álvarez, Cris no sólo había ignorado el mensaje de Lara en pro de no caer de nuevo en las garras de su manipulación, también porque se encontraba bastante atareada desocupando el closet en el que aquella mujer atesoró por años ropa, sábanas, toallas y muchas cosas similares. Cubriendo su rostro con una mascarilla para evitar las alergias y valiéndose de la ayuda de Coromoto y de Ramón, su marido, sacaban todo y lo clasificaban y ordenaban en cajas con la idea de donarlo a la parroquia. Suponían ellos que allí le encontrarían un mejor destino a todas esas prendas de vestir, distribuyéndolas entre las familias más necesitadas.

—¿De verdad no necesita nada de esto? -Preguntó Cris a la mujer que justo en ese momento doblaba un vestido de flores bastante coloridas, la misma que por más de diez años se había caracterizado por ser la persona que asistía a la madre de la escritora con la limpieza y orden de ese departamento al menos una o dos veces por semana.

—No, niña -aseguró con una sonrisa leve-. Su madre y yo no éramos de la misma talla y... la verdad, me da un poco de pesar llevarme alguna de estas cosas conmigo y usarla. -Se vieron a los ojos-. No sé si me explico, pero por respeto a la señora Maigualida, prefiero recordarla de otra manera.

—La entiendo perfectamente -se inclinó sobre la caja que tenía allí, que a su vez estaba subida sobre otra y procedió a cerrarla usando para ello una cinta adhesiva de embalaje. Minutos después escribió sobre ella con la ayuda de un marcador de brocha gorda la palabra VESTIDOS. Era la tercera con trajes de ese tipo que lograban empaquetar aquella mañana-. Por aquí tenemos dos más, señor Ramón... -Anunció Cris y el diligente hombre fue por ellas y las llevó a la entrada del departamento, donde había estado poniendo las otras.

Gracias a que tenía un camión pequeño de carga con el que ganaba algo de dinero haciendo viajes y mudanzas no muy voluminosas, se había ofrecido a ayudar a la hija de Maigualida trasladando todo aquello a la parroquia más cercana para hacer la consabida donación.

Tras al menos unas cuatro o cinco horas de trabajo, Cris y Coromoto vieron ante sus ojos cómo el closet de la habitación de la que alguna vez había sido dueña de ese departamento quedaba completamente vacío. Parecía mentira. Habían logrado sacar más de diez cajas de ropa,

enseres de cama y zapatos.

—¿Qué nos queda, niña?

—¿Le parece bien si dejamos el closet limpio?

Cris tomó de encima de la cómoda un recipiente con lustrador de madera y un paño que habían estado usando para pulir los muebles y disipar el polvo. Aprovechó para retirarse del rostro la mascarilla desechable, una de las tantas que le habían quedado tras la pandemia.

—Sí, sí -tomó de manos de la chica los artículos de limpieza-. Yo me encargo -y mientras la heredera se daba la media vuelta para ocuparse de barrer aquel corredor y deshacerse del polvo que había salido del closet junto con todos los objetos que estaban dentro, Coromoto se enfocó en limpiar gavetas y otros compartimentos propios de la estructura misma de ese armario empotrado en la pared.

Ambas mujeres se enfocaron por minutos en hacer lo suyo, cuando de pronto un golpe seco las sobresaltó a ambas.

—Coro... -Cris alzó la mirada confundida-. ¿Qué fue eso?

—Niña -la cara de desconcierto de la mujer la atemorizó-, venga para acá, venga...

Cris se aproximó dejando la escoba apoyada en un rincón de la pared. ¿Qué podía haber hecho semejante estruendo dentro de un closet que ya estaba vacío como para ocasionar esa reacción en la mujer que estaba ayudando con la limpieza? Allí estaba ya la respuesta a su curiosidad. Boquiabierto vio cómo una tabla al fondo de un compartimento se había venido abajo revelando un tramo en la pared.

—Es una tapa falsa -dijo la mujer mirando el perfil de Cris-. Estaba pasando el paño sobre la repisa y cuando golpeé la pared con la mano, pues la tabla se vino hacia adelante y mire... - Señaló. La parte posterior del rectángulo de madera tenía unas cuñas que la separaban del fondo por unos diez o doce centímetros, con lo cual creaba una especie de vacío en el que Maigualida Álvarez atesoraba un joyero rectangular de buen tamaño-. Por lo que veo usted no sabía que eso estaba ahí, ¿verdad, niña?

—En mi vida... -Se aproximó despacio y tomó el cofre en las manos. Le sorprendió notar que estaba considerablemente pesado-. Es la primera vez que veo este joyero y nunca, jamás supe de esta tabla falsa en el closet de mamá, aunque... -se miraron a los ojos-, aunque ella siempre fue...

—Muy celosa con sus cosas, sí -asintió con énfasis-. No le gustaba que nadie metiera la mano en su closet, en sus gavetas...

—Sí, sí... -Miró el cofre entre sus manos con desconcierto-. Pocas cosas en la vida odiaba tanto mamá como que abrieran su armario y pusieran las manos sobre sus pertenencias. - Suspiró-. Si usted supiera cuánto me reprendió de niña por andar buscando lo que no se me había perdido aquí, en su habitación.

—Pues le aseguro que, desde donde está, su alma ya no podrá quejarse -y diciendo semejante verdad, que Cris asoció de inmediato con todo el tema de la momificación, levantó la tabla falsa que cubría la pared, la devolvió a su sitio y continuó limpiando como si nada.

La chica, pensativa, consideró prudente retirarse a su habitación a revisar el contenido del joyero. No se trataba de que desconfiase de Coromoto, que además era parte de la familia y se podría decir que la joven la veía como a una tía lejana. No. Ese descubrimiento a Cris se le antojó muy íntimo, así que, con disimulo, se apartó de la mujer, tan concentrada como estaba en el orden y la limpieza, se encerró sin hacer ruido en su recámara y allí, sentada sobre su cama, examinó mejor el misterioso cofre que la madre sí que supo mantener en secreto por años.

Era rectangular y más bien chato, (sería precisamente por eso que reposó sin problemas

apoyado sobre una de sus caras más estrechas tras una tabla falsa en el closet de la difunta), grande, considerando las proporciones de otros objetos similares y su tapa estaba decorada con elementos florales que tenían una apariencia nacarada y surcos dorados en sutil relieve.

Las bisagras eran firmes, como también lo era el broche que mantenía la tapa sujeta al cuerpo del joyero. A Cris sólo le bastó halar esa placa de bronce hacia arriba para que, haciendo un ligero sonido, la superficie que mantenía el cofre cerrado se destrabara y se abriera, dando un pequeño salto.

—A ver...

La curiosidad la consumía. Abrió despacio el objeto y lo que vio dentro de él la sorprendió. Arriba del todo encontró collares y accesorios de perlas cultivadas, anillos, zarcillos y otras joyas de oro y plata de las cuales ignoraba por completo su existencia. Durante la enfermedad de su madre se vio obligada, en parte por sugerencia de la misma Maigualida, a vender algunos relojes, pulseras y otras cosas que ella conservaba con mucho celo, para cubrir los gastos médicos y el tratamiento de la difunta, pero jamás, ni siquiera en los momentos de mayor estrechez, se mencionaron estos bienes, que ya tenían matiz de tesoro.

La chica hurgó lo más que pudo con sus dedos sorprendida de todas las cosas que allí encontró y no tardó en notar que, en el fondo, en lugar de rozar con la punta de sus dedos la superficie aterciopelada de la tela púrpura que cubría las paredes internas del cofre, encontró una textura que parecía ser más bien de un plástico grueso.

—¿Y esto...?

Dio vuelta con delicadeza al joyero sobre el cobertor de su cama y todas las prendas que estaban dentro, que no eran pocas, cayeron encima del colchón, quedando cubiertas al final por un paquete de plástico transparente dentro del cual Cris identificó sobres de correspondencia.

—¿Cartas? -Miró a la nada con la mente en blanco-. ¿Cartas de quién?

¿Con quién podía una mujer solitaria y huraña como Maigualida Álvarez intercambiar cartas, teniéndolas además tan bien ocultas y conservadas? Se sintió como la protagonista de una novela de suspenso y con manos temblorosas sacó el manojito de sobres del envoltorio que los contenía y notó boquiabierta que los sellos postales eran de España. Perpleja, vio que la estampa reflejaba en una armonía de violetas el rostro de Calderón de la Barca, así como su año de muerte y nacimiento. Debajo del monto que indicaba 50 pesetas, aparecía el año 1981 y Cris de inmediato pensó que la misiva había sido enviada 9 años antes de su fecha de nacimiento. Movida por la misma sensación de desconcierto, dirigió la mirada al nombre del remitente y allí leyó en letra bastante legible, aunque borrosa, Paco Uceda. Sintió de inmediato un agujero en el estómago.

—No puede ser... -susurró petrificada-. No me lo creo... ¡No me lo creo!

Entonces comenzó a echar un vistazo a los sobres que en suma no pasaban de la docena, notando cómo el diseño, así como los años y los montos que correspondían a las estampillas iban cambiando, lo mismo que sus protagonistas. Al rostro de Calderón de la Barca le sucedieron Antonio Soler, Joaquín Turina, Francisco Salzillo, Quevedo, José Iparraguirre y la más reciente de todas con la estampa de Miguel Fleta. Sí, puede que Cris mediante los sellos postales hiciera un breve viaje entre autores, compositores, cantantes líricos y poetas españoles, pero sin importar cuál de ellos acompañara al sobre, había una sola cosa que no cambiaba en lo absoluto: el nombre de Paco Uceda, su remitente.

Estaba a punto de sacar la primera carta que encabezaba la pila, clasificada en orden cronológico, cuando el sonido en la puerta y la voz de Coromoto la hicieron dar un salto en la cama, tomar la almohada velozmente, cubrir con ella todo lo que tenía sobre el cobertor y responder, de forma atropellada y torpe:

—¿Sí, Coromoto? ¡Dígame!

—Niña -la mujer asomó la cabeza despacio. Desde luego que se percató de su palidez, pero se lo atribuyó no sólo al hallazgo, también al hecho de que habían resuelto, luego de muchos meses, desocupar las pertenencias de la difunta-. Ya el closet y la habitación de su mamá quedaron limpios. ¿Nos vamos a la parroquia o...?

—Sí -se puso de pie de forma impulsiva y hasta cómica-. Sí, sí -se acomodó el suéter en un gesto nervioso, arremangándose y miró a un lado y al otro-. Vamos... -Con un gesto de su mano la invitó hacia la puerta del departamento, le siguió los pasos a Coromoto y cerró su habitación tras de sí-. No perdamos más tiempo... -dijo con el corazón latiéndole prácticamente en la garganta-. No quiero que se les haga tarde. ¡Vamos!

De camino a la iglesia, Cris no dejaba de pensar en Paco Uceda. ¿Quién mierdas era Paco Uceda? Si sus sospechas eran ciertas, ¿qué se supone que iba a hacer con eso? Se tomó la cara con ambas manos allí, sentada en el asiento posterior del furgoncito de Ramón, el marido de Coromoto. Trató de respirar despacio, masajeándose las sienes, cuando una notificación de su teléfono la sacó un poco de su desconcierto. Tomó el dispositivo que estaba en su cartera y allí vio que lo que lo motivó a sonar fue la llegada de un email; más de uno, a decir verdad.

El primero de ellos era de MariLo. Por un momento, Cris pensó que su amiga le escribía para preguntarle cómo avanzaba el proyecto del libro de *Real Estate*, escritura además, que había comenzado un par de días atrás luego de una productiva reunión con la autora del texto, pero no, en realidad el correo tenía como único objetivo enviar a la escritora la constancia de transferencia por el monto que estaba pendiente de la corrección del manuscrito de Itza Arbe, el cual había sido aprobado por la psicóloga. La chica suspiró con alivio. Aquel día ya amenazaba con demasiadas emociones fuertes como para tener que toparse con una más.

El otro correo que encontró allí en su bandeja de entrada, además de uno que otro *newsletter* informativo o publicitario, le pertenecía a una cuenta que desconocía y el asunto rezaba: Posible reunión creativa. Frunció el ceño extrañada, abrió aquel mensaje cuanto antes y leyó, un poco desconcertada:

Hola, Cristina, un gusto conocerte y saludarte.

Te escribe Itza Arbe, la autora de *Conversaciones para otra vida*, el texto acerca del duelo que editaste hace poco.

En primer lugar, felicitarte por tu trabajo, estoy muy complacida con el resultado. Gracias. En segundo lugar, me gustaría saber si existe la posibilidad de que tengamos una reunión tú y yo para discutir algunos asuntos de la edición. No sé cómo esté tu agenda para esta tarde, pero si pudieras hacerme algo de tiempo en ella, creo que en treinta minutos podríamos dejarlo resuelto, ¿qué me dices?

Por cierto: MariLo no sabe que estoy tomándome la libertad de escribirte y espero que no te moleste mi osadía. Si tienes el tiempo para conversar conmigo hoy, puedo explicarte mejor el por qué de mi atrevimiento.

Espero una respuesta de tu parte.

Saludos cordiales, Itza.

No entendió nada, pero Ramón tampoco le dio mucho tiempo de asimilar cuanto había leído, porque ni bien alzó los ojos de la pantalla de su teléfono, el marido de Coromoto le habló para anunciarle que ya habían llegado a la parroquia y que ella debía adelantarse para hablar con la mujer de la recepción sobre la donación que venían a entregar esa mañana.

Cris sintió que ese día venía tan cargado como un frasco de vitaminas y, sin tiempo para

chistar, se bajó del furgón rumbo a la oficina de la casa parroquial. Mientras caminaba, releyó como pudo el correo de Itza Arbe y miró la hora en el teléfono. Para ese momento eran las 11:43 de la mañana. ¿Cuánto tiempo más le tomaría desocuparse, volver al departamento de su madre para ir en busca del cofre misterioso e ir a casa y así atender apropiadamente a la psicóloga? ¿Dos horas? ¿Tres? Prefirió ir con tiempo de sobra y de pie en la recepción de la parroquia, mientras una mujer que había llegado antes se informaba de los cursillos de preparación para la primera comunión, ella tecleó velozmente una respuesta para la terapeuta:

Hola, Itza, ¿cómo está usted?

Un verdadero placer saludarla. Me complace mucho saber que está satisfecha con mi trabajo y con respecto a la posibilidad de que conversemos esta tarde, sí, desde luego que puedo atenderle.

¿Le parece bien a las 15:30?

Espero su confirmación.

Saludos.

Bajó el teléfono que estaba ante sus ojos y miró a la recepcionista, aún tomando los datos de la mujer que estaba frente a ella, así como los de su hijo. En unos cinco minutos más la encargada de la parroquia reparó en Cris y se estaba aproximando al mostrador para hablarle de la donación de ropa que había traído consigo cuando el teléfono volvió a sonar con la respuesta de Itza Arbe que resultó ser breve y concisa: “Hecho, Cristina. Te veo a tus 15:30. Hasta entonces. ¡Gracias!”

Esperaba que ni siquiera la psicóloga se interpusiera en su resolución de llevarse consigo el cofre que Maigualida Álvarez había mantenido en secreto quizás por más de treinta y tres años. Culminaron sin problemas todo lo relacionado con la donación de ropa, zapatos y algunas cosas más, desocuparon rápidamente el furgón de Ramón, entregaron todas las cajas en la parroquia y aunque Cris sintió un vacío en el estómago al ver cómo todo lo que su madre cuidó por décadas se quedaba allí, a expensas de unos desconocidos y sin tener una idea clara de a dónde irían a parar sus amados vestidos, sus preciados zapatos, recordó las palabras de Itza Arbe, esta vez ya ratificadas por su propia terapeuta a la que había visto por primera vez unos días atrás: son cosas. Si las vacías de cualquier contenido simbólico y emocional, son sencillamente objetos útiles que pueden seguir brindando bienestar y calidad de vida a otras personas que lo necesitan. Eso y nada más que eso.

La chica contuvo las ganas de llorar y se dio la media vuelta para reunirse con Coromoto y Ramón que la esperaban cerca del furgoncito.

—¿La llevamos a su casa, niña? -Ahora que lo consideraba, el departamento de Vega en La Urbina les quedaba camino a su residencia en Guarenas.

—¿Podrían? -Eso la ayudaría a ahorrar mucho tiempo. Se entusiasmó-. Sólo les pediría un pequeñísimo favor.

—Diga -Coromoto, que podía intuir por lo que estaba pasando Cris, estaba dispuesta a colaborar.

—¿Podemos pasar cinco minutos por el departamento de mamá? -Vio en la mirada de la mujer ante ella que podía adivinar la razón de esa petición-. Ya sabe, Coromoto... El cofre. Se quedó allá y me gustaría revisarlo con calma.

—Claro, niña, vamos -la llevaron de vuelta en pocos minutos y prometieron esperarla en la puerta del edificio mientras ella subía a recoger todo lo necesario.

Cris, de vuelta en su habitación, guardó las cartas con el mismo cuidado y orden con el que la madre las había conservado, colocó el paquete al fondo del cofre, dispersó sobre él todas las

joyas, se aseguró de que no quedase nada fuera de lugar, cerró el joyero presionando un poco la tapa y asegurando el broche de bronce, lo guardó en su cartera muy bien y en un poco más de cinco minutos ya estaba de nuevo con sus acompañantes, rumbo al extremo este de la ciudad.

Más tranquila y sin las posibles interrupciones o intromisiones de Coromoto o de su marido, Cris se encerró en su habitación, sacó el joyero de su madre de su cartera, repitió un poco la operación que había hecho un rato antes y volvió sobre el paquete de cartas. De pronto, se le vino a la cabeza una idea que no se le había ocurrido antes: ¿sabría Eleonor Romero, la madre de Vega, de la existencia de esa tapa falsa en el closet de Maigualida y lo que se ocultaba detrás de ella? No era un detalle que importara mucho ahora.

—Paco Uceda... Desdobló la carta, que a lo sumo era una hoja escrita por ambas caras-. Ahora vamos a saber quién es este personaje...

Mi querida Maigualida.

Me encuentro ya en Elche. Perdóname que no te escribiera antes, pero llegué justo a tiempo para el nacimiento de Lorena. Sí, al final Marta se salió con la suya y le puso a la niña el nombre de su madre, aunque yo prefería que se llamara Cristina. Aquí en casa todo ha sido una locura, gente de la familia de mi esposa que ni conocía ha estado de visita para conocer a la bebé y yo me he sentido frustrado e incómodo, fingiendo una dicha que no siento ni tan siquiera un poco.

No quiero sonar como un mal hombre, pero después de pasar esos meses en Venezuela, contigo, sencillamente no me encuentro en este lugar. Si mi madre no hubiese insistido tanto en mi regreso, me quedaba en Caracas. Me daba un poco igual no estar aquí para el nacimiento de la pequeña Lorena, si a fin de cuentas sabía que la niña y su madre iban a estar bien, ¿para qué me necesitaban aquí luego de que las cosas comenzaban a marchar bien allá con el negocio de mi tío? Pero ya sabes, Marta se niega a venir conmigo, se niega a abandonar España y yo me siento con el corazón cortado a la mitad, por un lado amarrado a este compromiso que habría rechazado mil veces si no te hubiese conocido tarde, mi florecilla.

No te rías. No digas que comienzo con mis galanterías de poeta. Sabes que soy sensible y que no se me da nada bien lo del macho ibérico, especialmente cuando se trata de ti y de tu sonrisa. Tu sonrisa, mi muñequita de porcelana, es como pétalo de pincelada de óleo en mi recuerdo.

Te echo de menos, Maguita. Te echo mucho de menos. Recuerdo tus risas rompiendo las olas de Macuto, tu aliento con matiz de cocada, el sol poniéndose detrás de la palmera colorada, rasgado de nube y de tu chalina al viento tejida en salitre.

¿Ves? ¿Ves que te pienso y nomás te pienso comienzo a rimarte? Te hago verso con la punta de esta pluma, con el trazo de mi letra, pero ardo de amor en el no consumado deseo de hacerte estrofa entre mis manos, soneto con mi cuerpo.

La niña llora. La bebé, que nació hace quince días o un poco más, rompió a llorar. Ahora hay mujeres corriendo para acá y para allá en esta casa. Parece que el mundo estuviera por acabarse cada vez que la nena llora...

¿Será que su llanto es más fuerte que los sollozos de mi corazón y por eso nadie los oye?

Te amo, Maguita. Te amo, mi corazón de anacardo.

No sólo lloraba Lorena en esa carta de 1981, ahora lloraba Cris en su presente. Si Paco Uceda era quien ella sospechaba, el corazón se le iba a hacer pedazos en el pecho, pero sin importar hasta dónde la llevara ese sentimiento, no se detendría en su lectura. Hizo la primera carta a un lado sin tener cuidado de doblarla o de devolverla a su sobre; a fin de cuentas, esa historia era

parte de su herencia y ella se reservaba el derecho de hacer con ella lo que mejor le pareciera. Fue entonces por la segunda carta, una misiva que llegó cuatro meses después de la primera:

Hoy en mi rostro las sonrisas no paran de florecer, Maguita. No sabes cuánto bien me hizo tu carta. Tuve que esconderla, disimularla, hacer malabares para que en casa no indagarán mucho sobre el remitente. Perdóname, pero fingí que eras un contacto de Caracas que me escribía desde una de las fábricas de calzado que visité estando allá para llevar mercancía a los clientes de la distribuidora de mi tío.

Perdóname, porque sólo ahora que puedo responder estas líneas sin interrupciones (Marta duerme y junto a ella la niña, prácticamente las he dejado solas en la habitación, para que tengan un mejor descanso mientras yo comparto la recámara con mi hermano menor) entiendo la magnitud del bienestar que me brinda tu amor, una sola de tus palabras. Discúlpame por ser tan irresponsable en mi omisión, mi dulce princesita con rimas de Sonatina, pero la revelación de esta dicha es la prueba más fehaciente que tengo de que el amor encontró en tu rostro su nido y allí lo hallaré sin importar qué pase ni a dónde vaya.

¿Me amas, Maguita? ¿Me amas igual? Sé que te lo he preguntado en otras cartas, sé que has respondido a mis dudas con una pasión tan ferviente que la tinta que la plasma quema mis pupilas, hace arder la piel de mis dedos cuando acaricio tus líneas y estas páginas como si así pudiera tomarte de las manos.

Maldita sea, Maguita. Estoy tan ridículamente enamorado, tan ridículamente triste. ¿Moriré yo también de cortar una rosa para ti, corola que nunca llegará a tus manos? ¿Moriré yo también con una espina de tu amor clavada aquí en mi pecho mientras el peso de las obligaciones que asumí, pero que nunca quise, me marchitan de a poco?

Me siento de mil años, Maguita. Tu ausencia se mide en siglos.

No dejes de amarme, mi corazón de anacardo. No dejes de ansiarme como yo lo hago contigo. No sé qué va a pasar mañana, pero no pierdo de vista la montaña, el mar, tu sonrisa cortándolas a partes iguales.

Ahora que estoy aquí, de regreso en un lugar al que llamo casa, pero que no se siente como tal, entiendo que nunca olvidas la montaña. Por muy lejos que vayas, siempre te llevas la montaña en el recuerdo y a ti con ella, mi único amor.

A ti en todas las cosas, cada día.

Entre lágrimas y sollozos, algo podía tener Cris por seguro: ahora sabía muy bien de dónde le venía la facilidad para la escritura; la vena poética. Si Paco Uceda era su padre, como sospechaba con más fuerza a cada línea, le había dejado de regalo una pasión por la lectura, por el lenguaje y una facilidad para plasmarlo de una forma hermosa, envidiable. Recordó toda la poesía que escribió en su adolescencia, que cada uno de esos cuadernos en los que atesoraba versos estaban en el closet de su habitación en el departamento de su madre y que ahora que había tomado las riendas de la situación con respecto a ese lugar, podía recuperarlos y... ¿quién sabe? Seguir el consejo de Vega y publicar algo. ¡Algo que llevara su nombre y apellido! Leyó un par de cartas más y se fue perdiendo entre fragmentos y extractos en los que aquel hombre melancólico le narraba a Maigualida cómo crecía Lorena; describiéndole también, en su momento, la forzada concepción de su segundo hijo, un segundo embarazo dentro de aquel matrimonio con matices de amargo compromiso.

La tenía y en ella te veía, Maguita. Moría por identificar en su cuerpo las sombras del tuyo, que deliro por descubrir y conocer. Casi susurro tu nombre, pero tuve que tragármelo

aderezado por mi frustración y mi despecho. Perdóname. Perdóname mi amada. Temo tanto que no vuelvas a escribir luego de hablarte de esto, pero no puedo ocultarte una verdad tan grande como el hecho de que estoy esperando un segundo hijo con Marta.

La presión sobre mí era inaguantable. Puedes tildarme de hipócrita o egoísta y estará bien. Es difícil justificar la forma en la que tienen que desenvolverse las cosas en un matrimonio arreglado, que debe parecer una unión amorosa ante la mirada de los demás. Mi padre no para de presionarme, mi madre ha hablado conmigo centenares de veces y los reproches de Marta porque no la toco han sido tan agrios y constantes, que por momentos, creí que mi virilidad estaría comprometida. Puedes odiarme ante esta revelación y te juro que lo entenderé, mi muñeca de porcelana, pero el segundo embarazo ha servido de mucho para mantener las cosas en calma y tener a todos contentos.

Quizás la vida me castigue por pensar así, por actuar así, me siento como un hombre despreciable que trae al mundo a un hijo como si se tratase simplemente de un pacto o una negociación de paz, pero es lo que hay. Es lo que hay cuando eres el hijo menor de una familia tradicional y retrógrada que se quedó postrada en el pasado. Me siento como la figura dantesca de un capricho de Goya, como uno de sus fusilados, como cualquiera de las almas condenadas de sus pinturas negras.

No sé si me entiendes, Maguita, pero cada día me siento peor, cada día me siento más y más aplastado por las circunstancias y la esperanza de volver a verte, con la llegada de este segundo hijo, se me está muriendo como lo hace una vela cuya llama danza ya sobre la humedad de la cera; sobre su último respiro.

¿Me perdonarás? Tu desprecio por hacer lo que un hombre comprometido tiene que hacer será multiplicar por mil mi castigo. Sé, ahora más que nunca, que tu desamor y tu olvido serán mi único verdugo.

Gracias a unas cartas más, Cris se enteró por las palabras desesperadas de Paco Uceda que pasaron meses, años, sin recibir una sola carta de Maigualida Álvarez. En una de ellas, además, le anunciaba el nacimiento de Gonzalo, su segundo hijo y la escritora se fue de prisa a repasar la fecha de esa misiva, notando que fue escrita el 23 de febrero del año 1984.

Habían pasado tres años entre el nacimiento de uno y otro niño. Si sus sospechas se confirmaban, aunque de momento no se imaginaba cómo, tenía al menos dos hermanos mayores, la primera de ellos de cuarenta y dos años y el otro de treinta y nueve. Se sintió rarísimo descubrir que no estaba tan sola en el mundo luego de haber creído siempre que se había quedado en total orfandad.

Continuó leyendo y se puso cada vez más ansiosa cuando las cartas se fueron aproximando a la década de su nacimiento. Sólo tenía ante sus ojos tres sobre y en ellos se develaría por fin la historia detrás de su concepción, si Paco Uceda era o no su padre y cuál fue la razón por la que Maigualida lo despreció con tanto encono, al punto de no mencionarlo jamás y omitirlo por siempre.

Allí estaba ya una buena pista que le hizo dar piruetas a su corazón, así como acrecentar su llanto: Cris supo, por las palabras del poeta, que cuando sus hijos estaban un poco más grandes, consiguió la manera de viajar de nuevo a América. La correspondencia cesaba por un par de años y se preguntó si en ese tiempo había estado viviendo, como era su sueño, con su madre, mientras la esposa que le habían impuesto permanecía en Elche al cuidado de Lorena y Gonzalo.

Ese vacío de información la dejó un poco desconcertada y allí estaba ya la última carta, el documento decisivo. ¿A dónde iba a parar todo aquello? Las manos le temblaban con un frenesí enorme, en especial cuando vio la fecha: 01 de marzo de 1990, un poco más de un mes y medio

antes de su nacimiento.

Amor mío, el pronóstico es devastador.

A pocos días de haber llegado a España por la convalecencia de Marta me he enterado de la gravedad de su estado. Ella se nos muere de un momento a otro. No hay nada que los médicos puedan hacer. Intentamos consolar a los niños, mantenerlos a distancia de la madre para aligerar su sufrimiento, pero esto ha sido un verdadero viaje por el purgatorio.

Estuve conversando con mis padres, resuelto a llevarme a Lorena y a Gonzalo conmigo a América para que los eduquemos juntos en compañía de nuestro pequeño que está por nacer, pero ellos, así como la familia de Marta, se han negado. Todo se me ha venido encima como una avalancha y hasta el sacerdote, que estuvo en casa hace poco confortando a mi esposa y aligerando su tránsito, ha hablado conmigo para convencerme de que mi lugar está aquí, con mis niños que podrían perder a su madre cualquiera de estos días.

Me siento prisionero de una situación. Por momentos me odio y me aborrezco. A veces me odio por mi desapego, por mi falta de amor a esta familia que no pedí, pero que formé, quizás un poco a merced de las circunstancias. A veces me detesto por mi cobardía. Sería tan fácil dar la media vuelta y dejarlo todo para ir contigo y con nuestro bebé que es, finalmente, el fruto del amor y no de un contrato social, pero... ¿Amarías a un hombre que dejó a su suerte a sus hijos? ¿Temerías que un buen día haga lo mismo contigo y con nuestro hijo?

Debo permanecer en España. No sé por cuánto tiempo, quizás sólo se trate de unos meses o de unos años, mientras logro convencer a mi familia de que Venezuela no es una mala opción para los niños, pero... ¿Me recibirías con Lorena y con Gonzalo? ¿Estarías dispuesta a ser la madre que ellos necesitan?

Mi corazón se endurece en mi pecho sólo de saber que no estaré allí para verme en los ojos de nuestro bebé, el único y verdadero resultado de un amor que me ha consumido y me consumirá sinceramente por años. Me muero cada día sólo de pensar que no estaré contigo para escuchar las risas de ese pequeño, para sostenerlo entre mis brazos, para llevarlo a volar sobre mis hombros.

Maguita, mi Maguita de mi corazón, prométeme que si es una niña la llamarás Cristina. ¡Júrame que me contarás de mi pequeño retoño, por favor!

Escucho gritos provenientes de la habitación. ¿Habrá sucedido lo peor? Una mujer solloza mientras las paredes aminoran su llanto. ¿Habrá partido Marta ya?

No sé ni qué me espera.

¿Estoy actuando como un cobarde? Creo que la lápida de la vida acaba de caer sobre mí.

Te amo, Maguita y nunca lo olvides: sin importar que esta historia esté llena de reveses marcados por mis malas decisiones, ese bebé maravilloso que está por nacer no tiene por qué ser una víctima de las circunstancias. Si no puedo verlo crecer contigo, junto a ti, entrégale cada día el amor que sabes que hizo parte de su concepción.

¡Ámalo por ambos, Maguita, te lo suplico! ¡Ámalo como si tu corazón y el mío latieran a un solo compás!

Espero saberte pronto.

Por ahora, adiós.

Hacerse pedazos fue poca cosa para lo que experimentó Cris, en especial porque en ese mismo sobre donde vino la última carta que Maigualida Álvarez conservaba de Paco Uceda, había una foto de ambos, aparentemente en el malecón de Macuto.

A la madre la reconoció sin problemas, aunque le pareciese otra mujer, más bella y radiante

que la que tuvo el infortunio de conocer a lo largo de su vida. Con respecto al sujeto... ¿Qué podía sentir si por primera vez en treinta y tres años podía hacerse una somera idea de cómo lucía su padre?

—Papá... -musitó entre sollozos descontrolados acariciando la foto con dedos temblorosos-. ¡Papá!

Y se demoró.

Se dejó caer sobre la cama, estrechando la foto con frenesí contra su pecho, sin energía, criterio o moral para juzgar esa historia que había estado oculta sin que lo supiera detrás de una tabla falsa del closet de la habitación de Maigualida Álvarez. Su mente no paraba. Las preguntas se le vinieron encima como pedruscos, con la desesperación que le producía, además, no tener respuesta para ninguna de ellas. La madre se había llevado todos los cabos sueltos de ese romance consigo.

¿Eso quiere decir que el desprecio de Maigualida Álvarez hacia ella no era otra cosa que el producto de la frustración que le había ocasionado el repentino abandono de Paco Uceda? ¿Le hizo pagar a ella, cada día de su vida, por las cosas que no podía reprocharle al que fue su padre? ¿La hizo vivir por treinta y tres años el desamor que no pudo hacerle experimentar a él? ¿Pero si le exigía en esa carta que amase a ese bebé por ambos y ella, en su malestar y en su desprecio, hizo exactamente lo contrario!

Creía que no podía llorar una lágrima más cuando el sonido de su teléfono la hizo salir por un instante de su frenesí. Alargó la mano para averiguar de qué se trataba esa notificación y casi se desmaya al ver que era un correo de Itza Arbe en el que le compartía un enlace de Zoom para la reunión que habían acordado y que además se llevaría a cabo en apenas quince minutos.

—¡No, no, no! -exclamó sentándose en la cama desesperada y dejando la foto de sus padres sobre las cartas desperdigadas-. ¡No, no! -Se puso de pie y corrió al baño para lavarse la cara lo mejor que pudo sin que eso lograra disminuir la hinchazón del rostro de una persona que había estado llorando por al menos dos horas-. Tengo que suspender la reunión con esa mujer, qué vergüenza que me vea así...

Pero, ¿cómo? Si ya Itza Arbe enviado un enlace y era una rotunda descortesía dejarla colgada tan sólo siete minutos antes. Además, podía tratarse de un trabajo adicional, ¿lo perdería por una debacle? Corrió a la cocina para buscar una infusión que consiguiera calmarla y, mientras servía el agua caliente en una taza y notaba en su reloj que el plazo de tiempo para la reunión se resumía a tres minutos, se aseguró que no encendería la cámara de su laptop, argumentando que tenía un fallo en la aplicación.

Sí, esa idea era perfecta, de no ser porque cuando entró a la sala de Zoom donde ya la psicóloga la esperaba olvidó ajustar la configuración de su inicio de sesión y allí estaba su cámara encendida delatándola con sus ojos hinchados, sus mejillas y su nariz colorada, así como su mirada de tristeza.

—¡Hola, Cristina! -Dijo Itza Arbe risueña acomodándose un poco en su silla y, cuando alzó sus ojos color miel, notó en un segundo el ánimo de la otra. Había trabajado en terapia la suficiente cantidad de tiempo como para identificar semejante malestar en otros, sin importar el medio o la distancia. Se quedó un poco perpleja por un par de segundos, pero reaccionó sin poder ocultar su curiosidad-. ¿Cómo estás?

Y esa pregunta no era precisamente un formalismo.

—Bien, bien...

Pero su mirada era esquiva, apenas si reparaba en la terapeuta en la pantalla. Itza no sólo identificó su evasión en sus ojos, también en su actitud corporal.

Vio a la chica de cabellos castaños, ligeramente rojizos y ojos color avellana tantear el escritorio ante sí y colocarse con cierta torpeza unos lentes, creyendo que valiéndose de ellos podría despistar un poco a la psicóloga. La escrutó por algunos segundos en los que además la vio beber de su taza, sin mirar nunca a la pantalla. Hasta ese momento, no se había preguntado cómo era la chica que estaba detrás de la revisión de su manuscrito, pero ahora que tenía la oportunidad de conocerla, llegó a la conclusión de que era muy diferente a lo que pudo haberse imaginado. Le transmitía una sensación de candidez y confianza a primera vista y eso, a pesar de notar que estaba visiblemente afectada, le agradó.

—Qué gusto hablar contigo, Cristina...

—Cris -puntualizó con actitud incómoda y nerviosa, tratando de lucir lo más normal posible-. Puede decirme Cris.

—Bien, Cris... -Sus ojos color miel se pasearon por enésima vez por su rostro. Notó que se mordía un poco los labios logrando con eso que se le pusieran muy rojos-. Te decía que es un gusto conocerte y tener la oportunidad de decirte personalmente que estoy muy complacida con tu trabajo.

—Gracias -dijo escueta.

Itza hizo silencio por algunos segundos y eso obligó a su interlocutora a alzar la mirada, creyendo que tal vez la conexión se había suspendido o que había alguna irregularidad en el audio.

—Dime -continuó cuando pudo verla a los ojos—. ¿Estás bien?

—Sí, sí -insistió, inquieta.

—¿De verdad, Cris? -La miró profundamente-. No sé por qué intuyo que está pasando algo, si es así...

—¡Lo siento! -Se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar. Itza se quedó boquiabierta-. ¡Lo siento muchísimo, estoy tan avergonzada! ¡Iba a suspender la reunión, pero me dio mucha vergüenza hacerlo faltando sólo cinco minutos! -hablaba contra sus manos, por lo que la psicóloga escuchaba su voz filtrada por ellas al otro lado del continente-. ¡No sé ni qué decir! ¡Qué bochorno!

—Habla conmigo -insistió, genuinamente preocupada de saberla tan afectada-. ¿Qué ocurre, Cris? ¿Por qué estás así?

—No, no... -Se descubrió el rostro, se deshizo de los lentes y comenzó a limpiarse la cara con las mangas de la camisa-. ¿Sabe qué? Va a tener que perdonarme, Itza. ¡Qué vergüenza, pero no puedo hablar así! ¡No puedo! Yo me voy a desconectar y le prometo que en cuanto me encuentre mejor acordaremos una nueva fecha y hora para esta reunión...

—¡Cris! -insistió ella sabiendo que podía ayudar cuando menos a tranquilizarla-. Cris, espera, antes de que abandones la videollamada... -La chica la miró a través de sus lágrimas-. Puedes hablar conmigo. Si sientes que contarme lo que te ocurre te ayudará a estar más serena, puedes hablar conmigo -rio con dulzura-. Soy terapeuta, ¿recuerdas? Ayudo a personas a sentirse mejor todos los días.

—No, pero... -No había modo de que aquello no la hiciera sentir ridícula. Se odió por ser tan estúpida-. Pero, yo no soy su paciente y... -sollozó-, me parece una falta de respeto que...

—A ver... -La miró a los ojos-. Respira, anda... -Inspiró despacio, mostrándole a la otra cómo debía hacerlo-. Respira por la nariz, por favor. Respira despacio por la nariz lo mejor que puedas...

Cris se sintió un poco confundida, pero, ¿qué podía hacer ahora? Salirse de la videollamada como una nena asustadiza era una soberana descortesía y negarse a obedecer a la psicóloga en su

deseo de ayudar, era otra. Ya que no podía escapar de su vulnerabilidad y de su sensación de estarse comportando como una tonta, lo menos que podía hacer era colaborar, agradecer la ayuda e intentar calmarse. Comenzó a respirar al son que le proponía la terapeuta.

—Muy bien -Itza aprovechó que la chica hacía su mejor esfuerzo para buscar rápidamente música adecuada para la ocasión y en segundos la joven en Caracas comenzó a escuchar una melodía relajante. Aquel sonido la hizo olvidar en qué estaba y la terapeuta la devolvió a la respiración cuanto antes-. Respira, no dejes de respirar como te lo estoy indicado... -Le obedeció ruborizándose un poco-. Así, muy bien. Ahora te voy a pedir que cierres los ojos, escuches la música y te concentres en los sonidos y en tu respiración -Cris hizo lo que se le pedía-, trata de que los pensamientos que lleguen a tu mente se vayan de la misma forma en la que entraron, haz un esfuerzo porque no permanezca ninguno, especialmente esos que te llevaron al llanto. Concéntrate en la respiración, siente el aire entrando a través de tu nariz en cada inhalación, nota cómo se distribuye por tu cuerpo, conténlo un poco, así, muy bien, sólo un poco y ahora exhala con suavidad, sin dejar de prestarle atención a las sensaciones de todo tu cuerpo, muy bien... -La contuvo así por un poco más de cinco minutos y luego de esa breve meditación guiada le pidió que abriera sus ojos cuando se sintiera lista. Cris así lo hizo, muy despacio. Sí, se sentía considerablemente más calmada-. Bien -le sonrió y ella por fin pudo reparar apropiadamente en la psicóloga que estaba en la pantalla. Frunció el ceño por segundos con desconcierto: ¿Era la misma persona de la foto en el manuscrito? Imposible-. ¿Quieres que sigamos adelante con la reunión? ¿Quieres suspenderla? ¿Quieres contarme qué es lo que te tiene así?

Por un segundo, se olvidó de responder y hasta creyó no haberle prestado atención a sus preguntas. La mujer al otro lado de la pantalla tenía el cabello oscuro, liso, corto, tan corto que apenas le rozaba los hombros y su mirada eran dos verdaderos focos de luz. Si tenía que describirlo de alguna manera, era una persona radiante y cuando sonreía, casi cegaba. ¿De verdad era la misma lunática de la foto aquella?

—Cris -insistió Itza con un dejo de curiosidad-, ¿me estás escuchando?

—Sí... -Recapacitó-. No, disculpe, me parece que estoy un poco desorientada...

—Te preguntaba si querías reagendar nuestra reunión, si querías seguir adelante con ella o si te gustaría contarme qué es lo que te tiene así...

Se vieron a los ojos a pesar de la videollamada.

—Yo... -Dudó, mientras en su cabeza su voz le decía: “No actúes como una estúpida, Cris, no actúes como una estúpida”-. Yo creo que sería interesante hablarle de lo que me pasa -era razonable, después de todo muchas de las acciones asociadas a su descubrimiento estaban relacionadas con el coraje que le había proporcionado el libro de la psicóloga, secundado por su recién iniciada terapia-, pero no quiero que usted vaya a pensar que estoy actuando como una aprovechada, ni nada de eso...

—No tengo por qué pensar algo así, Cris -se echó hacia atrás en su silla, que se veía muy cómoda y se balanceó de un lado a otro. Estaba en su salsa. La escritora no dudó ni por un segundo que aquella mujer sabía manejar como nadie ese tipo de situaciones-. ¿Por qué crees que sería interesante o productivo hablarme de lo que te tiene así?

—Porque, de alguna manera, usted lo propició.

La mirada de Itza fue memorable.

—No me digas... -Sonrió de un modo hermoso-. Me puedes poner en contexto, por favor.

—Sí, claro... -Se acomodó en la silla-. Su libro... -titubeó escogiendo muy bien sus palabras-. Su libro ha tenido un impacto muy positivo en mí.

—¿De verdad?

Su gesto de sorpresa vino acompañado de una sensación de agradecimiento única.

—Sí... -Bajó la mirada y se humedeció los labios con su lengua-. Verá, mi madre murió hace nueve meses -Itza la miró muy seria-. Y yo... a través de sus reflexiones, me he dado cuenta de muchas cosas.

—¿Quieres hablarme de esas cosas y cómo se relacionan con lo de hoy?

—Lo de la momificación, por ejemplo -alzó la mirada y encontró allí los ojos miel de Itza muy atentos sobre ella-. Yo he mantenido el departamento de mi madre sin mover una sola cosa durante todo este tiempo, hasta hoy -la psicóloga asintió con suavidad creyendo entender cómo se sentía-, pero más allá del hecho de que hoy hayamos sacado por fin todas las pertenencias de mi madre para donarlas, ocurrió algo que jamás me hubiese imaginado...

—Bien.

—Encontramos ocultas en el departamento unas cartas -la psicóloga arqueó la ceja con curiosidad-, unas cartas que mi padre le envió a mi madre años antes de que yo naciera...

Su voz volvió a quebrarse y, a partir de ese instante, ya no fue necesario que Itza Arbe la invitara a hablar, Cris se había subido a un vagoncito de confesión sin retorno y entre sollozos, llantos descontrolados, segundos de silencio mientras bebía de su infusión e intentaba calmarse, le contó con lujo de detalles su historia familiar y todo lo que le había ocurrido ese día revelador antes de que diera inicio a esa videollamada. Le tomó más de una hora y media poner a la terapeuta al corriente de todo aquello y cuando reparó en la hora volvió a sentirse muy avergonzada.

—No te preocupes por eso -la tranquilizó Itza con una sonrisa-. Comprendo muy bien que estuvieras así cuando iniciamos la conversación y quiero agradecerte porque, a pesar de eso, intentaste hacer tu dolor a un lado para atender este compromiso. Eso habla muy bien de tu sentido de responsabilidad y de tu coraje, pero lo que estás manejando justo ahora no es algo precisamente sencillo y es normal y necesario poner cada cosa en su lugar, porque en menos de dos o tres horas has llenado con información que no pediste un vacío existencial de treinta y tres años, Cris -revisó sus apuntes, pues en algún momento de la charla decidió tomar nota-. Mencionaste que comenzaste terapia hace unos días, ¿verdad?

—Sí -cabeceó, aún con mirada vidriosa pero más tranquila-. En parte, motivada por su libro.

—Excelente, permíteme felicitarte, Cris -su sonrisa era hermosa-. En ese caso, es de suma importancia que lleves a tu próxima sesión toda esta información que lograste obtener a través de las cartas de tu papá. Eso le va a permitir a tu terapeuta entender la naturaleza de tu constelación familiar, ayudarte a edificar esa otra parte de ti que hasta el día de hoy desconocías, identificar mejor tus heridas de la infancia y las máscaras derivadas de ella e incluso entender la manera en la que has edificado tu adultez en parte por las condiciones de tu nacimiento, con un padre ausente, una madre sintiéndose abandonada y despreciando además lo que él con tanto énfasis le pidió que cuidara por ambos -Cris sollozó con suavidad al escuchar esas últimas palabras e Itza empatizó de inmediato con su herida del rechazo-. Calma, calma, Cris. Las cosas están tomando forma y todo va a estar bien. Sé que ahora te sientes sobrepasada pero, visto con objetividad, es una verdadera bendición que todo ocurra del modo en el que está sucediendo.

—Tiene razón -admitió sin fuerzas.

—Ven -la chica en Caracas alzó la mirada-. Hagamos unos ejercicios de respiración como los del principio para cerrar nuestra conversación por hoy, ¿te parece?

—Bueno...

Se dejó guiar como lo había hecho muchos minutos atrás. Se sintió tranquila y relativamente liberada. A partir de ese instante creyó que hablar del tema con alguien más en el futuro le

resultaría mucho más sencillo. Se podría decir que era un asunto relativamente asimilado, no del todo, pero sí en parte.

—¿Te parece bien que marquemos nuestra reunión para mañana? -dijo mientras revisaba su agenda-. De ese modo podemos hablar de lo que necesito comentarte y así me aseguro de que te sientas mejor luego del tesoro que encontraste hoy.

Le sonrió y Cris le correspondió.

—Si quiere que hablemos ahora mismo de lo que necesitaba decirme...

—No -meneó la cabeza de un lado a otro-. Por un lado, un paciente me espera en unos quince minutos y, por otro, creo que es sano que te enfoques en vivir y gestionar tus emociones de cara a todo lo que descubriste esta tarde. Te mereces ese tiempo, Cris. Te lo han negado por treinta y tres años.

—Bueno.

—Mañana a la misma hora, ¿te viene bien?

—Sí, claro -sonrió con timidez valiéndose de un gesto encantador-. Prometo no hacer el desastre de hoy.

—Nada de eso -la tranquilizó-. Bien, te veo mañana, Cris.

—Así será.

La videollamada finalizó. Allí estaba el rectángulo azul de Zoom acompañado de la mirada perpleja de la escritora. ¡Acababa de llorar como una adolescente desconsolada ante Itza Arbe quien no sólo era su cliente, también una persona a la que admiraba! Se cubrió la cara con ambas manos, no podía ni siquiera imaginar lo que le diría Vega de semejante anécdota.

—¿Lloraste? -Aún sostenía en sus manos la carta del 01 de marzo de 1990 que había escrito Paco Uceda. Cris se puso colorada como pocas veces en su vida-. Lloraste delante de la psicóloga con cara de lunática, ¿así?, ¿a moco tendido?

—Eh... -acotó alzando un poco el dedo con un gesto cómico-. A decir verdad, no sé si se hizo algo en todos estos años... Una cirugía rejuvenecedora, qué sé yo, pero...

Apretó los labios y miró a Vega a los ojos.

—¿Pero?

Arrugó la cara con curiosidad.

—Pero, no es para nada la mujer con cara de pocos amigos que sale en la foto.

—¿Entonces?

Se cruzó de brazos en el sofá de la sala, el mismo lugar en el que había leído todas las cartas del padre de Cris.

—Pues...

Miró al suelo y se puso aún más colorada.

—¿Qué? -Cris no dijo una sola palabra-. ¿Qué?

—¡Es bella, Vega! -Se tomó la cara con ambas manos, sonrojada-. ¡Es muy bella! -Comenzó a manotear nerviosa mientras la amiga reía-. Es decir, no la pude ver muy bien a través de las lágrimas...

—Y los mocos...

—No seas desagradable, que posiblemente sí se me salieron algunos ¡y la sola idea de haber hecho el ridículo delante de esa mujer, me mata!

—Bien. Mocos aparte...

—Mocos aparte, no pude detallarla muy bien, estaba más enfocada en mi malestar y todo eso, pero sí que es bella... -Abrió tamaños ojos y enfatizó:- ¡mucho, Vega! ¡No es ni la sombra de la mujer en la foto del manuscrito que me envió MariLo!

—Bueno -cruzó la pierna y se recostó del respaldo del sofá-. Suerte que tuvo Baudilio, ¿no?

—Pues sí -dijo con mirada perdida recordando los ojos y la sonrisa de Itza Arbe.

—Algo me dice que tendremos que sugerirle a la psicóloga una nueva sesión de fotos para la publicación de su libro.

—Eso es definitivo -asintió con gesto de boba-. Es un desperdicio que luciendo tan bien en la actualidad ponga esa foto que no le favorece en nada.

—Ahora, volviendo a Paco -sacudió la carta entre las manos y volvió a echarle un vistazo fugaz-. Esto parece sacado de una película... -Las amigas se vieron fijamente-. ¿Quién se podía imaginar que Maigualida tuviese semejante secreto? -Tomó la foto que estaba a un lado sobre el mueble, acompañando al resto de las cartas y detalló muy bien a Uceda-. Así que por fin sabemos quién es tu papá. Te diré -volvió a verla-, no sé qué pensar de todo esto. Por un lado, al sujeto no le decían poeta en vano.

—Por momentos sus cartas me recordaron a Sabines, la verdad.

—No conozco a Sabines, conozco a Sabina. Mi canción favorita de él es *Y sin embargo*. Me parece de las letras más honestas que he escuchado en mi vida.

—Pues Sabines y Sabina no son la misma persona -Vega ya reía con ganas-. No sé de qué canción hablas y con respecto a las emociones que se expresan en esas cartas, tengo sentimientos encontrados.

—Mi mejor parte fue... -Alzó la carta a su lado y con ojos entrecerrados paseó la mirada por la página-. ¡Ah, sí! ¡Perdóname porque la embaracé otra vez! ¡Yo no quería! De verdad que casi le digo tu nombre en la intimidad y me imaginé que eras tú, pero ya sabes, mi virilidad y mis padres presionando, así que un nuevo bebé viene en camino, pero... ¡Te amo, mi corazón de alcachofa!

—De anacardo -dijo conteniendo la risa-. ¡Mi corazón de anacardo!

—¿Anacardo?

Frunció el ceño extrañada.

—Merey. Castañas de Cajú, como le quieras llamar.

—¡Ah! -Rio con ganas-. Es un fruto seco, pues la verdad es que le va muy bien a tu madre, que tenía el corazón casi de piedra.

—No lo sé, Vega -se sentó a su lado y comenzó a recoger las cartas y a doblarlas con mucho cuidado. Revisó las fechas una a una y las devolvió a sus respectivos sobres. No se perdonaría arruinar de algún modo el mayor secreto de Maigualida Álvarez-. Por unos instantes me pareció una historia conmovedora... ¿Y si de verdad la amaba tanto como dice en sus líneas, pero por cobardía, por no fallarle a la familia o por indecisión tomó siempre el camino más difícil?

—El más cómodo, me parece a mí -le devolvió la foto, que volvió al sobre donde había estado guardada quién sabe desde cuándo-. Y me perdonas que te baje de un escopetazo a Cupido de la nube, pero era más sencillo para él permanecer en España, quedar bien con la esposa, con los hijos y con las familias de ambos, que empezar de cero en este país con una completa desconocida a la que deseaba como un loco.

—Imagino que mamá pensó como tú.

Vega vio el desánimo y la tristeza de Cris en su gesto. Le tomó la mano.

—Eso es casi seguro, lo que es definitivamente imperdonable es que, como bien reflexionaste hoy, te haya hecho pagar a ti por su frustración -volvieron a verse fijamente-. Si me lo preguntas, pareciera que no hubo amor o al menos amor sano, por ninguna de las partes. Si ella hubiese querido a Paco del modo correcto, nunca te hubiese convertido a ti en la víctima de su abandono y más allá de esto, más allá de que el sujeto simplemente decidiera quedarse en Europa

haciéndose cargo de sus hijos y quizás rehaciendo su vida con otra, tú eras un ente aparte, una personita aparte, más allá de toda esta historia. Es como si Molina y yo culpásemos a Ezequiel de que las cosas entre nosotros no funcionaron.

—Entiendo tu punto.

—¿Qué sientes con respecto a ese hombre?

—De momento, no lo sé con exactitud, pero si Itza Arbe me sugirió hoy que hablara de esto con mi terapeuta lo antes posible, debe ser porque de seguro eso le va a dar mucha tela para cortar en la terapia.

—No necesito ser psicóloga para saberlo.

—Bueno -Cris se puso de pie con las cartas entre las manos-. Devolveré esto a su sitio, me tomaré algo caliente y me iré a la cama temprano. Hoy no pude adelantar nada de mi nuevo proyecto, así que mañana madrugaré para ponerme al día con esto y reunirme más calmada con Itza Arbe.

—Haz una captura de pantalla -le guiñó el ojo con picardía e hizo reír a la amiga-. Quiero ver qué tan bien la trató la vida luego de semejante sufrimiento.

—No tienes idea -musitó sonriendo-. De verdad, ¡no tienes la menor idea!

Capítulo XVIII

A las cinco de la mañana, ya Cris estaba sobre su laptop con una taza de café a su lado, trabajando en su manuscrito de *Real Estate* valiéndose del esquema y de los apuntes que había obtenido de la productiva reunión con su nueva cliente. Tal y como le había asegurado MariLo, se trataba de una chica que sabía muy bien lo que quería, tenía sus ideas más que claras, pero no, escribir no se le daba para nada, a menos que fuese algo demasiado técnico y puntual.

Por suerte, contaba con la escritora para encargarse de ese trabajo. A diferencia de la especialista en el negocio inmobiliario, a ella sí le salía natural eso de manejar magistralmente las palabras y ratificar, una vez más, una de sus mayores habilidades la llevó de inmediato al recuerdo de Paco Uceda. Así que su verdadero nombre era entonces: Cristina Uceda.

No supo cuándo dejó de mover las manos sobre el teclado, mirando de soslayo el humo delgado que provenía de la taza de café que apenas había probado. Un recuerdo la llevó a una cosa y a otra y a otra. No sólo pensó en cuál podría ser su verdadero nombre de haber sido reconocida por ese hombre como hija legítima, también se le vino a la cabeza la idea de que en algún lugar del mundo tenía a dos medios hermanos y qué podría hacer con eso... ¿Sabrían Lorena y Gonzalo de su existencia?

—Bueno... -musitó con suma suavidad, lo menos que quería era despertar a Vega o a su hijo a esas horas-. El poeta parece ser un tipo sensato, capaz de hablarle a esos chicos sobre aquella historia cuando tuvieran la edad adecuada para entenderlo -sonrió de medio lado-. Ya casi nos parecemos a los hijos de Meryl Streep en *Los puentes sobre Madison*.

¿Y si a sus hermanos les había pasado igual? ¿Y si su padre también había muerto y le habían descubierto las cartas de amor de Maigualida Álvarez? ¿Cartas de amor de Maigualida Álvarez! Casi le sonó a *impossibilia*. Había conocido y tratado con una mujer tan agria y tan anti romántica por tantos años que le parecía imposible que alguien así pudiese sentir una emoción como esa por alguien. ¿Y si sólo se fingió enamorada porque pretendía sacar algún beneficio de esa relación?

—¡Ay, Cris! -se reprendió a sí misma-. ¿Cómo puedes pensar así?

¿No era más sencillo y compasivo pensar que quizás Maigualida sólo fue una mujer joven y enamorada a merced de una ilusión cuyo corazón se volvió de piedra ante el desengaño de saberse abandonada en el último tramo de su embarazo? Arrugó los labios poco convencida. Su madre había sido tan cruel con ella siempre que no veía el por qué ella debía ponerse en sus zapatos ahora, pero sabía que detrás de todo eso había una senda de sanación que tenía que andar, le gustase o no.

A propósito de la sanación, el recuerdo de Itza Arbe se le vino encima como un techo que se desploma. Se cubrió la cara con ambas manos y se puso colorada sólo de pensar cómo le había lloriqueado, sollozado, moqueado, mientras ella la miraba con rostro sereno y comprensivo. ¿Con qué cara la vería esa tarde cuando volvieran a conversar?

—¡Ja! -soltó con picardía en un tono más alto que el adecuado para la hora-. ¡Con tal de verla otra vez, me vuelvo una desvergonzada y lloro como una mártir en cada videollamada!

Siguió escribiendo con una sonrisa juguetona instalada en sus labios. Bueno sí, al parecer tenía un *crush* con la psicóloga, a pesar de que fuese heterosexual y viuda. ¡Gran cosa! Ahí, en su soledad, en su torre de ensoñaciones, podía ser tan promiscua como le diera la gana y nadie, nunca, se enteraría de qué tan lejos se iba su imaginación tratándose de la genialidad, la sensibilidad, la sabiduría...

—Los ojos, el cabello... -se fue enajenando-, ¡los labios!

De Itza Arbe, nomás dejarse llevar, el recuerdo de Lara vino sobre ella como un cuervo que te picotea la cabeza. Sí, allí estaba en su bandeja de entrada el último mensaje que le había enviado la chica de veintinueve años la noche anterior:

“Hey, que no te importe una mierda lo que siento y que me hayas tirado al olvido como a un cero a la izquierda no quiere decir que no me duela ver cómo subes vainas a tu Cristagram. Me alegra que estés tan feliz sin mí, pero te advierto que verte bien mientras yo me estoy muriendo de despecho me duele más. Ten más cuidado con las idioteces que publicas”.

Hablaba de la cuenta de la escritora en la red social y aunque se había quedado pasmada con el reproche, la verdad es que no entendió el reclamo de su ex novia. La foto que supuestamente le había abierto el pecho en dos de dolor y desamor no era más que una toma en la que se veía su laptop y una taza de café sostenida por su mano acompañada de un texto que decía: “Lista para hacer lo que más me gusta: escribir”.

¿En serio la jovencita de casi treinta era capaz de hacer semejante escándalo por esa tontería? Pero más allá de si Lara se victimizaba o no, sí era cierto que le producía culpa entusiasmarse con la sola idea de que esa tarde volvería a ver a la psicóloga por la que sentía una genuina admiración. No podía decir que la ruptura con Lara había pasado del todo por debajo de la mesa tratándose de sus sentimientos y de su corazón. Le dolía. Le dolía y la hacía sentir frustrada, aunque era completamente cierto que, lejos de las exigencias de la novia, también se sentía más enfocada y en su centro. En el fondo de su corazón albergaba una esperanza y era que ya no se permitiría caer tan bajo en una relación; en adelante, haría sus movimientos amorosos con cuidado y con conciencia, poniendo límites sanos, como le había aconsejado su terapeuta, así como su buena amiga Vega en su momento, con conversaciones incómodas de por medio, si es que eran necesarias.

Volvió sobre su manuscrito, tratando de olvidarse no sólo de los reproches de Lara, también de su tontería con Itza Arbe y sacó el mayor provecho posible a las primeras horas del día. Luego de almorzar, decidió releer todo lo que había estado escribiendo esa mañana, bastante satisfecha de sus avances. Sentía que estaba progresando a muy buen ritmo con ese proyecto y gracias a eso se tomó un par de horas de descanso antes de la reunión con la psicóloga. No se permitiría que la encontrara deshecha como el día anterior.

Se dio un baño, se secó el cabello con calma y minuciosidad, se maquilló un poco y se arregló para la ocasión. Se había cambiado de camisa por tercera vez cuando le llegó un email de Itza con el enlace de la sala de Zoom en la que se verían aquel día y, percatándose de que sólo restaban quince minutos para la charla, se miró de arriba a abajo en el espejo, se convenció de que la prenda que había escogido era mejor que las otras que se probó antes y se dispuso a esperar paciente sentada en su escritorio. Se aseguró de tener a la mano su libreta para tomar notas, algo con qué escribir y, desde luego, una copia en la pantalla del manuscrito editado por el que le habían pagado.

Por último, encendió la cámara de la laptop para verificar que se veía bien (al menos mejor que la tarde anterior en medio de su festín de mocos y lágrimas), aprovechó de limpiar los cristales de sus lentes y, segura de que no se le olvidaba nada, hizo click en el enlace compartido por la psicóloga y la aplicación de Zoom se abrió, manteniéndola en zozobra por al menos un par de minutos, cuando por fin el *host* le dio acceso a esa videollamada.

En el preciso momento en el que la cámara de la psicóloga se encendió, Cris miró su perfil; parecía estar buscando algo en una de las gavetas de su escritorio e, inclinada un poco hacia

adelante en su silla, hacía su cabello a un lado con la ayuda de su mano izquierda. Esa tarde llevaba un suéter de cachemira de cuello alto color turquesa pálido. Ahora que lo consideraba, no podía recordar qué llevaba puesto el día anterior. Por mucho que hizo memoria, no dio con una imagen cierta. En sus vagos recuerdos, quizás se trataba de una camisa azul pálido, ¿gris claro? Era difícil de decir.

—¡Hola, Cris! -Y allí estaba ya la sonrisa de la psicóloga tirándola al suelo y derrumbándole la resolución de no andar fantaseando mientras estaba en medio de un duelo por su ruptura con Lara. La otra, en el Norte, alzaba por fin los ojos a la pantalla, mientras los de la escritora habían estado sobre ella en cada segundo que llevaba esa conexión por videollamada. Sí, eran color ámbar y estaban repletos, ¡repletísimos de vida! Eran audaces, sagaces, compasivos, tiernos. Cris suspiró sintiéndose tonta-. ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes hoy?

La vio manipular con sus manos grandes y delgadas una libreta. Le pareció que cruzaba la pierna, porque gracias al tiro de cámara no podía ver más allá de la línea del busto y vio cómo se acomodaba en la silla; acto seguido, se metió la mano izquierda en el bolsillo, sacó de ella un reloj de pulsera de caja cuadrada, miró en él la hora y lo volvió a guardar. Esa rareza no pasó desapercibida a los ojos de la escritora que ya se disponía a responder:

—Estoy mejor -dijo avergonzada, pero decidida a comportarse como una mujer adulta-. Tuve la oportunidad de tomarme mi tiempo, releer las cartas e ir asimilando las cosas... Aún no he ido a terapia -dijo mientras Itza la miraba profundamente y asentía con suavidad-. Mi próxima cita es pasado mañana y entonces podré hablarle a la terapeuta de este tema.

—Perfecto -le sonrió con sutileza-. Lo que descubriste recientemente es algo muy importante que de a poco y en tus tiempos vas a ir incorporando a tu realidad; además, trabajarlo en terapia va a ser crucial porque, como te comentaba ayer, de allí van a derivarse muchas cosas que te ayudarán a tomar consciencia de tu historia: la relación con tu madre, la relación con tu padre, aunque fuese una figura sin rostro y las actitudes que se fueron formando en tu adolescencia y adultez como consecuencia de todo este escenario familiar -se aclaró la garganta con suavidad-. Entonces, en general, nos sentimos mejor, ¿cierto?

—¡Mucho mejor! -Sonrió entusiasmada y le permitió a la psicóloga ver un gesto que desconocía en ella-. Y en buena parte tengo que agradecerle a usted esa sensación de mejoría -bajó un poco la mirada escogiendo sus palabras para no sentir que metía la pata otra vez-. Verá, ayer me sentí tan avergonzada, ¡tan avergonzada! -Se tomó la cara entre las manos-. Me quería morir por haberme mostrado así ante usted. Incluso, después de que terminamos nuestra charla, me sentí en deuda por haberle robado dos horas de su tiempo...

—No me robaste nada, Cris -dijo alzando su mano derecha para atajar el discurso de la escritora. La chica en Caracas vio que en ella sostenía, entre sus dedos, una pluma fuente de color negro-. Yo de buena gana te cedí ese tiempo. Yo insistí en ayudarte, en escucharte en ese primer momento en el que asimilabas algo muy intenso que se estaba desarrollando casi en ese preciso instante. Debería ser yo la que agradezca la confianza por tu parte, ¿no crees?

—Visto de ese modo -se quedó pensativa.

—Además, me aseguraste que en parte mi libro ha sido el detonante de muchos cambios positivos en tu vida...

—¡Eso lo puede tener por seguro! -dijo con convicción.

—Entonces, no nos debemos nada -sonrió-. Estamos a mano -pensó y su sonrisa, que al principio era dulce, se volvió pícaro-. O, al menos, era así hasta este momento, porque la razón por la que necesitaba reunirme contigo tiene que ver precisamente con el libro que corrigiste hace poco.

—¿Hay algún problema con la edición? -La miró preocupada-. ¿Encontró errores?

—Sí -dijo muy seria y Cris palideció, cubriéndose un poco la cara con la mano-. El peor error de todos, de hecho.

Estaba sentenciada. Si la tarde anterior no se había desmayado cuando la reunión con Itza la tomó desprevenida, despeinada, hinchada y compungida, ahora esta confesión de la psicóloga sí que la dejaría tendida en el suelo. Sintió un calor enorme subiéndole al rostro a toda velocidad y en un sólo segundo se puso colorada. Al mismo tiempo, repasaba en su mente todas las normas de corrección ortotipográfica que conocía y en cuáles podía haber fallado. ¿Qué se supone que haría ahora? Bueno, aún podía devolver la segunda parte del pago, contaba con los medios para hacerlo y así podría resarcir su terrible desempeño. Pero... Frunció el ceño confundida. ¡Pero si MariLo le había dicho que la psicóloga estaba sumamente feliz con su trabajo! ¡Ella misma se lo había mencionado en el email de la tarde anterior! ¿Por qué ahora...?

—...Cris... ¡Cris! -La chica por fin reaccionó-. ¿Me estás escuchando? -La escritora se quedó con la mente en blanco.

—Yo...

La mujer de cabello negro rio muy divertida al corroborar su absoluto despiste.

—¿Dime qué fue lo último que escuchaste?

—Mencionó que había un error -lo dijo tartamudeando-, el peor de todos, de hecho...

—Y desde ahí la mente te envolvió en su vorágine, ¿no? -Sonreía. ¿Qué podía haber de gracioso en un desastre como ese?-. Inmediatamente después de que te pusieras pálida y a la vez colorada como un tomate, pasé a explicarte que tenemos un problema con el tratamiento que se le da a Beatriz en el libro.

—¿Beatriz?

Ahora entendía menos. Si la tarde anterior la psicóloga había impedido que se saliera de la videollamada, esta vez nada la detendría.

—Sí, Beatriz.

—Beatriz -balbuceó y la miró desconcertada-. ¿B es Beatriz?

—B es Beatriz, exactamente -lo dijo asintiendo con su cabeza-. Mi esposa, la que falleció hace cinco años, Cris.

Su rostro debe haber sido una caricatura viviente, porque la risa de Itza no tuvo igual en el mundo. La escritora se enderezó un poco en la silla sintiéndose tonta.

—Veo que te tomo por sorpresa con esto.

—Eso explica muchas cosas -susurró, atando cabos en su cabeza.

—¿Sí? -La curiosidad de Itza se asomó a sus ojos de inmediato-. ¿Cosas como cuáles?

—Espero no sonar prejuiciosa, pero... -Se peinó un poco la ceja y se metió el cabello detrás de la oreja-, pero hubo momentos en los cuales se describía el amor, el acompañamiento en la relación de un modo tan especial, tan íntimo, que llegué a pensar que no parecía una conexión propia de un hombre y una mujer...

—Entiendo -la vio con sumo interés-. Sí puede ser un juicio por tu parte, pero entiendo muy bien a lo que te refieres.

—Y, por otro lado, muchas veces se refería a ella en género femenino -alzó los hombros-. Llegué a creer que no entendía bien el tratamiento del género del sustantivo, pero ahora que menciona todo esto...

—Sí, sí, verás... -se acomodó en su silla-, fue idea de MariLo -ahora que a Cris se le disipaban los colores del rostro, podía escucharla con total atención-. MariLo me sugirió desde el principio que tratásemos la historia como si me refiriera a un hombre y, antes de entregarte el manuscrito

para corrección, yo intenté sustituir todas las palabras que hacían alusión a Beatriz; de hecho, borré su nombre siempre que la mencionaba y conservé en su lugar su inicial, en vista de que era indeterminada...

—Ya.

—Pero una vez recibí la obra corregida y me sentí a releer tu trabajo, me sentí como una verdadera estúpida -ahora Itza lucía muy seria, lo más seria que Cris jamás la hubiese visto-. Me sentí desleal. No podía ser posible que un amor tan grande, una relación que me llevó a descubrirme en lo mejor de mí misma, que luego me hundió en la más honda de las depresiones y que de nuevo me alzó en una absolución que me condujo a la persona que soy ahora, pudiese ser tan vergonzosa como para que yo pretendiera enmascararla con el fin de vender más libros o de captar a más clientes...

—¿Eso le dijo MariLo? -Cris frunció el ceño, ahora tan seria como Itza.

—Sí, exacto. Eso me aconsejó -alzó las manos un poco-. No quiero que nada se malinterprete aquí, Cris. Yo estoy sumamente complacida con el trabajo y la asesoría de MariLo. Ella me ha dado mucha claridad en algunos asuntos en los que estoy completamente desinformada, pero en esto de ocultar el verdadero género y naturaleza de Beatriz en mi vida y en mi historia, no puedo ceder. Creí por un instante que sí, pero releer el libro y escuchar cómo se hacía referencia a alguien que no existe, a una mentira, me dio la sensación de que todo se estaba empañando y eso es algo que no me puedo permitir. MariLo, desde su punto de vista comercial, mediático, argumentó el cambio asegurándome que los lectores podían restarle valor a la esencia de este texto y a mi propia imagen al saber que soy lesbiana y que viví abiertamente una relación muy profunda con otra mujer, que esto podía traerme incluso problemas con posibles pacientes, pero... Lo siento -sacudió la cabeza-. No estoy de acuerdo. Precisamente por eso, quería saber tu opinión. Quise reunirme contigo, que eres imparcial en todo esto y que conoces la obra, para que me des tu punto de vista y me ayudes con una última corrección en la que únicamente devolveremos a Beatriz su género. La inicial indeterminada puede quedarse como está -se miraron a los ojos-. ¿Qué opinas, Cris?

—Pues -se acomodó en su silla-, pues le diré que yo no soy tan imparcial después de todo -Itza la miró con curiosidad. Reparó en cada uno de los gestos de Cris, muy especialmente en sus ojos-. Verá, Itza, yo también soy lesbiana -la otra recibió esa confesión impávida-, así que si su libro ya me había hecho mucho sentido por todo lo que he estado viviendo desde la muerte de mi madre, ahora que sé la naturaleza del amor que hubo detrás de esa depresión y de ese despertar de la consciencia, me complementa y me alienta mucho más. Si quiere mi opinión...

—Por favor.

—Y sin ánimos de contradecir la postura de MariLo, me parece que una persona que no sea capaz de entender la magnitud de su historia por un detalle como ese, no sólo no es merecedora de leerla y de acceder a todo el conocimiento que usted revela en su obra, menos que menos es merecedor de ser su paciente y de que usted lo acompañe en terapia.

—Vaya -la miró ligeramente perpleja. Sin imaginarlo, la escritora con su aplomo la sacó de su gesto imperturbable-. ¿Podrías reunirte con MariLo y conmigo para que le hagas ver esta perspectiva?

Cris sonrió con suavidad.

—Si usted siente que mi opinión la puede ayudar a llevar este proyecto por el camino que espera para él, cuente conmigo.

—Gracias -se sonrieron con calidez-. Gracias, Cris. Creo que es una fortuna contar contigo.

—¡Ah! Y una cosa más...

—Dime.

—La foto suya en el manuscrito -Itza rio de inmediato-. ¡No puede publicar ese libro con esa imagen de usted!

—¿No? -Le sonrió luego de reír a sus anchas-. ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—¡Que no venderá un solo libro...! -Se cubrió la boca con ambas manos y puso cara de espanto. ¿Podía hacer otra cosa que no fuese cometer imprudencias delante de esa mujer? Esta vez la carcajada de Itza fue totalmente memorable. Rio por minutos hasta llorar. Cuando pudo recobrar el habla, comentó risueña:

—¿Tan mal me veo en esa foto?

—Bueno -temía decir otra estupidez, por lo que pensó antes de hablar-. Lo único que le puedo decir es que, comparada con la persona que es hoy en día, no le hace ningún mérito.

—Gracias -inclinó la cabeza halagada-. La foto es meramente referencial, ya lo habíamos considerado, aunque agradezco que lo sugieras. Es una imagen de mis primeros meses luego de salir de la casa de cuidados en la que fui recluida -se peinó el cabello de nuevo con la ayuda de los dedos de su mano izquierda y Cris miró cómo sus hebras, oscuras, suaves y lisas, se distribuían en torno a su cabeza cayendo de un modo encantador-. No sé si MariLo te lo mencionó, pero comencé a escribir ese libro cuando me mudé a mi nuevo departamento, luego de vender la casa que compartí con Beatriz y comenzar a deshacerme de sus primeras cosas.

—No lo recuerdo -dijo haciendo memoria-, pero me parece que sí que pudo haber mencionado algo.

—Es probable -se metió de nuevo la mano en el bolsillo y sacó de él aquel reloj que Cris vio al principio. Lo detalló lo mejor que pudo en esos segundos y le pareció un diseño sofisticado. No parecía precisamente una baratija. ¿Por qué alguien llevaría un reloj de lujo en el bolsillo en lugar de usarlo en la muñeca? Le dio mucha curiosidad-. Bien, Cris, me encantó hablar contigo y saber que te encuentras mejor...

—Gracias.

—Ahora tengo que dejarte, atiendo a un paciente en quince minutos.

—Bien.

—Te mantendré al tanto de todo, en especial cuando MariLo pueda reunirse con ambas para proponerle que dé un nuevo enfoque a las comunicaciones del libro, conservando en él la imagen intacta de Beatriz y haciendo del entendimiento de todos mi orientación.

—Excelente. Iré trabajando en los cambios.

—¡Fantástico! -Sonrió y la miró con dicha-. Hasta pronto, Cris.

—¡Hasta pronto! -E Itza cerró la sesión.

Cris se quedó unos minutos mirando a un punto indeterminado y cuando volvió en sí casi se desmaya. ¡Había olvidado por completo hacer la captura de pantalla que Vega le pidió! Sabía de sobra que la amiga no se lo perdonaría.

¿Para qué mentirse si pasó el resto de la tarde ansiosa? Agradeció que la mañana fuese tan productiva porque, luego de cierta hora, no pudo hacer que su cabeza parara sobre sus hombros ni tan siquiera un instante. Calmó su inquietud por momentos intentando averiguar qué reloj era aquel que llevaba la psicóloga en el bolsillo y cómo era posible que lo usara de ese modo.

“Reloj femenino de caja cuadrada” puso en el buscador de Google y de inmediato salieron opciones como Casio, Q&Q o Mark Maddox pero, aunque el primero y el segundo se le asemejaban bastante, sabía que el de Itza no era de esa marca. Se quedó algunos minutos pensativa y volvió a teclear “reloj femenino de lujo de caja cuadrada” y en esta oportunidad vio el Square Bang Unico de Hublot, el Tag Heuer Monaco, el Santos de Cartier y... ¡Eureka! ¡El

Tank de Cartier! Se enojó un poco consigo misma al no ser capaz de reconocerlo a simple vista, considerando que era todo un ícono de la moda entre las celebridades y, al investigar un poco más sobre este modelo clásico e imperecedero, se dio cuenta de que habían algunos que podían rondar los diez mil dólares. ¿Cómo mierdas podía Itza Arbe tener un reloj que costaba esa cantidad de dinero metido en el bolsillo?

¿Beatriz tenía algo que ver en eso? No lo podía saber con certeza. Se conformó con la teoría de que la esposa quizás le regaló el reloj en un cumpleaños, en un aniversario o durante la Navidad y el vínculo entre ambas estaba por encima de... ¿Llevarlo en el bolsillo? Eso no tenía sentido. A juzgar por la apariencia de la psicóloga, por su entorno, parecía una mujer que había aprendido a cuidar muy bien de sí misma y de su imagen, en especial por lo que le tocó vivir durante su etapa de depresión, así que no, era descabellado pensar que alguien así desaprovecharía la oportunidad de llevar un reloj como ese y lucirlo. Probablemente se trataba de un accidente reciente con la correa y no había tenido tiempo de llevarlo a una buena relojería para que lo repararan. Estaba sumergida en ese limbo de hipótesis que iban y venían cuando escuchó la puerta del departamento y notó, por la hora, que Vega y Ezequiel habían llegado a casa.

Al niño lo recibió con un par de besos amorosos y él, emocionadísimo, le contó que en su práctica de baseball no sólo había anotado dos hits, también había impulsado carreras. Cuando la escritora buscó la mirada de su amiga notó que la chispa en sus ojos no era la habitual y, aunque no dijo nada en ese momento, se decidió a mencionarlo minutos más tarde, cuando se quedaron a solas en la cocina y ella puso la greca sobre el fuego para hacerse un café.

—¿Estás bien? ¿Algo te preocupa?

Vega suspiró mientras veía la llama azulada lamer la base poligonal de ese recipiente metálico.

—Estoy agotada, Cris -la escritora entrecerró los ojos y vio su perfil cruzada de brazos y apoyada de la mesada-. Tengo una reunión el lunes con mi nueva jefa y estoy adelantando todo lo que puedo para ese momento.

—Entiendo.

—¡Pero no te preocupes por mí y por mi monotonía! -La miró a los ojos intentando sonreír lo mejor que pudo-. ¿Cómo estuvo tu reunión con Itza?

Cris habría querido que el ánimo de Vega fuese el de siempre, pero respetó su decaimiento.

—¡Muy bien! -Fue entusiasta, pero no demasiado.

—¿Estaba tan bella como ayer? -Le sonrió con un dejo de malicia y eso fue suficiente para que se atreviera a dar rienda suelta a su picardía.

—¡Es lesbiana, Vega! -Le tomó la mano y se la sacudió. La amiga la miró boquiabierta-. ¡Itza Arbe es lesbiana!

—¡Vaya, vaya! -Parecía cobrar ánimos. Un buen chisme le hizo la tarde-. ¿Así que Baudilio es...?

—¡Beatriz! ¡Su Baudilio en realidad era una Beatriz y quiere reivindicarla en su libro!

—Interesante -el humo comenzó a salir por la boquilla de la greca impregnándolo todo del olor del café. La retiró del fuego, buscó par de tazas en la alacena y sirvió tinto para ella y para su mejor amiga-. Así que tú debes estar en una nube.

Cris vio el líquido caer en las tazas y sonrió con picardía.

—Intento no hacerme demasiadas ilusiones... -inspiró desesperanzada-, ir tras una mujer como Itza Arbe es como ir detrás de Moby Dick.

—¿La ballena asesina?

Se miraron a los ojos.

—No. Esa es Orca.

—Sí, sí -rio un poco mientras buscaba el tarro de azúcar-. Es verdad. Entonces no entiendo por qué la psicóloga es Moby Dick, lo siento.

—¡Porque debe ser una mujer inalcanzable! -Lo dijo con pasión y Vega le alargó la taza con el café tras endulzarlo. Ambas se sentaron a la mesa-. Hacer que una mujer como ella se enamore de ti, debe ser como querer meter a la Luna en una botella para usarla como foco en tu mesita de noche.

—¡Caramba! ¡Paco Uceda dejando su legado en ti! ¿No? -Rieron-. Bueno, al menos te servirá para recrear la vista -vio a Cris suspirar como una adolescente que se enamora de su profesora de literatura-. Espero me hayas guardado una buena captura de pantalla...

—¡No! ¡Lo olvidé! Estaba tan concentrada que lo olvidé.

—¿Concentrada? -La miró incrédula-. No me digas.

—Te la debo -hicieron silencio mientras bebían café. No lo notaron, pero cada una a su manera se quedó pensativa, la una con un gesto de intriga, la otra con un semblante melancólico-. Por cierto... -Cris sacó a la amiga de su arobo en un tris-. ¿Se te ocurre por qué alguien decidiría conservar un reloj tan caro como el Tank de Cartier metido en el bolsillo de su pantalón?

—¡Me muero! -Se puso la mano en el pecho e hizo reír a Cris. No se equivocó cuando intuyó que Vega sabría de sobra de qué le estaría hablando de sólo mencionarlo-. ¡Me muero si no pudiera lucir mi Tank de Cartier!

—¿Tienes uno? -La miró atónita.

—¡Ya quisiera, niña!

Su cara de decepción fue memorable, pero el gesto cómico fue sustituido en segundos por uno más grave, en el que su mirada se precipitó en la nada, mientras recordaba el Movado Face que vio alguna vez en la muñeca de...

—¡Es raro! -Cris la trajo de vuelta con su comentario-. ¡Es muy raro! ¿Quién lleva un reloj de pulsera metido en el bolsillo, sobre todo si es tan costoso?

—Debe tener algún significado -bajó la mirada y la depositó en su café. Hundió su mano izquierda en su cabello, acariciando luego su nuca. Su chispa se apagaba con facilidad aquella tarde. Cris la miró con atención ignorando su estupor, no así la teoría que se estaba forjando en su cabeza-. Considerando lo profunda que es esa mujer por todas las cosas que plasmó en su libro, puedes estar segura de que el reloj en el bolsillo tiene un significado y eso nos lleva de inmediato a...

—Su *Beatrice*.

—Pues sí -sonrió sin ganas y volvió a mirar a un punto indeterminado en la cocina-. A su Baudilia... -Bebió un sorbo de su café-. Me debes esa captura de pantalla. Así que más te vale conseguirla pronto.

—¡Cuenta con ello!

Y de inmediato pensó, con ilusión, cuándo sería la próxima vez que vería a la psicóloga.

Capítulo XIX

Llegó antes que nadie más al bufete ese lunes. De ser por ella, habría dormido en la oficina sólo para calmar con eso la ansiedad que le producía la reunión que tendría esa mañana con la nueva directora.

—No -dijo mientras ponía el filtro en la cafetera, tomaba de la estantería de la *kitchenette* el café en polvo y lo vertía en él-. No exageremos. Si hubiese dormido en el bufete no me vería tan bien esta mañana.

Vanidosa, a la espera de que el líquido se colara, miró su reflejo en la superficie espejada del microondas que estaba al fondo. Se acomodó un poco la camisa color coral de lunares blancos diminutos que llevaba puesta y corroboró en dos segundos su maquillaje. Estaba impecable como pocas veces.

Sirvió la bebida en un vasito térmico, la endulzó, devolvió la jarra de cristal a la base de la cafetera para que se mantuviera caliente y el resto de los empleados pudieran beber de ella y se dio la media vuelta para regresar a su despacho y esperar allí por la llegada de Samay Jinez.

Avanzó con su acostumbrado paso decidido y en los pasillos del bufete sólo se escuchaban sus *stiletos* marcando el compás contra el suelo, cuando de pronto oyó la puerta de cristal abrirse y el sonido de otras suelas en el lugar. Frunció el ceño preguntándose quién llegaría luego de ella esa mañana y, al cruzar hacia su oficina, vio a Álvaro Labarca hijo acomodándose el nudo de la corbata, rumbo a su lugar de trabajo.

—Vega -dijo sin reparar demasiado en ella-. Buenos días.

—Doctor -inclinó la cabeza y pasó por su lado como si nada. No obstante, el aroma del café envolvió al sujeto que de inmediato sintió un repentino antojo.

—Vega -ella volteó a mirarlo arqueando un poco su ceja-. ¿La molesto si le pido un poco de café? Huele demasiado bien lo que usted lleva ahí.

—Pierda cuidado, Doctor Labarca -desde luego que le parecía fuera de lugar que la tratara como a su lacaya pero, tratándose del carácter del individuo en cuestión, sabía que era mejor esforzarse un poco e ir por ese café que desatar una situación incómoda. Conocía de sobra el ánimo irritable del hijo de uno de los principales socios de la firma como para provocar tensiones injustificadamente.

Atendido el capricho de Labarca, Vega Santini se vio de una vez por todas en su despacho y allí, entre sorbos de café, corroborar documentos en la base de datos del bufete, imprimir lo necesario y clasificar todos los papeles que tenía sobre su escritorio, a la tercera persona que vio desfilar por los pasillos de Cáceres & Asociados esa mañana fue a Samay Jinez. Las miradas de ambas se cruzaron fugazmente antes de que la mujer se encerrara en su oficina.

El tiempo que duró ese contacto visual le sirvió a Vega para notar que la nueva directora del bufete había regresado de China con un corte de cabello que le sentaba sumamente bien. Lo usaba ahora ligeramente por debajo de los hombros, tan oscuro como siempre. Esa mañana llevaba uno de sus habituales trajes de color negro y la asistente dedujo, por sus líneas, que fácilmente podía tratarse de una creación de Givenchy.

Samay sólo le dio a Vega unos quince o veinte minutos más antes de hacer sonar el teléfono de su extensión. Para ese momento, ya el bufete estaba colmado de vida, con la gran mayoría de sus trabajadores incorporados a sus actividades. La asistente supo que había llegado la hora, echó al canasto de la basura el vaso en el que minutos atrás se había servido un café, tomó los documentos que había clasificado minuciosamente desde la semana anterior, cuando se le había

anunciado aquella reunión, y entró al despacho con total disposición.

Allí estaba ya Samay con los ojos puestos sobre la pantalla de su computador. Reparó en la mujer que esa mañana llevaba una vistosa camisa color coral, le dio los buenos días y le extendió la mano señalando una de las sillas ante ella para que tomara asiento. Vega no se hizo de rogar y, detallista como siempre, dispuso los papeles con sumo cuidado, tomó entre sus manos una tablet y depositó sus ojos, aquella mañana más verdes que castaños, sobre los de la abogada sentada al otro lado de ese mueble que las separaba.

—¿Por dónde quiere comenzar, Doctora?

—Entiendo que tenemos por firmar algunos contratos de arrendamiento de los buques que nos solicitaron Sailiner y Bestar, ¿no es verdad?

—Efectivamente. Así es.

—¿Le parece bien que comencemos revisando la cláusula penal de los contratos de Sailiner, por favor?

—Sí, claro -comenzó a buscar lo que se le pedía en la tableta que llevaba en las manos mientras la otra la observaba con atención, con sus codos apoyados del reposabrazos de su silla y las puntas de sus dedos ligeramente entrelazadas.

Desde donde estaba, Samay Jinez podía ver con total claridad el cabello con visos luminosos de Vega, completamente recogido en un moño perfecto que se mantenía en su lugar gracias a una aguja de carey. Descruzó muy despacio sus dedos y alzó la mano izquierda para usarla de apoyo para sus labios, mientras sus ojos color jade iban dibujando línea a línea la imagen de la mujer ante ella. Vio de qué forma un mechón de cabello caía desde su frente haciendo un tirabuzón muy suave cerca de su oreja, donde, gracias a los movimientos de su cabeza, podía enredarse con el vello delicadísimo que contorneaba la línea de ese mentón de nácar, o se enganchaba por momentos a los zarcillos de perlas cultivadas y plata que hacían juego con el collar que la asistente llevaba en su cuello, apoyado de sus clavículas, ese día. Ahora que lo consideraba, no lo había visto antes. Ignoraba ella que la joyería que llevaba Vega Santini esa mañana había salido del cofre misterioso de Maigualida Álvarez y que Cris se la había prestado para la ocasión sin problemas, considerando que hacía una combinación perfecta con los diminutos lunares de su camisa roja y vaporosa, así como con la falda negra entallada que lucía.

Del vello delicado y casi imperceptible de su rostro, de los hilos de plata rematados en perlas que se descolgaban de su oreja, subió hasta pasearse con sus ojos por el pabellón de aquella y de ahí se precipitó, como el que cae en un abismo, en el nacimiento de su cabello, en torno a la parte posterior de la cabeza, quedándose dos segundos más de los necesarios en el lunar que estaba allí, como un puntito oscuro y perfecto. Sabiéndose descarada en su contemplación, sus ojos se fueron de inmediato al rostro de la asistente que parecía haberse olvidado de su presencia, tan concentrada como estaba buscando en la tablet el contrato solicitado y en él, la cláusula mencionada.

Ese salto, que fue como pasarle por encima a la Luna, dando una vuelta por Venus, la hizo caer en el perfil de Vega Santini por el que se paseó como un malabarista que se mide con la muerte, en especial cuando el tránsito se llevó a cabo sobre el brillo y los relieves de sus labios, por encima de su nariz perfilada, enredándose sin remedio en sus pestañas, descubriendo allí algo que no había visto antes: una cicatriz diminuta a un lado del ojo, muy cerca de la sien. Le produjo curiosidad y sorpresa ese rasgo insospechado que no recordaba en su rostro, pero no se detuvo y siguió trepando sin aliento hasta sus cejas, las mismas que vio fruncirse con un dejo de desconcierto un par de veces en lo que parecía un movimiento involuntario. La abogada respiró hondo y con voz ronca dijo:

—¿Sí? -Vega abrió la boca, pero sólo balbuceó sorprendida-. ¿Qué pasa, Santini? ¿Por qué el asombro?

—Doctora -dijo por fin-, me pide revisar la cláusula penal de los contratos de arrendamiento que están por firmarse de Sailiner, pero... -volteó a verla con un gesto irresoluto-, pero veo que la cláusula no está.

—En efecto -se acomodó en su silla, inclinándose hacia la derecha-. La cláusula de la penalidad se omitió, mi pregunta es: ¿quién elaboró esos contratos, Vega?

—Labarca.

Se miraron a los ojos. Samay los entrecerró un poco.

—¿Hijo o padre?

—Hijo.

—¿Podemos ver contratos de arrendamiento similares elaborados por Labarca para otros de nuestros clientes, por favor?

—¿Que ya hayan sido firmados y legalizados?

—Sí, preferiblemente. Busca en ellos la cláusula penal, Vega -la asistente hizo cuanto se le pedía en minutos y su rostro palideció un poco-. Ah... -La mirada de Samay se ensombreció-. Así que el descuido no es nuevo.

—No lo parece, Doctora.

—¡Qué calamidad! -dijo irónica enderezándose en su silla-. Vega, revisemos minuciosamente todos los contratos que Labarca ha estado redactando para los arrendadores de nuestros clientes, en especial en aquellos que aún no han sido firmados.

—¿Y qué haremos con los anteriores, Doctora? -Se vieron de nuevo a los ojos-. Es grave que...

—Gravísimo, desde luego que sí. ¿Puedo preguntar por qué el Doctor Cáceres no lo había notado antes?

—Sin ánimos de justificarlo, supongo que confió plenamente en todos los años de experiencia del Doctor Labarca. No es algo que un abogado mercantil de su trayectoria obvie así por así.

—Esto es mucho más que un descuido, Santini -la asistente la miró un poco nerviosa-. Aquí hay mucho más que un simple despiste -giró la silla hacia la pantalla de su computador para sumarse a la búsqueda-. Hagamos lo que te pido, por favor.

—¡Sí!

La minuciosa revisión les tomó al menos unas tres horas más. No sólo se conformaron con revisar los documentos que había gestionado el Doctor Labarca hijo, también fueron un poco más allá examinando el trabajo de otros abogados del bufete, incluso de algunos con menos experiencia y relevancia que estaban en conformidad.

Vega miraba todos los documentos dispersos sobre el escritorio, literalmente desconcertada, mientras Samay Jinez parecía tomarse las cosas con relativa calma, incluso cuando le dijo:

—Pídele a Labarca que venga a mi oficina ahora mismo, Vega, por favor -hizo énfasis señalando con su dedo la tabla del escritorio-. En este preciso instante.

—Sí -se puso de pie y cuando giró para salir, la directora la detuvo.

—Otra cosa, Vega -volteó a verla-, quiero que seas testigo de mi conversación con Labarca.

—Así lo haré, Doctora.

Salió, imaginándose la que se iba a armar en sólo minutos. Se desplazó con celeridad, pero sin perder la compostura, por los pasillos, hasta llegar al despacho de Labarca donde lo encontró hablando con su inconfundible voz altisonante por teléfono.

Golpeó un par de veces la puerta antes de entrar y él giró en su silla extrañado. Al ver que se

trataba de la asistente de dirección le hizo un gesto con su mano para pedirle que avanzara y Vega sólo se limitó a asomar por la puerta la cabeza y susurrar:

—Doctor -el abogado apartó el teléfono de su oreja por unos segundos para escuchar mejor cuanto le decía la mujer de pie ante sus ojos-, mis disculpas por interrumpirlo, pero la Directora quiere hablar con usted.

—¡Ah! -Hizo un gesto despreocupado con la mano y volvió a su llamada-. Sí, en cuanto tenga algo de tiempo paso por su oficina.

—No -Labarca reparó en ella de inmediato-. No puede esperar. Lo solicita ahora mismo -el sujeto de más de cuarenta años lanzó una carcajada.

—Por favor, pero...

—Ahora mismo, Doctor -dijo sumamente seria y los ojos café de Labarca se posaron sobre ella con curiosidad.

—Bueno, bueno -dijo en tono un poco altanero, aunque a Vega poco le importaron sus desmanes-. ¿Me puede dar dos minutos para finalizar mi llamada y uno más para caminar hasta allá?

—Gracias -sacó la cabeza de ese despacho, cerró la puerta con sumo cuidado, giró sobre sus afilados *stiletos* y volvió a reunirse con Samay Jinez.

A Álvaro Labarca le tomó un poco más de tres minutos presentarse ante la nueva directora del bufete. Entró a su despacho sonriendo con sorna, llevando las manos en sus bolsillos y mirando a la sucesora de Cáceres con malicia.

—Doctora Jinez -dijo socarrón, cerrando la puerta tras de sí-. Sabía yo que en algún momento, y a pesar del empeño de nuestro director en sentarla a usted en su silla, iba a tener la necesidad de recurrir a mis conocimientos para que la asistiera en su gestión -se sentó con la mirada impasible de ella sobre su rostro y sin esperar siquiera que Samay lo invitara a ocupar alguno de los muebles aledaños al escritorio-. Lo que no imaginé es que la iba a ver en apuros tan pronto -rio sin disimulo-. ¡La primera mañana en la que le toca hacerse cargo de todo esto! Ve que un bufete como este no es como llevar Itineraria en China o en Singapur o en cualquier otro lugar del mundo, ¿no?

—Ahora más que nunca lo sé, Labarca -dijo con suavidad, recostándose a un lado de su silla y apoyando su mentón de su mano derecha, imperturbable.

—¿En qué le puedo ser útil con tanta urgencia, Doctora? -Sonrió de medio lado.

—¿Qué le parece si comenzamos esta conversación hablando de la cláusula de penalidad que incluimos en los contratos de arrendamiento de algunos de los buques de las compañías que trabajan con nosotros?

—¿En serio? -La miró confundido-. ¿Acaso una mujer como usted con tantos años de experiencia en el derecho marítimo no conoce un formalismo tan elemental como ese?

—Tengo mis momentos, Labarca -sonrió con suavidad y lo miró fijamente a los ojos-. ¿Me ilustrará, o no?

—Estoy de humor, sí... -se rascó un poco la barba con la punta de sus dedos.

—Afortunada de mí.

—Doctora, una cláusula penal es imprescindible en un contrato de arrendamiento como el que describe...

—Diga más, Labarca -se inclinó hacia adelante en el escritorio y entrelazó sus dedos sobre él. Vega miraba a ambos abogados con suma atención-. Lo escucho.

—Esa cláusula debe describir de forma esmerada y detallada las condiciones en las cuales se lleva a cabo el arrendamiento del buque, porque si la embarcación se está poniendo al servicio

del arrendador con fines recreativos, por ejemplo, queda expresamente prohibido el traslado de mercancía con fines comerciales porque...

—Porque a eso podríamos tildarlo de contrabando -acentuó irónica: Por ejemplo, y está debidamente penado por las leyes marítimas internacionales, según recuerdo. Así mismo, si la embarcación está destinada al transporte de carga pesada o mercancía, no puede llevarse en ella a otras personas que no sean parte de su tripulación, porque eso podría caer en el incumplimiento del traslado ilegal de pasajeros o, lo que es peor aún, la trata de personas... ¿Cierto?

—Parece bastante enterada, Doctora.

—Lo suficiente como para saber que los contratos de arrendamiento que usted ha estado redactando últimamente omiten deliberadamente la cláusula de la que le hablo -Labarca la miró con pupilas nerviosas por dos segundos, el tiempo justo que le tomó recomponer su estupor, aunque fue tarde. Samay Jinez lo notó-. Lo suficiente, abogado, como para entender la gravedad del problema que se cierne sobre el bufete si los arrendatarios, amparados por este aparente descuido... -Labarca trató de interrumpirla y ella lo frenó con un gesto sutil de su mano-. Por favor, abogado, déjeme creer que ha sido un lapsus por su parte, porque de otro modo tendría usted que justificar ante toda la junta directiva y posteriormente nuestros clientes el por qué de su error... -Labarca enmudeció-. Como le decía, conozco a cabalidad la cláusula como para entender el peligro que representa que los arrendatarios, confiados ante la inexistencia de la penalidad en el contrato, usen las embarcaciones de nuestros clientes con otros fines que no sean los acordados, así que me encantaría saber -ahora la irónica era ella, mientras Labarca la miraba detenidamente-, cómo es posible que una persona de su experiencia y tan ducho en el asunto cometiera un error propio de novatos...

Volvió a entrelazar sus dedos mientras apoyaba los codos del escritorio, provocando con esas últimas palabras que el sujeto ante ella se pusiera de pie como una fiera.

—¡A mí ninguna jovencita mimada me va a tratar de semejante manera! ¡Podrá contar con el apoyo del director y con la venia de uno que otro alcahueta aquí dentro, pero eso no le da derecho a ofenderme o a intentar empañar mi carrera, insinuando que yo he estado haciendo mal mi trabajo!

—Ah, ah... -de nuevo alzó las manos haciendo con esto callar al abogado. Lo hizo tan serena que la propia Vega se sorprendió de su impasibilidad-. En primer lugar, no crea que armar un alboroto y jugar el papel del ofendido va a perturbarme o a desviarme de lo verdaderamente importante aquí, Doctor. No vine a este bufete a hacer amigos, vine a hacer mi trabajo -puntualizó con su dedo sobre el escritorio-, y vine a hacerlo bien, aunque eso interfiera con sus errores, descuidos o torcidas intenciones.

—¿Cómo se atreve...? -masculló furioso.

—Y en segundo lugar, aquí nadie está insinuando nada. Las pruebas están a la vista -miró de soslayo a la asistente-. Vega, ayuda al Doctor Labarca, por favor, permítele uno de los contratos ya legalizados y los que están a esperas de firmarse... Quizás pueda ver con sus propios ojos la falta que no supo identificar en su debido momento.

Diligente la asistente le alargó los documentos que mencionaba la sucesora de Cáceres y Labarca, fuera de sí, se los arrebató de las manos con descortesía. Un tono colorado le fue escalando hasta las orejas, sin poder alzar los ojos de esas páginas mientras la mirada de Samay lo tallaba sin misericordia.

—¿Y bien? ¿Qué decía usted de las insinuaciones, Labarca?

—¡Esto no ha sido culpa mía!

Manoteó en el aire los papeles y los lanzó sobre el escritorio con ira.

—¿Ah, no? -Samay cruzó los brazos despacio-. ¿Y de quién si no?

—¡De mi asistente! -La directora entrecerró los ojos y lo estudió en cada uno de sus gestos-. ¡La muy incompetente debe haber cometido el error y lo ha estado repitiendo en todos los formatos!

—Sin que su supervisor directo lo note, porque ha estado muy ocupado como para revisar algo tan importante como los términos en los que se redactan los contratos de arrendamiento de nuestros clientes -Labarca se hubiese lanzado sobre Samay Jinez allí mismo, de no ser porque tenía que contenerse y sus puños cerrados y enrojecidos eran una buena prueba de esa inhibición-, sin importar que eso y las posibles irregularidades derivadas de semejante falta no sólo pongan en riesgo la reputación y la credibilidad de nuestra firma, también nos acarreen una demanda multimillonaria, ¿verdad?

—No debí confiar en Anastasia... ¡La pondré en la calle ahora mismo!

—No -se lo dijo muy seria. Si antes había sido imposible, ahora era severa, muy severa-. Usted no hará tal cosa, Doctor Labarca.

—¡Usted no es quién para decirme lo que tengo o no...!

—Usted -y por primera vez alzó la voz hasta ponerse por encima de él-, irá ahora mismo a enmendar todos los contratos que están a esperas de las firmas, incluyendo en cada uno de ellos la cláusula penal que fue omitida con todos los detalles pertinentes a cada modelo de arrendamiento y a las prestaciones de la embarcación en cuestión y no se marchará de aquí a ninguna parte hasta que el trabajo quede culminado y yo misma supervise, uno a uno, esos documentos.

—¡Usted no va a venir a decirme lo que tengo que hacer o no con mi tiempo!

—Tiempo es lo de menos, Labarca, se lo aseguro. Lo que menos me preocupa es su tiempo, porque le diré -depositó su mano sobre uno de los contratos antiguos-, un error como este es causal de despido, entre otras cosas, y créame que si no hace lo que le digo ahora mismo y se presenta de un momento a otro una irregularidad, le sobrará tiempo, pero para pasarlo en un lugar que no será tan agradable como su cómodo e iluminado despacho.

—¿Me está amenazando?

—No, sólo le estoy dando una orden y usted tendrá que cumplirla: quiero la enmienda de los contratos finalizada hoy mismo y cuando llegue el momento de la firma usted y yo nos reuniremos con los representantes de los clientes y sus arrendadores para que les explique la cláusula que se está incluyendo en el contrato y cómo usted, por meses y meses, la ha estado ignorando sin justificación alguna. ¿Entendió?

Labarca sólo se limitó a mirarla con ira, se dio la media vuelta y salió de allí dando un portazo que las ensordeció. Fue tal el choque de la puerta contra su marco, que el pestillo no pudo anclarse a tiempo y, a pesar de haberla lanzado con contundencia, no se cerró. Vega avanzó hasta ella y finalmente la empujó con suavidad, hasta que calzó. Permaneció allí un par de segundos imaginando la que se armaría y volteando a ver a Samay, que parecía tranquila, le susurró:

—Creo que se avecina una tormenta...

—¿Sí? -Sonrió de medio lado, irónica-. ¿Me aconsejas que saque mi paraguas?

—Mejor un pararrayos.

—Bien -comenzó a ordenar los papeles sobre la mesa-. Me parece que tengo uno debajo de mi escritorio.

—Labarca padre no se quedará de brazos cruzados.

—Que venga... -dijo confiada y con un gesto mordaz-. Que venga y converse conmigo -hablo con afectación casi teatral: yo encantada le hablaré de las falencias de su vástago.

—¡Pardiez! -Exclamó al tiempo que se tomaba el pecho con la punta de los dedos imitando la actitud de la abogada. Su ocurrencia hizo reír con ganas a Samay Jinez y Vega la secundó.

Rieron por algunos segundos luego de un momento tan tenso y se miraron a los ojos mientras en sus labios permanecía la pincelada de sus sonrisas.

—Me retiro, Doctora -susurró ruborizándose un poco, sin perder la expresión sublime en su rostro-. Hoy será un día largo aquí en el bufete.

—Adelante, Vega -sin quitarle los ojos de encima, sin dejar de sonreír, la miró salir y la siguió a través del cristal hasta que entró a su oficina.

Entonces sus ojos jade se depositaron un par de segundos en la nada y, como el que sale de una contemplación mágica, suspiró profundamente, despabiló y se puso a trabajar.

Vega Santini no bromeó cuando le advirtió a Samay que el día en el bufete sería interminable. Sabía de sobra que esa tarde no podría ir por Ezequiel. Ausentarse de su trabajo en un momento así era imposible y traer al chico consigo para que permaneciera con ella, un despropósito; así que allí estaba ella tomándose el quinto o sexto café de ese lunes de mierda, pensando si pedirle a Molina que se hiciera cargo del niño o...

—No -dijo resuelta, buscó al contacto en su WhatsApp y se puso el teléfono en la oreja-. Nada de eso. No pretendo terminar este día infernal teniendo que verle la cara al...

—¡Hola! -La voz de Cris sonó cantarina-. ¿Sobreviviste?

—Eso intento -dijo agobiada-. ¿Cuántas tazas de café puede tomar en un día una persona?

—¿Dentro de lo razonable?

—¡Dentro de lo razonable y de lo saludable!

Cris rio.

—No lo sé -dijo haciendo memoria-, pero una vez leí que Honoré de Balzac se tomaba más de sesenta en un día.

—Ah -dijo con gesto cómico-. Entonces no tengo nada de qué preocuparme, salvo porque no sé quién es ese tal Honoré que acabas de mencionar.

—Escritor francés realista, autor de...

En ese preciso momento Vega escuchó su nombre fuera de la *kitchenette* donde estaba terminando su quinto o sexto café del día y dejó de oír a su amiga por algunos segundos, mientras intentaba adivinar quién la solicitaba.

—Cris, Cris... -Sonaba un poco alterada-, no tengo tiempo ahora para tus anécdotas literarias. Te llamaba para pedirte un gran favor.

—Sí, claro, dime.

—Necesito que vayas por Ezequiel y lo lleves a casa, ¿puedes?

La escritora pensó unos minutos y, considerando que su día había sido bastante productivo, supo que podía ausentarse de casa por un par de horas para apoyar a Vega.

—Perfecto, no hay problema. ¿Quieres que tome un taxi hasta allá o...?

—Preferiría que hables con Michelena para ver si está disponible, Cris, y luego yo me arreglo con él -se refería a un amigo de su familia que tenía un taxi y muchas veces trabajaba con clientes particulares.

—Ya, no te preocupes. Le escribo; si no me responde, llamo a una línea de taxis, no pasa nada. Me aseguraré de que el niño se bañe al llegar a casa, que termine de hacer sus deberes y que cene.

—Cris... ¡Eres una bendición! -Volvió a escuchar a alguien en el pasillo preguntando por ella. La discusión de Samay con Labarca había corrido por el bufete como reguero de pólvora y aunque los ánimos estaban caldeados, no hacían otra cosa que hablar del carácter y del aplomo

de la nueva directora, sin que nadie se atreviera a asomar sus narices por el despacho principal, delegando en Vega todo por aquel día-. Nos vemos en la noche, posiblemente tarde.

—Te esperaré con algo caliente de comer... ¡Te apuesto que no has probado bocado!

—Hice el intento -pensó-. La verdad es que la directora tuvo un gran detalle ordenando comida para ambas...

—¡Vaya! -Se sorprendió.

—Pero he estado tan estresada que, a pesar de que la comida era muy buena, de un restaurante excelente de los alrededores, a mí no me supo a mayor cosa.

—Pobre.

—Bueno, te dejo. Ya me he ausentado lo suficiente. ¡De nuevo, gracias, Cris! ¡Eres un tesoro!

—Te escribo cuando ya esté en casa con el niño.

—Bien. Mientras tanto llamaré al colegio para notificar que esta tarde irás tú por él. ¡Besos!

Colgó la llamada y corrió a atender la docena de tareas que se le habían acumulado en ese breve paréntesis de tiempo. Lo que fue una suerte no sólo para ella, también para Samay Jinez, es que aunque era un secreto a voces lo que había ocurrido esa mañana, la mayoría de los socios se mantuvo al margen, especialmente Labarca padre. Intuyó la asistente que la razón por la cual el conflicto no escaló se debía no sólo a que la falta del abogado era más que constatable, también era imperdonable viniendo de un profesional de su experiencia.

Cuando pasaban de las nueve de la noche y Samay dedicaba las últimas horas del día a verificar con minuciosidad los contratos corregidos por Labarca, Vega se retiró a su oficina para tomar algunos minutos de descanso. Se sentó ante su escritorio, se quitó los zapatos y puso los pies en el suelo, se soltó el cabello que había llevado recogido todo el día con su moño y, dejando la aguja de Carey sobre la mesa ante ella, hundió sus dedos en su melena y masajeó generosamente su cráneo para relajarse. Un par de golpes en el marco de la puerta la hicieron dar un salto en la silla. Ante ella estaban los ojos cansados de la nueva directora.

—¿Sí? -Se peinó lo mejor que pudo con los dedos y se calzó los zapatos de inmediato, notando que le costó un poco de esfuerzo devolverlos a su lugar, posiblemente por la hinchazón de sus pies-. ¿Necesita algo, Doctora? ¿Le busco algo más, quiere que...?

—Que te vayas a casa, Vega -la otra la miró boquiabierta-. Has tenido suficiente por hoy.

—Doctora, pero... ¡Pero usted aún no ha terminado! Yo puedo esperar un poco más, no me gustaría que necesite algo de mí y...

—No te preocupes, Vega -resopló con suavidad, agotada, pero con suficiente firmeza aún-. Ya todo está en orden y quedan muy pocas cosas por hacer. Incluso Labarca se retiró hace unos diez minutos.

—Entiendo -eso la tranquilizó. Conocía de sobra que Samay Jinez era una mujer que sabía cuidarse sola, lo había dejado muy bien demostrado ese día, pero no le hubiese gustado nada dejarla a merced de los Labarca-. Entonces, en ese caso y si usted me asegura que ya no necesitará más de mí...

—Tienes mi palabra -dijo sonriendo con suavidad.

—Bien, entonces aceptaré su proposición y me iré a casa.

—De acuerdo -se sintió mejor sabiendo que Vega se retiraría-. Yo terminaré lo poco que me queda en unos veinte minutos y haré lo mismo.

—Eso espero, Doctora... -La miró a los ojos y la detuvo antes de que volviera a su oficina y se despidiera por esa noche-. Descanse, por favor. Ya lo más difícil de todo esto pasó y lo demás podrá solucionarse paulatinamente. ¡Descanse!

—Gracias, Vega -se vieron profundamente-. Hasta mañana -y se retiró dejando a la otra

pensativa.

Too Much Heaven, en *loop*, acompañó a la asistente de dirección todo el camino de regreso a casa, cuando se encontró con las calles de Caracas prácticamente desiertas. Resopló extenuada cuando detuvo por fin su vehículo en el estacionamiento del edificio, así como su motor. Se bajó del auto lentamente, sintiendo que le dolía la espalda y, como nunca, los pies. Abrió la portezuela posterior para tomar del asiento trasero su cartera, el suéter que había llevado ese día al bufete y que jamás usó y caminó hacia la puerta que la conduciría al *lobby* del edificio y de ahí a los elevadores.

Sus tacones se escucharon en la noche, acompañados del canto de las ranas. ¿Llovería? La verdad le daba igual. Sólo quería llegar a casa, deshacerse de los malditos zapatos, comer y beber algo caliente, darse un buen baño y meterse en la cama. ¡Era una pena que no fuese viernes!

Una vez dentro de su edificio, oprimió el botón del elevador y vio, en los números incandescentes que estaban a un lado de la puerta de aquel artefacto, cómo comenzaba a descender desde el piso nueve hasta la planta baja. Mientras los números se apagaban y encendían a un ritmo lento, marcando con eso la trayectoria de la cabina de aquel aparato, Vega confirmó la hora en su reloj y se dio cuenta de que apenas eran las diez de la noche. Sentía, de corazón, que ya pasaban de las tres de la mañana.

La puerta del elevador hizo su característico sonido al abrirse, subió a él, oprimió el botón que le correspondía al número siete y comenzó a ascender. De no ser porque era una persona demasiado escrupulosa, se habría quitado los zapatos allí mismo y habría entrado descalza a casa, pero le daba un poco de asco poner sus pies en un lugar en el que cualquiera pisaba, especialmente el perro enorme del vecino del piso once, que varias veces había recibido reclamos por dejar a su mascota hacer sus gracias en las áreas comunes.

Salió una vez la puerta volvió a abrirse y le sorprendió ver que Cris la esperaba detrás de la reja de seguridad de su departamento con una sonrisa. Ella le correspondió a pesar de su cansancio.

—¿Y cómo sabías que...?

—Escuché tu auto, me asomé a la ventana y supe que habías llegado -reparó en ella con atención-. Te ves fatal.

—Gracias... -susurró irónica mientras la otra le abría la puerta y le daba un abrazo suave de bienvenida-. Justo lo que necesitaba escuchar para terminar mi día con broche de oro,

Cris rio.

—No fue mi intención hacerte sentir mal.

—No te creo -pero lo dijo bromeando, sin reproches. Por fin se descalzó y suspiró con alivio, dejó la cartera en el perchero y miró fijamente a la amiga-. ¿Y mi niño?

—Duerme. Insistió en que iba a esperarte, así que jugamos a las cartas, lo estuve ayudando con la tabla de multiplicar, nos echamos una partidita de kart en la consola de videojuegos, pero una vez decidió esperar por ti en su cama, se quedó dormido a los pocos minutos.

—Déjame ir a darle un beso, cambiarme de ropa y me reúno contigo para comer algo.

—Adelante. Mientras voy calentando la cena.

—Espero que sea algo muy grasoso con suficientes carbohidratos -mencionó mientras se alejaba por el pasillo haciendo reír a la amiga.

—Pensé que te gustaría una ensalada de lechuga con atún.

—Te mato si piensas engañarme con eso -se miraron risueñas-. Justo ahora me comería un cerdo entero, te lo garantizo -entró a la habitación de Ezequiel y Cris se dirigió a la cocina apenas la perdió de vista.

Vega vio que el niño estaba profundamente dormido y, sin hacer ruido, se aproximó a él. Su única intención era darle un beso tierno de buenas noches, asegurarse de que estaba bien y ocuparse de lo suyo, pero apenas se inclinó sobre su rostro y hundió su mano en su cabello abundante y sedoso, se dio cuenta de que Ezequiel se quejaba suavemente.

—¿Está soñando? -susurró en un tono casi imperceptible, pero más que un sueño, parecía una pesadilla. Dejó su teléfono sobre el velador, se sentó a su lado en la cama con delicadeza, lo menos que quería era despertarlo de forma abrupta y, depositando su mano sobre su pequeño hombro, lo miró con atención. La inquietud y los quejidos tenues siguieron allí y ella entendió que lo mejor era ayudarlo a salir de ese trance-. Ezequiel -musitó, acariciando su hombro, su brazo, su cabeza-. Ezequiel, mi amor... Mi niño...

Por fin el pequeño abrió los ojos y su rostro fue de miedo y confusión. Alzó la mirada y al reconocer a su madre iluminada por la luz de la lamparita de noche, se puso a llorar y se echó en sus brazos de inmediato. Ella lo abrazó con fuerza, lo cobijó en su pecho y lo ayudó a calmarse, asegurándole que no había pasado nada y que todo estaba bien.

—El villano, mamá -decía entre sollozos-. ¡Era el villano otra vez, mamá! ¡El villano!

—Ya, mi vida -lo meció un poco, apretándolo más contra su pecho-. Sólo fue un sueño, príncipe, nada más que eso, mi amor...

—Tengo miedo -admitió y ella decidió acostarse a su lado para confortarlo. El niño siguió abrazado a la madre, mientras ella le tarareaba suavemente una canción, le acariciaba la cabeza y lo ayudaba a calmarse.

Le tomó minutos lograr que el pequeño se tranquilizara y un poco después volviera a dormirse. No quiso levantarse de la cama de forma abrupta, así que esperó el tiempo que fuese necesario para asegurarse de que Ezequiel había vuelto a descansar de forma serena y profunda. Pensó en Cris, que la esperaba en la cocina. Alargó la mano para tomar su teléfono, que estaba encima del velador, y así enviarle un mensaje a la amiga, comentarle lo que había sucedido y pedirle que la esperara un poco hasta que el chico estuviera profundamente dormido de nuevo.

Tecleó el mensaje velozmente y lo envió. Una vez notó que Cris le respondía con un “Ok, no te preocupes, aquí te espero”, pensó en Samay Jinez y apretó un poco los labios. Alzó los ojos al techo. ¿Dónde estaría la abogada en ese momento?

Entrando al departamento que ahora alquilaba en esa ciudad. A diferencia de Vega, que se encontró con una cálida bienvenida y comida caliente, lo que vio la directora de Cáceres & Asociados ante sus ojos fue un vacío negro detrás de la puerta. Tanteó con sus dedos la pared en busca del interruptor de luz, pero aún no estaba lo suficientemente familiarizada con ese lugar como para adivinar dónde y cómo funcionaban las cosas por mera intuición. Por fin dio con el artefacto en la pared, lo oprimió y encendió simultáneamente la lucecita del pasillo de entrada, la del espacio del comedor, compartido con una parte de la cocina y la otra al fondo, donde estaba propiamente la sala y sus respectivos muebles. Resopló. No necesitaba tanta luz, así que fue probando entre los tres interruptores hasta que logró dejar encendida la que estaba más lejos de ella.

Cerró la puerta, colocó la cartera sobre la mesada de la barra del comedor y avanzó despacio hasta el sofá, donde prácticamente se dejó caer. Se hundió en el cómodo mueble, recostó la cabeza por completo del respaldo, se tomó cinco segundos para relajarse y, transcurrido ese tiempo, se inclinó de nuevo hacia adelante para deshacerse de las botas que había llevado desde muy temprano en la mañana. Una vez libre de los zapatos, se tendió en el sofá, puso su brazo izquierdo sobre su frente y cerró los ojos. ¡Vaya mierda de día!

Estaba pensando en la forma de solucionar las cosas con los contratos ya legalizados que

Labarca había elaborado en la reunión que tendría con Diógenes Cáceres presencialmente al día siguiente cuando la imagen de Vega Santini le pasó por la cabeza en un segundo y, abriendo de nuevo los ojos, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó de ella el teléfono. La buscó entre sus contactos e hizo click en la opción de enviarle un mensaje por WhatsApp.

Por su parte Vega, que tenía ya a Ezequiel rendido sobre su pecho, cerró el chat con Cris y tras pensárselo un par de segundos aprovechó que ya estaba allí en la aplicación de mensajería para buscar el contacto de la directora del bufete. ¿Habría llegado bien a su casa? ¿Estaría aún en la oficina? Le sorprendió ver que de sólo abrir la ventana de la conversación, debajo del nombre de Samay Jinez aparecía la acotación de que estaba escribiendo y, asombrada, no supo si adelantarse o esperar a recibir el mensaje.

Se mordió el labio y velozmente le salió al paso a la abogada:

—Doctora, ¿cómo está? ¿Llegó bien a casa?

Samay se quedó pasmada al sentir que el teléfono le sonaba entre las manos y que la asistente se le anticipaba con la misma pregunta que ella le estaba formulando. Sonrió levemente y borró su mensaje para modificarlo.

—Acabo de llegar, Santini. Gracias. Todo bien. ¿Usted está bien?

Vega miró a su hijo dormido sobre su pecho, lo besó con amor en la cabeza, lo escuchó hacer algunos sonidos tiernos y sonrió complacida. No podría estar mejor en ese momento a pesar del hambre y el cansancio.

—Sí, Doctora, muchas gracias por preocuparse.

Samay pensó un par de segundos. Podría perfectamente despedirse con un “buenas noches” y dejar las cosas hasta allí, pero...

—Mañana el Doctor Cáceres se reunirá con nosotras. Es probable que también lo haga con Labarca y su asistente.

Vega frunció el ceño preocupada.

—Esto pica y se extiende.

—Al menos hasta que lleguemos al fondo de la situación -ella también parecía preocupada-. No creo que se trate de algo tan simple como que Anastasia Freitas sea una incompetente -se refería a la asistente de Labarca.

—No -le confirmó-. En especial porque esa chica ha tenido siempre un desempeño intachable en el bufete. El Doctor Cáceres la tiene en buena estima y la ve como una joven de mucho potencial.

—Ya ves... Algo se trae Álvaro Labarca y no me quiero imaginar lo peor, porque eso sería tremendo -pensó algunos segundos-. Me parece que mañana temprano me reuniré con Anastasia para saber un poco acerca de su desempeño y las tareas que realiza para Labarca. Quiero tener una idea de quién es este personaje y conocer la otra cara de la moneda.

—Me parece sabio de su parte, Doctora.

—Bueno, Vega, no te quito más tiempo... -le supo a poco esa excusa-. Debes estar hasta la coronilla con los problemas del bufete y es hora de poner la mente en reposo. Mañana será otro día.

—Especialmente tratándose de usted, Doctora -Samay frunció un poco el ceño al leer eso-. Intente olvidarse del error en los contratos, piense que ya lo estamos solucionando y descanse. La semana promete.

—Así es -lo decía especialmente por otras cosas-. La semana promete. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se quedó en la cama con Ezequiel cinco minutos más, pero su mente no estaba precisamente

ahí. Cuando la trajo de vuelta, suspiró, se incorporó con suavidad para incomodar lo menos posible al niño y, por fin, pudo ir a reunirse con Cris en la cocina. Sonreía.

Capítulo XX

Esa mañana de martes a Vega le sorprendieron un par de cosas: que Samay Jinez estuviese en su despacho como si jamás hubiese salido del bufete, de no ser porque vestía un sobretodo azul intenso de Gucci que le fascinó, y que cubriera sus ojos con una gafas polarizadas Carrera. Si bien es cierto que el tono sepia en el cristal y su respectivo degradé era muy sutil, también es verdad que era un poco inusual recurrir a un accesorio como este para trabajar dentro de una oficina.

Sea como sea, con sorpresas o sin ellas, no dio un paso más sin antes asomarse al despacho de la directora y darle los buenos días con una sonrisa leve.

—¡Vega! -Parecía feliz y aliviada de verla. Se puso de pie y avanzó hasta ella, permitiéndole notar de qué forma el sobretodo en cuestión, de terciopelo y con hermosos sesgos carmesí que acentuaban sus líneas clásicas, no sólo entallaba su busto y su torso, también se extendía hasta casi rozar sus rodillas. En la cintura, el emblema de Gucci en dorado relucía, como lo hacía a su vez la hilera de botones que flanqueaban las mangas-. Buenos días. ¿Pudiste reponer fuerzas?

—Me temo que sí -dijo viendo su reflejo en el cristal de los lentes de Samay-, pero no sé por qué intuyo que usted no puede decir lo mismo -la vio apoyarse en el borde del escritorio, como si prácticamente se sentara sobre él, hundir sus manos en su cabello y quitarse los lentes. Cuando los bajó entre sus dedos hasta apoyarlos en sus muslos, alzó la mirada y Vega notó que estaba agotada.

—No pegué un ojo en toda la noche -la asistente se preocupó un poco-. No he dejado de darle vueltas a este asunto y revisé la legislación marítima de arriba a abajo.

—¿Y bien?

—Recurriremos a un *adendum*. Tenía mis dudas, porque en toda mi carrera nunca me había topado con una negligencia como esta, pero... -se alzó de hombros-, ¿qué te puedo decir?

—Bien, entonces ya no tiene de qué preocuparse. El Doctor Cáceres, además, está al tanto y vendrá hoy a supervisar con sus propios ojos la irregularidad. Puede que Labarca padre quiera ver su cabeza rodar escaleras abajo, quizás Zúñiga, pero tratándose del Doctor ninguno de ellos tiene la suficiente autoridad como para contradecirlo, sobre todo cuando hablamos de un error de semejante magnitud.

—No, Vega -meneó la cabeza de un lado a otro. Vega no sabía cómo explicarlo. Samay se veía tan vertical y altiva como siempre, pero intuía en ella una vulnerabilidad sutil que le provocaba curiosidad y ternura. Quiso poner al menos la mano sobre su hombro para darle consuelo, pero ignoró las imprudencias, entrelazando sus manos en el ademán de reprimirse-. Lo que menos me preocupa es que todos los socios se subleven, pidan mi destitución o quieran mi cabeza en una bandeja por enfrentar al niño mimado del bufete como lo hice ayer. Precisamente, porque la falta es tan grave, con clientes tan pesados de por medio, sé que deben estar conscientes de la proporción de la imbecilidad de Labarca. Lo que realmente me preocupa es: cómo cuidaremos la reputación del bufete ante nuestros clientes después de semejante estupidez y qué es lo que está detrás del supuesto descuido del abogado, porque no es sólo omitir la cláusula...

—Es borrarla del modelo de contrato de arrendamiento que maneja la firma para los buques de algunas navieras, lo sé...

—¡Exactamente!

Escucharon pasos en el pasillo y dos segundos después vieron a través de los cristales la figura

de Diógenes Cáceres aparecer. Parecía risueño, ¿qué de cosas había visto ya en su carrera un hombre con más de treinta años andados en el mundo del derecho? Entró y las dos mujeres lo recibieron con una sonrisa cálida.

—¡Doctor Cáceres!

Samay se incorporó, le alargó la mano y él la tomó entre las suyas fraternalmente.

—Doctora... Entiendo que le han dado mucho trabajo en su primer día como directora, ¿es verdad?

Samay rio sin fuerzas.

—Nada que no pueda manejar, Doctor.

—Lo sé -sonrió ufano-. Lo sé de sobra, por eso está usted aquí. El caso PaceNav es un hito en su currículum, Doctora, y esto es un juego de niños en comparación con aquello -volteó a ver a Vega y le alargó las manos luego de soltar con suavidad a Samay-. ¡Vega!

—¡Hola, Doctor! ¡Qué gusto verlo! -Se estrecharon las manos.

—Echaba de menos tu café -rieron.

—Eso me hace pensar que puedo ofrecerle uno, mientras se pone al día con la Doctora Jinez.

—Excelente -rodeó el escritorio y se sentó en la silla que había ocupado por años, con los documentos irregulares ante sus ojos-. Le echaré un vistazo al desastre de Labarca.

—Iré por el café -aseguró Vega. Sabía de sobra cómo le gustaba al abogado y cuando Samay se volteó hacia ella para darle indicaciones, le salió al paso: Bien cargado y con una de azúcar, lo recuerdo perfectamente -se dio la media vuelta y salió dejando a la abogada no sólo sorprendida, también complacida.

La asistente agradeció que nadie más, salvo ella y los doctores, estuvieran allí en el bufete. El día anterior, caminar por esos pasillos se caracterizó por ir sorteando miradas suspicaces y murmullos tras de sí. Se metió en la *kitchenette*, preparó el café en pocos minutos y ya estaba de regreso en el despacho principal llevando las bebidas para tres cuando, al entrar, escuchó la voz de Diógenes decir, muy serio:

—Aquí hay intencionalidad, Samay -su dedo grueso se apoyaba contundente sobre una de las páginas de ese contrato, casualmente en el preciso punto en el que faltaba la ansiada cláusula penal.

La abogada de pie a su lado, que ya había vuelto a lucir sus anteojos Carrera, reparó en Vega y diligente se acercó a ella para ayudarla.

—El que tiene el removedor dentro es el del Doctor y el vaso justo al lado es el suyo, Doctora -le aclaró y ella le obedeció, tomando justo los recipientes que le indicaba.

—Gracias, Vega -se acercó a Diógenes Cáceres y le entregó en sus manos la bebida. El abogado sopló un poco, bebió un sorbo y miró a su asistente con rostro de satisfacción.

—Delicioso -susurró y volvió a ver a Samay, que al igual que él también bebía mientras observaba fijamente los papeles sobre el escritorio-. ¿Hablaste ya con Anastasia Freitas?

—Aún no -lo miró preocupada-. Ayer Labarca estuvo a punto de echarla del bufete y se lo impedí. La chica pasó un día horrible, llorando por los rincones y con la presión del abogado sobre ella de una manera atroz.

—Vega -la asistente lo miró dispuesta-, apenas llegue Anastasia la traes a mi despacho. Quiero conversar largo y tendido con ella -volvió a mirar a Samay-. Entonces, ¿recurriremos al *adendum*?

—Sí, Doctor.

—Perfecto. Hay que manejar esto con mucho tiento con los clientes.

—Yo me encargo, de eso no se preocupe.

—Con respecto a los Labarca, Samay, te ruego que me los dejes a mí -se miraron fijamente-. Aquí hay algo muy raro y yo voy a llegar al fondo de esto, de eso puedes estar completamente segura, pero en honor a la amistad que tengo con Álvaro desde hace más de veinticinco años y considerando que prácticamente vi a su hijo formarse y crecer como profesional, no los pondré en la difícil tarea de admitir delante de toda la junta directiva qué es lo que realmente está pasando.

—Muy compasivo de su parte, Doctor.

—Manejaré el asunto a puertas cerradas, posiblemente fuera del bufete y si el abogado, aún así, se niega a colaborar en el esclarecimiento del caso, tendré que dar paso a una investigación.

—De acuerdo.

Media hora más tarde, Anastasia Freitas llegó al bufete con un ánimo terrible y su semblante empeoró cuando escuchó a Vega Santini anunciarle que el mismísimo fundador de la firma la solicitaba en su despacho para una entrevista con él y con la nueva directora. Tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas para no echarse a llorar nuevamente y, como quien avanza por el pasillo de la muerte, se dirigió desanimada a la oficina en la que requerían su presencia de inmediato.

Tomó asiento tal y como se lo solicitó el abogado y no sólo lo miró a él sentado ante el escritorio desde el cual había dirigido ese bufete por décadas, también a la Doctora parada a su diestra, muy atenta al semblante nervioso y cabizbajo de la joven que asistía a Labarca hijo.

—Anastasia -Diógenes Cáceres le habló en un tono suave y la chica, con los hombros contraídos y las manos entre sus piernas no alzó la mirada-, entiendo que ayer fue un día muy difícil para usted, que ayudó al Doctor Labarca a incluir la cláusula penal en los contratos que están por firmarse.

—Así fue, Doctor -dijo con voz muy suave.

—El Doctor Labarca asegura que el error es su responsabilidad, Anastasia.

—¡No! -Comenzó a llorar desesperada y muy avergonzada-. ¡Yo le juro que no, Doctor! ¡Se lo juro! Los contratos de Sailiner y de otras firmas pesadas jamás han pasado por mis manos. El Doctor Labarca siempre ha sido muy celoso con los asuntos de sus clientes más importantes y aunque él insiste en que la culpa es mía, yo puedo asegurarle que no es así.

—¿A qué se refiere? -preguntó Samay frunciendo un poco el ceño y la chica dudó antes de responderle-. Hable, Anastasia -la exhortó-. ¡Hable! Su oportunidad de defenderse es ahora, no la deje pasar.

—Doctora... ¡el abogado Labarca me estuvo acosando ayer psicológicamente! -Diógenes la miró muy serio-. Me decía una y otra vez que la culpa había sido mía y me invitaba a hacer memoria, ¡como si tratara de convencerme de que había hecho algo que jamás ocurrió! Me decía: “Usted lo hizo, Anastasia, recuerde. Fue usted la encargada de esos contratos, se los asigné una tarde en la que tenía demasiado trabajo y usted accedió a ayudarme... ¿No lo recuerda? ¡Me los entregó impresos en mis manos!” Incluso el abogado describió la ropa que supuestamente llevaba puesta ese día, Doctora.

—Sí -susurró con un gesto muy grave-, acoso laboral, ni más ni menos.

—Cálmese, Anastasia -le sugirió Cáceres-. Tenemos maneras de comprobar quién creó los contratos, en qué fecha se originaron los archivos...

—Doctor, ayer traté de explicarle al abogado Labarca que en el bufete trabajamos con una metodología que conozco bastante bien. ¡Ya son cinco años aquí! ¡Es impensable que de la noche a la mañana voy a alterar el formato de los contratos de arrendamiento que tenemos previstos para nuestros clientes, borrando además una cláusula imprescindible!

—Eso lo tenemos clarísimo, Anastasia. No se preocupe -Cáceres respiró hondo-. Regrese a sus

labores tranquila, sin hacer mayores comentarios acerca de esta conversación, ¿de acuerdo?

—Así lo haré, Doctor -se puso de pie, aún nerviosa, pero un poco más calmada-. Gracias. ¡Gracias por al menos darme la oportunidad de hablar con ustedes! -Salió con cierta torpeza y se perdió por el pasillo.

—Vega -la asistente volteó a ver a Cáceres de inmediato-. Convoque a los socios a una asamblea extraordinaria. Dígales que soy yo el que está haciendo el llamado y que les veré en la sala de conferencias en quince minutos.

—Sí, Doctor.

—Ah -la frenó antes de que saliera por la misma puerta por la que se había retirado Anastasia minutos atrás-. Y no se olvide de incluir a Labarca hijo en la convocatoria.

—¡Sí!

A la asistente le habría encantado hacer un retrato hablado de los rostros de cada uno de los socios de la firma cuando pasó sistemáticamente por sus oficinas anunciándoles que Diógenes Cáceres se encontraba en el bufete aquella mañana y que convocaba a una asamblea extraordinaria con motivo a la irregularidad de los contratos de Sailiner, Bestar y al menos tres clientes más, todos de muchísimo peso.

Se podría decir que las peores expresiones fueron las de Alessia Zúñiga y, como era de imaginarse, la de Álvaro Labarca padre e hijo. De vuelta en la oficina principal, el abogado tenía para ella una nueva tarea: hacer una copia de los contratos autenticados e imprimir ejemplares nuevos de la versión antigua de aquellos que estaban a esperas de ser firmados, todos ellos para ser presentados como evidencia ante la junta directiva.

Diligente, entró a la sala de impresión y allí se dispuso a hacer las respectivas fotocopias del contrato debidamente firmado, sin la cláusula de penalidad incluída, mientras esperaba a que en la impresora que estaba a su lado salieran las hojas que había enviado a reproducción.

Veía el reflejo del tubo de luz de la fotocopiadora ir de un lado a otro sobre los papeles que tenía apoyados del cristal, cuando la propia Samay Jinez entró a la sala, tomó una engrapadora que se encontraba sobre una mesa en un rincón y se dispuso a ayudar a Vega a armar los documentos correctamente para su revisión en la asamblea.

—No es necesario, Doctora -dijo mirándola de soslayo encargarse en parte de la labor que le habían encomendado.

—No te preocupes. Quedan sólo cinco minutos para la reunión y entre las dos terminaremos antes.

—Si usted insiste...

Y así fue. A sólo dos minutos para que se cumpliera el plazo, Vega ya ponía ante las sillas que ocuparían los socios del bufete los papeles que servirían de prueba para la negligencia de Labarca. Vio que David Benavides, Miguel Ángel Riquelme y Elia Loyola ya estaban allí, ésta última conversando risueña y cálida con Cáceres, para ponerse al corriente de su salud y saber de su propia boca cómo había estado evolucionando su bienestar, ahora que se había librado de las presiones del bufete.

—Hasta ayer, bien -dijo bromeando y ella cabeceó entendiendo perfectamente la tensión de la irregularidad-, pero entenderás que lo que ha venido pasando con Sailiner, Navitrans o VELOS es inadmisibile -le dio la razón, pero no profundizaron en el tema, para eso ya estaban allí a esperas de que la asamblea diera inicio.

Llegaron el resto de los socios, cada uno ocupó su lugar y el director, con Samay Jinez sentada a su lado derecho y Vega Santini tomando nota de todo al otro extremo, decidió dar inicio a la reunión. Consideró pertinente ponerlos a todos en contexto, aunque era evidente, por sus

expresiones, que ya estaban más que enterados y expuso, de forma detenida y detallada todo el asunto a discutir: cómo Samay Jinez dio con la anomalía, desde cuándo había estado pasando, quiénes eran las compañías afectadas y las medidas que estaban tomando para enmendar el error.

La sucesora de Cáceres se tomó a su vez varios minutos para explicar a los socios el plan que habían ideado para subsanar la situación y todo el trabajo que les ocasionaría, especialmente en materia de citaciones, tanto para convocar a los representantes de las navieras como a sus respectivos arrendatarios.

Ilustrada exhaustivamente la situación, una de las primeras personas en pedir explicaciones fue Miguel Ángel Riquelme. El sujeto, conocido por su cara de pocos amigos, su rectitud y su severidad, se acomodó un poco la corbata, miró con desaprobación al hijo de Labarca, que ni siquiera se había tomado el interés de revisar los papeles ante sí, y lo interpeló:

—Lo que no acabamos de entender, abogado, aún después de todo lo que nos ha explicado Cáceres, es por qué usted se tomó la atribución deliberada de borrar la cláusula.

—¡Ya lo he explicado mil veces, Doctor! -dijo impaciente-. ¡El error fue de Anastasia Freitas! ¡Mi asistente borró sin querer...!

—¿Y quién supervisa el trabajo de Anastasia, Álvaro? -David Benavides lo hizo sentir de nuevo en el mismo callejón sin salida que había estado transitando desde la tarde de ayer y el abogado de más de cuarenta años enmudeció-. Arremeter contra una jovencita que está comenzando su carrera siendo usted el encargado de supervisar su trabajo y un profesional con una experiencia hasta ahora intachable, no sólo es un despropósito, también es desleal para con la persona con la que se supone que usted hace equipo, ¿no le parece?

—A mi manera de ver las cosas -intervino Elia Loyola-, el error es de ambos. Es más grave por su parte que por la de ella, porque el que cuenta con todos los conocimientos es usted y, como su mentor, está allí para guiarla.

—¡Ya, muy bien! -Alzó la voz soberbio-. ¡Pero no sólo debo encargarme de Sailiner o de Bestar! Tengo una cartera de clientes que llevar y, desafortunadamente, decidí confiar en Anastasia para esto...

—Doctor -lo interrumpió Cáceres-. Entiendo su punto y estoy seguro de que todos en esta sala hemos cometido errores, confiando más de la cuenta, omitiendo o descuidando nuestras obligaciones, pero esta mañana me encargué de hablar personalmente con su asistente y la joven asegura que usted le tenía terminantemente prohibido encargarse de los asuntos de los clientes más pesados, entre los cuales se cuentan los ya mencionados.

—Resumiendo: usted le dará más peso a la palabra de una abogada que está empezando su carrera que a mí, que tengo más de quince años de experiencia y soy el hijo de uno de los socios más importantes de la firma.

—No -le aclaró Samay sin alterarse e interviniendo, aunque sabía que la pregunta estaba dirigida a Cáceres y no a ella-. Resumiendo, estamos esperando el veredicto del informático del bufete -Labarca la miró visiblemente desconcertado-. Desde ayer tiene órdenes más de rastrear el origen de los documentos. Su fecha y hora de creación, cuándo fueron modificados, desde qué terminal del bufete se hizo la nueva versión... -Se acomodó un poco los lentes en el rostro y miró a la cara a todos los socios-. Sabemos que es la palabra del Doctor Labarca contra la de Anastasia Freitas, así que no tomaremos represalias contra nadie hasta no llegar al fondo de esto.

—No obstante -añadió Cáceres-, yo en lo personal considero saludable tomar medidas. Más de las que ya estamos ejecutando...

—Esto parece una cacería de brujas -masculló Labarca pero todos lo ignoraron, especialmente el hombre sentado a la cabeza de esa mesa.

—Así que propongo a consideración de la junta que los clientes antes mencionados sean removidos de la cartera del Doctor Labarca hijo y reasignados a su padre y al Doctor Benavides.

—¡Usted no puede hacerme eso, Cáceres! -Se ofuscó.

—Discúlpeme, abogado -le habló sin perder la compostura, no sólo porque no veía necesario exaltarse, sino porque además la salud de su corazón se lo agradecería-, pero tratándose de la credibilidad y la integridad del bufete, tratándose del bienestar de nuestros clientes y de la inversión de nuestros socios, yo me reservo el derecho de hacer cualquier movimiento que garantice nuestro beneficio, siempre a consideración de la junta directiva, así que los que apoyen mi moción...

Samay Jinez fue la primera en alzar la mano, ahora con autoridad para votar como la directora sucesora del bufete. Le siguió Miguel Ángel Riquelme y, para sorpresa y desagrado de Labarca hijo, la Doctora Zúñiga. El resto de los socios se fue sumando a la propuesta de Cáceres hasta que por último y como símbolo de la máxima humillación, el propio Labarca padre alzó la mano, haciendo que la decisión se tornara unánime.

—Bien -Cáceres suspiró profundamente-. Que conste entonces en acta que a partir de este momento pasan a ser responsabilidad de Álvaro Labarca padre y David Benavides los asuntos legales de Sailiner y Bestar por un lado -señaló al primer abogado con su mano-, Navitrans, VELOS y Captainia por el otro -reparó en Benavides, que asintió muy serio. Luego sus ojos se fueron hacia el resto de los socios-. ¿Estamos de acuerdo?

Se escucharon expresiones de asentimiento como murmullos graves en el lugar. Labarca hijo estaba colorado, lo más colorado que lo habían visto nunca, hundido en su silla y con la mirada clavada en los documentos ante sí que estaban sobre el mesón.

—Lo siento, Álvaro -susurró Diógenes tratando de ser conciliador. El abogado supo que le hablaba a él pero no lo miró ni por un segundo-. Te aseguro que este tipo de experiencias nos ayudan a ser mejores. Es sólo un tropiezo en tu camino.

—¡Váyase a la mierda! -Se levantó con tanta brusquedad que la silla en la que había permanecido todo ese rato cayó al suelo a sus espaldas. Señaló a cada uno, fuera de sí: ¡Váyanse todos a la mierda! -Y encaró al padre que no podía sentir ya más vergüenza por esa semana-. ¡En especial tú! ¡Vete a la mierda! -Salió a las zancadas y no pararía hasta abandonar el bufete por aquel día, aunque ese era un detalle del que se enterarían todos minutos después.

Incómodos, consternados y después de permanecer en silencio por varios minutos, Samay Jinez consideró conveniente retomar la palabra:

—Hoy mismo nos encargaremos de hacer las respectivas citaciones a los clientes y a sus arrendadores para subsanar el problema a la brevedad posible. Vega -la asistente la miró de inmediato-, ¿para qué fecha está pautada la firma de Sailiner y Bestar?

—Sailiner el miércoles y Bestar el viernes de la semana que viene.

—Excelente -le dio la cara a la junta directiva-. Yo misma me encargaré de explicar a los clientes y a la otra parte los motivos del adendum, tratando de preservar lo mejor que se pueda la seriedad y la experticia del bufete.

—Con mucho tiento, Doctora Jinez, por favor -le pidió Cáceres. Abrió los brazos y señaló con ese gesto cuanto le rodeaba-. Aquí dentro pueden arder las llamas hasta el techo pero, allá afuera, los que ponen su confianza en nosotros no tienen porqué enterarse del conflicto que nos ha dejado por resolver Álvaro Labarca.

—Pierda cuidado, Doctor, y déjelo en mis manos.

—Por eso está aquí -le sonrió con sutileza-. Precisamente por cosas como esta es que usted se encuentra sucediéndome aquí.

—Agradezco su confianza -miró de nuevo al resto de sus colegas-. Agradezco la confianza de todos. Saldremos de esta airosos, tienen mi palabra -y se estaba esforzando por demostrar que su palabra, su compromiso, era en definitiva una moneda de cambio poderosa.

Cris se alegró por Vega cuando la amiga le escribió para contarle que las cosas se estaban encaminando en el bufete y que, aunque había mucho trabajo por hacer, al menos esperaba poder salir de allí a tiempo para ir por Ezequiel al colegio como cada día. Lo consideró una suerte, porque esa tarde sentía que no podía ayudarla a hacerse cargo del niño como lo había hecho la anterior.

Ese día la escritora se encontraba enfocada plenamente en la tarea de clasificar todos los objetos que habían pertenecido en vida a Maigualida Álvarez. Mientras estaba allí, subida a uno de los taburetes de la cocina, le pareció sorprendente notar cuántos electrodomésticos, a los que no les había dado prácticamente ningún uso, conservaba. Algunos de ellos aún estaban dentro del envoltorio de fábrica. Imaginó que por esos podría obtener un poco más de dinero, aunque ya no contasen con la garantía, por lo que los colocó en una pila de enseres distinta. De pie ante algunos de aquellos artefactos, se rascó el mentón y, con un tirro de embalaje en torno a su muñeca y un marcador de brocha gorda en el bolsillo de la camisa que llevaba ese día, pensó de qué forma podía colocarle a cada una de esas cosas un precio razonable.

—Quizás si los busco en Internet... tal vez consiga a uno que otro en una página en donde vendan artículos usados... ¿No?

Se sentó a un lado de la mesa y se acomodó allí lo mejor que pudo para comenzar a hacer esa investigación en el navegador de su teléfono cuando notó que había recibido un correo electrónico de Itza Arbe. Le entró en un segundo una emoción casi absurda y se preguntó a qué podía deberse la misiva, puesto que ya habían acordado que la reunión con MariLo se haría el miércoles en la mañana.

Hola, Cris, ¿cómo estás? ¿Cómo sigues de tu proceso epistolar?

Quería comentarte que la reunión con MariLo tendrá que adelantarse. Al parecer tiene algo que atender mañana con su niña y no estará disponible. Acaba de escribirme para proponerme que la hagamos hoy en treinta minutos. ¿Estarás disponible para esto? Discúlpame si te tomo de sorpresa con este cambio, a mí también me agarró desprevenida, pero accedí, porque no puedo postergar esto por más tiempo. Tuve que cancelar la cita de uno de mis pacientes para dejar este asunto solucionado hoy mismo.

¿Puedes conectarte como acordamos la semana pasada? Por favor, avísame. Si te es imposible, lo entenderé y me las arreglaré yo sola con ella, ni te preocupes. Si por el contrario, estás disponible, te envío el enlace para que tú y yo nos veamos un poco antes y así definamos cómo vamos a manejar ante MariLo los últimos cambios que te solicité.

¡Gracias!

Eso la tomó de sorpresa por completo. Estaba en medio de un montón de cajas, con todo el departamento de su madre revuelto, ella no estaba precisamente muy presentable y de corazón prefería aprovechar ese tiempo en adelantar su trabajo de clasificar y poner precio a los cachivaches de Maigualida antes que invertirlo en una reunión de marketing, pero... Por un lado, ya se había comprometido con la psicóloga y por otro... ¡quería verla! ¿Qué excusa tendría luego de esa tarde para hablar con ella, si además ya le había enviado el manuscrito nuevamente con las modificaciones que le había pedido días atrás?

Resopló y, decidida, contestó al email asegurándole a Itza Arbe que la vería ese día, pero que

tendría que disculparle algunos tecnicismos, como que se encontrara fuera de casa y que tuviera que unirse a la videollamada desde la aplicación del teléfono. Mientras esperaba el link que estaba segura le enviaría la psicóloga, fue al baño a tratar de hacer lo mejor que podía para verse bien en la reunión. Se soltó el cabello que había tenido recogido con un moño y una pañoleta todo el día, se lo peinó, decidió retocarse un poco el maquillaje, así que fue corriendo en busca del estuche que tenía en la cartera y el tiempo se le fue en ponerse presentable.

Uno o dos minutos después, ya tenía a Itza ante sus ojos, esta vez vistiendo una camisa azul de líneas verticales blancas. La saludó con su sonrisa preciosa, con sus ojos llenos de vida y después de preguntarle cómo se sentía y cómo avanzaba su terapia, a propósito de que había tenido cita el viernes, se avivó su curiosidad y quiso saber un poco más:

—¿Dónde estás que te conectas desde el teléfono?

—En casa de mi madre -aclaró y la otra arqueó las cejas con sorpresa-. Le puedo mostrar, si quiere...

—Bueno -se acomodó en la silla, risueña-. Comparte lo que quieras.

Cris cambió la cámara del teléfono y desde la perspectiva trasera del dispositivo, Itza pudo ver en la pantalla de su computador la sala del departamento donde la chica había vivido la mayor parte de su vida, así como la cocina. Le llamó la atención ver tantas cajas dispersas.

—¿Por qué está todo tan revuelto? ¿Estás haciendo limpieza o...?

—Estoy embalando y clasificando todo -regresó a la cámara delantera e Itza volvió a verla-. Haré una venta de garage este fin de semana.

—¿En serio? -Se alegró mucho por ella.

—Sí. Me cedieron el salón de fiesta del edificio por tres días y venderé la mayoría de las cosas que mamá tenía aquí. Las más pequeñas y las menos significativas.

—¡Me parece genial, Cris! -Sonreía de un modo espléndido-. ¡Te felicito!

—Gracias -se ruborizó un poco-. Con algunas cosas se me ha hecho un verdadero nudo en la garganta, pero con otras... -alzó los hombros con indiferencia-, me da un poco igual conservarlas o no.

—¿Y qué has estado haciendo con las que te causan esa nostalgia?

—Algunas las estoy conservando. Siento que aún no estoy lista para dejarlas ir -Itza asintió mirándola con mucha atención-. Otras, pues... ¡me estoy armando de valor y haciendo lo que se debe hacer y ya! Por suerte para mí, son muy pocas las que tienen significado... -Bajó la mirada apesadumbrada e Itza notó de inmediato ese cambio en ella-. Mi mamá y yo tampoco construimos una relación muy...

—¡Oh, Cris! -Itza se sintió verdaderamente avergonzada y la escritora la miró confundida-. ¡Lo siento mucho! Discúlpame, por favor, pero... ¡MariLo ya está solicitando unirse a la llamada! ¿Quieres que lo conversemos más tarde? No me gusta dejarte con la palabra en la boca...

Se sintió abrumada. Sí, en efecto se había quedado a medio camino del sentimiento, como si su nostalgia fuese una pompa de jabón que estalla contra la punta de la nariz pero, a la vez, se aproximaba MariLo y había un asunto laboral que atender; por otro lado, Itza le ofrecía hablar con ella en otro momento... ¿Desaprovecharía la oportunidad de verla otra vez si sabía que después de esa tarde ya el proyecto quedaba definitivamente cerrado?

Pero no tuvo tiempo de nada. La psicóloga volvió a disculparse y sin más dilaciones le dio acceso a MariLo, que se sorprendió un poco al ver a la escritora presente en esa sesión. No le dio mayor importancia, la saludó a ambas con afecto, les mencionó que le parecía excelente que se hubiesen conocido luego de ese acompañamiento literario que se habían hecho la una a la otra

sin saberlo y, consciente de que la terapeuta tenía una agenda apretada, así como una lista de pacientes en espera que atender desde casa, como solía hacerlo habitualmente teniendo su despacho en su propia residencia, se dispuso a presentar el plan de marketing que tenía dispuesto para el lanzamiento del libro.

Itza la dejó proceder, asegurándole que luego de su exposición le comunicaría algunas cosas que deseaba contemplar en la estrategia; acto seguido, la especialista en marketing les compartió su pantalla y comenzó a exponer su plan mediático mientras las otras dos la escuchaban con suma atención.

Cris prácticamente se había olvidado de dónde estaba y del por qué se encontraba en ese lugar cuando de pronto, sobresaltada, escuchó que alguien gritaba su nombre de un modo descomunal en la puerta del departamento. Se sobresaltó. ¿Acaso lo había soñado? Pero mirar de soslayo nerviosa la pantalla y descubrir que Itza fruncía el ceño un poco descolocada le hizo entender que no, no se trataba de un sueño... ¡de verdad estaba ocurriendo!

Este segundo de duda le permitió a la persona que la solicitaba con tanto frenesí comenzar a golpear la puerta de un modo contundente y la escritora, aterrada y avergonzada, silenció su micrófono; por suerte para ella, MariLo no había reparado en nada, concentrada en su exposición, pero Itza sí que estaba muy atenta a sus expresiones, al terror en sus ojos, a su estupor. Apagó la cámara y acudiendo al chat de Zoom tecleó torpemente: “Lo siento, tengo que desconectarme, me uno luego”. Y abandonó la videollamada.

—¡Cris! ¡Cris, sé que estás ahí! ¡Ábreme!

Lara Cruz estaba por derribarle la puerta.

¿Cómo fue que la ex novia supo dónde se encontraba esa tarde? Y en un segundo recordó las historias que publicó en la mañana mientras regaba las plantas que le habían pertenecido a su madre. ¡Así que era su *stalker* en redes sociales! Pero... ¿No se supone que debía estar en su trabajo en ese preciso momento? Sea como sea, la pesadilla ya se estaba llevando a cabo y, sintiéndose un poco como la protagonista de *El resplandor*, por un instante no supo qué hacer. ¿Permanecer en silencio hasta que la otra se cansara y se fuera? Los golpes, así como sus gritos le indicaron que esa podía ser una opción peligrosa, porque si todos los vecinos no se habían enterado ya de que ella estaba en el edificio, poco les faltaba.

Avergonzada de que el escándalo se hiciera público y armándose de toda la paciencia que pudo, le habló del otro lado de la puerta:

—¡Lara! ¿Qué estás haciendo? ¡Compórtate!

—¡Cris! ¡Ábreme la puerta! -gritó aún más fuerte: ¡Ábreme!

Dejarla pasar en ese estado de ira parecía una locura desde donde quiera que se la mirase, pero, ¿qué otra alternativa tenía?

—¡Por favor, Lara, vendrán los vecinos y te sacarán a patadas!

—¡Será tu culpa por no abirme, te lo aseguro!

—¡Maldita sea! -masculló, harta de que cualquier cosa fuese suficiente como para culpabilizarla e intentó negociar: Si haces silencio, te abro, Lara; mientras sigas gritando, no saldré de aquí.

—De acuerdo -dijo y obedeció. Esperó dos segundos y, al ver que Cris no reaccionaba, presionó: Abre. Abre y no intentes jugar a la imbecil conmigo, porque comenzaré a gritar de nuevo y será peor.

Cris resopló, se encomendó y, nerviosa, abrió despacio la puerta. Apenas Lara vio un resquicio de luz, se coló por él, empujando con fuerza hacia dentro y plantándose en las narices de la escritora. Aprovechó para cerrar la puerta tras de sí.

—¿Qué estás haciendo aquí, Lara? -Se cruzó de brazos haciendo acopio de todo el aplomo que podía tener a pesar de que temblaba y estaba muy inquieta.

—Vengo a hablar contigo.

—Lara, lo que tú y yo teníamos que hablar ya...

—¡Vengo a que me des la cara! ¡Me has estado ignorando desde el día en que me dejaste llorando en ese maldito café como una imbécil!

—Si te he estado ignorando es porque no tengo nada más que decir, ¿no?

—¡No! -Y le dio un empujón que la hizo retroceder un par de pasos-. ¡Me has estado ignorando porque eres cruel, porque nunca me quisiste como yo te quise a ti, porque para ti es muy fácil tratarme como si yo fuese una basura o te estorbara!

Comenzó a acorralarla contra la pared y Cris supo que estaba al borde de una situación que podía salirse de control y en la que no tenía ningún tipo de alternativa, ¡al menos no mientras permanecieran dentro de ese departamento y sin testigos que pudieran ayudarla o socorrerla! Rápidamente, comenzó a trazar un plan en su cabeza que la librara de semejante vulnerabilidad y recurrió al poco carácter que le quedaba para frenar la agresividad declarada de la otra:

—¡Lara! ¿Cómo se te ocurre empujarme? -Balbuceó-. ¿Acaso te volviste loca? ¡No pienso hablar contigo mientras te comportes así!

—¡Si me comporto así es tu culpa! -Volvió a encimarse sobre ella, más desafiante que antes y Cris no tuvo más remedio que hablarle en sus códigos, aunque se sintiera desleal por hacerlo:

—¿Y así quieres que te escriba, que te atienda las llamadas o te ame? ¿Cómo voy a amar a alguien que me maltrata?

—¡Yo no te estoy maltratando, Cris! ¡No quieras hacerte la mártir!

—¡Acabas de empujarme! ¡Me hablas y me manoteas la cara! ¿Te parece que estoy actuando como una mártir? -La miró a los ojos con firmeza-. ¿No te estás dando cuenta de lo que haces?

—Lo siento... -la escritora suspiró aliviada mientras Lara retrocedía, avergonzada y consciente de que había perdido el control-. Lo siento, no quise lastimarte, Cris, pero es que esta situación me supera...

—Lara -se zafó como pudo del lugar donde la tenía arrinconada y abrió la puerta-. Hablemos en otro lugar. Vamos al parquecito, a la heladería... -se le ocurrió una buena idea después de todo: ¡Te invito un helado! ¡Ven! -Y no se hizo de rogar. Cris tomó su cartera velozmente, sacó a la otra del departamento de su madre, así como del edificio y supo que en un lugar público, a los ojos de otros, la situación estaría más controlada.

De camino a la heladería que estaba a un par de cuadras de su casa, no dijeron prácticamente nada y ese trayecto le sirvió a la escritora para reflexionar acerca de cuál podía ser el tema en común para hablar con la chica a su lado. ¡Si para ella ya todo estaba dicho! Bien, pues se ratificaría en su posición entonces, esta vez con la tranquilidad de saber que si las cosas se salían de control, alguien al menos podría interceder o quizás llamar a las autoridades.

Se sentaron en una de las mesitas más cercanas a la puerta y aunque una chica, diligente, les trajo la carta, Lara la ignoró por completo.

—¿Qué estás haciendo aquí? -reiteró Cris, mientras veía la cara de pocos amigos de la ex-. ¿No se supone que deberías estar en el restaurante?

—Me echaron hace una semana -dijo amargada.

—¿Te echaron? -La miró extrañada-. ¿Y por...? ¡No! -Se anticipó sonriendo con ironía-. ¡Déjame adivinar! ¡Por culpa mía!

—¡Pues sí! -ratificó alzando la voz-. ¡Por tu maldita culpa! ¡No he estado durmiendo bien, no he estado comiendo bien y he llegado tarde al trabajo varias veces, algunos días ni siquiera me

presenté y decidieron echarme, como tú, que me mandaste a la mierda sin compasión!

—Lara... -se lo dijo severa a los susurros-. A mí me parece que tú no estás entendiendo la situación, Lara.

La camarera volvió para preguntarles si ordenarían algo y Cris, para calmar un poco los ánimos, le preguntó a Lara si le apetecía alguna cosa del menú. Por fin los ojos oscuros de la chica de veintinueve años se posaron en otra cosa que no fuese la escritora y tras leer el cartón superficialmente, pidió una malteada de chocolate sin más.

El teléfono de Cris sonó en su bolsillo y al sacarlo de él para ver la notificación se dio cuenta de que la que escribía era Itza Arbe. ¿Cómo había conseguido su número? Tal vez MariLo estaba detrás de eso. Volteó a ver velozmente a Lara, quien seguía respondiendo preguntas de la camarera como: de qué tamaño quería la malteada, si le apetecía sirop o no, crema batida... y se aprovechó de la situación para ir hasta ese mensaje: “Hola, es Itza. ¿Qué pasó, Cris? ¿Estás bien?”

¿Eso quería decir que la reunión se había terminado? Miró la hora en su reloj y le pareció que era bastante probable, porque ya habían transcurrido cuarenta y cinco minutos. ¡Qué desgracia! ¡Le había quedado mal a la psicóloga, a MariLo y seguramente se habían dado cuenta de todo, incluyendo los gritos descomunales de Lara!

—¿Quién te escribe? -preguntó la otra desafiante mientras Cris se masajeaba la frente con estupor. Alzó los ojos y se dio cuenta de que ya la camarera se había marchado llevándose consigo el menú y que la atención de la ex novia volvía a estar por entero sobre ella-. ¿Quién te escribe? -repitió modulando cada palabra-. ¿Tienes a alguien más?

—¡No! -negó con ira reaccionando a su acoso.

—¿Estás saliendo con otra y por eso me mandaste a la mierda! ¿Verdad?

Intentó quitarle el teléfono de las manos y Cris, poniéndose de pie, supo que había tenido suficiente.

—¡Basta! ¡Se acabó! -Por muy nerviosa que estuviese, Lara ya había ido demasiado lejos-. ¡Si tú no eres capaz de darte cuenta de la forma en la que te estás comportando, no seré precisamente yo la encargada de hacerte entrar en razón! ¡Me voy! ¡Y me voy por dos razones muy simples: te estás comportando como una maniática y ya no tengo nada de qué hablar contigo!

Intentó salir de la heladería, pero Lara la tomó por el brazo para retenerla.

—¡No te vayas, te lo suplico! ¡Habla conmigo, sólo te pido que hables conmigo!

—¡No! -Se zafó lo mejor que pudo y, retrocediendo varios pasos para poner distancia, intentó ser razonable por última vez: Esto ya no tiene sentido, Lara. ¡Hace mucho que perdió el sentido! ¿Entiendes? ¡Hace mucho que dejó de ser divertido, romántico o sano! -Reflexionó-. ¡Es más, me atrevería a decir que nunca fue sano! ¿No lo ves?

—Eso sólo lo dices porque tienes a alguien más -le reprochó con mirada sombría.

—¡Piensa lo que quieras! -dijo hastiada-. No pienso hacer nada para convencerte de cosas que te niegas y te niegas a creer, a reconocer o a aceptar -comenzó a andar pasos hacia atrás, procurando no darse la vuelta-. Me voy Lara y no vuelvas a aparecer por mi casa, porque esta vez no abriré la puerta. Esta vez llamaré a la policía.

—No me digas -rio con sorna.

Estaba dispuesta a seguirle los pasos a Cris o a correr detrás de ella de ser eso necesario, cuando uno de los encargados de la heladería que había estado viendo toda la escena desde el mostrador decidió intervenir.

—Señorita -le habló a Cris, a quien además conocía de años como cliente habitual del lugar-. ¿Está bien? ¿La puedo ayudar en algo? -La escritora no respondió, pero su mirada nerviosa se

fue sobre Lara y eso fue gesto suficiente para que el sujeto interpretara lo que estaba pasando, así que se dirigió a la otra chica-. Disculpe, pero le voy a pedir que abandone la heladería.

—¿Cómo?

—Como lo oyó. Le pido de buenas maneras que salga -señaló a Cris-. A la señorita la conocemos desde hace mucho tiempo y es evidente que usted la está molestando, no sólo a ella -miró a su alrededor. Varias personas tenían sus ojos puestos sobre la escena a esperas del desenlace-. También a los demás clientes, así que le pido que salga.

Lara lo miró de arriba a abajo y avanzando de mala gana lo obedeció, tropezando a Cris intencionalmente con su hombro al pasar por su lado.

—Gracias -susurró aliviada una vez su ex se perdió de vista, pero... ¿cómo se supone que volvería a casa? Podría estarla esperando en cualquier recodo del camino.

Tendría que arriesgarse. Tendría que armarse de valor y arriesgarse. De nuevo le agradeció al encargado de la heladería por ayudarla, le pidió disculpas a la camarera por cancelar la orden y decidió volver al departamento de su madre, esta vez trazando una ruta distinta. Sabía que tendría que caminar unas tres o cuatro cuadras más, pero si eso era necesario para evitar toparse con Lara, lo asumiría de buena gana.

Con el corazón galopándole en la garganta, pero agradecida de no haber pasado por otro sobresalto, llegó a casa y se encerró en ella como si la estuviese persiguiendo una multitud de zombies. Se sentó al lado de la mesa de la cocina, con todas las cajas y objetos dispersos por aquí y por allá y, tras reponerse, volvió a tomar su teléfono y vio que junto al mensaje de Itza que no había contestado, había otro de Lara: “Esto no se va a quedar así. La conversación no ha terminado y no me voy a ir hasta que hablemos y me digas con quién estás saliendo.”

¿La estaba amenazando? ¿Seguía por los alrededores? ¿Volvería para tirarle a patadas la puerta del departamento? Comenzó a llorar desolada, sintiendo que lo que al principio parecía una insistencia incómoda pero inocente, ahora estaba tomando matices de persecución y violencia psicológica. Como pudo, a través de sus lágrimas, respondió el mensaje de Itza disculpándose por haberse retirado así de la reunión y asegurándole que estaba bien.

La psicóloga no respondió a su mensaje. Mientras, ella invertía ese tiempo en llorar desconsolada y de ese modo desahogar todas las sensaciones adversas que le había provocado la agresividad y el acoso de Lara Cruz.

—Lo siento, Cris -un nuevo mensaje de Itza entró media hora más tarde-. Estaba con un paciente. ¿Te gustaría hablar conmigo? No sé por qué intuyo que estás en medio de una situación.

—Discúlpame, Itza -dijo sin parar de llorar. Pensar que Lara había insinuado que ella estaba con otra y que esa otra era nada más y nada menos que la psicóloga. ¡Ni en sus sueños más osados!-. Usted está en lo cierto, pero yo no puedo seguir abusando de su tiempo y de su paciencia. Espero que la reunión haya sido un éxito. Gracias por preocuparse. Estaré bien.

Dos minutos más tarde, el teléfono comenzó a sonar con una llamada de Itza Arbe que Cris de inmediato declinó. No se presentaría de nuevo ante esa mujer hecha un mar de lágrimas. ¡Debía tener vergüenza!

—Cris, entiendo que no quieras hablar porque deseas que respete tu espacio para hacerle frente a lo que te pasa y sentirte mejor, pero si cancelaste mi llamada porque piensas que estás abusando de mi tiempo o mi paciencia, permíteme decirte que no es así. Escuché que alguien gritaba tu nombre mientras estábamos reunidas, Cris -la escritora quiso que la tierra se la tragara definitivamente-. Vi cuán nerviosa te pusiste y luego escuché golpes y esa voz exigiéndote que le abrieras la puerta. Había mucha ira en esa persona y me preocupé. Discúlpame si me comporto

como una entrometida, pero dejé de prestarle atención a MariLo para evaluar tus gestos y te vi literalmente perdida en esa situación. Después de eso, te desconectaste y no volviste más. Si quieres hablar de lo que sucedió, puedes hacerlo. Me gustaría ayudarte.

—Pero estoy llorando a mares otra vez y siento mucha vergüenza con usted. No puede ser posible que cada vez que necesita de mí ocurran cosas así y todo se salga de control.

—Difiero. Todas las veces que hemos coincidido las cosas fluyen bastante bien, ¿o te quejas de mi meditación guiada? -lo dijo bromeando y hasta se echó a reír mientras lo escribía desde su oficina en Carolina del Norte, pero Cris se lo tomó a mal y la vergüenza la hizo sentir fatal.

—¡No! ¡No, por Dios! ¿Cómo cree? -Por un instante se olvidó de sus lágrimas-. Le confieso que con mi psicóloga sí que cabeceo una vez más que otra, pero con usted no -Itza rio con ganas al leer aquello-. ¡Para nada!

—¿Cabeceas? ¿En serio? Creo que en un par de oportunidades algunos de mis pacientes se han quedado dormidos en una meditación y hasta han roncado en ella -Cris soltó una risita traviesa sólo de imaginarlo. Comenzó a sentirse mejor.

—No lo creo.

—Te lo aseguro. Si quieres más detalles tendrás que atender mi llamada.

¿Cómo decirle que no? Después de todo, no pudo terminar de contarle lo que sentía por algunas de las pertenencias de su madre, pues la llegada de MariLo a la reunión la había interrumpido. Respiró hondo y de nuevo se conectó con la idea de que no podía comportarse como una estúpida, menos que menos como una niña, y fue razonable:

—De acuerdo.

Itza volvió a llamar y ella accedió a esa conexión por videollamada. La psicóloga notó que estaba sentada ante la mesa de la cocina y que a un lado tenía un rollo de toallas de papel con las que se había estado enjugando las lágrimas durante todo ese rato. La miró con detenimiento y la descubrió triste. Después de saludarla, consideró prudente indagar de nuevo en la situación que la había sacado de su centro y la había obligado a abandonar la videollamada de un modo tan abrupto y la escritora le hizo una advertencia:

—Es una historia larga y no la he trabajado aún en terapia.

Itza se sacó el reloj del bolsillo. Cris miró con curiosidad que la rareza del Tank se repetía y, tras corroborar la hora, le dijo:

—Tengo tiempo de sobra hasta mi próximo paciente. Te escucho.

—Esto... -Dudó-. Esto no es como estar haciendo terapia con usted, ¿verdad? -Itza la miró con una sonrisa-. Porque me parece una falta de respeto de mi parte aprovecharme de su buena voluntad para escucharme y aconsejarme.

—¿Por qué no te imaginas que estás hablando con una amiga y ya? -Cris se acomodó un poco en su silla denotando intranquilidad-. ¿Es posible que me veas de ese modo?

—Puedo hacer el intento.

—Es un avance... -Ella también se puso cómoda-. A ver... Golpes a mi puerta.

Cris frunció el ceño.

—¿Esa no es una obra de teatro de Juan Carlos Gené?

Itza rio.

—Yo conozco la película...

—También de Juan Carlos Gené, sí.

—No, la película de Cris Álvarez -la chica rio con ganas y contagió a la otra en dos segundos-. Una en la que una escritora está en una reunión de trabajo y se arma un alboroto con matices de *thriller* psicológico -seguían riendo e Itza se aclaró un poco la garganta para hablar en serio-:

Honestamente, me preocupé, Cris. Parecía grave.

—Fue grave -lo dijo muy seria.

—¿Qué pasó? -La miró lo mejor que pudo a través de la pantalla-. ¿Me cuentas?

Se armó de todo el valor que pudo y se propuso narrar a la psicóloga lo ocurrido con Lara Cruz no sólo esa tarde, también en ocasiones anteriores en las que la relación había ya dado síntomas de ser un verdadero problema. Omitió detalles acerca de los excesos en la intimidad y cómo eso la hacía sentir por momentos ultrajada o impúdica, para no abusar de la confianza o sentir que traía a colación temas que no venían al caso y que sólo acabarían por hacerla sentir más incómoda. Mientras, la mujer al otro lado de la pantalla la miraba bastante seria.

—¿Y dices que volvió a escribir luego de que la obligaron a retirarse de la heladería?

—Sí, amenazándome.

—No ha vuelto por el departamento, ¿verdad?

—No. Le advertí que si lo hacía llamaría a la policía y me mantengo en mi resolución de denunciarla.

—Me parece bien -admitió y Cris la vio con atención-. Creo que esta chica con la que estuviste involucrada tiene rasgos psicopáticos o narcisistas. No puedo dar un diagnóstico certero con la información que tengo...

—No se preocupe -dijo razonable-. Imagino que mi psicóloga podrá llegar al fondo de ese asunto... -Se ruborizó al instante e Itza notó su bochorno. Sonrió-. ¡No quiero decir con eso que usted no pueda hacerle un buen análisis a mi ex...!

—Lo sé.

—Es sólo que apenas le conté un resumen... ¡Pasaron tantas cosas en esa relación!

—Lo imagino, Cris, claro que sí -se mecía un par de veces en su silla. De nuevo a Cris le pareció que tenía las piernas cruzadas y sobre ellas sus manos apoyadas-. Ir a terapia es como pelar una cebolla capa por capa -hablando de sus manos, hizo el gesto valiéndose de ellas-. Tu terapeuta conectará cosas, atará cabos y poco a poco llegará al fondo de lo que tienes que trabajar y sanar.

—Estoy dispuesta...

—Lo celebro -se lo dijo con una sonrisa preciosa. Notó que de nuevo la chica se había calmado, esta vez sin necesidad de respirar o meditar.

—Dígame una cosa, Itza -se vieron a los ojos-. ¿Pudo plantearle a MariLo lo que le inquietaba de su libro? Hemos pasado toda la tarde hablando de mí y lo suyo ha quedado a un lado.

—Pierde cuidado. Hablé con ella luego de que me presentó su estrategia y cité tus palabras textualmente.

—¿Cómo lo tomó?

—Muy bien -sonó aliviada y contenta-. La verdad es que tus argumentos fueron muy convincentes, Cris. MariLo no lo había visto de ese modo y me aseguró que esta misma semana haría lo necesario para redefinir las cosas en la estrategia y ser coherente con las comunicaciones.

—¡Me alegro mucho por usted y por Beatriz! -Fue honesta en sus palabras, así como en el sentimiento.

—¡Y tengo otra buena noticia para ti!

—¿Sí? -Apoyó su rostro de su mano derecha con un gesto nostálgico-. Justo lo que necesito en un día como hoy.

—¡Sí! Ayer me hice una sesión de fotos para sustituir la imagen con la que me aseguras que no venderé un solo libro.

—¿De verdad? -La miró boquiabierta. No había tenido oportunidad de prestarle demasiada atención a Itza esa tarde entre una cosa y otra, pero ahora que lo consideraba... ¡le pareció que estaba tan bella!

—Sí, sí... ¡Me sentí un poco incómoda! -Rio con esa picardía maravillosa que la escritora había comenzado a notar en ella-. Al principio estaba bastante nerviosa, pero la fotógrafa fue encantadora y dirigió muy bien la sesión. Creo que el resultado promete.

Cris se sintió colosalmente estúpida en un sólo segundo. Ni supo en qué momento a su mente le dio por recrear la posibilidad de que entre la psicóloga y su fotógrafa pudiera surgir una afinidad romántica y eso a su vez le produjo un ardor de celos pequeñito, pero al mismo tiempo lo suficientemente perturbador como para que su ánimo volviera a empañarse a pesar de que ya parecía estar bastante mejor. ¡Vaya mierda, de verdad que sí! Más allá de eso, más allá del improductivo pensamiento, también estaba el hecho de que a ella no le constaba que la psicóloga hubiese vuelto a casarse, estuviese saliendo con alguien o anduviera en vías de rehacer su vida amorosa. Sí. En su libro decía que se había apartado de las relaciones sexoafectivas durante su intenso y profundo duelo, pero ella misma se lo había dicho: escribió aquello al menos cuatro años atrás.

Itza, por su parte, notó al instante el nuevo malestar de Cris y se sintió un poco confundida, aunque sabía suficiente de neurociencia como para imaginar que algo indeseado se había instalado en su cabeza detonando, a su vez, todas las sensaciones desagradables asociadas a esa idea.

—¿Qué tienes ahí? -susurró sonriendo con dulzura y Cris la miró con curiosidad.

—¿Perdón?

—Esa idea... ¿Qué pensamiento se te vino a la cabeza que te volvió a empañar la mirada en un segundo?

La escritora se sintió desnuda ante la psicóloga. ¡Por supuesto que no iba a hablarle de su inadecuada punzada de celos! ¡Eso era lo más fuera de lugar que podía decirle a esa mujer que apenas conocía! Imaginó que tenía suficiente material de dónde tirar por aquel día y se fue por un camino seguro. De verdad prefería una mentira blanca a ser tildada de obsesiva:

—Recordé que aún debo decidir qué haré con algunas de las cosas de mamá, es todo.

—Cierto -fue un alivio que se tragara el anzuelo-. Me comentaste que no había muchos objetos con significado entre tú y ella, pero en ese instante apareció MariLo y te sugerí conversarlo luego, como ahora... -Sacó su reloj del bolsillo y frunció los labios-. Tengo un paciente en quince minutos.

—Está bien -sonrió con sutileza tratando de disipar las sombras de sus recelos-. Ya ha hecho suficiente por mí -pensó un par de segundos-. Itza... ¿me permite hacerle una pregunta?

La psicóloga la miró con una excitante curiosidad.

—Claro, adelante.

—¿Por qué lleva un reloj de pulsera en el bolsillo?

La otra rio y encantó a Cris con su risa.

—Es una historia larga.

—¿Tan larga como la de los objetos de mamá?

—Puede ser, sí... -Se quedó unos segundos estudiando con atención el rostro de Cris-. ¿Qué harás ahora?

—Volveré a mi tarea de clasificar y poner precio a las cosas que venderé el fin de semana -miró a su alrededor y todo era un desorden-. Perdí demasiado tiempo con la llegada de mi ex novia y tengo que dejar todo listo el jueves. La venta de garage comienza el viernes en la

mañana.

—¿Así que te quedarás allí un rato más?

—Sí. Mañana tengo pensado ocupar el día en otras cosas, así que...

—Bien -volvió a ver su reloj-. Te tengo que dejar.

—Claro, no faltaba más -le sonrió lo mejor que pudo-. ¡Gracias por la llamada y la compañía!

—Gracias a ti por las risas, Cris -la chica en Caracas se sorprendió.

—¿Las risas? -sonrió con sutileza-. ¡Querrá decir las lágrimas!

—Yo me entiendo... -dejó a la otra colmada de curiosidad-. ¡Adiós!

Se desconectó y Cris no supo por qué, pero se sintió ansiosa. Por suerte para ella, tenía otras cosas en qué ocupar la mente esa tarde, así que decidió ignorar por completo la sensación de ansiedad y la pizca de celos que había experimentado esa tarde. Sí, está bien, podía admitir sin problemas que tenía un *crush* con la psicóloga, que además su ilusión se había disparado al firmamento sólo de saber que tenían la misma orientación, pero nada de eso justificaba que se sintiera inquieta ante la posibilidad de no poder hablar con ella o que le produjera celos la sola idea de que alguien más pudiera estar relacionado de forma amorosa con esa mujer.

Además, ¿quién podría estar a la altura de Beatriz en ese corazón? Imposible. Parecía una tarea titánica. Había dos opciones bastante claras y diferenciadas la una de la otra: o Itza Arbe nunca más volvería a enamorarse o, de hacerlo, jamás sentiría por esa persona lo que alguna vez experimentó por su esposa fallecida y... ¿quién quiere meterse en una relación en la que sabe, de entrada, que la amarán menos? No. No. Puede que sonara obsoleto, de otra época, pasado de moda o aburrido, pero un amor como ese es de los que se mantienen en el tiempo. Era un listón demasiado alto para intentar siquiera medirse con él.

Era mejor quedarse allí, en su esquina solitaria el tiempo que fuese necesario. En primer lugar, no debía involucrarse con nadie más, al menos hasta que debatiera con su psicóloga la verdadera naturaleza de su relación con Lara Cruz y ella la ayudara a ver en qué estaba fallando y por qué atraía mujeres así a su vida. En segundo lugar, ese camino de descubrimiento conllevaba una responsabilidad. Saber es comprometerse; de tal modo, pues, Cris debía comprometerse con el hecho de que tendría que trabajar y sanar todas las cosas que estaban mal en ella para ofrecer una relación que estuviese no sólo a la altura de sus expectativas, también a la altura de las expectativas de la otra persona.

De nuevo, la imagen de la psicóloga se le vino a la cabeza, sin importar cuán ocupada estuviera clasificando cosas o poniéndole precio a otras y supo que, en materia de expectativas, ella se perdía de vista. Era más fácil pescar un satélite con un alfiler. Eso lo tenía claro.

Desanimada, pero con la firme convicción de que en algún momento se repondría, Cris verificaba de nuevo el precio de un extractor de jugos en Internet y procedía a poner cifra a la caja valiéndose de una franja de cinta para enmascarar.

—¿De verdad? -Se sorprendió y tuvo que buscar otras referencias-. ¿Puede costar tanto esta cosa?

“Toc, toc”.

La notificación encima de la pantalla la dejó un poco perpleja. ¿Estaba empezando a ver cosas? Hizo click y sí, allí estaba para su completo desconcierto un nuevo mensaje de Itza Arbe. Incrédula procedió a responder:

—¡Hola! -Vio la hora y notó que ya pasaban de las ocho de la noche. ¿Qué hora sería en donde sea que se encontrase la psicóloga?

—¿Cómo te sientes? -Cris frunció los labios.

—¿Quiere la respuesta honesta?

—Es la mejor, ¿no? Si finges, crearás que me estás mintiendo o despistando, pero a la única que engañas es a ti misma -se lo pensó, puede que en el fondo tuviese razón.

—Depende. Si finjo para evitar que otro se inmiscuya, estaría siendo honesta conmigo misma en el fondo, porque sabría las verdaderas razones por las que no quiero que otro sepa lo que siento, ¿no?

—Buen punto, y sí, es verdad. En ese caso, basta que tú sepas cómo te sientes y por qué lo sientes y desde ese conocimiento decidas con quién quieres compartirlo.

—Pues siento miedo. Esa es la verdad.

—¿Miedo? -Puso un gesto de rareza ante esa revelación.

—Sí. Miedo.

—¿Miedo de qué? Siempre que quieras que me inmiscuya, claro.

Cris rio.

—Usted se ha inmiscuido lo suficiente, Itza, como para ver caer mis lágrimas varias veces -no supo si sentirse abochornada o halagada-. Creo que sería una tontería de mi parte cerrarle la puerta justo ahora.

¿De qué puerta estaba hablando exactamente? Mejor no cuestionarse la naturaleza de ese pórtico y mantenerlo abierto; a fin de cuentas, deseaba dejarse llevar por lo que le dictaba la intuición.

—Bien, lo agradezco -se sintió curiosamente feliz. Se sintió especial, única, como si le estuviesen concediendo un privilegio que ni siquiera sabía que necesitaba-. Háblame de tu miedo, anda.

—Pues tengo varios tipos de miedo... Para empezar, tengo miedo de pasar la noche en este departamento. La sola idea me aterra. Mi mamá falleció aquí y nunca, desde ese día, me he atrevido a volver a dormir en este lugar, ni sola ni acompañada.

—Comprensible, ¿y dónde vives entonces?

—Con una amiga. Vivo en casa de una de mis mejores amigas desde el día que mamá murió.

—¿Por qué no te vas a casa?

—Porque ese es mi segundo miedo. Me aterra que mi ex me esté esperando afuera, en la puerta del edificio o en la parada del autobús. Salir de aquí no es cosa sencilla. Podría pedirle a mi amiga que me busque, pero ayer tuvo un día pesado en el trabajo, ella tiene un niño del cual hacerse cargo y no quisiera sacarlos a ambos de casa para que vengan hasta acá.

—Puedes pedir un taxi, ¿no es verdad?

—Esa puede ser la mejor opción y me parece que es la que tomaré, pero antes debo terminar lo que estoy haciendo.

—¿Sigues clasificando las cosas de tu madre?

—Sí, pero no me concentro -suspiró con desazón-. Ya se hizo de noche y, la verdad, es que estoy intranquila, aunque suene como una imbécil.

—¿Quieres que te acompañe mientras terminas? -No supo por qué le hizo semejante proposición, pero tampoco se la cuestionó. Se había estado cuestionando muchas cosas en su vida y era hora de dejarse fluir un poco. Sentía que se lo debía-. ¿Que te acompañe como lo haría una buena amiga?

Cris no supo ni qué decir. ¿De verdad? Le sonaba como si acabara de sacarse la lotería. Pensó unos segundos mientras Itza esperaba su respuesta del otro lado y volvió con la premisa de no comportarse como una estúpida, mucho menos como una desagradecida:

—Lo agradecería mucho, sí.

—Bien -sonrió dichosa de saber que la escritora accedía-. Pero mi compañía tiene un precio.

—Sí -dijo desmoralizada-. Lo imagino. Un precio que yo pagaré, se lo aseguro, ya me he aprovechado demasiado de usted con mis crisis de llanto y todo lo demás.

—No, por favor, no estoy hablando de eso -sonrió con picardía. Le escribía a Cris tendida sobre el sofá con Soprano ronroneando en su pecho-. Si quieres que te acompañe tienes que prometerme que dejarás de tratarme de usted. Honestamente, envejezco cincuenta años cada vez que me hablas como a una señora.

—Será difícil para mí... -Ni siquiera podía imaginarlo.

—Te apuesto que justo ahora preferirías pagarme -rio y Cris también lo hizo.

—La verdad es que siempre he preferido pagarle, Itza... Pagarle o cuando menos no abusar de su paciencia.

—Allí está, ¡medio siglo más cayendo sobre mí!

—¡De acuerdo, de acuerdo! Dejaré de tratarla de usted.

—¿A partir de cuándo? -Rieron.

—¡A partir de ahora! -El corazón bien que se le habría podido salir por la boca-. Comenzaré a tutearte a partir de ahora, Itza.

—¡Qué bien! -A ella también le emocionó esa posibilidad-. ¡Quizás pueda recuperar todos los años que se me han ido en cada uno de tus usted! ¿Te parece bien si te llamo? Así puedo dedicarme a hacer cosas mientras hablo contigo.

—¡De acuerdo! -Podía considerarse, oficialmente, la mujer más afortunada del mundo.

La psicóloga se colocó unos audífonos inalámbricos en las orejas y llamó a Cris, que puso su teléfono en altavoz mientras seguía empaquetando cosas y adjudicándoles precio, algunos de ellos con referencias que hallaba en Internet, otros a su criterio. A fin de cuentas, estaba dispuesta a negociar con el único fin de que se vendiera lo más posible.

—Bien -escuchó la voz de Itza inundando ese departamento en donde se encontraba-. Me debes una anécdota sobre los objetos de tu madre y tu vínculo con ellos.

—La verdad no hay mucho qué decir al respecto -la escuchó suspirar un poco desilusionada-. Mi madre era muy materialista. Por momentos, me hizo sentir que amaba más a sus bienes o a sus posesiones que a mí.

—Entiendo -mientras Cris estaba entre cajas, ella se encaminó a la cocina para preparar su cena y dar de comer a Soprano, que ya se movía en zig zag frotándose contra sus piernas.

—Esa sensación la tuve especialmente de niña o adolescente. Una vez me hice adulta, ya me importaba poco que mi madre me prestara atención o no; de hecho, mientras menos reparara en mí, era mucho mejor.

—¿Así que desarrollaste una especie de apego evitativo?

—Sí, como usted... -Itza refunfuñó y Cris corrigió: ¡Tú! ¡Como tú! -Rieron-. Esa fue otra cosa con la que me identifiqué en tu libro. Investigué un poco más y vi que tenía mucho sentido... Claro, no sé si es algo que me ha acompañado en mis relaciones de pareja, lo que sí te puedo decir es que me cuesta hacer conexiones profundas pero, en parte, creo que se debe a que no me he involucrado con las mujeres indicadas.

—Si tomamos como referencia tu última relación... -Reflexionó mientras le ponía comida en el tazón a su gato-. No quiero que vayas a tomar mi comentario como un juicio, sólo apunto a los hechos.

—Lo entiendo y la verdad siento que no tengo el derecho de ofenderme. Después de lo de hoy, está visto que yo estuve demasiado ciega o con la brújula muy mal calibrada.

—Posiblemente tu intuición ha estado adormecida por muchos años...

—Sí, lo sé. “La buena madre debe morir” -la psicóloga se sorprendió al escucharla decir esa frase-. Otra de las cosas que me hizo mucho sentido cuando corregí tu libro; incluso, lo hablé con mi terapeuta en la primera sesión.

—No sabes cuánto me alegra -susurró mientras sacaba del refrigerador una presa de pollo que pasaría a filetear con suma paciencia a continuación.

—Así que sí, los objetos que conservo de mamá y que tienen una historia entre las dos son muy pocos. Muchos de ellos se vendieron cuando estuvo enferma y teníamos que costear su tratamiento y sus visitas médicas. Estoy hablando de joyas que me regaló alguna vez y cosas así... Aunque, en el fondo, esos supuestos regalos tampoco los sentí míos del todo... ¡Ni qué decir del auto!

—¿Por qué? -Frunció el ceño con curiosidad.

—Por ese apego material del que te hablo. Sí, en teoría me regaló un auto cuando me hice adulta, pero siempre hacía cosas para recordarme que lo había pagado ella y que legalmente le pertenecía. Al final, lo que sucedió es que tuvo que venderlo, cuando las cosas empeoraron y su condición se volvió casi terminal.

—Lo siento mucho, Cris -musitó con mucha compasión-. Suen a que pasaron por varias estrecheces económicas.

—Sí. Así fue -su voz sonó apagada y la psicóloga lo notó al instante. Estaba avanzando por un camino espinoso justo ahora en su anécdota-. Yo prácticamente no podía trabajar. No tenía cabeza para nada y mi madre, en los meses de su convalecencia, tomó mucho de mí. Me llevó tiempo reponerme de eso, pero aquí estoy -sonrió con sutileza-, hablando con una gran psicóloga a la que le corregí un libro maravilloso hace poco.

Itza se sorprendió y se sonrojó.

—¡Gracias! -Exclamó dichosa-. ¿Podrías ser la autora de la primera reseña oficial de mi libro? -Cris rio e Itza no supo por qué, pero le habría encantado verla en ese momento.

—¡Encantada! ¡Claro que sí! -Empujó hacia adelante esa caja con una yogurtera a estrenar a la que ya le había puesto el precio. Cortó un trozo de cinta adhesiva, lo pegó a la caja de un procesador de alimentos y vio en una libreta vieja que tenía a un lado el precio que había encontrado en Internet para ponérselo-. Ahora... La historia del reloj en el bolsillo...

—No, espera. No vayas tan a prisa -vio el cuchillo deslizarse con precisión a través de la carne tierna del pollo que preparaba para la cena-. Aún no me has dicho qué objetos te estás reservando para no incluirlos en la venta de garage.

—El cofre secreto, indiscutiblemente, y todo lo que hay dentro de él. Un pijama que le regalé en el día de la madre y que supe, por su mirada, que le gustó mucho. Un set de bailarinas de porcelana -dijo con una tristeza que no ocultó.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Por qué son tan importantes esas bailarinas? -Cris suspiró y, aunque tenía la llamada en altavoz, Itza lo notó. Se quedó atenta esperando esa respuesta.

—Quizás siempre quise ser bailarina -reconoció y sus ojos se humedecieron. Era una suerte que la psicóloga no tuviera que verla llorar por tercera vez-. Se podría decir que esas piecitas de porcelana tienen más que ver conmigo que con mi madre, aunque recuerdo que fue un regalo que le hice una Navidad. Fue el primer obsequio que le di, de hecho. Ahorré parte de mi mesada, que era bastante escasa, por meses, fui a una tienda de artículos de porcelana y le compré el set. En ese momento, me hubiese gustado comprar las piezas medianas o grandes, pero eso era impagable para mí, así que tuve que conformarme con las pequeñitas.

—¿Le gustaron?

Itza podía intuir el llanto contenido de Cris por cómo sonaba su voz.

—Le gustaron, sí, lo cual fue un milagro porque nunca le agradaba nada. Recuerdo que siempre que me ocupaba de la limpieza de la casa, cuando sacudía el polvo a las bailarinas me veía en ellas como la niña que nunca fui.

—Expícate mejor...

Se había olvidado por completo de la preparación de su cena y con los ojos puestos en la nada tenía los cinco sentidos en escuchar lo que Cris le narraba.

—Ya sabes: delgada, grácil, perfecta, exitosa... -su voz se quebró-. La niña... la mujer que nunca fui.

—Aún estás a tiempo de serlo -la animó, emocionada por todo lo que le transmitía Cris en sus palabras. Sintió que podía que la escritora luciera dulce, un poco torpe, indiscutiblemente graciosa, pero tenía un universo interior tan rico y generoso, tan profundo, que se descubrió en la avidez por conocerlo. Fue una sensación inédita.

—Al menos estoy trabajando en ello, que ya es algo -sonrió y limpió su rostro por el que corrían las lágrimas-. Bien, la historia del Tank. Ya hemos hablado mucho de mí.

Itza se quedó muda por un par de segundos. Boquiabierta. Se aclaró la garganta y, bajando despacio la mirada, volvió a ocuparse del pollo.

—Pues, como debes imaginar, era de Beatriz -a Cris no le sorprendió constatar eso. Hasta Vega lo sabía-. Fue mi regalo de bodas para ella -por un momento se preguntó si podría salir ilesa de esa anécdota, considerando que su conversación con Cris le había puesto las emociones a flor de piel-. La mañana en la que ocurrió el accidente, ella salió de casa antes. Recuerdo que, al entrar a la cocina por una taza de café, vi el reloj en el suelo y me sorprendí. Cuando lo recogí noté que la pieza que une la correa a la caja se había zafado y yo misma la devolví a su lugar en sólo minutos. Me ocupé en mis asuntos, pero luego, al ver el reloj de nuevo sobre mi escritorio, pensé que lo más correcto era llamarla, para avisarle que se había quedado en casa, así no se angustiaría pensando que lo había perdido. La llamé al menos tres veces y no respondió. Le escribí para notificarle lo que había pasado y no respondió... Beatriz nunca más me respondería... -Cris rompió a llorar e Itza, al escuchar sus sollozos al otro lado de la línea, también se quebró-. Un par de horas más tarde me llamaron del hospital para decirme lo que le había pasado y lo demás lo conoces por mi libro, ¿verdad?

No respondió. Lloraron por algunos minutos y cuando pudieron calmarse un poco Cris retomó la palabra, limpiando su rostro con las toallas de papel aún sobre la mesa:

—No mencionaste esa anécdota en tu libro.

—Hay muchas que decidí reservarme.

—¿Las has compartido con alguien?

—Supongo. Con mis terapeutas una que otra. Con mis padres o los suyos, muy pocas.

—¿Las compartirías conmigo?

Cris se sintió osada e Itza se sorprendió. No supo por qué pero esa invitación le sonó verdaderamente tentadora. Quizás estaba bien hablar cosas que decidió guardarse por el temor a volver a sufrir o por un posible retroceso en su evolución y rehabilitación.

—Nunca nadie me había hecho este ofrecimiento pero, ahora que lo dices, creo que sí, que podría compartirlas contigo.

—Estaré encantada. Siento que ese voto de confianza es lo menos que puedo ofrecerte luego de que tú me has ayudado en varias de mis crisis.

Le parecía justo y más que eso: le parecía extraordinario. No comenzaría a hacer valer ese

acuerdo de complicidad esa misma noche, sentía que las dos, a su manera, ya habían tenido suficiente, así que entre sonrisas comenzaron a contarse, mientras cada una atendía sus cosas, sus cotidianidades. Cuántos pacientes atendía Itza a diario; por qué había decidido ser psicóloga, más allá de su anhelo de conocimiento, para colocarse por encima de la vulnerabilidad de necesitar de alguien más; cuándo le empezó a Cris el gusto por la literatura; qué novela leyó por primera vez en su vida... Aquella conversación fue como el brote de una madre selva que comienza a emerger de la tierra y va trepando, indetenible, por una pared firme sobre la cual encuentra asidero.

La escritora, que no supo en qué momento había abandonado su bochorno y que sentía que estaba totalmente a sus anchas, fue un paso más allá y le propuso a la otra un desafío que, con el recuerdo de alguien como Beatriz en su vida, veía verdaderamente complicado:

—Cuéntame algo que no le hayas dicho a nadie -la retó mientras movía las cajas de un lado a otro.

—¡Vaya! -Su mente se quedó en blanco-. Eso lo veo complicado, aunque... -Reflexionó. Se encontraba sentada a la mesa con el plato vacío, ese donde había estado su cena. Bebía la segunda copa de vino-. De un tiempo para acá, hay muchas cosas que no comparto -pensó que, con la presencia de alguien como Cris, eso podría llegar a cambiar, pero no quiso precipitarse. Sintió vértigo, pero a la vez premura. No supo cómo explicarse lo que estaba pasando.

—No, no, algo de tu adolescencia, por ejemplo.

—¿De mi adolescencia? -Rio con ganas-. Que era una amargada sin remedio, pero eso lo sabe todo el mundo -rieron-. ¡No lo ocultaba precisamente!

—A ver, busca... debe haber algo por allí.

—Se me ocurre algo, pero es una soberana estupidez.

—Yo seré la que juzgue si lo es o no.

—Bien -se acomodó en la silla sintiendo cómo la mujer en Caracas no sólo estimulaba sus emociones, también su mente. Era sagaz y eso la estaba acorralando-. Me gustaba encargarme de las carteleras de mi salón -Cris frunció el ceño-. Y digo las carteleras porque en el colegio donde estudié había cinco carteleras por aula. Cuatro pequeñas de corcho, con un marco muy singular de madera arriba y abajo, y una enorme en el centro del salón. Recuerdo que las carteleras pequeñas se rotaban de asignatura, así que cualquier profesor podía disponer de ellas para incluir en su plan de clases un proyecto relacionado; la grande, pues, era temática, digamos... Ya sabes: se decoraba por Halloween, Navidad...

—¿En qué colegio estudiaste?

—En el Nuestra Señora de la Consolación en La Florida, en Caracas, ¿por qué?

—¡Porque no lo puedo creer! -dijo alzando la voz abismada-. ¡Yo estudié en el mismo colegio! Cuando hablaste de las carteleras comencé a imaginarlas tal cual las veía en mi infancia y adolescencia.

—¿Siempre estudiaste allí?

La psicóloga también se entusiasmó.

—¡Sí, sí! Siempre, desde que sólo tenía cinco años...

—Yo igual. Al graduarme mis padres decidieron abandonar Venezuela y los estudios universitarios los hice aquí.

—¿Qué edad tienes, Itza?

—Treinta y ocho.

—¡Eso quiere decir que cuando tú estabas por salir del bachillerato yo estaba en sexto grado!

Entonces lo que vino fue como ver girar a un carrusel. Un carrusel repleto de corceles de colores que van al paso, que se alzan sobre sus grupas o que deciden avanzar al galope, con luces

que encienden y apagan al ritmo de una música envolvente *in crescendo* que marca el ascenso de un frenesí. El frenesí por compartir la una con la otra cosas que, efectivamente, nunca habían compartido con nadie más, especialmente por un tema de contexto. Hablaron de maestras, de profesores, de rincones del colegio que les decían algo en sus memorias y donde alguna vez estuvieron. Quizás no al mismo tiempo, quizás sí, porque evidentemente en los actos curriculares, ambas habían estado compartiendo el mismo espacio sin siquiera imaginarlo. Se rieron, se burlaron de los profesores emblemáticos, se contaron los chismes propios de la adolescencia, hablaron de estudiantes problemáticas que fueron un hito en el colegio, de cosas que pasaron y que todo el mundo supo al convertirse en escándalo y el tiempo, el tiempo que iba subido a las cabalgaduras de ese carrusel, se convirtió en un pretexto ridículo.

Ambas, en sus espacios y mundos, estaban físicamente solas, en lugares que posiblemente se les podían venir encima por monotonía, silencio o recuerdos, pero ese viaje en carrusel que fue ver crecer la afinidad, no sólo lo colmó todo de luz, de una alegría contagiosa, también les transmitió la calidez que únicamente puedes experimentar cuando sabes de sobra que no estás sola, que la cercanía es un asunto relativo y que puedes sentirte por un instante en un paréntesis de bienestar y compañía, aunque los testimonios digan lo contrario. Habían encendido las cámaras de sus teléfonos hace mucho, Itza, sentada en su sofá, se servía la tercera copa de vino y Cris, recostada del cabecero de la cama de su habitación, se había olvidado de las cajas. Reían hasta llorar, imitaban a esos sujetos y mujeres que las habían educado a ambas en su adolescencia descubriendo que compartían eso y más, hablaban de las religiosas que conformaban la congregación de aquél colegio, del jardinero que siempre fue cordial y atento con las estudiantes, de la encargada de la recepción que en todo momento se caracterizó por ser una vieja avinagrada y así, así fue avanzando ese viaje en carrusel hasta que, como en todo, la marcha se fue deteniendo, los corceles de colores sobre los cuales viajaban sus recuerdos y emociones se fueron apaciguando, la luz y la música fue bajando y se descubrieron, plenas como nunca, en una mirada compartida mientras hacían silencio.

—Es tarde -reconoció Itza al notar que en Caracas ya pasaban de las once de la noche-. ¿Dormirás allí?

—No -susurró. Por un instante se sintió tal cual como la niña que debe bajar del carrusel porque ya ha estado dando demasiadas vueltas en él y eventualmente el paseo debe acabar-. Llamaré un taxi.

—¿Pudiste hacer todo lo que tenías previsto para hoy?

—Sí. Gracias -se levantó de la cama y con la mirada repasó todas las cajas que había clasificado en el pasillo. No eran pocas-. Ya adelanté mucho para el viernes.

—Bueno... -Ella también sintió cómo la música frenética de aquel carrusel sonaba ahora como un vals lento. De pronto, las luces brillantes que habían iluminado su soledad, estaban bajando, como si anunciaran el final de una función.

—Itza -se miraron y Cris sintió un nudo en el pecho-. Gracias por la compañía, fue un gesto muy bello de tu parte.

—Lo mismo digo -la escritora la vio con curiosidad, ignorando que ella también había irrumpido en su soledad.

—Espero que el libro vaya muy bien -sintió una opresión en el pecho. ¿Qué excusa podía tener para hablar con esa mujer en adelante? Le quedaba el consuelo de haber llegado a un terreno que ni siquiera Beatriz pudo pisar, aunque se sintiese como una rematada idiota por compararse-. Cualquier cosa que necesites para ese proyecto, no dudes en...

—Hablamos mañana -dijo con llaneza y sonriendo con malicia. No, no estaba dispuesta a

aceptarle un adiós o un hasta pronto así como así-. Espero que llegues bien a casa y que puedas descansar. Ha sido un día duro.

—Gracias -susurró emocionada. ¿Así que le escribiría mañana?

—Buenas noches, Cris.

—Buenas noches, Itza.

La pantalla del teléfono se oscureció luego de horas de haber estado encendida con esa extensa videollamada y la psicóloga vio su rostro reflejarse en esa superficie de cristal. Estudió su mirada, siempre llena de vida y ahora con mayor razón. Alzó los ojos despacio y vio a su alrededor. A su lado en el sofá, hecho una bolita, estaba Soprano dormido. Hundió sus manos en su denso pelaje y él maulló con suavidad, volviéndose un poco sobre su espalda y permitiéndole acariciar su pecho y su vientre. Sonrió con calidez, pero cuando miró más allá se dio cuenta de que la rodeaba la soledad con la que había aprendido a convivir edificadamente en todos esos años. Sin embargo, por muy sana que fuese su *solitudine*, era también razonable dosificarla. ¿Desde cuando no hablaba así con alguien? Y recordó, aunque se ensombreciera un poco su ánimo, que no tenía una charla como esa desde que conoció a Beatriz, comenzaron a frecuentarse y entendieron que les estaban pasando cosas que se encontraban por encima de una simple amistad o afinidad. ¿Se repetía la historia? Sonrió, pero no se precipitaría con algo así. De momento, sólo disfrutaría a plenitud la posibilidad de hablar con una persona que la hacía reír como nadie, que le parecía inteligente, sagaz, sensible, indescifrable... ¡Y ya después se vería todo lo demás!

Allí estaba ya bebiendo el sorbo final de su última copa de vino por esa noche, con la sala iluminada a medias, casi en penumbras y sintiéndose, por momentos, como si esa escena de la que ella era también protagonista, se introdujera de a poco en una bola de cristal dentro de la cual una viruta escarchada revoloteaba a su alrededor, como si se tratase de un instante congelado en el tiempo, en su tiempo, que no avanza o retrocede, que no muta y que es prisión, hermosa y delicada, pero cárcel al fin de una realidad.

¿Cuándo volvería Cris Álvarez a agitar su bola de cristal, a hacer bailar virutas nacaradas en torno suyo? ¿Cuándo volvería a girar el carrusel?

“Mañana”. Se puso de pie y supo que tenía que lavar la copa, los platos de la cena, darse una ducha y meterse en la cama.

Había sido un día maravilloso.

Capítulo XXI

Llenó de comida el tazón de Soprano, que se frotaba contra su mano al tiempo que escuchaba a las croquetas caer en el recipiente. Lo acarició, mientras él se disponía a desayunar, se incorporó para buscar la tetera en la alacena y poner un poco de agua a calentar sobre la estufa. Pensó en Cris Álvarez, sonrió y tomó el teléfono que tenía encima de la mesada para escribirle: “Buenos días. ¡Mucho éxito en tu venta de garage!”

Era viernes. Era viernes y se habían dedicado a hablar, a veces un poco más, a veces menos, a lo largo de esos días. Sabía por la escritora que ya había entregado el nuevo libro del *Real Estate* que le habían solicitado y que estaba a esperas de su aprobación para que liberaran la segunda parte del pago; mientras, con todo ese tiempo libre, se ocuparía hasta el domingo de intentar vender lo más que pudiera de las cosas que pertenecieron a su madre y así conseguir algo de dinero extra para cubrir los gastos del departamento, entre otras cosas. Pensaba a qué podría dedicarse Cris luego de aquello y cuánto tiempo le tomaría encontrar otro cliente o proyecto.

En esas se entretenía su mente, con una leve sonrisa dibujada en sus labios, cuando la tetera comenzó a silbar y pudo verter en la taza, donde ya tenía la porción de té, el agua caliente para su infusión. Puso las cosas en la mesa para desayunar y atender en veinte minutos a su primer paciente del día, cuando vio que Cris respondía a su mensaje: “Buenos días. ¡Muchas gracias! Tengo una buena corazonada. Varios vecinos me han estado preguntando por las cosas que venderé y creo que me libraré de muchas. ¡Cruza los dedos conmigo!”

—Claro que sí... -susurró mirando la pantalla del teléfono con ojos luminosos. “¡Cruza los dedos conmigo!” Se sentó a la mesa con la frase dándole vueltas en la cabeza y buscando, con necesidad o sin ella, todas las posibles implicaciones de su significado. Le sonaba a vínculo, a complicidad, a compromiso. Le sonaba a que podían acompañarse, trabajar por el mismo fin, apoyarse. Se oía bien. Se oía especial y bonito-. Ay, Itza... -se dijo a sí misma mientras untaba la rebanada de pan con la mantequilla fresca que tenía a un lado de su plato-. ¿Qué te está pasando?

Pero se negó a responder. Sentía que de reconocer en voz alta sus síntomas, una parte de su corazón se enteraría y alzaría sus barreras. Era evidente que hablar con la escritora no sólo le hacía bien, se había vuelto adictivo. Quería más cada vez. Era, ni más ni menos, ese lugar maravilloso en el que todos hemos estado alguna vez, ese en el que el deseo por conocer cada cosa de la otra persona, el deseo por confirmar afinidades y descubrir nuevas sensaciones, es más fuerte que lo razonable, que lo justo y comedido, y se desborda, amparado en este caso por el beneplácito con el que la otra parte estaba recibiendo todas sus atenciones; respondiendo a ellas, además, con iniciativas.

Para un corazón que estuvo en las tinieblas por meses y meses, que logró salir de ellas y sanar pero nunca más involucrarse, esto le sonaba a milagro; no obstante, no se precipitaría. En parte, aún le resultaba desleal considerar la idea de compartir su vida con otra que no fuese Beatriz y, por otra parte, quería disfrutar al máximo de ese viaje de descubrimiento, de ese carrusel que giraba, frenético, cada vez que coincidían y se instalaban a hablar, a contarse las cosas que no le compartieron a nadie, o tal vez sí, pero que de cualquier modo eran únicas porque se hacían nuevas al entregárselas.

Cris, mucho menos analítica, estaba más bien enfrascada en su incredulidad. Por momentos, sentía que su afán de hablar con Itza constantemente podía mutar en otra cosa y eso la hacía volar por los cielos y más allá, sin perder altitud preocupándose por cosas como la distancia, por ejemplo; pero, por otro lado, cuando se preguntaba a sí misma por lo que podría ofrecer a una

mujer como esa en caso de que las cosas siguieran avanzando al ritmo que llevaban, toda la maquinaria de su corazón se detenía. Necesitaba trabajar lo de Lara pronto, ya lo tenía apuntado para su próxima visita al psicólogo y partiendo de ahí habría de enfocarse en su forma de relacionarse sexoafectivamente, porque si eso empañaba, torcía o perjudicaba las cosas con la mujer que estaba en Carolina del Norte, no se lo perdonaría.

—¿Torcer qué? -dijo refunfuñando mientras bajaba las últimas cajas de su venta de garage al salón de fiesta-. ¡Qué estupidez! Sólo es una amiga, como Vega.

Sí, claro. Era más fácil para ella bajar de su nube particular por varias razones: dolería menos si en efecto lo que le ofrecía la psicóloga era sólo una amistad incondicional y no otra cosa, eso sin mencionar la sombra colosal de Beatriz en su vida y en su corazón. Ya le había compartido al menos dos anécdotas más de esas que no le había entregado a nadie y aquello no era amor del bueno. No. Era lo siguiente.

Suspiró con desánimo y se convenció de que ella misma también estaba pasando por una etapa de transición, en la que debía enfocarse al máximo en sanar todas las heridas de Lara para avanzar sin velos hacia otra posible relación. Se colgó de la frente y del corazón, metafóricamente hablando, el cartelito de “No disponible” y con la resolución de no permitirse empañar las cosas lindas que compartía con Itza por dejar que otros sentimientos tomaran posesión del momento, se bajó del elevador, descargando sus cajas para comenzar, en menos de una hora, su venta de garage.

Un poco más al este de la ciudad, otra persona veía la semana aproximarse a su final con relativo éxito. Se trataba de Vega Santini. A diferencia de Itza Arbe, ella se había encargado de desearle éxito a Cris en su venta personalmente, esa mañana cuando la dejó muy temprano en el edificio donde vivió su madre, para luego llevar a Ezequiel al colegio e ir a su lugar de trabajo. La mañana en el bufete avanzó tranquila y a buen ritmo. Sí, es verdad que había tenido mucho trabajo con Labarca padre, Benavides y la propia Anastasia Freitas para dejar todos los anexos contractuales a punto, que había revisado minuciosamente estos documentos y más en compañía de la nueva directora, pero las cosas tomaban su curso sin sobresaltos.

Allí estaba verificando unos archivos que le había compartido la joven asistente de Labarca hijo a través de la base de datos interna del bufete cuando Samay Jinez golpeó un par de veces a su puerta haciéndola alzar su mirada y, luego de verla, sonreír:

—Sí, dígame, Doctora.

—Me marchó -Vega la miró con curiosidad-. Tengo una cita en el puerto con los inspectores a las once de la mañana -miró su reloj-. Van a hacer la revisión de algunos buques de Itineraria y debo encargarme de eso.

—Bien.

—Si surge algo, por favor, no dudes en llamarme.

—Así lo haré, Doctora. Que tenga un buen día -Samay le asintió con un gesto hermoso y se retiró. Vega la siguió por el pasillo con sus ojos hasta que se perdió de vista, consciente de que era casi seguro que no volvería a verle la cara por el bufete hasta el lunes. Sabía, por la experiencia con el Doctor Cáceres, que esas eventuales inspecciones podían tomarse fácilmente horas, así que dudaba que volviera a su despacho luego de pasar gran parte del día en el puerto-. Al menos yo no lo haría -reconoció y rio con picardía.

El resto de la mañana, así como la tarde, avanzó sin contratiempos, de no ser porque cerca de las dos, la asistente recibió en su teléfono una llamada del colegio de Ezequiel. Desde luego que se sobresaltó, pero la persona responsable la tranquilizó al advertirle que sólo cumplía con avisarle que la práctica de baseball de esa tarde se había suspendido debido a que el entrenador

tenía un inconveniente que atender y que podía ir por el niño a las tres, de ser eso posible, para así evitar que estuviese en el colegio sin mayor cosa que hacer hasta el final de la tarde. Agradeció la notificación, le aseguró que lo tomaría en cuenta y, después de colgar aquella llamada, se puso a pensar en las alternativas que tenía.

Cris estaba descartada para asistirle por esa ocasión, ya que se encontraba en su venta de garage y no podía desatender ese compromiso para ir al colegio por Ezequiel. Su madre, Eleonora, también estaba descartada, pues recordó de inmediato que ese día llevaba a su abuela a un control médico y Molina... frunció los labios sólo de pensarlo, Molina tenía clases en la Universidad Central hasta las nueve de la noche. Sí, quizás podía ausentarse para ir por el niño, pero, ¿tendría a Ezequiel deambulando por los pasillos de la Facultad de Ciencias hasta esa hora? ¡No, gracias!

Respiró profundamente entendiendo que tenía que aceptar su destino: la única disponible era ella y no le quedaba más que ir por el niño una vez terminara sus tareas dirigidas y llevarlo consigo a la oficina. ¿Y si Samay Jinez regresaba de su inspección y conseguía al chico de nueve años en el bufete? Le inquietó esa posibilidad, al punto de que podría estar dispuesta a aceptar la opción del ex marido, pero intentó ser razonable. Las probabilidades de que comenzaran a tiempo la inspección eran mínimas, eso sin mencionar que podía demorar toda la tarde.

—No -se dijo convencida y hasta pensó en escribirle a la Doctora Jinez, pero prefirió descartar esa posibilidad para no despertar sospechas-. No regresará hoy a la oficina. Terminará tan tarde que no tendrá más remedio que irse a casa, tal y como lo hizo muchas veces el Doctor Cáceres en su momento.

Se aferró a esa idea y, resuelta, decidió que a las tres de la tarde iría por su hijo.

Aún y cuando estaba cruzando la calle para entrar al colegio por el portón de abajo, pensó por enésima vez si era o no una buena idea llevarlo consigo a Cáceres & Asociados. Revisó su teléfono al llegar a la acera de enfrente y constató que no tenía ningún mensaje de la directora del bufete. Posiblemente estaba ocupada con los inspectores, como era lo usual. Inspiró hondo, tratando de calmar su sobresalto, saludó a la persona en la portería, entró y le tomó aproximadamente diez minutos divisar a su hijo sentado en la hierba con otros dos chicos del equipo. Vestía su uniforme de entrenamiento y llevaba sobre su cabeza la gorra. Lanzaba al aire una pelota de Spalding y la recogía sin problemas con su mascota o manilla.

La madre caminó hacia él con una sonrisa y, al divisarla, a pesar de que la visera le restaba un poco de visibilidad, el niño se puso de pie y corrió a sus brazos besándola par de veces en las mejillas. Lo ayudó a recoger sus cosas, saludó a los otros chicos que también esperaban por sus representantes y se lo llevó consigo.

—Estoy triste -reconoció Ezequiel con carita apesadumbrada.

—Bueno -le acarició la cabeza con amor y volvió a tomarlo de la mano para cruzar la calle-, el lunes tendrás práctica otra vez.

—Sí, pero estoy triste. ¡Lo que más me gusta en la vida es jugar al baseball! -Vega miró al frente, aunque sintió una punzada en el corazón. Ni siquiera podía pedirle al padre que lo llevara al día siguiente a un lugar donde pudiera desquitarse jugando a la pelota, porque tenía los sábados copados con sus obligaciones como profesor universitario y ella... ¡Ella era la persona más torpe del mundo tratándose de los deportes!

—Bueno, pero no dramáticas, mi amor. Sé que lo que más amas en el mundo...

—No -corrigió-. Lo que más me gusta, porque lo que más amo es a ti -la rodeó por la cintura con sus brazos y ella se echó a reír conmovida. Se inclinó frente a él, le echó la visera de la gorra hacia atrás y lo besó en el rostro varias veces.

—Y yo a ti, príncipe -le tomó la cara entre las manos y le apretó un poco las mejillas-. Lo que más amo en el mundo eres tú, mi amor -se abrazaron-. Ahora, quita esa carita larga. Ya nos inventaremos algo mañana para compensarte porque hoy no jugaste al baseball.

—¿Con Cris? -Alzó la cabeza para verla.

—No, mi vida. La tía Cris estará muy ocupada este fin de semana. Tiene que vender muchas cosas de su antigua casa, ¿recuerdas?

—Sí -dijo pensativo-. ¿Y no vende juguetes? -Vega rio. Subieron al elevador de la torre de oficinas.

—No, Ezequiel, no vende juguetes -lo miró con un gesto gracioso-. ¿Cómo se te ocurre que la señora Maigualida, a su edad, iba a tener juguetes?

—En todas las casas siempre hay juguetes.

—No en todas, cariño.

—Cuando sea presidente mandaré que en todas las casas debe haber juguetes y la gente me obedecerá...

—No me digas -bajaron del elevador y caminaron hacia el portal de cristal de Cáceres & Asociados.

—Sí, porque todos obedecen al presidente.

—¡Ezequiel! -exclamó la recepcionista que tenía tiempo sin ver al hijo de Vega-. ¡Qué grande estás!

—Hola señora Mercedes -y sin que su madre le indicara nada, le dio la vuelta al mueble de la recepción rotulado con el logotipo del bufete y le dio un beso en la mejilla.

—¡Tan caballero como siempre!

—Sí -dijo sagaz-, porque seré un presidente.

—¡Ah! -Acompañó su expresión con un gesto de asombro casi cómico-. ¡Qué bien!

—Sí -reiteró Vega sonriendo-. La semana pasada iba a ser jugador profesional de fútbol americano, pero hoy le dio por la política. Así es él -le puso las manos sobre los hombros y lo llevó consigo-. Un día ingeniero, al otro banquero...

La mujer desde su asiento se despidió del niño con la mano y él le correspondió.

Se encaminaron a la oficina de Vega y, justo cuando doblaron en el pasillo, vieron la puerta del despacho de dirección abrirse y salir de él a Samay Jinez. La asistente palideció y se quedó petrificada, frenándose con su hijo tomado de los hombros.

—¡Vega! -Le dijo con una sonrisa hermosa y de inmediato sus ojos se dirigieron al chico de nueve años, vestido con uniforme de baseball y la gorra volteada hacia atrás-. ¿Y este jovencito quién es? -Lo miró de arriba a abajo con un gesto suspendido.

—¡Ezequiel! -dijo el niño alzando la cabeza y mirándola a los ojos.

—¡Hola, Ezequiel! -Los ojos de Samay buscaron los de Vega, que lucían nerviosos-. ¿Tu sobrino?

—Mi hijo -susurró y ambas mujeres se miraron fijamente. Samay volvió al rostro del chico. Sí, ahora que lo consideraba, tenía mucho de la madre.

—¡Tu hijo! -Se inclinó un poco hacia él-. ¿Qué edad tienes, Ezequiel?

—Nueve años.

—¡Qué bien! -Le tomó la mano con suavidad-. Yo soy Samay, trabajo con tu mami, ¿lo sabías?

—Sí -admitió, pero Vega le apretó un poco los hombros para que no dijera alguna imprudencia.

—Y juegas al baseball por lo que veo.

—¡Sí! -Hizo una mueca triste-. Pero a mi entrenador le pasó algo hoy y no tuvimos práctica.

—¡Ay! -Parecía completamente absorta en la conversación con el niño mientras Vega la miraba con ojos entrecerrados-. Lo siento mucho. ¿Te gustan mucho tus prácticas de baseball?

—¡Sí! -Se puso eufórico-. ¡La semana pasada bateé dos hits!

—¡Eso está muy bien! -Lo tomó por el brazo y lo sacudió muy levemente-. ¿Qué posición juegas?

—Soy *catcher*.

—¡*Catcher*! -Le encantó y su expresión de sorpresa no fue fingida-. ¡Es una posición muy difícil y muy importante!

—¡Sí! A veces me ponen a cubrir la tercera base, pero me gusta más ser *catcher*.

—¡Qué bueno! ¿Y cuál es tu equipo favorito, a ver?

—Nacional, Los Leones, por supuesto.

—Pues yo soy de Los Tiburones, ¿qué tal?

—Bien, bien -dijo con gesto indulgente y la hizo reír-. No está tan mal.

—¿Y de las grandes ligas?

—Los Medias Rojas de Boston.

—¡Yo también! Choca esos cinco -y ambos hicieron el gesto en señal de camaradería mientras Vega los miraba atónita-. ¿Tu jugador favorito?

—Miguel Cabrera y Ronald Acuña...

—¡Muy bien! -Fingió un gesto serio-. Estoy muy de acuerdo, señor. Usted es un gran conocedor.

—¡Gracias!

Ezequiel se sintió importante y la abogada rio con suavidad al ver su gesto de altivez. Se incorporó despacio y miró fijamente a Vega.

—No sabía que tuviera un hijo, Santini.

La otra le sostuvo la mirada, aunque en sus pupilas se asomara un dejo de inquietud.

—No ventilo demasiado mi vida privada en el bufete, Doctora. Ahora -abrió la puerta de su oficina y avanzó hasta ella con el niño-. Si me necesita estaré aquí. Le aseguro que Ezequiel se mantendrá tranquilo; como bien le explicó él mismo, tuve que buscarlo antes de tiempo porque suspendieron el entrenamiento y no podía dejarlo en el colegio esperando por mí por tres horas.

—Comprensible.

—Me alegra que su trámite en el puerto no le tomara mucho tiempo, Doctora. Permiso -se encerró en su oficina y Samay no le quitó los ojos de encima por varios segundos, hasta que retomó sus asuntos.

Sentado en una de las sillas que estaba frente al escritorio de Vega, el niño miraba a través del cristal a la oficina de Samay, donde estaba ella reunida con otros dos abogados. Se mecía en su asiento de un lado a otro mientras la madre, infructuosamente, trataba de concentrarse en las cosas que debía dejar listas esa tarde.

Cuando Ezequiel vio que los abogados salían del despacho de la directora y que ella volvía a quedarse sola, no se lo pensó dos veces, se puso de pie y se dirigió a la otra oficina. Vega lo llamó e intentó detenerlo, pero fue en vano. Una vez le dio alcance ya estaba intercambiando palabras de nuevo con la mujer de cabellos oscuros y ojos color jade.

—Déjelo -le aseguró Samay a Vega alzando un poco su mano en señal de detenerla-. No me molesta que se quede conmigo un rato.

—¿Segura? -Se puso muy nerviosa-. Le pedí que se portara bien y...

—No veo que esté haciendo nada malo, Santini. Déjelo y vuelva a ocuparse de lo suyo. Yo me

encargo -Vega suspiró y se dio la media vuelta.

Aunque volvió a su oficina como le había recomendado Samay, lo menos que hizo fue enfocarse en las tareas pendientes. No podía quitarle los ojos de encima a esos dos. De pie, a un lado del escritorio de la directora, Ezequiel no paraba de hablar y de hacer muecas, mientras la abogada lo miraba con atención, reía y a su vez le respondía. ¿Qué podían estar hablando con tanto entusiasmo? ¿Baseball? Cruzaba los dedos para que el niño no le dijera ninguna imprudencia.

Transcurrido un rato y un poco más enfocada en sus quehaceres, mirando cada tanto la amena charla que aún sostenían la abogada y el niño, vio la hora en su reloj y se dio cuenta de que ya era tiempo de marcharse por ese día. Hizo un repaso breve por todas sus tareas, le agradó constatar que no quedaba nada pendiente, al menos de lo que podía adelantar por ese día y, poniéndose de pie, fue hasta el otro despacho por su hijo:

—Permiso, Doctora -la mujer sentada ante el escritorio la miró a los ojos con una expresión difícil de descifrar-. Ezequiel -el chico se volteó a verla-, ya es hora de irnos a casa. Despídete, por favor, y ven a encargarte de tus cosas.

Sí, puso gesto de desilusión, pero obedeció. Se bajó de la silla donde estaba sentado, le dio la vuelta al mueble y le dio un beso a Samay en la mejilla. Ella le tomó las manos con afecto.

—Chao, Samay.

—Buenas tardes, señor. Pórtese bien y hágale caso a su mamá, ¿está bien?

—Sí -dijo sintiéndose importante. Le gustaba que se refiriera a él como una persona grande-. Le voy a decir a mi mamá que me traiga más veces para verte.

Vega suspiró arqueando un poco los ojos.

—Perfecto. Aquí lo esperaré para que me cuente más cosas de su colegio y de sus prácticas de baseball.

—¡Sí! -Se dio la media vuelta y antes de salir volvió a despedirse con la mano.

Comportándose como un buen niño, recogió todas sus cosas, obedeció a la madre y salió con ella mientras Samay, al otro lado, miraba cada uno de los detalles de esa escena hundida en la silla de su despacho. Cuando Vega ya dejaba todo en orden, pasó de nuevo por la oficina de la directora para despedirse por esa tarde.

—Buenas tardes, Doctora.

—Buenas tardes, Santini.

El niño corrió dentro, se colgó del cuello de Samay, que soltando una carcajada maravillosa lo abrazó, le dio un par de besos nuevamente y volvió con su madre, a quien tomó por la mano y se la llevó consigo fuera de ese lugar. Con un gesto indescifrable, la directora los vio marcharse y una vez desaparecieron en el marco del cristal, se quedó con los ojos mirando a la nada y pensativa, profundamente pensativa.

Su enigmática expresión encontraba reflejo en otra: la de Vega Santini. Ella también parecía pensativa y preocupada a pesar de que todo en el bufete había quedado aparentemente en orden.

Preparaba la cena con la cabeza en otra parte cuando Cris entró al departamento, agotada pero feliz. ¡Había vendido más de la mitad de las cosas de su madre!

—¡Qué buena noticia! -exclamó Vega aunque su expresión era confusa, al menos para la escritora, que no la supo descifrar a simple vista como solía hacerlo siempre.

—Sí -se sentó a la mesa de la cocina a descansar un poco luego de un día tan pesado-. Si mañana tengo suerte, capaz para el domingo no me quede nada.

—De ser así, podrás descansar...

Escucharon un golpe seco en la sala y ambas se miraron a los ojos con desconcierto.

Esperaron un par de segundos y creyeron que o había sido su imaginación o tal vez el ruido provenía de arriba, cuando volvió a repetirse con la misma intensidad y salieron de inmediato de la recámara para asomarse y descifrar qué era lo que estaba pasando.

Al entrar a la sala, vieron a Ezequiel de pie frente a uno de los sofás, lanzando una pelota Spalding hacia él con todas sus fuerzas. El golpe volvió a repetirse por tercera o cuarta vez, producto del sonido que hacía la pelota contra el respaldo del mueble cuando Vega, impaciente, lo reprendió:

—Ezequiel, ¿qué te he dicho de jugar pelota dentro de la casa?

Decepcionado, el chico fue hasta el sillón, recogió la bola y se la llevó a su habitación. Ambas mujeres volvieron a la cocina.

—Está intranquilo -explicó Vega-. Hoy suspendieron su entrenamiento y se quedó con las ganas de jugar.

Hablando del personaje, ya estaba allí asomando sus narices en la cocina. Vio a Cris, se echó en sus brazos y la saludó con afecto.

—¿Cómo estuvo hoy el colegio? -preguntó la escritora con una sonrisa tomándolo de las manos.

—Fatal porque no hubo baseball. ¡Fue el peor día de mi vida!

—Definitivamente, lo de él es el teatro -masculló la madre haciendo reír a la amiga.

—Pero después conocí a Samay -Vega lo miró de soslayo a pesar de que tenía la comida sobre el fuego y Cris arrugó el ceño con curiosidad.

—¿Quién?

—Samay -añadió la madre con un semblante extraño-. La nueva directora del bufete.

—¡Ah! ¡La abogadísima!

—Esa.

—Samay es muy chévere, tía Cris -la escritora volvió a reparar en el niño-. ¿Sabías que ella también juega baseball? -Las dos mujeres lo miraron incrédulas.

—¿De dónde sacas eso, Ezequiel? Por favor... -A Vega casi se le quema la carne y tuvo que bajarle un poco al fuego.

—¡Ella me lo contó, mamá! -Volvió a ver a Cris que lo observaba muy atenta-. Jugó baseball en un equipo de niños y su abuelo era el entrenador, pero la sacaron...

—¡Qué pena! -Admitió Cris mientras Vega escuchaba cada detalle.

—Y era *pitcher*... -Se quedó pensativo algunos segundos-. Mamá, decidí que yo también quiero ser *pitcher* como Samay.

—No me digas -no le dio demasiada importancia.

—Sí. Estaba practicando y creo que lanzo muy bien -lo dijo como si se tratase de un razonamiento trascendental.

—¡Ah! ¿Abrir un hueco en el sofá con la pelota es practicar para ser *pitcher*?

—Necesitaba un *catcher* y ustedes no juegan baseball, pero Samay sí.

—Pues tendrás que esperar a que tu entrenador te evalúe para saber si puedes ser un buen lanzador, aunque ya tienes todo tu equipo de *catcher*, ¿por qué cambiar de posición ahora?

—Porque Samay era *pitcher* en su equipo... ¡Y capitana!

—Lo de capitana no lo dudo -masculló y Cris volvió a reír con las ocurrencias de esos dos.

—Además a Samay le gustan Los Tiburones de La Guaira -miró a Cris pensativo-. Creo que a mí también me gustan.

—¿En serio? -La escritora lo miró asombrada-. ¿Dejarás de apoyar a Los Leones?

—No. Apoyaré a los dos -dijo resuelto.

—No me digas -la madre estaba terminando de dar los toques a la cena sobre la estufa-. ¿Y qué harás cuando se enfrenten los dos equipos, sabelotodo?

—Apoyar al que gane.

Vega y Cris rieron. Fue un milagro que el niño sacara a su madre de su singular estado de ánimo, pero hacerla reír por algunos minutos no sería suficiente para contenerla durante todo un fin de semana.

No, a decir verdad no quería que llegara el lunes. Puede que se distrajera el sábado y el domingo ayudando a Cris con su venta de garage, socializando con los vecinos y poniéndose al día con los chismes de la comunidad, pero esos momentos de lucidez fácilmente se esfumaban, transformándose inexplicablemente en una actitud taciturna, en una mirada casi vacía y en una nostalgia incomprensible.

Ni siquiera subirse a su nube personal durante las conversaciones con Itza Arbe fue suficiente para que Cris ignorara los repentinos cambios de ánimo de Vega y aunque en más de una ocasión quiso llegar al fondo de su mirada incierta, ella siempre se excusó atribuyéndole su mala cara a los problemas del bufete; argumentaba, evasiva, que las cosas apenas iban en vías de solucionarse, que esa semana había citaciones con clientes de mucho peso y que hacerles entender el grave error que uno de los abogados había cometido, podía derivar en un malentendido que los perjudicara a todos. Desde luego, la escritora atribuyó el malestar de Vega a su sentido de compromiso y a su comprobada responsabilidad pero, por momentos, le parecía que estaba dramatizando; finalmente, ella no era responsable de nada y, además, debía recordar que en parte su trabajo había contribuido a poner la situación en vías de solucionarse. Su desempeño había sido intachable y de gran ayuda para la nueva directora, así que ¿por qué tomarse tan a pecho algo que ya se estaba enmendando? Tenía que haber algo más. Algo que Vega se estaba reservando celosamente.

Llegó el lunes y aunque Cris no fue testigo de eso, Vega estaba nerviosa e irritable. Tal y como lo había hecho toda la semana anterior, entró al bufete muy temprano y allí esperó por la llegada de todos los demás, muy especialmente de Samay Jinez que se presentó con su acostumbrada puntualidad, tan perfecta y sofisticada como siempre, pero fría y distante como nunca. Fue como caer en un abismo al cual se había anticipado, ni más ni menos.

No, la abogada no fue descortés. Ni siquiera perdió el tiempo en cinismos. Simplemente fue tajante, indiferente y cauta. Excesivamente cauta, como si toda la calidez que había aflorado en los días previos se hubiese helado tras una tormenta de nieve, ni más ni menos.

Visto lo visto, Vega también se pertrechó en su orgullo, que no era poco. Intentó estar por encima de la situación, sortear las cosas sin sarcasmos, aunque se le dieran increíblemente bien, pero tuvo que reconocer, conforme fue avanzando la semana, que la desconexión absoluta comenzaba a afectarla y por momentos se sintió, francamente, sobrepasada por una tristeza densa, viscosa, absoluta, que se le alojaba en la mirada con el caer de la tarde y le robaba de a poco la energía.

No lo notó, absorta en su melancolía y con la mirada perdida cientos de veces fingiendo ver algo a lo que realmente no le prestaba la más mínima atención, pero Samay Jinez abrió de vez en cuando un resquicio en su altivez para ver a través de él cómo el ánimo de su asistente se iba resintiendo y con él, el de ella.

La firma de Sailiner avanzó sin sorpresas, incluyendo además la presentación de los *adendum* que habían preparado para subsanar el problema con los contratos anteriores y fue una suerte que Samay Jinez resultase una mujer verdaderamente camaleónica al momento de poner cada cosa en su lugar y apostarle a la exquisita burocracia. Restaba por esa semana el compromiso con Bestar

y, en días siguientes, el resto de las citaciones. Entonces la pesadilla que había orquestado Labarca hijo por razones que de momento desconocían, habría acabado sin daños que lamentar.

Con el viernes, arribó el naufragio absoluto de su ánimo. Vio en su reloj que faltaban quince minutos para las seis de la tarde y a través de la persiana que había en su oficina y que decidió mantener parcialmente cerrada por esos días, notó que el despacho de dirección continuaba vacío. Se puso de pie y caminó hasta la sala de conferencias. Allí vio a Samay con una sonrisa radiante, como pez en el agua, conversando con los representantes de Bestar. Tenían ya más de tres horas reunidos.

Creyó pertinente saber si necesitaría de sus servicios, pues se acercaba la hora de ir por Ezequiel, así que tocó un par de veces la puerta, recibió la autorización que esperaba para pasar y, asomando ligeramente la cabeza, quiso hacer contacto visual con la sucesora de Cáceres, pero por el momento se le daba mejor desviar un poco la mirada.

—Doctora -susurró-, disculpe que la interrumpa...

—No -repuso de inmediato, mucho más solícita de lo que lo había sido en días anteriores-. No interrumpes nada, Vega -la mujer en la puerta alzó la mirada extrañada, ¿volvía a llamarla por su nombre? ¿A qué debía el cambio ahora?-. Sólo estamos conversando amablemente, pero hace un rato ya que dimos cierre a lo que nos ocupaba.

—Me alegra saberlo, doctora -fingió lo mejor que pudo un gesto amable-. Entonces, ¿puedo retirarme?

—Sí, sí, desde luego -miró la hora en su reloj Montblanc Heritage y al ver que ya casi eran las seis, supo de inmediato a qué se debía la premura de su asistente-. Márchate sin problemas.

—Gracias -miró a las personas que estaban con ella en esa sala-. Buenas tardes a todos, caballeros.

Recibió un coro irregular de respuestas, así como inclinaciones cordiales de cabeza y cuando estaba a punto de cerrar la puerta nuevamente para dejarla tal y como la había encontrado, la directora la detuvo:

—Vega -volvieron a mirarse a los ojos-. Gracias. Gracias por todo.

Ella sólo asintió levemente, se dio la media vuelta y se largó a paso más bien ligero, dificultándole las cosas a Samay Jinez en su propósito de seguirla con la mirada. El sujeto sentado a su lado retomó como si nada la charla que estaban compartiendo antes de la breve interrupción, pero fue inútil, el pensamiento de esa mujer de ojos color jade se alejaba de ese lugar, siguiendo muy de cerca los pasos de la que justamente en ese instante abandonaba el bufete.

No quería ir a casa. A decir verdad, sentía que no había un lugar donde quisiera estar realmente, pero se debía a su hijo y sabía, porque el mismo Ezequiel se lo había manifestado en los términos de un pequeño de nueve años, que su desánimo lo tenía preocupado. Entonces, resolvió que podía premiarlo esa tarde con un helado. Tal vez hacerse ese obsequio a sí misma, pensando insulsamente que algo dulce podía alegrarle la existencia.

En lugar de buscar su automóvil, decidió ir por el niño a pie; en menos de quince minutos ya estaba de regreso en el mall empresarial donde se encontraban las torres de oficinas y, en una de ellas, el bufete de Diógenes Cáceres. Con su acostumbrado uniforme de baseball, luego de una práctica que parecía haber sido fenomenal a juzgar por la algarabía del niño, que estaba cubierto de tierra como era normal después de cada entrenamiento, Ezequiel caminaba de la mano con su madre, intentando hacerla reír con sus ocurrencias.

Al principio, creyó que le hablaría de sus méritos deportivos, pero en pocos minutos se enteró que lo que realmente lo tenía tan entusiasmado, era la llegada de una nueva niña al colegio.

Según le refería, la jovencita había empezado en su curso ese mismo lunes. Como era de imaginarse, la chiquilla se mantuvo cauta buena parte de la semana, pero con el avance del jueves y el viernes, ya había socializado lo suficiente como para abrirse a la posibilidad de compartir con algunos compañeros y hacer nuevos amigos, entre ellos el hijo de Vega.

No paraba de hablar de la niña en cuestión, quien tenía por nombre María Victoria, y la madre llegó a pensar que posiblemente el chico se había enamorado por primera vez. Sentados ya en la heladería, con sus postres de por medio, Ezequiel encontró algo mejor que hacer y se sumergió de lleno en su helado de chocolate, mientras Vega apenas si probaba el suyo.

Jugaba con la paleta dentro del helado, cabizbaja, cuando la silueta de su perfil, acompañada de la de su hijo sentado frente a ella, se dibujó en los ojos color jade de Samay Jinez, quien los miraba a la distancia un poco abismada por la suerte de haberlos encontrado. Se mentiría y se comportaría como una soberbia consumada si no hubiese sido capaz de reconocer que encontrarse así por así con esos dos le había despertado una emoción rarísima en todo el cuerpo. ¿Felicidad? ¿Emoción? Valía la pena averiguarlo luego de esa semana que tenía matices de purgatorio.

Se acercó a ellos despacio y el primero en reparar en su presencia fue Ezequiel, que se olvidó del helado por completo.

—¡Samay! -gritó, se puso de pie, se colgó de su cuello y le dio un beso. Ella lo abrazó, risueña, feliz de que la recordara. No le importó para nada que su uniforme estuviese cubierto de la tierra propia del campo de baseball y que con ella pudiese manchar su conjunto de Balmain.

—¡Señor! -Lo estrechó con fuerza-. ¡Qué sorpresa encontrarlo por aquí!

—¡Mira! -Señaló a Vega que tenía cara de pocos amigos. ¿No se supone que la idea de ir a la heladería era para sentirse mejor? Ya le decía su intuición que lo más indicado por aquella tarde era esfumarse-. Mi mamá está aquí también.

—Ya la veo -musitó y mientras el niño volvía veloz a la mesa para seguir con su helado, ella se aproximó despacio. Tomó el respaldo de una silla vacía y preguntó: ¿Puedo sentarme o interrumpo?

—Adelante, Doctora -dijo más bien sin fuerzas. Ni ánimos tenía para las descortesías-. Tome asiento -Samay aceptó su invitación e, inclinándose un poco hacia ella, susurró:

—No tienes que tratarme de usted todo el tiempo, ¿o sí? -Se miraron a los ojos.

Vega se sintió estafada. ¿Acaso esa mujer que tenía enfrente se estaba volviendo loca o pretendía volverla loca? La trató con la más absoluta indiferencia durante toda la semana y de pronto, de la noche a la mañana, con la llegada de la tarde del viernes cambiaba por completo su actitud... ¿A qué estaba jugando? Le importaba poco, no sería su cómplice en lo que sea que estuviese tramando.

—Prefiero mantener las distancias, Doctora -dijo bajando los ojos a su helado, del que no había comido prácticamente nada. Samay suspiró decepcionada.

—Eso no te servirá de nada, Vega -continuó hablando en voz baja mientras miraba de soslayo al niño. Parecía absorto en su postre-. Que te lo digo yo, que ya lo he intentado.

—Vale la pena hacer el esfuerzo, ¿no le parece? -Volvieron a verse-. Quizás no ha puesto el suficiente empeño, ¿no cree?

—Sí que me he empeñado -le dijo y sus ojos parecían tristes, tan tristes como los de la asistente-. Tengo años empeñándome, te lo aseguro.

—Pues la invito a que refuerce su estrategia, Doctora Jinez -intentó ignorarla poniendo toda su atención en un helado que no le sabía a nada, hasta el agua con hielo le habría parecido más gustosa.

—¿Y qué conseguiré con eso? -Volvieron a verse a los ojos-. ¿Qué conseguiremos con eso? Dime, a ver...

—¡Samay! -Ezequiel se limpiaba la boca con una servilleta, parecía de humor para charlar ahora que había terminado el postre-. Le dije a mi entrenador que quería ser *pitcher* como tú.

—¿Sí? -Se sintió halagada, aunque lamentaba no poder hablar con Vega a sus anchas. A pesar de esto, no fue descortés con el niño. Le parecía demasiado encantador como para hacerle el más mínimo desaire-. ¿Y qué te dijo?

—Que podíamos intentarlo -señaló a Vega por encima de la mesa-. Le conté a mi mamá que habías jugado baseball, pero no me creyó -Samay volteó a verla y Vega, refunfuñando, prefirió enfocarse en su helado, aunque ya parecía un caldo.

—¿Ah, sí? -Se inclinó de nuevo hacia ella, cruzó sus brazos sobre la mesita de la heladería y miró su perfil sonriendo-. ¿Y por qué iba yo a inventar una historia así?

—No dudo de usted, Doctora -aclaró, escueta-. Sólo me pareció sorprendente esa posibilidad, es todo.

—Sí, le conté a Ezequiel que jugué baseball en un equipo de niños hasta los catorce años. Mi abuelo era entrenador y decidió incorporarme a él porque notó que tenía aptitudes y que me fascinaba ese deporte. No había una liga femenina en la que pudiera competir, tampoco me interesaba el softball o el kickingball, así que habló con los padres del resto de los niños, no tuvieron problema en acogerme y jugué con ellos hasta la adolescencia. Fui *pitcher* y capitana del equipo, hasta que en los campeonatos el resto de los padres y entrenadores vieron en mí una especie de amenaza... ¡Era buena! ¡Era muy buena! Así que mi talento comenzó a causar cierto malestar y amenazaron a mi abuelo: o me sacaban del equipo, o lo descalificaban y no tuvo más alternativa que dejarme fuera. Me deprimí por meses.

—Lo siento, Doctora -lo dijo de corazón-. Debe ser muy lamentable tener que renunciar a algo que se ama por culpa de la intolerancia de otros.

—Eso que acabas de decir es muy cierto -se lo dijo con voz grave, mientras miraba con avidez su perfil.

—Ahora que lo pienso -dijo alzando la vista mientras reflexionaba-. Esa ha sido un poco la historia de su vida, ¿no?

—¿Renunciar a algo que amo por intolerancia o...? -Se miraron fijamente.

—Lo otro. Me refiero a lo otro. Me refiero a que intentan opacar sus talentos, disminuir su brillo, sacarla del paso.

—Sí, pero estoy acostumbrada. Ves que mi historia teniendo que demostrar quién soy y lo que valgo no es nueva, ¿no?

—Lo veo, sí -hizo a un lado el vasito en el que estaba su helado, dejando en él más de la mitad. Reparó en Ezequiel que ya había terminado de comer y creyó prudente marcharse-. Bien, es hora de ir a casa.

—¡No! -clamó el niño de inmediato.

—Sí -lo contradijo sin ánimos de secundar sus berrinches-. Ya es tarde.

—¿Tarde? -Samay miró la hora en su reloj-. ¡Pero si van a dar las siete de la noche!

—Créame que no es igual cuando se trata de un niño, Doctora -insistió: ¡Vamos, Ezequiel!

—No -esta vez fue ella, Samay Jinez, la que se lo pidió-. No te vayas, Vega, espera... -Miró a Ezequiel que tenía un gesto desilusionado-. Hey, Ezequiel -el chico reparó en ella-. ¿Conoces el centro de bateo que está aquí cerca?

Sus ojos brillaron como nunca.

—¡No! -Se puso de pie y se encimó sobre Samay-. Algunos de mis amigos han ido, pero a mí

nunca me han llevado -la abogada volteó a ver a Vega con desaprobación, meneando la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué? -Se sintió acorralada-. ¡A mí no me vea así! ¡Yo no sé nada de centros de bateo! ¡Ni siquiera sé lo que es eso!

—Ezequiel -dijo muy seria y volvió a ver al chico-, es hora de que tu mamá conozca lo que es un centro de bateo -el niño gritó eufórico.

—No -se opuso Vega de inmediato-. No, no. Ha sido una semana infernal y yo sólo quiero irme a casa...

—Sólo una hora -suplicó la abogada dejándola un poco pasmada. El niño no paraba de lanzar gritos de alegría-. Te prometo que sólo será una hora. Él podrá divertirse... Te aseguro que le encantará.

—Dios mío -se sobó las sienes con hastío.

—Vamos -Samay se puso de pie. Ezequiel recogió sus cosas más dispuesto que nunca y Vega, tras maldecir dos o tres veces más, decidió que lo mejor era colaborar-. Iremos en mi auto -propuso mientras avanzaban dejando atrás la heladería. No está muy lejos de aquí, a sólo quince minutos.

—Prefiero llevar el mío, Doctora. De ese modo podré ir directo a casa al salir de allá.

Samay suspiró desanimada.

—De acuerdo, Vega. Lo haremos como tú digas.

No mintió cuando dijo que desconocía por completo el lugar en el que estaba el supuesto centro de bateo al que la abogada hizo mención y del cual su hijo había oído hablar, así que, resignada, confundida y sin ánimos de nada, siguió el auto de Samay por la avenida, mientras el niño no paraba de recordarle lo feliz que se sentía porque por primera vez iba a conocer el ansiado recinto. A pesar de su apatía, tuvo que reconocer que no estaba de más saber de la existencia de ese sitio, podría incluirlo en su lista de opciones cuando se trataba de llevar a Ezequiel de paseo los fines de semana. Aunque en ese momento no lo pudiese apreciar del todo, prefería eso a dejar en manos de Molina la opción de que llevase a su hijo a jugar pelota a sabrá Dios dónde. El profesor universitario llegaba a ser tan descuidado algunas veces, que no podía apostarle un solo centavo a su sentido común.

Llegaron y a simple vista le pareció un lugar bonito y agradable. Era un centro deportivo muy diverso, donde además de las canchas de bateo, había un área de pádel, un campo de fútbol, fuente de soda y otras alternativas más. Sí, tuvo que reconocer que la abogada había atinado en la sugerencia. Hasta ella, si estuviese de ánimos, se atrevería con alguna de esas actividades porque, al bajarse del auto, vio a un grupo de mujeres en un lugar debidamente acondicionado practicando *workout* y a otras tantas dedicadas al pilates.

Lo que sí era un hecho, es que el niño estaba feliz y eso le bastaba para sentir que la semana de mierda había valido la pena. Para ella, nunca fue un sacrificio esforzarse por Ezequiel y eso no cambiaría precisamente ahora.

—¿Te gusta? -preguntó Samay acercándose con una sonrisa hermosa en sus labios.

—¡Sí! -exclamó emocionado-. ¡Me encanta! -Avanzó hacia ella y la agarró de la mano-. ¡Vamos! -Volteó hacia su madre extendiéndole la que le quedaba libre-. ¡Vamos, mamá! ¡Ven! ¡Vamos!

—Ay, Dios mío... -masculló Vega al ver aquello y se dejó llevar por su hijo y por Samay hacia aquel recinto. La abogada la miró encantada, pero ella optó por ignorarla deliberadamente.

Una vez dentro, no les tomó mucho tiempo alquilar una cancha de bateo para Ezequiel y con ella los servicios de una chica muy amable que estaría con el pequeño en todo momento, para

cerciorarse de que no ocurrieran accidentes.

—¿Esto es seguro? -preguntó Vega mientras observaba cómo un cañón disparaba una pelota de color incandescente hacia otros niños que, acompañados a su vez de otros instructores, intentaban batearlas, a veces con éxito, a veces no.

—Sí, claro -la joven, ducha en lo que hacía, le ponía a Ezequiel un peto especial en el pecho, además de asegurarse de que encima de su gorra, llevase un casco. Alargó la mano hacia un recipiente de acrílico que tenía sobre una mesa, donde había más de una docena de esas bolas incandescentes y le alargó una a la madre y otra a Samay-. Son pelotas especiales, completamente seguras. El material es muy suave y no hay riesgo -las mujeres las examinaron y las devolvieron. La chica las colocó nuevamente en su lugar y, acto seguido, tomó de una base un bate que parecía tan ligero como la pelota-. Lo mismo esto, ¿ve? -Vega lo sostuvo en sus manos. Todo parecía de juguete y eso la tranquilizó. Samay también quiso probarlo y se lo pasó, sin reparar demasiado en ella-. Es de plástico. No hay riesgo ninguno.

—Excelente -aprobó la abogada devolviendo el bate. Ezequiel no se podía estar quieto en un solo lugar, ansioso porque iniciara toda la diversión.

La encargada invitó a las dos responsables del niño a sentarse en una mesa alejada desde donde podían verlo muy bien a través de un panel de acrílico. Les sugirió que, mientras el chico entrenaba, ellas podían tomar algo o comer. Samay se adelantó, pero al ver que Vega no se movía de su lugar, vigilando muy de cerca la actitud de esa desconocida con su hijo, así como el funcionamiento de todo, volvió sobre sus pasos y susurró:

—Vamos, estará bien -señaló-. Desde allá podemos verlo y será más seguro para ti.

La madre respiró hondo, exhaló y, dándose la media vuelta, la siguió. Se sentaron a la mesa, Vega literalmente frente al panel desde donde podía ver a Ezequiel, sin quitarle los ojos de encima ni un segundo. Samay se acomodó a su lado, mirando un poco ansiosa su perfil. Bajó los ojos y se dio cuenta de que en una esquina del tablero ante ellas había un código QR, así que procedió a escanearlo para ver el menú.

—¿Quieres tomar algo? -propuso-. ¿Tienes hambre?

—No me pasa bocado -dijo y en ese preciso momento el niño se volteó hacia ellas eufórico, pues había bateado su primer lanzamiento luego de que la chica le diera todas las indicaciones necesarias. A partir de entonces, debía permanecer atento, pues la máquina comenzaría a arrojar bolas en intervalos de tiempo, así que adoptando la posición que conocía por su entrenador y con las sugerencias de la encargada, puso sus cinco sentidos en cada pelota que saliera en adelante por la boca de ese cañón.

—¿Y si haces un esfuerzo? -Señaló la pantalla de su teléfono-. ¡Mira! ¡Tienen hamburguesas y se ven muy buenas!

—No, gracias.

Samay suspiró y bajó despacio el dispositivo, apoyó su rostro sobre su mano izquierda y miró fijamente a Vega, que parecía demasiado enfocada en observar cada mínimo movimiento de su hijo.

—Vega, tenemos que hablar y lo sabes -la asistente de pronto se puso muy nerviosa. Tensa-. Sé que me he comportado muy dura contigo todos estos días, pero... ¿puedes ponerte en mi lugar? -Volviéron a verse a los ojos después de un rato-. ¿Puedes, tan siquiera un instante, ponerte en mi lugar?

—Desde esa noche, Samay, no he parado de ponerme en su lugar cada vez que la recuerdo... - su corazón comenzó a latir en su pecho como una locomotora-. ¡Ahora más que nunca, ahora que volvió al bufete y tengo que trabajar con usted todos los malditos días... ahora que me recuerda a

cada instante lo que sucedió, me pongo en su lugar! La pregunta es: ¿quién se pone en el mío?

—¡Nadie! -aseguró con aplomo-. ¡Nadie! Porque te recuerdo que hace una semana me enteré de que tienes un hijo de nueve años... ¡Un hijo que ya había nacido y que tenía tres años cuando pasó lo que pasó! -Vega se cubrió la cara con ambas manos. Definitivamente esa semana, cada día de esa historia de más de seis años, se le estaban viniendo encima en una sola tarde-. ¿Estás casada, Vega? -Trató de contenerse, pero no pudo evitar ofuscarse-. ¡Dime! Además de todo, ¿estás casada?

—Divorciada -bajó la mirada y la puso sobre el tablero de la mesa. Samay sintió un alivio. Tuvo que reconocer que fue una esperanza saber ese detalle-. Divorciada desde hace seis años.

—Eso quiere decir que...

—Que estaba casada cuando sucedió todo, sí -la miró fijamente y le dio la cara a su destino, a su verdad. Samay la veía muy seria, con el ceño suavemente fruncido-. Estaba casada y tenía a Ezequiel con tres años.

—¿Y no se te ocurrió que sería prudente decírmelo? -Se alzó de hombros, dejándose vencer por la ironía-. No lo sé... ¿No pensaste ni siquiera por un momento que lo indicado era ser honesta conmigo?

—Mil millones de veces cada día, se lo juro por él -y señaló a Ezequiel justo ante sí en la cancha de bateo. Samay vio en sus ojos, rotos de dolor, que no mentía, mucho menos se victimizaba. Si había algo que a Vega Santini no se le daba para nada era precisamente eso: hacer el papel de víctima-. Pero fui imprudente, Doctora...

—¡No me digas doctora en un momento así, por favor! -Se exasperó.

—Fui imprudente, cabeza hueca, pero sobre todas las cosas le diré qué fui... -puntualizó con su dedo apoyado sobre la mesa, con aplomo apasionado-. Fui una estúpida mujer enamorada - Samay la miró boquiabierta y sus ojos se llenaron de lágrimas en un tris-, fui una demente enamorada de usted que creyó que ocultando cosas que jamás debió ocultar podía tomarse la licencia de robarle a la vida una historia que, de otro modo, jamás hubiese podido ser mía.

—¿Quién dice que no hubiese podido ser tuya? -le refutó con la misma pasión con la que ella le hablaba.

—¿Usted se habría involucrado con una mujer casada, Doctora Jinez?

—Sí -ni siquiera se lo pensó, sorprendiendo a la otra-. Si la mujer casada eres tú, por supuesto que sí.

—Sólo lo dice para sonar bien... -masculó restándole importancia a su confesión.

—¡No te permito que me digas eso, Vega! -arremetió contra ella enojada, pero tratando de conservar la cordura debido al lugar en el que estaban-. ¡Si crees eso de mí, entonces es mentira que te has puesto en mi lugar todo este tiempo y, de hacerlo, es evidente que jamás supiste quién era yo!

—¿Y cómo podía saber que usted no me iba a rechazar por estar casada? -Ella también había comenzado a llorar. Era una suerte que el niño estuviese tan enfocado en la pelota y su instructora en darle indicaciones porque, de otro modo, habrían visto en primera fila algo insólito-. Usted, tan vertical, tan correcta, tan intachable...

—Es distinto, Vega...

—¡No es distinto, Doctora!

—¡Ya te dije que no me llames así! -Se exacerbó-. ¡Siento que me lanzas de regreso a Shanghai cada vez que me dices así!

—¿Y usted a dónde me ha lanzado toda esta semana con su indiferencia? ¡Al infierno! -Le reprochó-. Pero está bien, ¡me lo merezco! ¡Me lo merezco por ocultar información! ¡Porque

quiero que sepa que eso hice! ¡Yo sólo oculté detalles de mis circunstancias, pero jamás, jamás le mentí! Si usted me hubiese preguntado abiertamente si estaba con alguien, o cómo era mi relación en aquel momento, si tenía compromisos, yo le habría respondido con la más absoluta sinceridad.

—¿Y si te lo pregunto ahora? A ver... Si decido preguntártelo justamente ahora, ¿qué me dirás?

—La verdad -se lo afirmó resuelta y franquísima-. Siempre obtendrá de mí la verdad.

—¿Estás con alguien ahora, Vega?

—No. Desde hace seis años sólo me dedico a mi hijo, a mi hogar y a mi trabajo.

—¿Qué pasó con tu matrimonio?

Vega se peinó el cabello hacia atrás con las manos, un poco contrariada.

—Cuando usted llegó a mi vida, ya las cosas entre mi esposo y yo estaban muy mal -respiró hondo pensando que tal vez sería catártica esa revelación después de todo-. En principio, casarme con Molina fue un error que me negué a ver. Al comienzo me envolvió con sus conocimientos, con su forma de ser desenfadada y con cierto romanticismo torpe que me pareció en el fondo encantador, pero no tardé demasiado en descubrir, con la convivencia, que era un sujeto dejado, aniñado, irresponsable y desconsiderado, con muy poco sentido común. No. No era la persona con la que me imaginaba construyendo una vida, pero cuando estuve preparada para pedirle el divorcio, supe a los pocos días que tenía un par de meses de embarazo y no me quedó más remedio que aguantarme. No se confunda, Doctora -Samay resopló indignada-, yo perfectamente pude haberme hecho cargo de mi hijo sola, pero mi madre y mi abuela hicieron un escándalo en casa, me pidieron que fuese paciente y que le diera una segunda oportunidad, ya sabe, por el niño. Concederle esa tregua fue un despropósito, porque mientras más me enfocaba yo en mi maternidad, en cuidar de mi bebé como una fiera desde que lo tuve dentro de mí, más disipado se volvía él en cosas como ausentarse de casa, perderse por algunos días, ser infiel con muchas de sus estudiantes a las que aprobaba sin escrúpulos a cambio de unas cuantas noches de sexo... -Samay la miró asqueada y Vega, reparando en su expresión, asintió: Sí, la debilidad de mi ex marido siempre han sido las piernas de una jovencita... ¡Por suerte para él y hasta donde sé, al menos se cuida de que tengan más de veinte! Lo cierto es que, siendo totalmente franca, cuando usted llegó a mi vida mi matrimonio no era más que un formalismo y la relación estaba completamente en ruinas.

—¿Lo habías intentado con alguien más?

—No -se tomó el pecho con la mano, afectada, pero sincera-. Yo no estaba buscando nada que no fuese hacerme cargo de mi hijo y de mi hogar lo mejor que podía. Y no se confunda, Doctora Jinez...

—Vuelves a decirme así...

Vega la ignoró.

—Cuando hablo de hogar, no incluyo en él a mi excelso marido. Hablo de mi casa, de las cosas de mi casa. Usted me entiende, supongo.

—Te entiendo perfectamente, Vega -hicieron silencio por un par de segundos-. ¿Cómo fue que terminaste con tu ex esposo? -Se miraron fijamente-. ¿Qué te motivó a dejarlo?

—Usted sabe perfectamente lo que me motivó a dejarlo.

—¡No, no lo sé! -musitó enojada-. ¡Y merezco que me lo digas!

—Bien -dijo y comenzó a revisar su celular dejando a la otra confundida-. Me motivaron dos cosas: la principal de ellas fue usted, Samay Jinez... -puso el teléfono ante los ojos de la abogada que reparó en ella con curiosidad y luego bajó la mirada al dispositivo-, y la segunda, fue esta.

Samay alzó el smartphone y cuando presionó la pantalla para que se iluminara, lo que vio fue el rostro casi desfigurado de Vega, con un golpe en el pómulo derecho y otro en la sien izquierda. Miró aquello boquiabierto y la asistente añadió:

—La mejor y la peor noche de mi vida, puede estar segura, Doctora.

—¿Cómo ocurrió esto? -No lo podía creer-. ¿Te golpeaba, Vega? -La mujer a su lado lloraba en silencio, pero con gesto altivo-. ¡Ahora entiendo por qué tienes esa pequeña cicatriz cerca del ojo! -Se miraron a los ojos, a Vega le sorprendió que notara un detalle como ese, pero ya debería saber que Samay Jinez se la había llevado grabada en su memoria-. ¿Te golpeaba? ¿Ese maldito infeliz te golpeaba?

—No. Sólo lo hizo esa noche y una hora más tarde ya me había separado de él, llevándome al niño conmigo -se miraron fijamente, ambas lloraban-. Comprenderá que una persona en ese estado no podía bajar al aeropuerto a despedirla, ¿verdad?

—¡Pero pudiste escribir! -le habló desesperada-. ¡Vega, si tú me hubieses dicho que esto estaba pasando, cancelaba el vuelo! ¡Hablaba al instante con el Doctor Cáceres y reprogramaba mi viaje a Shanghai, rechazaba el cargo en Itineraria! ¡Lo que hubiese sido necesario, te lo juro!

—¿Cómo? -susurró hecha pedazos-. ¿Cómo decirle la verdad en esas circunstancias? Era más fácil desaparecer porque el sueño que le robé a la vida, la historia que había sido mía porque se la había secuestrado al destino, me la estaban cobrando caro, muy caro. Así que, sumida en la más grande de las vergüenzas, sólo desaparecí y me hice a un lado para que una mujer radiante, aplomada y con talento de sobra escribiera su propia historia de superación y éxito, lejos de mi sombra.

—¿Sí? -Lloraba desconsolada-. ¿Y en efecto crees que fue así?

Vega la señaló con un gesto de su mano.

—Me parece que las pruebas están a la vista, ¿no?

—¡No! ¡Porque si crees que ganar el caso de PaceNav o llevar a Itineraria y Nymaers hasta donde están hoy en día lo es todo en la vida, estás demasiado equivocada! Sí, puede que me haya esmerado en impulsar mi vida profesional, en llegar hasta donde quería estar para cerrar la boca de uno que otro imbécil que, como bien dijiste hace un rato, intentó sacarme del paso, pero se te olvida que hace falta mucho más que dinero y reconocimiento para ser una persona, una mujer completa... ¿O es que tú te sientes completa, realizada? -La miró desafiante y Vega sólo bajó sus ojos sin emitir una sola palabra-. ¡Dime, Vega! ¿Eres feliz? ¿Eres plenamente feliz?

—Creía que era feliz, hasta que la recordaba... -reconoció sintiendo que el suelo se abría bajo sus pies-. Le confieso que intentaba pensarla poco, Doctora, porque de quedarme en su recuerdo, nada podía levantarme. ¡Nada!

—Vega -le tomó el brazo, se encimó sobre ella y le habló tan cerca que sus labios rozaron su oreja, haciéndola estremecer de los pies a la cabeza-: si vuelves a llamarme Doctora, te vas a arrepentir, ¿me oyes?

¿Cómo no hacerlo, si su voz allí, en la antesala del oído, le retumbó por toda la cabeza, por cada resquicio de su ser? Se sintió completamente vulnerable, a su merced, como si de sólo percibir sus manos sobre su piel, volver a inspirar su perfume, constatar el roce de sus labios, fuera suficiente para dinamitarla en miles y miles de pedazos. Abrió los ojos despacio y vio, a través de su turbación y de sus lágrimas, los números incandescentes del cronómetro que estaba en la parte alta de la cancha de bateo en la que estaba Ezequiel y se dio cuenta de que faltaba menos de un minuto para que se cumpliera el tiempo del niño. Uno o dos lanzamientos más y el cañón se detendría y el chiquillo volvería a reparar en ellas.

—¡Ezequiel! -dijo y, sorprendiendo a Samay, comenzó a limpiarse la cara con torpeza-. El

niño no puede verme en este estado... -Se puso de pie y la abogada la imitó-. Tengo que ir al baño a lavarme la cara, Ezequiel no puede verme así.

—¿Por qué? -Ella también se limpió el rostro-. No está pasando nada, Vega, cálmate.

—¡No, no! -Giró para tomar su cartera que colgaba del respaldo de la silla-. Le hace muy mal verme en este estado. Lo afecta mucho, imagino que por el trauma y no quiero arruinarle el día. No me lo perdonaría.

—¿Trauma? -Ahora entendía menos-. ¿Qué trauma? -Pero Vega la dejó con la palabra en la boca, alejándose a paso veloz al baño.

Samay volteó hacia la cancha de bateo y notó que ya la encargada le estaba quitando al niño el peto y el casco, por lo que también hizo su mejor esfuerzo por calmarse. Tomó el teléfono de Vega que se había quedado sobre la mesa, vio de nuevo esa foto en la que su ojo, así como su pómulo, no sólo lucían ensangrentados, también muy inflamados, y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Caminó hasta la puerta de acceso a las canchas y allí esperó al niño que estaba eufórico y radiante, se lanzó entre sus brazos, le dio las gracias una y otra vez por haberlo llevado a aquel lugar y le preguntó si había visto cuántas bolas había bateado.

La abogada le siguió la corriente, la verdad es que apenas si habían reparado en el desempeño del niño en la caja de bateo con una conversación tan tensa de por medio y el chico, movido por su entusiasmo y sin vergüenza ninguna, admitió que tenía hambre y sed.

Se ocupó de complacerlo al instante y al regresar a la mesa habló con una camarera para ordenar algo que el hijo de Vega pudiese comer y beber. Se decidió por una hamburguesa y una limonada. Cuando volvieron a quedarse a solas, Ezequiel le habló de todas las cosas que había aprendido en el tiempo que estuvo practicando su bateo y cómo había puesto en marcha las recomendaciones de su entrenador. Samay, familiarizada por completo con ese mundo, le siguió la corriente bastante bien, hasta que vio a Vega acercarse de regreso, actuando como si nada hubiese pasado.

Entonces por fin, luego de seis años, supo cómo podía ser ponerse en su lugar. ¿Cómo encierras a un corazón de mujer enamorado, apasionado, para quedarte sólo con la faceta de la madre amorosa, preocupada e incondicional? ¿De la divorciada digna que tiene a un troglodita por marido del cual fue víctima de un modo atroz? Debía tener agallas y de eso no le cabía la menor duda. Si había algo que la volvía loca de esa mujer, que la aturdió desde el primer día que la vio en toda su vida, eso era su temple.

Apenas Ezequiel vio de vuelta a su madre, se lanzó sobre ella y le refirió, con la misma algarabía, todo lo que le había estado comentando a Samay en esos minutos en los cuales se ausentó. Lo escuchó con su mejor sonrisa, la abogada miró cada uno de sus gestos, notó cuánto esfuerzo estaba haciendo por estar bien para el chico y sintió un agujero en su pecho. Había hablado de un trauma, ¿a qué se refería exactamente? Ahora sentía que se moría por saberlo todo, por llenar cada espacio que se quedó vacío el día que la asistente desapareció de su vida dejándola náufraga de su amor sin explicaciones.

—Bien -dijo con el gesto más sereno que podía permitirse esa convulsionada noche-. Ahora vamos a casa, Ezequiel.

—No -respondió Samay y le sonrió. Vega la miró confundida-. Tiene hambre y sed, así que le ordené una hamburguesa y una limonada.

—¿Disculpe? -No se lo creía.

—Sí, sí -dijo sin prestarle atención y le dio un par de palmaditas a la silla a su lado-. Siéntate, anda. Además, él está demasiado agitado y lo mejor será que se calme para que la cena le sienta bien.

—Vaya -la miró de arriba a abajo arqueando la ceja y devolviendo la cartera al respaldo de la silla-. La gran conocedora, ni más ni menos.

—No tengo hijos -le aclaró con un gesto hermoso, con matices de congoja, sí, pero no menos bello por eso-, pero sí sobrinos a los que, además, amo con locura y déjame decirte que soy una tía excepcional.

—No tengo razones para dudarlo -admitió. La verdad fue una suerte que Ezequiel, luego de compartir todo cuanto quería, se quedara absorto viendo el desempeño de otro niño que ahora ocupaba la cancha de bateo donde él había estado minutos atrás.

Vega casi se cae de la silla al sentir la forma en la que Samay le tomaba la mano con sutileza y le hablaba con suavidad:

—Come, por favor -se miraron a los ojos-. Cenemos. Debes estar agotada, ha sido una semana muy dura, emocionalmente muy difícil -los ojos de la asistente brillaron y la vio fruncir sus labios para evitar llorar-. Ya, está bien -le dijo y la volvió loca con su dulzura. Así que otra vez volvía a verle la cara a esa faceta de ella que la hizo pedacitos seis años atrás, llevándola literalmente por el sendero de su absoluta perdición-. No está pasando nada y a partir de ahora todo va a estar bien, cada vez mejor, te lo aseguro.

—No me digas -musitó incrédula.

—Sí, sí te digo.

—¿Sabes algo que yo no?

—Probablemente -sonrió con picardía. Vega la vio enderezarse en la silla entusiasmada. Samay miró la pantalla de su teléfono y recordó que tenía el de Vega en el bolsillo, así que se lo alargó. Ella lo tomó, dando las gracias y guardándolo de inmediato en su cartera. La abogada volvió sobre el menú e inclinándose un poco hacia la mujer a su lado puso el dispositivo en una posición en la que ambas pudieran ver la pantalla-. ¿Qué quieres comer, a ver? Hay hamburguesas, pollo frito, sandwiches, pizzas... -la miró a los ojos y Vega sintió que se moría-. Dime, ¿qué te provoca?

—¿Hay café?

—Me parece que sí... -Revisó rápidamente-. Café, sí. Latte, Mokaccino, Cappuccino, Macchiato... Tienes muchas opciones.

—Capuccino y un sándwich de jamón y queso.

—Genial -levantó el brazo y llamó a la camarera-. Me parece que yo me comeré una hamburguesa y pediré una cerveza -ordenó en breves segundos y volvió a prestarle atención a Vega, tomando de nuevo su mano con discreción-. Tú y yo tenemos mucho, muchísimo de qué hablar -dijo en voz baja.

—No será aquí y ahora, Samay.

—¡Dios! -Alzó los brazos al cielo en un gesto cómico que dejó a la otra pasmada-. ¡Finalmente me llamas por mi nombre! ¡No lo puedo creer! -La miró-. ¡Gracias! -Se aclaró la garganta y se inclinó hacia adelante en la mesa-. Bien, sé que no será hoy, pero me debes muchas explicaciones, lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quién te ayudó a librarte de quien ya sabemos? -Entendía muy bien que se refería a Molina.

—El Doctor Cáceres -Samay la miraba con atención-. Hablé con él al día siguiente, le mandé las imágenes que acabas de ver y de inmediato movió todos sus contactos para ponerme en manos de los mejores abogados de familia. Me ayudaron con todo: la separación, la custodia... ¡Todo!

—La custodia la tenías en la bolsa, con argumentos más que poderosos.

—El niño fue testigo -Samay abrió la boca abismada-. De ahí el trauma, pero... -suspiró, visiblemente más tranquila-, no es algo que debamos hablar en su presencia.

—De acuerdo -miró por encima del hombro de Vega que la camarera se aproximaba con las bebidas-. Además, allá vienen ya las bebidas -le sonrió-. ¡Es hora de cenar!

Capítulo XXII

Tendida en su cama, con los auriculares en las orejas, escuchaba a Itza referirle una de esas anécdotas que prácticamente no había compartido con nadie. Cris se había propuesto, sin imaginarlo, convertirse en la tesorera de todas sus primicias.

—Sí -decía al otro lado de la línea, recostada en el sofá con Soprano echado sobre su vientre-. Amaba la actuación, pero era demasiado amargada para audicionar en una sola de las obras del colegio, por lo que recurría a una verdadera estupidez -rio nada más de imaginar que le contaría eso a alguien.

—¿Cuál? -No la dejaría con la anécdota a medias por muy bochornosa que fuera. Itza reía cada vez más, nerviosa y avergonzada-. ¿Qué hacías?

—Espera, espera... -seguía riendo, esta vez hasta llorar-. Tengo que armarme de valor para admitir esto, porque además hacía mucho tiempo que no lo recordaba y de sólo evocar la imagen, no puedo parar de reír...

—Ya no puedo soportar la curiosidad.

—¿Recuerdas la foto que incluí en el manuscrito que corregiste?

—Sí, claro -su gesto fue de indignación-. La catastrófica foto en la que creí que eras toda una lunática.

—¿De verdad pensaste eso? -Reía aún más y Cris con ella.

—Perdóname, Itza, pero es una foto muy fea. ¡No te hace justicia!

—Bueno, imagínate esa cara de rarita, pero con unos trece años, inventándome monólogos que decía frente al espejo, encerrada en el cuarto de baño.

—No -se cubrió la cara con la mano.

—Monólogos dramáticos en los que llegué a decir sabrá Dios qué disparate. ¡Mi madre pensó que estaba viendo o imaginando cosas! En aquel momento reconozco que era como una catarsis, porque me inventaba soliloquios que me servían de pretexto para dejar salir muchas cosas que de corazón me afectaban y que no era capaz de reconocer, pero, ahora que lo recuerdo desde esta perspectiva, es muy gracioso imaginar mi cara reflejada en el espejo, con todas esas expresiones que hacía, a veces narrando cosas absurdamente dramáticas, otras jugando a la villana.

—Eso suena a que hubieses sido una gran actriz.

—Una muy expresiva, al menos -rieron-. Nunca lo sabremos -permaneció algunos segundos mirando al techo, pensando en esa última frase. Le había sonado lapidaria. ¿Se vería muy mal que alguien a sus treinta y ocho decidiera estudiar actuación? Sonrió, descartando la idea por los momentos y se le ocurrió algo más que consideró oportuno traer a la conversación: Cris...

—¿Dime?

—¿Qué harás ahora que ya terminaste el proyecto del libro de *Real Estate*? ¿Tienes algo en mente o...?

—Me siento como si me hubieses leído la mente.

—¿Por qué?

Itza se sorprendió.

—Porque, casualmente, quería contarte que estoy pensando en escribir una novela.

—¿De verdad?

Se sentó en el sofá, impresionada.

—Sí -admitió con voz dulce-. Decidí inspirarme en la historia de mis padres. Sentí que no sólo me ayudaría a sanar mi proceso epistolar, como lo llamaste alguna vez, también me ayudaría a

completar algo que en mi vida sólo me fue entregado por pedazos, ¿sabes? Por fragmentos.

—¡Sí! ¡Sí, claro! Lo entiendo perfectamente y me parece maravilloso, Cris -pensó unos segundos-. ¿Y no has pensado en la posibilidad de buscar a Paco Uceda?

—Sí, claro.

—¿Y bien?

—Me da un poco de miedo, Itza.

—¿Por qué? -Acarició al gato en su regazo mientras reflexionaba en las emociones de la escritora-. Él mismo admitió que tú eras el fruto del amor, ¿no es verdad?

—Sí, en sus cartas se refiere a mí de esa manera, pero... ¿y si todo fue una metáfora que se quedó atrapada en una página? ¿Y si lo busco, después de treinta y tres años, y no quiere saber nada de mí?

—¿Y si le llevas alegría? ¿Consuelo, bienestar? Y si ese hombre, al igual que tu madre, está viviendo sus últimos años y tú llevas un poco de alivio a su alma haciéndole ver que te convertiste en una mujer maravillosa, talentosa, de bien... ¿No te parece lindo hacerle ese regalo?

—Visto de ese modo...

Se quedó perpleja al pensar que Itza podía verla de esa manera. ¿De verdad era todo eso que había dicho?

—Además, él podría contarte su versión de la historia y con eso completarías buena parte de lo que necesitas para tu novela, ¿no?

—Efectivamente, sí -sonrió, entusiasmada-. ¡Suena maravilloso, Itza! ¡Gracias!

A pesar de llevar auriculares, escuchó ruidos en la puerta y supo que Vega y Ezequiel habían llegado. Tomó su teléfono celular, el cual estaba apoyado sobre la cama, a un lado de su cuerpo, encendió la pantalla para ver la hora y no sólo vio que pasaba de las nueve de la noche, también que tenía allí un nuevo mensaje de Lara Cruz. Resopló.

—¿Pasó algo? -La adivinó en un segundo.

—Tengo otro mensaje de mi ex novia -Itza frunció los labios al escuchar eso, preocupada-, pero lo ignoraré. Ahora -se sentó en la cama-, tengo que dejarte, mi amiga y su hijo acaban de llegar.

—Está bien -musitó.

—¿Te irás a dormir temprano?

—No lo creo, mañana es sábado y no tengo pacientes en la agenda.

—Entonces, te escribo en un rato, ¿te parece?

—Bueno -le entusiasmó esa idea-. Podemos seguir hablando de tu proceso epistolar -rieron y se despidieron.

Cuando salió de su habitación, se cruzó en el pasillo con Ezequiel, caminando muy risueño rumbo al baño para darse una ducha por órdenes de su madre. La saludó tan amoroso como siempre y le contó alborozado cómo había sido su experiencia, por primera vez, en la cancha de bateo. Con la promesa de que le daría más detalles al asearse y ponerse el pijama, dejó a Cris seguir su camino hacia la sala, donde encontró a Vega conteniendo el llanto, con ambas manos cubriendo sus labios.

—¡Vega! -Jamás la había visto de ese modo y sintió mucho miedo. Lo que le estaba pasando debía ser muy grave para que estuviera así-. ¡Vega! -Le abrió los brazos y la amiga se precipitó entre ellos, sollozando con la tranquilidad de saber que su hijo no la vería así, pues acababa de entrar al cuarto de baño.

—¡Cris! -dijo gimiendo con desconsuelo-. ¡Cris, yo necesito hablar contigo, Cris!

—¡Lo sabía! -No estaba del todo segura de si era o no el mejor momento para andarse con sermones, pero creyó que si no se lo decía, se moría-. ¡Tienes días muy extraña, evadiéndome, echándole la culpa a las pendejadas del bufete cuando sé de sobra que a ti nada de eso te afecta tanto como para ponerte de esa manera! -La tomó por los hombros, la apartó un poco de sí y la miró a los ojos. Vega parecía una marioneta que se dejaba llevar en cada movimiento-. ¡Dime! ¿Qué es lo que está pasando? ¡Pero dime la verdad!

—Te la diré, Cris... -sollozaba-. Te lo juro que esta vez te la diré, pero... -se limpió un poco el rostro-, pero esperemos a que Ezequiel se duerma, porque él no puede verme así.

Accedió. Algo muy serio tenía que estar pasando y no se lo perdonaría si no llegaba al fondo de ese asunto esa misma noche.

Inquieta, permaneció en la sala esperando a que ella se encargara de acostar al niño y darle las buenas noches. Decidió que era una buena idea escribirle a Itza para contarle lo que estaba pasando, pues le había prometido que hablarían después, y así lo hizo. Cuando Vega volvió a reunirse con ella, cerrando con mucho cuidado la puerta de Ezequiel para que no las escuchara, la vio chateando entusiasmadísima y se percató, ahora que lo consideraba, de que había notado muy enajenada a su amiga con el teléfono en los últimos días.

—¿A quién le escribes a estas horas? -susurró mientras se sentaba en el sillón, cruzaba las piernas sobre él y se colocaba el cojín entre ellas.

—A Itza.

—¿Disculpa? -Casi se va de bruces de la sorpresa-. ¿A la psicóloga que te vuelve loca?

Cris se sonrojó.

—Sí -admitió con un gesto soñador.

—Pero... ¿cómo? -vio que seguía escribiendo, sin mirarla-, ¿decido desconectarme del mundo una semana y tú ya estás de novia con la psicóloga?

—¡No, no, no! -La contuvo-. Nada de eso. Sólo somos amigas.

—¿Sí? -Hizo un gesto de incredulidad un poco gracioso a pesar de su malestar-. ¿Y qué le dices a tu “amiga”? -enfaticó el sustantivo-. A ver.

—Sólo le estoy informando que no podremos hablar justo ahora porque tengo una situación contigo que debo atender.

—Ah... -Fue irónica sin importar cuán mal se sintiese: Muy amistoso todo. Ahora le notificamos a nuestras amigas; hace una semana, a las amigas se las dejaba en visto sin dar mayores explicaciones y al día siguiente todo se solucionaba con un meme.

Cris rio e hizo el teléfono a un lado una vez se despidió de Itza por esa noche.

—¿No se supone que estabas devastada?

Vega hizo una mueca cómica con sus labios, consciente de la confesión que le esperaba. Cris la miró atentamente por algunos minutos dispuesta a no presionarla. Notó cómo alzaba sus piernas, cómo rodeaba sus rodillas con sus brazos, hundía el rostro entre ellos y tras permanecer un rato así, alzó la cabeza, se peinó el cabello con sus dedos, lo echó hacia atrás y tomó aire profundamente:

No me culpes por este lugar común, pero entre todos los días de mi vida que no podré olvidar, está ese en el que vi por primera vez a Samay Jinez. No debería sorprenderte, porque es difícil que una mujer como ella ponga el pie en un lugar y que no la noten enseguida. Su elegancia, su buen gusto, la forma que tiene de gesticular, de moverse, la manera en la que dosifica como una encantadora los gestos de sus manos, su inteligencia y su carácter insondable eran una invitación. Verla era como detenerse ante el pórtico de una caverna en cuyo interior la brisa se cuele como

un cántico que te hipnotiza y te lleva hasta su cámara más profunda.

Sí, me llamó la atención al instante desde que la vi por primera vez de pie ante la puerta del despacho del Doctor Cáceres, esperando para entrevistarse con él y convertirse ese mismo día en su nueva pupila. Samay Jinez es hija del Doctor Abelardo Jinez, un abogado con el que el fundador del bufete tuvo la oportunidad de estudiar y hacer algunas especializaciones, por lo que cultivaron una amistad muy estrecha desde que eran muy jóvenes. Por desgracia para Abelardo, él no tuvo el tino, ni las oportunidades de su amigo y no le quedó más remedio que conformarse con la mínima parte de las acciones de un consultorio jurídico donde la gran mayoría de sus miembros parecía tener complejo de buitre. Estos personajes de los que te hablo fueron los mismos que se encargaron de truncar mientras pudieron la carrera y las oportunidades de Samay, que, como era de esperarse, comenzó a ejercer la abogacía en la firma a la que su padre pertenecía.

No importaba cuánto se esmerara la abogada por descollar o por dar muestras de su talento y dedicación, siempre había una buena excusa para cortar de cuajo sus alas y derribarla en su empeño de alzar el vuelo y llegar muy alto. Consciente de lo que estaba sucediendo, Abelardo Jinez habló con el Doctor Cáceres y le pidió que la acogiera en su firma. Para ese momento, Samay ya se había especializado en derecho marítimo y sus conocimientos, su formación, así como su tesón por aprender cada vez más, le parecieron materia prima suficiente con la cual se podía tallar un diamante indestructible. Diógenes Cáceres nunca se equivocó.

Ser la asistente del director y estar muy cerca no sólo de él, también de su nueva discípula, fue la excusa perfecta para que la abogada y yo compartiésemos con frecuencia. Al principio, sólo se trataba de asuntos laborales, cumplía la orden expresa del doctor de asistirle en todo y facilitarle cuanto necesitase para ejecutar sus labores pero, poco a poco, a través de los compromisos propios del bufete, se fueron filtrando otras coincidencias y afinidades que dieron paso a una camaradería genuina, a una sinergia excelente y a una atracción que originalmente confundí con una amistad y nada más.

Sabes de sobra que nunca he sido proclive a abrirle las puertas de mi vida o de mi afecto a las personas así como así. Mis noviazgos fallidos, las decepciones que había experimentado con las familias de los sujetos que se involucraron conmigo y lo que, de por sí, estaba viviendo con Molina, me volvió cada vez más cauta, pero Samay era tan singular, tan única, tan espléndida que, por momentos, llegué a sentirme ridículamente halagada de que me tomara en cuenta y no sólo eso: me admirara tanto como yo lo hacía con ella.

Hablábamos muchísimo, buscábamos cualquier excusa para coincidir, pero todo, absolutamente todo se resumía a las oportunidades de estar cerca que nos brindaba el bufete, porque casada con un imbécil y con un hijo pequeño, mi vida social estaba profundamente restringida; en buena parte porque, prácticamente, tuve que levantar a Ezequiel sola, tratando de ignorar las constantes desapariciones de Molina o sus descarados amoríos.

Lo más lejos que llegué con Samay, fue compartir algunos almuerzos, disfrutar juntas de un postre o un café y volver a nuestros asuntos en el bufete, pero puedes estar completamente segura de que cada vez que tuvimos la oportunidad de apartarnos del entorno laboral para aproximarnos un poco más en nuestras afinidades, fue magia. Fue increíble.

Yo comencé a notar en ella una especie de insistencia, de frenesí que comenzó a hacerme sentir ansiosa. Por un lado, me consumía el deseo; por el otro, me aniquilaba la frustración. Lo que quiero decir con esto es que, conforme pasaron los meses y Samay y yo nos volvimos cautamente inseparables, ella quiso tener más de mí y yo me hubiese muerto por brindárselo, de no ser por mis malditas limitaciones.

Me propuso muchas veces vernos un fin de semana, ir de paseo un sábado, ausentarnos de la ciudad un par de días, pero yo no hice más que inventarme excusas, obligaciones, deberes, para rehuir a sus invitaciones, aunque cada vez que le dijera que no yo me secara un poco por dentro. Para ese momento de nuestra historia, ya estaba plenamente convencida de que mi afán por tenerla cerca distaba de ser una necesidad amistosa y que a merced de emociones tan intensas, no estaba dispuesta a negociar lo poco que podía tomar de esa fantasía. Estaba plenamente convencida que al descubrir Samay mi matrimonio, inmediatamente pondría distancia entre las dos y la sola idea de verla desandar el camino que nos había llevado hasta ese punto, contemplarla deshilar nuestra historia, me iba a sepultar en la tristeza. Así pues, me volví sumamente cauta, discreta y fingí lo mejor que pude, sabiendo en el fondo que si ella me hacía las preguntas de rigor, yo no iba a tener el coraje de mentirle. Omití. Evadí, sí, pero mi intención jamás fue mentir, sobre todo tratándose de Ezequiel, que era y es mi vida y que siempre estuvo por encima de todo.

Imaginarás que, con todas las limitaciones que tenía, mi corazón se fue oprimiendo día tras día más y más. Cada viernes era un cadalso para mí. Pasaba el fin de semana ansiosa, anhelante, abatida, esperando con unas ansias incontenibles a que llegara la mañana del lunes para volver a toparme con ella. Lo único que me contenía, que podía dar un poco de luz y color a mi existencia por aquel entonces, era compartir tiempo con mi hijo, así que el amor de Ezequiel se convirtió en mi tabla de salvación, mientras que mi pasión de mujer, mi instinto, naufragaba lejos de la persona que era capaz de despertar en mí, con su sola presencia, todos los ardores que nunca nadie fue capaz de propiciar.

Gracias a que el bufete se había convertido en nuestra excusa perfecta, en nuestro emplazamiento, comenzamos a robarle tiempo al tiempo, quedándonos un par de horas más algunas jornadas. En varias oportunidades vimos cómo la oficina se quedaba vacía, con nosotras dos y nuestras ansias dentro de ella, y esos momentos de intimidad, que era lo máximo que nos podíamos permitir, nos sirvieron de mucho para ponerle pruebas a esa exquisita tensión que había surgido entre ambas.

No. Dentro del bufete jamás pasó nada. Hay cámaras por todos lados, siempre fuimos demasiado discretas, pero eso no podía impedir que nos rozáramos al cruzarnos intencionalmente en un espacio estrecho, como el de cualquiera de las *kitchenettes*; que nos tomáramos las manos; que juntásemos nuestras piernas debajo del escritorio y, más aún, nos acariciáramos con el mayor de los disimulos.

Para ese momento, ya estaba atravesando la senda que se aproxima a una encrucijada y me veía a mí misma demasiado dispuesta a jugarle todas las cartas que fuesen necesarias para deshacerme de las limitaciones y entregarme por entero a los excesos de ese amor que me había empeñado en que fuera mío, aunque tuviese que fingir u omitir, cuando nos llegó la resolución del Doctor Cáceres en la que decidía enviar a Samay a Shanghai a hacerse cargo de Itineraria y a salvarle el pellejo a PaceNav luego de que se metieran en un problema gravísimo por violar algunas normas de importación. Originalmente era una misión que sólo le tomaría unos meses, pero la posibilidad de que no nos tendríamos por todo ese tiempo nos sentó bastante mal, en especial a mí, que desde que supe del comunicado no podía concebir mi vida sin que ella estuviese ahí.

Samay aceptó, en parte porque su lealtad para con el Doctor Cáceres está más que comprobada, en parte porque el caso PaceNav se le antojaba perfecto para demostrar con hechos contundentes su valía, así que se aferró a la posibilidad de que siguiéramos en contacto, aunque sólo fuera por la vía digital, hasta que pudiéramos reunirnos de nuevo, culminada su misión en

China.

Desde esa perspectiva, vi la posibilidad perfecta, porque eso me daba un poco de tiempo y cabeza fría para separarme de Molina, hacer las cosas bien con respecto a la custodia de Ezequiel, explicarle a Samay con absoluta franqueza mis circunstancias y escribir una historia con ella, si es que me aceptaba como una mujer divorciada y madre de un hijo de tres.

El día antes del viaje a Shanghai, Samay fue al bufete como si nada con la excusa de dejar todas las cosas al día, cuando en realidad su único propósito era estar conmigo el mayor tiempo que fuese posible. Estando ahí y siendo ya del conocimiento de todos la partida de la abogada, muchos se pusieron de acuerdo para organizar improvisadamente una cena de despedida e hicieron reservaciones en uno de los mejores restaurantes de la zona para más de doce personas, entre ellas el Doctor Cáceres.

Cerca de las siete de la noche, hice la primera llamada a Molina para informarle que llegaría un poco tarde a casa. Le expliqué que una de las abogadas del bufete había sido asignada a China y que le habíamos organizado una cena para agasajarla. Le di órdenes explícitas de que diera de cenar a Ezequiel y se encargara de acostarlo temprano; incluso, le propuse pedirle a mi madre que fuese hasta su casa a acompañarlo, para que ella se ocupara del niño pero, ofendido, me dijo que él no era un inútil y que tenía la situación más que controlada.

La cena en el restaurante fue maravillosa, no sólo por la calidad de la comida o de la atención, también por el ambiente, porque justamente ese viernes se había presentado en el local una agrupación de la que todos disfrutamos muchísimo. Cuando noté que eran las diez de la noche y las cosas aún se estaban calentando, volví a comunicarme con Molina, siempre con la mayor discreción del mundo, para saber cómo iban las cosas con mi hijo y si había hecho todo como se lo había pedido. Esa noche hubo una tercera llamada, la de la una de la madrugada; para ese entonces, yo seguía en el restaurant del que te hablo y le pedí a mi ex marido que no me esperara despierto, que lo mejor sería que se fuera a la cama y que yo le avisaría cuando estuviera camino a casa.

Sí, desde luego que no quería que esa noche terminara nunca; desde luego que quería tener el poder de detener el tiempo, en especial cuando Samay me pidió que la llevara a casa. Ante su inminente viaje a China, se había deshecho de su auto y yo le aseguré que me encargaría de dejarla sana y salva en su departamento.

Después de la una, no pasó mucho tiempo más para que nos marcháramos y una vez nos quedamos solas en mi auto, allí, en la penumbra del estacionamiento solitario, nos atrevimos a consumir un beso osado, loco, inolvidable, con matices de profundo despecho, porque la vida nos había dado las oportunidades cuando ya era demasiado tarde para sacarle el mayor de los provechos.

Probarnos fue nuestra perdición. La más absoluta de las condenas. Cuando llegamos al departamento de Samay, ella me pidió que subiera, que compartiera con ella una copa de despedida y yo no me pude negar. Cruzaba los dedos para que Molina me hubiese hecho caso con la sugerencia de irse a la cama y, una vez que bajé de mi auto, avanzando hacia el edificio de la mano de Samay, yo decidí cancelar toda mi realidad. Toda. A partir de ese instante, ya no era Vega Santini la madre abnegada, o Vega Santini la mujer que perdona todas las infidelidades de su marido aunque ya no se acueste con él o se deje tocar por él... No. En esa precisa hora, era Vega Santini, la mujer enamorada, la mujer que iba entregarse de un modo absoluto, como jamás lo había hecho con nadie, en el más genuino empeño de quedarse con una historia que, si bien no me merecía o no podía ser mía, yo no iba a dejar de aferrarme por eso.

Una vez en el departamento de Samay, nos tomamos algunos minutos para poner algo de

música y servir dos copas de vino. El licor fue el más absurdo de los pretextos, porque esa noche no estábamos para usar nuestros labios en otra cosa que no fuese saciar la sed de nosotras mismas y la música... la música se convirtió en telón de fondo de un amor que enloquecería si no se consumaba. Precisamente por eso, nunca más pude olvidar que, mientras bailaba entre los brazos de Samay, sonaba para nosotras *Too Much Heaven* y yo me hice dueña no sólo de esa canción, también de su promesa, promesa que Samay cumplió a cabalidad con cada caricia, con cada aproximación.

Descubrí a paso muy lento que hacer el amor con una mujer no tiene igual en el mundo. Descubrí que sus ademanes que me fascinaban, que su delicadeza que me hipnotizaba, que su cuidado por los detalles, dejarían escaraciones de pasión en mi piel y una huella absoluta en mi corazón. Sentí, por momentos, como si sobre él se hubiese derramado lava.

El perfume de Samay, sus movimientos lentos, sus manos transitando sobre mi cuerpo en un viaje sublime, se convirtieron en códigos imborrables, acompañados de otros detalles como el delicadísimo rocío de sudor humedeciendo su piel, sus hebras de cabello enredándose en mis dedos o confundiendo con mis labios, la exquisita contundencia de su vientre comulgando con el mío... No teníamos prisa, se nos estaba acabando el tiempo y no tuvimos prisa ni tan siquiera un instante. Cada beso duró cuanto debía durar y más. Cada aproximación fue densa y expansiva, cumpliendo con la promesa de que no nos olvidaríamos jamás, sin importar lo lejos que estuviese la una de la otra o el tiempo que pasaría para volver a tenernos. Deliré. Deliré olvidándome de todo y en mi dislate me juré que nunca más le pertenecería a nadie que no fuese la mujer que me estaba descubriendo y a la que yo me di la tarea de explorar por aquella noche.

Siento, aún hoy siento que nos hicimos el amor un centenar de veces. Aún hoy cierro los ojos y escucho su respiración, cómo vocalizaba, lo que decía y todo lo que yo le respondía. Todavía, a más de seis años de esa noche, recuerdo sensaciones, humedades, convergencias, fusiones. Sin más: el paréntesis de la dicha más alocada.

No me juzgues, Cris, he tenido muchos momentos de felicidad, la gran mayoría de ellos propiciados por mi hijo, pero Samay escaló muy alto en esa tabla de memorias imborrables en el año en el que tuvimos la fortuna de coincidir. Samay, altiva e inquebrantable ante los ojos de todos, me entregó a mí todos los secretos que estaban detrás de esa fachada de orgullo y arrogancia. Me mostró su dulzura, cuán considerada y tierna podía ser, su fascinante inteligencia emocional, su pasión.

Si crees que hacernos el amor reiterativamente esa madrugada calmó tan siquiera un poco la necesidad de oficializar nuestra relación, estás muy equivocada. Eso sólo avivó las ansias por el reencuentro y fue entonces cuando vinieron en tropel las promesas y como dos tontas que se anhelan, nos las hicimos todas. Le juré que bajaría al aeropuerto a despedirla, que estaríamos en contacto permanentemente, que lo intentaríamos sin que nos importara nada una vez ella dejara cada cosa en su lugar en China.

Después de darme un baño, en el que Samay tuvo la iniciativa maravillosa de acompañarme, volví a mi casa. Pasaban de las cinco de la mañana. Recuerdo que mientras subía al que fue mi departamento de casada con Molina en el elevador, con mi piel suavemente perfumada luego de aquella ducha compartida, pensé en todas las veces en las que mi ex marido llegó a casa con el aroma de un jabón barato de hotel encima y supe que ya no bastaba con perdonar sus devaneos, yo misma le había pagado con la misma moneda y eso ya representaba un cisma insalvable en la relación; aunque para ser justa, justísima, eso de cobrar ojo por ojo y diente por diente no era en este caso literal, porque en principio mis motivaciones fueron poderosas: estaba rematadamente enamorada, estaba absolutamente comprometida, estaba íntegramente dispuesta. No había sido

un amorío sin sentido, menos que menos un encuentro sin valor para conseguir un propósito o para aprovecharse de alguien. No. Yo esa noche decidí poner a mi niño en una vitrina de cristal, olvidarme deliberadamente de mi marido, de mi vínculo de lealtad para con él (el mismo que ese desgraciado violaba cada fin de semana si le apatecía) y me concedí por entero la licencia de amar, de conocer una cara de ese sentimiento que nunca había visto y de vivir en mi propia piel todas las fórmulas de las que podía valerse esa mujer maravillosa para dejarme saber, más allá de las miradas con las que nos hablábamos, de qué estaba forjado su sentimiento.

La puerta del elevador se abrió y yo salí de ella como un espectro. Mi mente estaba demasiado lejos de ahí. Narcotizada, mi mente estaba en cada recuerdo de lo que había vivido esa noche, como si aferrarme a la prueba tangible de que Samay y yo nos amábamos de una forma absoluta y honesta fuese mi espada y mi escudo para enfrentarme a lo que sería mi vida a partir de esa noche.

Entré al departamento a hurtadillas, sin hacer el más mínimo sonido, y me di cuenta de que todo estaba en la más absoluta penumbra. Resoplé, aliviada, cerré la puerta a mis espaldas y apenas me detuve para quitarme los tacones y avanzar sin ellos, comenzó la pesadilla. Molina me había estado esperando despierto. Oculto detrás de la puerta, en la oscuridad, saltó sobre mí apenas me incliné para descalzarme y me tomó del cabello como un salvaje. Comenzó a gritar, a gritar como una bestia, a pedirme explicaciones, a reprocharme cosas, a asegurarme que no era tan imbécil como para no adivinar que había estado con otro, seguramente uno de los intachables abogados del bufete o posiblemente un cliente de mucho dinero, porque, a su modo de ver, ese era el tipo de sujetos que me gustaban a mí, no un fracasado mediocre y de mal aspecto como él.

Traté de defenderme, pero me tenía tan bien sujeta por el cabello, su fuerza era tal, que no tenía oportunidades y, apenas me soltó y me di la vuelta, descargó el primer golpe sobre mi rostro. Recuerdo que fue lo más doloroso que he sentido en mi vida, porque al impactar contra mi pómulo no sólo sentí toda la contundencia de su mano, también su anillo de grado contribuyó a que mi piel se rasgara y sintiera el calor de la sangre corriendo por mi mejilla. Le supliqué que parara, pero él no iba a detenerse. Vino un segundo golpe, más bien con tintes de cachetada, del otro lado del rostro y la correa metálica de su reloj fue la que se interpuso esta vez, en este caso causándome una lesión muy cerca del ojo, un poco más abajo de la sien que, en palabras de los médicos, “por muy poco me deja ciega”.

Caí al suelo y le supliqué que se detuviera, pero él ya se estaba sacando de las pretinas del pantalón su cinturón, cuando ver a Ezequiel irrumpir en esa escena fue lo único que lo contuvo. El niño se había despertado con sus gritos, con los míos clamando piedad y desorientado, nervioso, entre las sombras, identificándome en la oscuridad, escuchando mis sollozos, vino hasta mí y se lanzó en mis brazos interponiéndose ante el hombre de pie con la mano en alto, esta vez llevando en ella su correa, lista para descargarla sobre mí sabrá Dios cuántas veces.

Molina era la sombra épica de un verdugo, tanto para el niño como para mí. Yo abracé a mi bebé con todas las fuerzas que podía, manché su carita con mi sangre, dispuesta a matar a ese infeliz en caso de que, de no saber contenerse, le pusiera un solo dedo encima a Ezequiel. Puede que no me hubiese defendido como debía, quizás en el fondo sentía que me lo merecía, pero tratándose de mi hijo le iba a dejar saber quién era yo después de todo.

Por suerte, apenas escuchó el llanto de Ezequiel se quedó paralizado y yo aproveché ese momento para llevarme al niño en brazos, encerrarme en mi habitación y utilizar la cómoda para bloquear la puerta. Una vez allí, traté de calmar al bebé, de serenarme y apenas sentí que podía articular palabra, llamé a mi madre para contarle lo que estaba pasando.

El departamento, donde hasta hace nada se habían escuchado gritos, súplicas, golpes y

sollozos, se había quedado en un silencio sepulcral, y me sorprendió notar que Molina ni siquiera tuvo la intención de acercarse a la puerta, ni para continuar con sus maldiciones, ni para pedirme perdón, mucho menos para saber cómo estaba yo o el niño. Supuse que se había quedado paralizado, perdido en esa situación, no lo sé con exactitud, lo único que te puedo decir es que cuarenta y cinco minutos más tarde y con Ezequiel dormitando sobre mi pecho, entre mis brazos, escuché que llamaban a la puerta. No lo vi, sólo oí cosas, pero minutos después me referiría mi familia, en especial mi hermano, que apenas Molina les abrió la puerta nervioso y extrañado, pensando que se trataba de algún vecino, Nicola lo derribó de un golpe en el centro de la cara, partiéndole la nariz. Lo pateó un par de veces en el suelo y mi padre intervino, asegurándole que no valía la pena. Escuché a mi hermano amenazarlo, jurarle que si volvía a tocarme lo mataría y mamá, desesperada, me hablaba del otro lado de la puerta para pedirme que saliera.

Me incorporé, dejé al niño a un lado, aunque ya se había despertado nervioso con los nuevos gritos, moví la cómoda y, con Ezequiel en brazos, salí de la habitación. Mi madre comenzó a gritar y a llorar de sólo ver el estado de mi rostro, le aseguré que estaba bien, que no era para tanto y, escoltada por mis padres y mi hermano, salí de ahí, mientras veía la sombra de Molina en el suelo. Cuando pude mirarme ante el espejo, me sentí morir, porque entonces comprendí la contundencia del ataque de mi ex marido. Le pedí a mi familia que documentaran todas las lesiones, me trasladaron a un hospital para que limpiaran y sanaran mis heridas y, un rato después, hablé con el Doctor Cáceres para ponerlo al tanto de todo lo que había pasado. De inmediato, movió todos sus contactos y me puso en manos de los mejores abogados de familia, los que me ayudaron a llevar todo el caso, dejando al sujeto con el que estaba casada sin la menor alternativa.

—¿Y Samay? -preguntó Cris que había escuchado toda la narración sin emitir la más mínima palabra, aunque su rostro se había ido deformando conforme Vega avanzaba en su relato. Era como si la que le estuviese hablando aquella noche, fuese una mujer completamente distinta. ¿Cómo pudo guardar tan bien una historia como esa? Pero más aún: ¿por qué no hablarle de sus emociones por Samay sabiendo que ella las entendería y compartiría perfectamente? Esa era una astilla que tenía que sacarse como fuera esa misma noche, de no ser porque la respuesta de la amiga la dejó perpleja:

—Nunca más me comuniqué con ella -bajó la mirada con desolación.

—¡No! -Dijo alargando la o y se tomó la cabeza con un gesto dramático.

—Sí. Estaba rota de vergüenza. El estado de mi rostro no era suficiente para recrear cuán avergonzada, diminuta, insignificante, infeliz me sentía en lo más profundo de mi corazón. Como le dije hoy a Samay cuando por fin pude revelarle una parte de los hechos: le había robado una historia al destino que no me pertenecía y la vida me lo cobró muy caro.

—¡Tú no le robaste nada a nadie, Vega! -La amiga la miró con curiosidad. Le parecía interesante después de todo conocer la opinión de alguien más que no fuese su terapeuta, aunque debía reconocer que en eso coincidían la escritora y su psicóloga-. ¡Tú te ganaste el amor de Samay a pulso, honestamente, con tus encantos, con tu carisma, con tu personalidad arrolladora!

—Estaba casada, Cris, y Samay era una mujer libre y avasallante -reflexionó-. De hecho, ahora como nunca es todo eso y más.

—¿Y qué importancia tiene eso? ¡Ella te escogió a ti, su amor era y es tuyo!

—Ignoraba mis circunstancias, aunque hoy me dijo que no le hubiese importado que estuviera casada por aquel entonces. No sé si lo dijo...

—¡Lo dijo porque lo sentía! -Le aseguró-. ¡Lo dijo porque lo que sentía y siente por ti está por encima de ese detalle, en especial porque era evidente que tu lealtad y tu sentimiento también

estaban con ella!

—Bueno -admitió desmoralizada-. Sea como sea, en aquel entonces sentí demasiado miedo como para averiguarlo, así que esa historia fue lo que fue y se escribió como se escribió. Ya no puedo cambiar las cosas.

—¡En el pasado no, pero en el presente tienes todas las oportunidades del mundo y más! -Vega la miró entrecerrando un poco sus ojos que en ese momento tenían algunos destellos verdes-. ¿Hablaste con Samay?

—Sí, claro -le contó brevemente todo lo ocurrido, desde que la abogada supo de la existencia de Ezequiel, su debacle por aquella semana, hasta la conversación que habían sostenido esa noche.

—No es suficiente -Cris la miraba muy seria-. Tienes que explicarle todo como lo has hecho conmigo. Lo que sentías, lo que sientes, lo que pensabas hacer, tu intención de formalizar una relación con ella.

—Cris -la miró con desgana-, esta no es una novela de Rubén Pessoa, Cris. Ezequiel ya tiene nueve años y aunque mi hijo pueda aceptar con buena actitud que su madre decida rehacer su vida con otra mujer, tras él tiene a un misógino de mierda como padre y a una familia prejuiciosa y decadente. ¿Quieres que me quiten al niño?

—¿Recuerdas a los abogados de familia que te ayudaron a separarte de ese salvaje infeliz al que no quiero volver a ver nunca más en mi vida?

—Sí. Somos muy amigos, de hecho. Les estoy tan agradecida.

—Pues esos mismos son los que te van a ayudar a blindarte legalmente para hacerle frente a cualquier estupidez que se le ocurra a Molina o a los suyos en caso de que se enteren de que decidiste rehacer tu vida con una mujer.

—¿Sí? ¿En un país donde no hay ningún tipo de protección legal para las familias homoparentales? No me digas.

—¡Alguna vuelta se le podrá dar al asunto! -insistió sin ánimos de resignarse-. ¡Tú sabes más de leyes que yo!

—No lo sé, Cris -se tomó la cabeza con ambas manos-. De momento, me preocupa más lo que pueda pensar o sentir Ezequiel, lo que está pasando por la cabeza de Samay, que las cosas que podría hacer o no Molina movido por sus malditos celos.

—Yo no me preocuparía por el niño. Pasó días hablando de ella después de que la conoció y siento que entre ellos dos puede haber una linda afinidad.

—Sí -admitió-. El Diablo es tan asqueroso que, desde que se vieron, congeniaron de maravilla -suspiró con emoción-. Ella es atenta y paciente con él, es evidente que tiene un instinto maternal muy desarrollado. Siendo muy sincera, verlos juntos me enamora. Es tan perfecto que me aterra. Pensar que ella y yo podríamos ocuparnos de hacer una familia con Ezequiel, de verlo crecer, de guiarlo en la búsqueda de su identidad con la llegada de la adolescencia, es como si el universo viniera a traerme aquello que me quitó esa madrugada del siete de julio. Es como si trajera para mí un amor prometido y me lo dejara en las manos.

—¡Pues eso es! -Vega volteó a verla con un dejo de incredulidad-. ¡Es la consumación de todas sus promesas seis años más tarde!

—Ay, Cris... -se cubrió el rostro con ambas manos-. No trates de poner ideas locas o ilusiones en mi cabeza, te lo pido.

—¡Yo no estoy poniendo nada en tu cabeza o en tu corazón que ya no esté ahí, te lo advierto! -Volvió a ver a su amiga sorprendida de su madurez-. Tú misma acabas de decirlo, son tus anhelos tomando posesión de tu verbo.

—Deja de ir a terapia -Cris soltó una carcajada al oír aquello-. Te estás volviendo emocionalmente más inteligente que yo y eso no puedo permitirlo -la amiga rio hasta las lágrimas y ella no tardó en contagiarse en esa alegría. ¡Buena falta que le hacía!

—Si quieres hablar con tu psicóloga, hazlo -dijo resuelta-. Si quieres buscar otra opinión, alguien que te ayude a trazar un plan para lograrlo, hazlo, pero lo más importante ahora es que hables con Samay -Vega se quedó pensativa ante esa proposición.

Cris se puso de pie dejándola confundida.

—¿A dónde vas?

—A mi habitación, te dejaré libre para que vayas ahora mismo a tener esa conversación incómoda con Samay.

—¡Pero, Cris! -Se aterró-. ¡No puedo hablar de esto con ella por teléfono! Esto tiene que tratarse personalmente, así que...

—Precisamente: te estoy diciendo que te deshagas de ese pijama, te pongas algo de ropa y vayas, ahora mismo, a hablar con ella.

—Tú... -Vega la señaló con un gesto cómico, entrecerrando los ojos-, tú de verdad eres toda una celestina, ¿no?

—Yo sólo quiero ver a una de las mujeres que más amo feliz, rehaciendo su vida al lado de una persona que la merece -Vega se conmovió-. Quiero saber que despiertas cada día con la dicha de saber que tus dos amores están junto a ti, contigo. ¡Eso es lo que quiero!

—Cris... -Lloraba con suavidad.

—Así que haz lo que te digo y por Ezequiel ni te preocupes. Puedo dormir con él, vigilarlo durante la noche, hacerle el desayuno mañana y cuando pregunte por ti explicarle que saliste temprano al supermercado para hacer las compras.

—¿De verdad? -Estaba que no se lo creía.

—Absolutamente -avanzó hacia su recámara-. ¡Ah! -dijo antes de retirarse del todo-. También hay otra cosa que quiero saber...

—¿Por qué te oculté que soy bisexual? -Vega se ruborizó.

—¡No, por favor! -Hizo un gesto cómico con la mano y fue irónica-. ¡Faltaba más! ¿El detallazo de ser la última en enterarme que sientes como yo, que tienes una forma de amar afín a la mía? ¡Por Dios!

—¡No fuiste la última, Cris! -Se sintió culpable-. ¡Eres la única y la primera!

—¡Pues eso no te salvará de que luego, cuando estés más tranquila, te haga la vida imposible con reproches! -Vega rio nerviosa, preparándose para lo que le esperaba-. Hablando en serio. Lo que quiero saber es si esa persona de la que hablaste esa noche en la que te pedí ideas para mis escenas de sexo... ¿recuerdas? Esa noche en la que hablaste de tus mejores amantes...

—Sí -dijo sin siquiera hacer el más mínimo esfuerzo para recordarlo-. Te estaba hablando de Samay. Así es.

—Bien -le sonrió con picardía-. No pierdas tiempo.

Vega miró un par de segundos a la nada, lanzó el cojín que tenía sobre su vientre hasta el sofá, se puso de pie de un salto y se metió sin hacer demasiado ruido en su habitación. Se sacó la camisa del pijama, se despojó del pantalón, corrió a su closet y tomó de él un hoodie color púrpura, se cubrió las piernas esta vez con un jean, revolvió una de sus gavetas en busca de un par de calcetines cortos, se los colocó con torpeza y luego se calzó con unas zapatillas deportivas. Cris, desde su habitación, la vio pasar ante su puerta dando saltitos en un solo pie mientras se colocaba el zapato derecho y una vez lo tuvo puesto, corrió hacia el perchero, tomó de él la cartera y dijo en voz alta:

—¡Deséame suerte!

Cris asomó la cabeza por el pasillo, risueña:

—¡Mucha mierda, cabrona!

Salió disparada. Oprimió el botón del elevador y sentía que su corazón iba a salirse de su sitio. Caminaba de un lado a otro del pasillo impaciente y al ver que el artefacto no llegaba, movida por un impulso que ni sabía cómo controlar, se lanzó escaleras abajo sacándole provecho al calzado deportivo que llevaba, llegando a planta baja en apenas segundos. Trotó hasta la puerta que conducía al estacionamiento, salió a través de ella, desmontó la alarma de seguridad de su auto algunos metros antes de llegar a él, abrió la portezuela trasera, lanzó su cartera en el asiento, la cerró, se subió a la butaca del conductor, puso el motor en marcha y, una vez tuvo la mano sobre la palanca de velocidades a un segundo de poner el vehículo en movimiento, dudó por un par de instantes, sintiéndose un poco idiota. ¿Cómo se supone que iba a correr hasta Samay si no tenía la más mínima idea de dónde vivía? Su mente se quedó en blanco por un momento y una sonrisa triunfal le iluminó el rostro.

—¡Ya sé dónde estás! -puso el auto en movimiento y se encaminó hacia ella como debió hacerlo seis años atrás, muerta de nervios, pero con el corazón colmado de la emoción que había sabido transmitir muy bien Cris Álvarez.

Samay Jinez miró de soslayo el teléfono inteligente que estaba muy cerca de su mano y, aunque se había jurado aquella noche que no agobiaría a Vega, no pudo aliviar en su corazón intranquilo la necesidad de saber si había llegado bien. Sí, sabía de sobra que era un ruin pretexto para escribirle, para saber de ella, para ahondar en detalles que necesitaba conocer; detalles que se estaban desplomando sobre ella y que la estaban acorralando en ese espacio vacío que origina el desconocimiento, aderezado además con todas las posibles explicaciones e hipótesis que puedes forjarte en tu cabeza en el afán de encontrar una respuesta y comprendía de sobra quién era la persona de las respuestas en esa historia.

Por eso, porque se aferraba con fiereza al derecho que se reservaba de saber, de llegar al fondo de ese asunto, tomó el teléfono decidida y pensando que Vega tendría que disculparla a pesar de todo, escribió con agilidad en la aplicación de mensajes:

“Vega... Te juro que me prometí mil veces que esta noche no te agobiaría, no te molestaría. Sé que fue una semana difícil para ambas, pero... ¡necesito respuestas! Necesito que me digas cuándo y dónde podemos vernos, necesito que conversemos sobre todo lo que pasó ese siete de julio después de que te fuiste de casa dejándome mil promesas que por años creí que se habían esfumado, pero que ahora puedo ver atrapadas en un rincón de tu corazón y del mío, posiblemente ansiosas por escaparse y hacerse realidad. Ansío saber qué fue de tu vida, de tus sentimientos hacia mí... ¿A dónde fue a parar todo eso que nos unió? ¿Hay una esperanza para las dos? ¿Hay un mañana para nosotras? ¿Me lo dirás, Vega?, ¿me lo dirás?”

Releyó el mensaje un millón de veces y le importó muy poco importunarla, lo envió. Lo envió y se quedó allí sentada vigilando la pantalla por minutos y minutos, volviendo a experimentar una sensación que le parecía dolorosamente conocida, la misma que vivió ese siete de julio cuando en el aeropuerto mandó numerosos mensajes preguntándole si vendría, si ya estaba cerca, en qué punto específico de esa terminal de vuelos se verían. Revivió lo que sintió muchas horas más tarde, cuando una vez en su destino y con conexión a Internet, notó que todas sus palabras e interrogantes se habían quedado en el aire, como si a la persona con la que había compartido la noche más especial de su vida se la hubiese tragado la tierra.

Se sobó la frente con la punta de sus dedos delicados sintiendo un verdadero vértigo. No

quería volver a pasar por eso, ¡no quería! No quería volver a ponerse la coraza del orgullo, aceptarla con el agrio resentimiento y sentir cómo su corazón tornaba a teñirse de negro, envenenado por un odio que no era otra cosa que la otra cara de su amor.

Trató de ser razonable, trató de calmarse, de aquietar su mente y de poner orden en sus emociones. Vega Santini podía haberse entregado al sueño, agotada por ese día revelador. Podía estar atendiendo a su hijo, cosas propias de su hogar. Podía incluso estar con el teléfono entre las manos pensando en la mejor manera de formular una respuesta.

Tomó una honda inspiración y se consoló a sí misma asegurándose que, sucediera lo que sucediera aquella noche, Vega no podía escapar de sus obligaciones y ya la vería de nuevo el lunes en el bufete.

—Quizás me lo merezco -susurró abatida-, por haberla tratado así después de saber de la existencia de Ezequiel, nada más y nada menos que la persona que más ama en el mundo.

¿Castigarla por ser madre y ocultarle sus circunstancias? Su necedad y soberbia no tenían justificación esta vez. O tal vez sí, al final del día ella también estaba agotada, con millones de preguntas atacando sus pensamientos por todos los flancos posibles, sencillamente perdida, extraviada en una situación. Puso la punta de sus dedos sobre su frente, cerca de sus sienes, bajó la mirada y dejó que todo el peso de su cabeza se apoyara en sus brazos flexionados. Cerró sus ojos muy despacio y sintió unas ganas sobrecogedoras de romper a llorar.

Se quedó así por varios segundos, hasta que escuchó un golpecito casi imperceptible que de buenas a primeras ignoró, pero una vez el inusual sonido volvió a manifestarse, frunció el ceño, alzó la mirada y casi se cae de la silla al ver la imagen de Vega a través del cristal de su despacho. No lo podía creer; francamente, no lo podía creer. Se cubrió la boca con las manos, sus ojos se humedecieron en un tris y ver a la asistente girar el pomo de la puerta para entrar en esa oficina, fue como ser testigo de un espejismo:

—Sí, Samay. Sí te lo diré -respondía a su mensaje, el mismo que leyó cuando subía hasta el bufete en uno de los elevadores de la torre de oficinas prácticamente desierta-. Estoy aquí para decírtelo todo.

Y una vez pudo reaccionar, Samay se puso de pie con un impulso que le venía de lo más profundo del corazón, el mismo que la hizo alcanzar la puerta en un par de zancadas, rodear a Vega con sus brazos y estrecharla con un frenesí tremendo contra su cuerpo, como lo haría aquel que recupera algo muy amado. La asistente inmediatamente decidió perderse en ese abrazo, hacerse una con él y, aunque pareciera ridículo viniendo de una mujer como ella, al sentir a la abogada así, no le pareció descabellada la posibilidad de experimentar cómo volvía a sentirse completa, cómo el destino le devolvía una parte de sí que alguna vez extravió.

Puede que una persona cuente con la habilidad de colocarse una máscara para protegerse. Ellas eran expertas en eso. Eran tan buenas cuidándose a sí mismas, a sus sentimientos, que, cuando tuvieron la dicha de coincidir por primera vez, ese despojarse de las máscaras paulatino que fue su amor, su afinidad, pasó a convertirse en la prueba más fiel de que lo que sentían las sobrepasaba, pues no les importó desnudarse emocionalmente hablando la una ante la otra, para luego herirse en el revés de una historia y en el desconocimiento. Sin embargo ahora, en el momento presente donde se estaban reencontrando en amor y esperanza, fue precisamente sentir el latido desbocado de ambos corazones repercutiendo contra sus pechos lo que les hizo reflexionar acerca de los medios a través de los cuales puedes fingir y qué cosas definitivamente no puedes controlar.

En este caso, no sólo era ese galope interior, era también el llanto silencioso y sincero, la sensación de calidez, la dicha que prometía. Samay Jinez había dado en el clavo cuando habló de

esperanzas que simplemente se adormecieron; no desaparecieron. No. Quizás, en sus respectivos orgullos que eran monolíticos, en ese afán de cuidarse de resultar heridas a causa de la falta de responsabilidad afectiva de otros, se prohibieron a sí mismas aferrarse a las ilusiones propias de un amor que, si bien no tenía matices de imposible, se había empeñado en serlo por las decisiones mal tomadas o las circunstancias lastimosas y enrevesadas; pero ahora, ahora que tal vez podían abrir su caja de Pandora personal repleta de sueños y de asuntos que se debían, amándose como se amaban, cada una sintió en su fuero interno el llamado de ese compromiso y dijo para sus adentros: “Heme aquí”.

—¿Cómo supiste que estaba en la oficina? -lo preguntó muy suave, como si su voz quisiera escapar del eco de un despacho frío en el marco de una madrugada. También lo susurró sin las fuerzas que le había robado el llanto, con matices de ternura.

—Te conozco bien -y no se avergonzó ni tan siquiera un poco de su dejo de suficiencia al afirmar semejante cosa-. Sé que, cuando te sientes sobrepasada por una situación, te refugias en tu lugar seguro: el trabajo, Pero eso tiene que cambiar... eso va a cambiar.

La seguridad de Vega la dejó abismada y, apartándose un poco de su cuerpo cálido y reconfortante, la miró a los ojos profundamente. Los iris de la mujer que había llegado esa noche de la nada a satisfacer todas sus interrogantes, lucían de un verde claro deslumbrante, producto de todas sus lágrimas.

¿Qué clase de proposición le estaba haciendo con esa afirmación tan categórica? ¿La averiguaría esa noche? Rogaba al cielo porque sí y, en ese querer adelantarse a las revelaciones, sus ojos bajaron deseosos hasta sus labios, que miró con furor experimentando cómo se avivaba su sed de ellos.

—No -musitó Vega y sonrió. Samay alzó sus ojos de inmediato-. Recuerda dónde estamos y que hay cámaras en todos lados, justo ahora esta escena la debe estar viendo un encargado de seguridad desde al menos tres ángulos y no me gustaría que en el bufete se supiera el tipo de vínculo que nos une. Al menos no de esa manera.

—El vínculo que nos une -se moría de dicha sólo de pensarlo-. Con respecto a la escena... podríamos decir que nos abrazamos a llorar por el desastre del caso de Sailiner y Bestar.

Vega se echó a reír.

—Especialmente porque hoy la reunión con los representantes de Bestar fue todo un éxito, como la del miércoles con Sailiner.

—Entonces lloramos de dicha y nos estamos felicitando.

Rieron. Vega dio un paso atrás, tomó el rostro de Samay entre sus manos y la miró por segundos, encantándose en sus maravillas.

—¿A dónde iremos a tener esa conversación que te debo? Ni creas que lo vamos a hablar aquí.

—¿Mi casa?

—Considerando que casi es medianoche, me parece perfecto.

—¿Y Ezequiel? -La miró con un dejo de preocupación.

—En casa, dormido y en las mejores manos. No tenemos que preocuparnos por él hasta mañana.

Justo lo que necesitaba escuchar para sentir que la vida le hacía el mejor de los obsequios.

Samay abrió la puerta, encendió la luz y se hizo a un lado para que Vega entrara a ese departamento que sí, a primera vista le pareció deslumbrante, pero en un sólo segundo lo sintió frío. Poner las cosas correctas en el lugar indicado no lo hace un hogar y sabía perfectamente que esa era otra de las facetas de la vida de la abogada que no había cambiado en nada. Una sensación parecida tuvo esa madrugada del siete de julio cuando la visitó por única vez y ocurrió

el encuentro que les dejaría una huella de por vida.

Caminó hasta la sala, le echó un vistazo a todo a su alrededor y supuso que tal vez era un departamento que Samay había alquilado completamente amoblado, porque veía difícil que en tan poco tiempo hubiese tenido la oportunidad de hacer una remodelación integral con todo un proyecto de decoración incluido.

Samay dejó sus cosas sobre la mesada que comunicaba la cocina con el resto del espacio, se acercó a Vega que también había puesto su cartera sobre uno de los muebles y le ofreció algo de tomar. De momento, la asistente podía prescindir de esas atenciones, así que le propuso sentarse en el sofá, cara a cara, para responder a todas y cada una de sus interrogantes.

—Antes de hacer una sola pregunta, tengo que agradecerte -se sentó con las piernas ligeramente abiertas, los codos apoyados de ella y las manos entrelazadas, haciendo que la parte superior de su cuerpo estuviese inclinada hacia adelante-. Es considerado de tu parte y muy valioso para mí que tuvieras la gentileza y el coraje de venir a buscarme para hablar de esto.

—Reconozco que, en principio, pensé en postergar esta conversación, pero... -Se miraron fijamente-. Han pasado seis años, ¿para qué dejarlo correr por un minuto más?

—¿Por qué no me hablaste nunca de Ezequiel cuando nos enamoramos, Vega?

La mujer frente a ella suspiró.

—Ya te lo expliqué hoy lo mejor que pude. Creí que me rechazarías. Creí que con tu acostumbrada rectitud, de sólo saber que estaba casada y con un hijo, te echarías para atrás y la sola idea de ser testigo de tu distanciamiento o indiferencia, me mataba -alzó sus hombros, mientras tenía las manos metidas entre sus rodillas, sentada al borde del mueble-. Verás... en ese momento, tú llegaste a mi vida para añadirle al lienzo que era mi existencia una gama de colores que me faltaba y que había olvidado por completo que necesitaba. Matices que el amor de mi hijo nunca me ofrecería. Cuando empecé a entender que lo mío contigo estaba por encima de lo amistoso, me culpé miles de veces. Millones de veces.

—¿Por qué? -La miró muy seria y reparó en todo su hermoso perfil.

—Quizás te sorprenda verlo de este modo, pero me mortificaba más estar actuando como una persona que se aprovechaba de la situación, que lo que podía llegar a pensar de mi orientación.

—¿Y te aprovechaste de la situación?

—Jamás -meneó la cabeza de un lado al otro-. Correspondí a todo lo que tú me entregaste, con la misma pasión, la misma honestidad y la misma intensidad en todo momento. No fue sólo un asunto de diversión, ni de pasarla bien, ni de evadir, no. Fue amor. Fue descubrirse en un sentimiento que nunca había experimentado en toda mi vida, al menos no en semejante profundidad -inspiró-. Mi vida se convirtió en una dualidad. Lo mismo me sentía miserable que agradecida. Ilusionada que culpable, enamorada que condenada. Luché internamente con todas esas emociones. Había días en los que resolvía frenar todo esto, ignorarte, poner distancia, pero mis planes se iban al demonio nomás verte. Había días en los que la culpa me aniquilaba, la vergüenza me hacía casi desaparecer de este mundo. La pasé muy mal, subida a una noria de emociones en la que lo mismo podía estar en la fosa o en la cima y entendí que la única manera de avanzar en línea recta hacia la única dirección en la que quería caminar, que era tu amor, nuestro amor, era disolviendo mi compromiso con Molina cuanto antes, así que comencé a idear un plan para pedirle el divorcio y para asegurarme de que eso no se convirtiera en una amenaza para Ezequiel.

—¿Pensaste en dejar a tu marido por mí?

—No lo pensé, lo decidí -Se miraron muy serias. Samay entendía ahora mejor que nunca el poder de la resolución de Vega-. Para ese momento, el Doctor Cáceres te hizo la proposición de

ir a Shanghai, surgió todo el problema con PaceNav y, aunque al principio creí que no resistiría no tenerte, después me di cuenta de que se trataba de una oportunidad perfecta para darle un giro de ciento ochenta grados a mi vida y ofrecerte mi amor como ansiaba entregártelo, siempre que tú aceptaras a Ezequiel.

—¿Y por qué desapareciste en lugar de seguir adelante con ese plan?

—Porque la golpiza de Molina se convirtió en una verdadera metáfora para mí. Lo interpreté como un signo nefasto. Ese episodio me dejó hecha pedazos en todos los aspectos. Quebró mi orgullo, acrecentó mi vergüenza y mi culpa, me hizo entender cuánto daño podía hacerle con mi egoísmo a todos... Creí, hasta esa noche, que podía evitar lastimarlos, pero en menos de tres o cuatro horas ya les había causado heridas a cada uno: a Molina, indudablemente, a mi hijo con su sufrimiento y un trauma que hasta el día de hoy persiste y a ti con ese maldito *ghosting* tan injustificado. Un silencio que me dolió y me consumió por años, porque hacerme a un lado de tu vida y renunciar a ti de un modo tan cobarde fue como matar una parte de mí o encerrarla en un lugar del que jamás lograra escapar. Fue como perder todos esos colores que habían llegado a mi vida. Me refugié en el amor de mi hijo y eso, al menos, me libró de una depresión crónica, de las conductas autodestructivas o del autocastigo.

—Entonces, ¿sí me amaste?

Se vieron fijamente. Vega le tomó las manos con suavidad.

—Sí te amé. Te amé por entero. Te amé con frenesí, con desesperación, con ansias. Te amé con el firme deseo de que un día abriera los ojos y las cosas fuesen distintas para ambas.

—¿Y qué fue de ese amor?

Vega le sonrió con timidez.

—Se me escapó de la celda donde lo tuve guardado en el preciso instante en el que te vi, seis años más tarde, pasar al frente de mi oficina. En ese segundo mi corazón corrió detrás de ti como si fueses un imán que lo atrae y se aferró con fuerza a tu sola presencia.

—Yo estaba temblando -admitió bajando la mirada-. Confieso que, desde que puse un pie en la torre de oficinas, comencé a temblar pensando que en sólo minutos volvería a verte luego de seis años. Me hubiese encantado que los años te sentaran mal...

Vega rio y fingió indignarse.

—¡Gracias! -dijo con un gesto gracioso y cruzándose de brazos.

—Pero lo que noté de inmediato es que esos años de los que hablo, en lugar de perjudicarte, te habían hecho aún más hermosa de lo que recordaba.

—Gracias -repitió, esta vez como un susurro cándido.

—¿Puedes darme detalles de cómo ocurrieron las cosas esa noche?

—Sí -desvió la mirada y su rostro se volvió un poco sombrío-. Claro. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Bien, me parece justo.

Comenzó a narrar lo ocurrido con pequeñas interrupciones por parte de la abogada.

—¿En qué momento te comunicaste con él mientras estábamos en el restaurante? -Su curiosidad fue genuina-. Es que no te vi tomar el teléfono en toda la noche.

—Fui discreta. Me ausenté de la mesa para ir al baño, escondía el teléfono en mis piernas, debajo de la mesa... Tampoco fueron mensajes muy largos o conversaciones muy extensas. Lo hice para asegurarme de que mi hijo estaba bien y para asegurarme de que él no sospechara nada.

—¿Te habías trazado un plan en tu cabeza, o...?

—No. Esa noche me conformaba con besarte -bajó la mirada con tristeza-. Ay, Samay, te sorprenderá saber cuán humilde puede ser un corazón que aprende a amar en las sombras,

encadenado a una situación. ¡No creas que me inhibí por Molina! -La vio de soslayo-. ¡Ni pienses que me contuve por lealtad a mi ex marido! Soy una mujer justa para todo y sabía que serle fiel a un individuo que había pactado con la decadencia y el irrespeto era un verdadero despropósito. Si me inhibí, lo hice por el amor y el respeto que le debo a mi hijo y el amor y el respeto que te debía y te debo a ti.

—¿Aunque hacía mucho que me estaba muriendo por ti? -Sonrió con suavidad.

—Tanto como yo por ti, pero es que tú no eres una mujer con vocación de amante, Samay, y no iba a ser yo la que te irrespetara poniéndote esa etiqueta. No. Ya era lo suficientemente afortunada en la vida con el hecho de que alguien como tú pusiera sus ojos en mí, como para enturbiar semejante milagro...

—No, no -la contradijo-. No digas eso. La Vega de la que me enamoré jamás ha sido apocada y no me vas a venir con ese discurso ahora.

—¡No es un asunto de apocamiento! -Rio-. Sé de sobra lo que valgo y estoy agradecida por eso, especialmente luego de hacer terapia por un tiempo para superar la golpiza, tu partida, el haberme enamorado así de una mujer, el trauma de mi niño... -Samay la miró con absoluta atención-, pero también sabía que una persona de tu perfil no se encuentra todos los días, así que volviendo a lo que sucedió esa noche, sí... esa madrugada mi único objetivo era conocer el sabor de tus labios y perderme en un beso contigo, aunque no pudiera volver de ese viaje nunca más. Todo lo demás fue un verdadero regalo del cielo.

—¿Trabajaste en terapia mi partida? -Se sintió sorprendida y halagada.

—Sí, desde luego -la miró profundamente-. Dejarte ir, desapareciendo así, ha sido una de las cosas más difíciles y dolorosas que he tenido que enfrentar en mi vida, de eso puedes estar segura -Samay le acarició las manos y se las besó con delicadeza y amor, mucho amor. Vega la contempló enmudeciendo ante ese gesto-. Tuve que hacer malabares para no deprimirme seriamente, porque me debía a Ezequiel y él me necesitaba bien.

—Hoy tuve un pequeño panorama de lo que pudo haber sido toda esta historia desde tu punto de vista cuando te vi regresar del baño en el centro deportivo, fingiendo que todo estaba bien para que el niño no te notara triste o abatida.

—Jamás haré nada que le nuble la dicha a mi hijo, Samay -se lo dijo en un tono solemne-. Si la felicidad de Ezequiel requiere que yo me inhiba, me contenga o finja, lo haré, al menos mientras llega la edad de explicarle ciertas cosas.

—Puedo echarte una mano con eso -sonrió emocionada-. Soy especialista en conversaciones trascendentales con niños. Mis hermanos han delegado en mí la tarea de hacerle entender a sus hijos cosas que ellos no saben cómo explicar.

—Pues te quiero ver haciéndole entender a Ezequiel que su madre está enamorada de otra mujer -lo dijo con un gesto cómico, nerviosa.

—¡Pan comido! -Su gesto fue suspicaz y hermoso-. Sin embargo, eso lo podemos añadir a la lista de asuntos pendientes, ¿te parece? -Vega asintió-. Sígueme contando, ¿qué ocurrió luego de que te fuiste de casa?

Vega narró con un gesto grave el episodio de la golpiza y Samay quiso morderse los nudillos de la indignación. Se acercó a ella, acarició su rostro, cada lugar en el que supo que había recibido un golpe, miró con detenimiento la cicatriz que le había quedado tan cerca del ojo, la besó y una vez puso sus labios sobre su piel, no sólo recordó la alucinante suavidad y calidez de su cuerpo, también el aroma de sus cabellos la envolvió, acompañado de algunas reminiscencias de su perfume. No supo si estaba fuera de lugar aproximarse a ella de ese modo luego de que le compartiera algo tan terrible, pero tenerla cerca y saberla a su alcance siempre fue su perdición,

por lo que comenzó a viajar por su mejilla usando por carruaje la punta de su nariz, perdiéndose en lugares como la línea de su mentón, el lóbulo de su oreja, la parte posterior de su cuello donde además, ante una exhalación profunda de Vega, completamente turbada, se atrevió con cientos de besos diminutos y tiernos.

—Lamento tanto que la noche terminara así -comenzó a llorar y Vega lo supo al sentir la humedad de una lágrima cálida en su cuello-. Mientras yo estaba soñando despierta contigo, recreando cada instante de esa noche, tú estabas pasando por el peor momento de tu vida.

—¿Cómo podías saberlo? -susurró.

—¿Pensaste en escribirme mientras estaba ahí, refugiada en tu cuarto?

—Mil veces por segundo -Samay la rodeó entre sus brazos y Vega se cobijó en su pecho. Ella también comenzó a familiarizarse con sensaciones del pasado que se despertaban sólo con volver a su momento presente-. Quería refugiarme en ti, en nuestro amor, pero a la vez debía contener a mi niño que no paraba de llorar y sabía que no había manera de que yo pudiera justificar esa golpiza sin que tú te enteraras de mis circunstancias. Quizás si no hubiese ocurrido nada entre nosotras, pero... ¿después de hacernos el amor? Imposible.

Se quedaron en silencio por minutos. Vega con los ojos cerrados y entregada a la dicha de dejarse querer por la mujer a la que amaba. Samay con la mirada puesta en un punto indeterminado mientras reflexionaba.

—No sabes lo feliz que me hace que tu hermano le partiera la cara a ese infeliz, eso sin mencionar que me da mucha calma saber que el Doctor Cáceres te puso en las mejores manos y pudiste salir legalmente airosa de la situación.

—Sí -susurró ahí acurrucada donde estaba-. Por meses no se pudo acercar ni a mí ni al niño, hasta que, pasado un tiempo, decidí levantar la sanción y acordamos en qué términos podía verse con Ezequiel. A pesar de todo, hoy en día todavía me inquieta saber que mi hijo está a solas con él.

—¿Lo golpeó alguna vez?

—No estaría vivo, Samay, de eso puedes estar segura -la abogada rio con suavidad-. No, no te rías. Hablo muy en serio. Si hubiese tocado a mi hijo, ya no estaría en este plano.

—Y tú tras las rejas y Ezequiel en manos del Estado, ¿de qué te sirve?

—Cállate, ya hablas como una abogada -Samay rio con ganas. Volvieron a quedarse en silencio.

—Así que nunca dejaste de amarme...

—No -sonrió sintiéndose afortunada de haberse mantenido firme a ese sentimiento-. Nunca. Tampoco te olvidé y te celebraba para mis adentros cada siete de julio.

—Igual yo.

—No me digas -musitó incrédula.

—¡Hablo en serio! -Se enojó un poco, la apartó de su abrazo y la miró a la cara muy seria-. Veo que dudas mucho de mí, Vega Santini.

—No regresaste a Caracas fumando la pipa de la paz conmigo precisamente, Samay Jinez.

—No y lo asumo, Vega, ya te dije que te pusieras en mi lugar.

—Y lo hice en todo momento, te lo puedo jurar.

—Estaba muy dolida, pero mi frialdad no fue otra cosa que una máscara para que no se notara mi herida. ¿Recuerdas ese día en el que te escribí de madrugada desde China para pedirte unos documentos de Nymaers?

—Sí -frunció el ceño.

—Fingí. No necesitaba esos documentos. Dejé la carpeta negra a propósito en mi despacho e

imprimí en Shanghai una copia que tomé de la base de datos del bufete. Sólo te escribí porque me moría por saber de ti. Una vez que te volví a ver, tener cualquier excusa para hablar contigo se convirtió en mi mayor tentación y me mataste de amor cuando con esa calidez y esa consideración me pediste que descansara. Sentí, en ese gesto, que me querías, que te importaba, que todo lo que me entregaste seis años atrás no estaba muerto, sólo estaba desentumeciéndose del frío, como lo hace un rosal con la llegada de la primavera tras sobrevivir al invierno -suspiró y tomó de nuevo sus manos y sobre ellas dejó a sus labios transitar-. No, Vega, no te odiaba. Me enoje tanto contigo, ¡tanto! Pero, lo creas o no, una voz en el fondo de mí me decía que tenía que haber sucedido algo para que actuaras de ese modo. No era normal viniendo de ti. ¡Es que no podía ser que una mujer tan coherente como tú se estuviese comportando de esa manera! Te confieso que se lo atribuí al temor que te producía la idea de ser lesbiana o de sentir cosas por una mujer, pero sé que yo también cometí un error, porque una vez pisé China y vi que no sólo me habías dejado plantada, también me ignoraste, me encerré en mi propio laberinto de orgullo y dignidad y no puse un maldito pie fuera de él hasta que te volví a ver y comencé a mutar mis recelos en sutiles gestos que me condujeran a ti -Vega la miraba muy atenta-. Cuando volví a verte, cuando vi cómo actuabas, de qué forma te desempeñabas, constaté que no, que no podía deberse a algo tan simple como que fueses una hipócrita y me propuse bajar mis defensas y dejarme encantar por tus atenciones, para llegar al día en el que pudiéramos nuevamente mirarnos a los ojos como dos personas que se entregaron algo muy valioso y que estaban dispuestas no sólo a reflexionar sobre lo que les pasó, también a darse una segunda oportunidad -alzó la mirada y sus ojos jade brillaban como nunca-. Yo, a diferencia de ti, lo intenté con otras. Al menos hubo un par de situaciones, quizás alguna más. Lo más lejos que llegaron algunos de esos experimentos emocionales fue a un poco más de un año.

—¿Experimentos emocionales? -La miró con un gesto singular-. ¿Qué manera tan particular de dirigirte a esas mujeres es esa, Samay?

—Eso fueron. Experimentos. Era yo probándome si podía olvidarte o si podía conseguir una conexión como la que tuve contigo con alguna otra. La más larga de las experimentaciones fue con una mujer muy acaudalada. Inversionista. Tal vez un par de años mayor que yo. Recuerdo que entre sus negocios tenía una pequeña naviera y llegó a mi vida una mañana en la que acudió a mi oficina en busca de asesoramiento legal. Alguien de mi círculo en Shanghai le había hablado de mí y pidió una cita mediante mi asistente. De eso pasamos a encuentros eventuales, los mismos que en algún momento se volvieron habituales, pero ella viajaba mucho, yo trabajaba aún más y un día me llamó desde Aspen para decirme que había conocido a una chica deslumbrante y que no se detendría en ir más allá. Le deseé suerte y le pedí que por favor hiciera lo que considerara prudente y nunca más supe de ella.

—Que historia tan...

—¿Fría? ¿Pragmática? ¿Común? ¿Qué me importaban ya las historias extraordinarias si sabía que la mejor había sido contigo? La prueba fehaciente de ello era el siete de julio y la celebración del día de los enamorados en China.

—¿Disculpa?

—El *Qi Xi* -lo pronunció con acento y Vega arqueó su ceja-. La noche de los siete... ¿Sabes qué se celebra la noche de los siete?

—No tengo la menor idea, Samay.

—Un día, un joven arriero llamado Niulang, acompañado de su ganado, se llevó una gran sorpresa. Andando por el campo, vio a siete hadas bañándose en un lago. Es bien sabido que hurtar pertenencias a las hadas puede ocasionarte un gran castigo o una grata recompensa, pero el

chico decidió arriesgarse, en parte por recomendación de su buey y, sin que las damiselas lo vieran, se llevó consigo sus ropajes. Cuando las hadas se dieron cuenta de lo que había pasado, decidieron que una de ellas debía ir ante el humano para exigirle que les devolviera sus paños. Zhinü, la tejedora de nubes, la más joven de todas y a la vez la más bella, resultó la designada y tuvo que presentarse ante Niulang completamente desnuda. Encantado por la visión y sacando provecho de su suerte, el campesino pidió al hada en matrimonio y ella, que no podía negarse luego de que él la viera en todo su esplendor, no tuvo más remedio que acceder. La sorpresa es que él resultó ser un esposo y un amante maravilloso, tanto como lo fue ella y así, del incidente surgió un amor increíble, pero la madre de esta chica, la Diosa del Cielo, no podía con la indignación de saber que una de sus inigualables hijas había tenido que someterse a este bochornoso destino y, rasgando el firmamento, hizo brotar un ancho río que separó a los amantes para siempre... ¿Quieres saber quiénes son realmente Niulang y Zhinü?

—Sí.

—La estrella Altair y la estrella Vega, separadas a su vez por la vía láctea -la otra la miró abismada-. Se dice que la madre de Zhinü se compadeció del dolor de su hija y le permitió ver a su amado una sola vez al año; casualmente, el séptimo día del séptimo mes...

—¡No! -Se cubrió la boca con las manos.

—En China suele celebrarse a finales de julio o a comienzos de agosto, por su calendario lunar, pero en Japón sí que coincide con esa madrugada nuestra, la única en la que pudimos tenernos, Vega.

—Hasta ahora -le sonrió con un gesto de suficiencia-. Me sabe a mierda que mi querida madre, la supuesta Diosa del Cielo, haya rasgado las estrellas o como sea -le tomó las manos y las puso en su rostro. Samay lo cobijó de inmediato, dichosa-. Sí que tuviste razón en algo, soy una mujer coherente y no perderé esa cualidad precisamente ahora.

Se aproximó despacio a ella y nada más adivinar Samay sus intenciones, su corazón se precipitó en su pecho. Se aprovechó de que contenía entre sus manos su rostro y a medida que la otra avanzaba las deslizó por su cuello, sus hombros, sus brazos. No la besó de inmediato. No eran tan predecibles, porque desde el primer día que tuvieron la dicha de besarse, siempre se habían caracterizado por regodearse en el milagro de sentirse. De acostumbrarse a su calor, de sacarle provecho a cada roce, de inhalar como adictas sus aromas, de dejarse acorralar por la sola presencia de la una o de la otra y por la energía que se condensaba en torno a ese encontrarse en el momento presente. Juguetearon con la posibilidad de adivinarse, de probarse, hasta que a fuerza de besos diminutos, aparentemente tímidos, sus labios se dejaron llevar por la corriente y escalaron tan merecidamente que eso se convirtió en la declaración de dos corazones atados en un sentimiento que deciden perdonarse, para ser cónsonos con la emoción que albergan.

Samay no exageró cuando le aseguró que no le importaba si sus intentos por tener una relación con alguien más naufragaban o no, porque sabía que el espacio que tenía reservado para “lo extraordinario” sólo lo ocupaba Vega. Probar de nuevo sus labios, sentir cómo su pasión iba ascendiendo consistentemente, constatar de qué manera podían sincopar en el delirio sólo con tocarse, mirarse o besarse, era una prueba de que su adoración siempre estuvo allí. Era el testimonio de que, tal y como lo había reflexionado, las promesas que se hicieron sólo se habían quedado dormidas y se estaban desperezando, sintiendo además de qué forma un nuevo vigor tomaba posesión de ellas. Había una nueva promesa sobre la mesa, o varias, a decir verdad. Samay no volvería a estar sola, no volvería a refugiarse en el trabajo o a seguir adelante con una vida rutilante, pero gélida. Vega no tendría que ser la única en esforzarse por hacerle frente a las cosas que debían cambiar y que temía enfrentar, porque bien que podían acompañarse. No sólo

era ser protagonistas de un amor, era también comprometerse y ambas se caracterizaban por ser mujeres de compromiso.

Despacio, muy despacio, se tendieron en el sofá y se fueron a otro lugar que estaba muy lejos de allí. No era siete de julio, pero Altair y Vega habían decidido convertirse en los únicos dueños de su historia, así tuvieran que saltar por encima de la Vía Láctea y mucho más. Sí, pudieron haber perdido el control inexorablemente, pero apenas rozaron el filo que podía llevarlas al mismo destino de aquella madrugada que jamás olvidaron, se miraron a los ojos y la asistente fue razonable:

—Tomémoslo despacio -sugirió y Samay la miró con atención-. Lo deseo tanto o más que tú, pero tomémoslo con calma. Mañana no tendrás que marcharte al otro lado del mundo, yo no tendré que volver al lado de una persona a la que ya no quiero. Ahora somos dueñas de nuestra vida y de nuestro tiempo, especialmente del que compartimos. Dejemos que las cosas tomen de a poco su lugar y nosotras con ellas, ¿te parece?

—De acuerdo -se acurrucó en su cuello, donde lo inspiró, lo acarició con su nariz y lo besó. Vega la envolvió en sus brazos y cerró los ojos, en trance-. ¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Dime -sonreía. Todo era perfecto.

—¿Tu ex esposo nunca supo nada?

—Jamás -volver a retomar ese tema no mermó en nada su serenidad y su completud-. Eso lo hizo sentir más culpable y confundido. Con el pasar de los meses, de los años, nunca volvió a verme con nadie. Interrogó a Ezequiel en muchas ocasiones, sin éxito, y se sintió como todo un miserable porque pensó que yo en efecto le había dicho la verdad aquella noche.

—Le dijiste la verdad aquella noche.

—Sí, exacto. Sólo omití, mas no mentí. Por años me dediqué sólo a mi hijo, a mi hogar y a mi trabajo, así que esa conducta ratificó su intolerancia y barbarie, haciendo incluso que su singular familia se volviera contra él por momentos.

—Hasta ahora -alzó la cabeza y Vega abrió los ojos para mirarla-, pues he vuelto para cambiar eso.

—Me aterra -susurró-. No sé cómo hacerle ver a Ezequiel qué tipo de afecto nos une, mucho menos sé cómo podemos protegerlo de lo que sea que haga el padre o su familia si se enteran.

El gesto de Samay se volvió grave y pensativo.

—¿Aún conservas el contacto con los abogados de familia que te ayudaron esa vez?

—Sí.

—No está demás que me entreviste con ellos -Vega leyó en su rostro el semblante de la determinación-. Pero tienes mi palabra... ¡y esto no es una promesa, es un juramento! Tienes mi palabra de que no permitiré que nada malo le suceda a ti o a Ezequiel a partir de este instante.

Se abrazaron con furor. Había llegado la hora de jurar.

Capítulo XXIII

Abrió lentamente los ojos. La luz radiante que iluminaba toda la habitación la cegó de tal manera que se le hizo difícil lograr que las cosas que estaban ante sí tomaran forma y definición en sus pupilas. Frunció un poco el ceño al constatar que el otro lado de la cama estaba tibio y revuelto. Su mirada se precipitó en la pequeña hendidura que había en la almohada, una huella que había dejado allí la cabeza de la persona que durmió a su lado esa noche. Se incorporó un poco, apoyándose de su codo y cuando volteó la mirada hacia la puerta de esa habitación, vio en el último segundo cómo una mano delicada se deslizaba por el marco y se perdía en el pasillo de aquel lugar.

Se estrujó un tanto la cara, se sentó despacio en la cama, volvió a observar con desconcierto su costado ahora vacío, antes tan lleno y, haciendo a un lado el cobertor blanco sobre el cual la luz reflejada creaba un sutil destello, bajó los pies descalzos al suelo, se alzó sobre ellos apoyándose del entarimado de madera, giró y avanzó hacia la puerta de esa recámara que la conduciría a un pasillo tan iluminado que parecía no tener fin. Avanzó, titubeante pero sin miedo. La duda en sus pasos era consecuencia de la fascinación, no del temor.

Imposible sentir temor cuando una energía benefactora se percibía en cada rincón de esa casa colmada de vida.

Al avanzar por el pasillo, vio a su lado derecho una puerta abierta que conducía a otra habitación completamente vacía. Lo único que observó allí fue una caja de cartón cuadrada que la llenó de curiosidad y se aproximó a ella hasta que, al asomar su mirada hacia su interior, descubrió que allí dentro estaba Soprano tan diminuto como la primera vez que lo vio en su vida. Río. Se puso de rodillas y escuchó su voz decir: “¡Pero...! ¿Por qué estás tan pequeñito? Si ya eres todo un gato adulto, ¿por qué volviste a ser tan pequeñito?” Alargó sus manos para tomarlo, pero el sonido de una canción en toda la casa la detuvo y se incorporó con desconcierto.

Era la canción favorita de Beatriz. Se puso de pie, casi sintió pena por Soprano al dejarlo allí a su suerte, pero volvió al pasillo y lo atravesó para entrar a otra habitación, definitivamente con más cajas que la que encontró en la primera. No supo decir a ciencia cierta cuántos contenedores de cartón eran, pero tal y como hizo con el primer empaque, también echó un vistazo dentro y vio discos de vinil en ellos. “Creí que los había regalado ya...” Revisó una a una las carátulas de esos álbumes y al alzar un poco la mirada por encima del borde de una de ellas descubrió una mesa redonda, blanca, reluciente en una esquina y, sobre ella, un tocadisco Victrola en funcionamiento. “Así que la música proviene de allí”.

Soprano, esta vez un poco más grande, subió a la mesa de un salto y la miró con sus profundos ojos azules.

Se puso de pie y a un lado del artefacto en funcionamiento vio la carátula esmeralda con el Ojo de Ra en dorado y un sesgo color escarlata a su lado. “A ti no recuerdo haberte regalado...” Imposible. Era el álbum favorito de Beatriz, no sólo por las canciones que The Alan Parsons Project había compilado en él y muy especialmente *Eye In The Sky*, sino porque amaba el fascinante diseño de esa producción. De pie ante el tocadisco, sus ojos se empeñaron en ver el vinilo girar y la aguja sobre él reproduciendo esa melodía que parecía no tener fin. Alargó su mano para detener la música cuando un olor a café llegó hasta ella, alzó la cabeza y supo que tal y como lo había notado al despertar, no estaba sola.

Salió de allí y al asomarse de nuevo al pasillo, vio la misma mano de antes deslizarse en una de las esquinas y perderse de vista. Río. “¿A qué juegas?” Avanzó con un gesto precioso en su

rostro hacia ese lugar donde sabía que la encontraría para rodearla con sus brazos y amarla en un beso o en una caricia.

Allí, donde ese corredor desembocaba en una habitación de enormes ventanales de madera cubiertos por cortinas vaporosas que flotaban con el soplar del viento, tan iluminadas como cada cosa en ese espacio, encontró también una mesa de madera pintada de blanco y sobre ella Soprano, grande y peludo, echado junto a una taza de café con un bote de caramelos cerca. “Los favoritos de Beatriz”. Caminó hasta ella, tomó el recipiente por su asa, vio que dentro sólo quedaba un leve residuo de lo que antes fue una bebida caliente y escuchó su voz decir: “No dejaste nada para mí”. Sonreía sin rencor, pensando que se desquitaría. Colocó la taza en su lugar, alzó la mirada y salvo la luz incandescente reflejándose en todo el mobiliario, no vio nada más y decidió salir fuera de esa casa maravillosa.

Dio pasos hasta el portal notando cómo todo su ser se colmaba de bríos, de energía, de una dicha sincera. Recordó el poder que el ánimo benefactor de la mujer amada siempre tuvo en su vida. Era como el río. Su alma era como ver fluir la corriente. Serena a veces, briosa otras, indetenible, impredecible. Generosa. Con ella no había un solo momento para quedarse postrado en el espacio o en el tiempo. “Ser estable no te dejará ver lo que sucede más adelante en el camino” y esta vez no fue su propia voz la que escuchó, fue la voz de ella, ¡de ella! “No te pongas cómoda. La vida no te dejará ponerte cómoda. No venimos acá para estar a gusto o seguros”. Y fácilmente la comparó con una corriente que se despeña por una caída de agua de la cual no puedes ver el fondo.

Incitada por esa valentía, estimulada por el coraje que siempre supo identificar en ella, por esa promesa de que no importaba lo que sucediera, siempre todo iba a estar bien, se aventuró por fin afuera y, al llegar al porche de esa casa que se le antojaba única, vio el mar despertándose con la suave caricia de la luz del Sol. La playa ante su mirada parecía perderse hasta el infinito de no ser porque allá abajo, en la orilla del mar y con los pies dejándose humedecer por las olas, la vio por fin. Sonrió y ese gesto en ella hizo palidecer al astro sobre sus cabezas. Le agitó la mano saludándola, ella le correspondió y, sin importar que estuviera descalza, bajó un par de escalones de madera y sintió la textura suave de la arena en sus pies.

Volvió a buscarla con sus ojos y ella no paraba de hacerle gestos para que se acercara. Eso hizo, sin precipitarse. No tenía prisa. Vio bajo sus pies las huellas que ella misma le había dejado antes en la arena como rastro perfecto para que siguiera cada una de sus pisadas y ya en aquella playa, al alzar de nuevo sus ojos, la contempló sentada frente al mar, sin importar que el agua salada la mojara con la llegada de cada nueva ola. Esta vez el sol se ponía en el horizonte. Cada paso dado fue como ver un minuto marcarse en la esfera del reloj. Se maravilló de ser testigo de aquel crepúsculo, se detuvo detrás de su amada, se arrodilló a sus espaldas y la rodeó con sus brazos mientras ella se colgaba de ellos con el suave roce de sus manos.

Estaba bien. Todo estaba bien en su compañía. No había sobresaltos ni temor. No había nada por qué preocuparse, menos que menos había algo por qué temer. Cerró sus ojos, inclinó su cabeza hacia adelante y su mentón le sirvió para estrecharla más contra sí, al igual que lo hacían sus brazos. Recordó cómo su felicidad, su serenidad, su empuje, fueron siempre su lugar seguro. Ella iba un paso por delante, abriéndose camino para ambas. Ella a veces se quedaba en la retaguardia, evitando que algo las tomara por sorpresa. Era el todo. Era la felicidad que se hace certeza, un espacio seguro.

La tomó con más, mucha más fuerza, como si en la contención de ese abrazo se empeñara en que no la abandonara nunca más, hasta que sintió en su mejilla un beso tan profundo y tierno que no tuvo más remedio que abrir sus ojos y girar despacio su cabeza. Entonces, lo que la recibió en

ese preciso instante fue la sonrisa más radiante y hermosa que había visto, acompañada de su gesto irresoluto de sorpresa.

“¡Esto no me lo esperaba!”

Cris reía a carcajadas y ella no podía hacer más que mirar sus labios, la forma en la que le convidaban la felicidad. Otro modelo de felicidad.

No se trataba de la dicha que te produce estar seguro o protegido. Se trataba de la felicidad que se traduce en picardía e incertidumbre. “Ser estable no te dejará ver lo que sucede más adelante en el camino” y la apuesta era ahora poner a prueba la intuición de dos personas que supieron cómo hacerse mujeres a lo largo de cada paso dado en sus propios laberintos. Ya nadie tendría que ir un paso adelante para anticiparse a los peligros; ya nadie tendría que rezagarse para prevenir una emboscada. Era un camino que se construía a cuatro manos. De algo tenía que servirle ahora su absolución, su tránsito por las sombras y ese volver a enfrentarse a la luz.

Cris reía, reía sin parar y el sonido de su risa estaba por encima de la música en la casa, sobrepasando la manera en la que habían comenzado a rugir las olas. Volvió su mirada hacia la casa y en su portal vio a Beatriz sonriéndole de un modo increíble. Despacio se dio la media vuelta y entró de nuevo en la cabaña sin mirar atrás. Su atención regresó a la playa, a la mujer que rodeaba con sus brazos y se quedó en su rostro todo el tiempo que duró el ocaso y cuando el Sol no le prestó su luz ni un segundo más, abrió lentamente sus párpados.

La luz radiante que iluminaba toda la habitación la cegó de tal manera que se le hizo difícil lograr que las cosas que estaban ante sí tomaran forma y definición en sus pupilas. Frunció un poco el ceño al constatar que el otro lado de la cama estaba helado y vacío.

No se movió ni tan siquiera un poco y su mirada profunda y atribulada se quedó clavada en un rincón cualquiera de esa recámara en Carolina del Norte. Soprano dormía sobre sus pies.

Beatriz le había dicho adiós.

Removió el café, sacó la cuchara de postre de él, se la llevó a la boca y saboreando para corroborar cuán dulce estaba, notó complacida que le había quedado en su punto. Escuchó la puerta del departamento abrirse y se llevó una gran sorpresa. No esperaba a Vega de regreso tan temprano. Caminó hasta la puerta de la cocina con la taza en la mano y un gesto de picardía memorable.

—Caramba, caramba... -La vio de arriba a abajo mientras ella dejaba la cartera en el perchero y le sonreía radiante-. Te esperaba de regreso a mitad de mañana -corroboró la hora en el reloj de pared de la cocina y vio que pasaban de las seis-, pero veo que madrugaste.

—Sería madrugar si hubiese dormido, pero te garantizo que no pegué un ojo en toda la noche -entró a la cocina y buscó la cafetera casi con desesperación. Se sirvió una taza de café.

—¡No me digas! -Sonrió, celestina como nunca-. Así que le arrancaron cada pétalo a la madrugada.

—Una forma muy poética de referirse a una intensa noche de revelaciones -bebió un trago largo de café.

—¿Qué? -Se sintió estafada-. ¡No me digas que no hicieron otra cosa que hablar, porque...!

—Cris, Cris, ya sabía yo que tarde o temprano esas novelitas de Rubén Pessoa te pondrían la imaginación muy sucia -se sentó a la mesa para disfrutar de su café y la amiga la acompañó.

—Vega, no seas descarada. Dudo que un encuentro de ese tipo con la abogadísima se compare con las barbaridades del “rey de la bahía”.

—Supones bien, al menos no has perdido la intuición por muy morbosa que te hayas puesto -rieron con ganas.

—¿Qué pasó? -Se inclinó hacia adelante en la mesa colmada de curiosidad-. ¿A qué llegaron?

¿Cuál fue el acuerdo?

—Hablamos. Hablamos muchísimo. De lo que sucedió conmigo, de lo que fue de ella, aclaré todas sus dudas, ella me contó su versión de la historia y estamos de acuerdo en que tenemos tiempo de sobra para poner cada cosa en su lugar, ordenar nuestros sentimientos y a nosotras en ese tablero de emociones que es y será nuestro amor.

—¡Ah! -La cursilería se apoderó de ella en un segundo y Vega lo notó por su gesto-. ¡No me pudiste dar una noticia mejor!

—Aún tengo dos grandes temores por delante...

—No me los digas: Ezequiel y su nunca bien ponderado padre.

—Sí -pensó mientras bebía de su taza-. Aunque en el caso de Ezequiel sé que mi terapeuta me puede dar una mano. Darne algunas herramientas, no lo sé.

—Muy cierto.

—En el caso de Molina y su combo...

Cris rio con ganas.

—Eso me sonó a orquesta latinocaribeña.

—Algo por el estilo -le guiño el ojo-. En el caso de mi ex marido, Samay me aseguró que no tengo nada de qué preocuparme -Cris la miró asombrada-. Quiere reunirse con los abogados de familia y evaluar con ellos todas las posibilidades que tenemos para que, de enterarse de que estamos juntas, no puedan hacer nada.

—¡Así se habla! -dijo entusiasmada-. ¡He ahí la ventaja de enamorarse de la mujer que lleva el sartén por el mango en esta historia!

—Mi buena amiga Cris, a veces tan poética, a veces tan ordinaria...

—El color de la vida, ni más ni menos.

Vega se levantó de la mesa para llevar la taza al fregaplatos y lavarla.

—¿Y tu nueva mejor amiga la psicóloga a la que le das explicaciones?

—Ayer, una vez te fuiste, volví a escribirle y hablamos hasta muy tarde -sonreía radiante.

—Ay, Cris, qué mal te veo, cariño -dejó la taza en el escurridor de platos y volteó a ver a su amiga-. Dime una cosa, esa iniciativa tuya de quedarte con Ezequiel y cuidarlo, ¿incluye el desayuno?

—Por algo estoy aquí, ¿no?

—Bien, entonces hazte a la idea de que nunca me viste -comenzó a avanzar hacia la puerta de la cocina mientras Cris se reía-. Quiero dormir al menos unas dos o tres horas. Samay y yo acordamos llevar a Ezequiel de paseo esta tarde y para un plan como ese necesito reponer fuerzas.

—¡Ay, qué bellas! -La miró con ilusión-. ¡Mis dos mamás!

—Ridícula -salió dejando a la otra desternillada de la risa.

¿Dónde estaría esa tarde de sábado si no estuviese ocurriendo ese milagro en su vida? Ver a Vega inclinada con su rostro cerca de Ezequiel, hablándole de las aves que estaban dentro de aquella jaula descomunal en el aviario, era un hermoso descubrimiento. Sí, estaba acostumbrándose a una faceta completamente desconocida de aquella mujer y le provocaba felicidad y a la vez asombro notar cómo puedes sobrescribir el sentimiento que ya albergas por una persona, incrementándolo, ratificándolo o fortaleciéndolo. En pocas palabras, era como volver a enamorarse.

No era únicamente constatar que muchas de sus ilusiones quedaron intactas a pesar de los reveses de su historia, era además ser testigo de cómo el respeto, la admiración y la contemplación de la nobleza de su corazón se iban transformando de a poco en un sentimiento

que se le antojó más maduro y a su vez más profundo. ¿Podía ir más allá en sus emociones? Estaba completamente dispuesta, pero el gesto de picardía del niño al llamarla para que se acercara la sacó de su apreciación. Avanzó hacia esos dos, prestó atención al nido que el chico de nueve años señalaba con entusiasmo, con al menos un par de pichones dentro y una vez decidieron continuar avanzando por los enormes jardines de ese lugar, las dos mujeres notaron que otra vez Ezequiel las tomaba a las dos de las manos, convirtiéndose en un nexo simbólico entre ambas. ¿Quién lo diría? La razón a la que Vega le atribuyó que Samay la rechazara en el pasado, se convertía ahora en uno de los vínculos más fuertes entre las dos.

—¡Quiero venir con María Victoria a este parque! -dijo eufórico.

—¿Quién es María Victoria? -Samay lo miró con curiosidad y alzó un poco sus ojos hasta dar con los de Vega.

—Mi nueva amiga.

Ellas dos se sentaron en la hierba luego de una larga caminata que hizo escala por el aviario, mientras Ezequiel permanecía arrodillado, inquieto y con energía de sobra.

—¿Y qué te gustaría que hiciéramos con María Victoria si la invitamos al parque? -preguntó Samay cruzando sus piernas y estudiando con mucha atención el rostro del pequeño.

—¿Tú también vas a venir, Samay? -Ezequiel no se lo creía. Miró a Vega boquiabierto, ¿podía ser tan perfecto?

—Si me invitas, aquí estaré.

—¡Sí! -Se puso de pie y avanzó hasta ellas-. Entonces seré como María Victoria... -Vega y Samay fruncieron el ceño confundidas.

—¿Qué quieres decir, Ezequiel? -La madre no atinaba a adivinar a dónde irían a parar las reflexiones de su hijo esta vez.

—María Victoria tiene dos mamás -ambas se quedaron de una sola pieza- y si viene Samay yo también tendré como dos mamás, ¿ves?

La abogada definitivamente salió del trance más rápido que Vega. Sonrió complacida entendiendo que el camino se allanaba para ambas y girando un poco la cabeza miró el perfil de la mujer a su lado.

—Suenan bien, ¿no? -Se miraron a los ojos.

—Yo... -No supo qué decir, pero fue un milagro que la reflexión del niño se viera truncada por el avistamiento a lo lejos de un carrito de algodón de azúcar.

Entusiasmado, lo señaló una y otra vez, suplicando por uno y a sus acompañantes no le quedó más remedio que ponerse de pie e ir tras sus pasos, pues se les adelantó en busca del anhelado postre.

—Parece que María Victoria llegó como caída del cielo -musitó Samay sin quitar sus ojos de encima de Ezequiel.

—No sé de dónde salió esa niña -admitió-. Sólo puedo decirte que se incorporó al grupo de mi hijo esta misma semana y no ha parado de hablar de ella desde el viernes. Hasta pensé que podía ser su primer amor -rio.

—Si tus sospechas son ciertas, será todo un acontecimiento conocer a las suegras del niño, ¿no te parece?

Rieron mientras Ezequiel ya estaba de pie junto al carrito de golosinas maravillado con la habilidad del sujeto que lo atendía para ir formando una nube azucarada en torno a un palito.

Sobre las nueve de la noche volvió a casa y se encontró allí a Cris con cara larga. Era un contraste muy singular si la comparaba con la que había tenido esa mañana o incluso en la tarde antes de que se marcharan al paseo. ¿Lara Cruz había atacado de nuevo con uno de sus

habituales acosos?

—Ayer volvió a escribir, pero no, no estoy así por eso... -suspiró un poco desilusionada, estoy un poco extrañada. Hoy Itza no se ha comunicado en todo el día y eso me tiene francamente inquieta.

—¿Ah, sí? -La escuchaba mientras se quitaba los zapatos deportivos, sentaba en el borde de su cama. Estaba segura de que esa noche se iría a dormir muy temprano. Entre el traspaso y las pocas horas que consiguió descansar en la mañana, necesitaba reponer fuerzas urgentemente-. Pues ya sabes cómo se solucionan esas cosas entre amigas, ¿no? Mándale un buen meme y asunto resuelto.

—¡No es gracioso, Vega! -Se cruzó de brazos indignada.

—¿Por qué no? -Alzó la mirada y la vio con picardía-. No deberías subestimar el poder de un buen meme -se quitó el suéter y lo colgó de una percha-. Pásale un meme de Bob Esponja.

—¿Pero cómo se te ocurre que le voy a enviar a esa mujer un meme de Bob Esponja? -Estaba indignada. Vega reía de pie ante su closet.

—Entonces rompe el hielo con uno de la llama: “Hola ke ase. Filosofando o ke ase.”

—Ya tuve suficiente -se dio la media vuelta para marcharse, pero la amiga entre risas, la contuvo.

—Sólo estoy tratando de bromear contigo, pero veo que mi teoría inicial de que algo muy particular te está pasando con la psicóloga no es tan descabellada.

—¡No debería! -Se indignó de nuevo, esta vez consigo misma-. Debería estar enfocada en cerrar el ciclo con Lara, en concentrarme en la novela que quiero escribir, en mi terapia, en lugar de andar fantaseando con una mujer que apenas conozco.

—Bueno, hablan por horas todos los días. No seas fingida, Cris, que si sumamos todo ese tiempo, a estas alturas la conoces más que a mí.

—¡No exageremos! -La miró angustiada-. Siento como si estuviera avanzando de nuevo a otro precipicio. Ella está en otro país, yo no sé si me decida a salir de aquí...

—Calma, calma -avanzó hacia ella dispuesta a encaminarse al cuarto de baño para darse una buena ducha-. Respira y vive un día a la vez. ¿Te parece? Tienen demasiado camino por delante para que tú...

El teléfono de la escritora comenzó a sonar y a Cris no le importó dejar a la mejor amiga con la palabra en la boca para correr en dirección a ese sonido, segura de que la que podría estar llamando era Itza.

—Ah... -sonrió con sorna la asistente entrando al baño-, supongo que mañana me enviará un meme para disculparse por dejarme hablando sola sin siquiera darme las buenas noches. Así son las amigas.

Cerró la puerta. Cris entró a su habitación y tomó el teléfono entre las manos. En efecto, tenía dos llamadas perdidas de Itza Arbe. “Menos mal que no tuve que enviarle el meme”. Al notar que no parecía llamarla de nuevo, decidió tomar la iniciativa y devolver el gesto. Se sentó en la cama sosteniendo el teléfono contra su oreja, se peinó con la mano que tenía libre y pocos segundos más tarde escuchó la voz de la psicóloga.

—Hola, Cris -la notó triste en un segundo y frunció el ceño preocupada. Sólo eso bastaba, que ella estuviera comportándose como una adolescente egoísta mientras la psicóloga estaba atravesando una situación. ¿Y si ese día se cumplía otro año de la muerte de Beatriz? ¿Y si era el aniversario de su primera cita, su primera vez, de su matrimonio? ¡Vaya que había sido una desconsiderada!-. ¿Cómo estás?

—Bien... Bien, Itza, ¿y tú? ¿Por qué tienes esa voccita?

La psicóloga respiró profundamente con un dejo de melancolía.

—¿Te parece bien si nos vemos las caras? Tengo algo que me gustaría contarte.

—Sí, claro -cambiaron a videollamada y la una reparó en la otra en segundos. Cris agradeció estar presentable para la ocasión y notó que Itza estaba más informal que de costumbre, con una camiseta vaporosa.

—Una vez me pediste que compartiera contigo todas las cosas relacionadas con Beatriz que había decidido no decirle a nadie.

—Sí y lo sostengo.

—Pues Beatriz vino a despedirse -Cris abrió la boca abismada-. Por cinco años esperé una señal, un indicio, algo que me indicara que ella, a pesar de todo lo que supuso su muerte, estaba bien. Incluso le reproché, como debes haber leído en mi libro, que no hiciera cualquier cosa por manifestarse, qué sé yo: tirar una silla al suelo, sentarse en la orilla de la cama cualquier noche... Mis sueños con ella habían sido confusos o irrelevantes hasta ahora, pero esta mañana me desperté con una sensación que me dejó emocionalmente convulsionada. Sentí, como no me ocurría hace años, la calidad de su presencia, la magnitud de su energía benefactora y la vi, lo más radiante que la he visto nunca, en un lugar maravilloso donde la luz era tan poderosa que te cegaba...

—Dime más. Si quieres compartir conmigo todos los detalles... -y así lo hizo, repasando en su cabeza el pasaje onírico como lo había hecho una y otra vez a lo largo de ese día. Cris lloraba con la descripción de ese abrazo ante el ocaso en esa playa de otra dimensión y notó que Itza también se quebraba, inclinando la cabeza hacia abajo, cubriendo parte de su rostro con su mano y sucumbiendo a las lágrimas-. ¡Quisiera abrazarte! -Lo aseguró dejándose llevar por la emoción-. ¡Quisiera tanto abrazarte!

—Sería maravilloso que pudieras hacerlo, Cris.

—¿Y allí terminó el sueño? -Itza enmudeció-. ¿En ese momento despertaste?

—No -dijo al transcurrir varios segundos.

—¿No? -La miró frunciendo el ceño, con curiosidad-. ¿Y qué vino después?

—Me gustaría hablarte de eso luego, ¿te parece?

Cris aceptó de buena gana la cautela de Itza. Imaginó que tal vez el sueño había derivado hacia situaciones más íntimas o sobrecogedoras que giraban en torno a Beatriz y de las que no quería hablar en ese momento. No se imaginaba cómo podía sentirse alguien en su situación, pero ella muy probablemente se encerraría en sí misma el tiempo que fuese necesario. Hicieron silencio por algunos segundos, tiempo que ambas invirtieron en reflexionar y la psicóloga retomó la palabra:

—Dime una cosa, ¿cómo estuvo tu día? ¿Pudiste adelantar algo de tu novela?

En ese momento Cris pensó en cuán ansiosa había estado por la repentina desaparición de Itza y cómo eso había entorpecido su labor de ese sábado. Desde luego se sintió ridícula. Si alguna vez la hizo sentir avergonzada la pequeña punzada de celos por la sesión fotográfica, ¿qué quedaba para su crisis existencial de esa tarde? Prefirió disimular y mantenerse cauta con sus confesiones.

—No exactamente -bajó la mirada, consciente de que sus emociones se habían interpuesto en su trabajo y sintiéndose estúpida; ella ansiosa por la psicóloga y la otra, por su lado, devastada por un sueño con su difunta esposa. ¡Vaya balde de agua fría!-. Aunque me parece que encontré el Facebook de Paco Uceda.

—¿De verdad? -se sorprendió.

—Sí -dijo absolutamente desanimada y la psicóloga intuyó algo en su actitud-. Parece una

persona de más de sesenta y la única referencia que tengo es su foto de juventud en Macuto, pero estuve husmeando en sus seguidores y encontré a una Lorena Uceda y a Gonzalo Uceda.

—¡Tus hermanos!

—Sí. Él tiene una foto genérica. Un paisaje, me parece, pero ella sí que tiene una imagen suya y debo reconocer que tenemos un parecido.

—¿Qué sentiste al verla?

—Con ella no mayor cosa, pero con mi padre sí experimenté una singular sensación.

—¿Le escribiste?

—No me decido -se miraron a los ojos-. Tengo su perfil abierto allí en mi laptop, pero aún no sé cómo dirigirme a él o qué decirle.

—Tal vez no es el mejor día para eso. Déjalo reposar y hazlo cuando estés lista. Te aseguro que mañana, posiblemente, estarás de mejor ánimo, lo tendrás más claro y procederás. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—A estas alturas -se alzó de hombros-. Absolutamente nada. Después de todo, viví treinta y tres años ignorando por completo su existencia. Sólo supe que tenía un padre porque es necesario tener uno para ser concebida, pero nada más.

—Claro, comprensible -se miraron a los ojos e Itza le sonrió con ternura. Cris al principio se sintió confundida, pero conforme reparó en el gesto de la psicóloga, se ruborizó un poco. Itza recordó algo y dio un pequeño respingo, saliendo de lo que parecía ser un trance enigmático-. ¡Por cierto! Te tengo una buena noticia.

—No me digas... -Arqueó la ceja. ¿Y ahora? ¿Con qué otra cosa le saldría esa noche?

Vio que la psicóloga se inclinó hacia un lado en su silla, como si buscara algo en el suelo y se incorporó llevando en su mano un libro. Era un tomo de *Conversaciones para otra vida*. Cris lo miró boquiabierta y en un instante olvidó sus tribulaciones para emocionarse y sentirse dichosa por ella.

—Mira... llegaron hoy. A pesar del estado emocional que me produjo el sueño del que te hablé, me entusiasmé mucho y me dije que tenía que contarte en algún momento del día y hay algo más -le dio la vuelta y Cris vio que en la parte de atrás estaba una foto de ella. La acercó hasta la cámara para que la viera mejor-. ¿La ves? Una de las fotos nuevas.

—¡Me encanta! -Le pareció que estaba preciosa. La detalló lo mejor que pudo.

—¿Te gustaría que te la enviara?

—¿La foto? -Cris la miró sorprendida, ruborizándose. ¿Negarse a tener una foto de Itza? Le sonó descabellado, pero le atribuyó el ofrecimiento al comentario imprudente que alguna vez hizo sobre la imagen con la que acompañó su primer manuscrito.

—La foto, sí.

—Bueno -sonrió con una timidez hermosa.

—También tenía pensado enviarte uno de mis libros autografiados...

—Será una de las joyas de mi biblioteca, te lo garantizo.

Itza la miró profundamente.

—Tú sí que sabes cómo hacer sentir especial a alguien, ¿no es verdad?

—Sólo estoy pagando con la misma moneda -le sonrió de un modo encantador. A pesar de las dudas y turbaciones, algo les indicó en lo más profundo de sus corazones que, a partir de ese día, las conversaciones entre ambas podían tomar un rumbo más que interesante. Cris pensó un par de segundos y cambió un poco de tema: ¿Eso quiere decir que comenzarás a promocionar tu libro ya?

—Sí. MariLo me compartió las fechas de un par de encuentros en algunas librerías. Ya sabes,

a modo de conversatorio. Estamos intentando hacer algo similar en instituciones especializadas. Centros de acompañamiento psicológico o terapia. Ella quiere que además de hacer algunas actividades de este tipo en Carolina del Norte también vaya a Miami y a otro destino más que estamos por confirmar. No lo sé, lo dejo en sus manos. Ella sabe mejor que yo de todo eso.

—Definitivamente, sí.

—Cris... -la escritora alzó la mirada y vio el gesto dulce que se apoderaba del rostro de Itza en ese instante-, quiero confesarte que te eché mucho de menos hoy -la que estaba en Caracas casi se cae de la silla, ¿así que no estuvo sola en esa añoranza?-. Estaba un poco inquieta y anhelaba escribirte o que escribieras, en buena parte para hablarte del sueño... -se miraron lo mejor que podían en esa videollamada-. Gracias. Gracias porque con tu frescura y honestidad me has demostrado que eres una mujer decidida a llegar a esos lugares que nadie más rozó antes. Como sabes, la percepción de uno mismo se complementa a través de la parte de ti que construye el otro y me encanta, me siento muy cómoda y fascinada con la nueva Itza que está surgiendo de todo esto. ¡Ya estoy ansiosa de ver hasta dónde nos va a llevar este camino!

—Yo también -le aseguró perpleja, sintiendo que un caleidoscopio de esperanza se dibujaba ante ella-, porque la Cris que está ante ti y que se está abriendo lentamente como un botón de rosa que florece, es una grata sorpresa, especialmente para mí. Nos estamos transformando en mejores personas juntas y eso es digno de verse.

—Sobre todo de vivirse -supo que la distancia no sería un problema.

Asomó la cabeza por la puerta de su habitación luego de terminar su charla con Itza y oyó el secador de pelo en la recámara de Vega. Sintió un alivio al saber que la amiga aún estaba despierta a pesar de que le había dicho que se iría a dormir temprano después de semejante trasnocho y una tarde de paseo en el parque.

Ver a Cris de pie a su costado la sorprendió y apagó el aparato para mirarla. Le estaba dando los últimos toques a su cabello.

—¿Y esto? Creí que hablarías con la psicóloga hasta las tres de la mañana como sueles hacerlo los fines de semana.

—No -se cruzó de brazos y no tuvo que esforzarse demasiado para que la otra notara su desánimo.

—¿Y la cara? -Puso el secador sobre el lavabo, se miró al espejo y creyó que ya había terminado por esa noche-. ¿Sucedió algo?

—No lo sé con exactitud.

Ahora era Vega la que se cruzaba de brazos, recostando su cadera del mueble de baño y mirando con detenimiento su expresión.

—A ver, Cris, que nunca has sido de las que se dejan sacar las cosas con cuchara. Habla ahora o calla para siempre.

—¡Estoy confundida! ¡Pasé todo el día como una idiota, sin poder concentrarme en nada pensando que Itza no me había escrito y luego aparece para decirme que soñó con su esposa y que siente que fue un sueño de despedida...!

—¡Vaya! -La miró muy seria.

—Sí, sí, imagino lo que algo como eso puede significar, pero... saber que mientras ella pasó todo el sábado tratando de manejar el significado de ese sueño, yo estaba ansiosa preguntándome qué podía haberle pasado conmigo, qué imprudencia le pude haber dicho, qué podía haberla molestado, me hizo sentir egoísta, pero sobre todo idiota.

—Como una que se enamora sola.

—¡Totalmente! Ahí estaba yo sintiéndome como una verdadera mierda cuando de pronto

viene ella y de su propia inspiración me dice que me echó de menos...

—Ajá.

—Y luego me ofreció enviarme una de las fotos que usarán para promocionar su libro y me dio las gracias por estar en su vida y por ayudarla a ser una nueva persona...

—Ya -ahora la confundida era Vega-, ¿y tu queja a qué se debe?

—¡A que no entiendo nada! -Se alzó de hombros.

—Yo lo veo clarísimo.

—Ilústrame.

—Pasó el día de bajón por el sueño, por fin habla contigo y se reconecta con la sensación bonita que le produces, se siente mejor y empieza a tener detalles contigo, como enviarte la foto, decirte que te extrañó y agradecerte por las cosas especiales que haces por ella... -Cris la miró sintiéndose aún más estúpida-. Si te sientes como una tonta, es porque yo estoy viendo algo que tú no, ¿lo notas?

—Lo veo claramente.

—Bien -le extendió la mano-. ¿Qué te parecen unos cincuenta dólares para la buena de Vega por sus servicios como terapeuta? -La expresión irresoluta de la amiga le provocó una risotada y lista para irse a la cama por ese día comenzó a salir del baño-. Honestamente, Cris, el amor te nubla la vista.

—Eso parece.

—Anda a dormir tranquila, cariño -la miró a los ojos y le sonrió con afecto-. Deja que las cosas avancen a su ritmo y confía. Desde mi punto de vista, hay muy buenas posibilidades. ¡Da gracias por eso y no las desaproveches!

Capítulo XXIV

—Por último -dijo Samay dando cierre a esa reunión en la que revisaban semanalmente todos los asuntos de los clientes con minuciosidad-, me gustaría revisar contigo un contrato más.

—Sí, claro, Doctora -diligente entró en la base de datos-. Dígame el nombre del cliente, por favor.

—Vega Santini.

La mujer ante ella volteó a verla con un gesto gracioso.

—¿Sí?

—Vega Santini -dijo con sonrisa traviesa-. Ese es el nombre del cliente: Vega Santini.

—Ah... -volteó y acomodándose un poco en la silla le siguió el juego-, debe ser de nueva incorporación, porque no lo veo en la base de datos aún.

—No, qué va. Tiene más de seis años trabajando conmigo, si supieras.

—Pues tendré que anotar esa incidencia para averiguar a la cartera de qué abogado pertenece ese cliente y exigirle que actualice toda su información en el sistema.

—A mi cartera. A la abogada que tienes que penalizar por incumplir con sus deberes, es a mí.

—Pues bien, Doctora, minutos más tarde le haré llegar un memorándum -apoyó su codo del escritorio y sobre su mano puso su rostro-. Y bien... ¿Qué quiere hablar usted del cliente que nos ocupa?

—Quiero revisar algunas cláusulas.

—¿Como por ejemplo?

—La cláusula de las actividades de fin de semana me interesa, principalmente, y alguna que otra de lunes a viernes.

—¿Cómo qué?

—Como ir a almorzar, por ejemplo, llevar a Ezequiel al cine o a comerse un helado una vez más que otra... volver al centro de bateo más seguido... cosas así.

—Bueno, me parece que en ese caso habrá que establecer ciertas normas o especificar la naturaleza de esas actividades y los horarios pertinentes en las que podrían realizarse. ¿Le parece?

—Me parece, sí -se inclinó sobre el escritorio y, apoyando sus brazos sobre él, le susurró con malicia: Y hay algo muy importante que debemos incluir en ese contrato de mutuo acuerdo.

—Creo que sé a qué se refiere.

—Está relacionado con el débito conyugal.

—Este fin de semana -le aseguró con picardía-. Mi madre se lleva a Ezequiel a su casa para que pase el fin de semana con los abuelos desde el viernes y lo regresará hasta el domingo por la tarde.

—¡Fabuloso!

Ya estaba deseando que esa semana culminara cuando, a través del cristal y por encima de la cabeza de Vega, vio aparecer a Diógenes Cáceres; parecía tranquilo, aunque su semblante no era particularmente feliz. Samay se enderezó en su silla y cambió por completo su actitud, pero lo hizo de un modo sutil, sin sobresaltarse ni dar el menor indicio de nada. Vega lo notó y aunque desde donde estaba sentada no podía saber quién se aproximaba, también elevó sus defensas y regresó a su actitud correcta y corporativa de siempre. Ambas eran de verdad camaleónicas tratándose de guardar las apariencias. El abogado abrió la puerta del despacho y, apenas puso un pie dentro, las saludó a ambas con su habitual afecto. Las dos mujeres se pusieron de pie,

estrecharon sus manos y Samay, haciéndose a un lado, señaló la silla que le había pertenecido por décadas para que se sintiera en la libertad de ocuparla. Cáceres no se hizo de rogar y una vez tomó asiento le pidió a las dos damas ante sus ojos que le acompañaran, apuntando con sus manos hacia ambas butacas ante sí.

Samay Jinez y Vega Santini lo miraron muy atentas y él procedió a explicar el motivo de su visita ese inicio de semana:

—Tenemos avances de la investigación del caso Labarca -la nueva directora lo miró interesada-. Como le comenté, Doctora, decidí hacerme cargo personalmente de este asunto y apenas comenzaron a aparecer las primeras pruebas, no tuve más remedio que dejar a un lado los protocolos y hablar con los Labarca personalmente. El hijo de Álvaro tiene al menos cinco años involucrado en casos de contrabando.

—Lo imaginé -musitó Samay, pero había sido cauta antes de hacer una acusación tan grave como esa.

—Comenzó con su cartera de clientes personal. Es decir, más allá de los clientes de los que se ocupaba dentro de nuestra firma, tenía algunos particulares con los cuales fue tejiendo sus irregularidades hasta que logró tener contactos dentro de las empresas que trabajan arrendando buques a Sailiner y Bestar, encontrando allí una tajada definitivamente mucho más sustanciosa. Eso lo llevó a hacer la misma movida en Captania, Navitrans y VELOS y lo demás ya es historia, porque ustedes lo saben de sobra.

—¿Qué sucederá ahora?

—Álvaro Labarca hijo queda removido de la plantilla de nuestro bufete apenas se haga oficial el delito. Una vez tengamos el veredicto, tendré que reunirme con la Junta Directiva para hacer el anuncio y buscar a un abogado entre nosotros que se haga cargo de la cartera que queda acéfala. Me parece que Anastasia Freitas es una buena candidata, aunque eso lo someteremos a consideración de los socios.

—No faltaba más.

—Labarca padre no estaba enterado de los movimientos de su hijo y está francamente muy deprimido. Se ausentará del bufete por un mes o un poco más. Necesita tiempo para superar esta estocada.

—¿Habrá algún tipo de sanción penal para su hijo? -Cáceres puso un gesto desalentador y Samay frunció el ceño.

—Me temo que sí, pero aún no tengo detalles, Doctora. Debemos esperar la resolución y entonces sabremos el rumbo que tomarán las cosas.

Samay y Vega se miraron de soslayo.

Itza tuvo razón. Abandonado el estado de incertidumbre y con un brillo distinto en la mirada, le había escrito el día anterior a Paco Uceda para presentarse como la hija de Maigualida Álvarez y contarle acerca del modo en el que encontró sus cartas entre las pertenencias de su madre luego de que ésta falleciera y ella quedara encargada de todas sus posesiones.

Esa mañana de lunes, sentada ante su laptop, revisaba la plataforma de *freelancers* a través de la cual se había postulado para algunos proyectos de *ghostwriter* (la misma donde, lastimosamente, había conocido un buen tiempo atrás a Rubén Pessoa) y vio con agrado que la estaban solicitando para un par de ellos; revisó con detenimiento las condiciones del proyecto, le escribió a los clientes para proponerles reuniones en las que pudieran conversar mejor acerca de lo que necesitaban y se reservó el derecho de decirles que una vez entonces tomaría la decisión de acompañarlos o no en la escritura, dependiendo de las características del manuscrito y del presupuesto final destinado para él. Había aprendido la lección. No estaba dispuesta a poner su

talento a disposición de cualquiera y no movería un dedo por una miseria. Justamente ahora estaba tranquila. No sólo conservaba algo de dinero de la corrección del libro de Itza, también tenía todo lo que obtuvo de la venta de los enseres de su madre y le habían pagado tan bien por el proyecto del Real Estate, que podía tomar decisiones con la mente despejada.

Estaba allí trazando sus límites sanos cuando el sonido de su Messenger llamó su atención. Olvidó por completo qué podía estar detrás de esa notificación y cuando fue hasta la pestaña de su navegador en el que estaba la aplicación de mensajería, se encontró con una respuesta de Paco Uceda:

¡Querida niña! ¡No imaginas la felicidad que me has dado! Mi corazón no puede detenerse un minuto en mi pecho, no son emociones para un hombre de mi edad y aún así me niego a sosegar. ¡Cristina! ¡Mi amada Cristina! ¡Qué emoción enorme saber que tu madre al menos me guardó la promesa y te dio el nombre que soñaba para ti!

¡Qué pena tan profunda sentí al saber de su fallecimiento! Debo confesar que me traes risas, pero también me traes lágrimas y una marejada de recuerdos con tu llegada a mi vida. Esta noche sé que no descansaré en paz, porque se vendrán sobre mí todas sus memorias, pero al menos me consolaré en el hecho de saber que mi niña más pequeña está bien y que tendré tiempo de sobra para saber más de ella.

¿Te molesta que te escriba? Hay tantas cosas que quiero, que necesito conocer de ti. Hay tantas cosas que de seguro tú querrás conocer de mí. Déjame saber cómo estás, mi dulce niña.

Recibe el más cálido de mis besos y todas mis bendiciones.

Vaya sorpresa. Por un momento y tras releer ese mensaje al menos dos o tres veces, sintió que cada línea llevaba una energía muy especial. Tenía gestos, palabras, atenciones que fácilmente le atribuirías a una persona con una sensibilidad excepcional y eso le atraía y la reconfortaba.

Cris reflexionó sobre esto, le hizo una captura de pantalla al mensaje en su laptop, fue a la aplicación web de WhatsApp y le pasó la imagen a Vega y a Itza, esta última sólo demoró un par de minutos en responder:

—Casualmente, acabo de terminar con un paciente que entró en un proceso muy profundo, me estaba refrescando y estabilizando un poco para continuar y me encuentro con que tu padre apareció -no sólo se había lavado la cara con agua, había hecho además una meditación breve de unos siete minutos para librarse un poco de las energías de esa terapia estremecedora-. Lo siento emotivo y sincero como en todas sus cartas, ¿qué opinas?

—Pues, me sorprende su sensibilidad, la verdad. Mi madre fue siempre tan dura, tan fría y él parece ser tan afectuoso y generoso en cada una de sus expresiones, que me desconcierta. Me atrae y a la vez me desconcierta.

—Me parece una sensación muy prometedora que además marca un camino muy especial de reconciliación con tu padre, ¿no te parece?

—Sí, indiscutiblemente -pensó por un par de segundos-, pero a pesar de su gentileza y calidez, debes ponerte en mi lugar. Mi madre con su amargura e indiferencia era más un padre maltratador que este hombre, que parece la reencarnación postmoderna de Oscar Wilde o de Rainer María Rilke.

—Pues tengo una teoría -sacó el Tank de su bolsillo y vio que le quedaban diez minutos para su próxima terapia-. Me parece que esa candidez tuya, esa transparencia, esa forma de regodearte en la vida a través de sus placeres sencillos y de la belleza de sus detalles, proviene de papá.

—¿Eso crees?

—Hay mucho de tu propia naturaleza también, ¿no? Pero creo que a tu padre le debemos mucho de tu sensibilidad.

—A juzgar por este mensaje, es evidente.

—¿Le responderás?

—Sí, claro. Su escrito me pareció precioso. Me genera confianza, me hace sentir en calma y me produce paz. ¡No hay motivos por los cuales no quiera responderle!

—¡Excelente! -Sonrió satisfecha de los avances de Cris-. Te tengo que dejar, pequeñuela. Tengo un paciente en cinco minutos. En un rato te escribo para saber de tus peripecias con el poeta valenciano.

—¡Besos!

Leyó de nuevo el texto que le había enviado su padre y se dispuso a responder, convencida de que era un buen día para llegar al fondo de aquella historia:

Buenas tardes, Paco.

Discúlpeme que le llame de esta manera, crecí con la idea de que no tenía un padre y no me acostumbro a esa figura. Será una bendición construir una relación con usted, aunque sólo podamos limitarnos a mensajes esporádicos, porque siento que la necesito y no sé por qué, pero intuyo que esa carencia no es sólo mía.

Entiendo por sus cartas que usted albergó por mí un afecto inmenso. Lo agradezco. Creo que parte de la energía benefactora de ese amor supo contenerme sin que yo siquiera imaginara que existía. No sé si mi madre respondió a su correspondencia, qué tanto le contó de mí, pero ambos tenemos algo que le hace falta al otro.

Yo quisiera conocer los detalles de la historia que usted conserva e imagino que querrá exactamente lo mismo con los míos. ¿No es verdad?

Volvió a ocuparse de sus quehaceres y entre conversar con los clientes que tenía pendiente, preparar su almuerzo y adelantar algunas cosas de la novela, se olvidó de Paco Uceda, que había vuelto a escribir, esta vez dejándole además la iniciativa de compartir con ella su número telefónico, para que tuviera la libertad de enviarle un texto o llamar en cualquier momento.

Eso le produjo un poco de vértigo. Se sentía mejor cuando sólo tenían de por medio la plataforma impersonal de Facebook. Saber que la otra mitad de su historia estaba ahora a una llamada de distancia era algo a lo que definitivamente tendría que acostumbrarse. Una vez estuviera preparada para tener una aproximación como esa, la tomaría, no sólo en beneficio de la novela que pensaba escribir, también en pro de su sanación pero, por ahora, únicamente se limitó a agradecer el gesto respondiendo al mensaje de aquel hombre por Messenger y asegurándole, con la misma cordialidad de los textos anteriores, que le escribiría luego para que él también tuviese la forma de comunicarse con ella.

Retomó la atención en sus deberes, considerando que uno de los clientes interesado en sus servicios le había pasado una estructura para que le enviara un presupuesto acorde con el proyecto, cuando Vega por fin apareció, sorprendida de leer aquellas nuevas líneas del padre de Cris:

—¡Vaya! ¡Por poco matas de un infarto a tu propio padre, Cris! ¿No te bastó con Maigualida?

—Ya empiezas con tus tonterías -dijo riendo-. ¿Qué opinas?

—Bastante coherente con sus cartas, te diré. Su forma de escribir no ha cambiado nada desde los ochenta.

—Me sorprende y me encanta que sea tan sensible...

—Supongo que ahora, además de poeta, es un hombre que se acerca a su madurez con un aire

melancólico. Me parece que es un personaje al que le sacarás mucho provecho en tu novela.

—Me dio su número de teléfono para que me comunicara con él directamente, pero de momento paso. Me desmayo si al sujeto le da por llamarme.

—Con esta historia hay que ir un paso a la vez -alzó la mirada y sus ojos se cruzaron con los de Samay saliendo de su despacho rumbo a la *kitchenette* en busca de algo de beber. Compartieron una sonrisa mínima, casi imperceptible. Todo lo que tenían que decirse lo hicieron con sus pupilas. La vio encaminarse por el pasillo y no le quitó los ojos de encima a su estampa hasta que la perdió de vista. Suspiró como lo haría una mujer que alberga emociones muy profundas-. Sí, es bonito que el sujeto te reciba con tanta algarabía, imagino que le llevaste una gran alegría, pero no deja de ser un desconocido y no es tan simple como abrirle la puerta de tu corazón y decirle a tu pasado que tome asiento para que te ponga al día en una sola tarde acerca de cosas que debiste procesar hace mucho.

—Sí, exacto. No quiero agobiarme. Iré paso a paso con esto, asimilando las cosas a mi manera.

No sabía decir con exactitud si Paco Uceda estaba dispuesto a darle ese espacio de reflexión que ella sentía que necesitaba, porque comenzó a notar, por las notificaciones de su teléfono, que su padre la saludaba cada día. No era muy proclive a usar Facebook. Hacía mucho que había abandonado la plataforma para migrar a otras alternativas; sin embargo, tener la app de Messenger en su dispositivo móvil le facilitaba las cosas cuando personas eventuales, como gente que estudió con ella en el colegio o la universidad, antiguos compañeros de trabajo u otros similares, la recordaban, especialmente el día de su cumpleaños, y le dejaban por allí algún mensajito con buenos deseos.

—Vaya... -susurró viendo la notificación en su dispositivo esa mañana de jueves. Justo en ese momento estaba preparando una propuesta de estructura para el proyecto de *ghostwriter* que le habían aprobado con un presupuesto más que razonable. Esta vez se trataba de una novela histórica, basada en la situación de una familia que vivía en la frontera colombo-venezolana. Era una historia dura al principio, pero reivindicadora. La verdad es que sus nuevos proyectos la estaban retando y eso le parecía maravilloso-. Resultó tecnológico el poeta.

Le pareció descortés ignorarlo y le respondió con calidez como lo había hecho los días anteriores. Notó que el sujeto volvía a compartirle su número de teléfono (contacto que ya había guardado en su dispositivo) recordándole que por esa vía podían hablar de un modo más personal y la escritora suspiró. Era evidente que el padre estaba ansioso por estrechar los lazos.

—Bueno... -reflexionó-, ¿qué tan grave puede ser que me escriba por WhatsApp o que me llame? Supongo que con rechazar la llamada tendré más que suficiente, ¿no?

Entonces, se decidió a enviarle un mensaje para que él tuviera su número a través de la otra aplicación: “Hola, Paco. ¿Cómo está? Le escribe Cristina. Este es mi número. Perdona que no le haya escrito antes, pero estaba un poco ocupada. Le mando un fuerte abrazo.”

—¡Mi Cristina! ¡Qué dicha poder hablar contigo, mi niña! He estado pensando mucho en ti, mi pequeña florecilla -Cris frunció el ceño, ¿no era así como le decía a su madre? Le parecía que sí-. En ti y en tu mamá. Cuéntame, por favor, ¿cómo ocurrió todo? ¿Cómo murió mi Maguita?

Cris inspiró. No estaba precisamente de ánimos como para eso, pero en su afán por no ser descortés, relató de la forma más resumida posible las circunstancias en las que había fallecido su madre. No quiso mencionar las estrecheces económicas por las que había pasado porque, a fin de cuentas, no estaba dispuesta a despertar en aquel extraño que era su padre compasión, mucho menos lástima. Como era de imaginarse, Paco Uceda se sorprendió, sintió mucho dolor por lo que la hija le refería y Cris se sorprendió al ver que el sujeto le preguntaba si necesitaba algo, si

estaba bien.

—Sí -dijo sin inmutarse-. Estoy bien. Le agradezco su preocupación.

Hace unos meses atrás, ¿qué le habría respondido? Probablemente lo mismo. No estaba allí por el dinero, estaba allí por la otra parte de la historia que le correspondía y que sentía suya. Entonces decidió que si iba a dedicar parte de su tiempo en ponerse al día con el padre, lo menos que debía saber era detalles como la forma en la que él se involucró con su madre, si ella respondió o no a sus cartas, qué fue de su vida luego que decidió volver a España definitivamente a hacerse cargo de Lorena y de Gonzalo.

En ese preciso instante comenzó la generosa narración de Paco Uceda, con el privilegio de que, además, el sujeto tenía un uso de las palabras exquisito. Le contó que su padre era el dueño de un bar en Elche al que le iba muy bien. Era un negocio familiar próspero y prometedor. Décadas antes de que él decidiera ir a probar suerte a Venezuela, se había ido su tío. El sujeto había llegado a América a finales de los cincuenta y trabajaba como vendedor de calzados, distribuyendo mercancía a grandes cadenas de zapaterías. Comenzó desde muy abajo y poco a poco reunió capital suficiente que le permitió tener un almacén y una pequeña flota de camiones. Al menos unas cinco o seis unidades.

Las cosas para su tío marchaban muy bien y un día, estando Paco Uceda casado con Marta, le ofreció venir al otro lado del Atlántico a ayudarlo. No se fue por el dinero, se fue por la aventura, por el deseo de vivir nuevas experiencias y de conocer otros lugares, por el afán de salir de la sempiterna zona de confort y del núcleo familiar. Inicialmente, quiso llevarse a su esposa consigo, pero ella se rehusó a seguirle los pasos, anhelando que las cosas no le fueran tan bien o que simplemente se tratara de una tontería que, con un poco de suerte, se pasaría al cabo de unos meses.

Paco llegó a Caracas con el propósito de ayudar a su tío y de inmediato le asignaron uno de los camiones, así como el traslado de mercancía a una cadena específica de tiendas. Fue así, recogiendo calzado en las fábricas y trasladándolo a los locales asignados como conoció a Maigualida Álvarez. Fue interesante ver cómo aquel hombre pasó a describir a una mujer que Cris desconocía por completo.

Le habló de una Maigualida Álvarez humilde y risueña que trabajaba como obrera en una de las fábricas a las que solía ir, en el oeste de la ciudad. Su labor consistía en coser calzados dentro de la cadena de producción, dejando la pieza lista para la colocación de la suela o del tacón, conforme fuese el caso. Él, que sólo era un modesto conductor apuesto, encargado de recoger la mercancía asignada y asegurarse de que llegase a su destino, intercambió miradas con ella en múltiples ocasiones y se enamoraron de la convergencia de sus ojos y de las sonrisas que se intercambiaban cada vez que tenían la dicha de contemplarse.

Paco Uceda le confesó a Cris en su extensa narración que comenzó a escribir cartas para ella desde que estaba en Caracas. Desvelado en sus amores, sentado en una mesita desvencijada de madera que estaba en la habitación que su tío le había asignado en casa, escribía notas extensas y hermosas como resultado de las sensaciones asociadas a los avistamientos de la belleza y la candidez de la joven trabajadora y cada vez que iba a la fábrica a cumplir su labor, se aseguraba de que alguien de allí dentro le entregara sus misivas.

Le refirió de un modo precioso la primera vez que Maigualida tuvo en sus manos una nota suya. Él, para asegurarse de que no le tomaran el pelo, siguió de cerca cada uno de los pasos del jovencito que se había ofrecido a ser su mensajero a través de las portezuelas basculantes que dividían el área de producción de la zona de despacho. Sentada ante su máquina de coser habitual, con su cabello recogido con un moño y una redecilla sobre su cabeza, la chica ponía

toda su atención en enhebrar la aguja, cuando el elegido para llevarle las palabras que ardorosamente Paco Uceda había plasmado en el papel se paró a sus espaldas, la tocó con suavidad por el hombro, le entregó el papel con disimulo y ella, componiendo un gesto de rareza inicialmente tuvo la intención de rechazarlo; pero, insistente, vio a través de las mímicas (pues desde donde estaba no podía escuchar nada debido a la distancia y al ruido propio de las máquinas de la sala de confección) cómo el chico se aseguraba de que lo conservara. Ella lo examinó superficialmente y cuándo le preguntó extrañada al jovencito quién le había enviado aquello, él sólo se limitó a señalar hacia la puerta y allí, a través de los cristales más bien polvorientos vio la sonrisa encantadora de su poeta obnubilado y nomás de reconocerlo se llevó la carta al pecho, la atesoró por breves segundos contra él y se guardó el papel en su delantal industrial, decidida a leerlo apenas tuviera algo de tiempo.

Se trató de la primera de muchas notas. Al principio fueron unidireccionales, hasta que llegó el día en el que ella también tomó la iniciativa de responder y el chico celestino que les estaba sirviendo a ambos de heraldo de un amor que se construye con miradas y sonrisas a la distancia, puso en manos de Paco una respuesta que no esperaba pero que se lo antojó ansiada.

Lo que ocurrió a continuación es que muy pronto los gestos en la lejanía, en medio de una enorme sala de una fábrica de calzado, comenzaron a mutar en encuentros esporádicos en zonas cercanas, como cafés, heladerías o plazas y conforme comenzaron a decirse a la cara las cosas que ya se habían manifestado en cartas, el amor creció inevitablemente y, con él, el deseo. El poeta, como bien lo llamaban Vega e Itza, fue enfático al asegurarle a Cris que jamás irrespetó a su madre. Salvo tomar sus manos y besarlas con ardor, salvo plasmar sus más vívidas confesiones en cartas, su afinidad por ella se construía de una manera sublime y metafórica, especialmente porque siempre soñó tener algo más que ofrecerle que un corazón rasgado por los compromisos que sabía de sobra que le esperaban en España.

Llegada la fecha del nacimiento de Lorena, no tuvo más remedio que volver al viejo continente a encargarse de sus obligaciones y sí, Maigualida vaya que respondió a algunas de sus cartas, hasta que Paco decidió, con el nacimiento de Gonzalo, su segundo hijo, seguir su impulso y regresar a Venezuela, esta vez de un modo definitivo para quedarse con la mujer que amaba de corazón y no con aquella que la familia prácticamente le había impuesto desde que era muy joven. Al principio, vivieron un idilio precioso, pero la fantasía se empañó con la enfermedad de Marta y una vez él le comunicó a su amada que no podría regresar, no recibió una sola palabra más de Maigualida y la dio por perdida.

Le aseguró, conmovido como nunca, aunque Cris no pudiese ser testigo de sus emociones, que regresó a Caracas en dos oportunidades más, pero ya había perdido por entero la pista de Maigualida y, como si la tierra se la hubiese tragado, no supo de qué forma encontrarla. Lo habría dado todo por verla, por saber si su hijo con ella había nacido, si estaban bien, pero su Maguita había dispuesto que se perdieran la pista y él, deprimido e impotente, no pudo hacer nada para cambiar eso.

Cris estaba perpleja y sin ánimos de ser una ilusa, mucho menos una soñadora, apostó por la sinceridad de los sentimientos y las palabras de su padre; conmovida, sintiendo que aquel hombre había tenido la gentileza de darle mucho más de lo que esperaba, le agradeció por devolverle esa otra mitad de su historia. Ahora ella estaba en deuda con él, pero no la saldaría ese día: le había prometido a Paco Uceda que le contaría de su vida, de su infancia y adolescencia, cómo fue crecer junto a mamá.

—¿Qué haré? -Le preguntó a Itza en una videollamada luego de limpiarse la cara tras llorar-. ¿Le diré a ese hombre que su Maguita se convirtió en un monstruo y que desató toda su

frustración en mí? ¿O lo dejaré que muera conservando la imagen de esa chica maravillosa y tierna que conoció sentada detrás de una máquina de coser calzado en cualquier rincón de Catia?

La psicóloga se tomó la pregunta muy en serio y pensó por varios segundos.

—Depende de lo que tú quieras hacer con eso, mi Cristina -se miraron a los ojos. La escritora se preguntó por un segundo si había escuchado bien lo que Itza acababa de decir. ¿Se burlaba del poeta? Imposible. Ella no era así, eso es algo que Vega haría sin dudar, pero Itza Arbe jamás-. Hazte esa pregunta: si le confieras lo primero, ¿a dónde quieres llegar con eso? Si le haces creer que su Maigualida continuó siendo una figura angelical, ¿cuál es el propósito de esa historia? - Vio a Cris adoptar un gesto muy serio y meditabundo, parecía olvidarse del posesivo que había usado antes-. Si vas a seguir relacionándote con él, si hablarán con frecuencia...

—Quiere llamarme -le aseguró-. Quiere escuchar mi voz, verme. Le dije que lo podíamos dejar para el fin de semana, en un momento en el que estuviera libre.

—Bien, si después de esa videollamada descubres que tu padre es una persona excepcional que simplemente tomó malas decisiones, ¿qué harás? ¿Vivirás fingiendo que tu madre fue una santa por veinte o treinta años más?

—No debería.

—Entonces, aunque te duela mucho sacarlo de su idilio y atentar contra la figura idealizada que le quedó de tu madre, vas a tener que hablarle con honestidad. Piensa que, en parte, la frustración de Maigualida es su responsabilidad. Sí, ella tenía en sus manos la decisión de ver qué demonios iba a hacer con eso, cómo lo iba a manejar y... ya sabes que el camino que escogió no fue precisamente el más edificante. Fue perjudicial para ella y perjudicial para ti y la persona que ocasionó esa herida fue Paco Uceda. Me parece que debería conocer, al menos, la consecuencia de sus acciones.

—Si se trata de que todos aprendamos algo de esto...

—Como debe ser, ¿no?

Cris alzó la vista y le sonrió.

—Esto no es terapia, ¿verdad?

Itza se echó a reír.

—No, es acompañamiento constructivo.

Creyó que ya habían hablado suficiente de ella por esa tarde y decidió enfocarse en cosas igual de importantes: al día siguiente, la psicóloga tendría su primer conversatorio para presentar su libro.

—¿Cómo te sientes? ¿Estás nerviosa?

—No -reconoció con serenidad-. Hubo una época de mi vida en la que tuve que hablar en público muchas veces y viajar con frecuencia para asistir a charlas y simposios. Aún ahora, he participado en varios, aunque no con la asiduidad de antes. Estoy acostumbrada.

—Vaya... -Le fascinó su seguridad. Estaba convencida de que ella no podría ponerse de pie ante un auditorio ni que quisiera-. Mañana me conectaré al *live* para verte y enviarte mis mejores deseos.

—Gracias -le sonrió con dulzura-. Dime una cosa, ¿retomarás tu novela con toda la información que te compartió Paco?

—Por ahora no. Tengo suficiente trabajo con mi proyecto actual, pero en un mes, cuando lo entregue, pondré manos a la obra. Se me están ocurriendo ideas encantadoras.

—¿Sí? -Se entusiasmó-. ¿Cómo cuáles?

—No sé, plasmar todo ese imaginario de las fábricas de calzado... La vida en el oeste de la ciudad, los inmigrantes que vivieron o trabajaron en él...

—Que no fueron pocos.

—No, no, desde luego que no -suspiró-. Cuando tenga un poco más de confianza con Paco lo entrevistaré y le haré un homenaje a su historia de amor con esa niña maravillosa que fue mi madre y que nunca conocí. Creo que es una forma bonita de honrar a los míos -alzó sus ojos hermosos y miró a Itza que la contemplaba orgullosa y conmovida-. Y de sanar.

Especialmente de sanar.

Capítulo XXV

“Ponte algo presentable y después no digas que no te lo advertí”.

Leyó el mensaje unas tres veces y alzó la mirada de la pantalla de su teléfono confundida. ¿Y ahora? ¿Qué se traía Vega con eso? Una vez allí, en la aplicación de WhatsApp que había estado ignorando toda la tarde para poder avanzar en su nuevo proyecto, vio que Lara de nuevo le había escrito. Resopló indignada. Tenía días sin hacerlo y por lo visto otra vez volvía a las andadas. Abrió el mensaje sólo para deshacerse de la notificación y notó que le enviaba una *selfie* con otra chica y que acompañaba la instantánea con un texto breve: “Mi nueva novia. Esto sí es una mujer. Jódete, infeliz”.

Rio divertida ante la nueva pareja y el mensaje que la acompañaba.

—Ay, niña... Si tú supieras...

Y no resistió la tentación de abrir su conversación con Itza para ver de nuevo la foto de su perfil. La había sustituido por un retrato que obtuvo de su sesión fotográfica. Se quedó allí, como en trance, pero nomás de recordar el mensaje de Vega, corrió a cambiarse de ropa, sabrá Dios para qué.

Unos veinte minutos más tarde la puerta del departamento se abrió y Vega entró seguida de Samay, quien reparó en el lugar y le encantó. No era tan glamoroso como su departamento pero tenía algo que al suyo le faltaba en cada rincón: calor de hogar.

—¿Te gusta? -le preguntó risueña mientras notaba cómo la consumían las ganas de curiosear.

—¡Me fascina! -lo dijo con absoluta sinceridad y Vega lo notó en sus ojos y en su sonrisa-. ¡Es precioso! ¡Se parece tanto a ti! -Volteó a verla, ávida-. ¿Me haces el recorrido?

—Sí, claro... -En ese momento vio a Cris asomar la cabeza por el pasillo y con un gesto de su mano la llamó para que se les uniera-. Ven aquí, que quiero que conozcas a alguien -tomó a Samay de la mano y una vez la escritora estuvo ante ellas, las presentó-. Mi mejor amiga de la que tanto te he hablado. Tenemos algunos meses viviendo juntas. Es la tía de Ezequiel.

—¡Samay! -Nomás le vio la estampa supo que se trataba de la abogadísima-. ¡Qué gusto conocerte! -Agradeció enormemente para sus adentros que Vega le aconsejara ponerse presentable, porque estrechar la mano de esa mujer en pijama, medias de rombos y pantuflas era el acabose. No sabía mucho de moda, pero supuso que lo que llevaba puesto no sería de menor calidad que una pieza de Prada y el punto de luz en su cuello seguro era algún accesorio súper elegante de Bvlgari u otra firma similar.

Hablaron algunos minutos de vaguedades y una vez cubiertos los protocolos, Vega le cumplió la petición a Samay de mostrarle el departamento, paseándola por la recámara de Ezequiel y finalmente la suya. Cerró la puerta con suavidad y la abogada, una vez supo que estaban a solas la rodeó con sus brazos y le sonrió fascinándola.

—No me dirás que aquí también hay cámaras por todos lados, ¿verdad?

—No, pero mi querida Cris anda merodeando en su recámara.

—¿Y? -Le rozó la nariz con la suya-. Me parece que es una mujer adulta capaz de comprender ciertas cosas -miró a su alrededor y le pareció que la habitación era de muy buen gusto-. Casi te propongo que nos quedemos aquí todo el fin de semana. Me gusta más tu casa que la mía.

—Sería encantador de no ser porque no tendremos la privacidad que me gustaría -frunció los labios con desazón-. Quizás el próximo fin de semana, o el siguiente, pero... ¿Nuestro primer tiempo a solas y lo tendremos con mi mejor amiga compartiendo departamento con nosotras? -Le rozó la nariz con la punta de su dedo haciéndola reír: No. No suena nada divertido.

—Tú mandas -besó su cuello con la suavidad que la caracterizaba.

—Eso... -susurró hundiendo sus dedos en su cabello-. Me parece justo que tú lleves las riendas en el bufete y yo en casa.

—Honestamente -comenzó a besarla despacio-, yo creo que es evidente quién lleva los hilos de la situación en todo momento.

—¿Qué dices? -musitó perdiéndose cada vez más en sus labios y en esa forma sublime y adictiva que tenía de hacerla sentir-. Yo sólo soy una mujer enamorada...

Pero le fue imposible continuar porque Samay secuestró su boca para deleite y dicha de ambas. Se besaron por minutos, olvidando prácticamente por qué estaban ahí o, más aún: dónde estaban, hasta que Vega recapacitó y retomó el foco. Se apartó con suavidad de Samay, que la contemplaba ahora sentada en el borde de la cama y se dispuso a buscar algo de ropa que pudiera llevar consigo para el fin de semana, lo metió en un bolso de mano pequeño y adicionalmente buscó algo ligero para cambiarse y deshacerse así del traje corporativo que había llevado ese día. Se encaminó al baño para desvestirse y la abogada, anticipándose a sus intenciones la invitó a quedarse, prometiendo además que cerraría los ojos.

—No la conozco como mujer de falacias, Doctora -comentó encimándose sobre ella, que le sonreía con perversidad.

—Tienes mi palabra -dijo alzando su diestra en señal de juramento.

—Bien. Si insiste, le daré un voto de confianza -volvió a besarla con una pasión que prometía volverse incontenible de un momento a otro y apartándose de ella muy a su pesar, se dispuso a desnudarse.

Vega se dio la vuelta y tuvo que reconocer que la idea de despojarse de la ropa con Samay allí, posiblemente cumpliendo su palabra, posiblemente no, la hizo sentir deliciosamente vulnerable. De pie ante el closet, se quitó los zapatos, los hizo a un lado y procedió a dejar caer por sus hombros el blazer que colgó segundos después en una percha. Continuó desabotonando su camisa de seda y una vez la tuvo completamente abierta, fue hasta sus puños para desajustarlos y prescindir de ella como había ocurrido con la prenda anterior. Cuando echó sus manos hacia atrás para bajar la cremallera de su falda tropezó con los dedos suaves y delicados de Samay que ya estaban allí para asistirle. Se recostó por completo de su espalda y le habló en la antesala del oído:

—¿Me permite que la ayude?

—¿No se supone que me había dado su palabra?

—Soy una mujer débil -para muestra de su fragilidad el suave mordisco que dejó en su hombro mientras sus manos, precisas, abrían la cremallera, se colaban por debajo de la tela de la falda, se soldaban a la piel de su vientre y la halaban un poco contra sí. Vega gimió en un tono casi imperceptible. De verdad reconocería su mérito si salía airosa de aquella emboscada.

Samay continuó acariciándola, esta vez bajando por sus piernas con sus manos y subiendo por su cuello con sus labios. Ella también se habría hecho dueña y señora de toda la situación de no ser porque el sonido del teléfono móvil de Cris en la habitación de al lado las hizo recapacitar.

—Te lo dije -susurró Vega con voz ronca y aleccionadora-. No es lo mismo si tuviéramos absoluta privacidad.

—Bueno -musitó con un dejo de desilusión. Igual ya la tenía entre sus brazos sólo en ropa íntima y ese adelanto al fin de semana no lo iba a desperdiciar.

La hizo girar entre sus brazos, la miró a los ojos, se aseguró de pasear por todo su cuerpo con la palma de sus manos sin escatimar en uno solo de sus rincones y contra sus labios estrelló una exhalación de frenesí acompañada con una declaración de amor que fue resultado de sus más

hondas emociones:

—Te amo, Vega -sintió cómo lo susurraba sobre su sonrisa de dicha y se la besó una y otra vez-. Besarte la sonrisa siempre fue como escuchar a mi alma reír contigo, como robarle años a la vida, felicidad al destino -volvieron a besarse e hicieron de la parcial desnudez de Vega una promesa que las llevó a la premura por salir de allí y hacerse una con el compromiso de entregarse-. Quería llevarte a cenar -le aseguró Samay retrocediendo mientras, hipnotizada, la contemplaba vestirse con un estilo más deportivo-, pero algo me dice que hoy ordenaremos una pizza.

Vega rio.

—¿Así que no saldremos de tu departamento en todo el fin de semana?

—No -le aseguró sin titubear-. Dudo que mi antojo de ti se sacie en una noche.

—Un deseo plenamente compartido, te lo aseguro -se reclinó sobre ella, una vez terminó de vestirse y la hizo caer tendida sobre su cama donde la degustó mediante besos perpetuos.

—¿De verdad te molesta tanto el teléfono de Cris? -casi rogó, apremiante-. Yo prácticamente podría olvidar que está aquí -volvió a besarla para dejarle saber acerca de sus urgencias.

—Vámonos -le ordenó-, porque una vez que esto comience, no me voy a detener y eso lo puedes dar por hecho.

Salieron de la habitación y escucharon la voz de Cris en la cocina, parecía hablar por teléfono. Vega imaginó que se trataba de la psicóloga. Se asomaron a esa habitación y la escritora las miró de soslayo mientras se preparaba un té.

—Nos vamos -susurró Vega para no interrumpirla y ella cabeceó un sí para darse por enterada-. Ezequiel está con mis padres y yo no regreso hasta el domingo. No te vuelvas muy salvaje por aquí, ¿eh?

La amiga rio suavemente, le hizo un gesto de pulgar arriba y se retiraron.

La actividad más salvaje que podía encontrar Cris para hacer ese fin de semana, completamente sola en el departamento de Vega, consistía en ver el *live* del segundo conversatorio de Itza en Carolina del Norte.

Era tan bella. No sabía exactamente quién se había hecho cargo de coordinar la transmisión, pero el teléfono desde el cual se estaba haciendo la conexión permanecía estático a un costado, permitiendo ver el perfil de la psicóloga, cómo presentaba con absoluta claridad, convicción y coherencia su proyecto y de qué manera respondía con calidez única a las preguntas del público. Por un instante, Cris se percató de un detalle que no había visto hasta ahora: ¿por qué presentar en español un libro en una ciudad como Carolina del Norte? Era evidente, de sólo escuchar a las personas que intervenían en el conversatorio, que se trataba de hispanoparlantes, pero, ¿no habían considerado publicar *Conversaciones para otra vida* en inglés? Se propuso sugerirlo.

La actividad duró un poco más de una hora y, apenas finalizó, dos minutos más tarde ya tenía un mensaje de Itza en su WhatsApp:

—Y bien... ¿Qué te pareció?

Cris rio como una tonta emocionada. Se sintió importante al notar que la primera persona con la que Itza se comunicaba luego de su actividad era con ella.

—¡Me encantó! Pero... ¿no se supone que justo ahora te debes a tu público?

—Sí, sí. Pero quería saber tu opinión. Hablamos después, ¿te parece?

—¡Claro!

Se distrajo con su nuevo proyecto un par de horas. Allí, mientras escribía, a su vez pensaba en lo que Vega le había dicho acerca de considerar los indicios de interés que le estaba dando Itza. Que ella sea la primera persona en la que haya pensado al terminar su conversatorio y, más aún,

le escribiera, era una prueba más que buena de que se trataba de alguien importante en su vida, ¿no es cierto? Imaginó que en ese encuentro también podían estar los padres de la psicóloga, sus suegros, amigos o colegas. No la imaginó como una mujer necesariamente sola o desamparada, tal vez no tan sola como lo estuvo o como decidió estarlo cuando ocurrió lo de Beatriz, pero...

—Ah... -susurró tomándose la frente con los dedos y haciendo a un lado la laptop-. Ya me estoy haciendo un lío otra vez.

Sí, hacía ya varias semanas que se le ponía el mundo y los sentimientos de cabeza nomás de recordar a la psicóloga. Si alguna vez se tildó de tonta por siquiera pensar que alguien de su perfil podía llegar al corazón de una mujer así, ahora que todos los indicios parecían apuntar a su favor se sentía más ansiosa cada vez.

En efecto, era como sentirse igual de tonta, sólo que su tontería tenía ahora un nuevo enfoque, uno al menos más intenso. Buscó la foto que Itza le había regalado, la miró por minutos y sonriendo entendió que su intención de colgarse de la frente y del corazón el cartel de “No disponible” había fracasado.

—O quizás la razón por la que siento que estoy “Fuera de servicio” es porque tengo todos mis sentidos en que algo pase con la psicóloga. La pregunta es: ¿Qué?

Al final del día, el objeto de su afecto estaba del otro lado del continente y esa era una limitante difícil de salvar para una persona como Cris. Suspiró desanimada y en ese instante recibió una llamada de la psicóloga. Al ver que le pedía conexión por video, supuso que ya estaba de regreso en casa y no se equivocó.

—¡Hola! -Itza parecía risueña. Le encantó verla así. Nunca lo había considerado hasta ese instante, pero le resultaba difícil y devastador imaginar a una mujer de su energía pasando por lo que algún día pasó. ¿O sería precisamente vivir aquéllo lo que la transformó en la persona radiante que era ahora? Tenía todo el sentido-. ¡Ya eres oficialmente mi fan! -Hizo reír a la escritora.

—Sí, la fan que va a todos los conciertos. Aunque eso no es nuevo, Itza. Sabes que soy tu fan desde que leí tu libro.

—Es cierto. Lo había olvidado -la miró con dulzura-. Me encanta que seas mi fan.

Cris se quedó muda por un par de segundos. ¿Sería Beatriz su fan también? ¡Qué idea estúpida! ¡Qué empeño en echarse siempre la partida para atrás con esos pensamientos idiotas que se le venían a su dura cabezota!

—Para mí es todo un honor -se zafó como pudo de su malestar-. Créeme que si estuviera allá, contigo, sería la fan que te lleva la caja con los libros, la que saca la pancarta y grita al final de cada conversatorio... la que siempre querría tener una *selfie* a tu lado...

Y ya está, bastaba eso para que una sombra de tristeza le nublara la mirada y la psicóloga lo notara al instante.

—¡Hey! -Se preocupó al identificar su tristeza-. ¿Por qué lo dices así?

—No me hagas caso, Itza. Hoy he estado un poco nostálgica, me parece que las conversaciones con Paco Uceda me tienen el ánimo revuelto -mintió y la psicóloga no lo pasó por alto, aunque no lo dijo, sólo se limitó a entrecerrar un poco sus ojos-. Para mayor desgracia, mañana quedé con él. Tendremos esa videollamada que me pidió y eso me pone un poco nerviosa -en esto fue franca y la psicóloga también lo notó.

—¿Qué te preocupa?

—Lo de siempre: no ser suficiente -inspiró, desolada e Itza arqueó la ceja con suavidad-. ¿Y si no le caigo bien y si le parezco tonta y si se decepcionada de mí?

—Curioso. Hasta hace unos días te daba igual ese hombre -se cruzó de brazos y se recostó en

su sofá-. Tan igual, que en momentos conmovedores en los que él había sido muy emocional y expresivo, tú parecías tomarte todo con frialdad.

—¿Quizás me estaba protegiendo! Tal vez era más fácil fingir que no me importaba para no resultar herida.

—Tu apego evitativo.

—Posiblemente. Pero ahora que decidí tener una relación con él, que me escribe casi a diario para saber de mí, que me cuenta las cosas que va recordando de su relación con mamá, el temor de no ser suficiente es más fuerte.

—¿Suficiente con respecto a qué o a quién?

—Lorena. Tal vez Gonzalo.

—No te compares. No te compares y deja que tu papá se forje la idea que quiera de ti.

—Pues eso me hace sentir vértigo, porque en tus propias palabras, Itza Arbe, la visión de otros sobre nosotros complementa un poco nuestra identidad o la creencia que tenemos de ella y en esta ocasión no estamos hablando del señor del kiosco de las flores, estamos hablando de mi padre. ¡Mi padre!

—El mismo padre que se encontrará con la mujer increíble que eres -Cris la miró perpleja-. El mismo padre que no podrá dar crédito a tus palabras cuando sepa que tu madre lo único que hizo fue maltratarte y aún así tú hiciste y haces todo lo que una persona responsable tiene que hacer para convertirse en una mujer maravillosa. ¿Sabes qué? Me gustaría prestarte mis ojos tan sólo por un momento para que entiendas y sepas todo lo que yo en ti veo... -Itza se enajenó y Cris no hizo más que mirarla asombrada-. ¿Crees que es casual o injustificado que desde que te vi por primera vez no he hecho otra cosa que tratar de estar contigo, saber más de ti, llegar al fondo de todo lo que te pasa?

—Lo haces por vocación, Itza -balbuceó y la psicóloga resopló indignada-. Lo haces para ayudarme como lo harías con cualquiera de tus pacientes.

—¡Tú no eres mi paciente, Cris! -se lo dijo con pasión, ligeramente enojada y la chica se sonrojó-. ¡Yo no soy tu terapeuta! Y me gustaría aclararte algo, pequeña, yo no tengo precisamente complejo de salvadora. Nunca lo he tenido -se alzó de hombros-. En todo caso, Beatriz sí que lo tuvo. En todo caso, fui yo la que me aferré a ella, a su energía, por años, tratando de tomar de esa mujer un poco de su luz y lo entendí transitando mi purgatorio personal, por lo que no, no es mi responsabilidad salvar a nadie; es mi responsabilidad dar a otros las herramientas que necesitan para que se salven, pero no voy a ir a rescatarte y te lo dice alguien que sabe muy bien que cuando, estás hundido hasta el cuello, el único que puede sacarte del fango de un modo definitivo eres tú mismo.

—Lo siento -se sintió muy avergonzada. Sentía que había hecho enojar a Itza, esta vez en serio. Nunca la había visto así-. Lo siento mucho, hoy me estoy comportando como una tonta.

—Cristina... Mi Cristina... -De nuevo ese posesivo, acompañado de una expresión divina. Ya no podía estarse burlando de Paco Uceda-. Entiendo que tengas inseguridades, ¿quién está a salvo de eso? Yo misma las tengo, ¿o es que acaso no pasé un día súper convulsionado el sábado por el sueño del que te hablé y su desenlace? -Cris aún ignoraba ese detalle y le avivó la curiosidad escucharla hablar así-. Yo tampoco tengo todas las respuestas y creo que si las tuviera la existencia material sería aburridísima. Lo que quiero que entiendas, mi querida Cristina, es que lo importante es comprometerse con la idea de ser mejor, ¡con la responsabilidad de ser mejor! La consciencia oscila y definitivamente tenemos días mejores que otros, el secreto está en ser paciente y compasivo contigo -Cris estuvo a punto de intervenir, pero la detuvo-. ¡Y no! ¡No quieras estar dentro de mi cabeza o dentro de mi corazón para tratar de adivinar de qué forma te

estoy construyendo en mi imaginario o cómo te estoy viviendo cada día! Tú no puedes estar dentro de mí para verte como te veo o para sentirte como te siento, pero tienes que confiar en mí. Si veo a una mujer maravillosa, entonces dalo por hecho. Si estoy aquí porque cada día elijo cada vez más tu compañía y no la de otros, puedes tener por seguro que por algo será -la escritora se quedó sin palabras-. Ya no estoy tan sola como aquella vez y puedo decidir con quién pasar mi tiempo, con quién compartir mis días y... -la miró profundamente, sintió que se turbó, pero continuó adelante con lo que tenía que decirle-: y me estoy decidiendo por ti.

Llegaron justo a tiempo al departamento de Samay. La puntualidad no sólo estuvo de la mano con sus incontenibles deseos, también con la lluvia que había comenzado a caer sobre Caracas. La abogada ni supo dónde había dejado sus cosas tras cerrar la puerta a sus espaldas, sólo tuvo atención para Vega, risueña y encantadora abriéndole los brazos para tomarla entre ellos. Se colgó de su cuello mientras la mujer de ojos jade y cabello oscuro la rodeaba por la cintura y se rozaron los labios, las sonrisas, como boceto de un beso.

—Acabo de recordar esa noche...

—¿Sí? -Samay se perdió en sus ojos convencida de que no quería volver de ese extravío.

—Sí. Recuerdo que aunque estábamos tan apremiantes como hoy, siempre supimos conservar la calma y que nos hicimos el amor tan despacio, con un erotismo tan sofocante, que después de esa noche sobrescribiste en mí todos los códigos para amar y ya no me apetecieron de ninguna otra manera.

—Fue una energía compartida, me parece, porque para mí no volvió a ser igual. Nunca sentí por ninguna otra la urgencia que siento de ti. Nunca estuve tan interesada en dejar la vida en una caricia o entregar mi alma en un beso como me pasó contigo; como me pasa contigo -la abrazó con más fuerza y aunque se juró que esa noche una vez estuvieran a solas lo arroparía todo con la contundencia con la que lo haría una ola colosal, no, fue como la lluvia.

Fueron llovizna.

Una llovizna que se estaba manifestando en besos sutiles, como lo hacían las ligeras gotas que caían sobre el cristal de la pequeña terraza de ese departamento, haciendo sonidos leves, esporádicos o tintineantes. Así mismo sus labios, la piel de su rostro, la piel de sus manos, la sensación del cabello que se enredaba en sus dedos, los aromas que las estaban rodeando y que recordaron bastante bien, se comenzaron a manifestar con una sutileza maravillosa. No deja menos huella una gota por ser pequeña.

Como la llovizna, que se estrella sin querer sobre una superficie y luego se disuelve en ella dejando un rastro sutil de humedad, así mismo se estaban precipitando una sobre la otra, valiéndose de sus dedos, de sus manos, de sus labios tan rojos para escurrirse por un cuerpo añorado en el que querían convertirse en impronta.

En un momento como ese, donde parecían danzar al ritmo que les imponía su propia pasión y su deseo por dilatar lo inevitable, se consideraron afortunadas y no en vano, porque la vida puso sobre sus mesas una alternativa que nunca imaginaron, que nunca creyeron posible, pero que ahora que podían tomarla, las hacía sentir consagradas. ¿Qué podía salir mal luego de esa noche? Se les antojaba que nada. Nada podía ser un desacierto cuando todas las cartas estaban sobre la mesa con un veredicto de afinidad, amor, lealtad y completo compromiso.

Vega se entregó sin temores, esta vez con la tranquilidad que le producía saber que no era una ladrona furtiva que saca de los anaqueles del destino un tomo increíble para hacerlo parte de su vida. Esa noche supo, entre los brazos de Samay, sobre sus labios, con el frenesí que le producía saber que la estaba despojando de la ropa despacio, muy despacio, que la historia que tomó años atrás siempre llevó su nombre y que las cosas tuvieron que ocurrir de ese modo y no de otro para

colocar a todos los protagonistas de esa anécdota en la posición del tablero que le correspondía tomar y asumir para su propio viaje. Ya la intuición de Samay había apuntado hacia la posibilidad de que ese amor se tornara más maduro y no podía ser de otra manera, cuando encontrándose en un lugar similar, en otro momento del tiempo, ser dueñas y señoras de sus propias verdades, de sus propias circunstancias, las ayudó a decidir no sólo desde el sentimiento, también desde la responsabilidad.

La llovizna, que había sido cauta, comenzó a cobrar cuerpo y las gotas, antes esporádicas y sublimes, iniciaron una precipitación más densa, al igual que contundente. Sería metáfora de lo que ocurría más allá de esos cristales que se humedecían, en un rincón de esa ciudad donde el agua proveniente del firmamento iba describiendo sombras en las paredes de los edificios, en las superficies de asfalto o de concreto. Entender que la piel, cada vez más expuesta como resultado de la ausencia de las piezas de vestir que antes las cubrieron, se estaba expresando en sus propios códigos, traducidos en relieves, calor, roces y una amalgama fascinante de sensaciones, las empujó a enajenarse sobre la cama.

Ahora que sus sentimientos no tenían dónde esconderse, mucho menos sus ganas, no les quedaba más remedio que recurrir a sus cuerpos materiales para hacer valer su amor. Si cada una exigía de la otra una prueba fidedigna de la expresión tangible de sus emociones, ese compromiso de amarse sin pudor y sin reservas que estaban asumiendo en compañía de la lluvia, como uno de los tantos testigos silentes de aquella entrega, era un viaje ideal y fantástico que no deseaban que llegara a su final. Pero contener el merecido desenlace es igual que pararse debajo de esa lluvia que comenzaba a tomar matices de torrencial, abrir las manos en dirección al cielo y aspirar a contener en tus palmas toda la tormenta que tiene para entregarte el universo. ¿Cómo conformarse cuando los cuerpos no son suficientes para decir todo lo que un amor tiene por contarse? Asunto complicado.

La lluvia, primero sutil, ahora vigorosa, trajo consigo no sólo humedad, charcos que ahora empapaban cualquier superficie en la que pudieran concentrarse, también viento. Un viento que cantaba una melodía ronca, abrumadora, tomando como instrumentos para expresarse las ramas y hojas de los árboles, a merced de su aliento. Las vocalizaciones del elemento hacían coro con sus gemidos y exhalaciones; eran, como ocurría allá afuera en las calles impregnadas de agua, sonidos estremecedores. ¿De qué les valía llegado un momento así conservar la calma o postergar el desenlace? Parecía una necedad ahora que habían perdido por completo la razón y como la centella que rasgó al cielo, al viento, abriéndose paso entre la lluvia, iluminando a su manera la noche, así mismo las tomó por sorpresa un último resuello tras el cual, todo se volvió calma.

—Te amo -Vega le habló sin fuerzas muy cerca de su oído, pues la tenía sobre sí, acurrucada en su cuello. Vio, fascinada y aprovechando cada momento en el que el trueno deslumbraba, cómo las hebras finas de su cabello hacían ríos sobre su piel húmeda gracias a ese sudor que era como la ambrosía. El frenesí del momento las llevó a un esfuerzo más que merecido y con el sofocamiento se avivó el aroma de su perfume, con el que podía deleitarse tomándolo de su propia fuente. De sus poros.

La lluvia seguía haciendo lo suyo, esta vez transformada en diluvio que se queja, se resiente y a su manera grita. Voltearon despacio hacia la ventana de la habitación y allí vieron a las gotas chocar con furia, haciendo que los destellos de luz provenientes de las calles se quedaran atrapados en esas masas acuosas que surcaban el cristal. Parecía una obra abstracta que muta segundo a segundo, conforme el agua impone su norma en ella.

Cuando supieron que no había nada más que esa contemplación pudiera ofrecerles, volvieron

sobre sus ojos, ¡allí sí que había un universo íntegro para interpretar! Se sonrieron con candidez y no lo dijeron, no consideraron necesario decirlo, pero estaban seguras que ahora como nunca, se habían recuperado. Samay volvió a hundirse en su cuello, a extenderse por todo su cuerpo en un abrazo profundo y Vega la rodeó con fuerza entre sus brazos, cerrando sus ojos para que nada que no fuese los estímulos que le brindaba su piel, la distrajera.

—¿Cómo te sientes? -susurró la abogada en su rincón, el mejor del mundo, y la mujer que la acompañaba en el lecho, su cómplice en ese viaje enloquecedor, sonrió plena.

—Como una adolescente tonta, así me siento.

Samay rio.

—¡Al menos no te sientes como una niña ilusionada! -Alzó la cabeza y la miró.

—Ah... -Le pareció que la abogada se superaba con creces en materia de belleza esa noche. Puede que su aire altivo le diera matices de inalcanzable, pero la vulnerabilidad, ternura y candidez de una mujer que se entrega por entero sin temor a las consecuencias, le sentaba mejor-. Así que eres una nena soñadora justo en este momento -enredó sus dedos en su cabello, como si hilara cada mechón.

—Algo muy parecido, sí.

Un relámpago decidió no guardarse nada para sí y les sorprendió. Volvieron a abrazarse como un par de tontas como consecuencia de aquel sobresalto. Rieron, rieron entre divertidas y nerviosas. Se mordieron las sonrisas, se besaron las carcajadas, hicieron un banquete de su alegría.

—¿Será demasiado tarde? -Vega miró los ojos de Samay mientras formulaba aquella pregunta. Siendo muy honesta, sintió que se habían hecho el amor por una década y la noche apenas estaba comenzando.

—No lo sé... ¿por qué lo preguntas?

—Quiero llamar a Ezequiel antes de que se vaya a la cama. Ya sabes, nuestros rituales.

No había terminado de plantearle su necesidad cuando ya la abogada se había puesto de pie y había ido, enteramente desnuda y diligente, a buscar el teléfono de Vega en su bolso de mano. La asistente la esperó en la cama, recostada de su flanco derecho y con la cabeza apoyada de su mano. La vio entrar y tuvo que batallar con la penumbra para que le permitiera quedarse con más detalles de ese cuerpo que la fascinaba y el resplandor de un trueno que tocaría la tierra segundos más tarde fue más que suficiente para quedarse con un lienzo impresionista de su desnudez.

Samay le alargó el teléfono, ella lo tomó y no le quitó los ojos de encima hasta que la vio sentarse a su lado en el borde de la cama. El punto de luz en su cuello era su único código de vestimenta y ese detalle le pareció sublime. La acarició con sutileza, inspiró hondo y por fin le prestó atención al celular. Faltaba poco para las nueve de la noche.

La abogada la vio colocarse el teléfono en la oreja y de su rostro precioso, de su gesto increíble bajó con sus ojos a su cuello, a sus clavículas sobre las cuales hizo un recorrido abrumador, regodeándose en cada relieve o hendidura, a sus senos, los más hermosos y perfectos que había visto nunca. Le pareció bellísimo notar que la luz que entraba por la ventana, abriéndose paso a través de la lluvia, delataba la forma en la que sus poros erizados se definían, acompañados de la deliciosa contundencia de sus pezones. Esos poros que había visto antes le sirvieron de senda para viajar sobre su abdomen, haciendo una vuelta arrebatadora por su ombligo y desencadenando en su vientre, un poco más allá en su monte de Venus...

—¡Hola, mi amor!

Era una suerte que antes de dejarse vencer por la tentación, la expresión dulce de Vega le recordara en qué estaba. Se inhibió por respeto a la madre y a su hijo y pasó a disfrutar de esa

faceta que la fascinaba tanto o más que la otra, asegurándose de que una vez cubierto aquel ritual de desearse las buenas noches, volvería como ave de presa sobre cada resquicio de esa contemplación que tuvo en la penumbra.

—¿Cómo estás? ¿Tienes miedo de la lluvia? -Samay la miraba con gesto de boba y escuchaba la voz eufórica de Ezequiel sin ningún esfuerzo respondiendo a la madre-. ¡Pues me encanta que seas un niño valiente! ¿Cómo estuvo el colegio?

Y su respuesta se resumió a lo eufórico que estaba por su práctica de ese viernes:

—¡Cuando vuelva a ver a Samay le voy a contar que hice un *out* en el *home*, mamá!

La abogada sintió una felicidad ridícula al escuchar que el niño la recordaba y la consideraba y Vega y ella se miraron a los ojos enternecidas. Samay se inclinó hacia adelante y susurró en su oreja para que el pequeño no se percatara de nada:

—Dile que estaré muy orgulloso de él.

—¡Te felicito, mi amor! Estoy segurísima de que Samay se va a sentir muy orgullosa de ti cuando se entere de tu jugada espectacular.

—¿Cuándo la volveré a ver? -Sonó genuinamente preocupado-. ¿Y si se me olvida?

—El lunes -le susurró Samay de nuevo-. Dile que el lunes iremos a comer algo rico y que entonces podrá contarme.

—¿Te parece bien que la veamos el lunes? -Ezequiel gritó eufórico-. Podemos ir a comer algo con ella y le contarás, ¿está bien?

—¡Sí!

Vega se aseguró de que el niño había cenado bien, se había dado un baño y que estaba listo para irse a la cama. Le recordó que debía ser considerado y colaborador con los abuelitos, que debía portarse bien y tras ratificarse lo mucho que se amaban, se dieron las buenas noches y acordaron hablar en la mañana.

Le pasó el teléfono a Samay que lo puso sobre el velador y recostándose a su lado se quedó hipnotizada en su rostro por minutos y minutos. Vega la miró con curiosidad.

—¿Y? -Se vieron a los ojos-. ¿En qué piensas?

—En lo mucho que te amo -la dejó sorprendida con esa confesión que le hizo a la cara-. En cuánto me fascinan todas tus facetas, en el hecho de que te has convertido para mí en la promesa de un todo. No sólo eres una mujer a la que puedo admirar y respetar, con la que puedo sentirme honrada de que me conceda un lugar privilegiado en su corazón, también eres la calidez de un hogar, las maravillas de una familia. Eres mi aliada, mi mano derecha, mi amiga, mi amante, una compañera increíble... Eres todo. Eres mi todo y... -le tocó la punta de la nariz con su dedo sacándola de su arrobamiento y de su gesto de sorpresa-, lucharé por ese todo como una fiera, quiero que lo sepas.

—Estás en tu derecho -un nuevo relámpago cayó sobre la ciudad.

—A propósito de los derechos -se dispersó en esa caricia absoluta que se le había antojado antes, cuando se aprendió su desnudez, pero que decidió guardarse por respeto. Ahora podían volver de nuevo a esa faceta, para su deleite-. No tienes hambre, ¿verdad?

Se vieron profundamente.

—No -aseguró y la miró con picardía-. Al menos no de ese tipo.

La tomó por el cuello, la atrajo hacia sí con suavidad y la besó de un modo abrumador. Le dejó claro en ese gesto cuál era la naturaleza de su apetito y ella no tardó en saciar el antojo de ambas.

Capítulo XXVI

Corroboró la diferencia horaria al menos cuatro veces. Imaginó que su afán por ver la hora era sólo consecuencia de la ansiedad, porque supuso que Paco Uceda simplemente le escribiría o la llamaría directamente una vez fuesen las siete de la noche en España. Reflexionó sobre las cosas que Itza le había dicho la noche anterior acerca de la valoración que otros podían tener de ella y en este caso su padre. También se quedó con la mirada puesta en un punto indeterminado repasando en su cabeza las palabras que le habían secuestrado el corazón: “Me estoy decidiendo por ti”.

Sonrió casi sin querer de un modo tan sutil, tan imperceptible, que ese gesto fue poético. Fue, a decir verdad, como un lienzo inmemorial e imperecedero. El brillo en sus ojos antes esa declaración también fue extraordinario.

Supo, sentada allí, en el sofá de la sala a esperas de la llamada de su padre, que tenía que educar a su paciencia y más que eso: tenía que respetar los tiempos y los espacios de la psicóloga. Entonces, la sonrisa anterior desapareció y su gesto se volvió grave. ¿De qué le valía volverse apremiante justo ahora? Tomando en consideración que Itza Arbe era una mujer que había aprendido a hacerse consciente y responsable, no daría un paso adelante sin antes estar bien segura del terreno que estaba pisando; sin saber exactamente cuál era la naturaleza de sus sentimientos. De nuevo, recordó el desenlace del sueño en el que Beatriz se despidió, ese detalle que aún se reservaba y la colmó la curiosidad, con la suerte de que la llamada que había estado esperando con inquietud ya se estaba produciendo y tenía que volver a tierra para atenderla.

Se dio cuenta de que sus manos temblaban y haciendo un poco de esfuerzo para controlar a sus dedos temblorosos, aprobó esa videollamada y se colocó el teléfono ante sí, permitiendo así que Paco Uceda la viera en movimiento, a diferencia de las fotos estáticas que había tenido la suerte de contemplar en Facebook o que ella misma le había enviado. Para ese momento, le había mostrado no sólo cómo estaba actualmente, también una que otra imagen de su niñez. Estas instantáneas eran muy escasas. Maigualida no fue precisamente ese tipo de madre que se dedica a documentar el crecimiento o la evolución de su hijo. Se podría decir que, en materia de recordar quién fue ella de niña, sólo contaba con los indicios imprescindibles y nada más que eso.

El poeta, visiblemente conmovido, balbuceaba. A Cris le pareció que hacía un esfuerzo por contener las lágrimas y ella, que puede que se condujera de una forma más reservada al principio, cuando comenzó a aproximarse a ese desconocido, se dejó envolver por su emoción y se quebró, llorando sutilmente mientras él se deshacía en elogios hablando de su belleza, de lo encantadora que le parecía y dándole gracias una y otra vez por cumplir uno de sus sueños.

Después de saludarse, cuando sintieron que podían tener un poco más de control acerca de lo que decían y cómo se sentían, Paco pidió a Cris con la emotividad que le caracterizaba que le hablara de su madre, que le contara detalles de ella, de su infancia, de la familia que fueron sin él. Entonces la escritora supo que ya estaba de cara a esa encrucijada de la que alguna vez habló con Itza y decidió, aunque eso le sentara mal a ese hombre, ser sincera y contarle la faceta de su madre que a ella le tocó vivir.

—Paco, como le dije una vez, leí sus cartas y eso fue lo que me ayudó a llegar a usted y a saber de una vez por todas quién era mi padre. A través de esas cartas, por las cosas que usted me ha referido en estos días en los que hemos estado hablando, tuve la dicha de conocer una faceta de mi mamá, una Maigualida Álvarez, que no fue con la que yo conviví toda mi infancia,

adolescencia y parte de mi adultez -Cris se incomodó un poco, pero prosiguió-: No guardo muy buenos recuerdos de ella, Paco -el hombre la miró boquiabierto-. Fue hosca, por momentos cruel y siempre encontró la forma de hacerme saber cuánto se lamentaba de haberme concebido y tenido; eso, sumado a las condiciones de su muerte y a la ausencia de más familia en la que pudiera encontrar algún tipo de consuelo, me ocasionó muchas heridas que actualmente estoy intentando sanar. Le puedo asegurar, sin exageraciones, que los momentos de afecto de mamá, sus muestras de amor o dulzura, fueron muy pocas, así que lamento mucho empañar la imagen que usted tiene de ella. Lo crea o no, cuando usted me pidió esta conversación y más detalles acerca de los recuerdos que yo atesoro junto a ella, me vi en una verdadera disyuntiva porque, por un lado, se trataba de mentirle y, por el otro, de derribar esa imagen bonita, especial, inolvidable que usted conserva de ella.

—No lo puedo creer -reconoció abismado.

—No me pregunte la razón de su cambio. Mamá nunca habló conmigo. Nunca compartió conmigo lo que le preocupaba, lo que la entristecía o cuáles eran sus sueños; qué sentía o que le hacía falta a su vida para estar bien. Imagino que tendría alguna confidente, espero yo que haya sido así, pero le puedo asegurar que las amigas más cercanas que frecuentaban la casa, salvo darme las condolencias en su velorio o hacerle visitas en su convalecencia, nunca me dijeron nada de quién fue ella, más allá de la mujer dura, severa y amargada que conocí.

—¡Mi Cristina! -Estaba genuinamente afectado-. ¡Siento que te debo tanto! ¡En mis cartas le pedí una y mil veces que te amara! Envié decenas y decenas de misivas sin respuesta para saber de ti, para recordarle que eras el fruto de nuestro amor y que debía atenderte como lo merecías. Como te mencioné una vez, volví a Caracas en dos ocasiones para tratar de encontrarte a ti, a ella, pero no hallé un solo rastro de ustedes. Nadie supo darme detalles de su paradero y eso, sumado a que nunca más respondió una sola de mis cartas, ya no sé si por orgullo o porque llegaban a una dirección en la que ella ya no estaba, entendí que las había perdido para siempre.

—Esto me hace pensar en cómo fueron mis primeros años de vida -el sujeto la miró con detenimiento-. Yo no lo sé con exactitud, estaba muy pequeña para eso, pero una vez estuve en edad de comprender ciertas cosas, supe por mi abuela y por las amigas de mi madre que en su embarazo y mientras yo aún era una bebé, se mudó muchas veces. Al principio vivimos con mi abuela. En numerosas ocasiones me refirió cómo cuidaba de mí cuando aún no gateaba y después comenzamos a rodar de un lado a otro, a veces quedándonos en pensiones, a veces en la casa de alguna de sus amigas, hasta que mi madre, no sé exactamente cómo, consiguió el departamento en el que crecí y al cual llegué a la edad de cuatro años -suspiró. Imaginó que debieron haber sido años muy duros y de mucha inestabilidad. Paco la acompañó en su pesar, imaginando por momentos lo peor para las dos y sintiéndose culpable-. Sea como sea, lamento el rumbo que tomaron las cosas.

—Pero lo vamos a enmendar, pequeña, ¡claro que sí! -A pesar de su visible malestar tuvo la energía suficiente para sonar entusiasmado-. Quiero que sepas que he hablado con tus hermanos, con la mujer que es ahora mi esposa... -Cris lo miró un poco nerviosa-. Saben de ti, saben de tu existencia y les he dejado muy claro que recuperaré todo el tiempo que perdimos, mi niña. Tus hermanos no pueden alzar su voz contra mí. Puede que mientras Marta estuvo viva yo me hubiese comportado de un modo evasivo, pero una vez regresé a España a hacerme cargo de ellos, me convertí en un padre ejemplar y no sólo velé por Lorena y Gonzalo como se hubiese esperado de mí, también los ayudé a convertirse en el hombre y la mujer que son ahora. No tienen nada que reprocharme. Quise hacer lo mismo por ti, pero tu madre no nos lo permitió, mi Cristina, pero aún tenemos tiempo... ¡Tenemos tiempo de sobra!

—Le agradezco, Paco, pero ya soy una mujer adulta haciéndose cargo de su vida y...

—¡No te estoy ofreciendo ese tipo de ayuda! Aunque si la quieres, si la necesitas, sin duda la tendrás. Te estoy pidiendo que cumplas uno de mis más grandes sueños: ¡conocerte! ¡Conocerte de verdad! ¡Saber cómo se siente abrazarte! Llenar el vacío que mis brazos y mi corazón tienen de ti.

—No entiendo...

—¡Quiero que vengas de visita! -Cris no se lo creía.

—Lo siento, Paco -meneó la cabeza-. No tengo suficiente dinero para costear un viaje así, al menos no ahora...

—¡Yo te envío el boleto! -Ahora se lo creía menos-. Estoy a cargo del negocio que nos heredó mi padre desde hace mucho y por supuesto que tengo lo que se necesita para que vengas... La casa es cómoda, tus hermanos ya se han ido hace mucho y viven con sus parejas y tus sobrinos, tendrás espacio de sobra y podrás pasar una buena temporada aquí sin que tengas que preocuparte por nada. ¿Qué me dices? -Ella se sintió sobrepasada por cuanto le decía-. ¿Qué me dices, Cris? -Insistió-. ¿Cumplirás mi último sueño?

Supo que tendría que pensarlo muy bien.

Le habría encantado conocer la opinión de Vega acerca de la proposición de Paco Uceda ese mismo día, pero no podría escuchar su veredicto hasta el día siguiente, considerando que la amiga se encontraba transitando su fascinante viaje de reencuentro y amor con Samay Jinez.

Pensativa, considerando todas las ventajas y desventajas que podría ofrecerle ese viaje a España, recibió un mensaje de Itza y francamente sintió alivio.

—¿Cómo estuvo la charla con tu padre? ¿Estás bien? ¿Todo salió bien?

No había querido molestarla de nuevo con una de sus tribulaciones personales, pues sabía de sobra que esa noche, tal y como lo había hecho la anterior, tenía otra de las actividades relacionadas con el lanzamiento de su libro, pero ahora que ella tomaba la iniciativa de aparecer, no le pareció descabellado ponerla al corriente de todo. Le describió lo mejor que pudo su conversación y muy especialmente la sorpresa que el poeta le tenía reservada:

—Me invitó a España. Quiere que sea su huésped por unos días. No dijo cuántos, pero...

—¿Y bien?

—No tengo dinero para eso, Itza, y se lo hice saber. Inmediatamente me dijo que me enviaría el pasaje y que no tendría que preocuparme por nada más. Aparentemente, la casa es amplia, cómoda y él tiene una situación holgada administrando el bar que le dejó su padre.

—¿Y cómo te sientes con ese plan?

—Tengo emociones encontradas. Por un lado, la idea de ir hasta allá me seduce. No sólo conocería una parte de mi historia y con eso llenaría un capítulo en blanco en el que ahora es el libro de mi vida, también compartiría con él y conocería a una familia numerosa que no sabía que tenía, después de pasar meses creyendo que me había quedado completamente sola en la vida, pero apenas recuerdo que todos son unos desconocidos y que yo estaré, sin dinero, en un país extranjero, se me pasa.

Itza rio con suavidad.

—No te culpo por eso, mi Cristina.

—También me cuestiono, porque... ¿qué podría salir tan mal? Hay personas que viajan como mochileras quedándose en hostales o en habitaciones que alquilan en Airbnb.

—Sí, pero esas personas llevan algo de dinero para irse a otra parte si el alojamiento no es lo que esperaban.

—Buen punto -la escritora se quedó pensativa-. Por otro lado, Itza, a veces pienso que tengo

que abrir mi juego sin miedo -se miraron a los ojos-. Que tengo que ponerme a mí misma en la situación necesaria para madurar, prosperar y crecer. Justo ahora todo está cambiando. ¡Todo! Las cosas están mutando ante mis ojos y si me resisto a verlo, me llevarán por delante. Ahora mismo Vega está en vías de rehacer su vida con la persona a la que ama, ¿cuánto tiempo más permaneceré aquí restándole privacidad o espacio a una familia que llegado el momento querrá tener todas las libertades? ¿Estaré toda mi vida escondiéndome debajo de las faldas de mi mejor amiga, sin decidirme a vender el departamento de mamá o ir a vivir a él como corresponde? Creo que uno de estos días abriré los ojos una mañana y todo será distinto; eso me aterra, sí, pero a la vez me cautiva -le hablaba con pasión y la psicóloga no hacía más que mirarla con admiración-. Paco Uceda y su ofrecimiento es como ver una pluma fuente flotar sobre esas páginas del libro de mi vida que permanecieron en blanco y notar cómo una caligrafía firme comienza a escribir renglones en ella. Es parte de mi historia, es una de mis facetas, hay mucho de mí ahí y no me voy a negar el derecho de llegar al fondo de eso sólo por dejarme vencer por la timidez, la vergüenza o el temor. ¡No! -Parecía resuelta, la psicóloga arqueó un poco la ceja ante su audacia-. A diferencia de mis hermanos, nunca recibí nada de ese hombre y aceptarle un boleto aéreo de unos mil euros o una estadía de tres o cuatro semanas no es nada en comparación con lo que tuvo que entregarles, materialmente, a Lorena o a Gonzalo.

—Visto de ese modo.

—Cumpliré mi promesa de pensarlo, abrazaré sin miedo todo lo que está por venir, las cosas que están aterrizando en mi vida, daré gracias por los cambios, aceptaré las alternativas y haré lo que una mujer adulta tiene que hacer para estar mejor... Si rechazo el viaje a España por ahora, no será por temor, será porque no me sienta preparada, porque quiera hacer las cosas a mi manera, más cómodas o mejores para mí y nada más que eso.

—¡Fantástico! -Aplaudió su acalorado discurso.

—Por cierto -dijo tras permanecer callada algunos segundos luego de su apasionado monólogo-. ¿A qué hora es la presentación de su libro?

Itza sacó el Tank de su bolsillo y sonrió de un modo hermoso.

—Debí empezar hace diez minutos, pero no quería interrumpirte.

Cris se cubrió la boca con ambas manos sintiéndose absolutamente abochornada.

—¿Te conectarás a mi *live*? -Giró la cabeza y le hizo una seña con sus manos a alguien que Cris no pudo ver desde ahí.

—¡Como tu fan número uno! ¡Dalo por hecho!

—Bien... -Le regaló un gesto dulce-. Ahí te veo... Por cierto, mi Cristina -la chica la miró con ojos enormes-. ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Capítulo XXVII

Se rascaba la cabeza una y otra vez con el cursor en la pantalla de su laptop titilando. ¿Cómo se supone que podría describir esa escena en la que las fuerzas armadas arremetían sin compasión contra una familia de agricultores? Tenía que reconocer que no se le daban muy bien ciertas situaciones en materia de escritura, pero trató de darle la vuelta. Tal vez no tenía por qué ser descriptiva. Quizás podía plasmar la violencia y el abuso de poder a través de algunos recursos simbólicos o metafóricos.

—Pero... ¿cuáles? Todo eso suena muy bien, pero no se me ocurre qué enfoque puedo concederle... -Por un momento, pensó que dar una vuelta por los alrededores, tomarse tal vez un helado en la cafetería de la esquina, podía ser una buena idea cuando su teléfono comenzó a sonar a un lado del escritorio y se dio cuenta de que se trataba de Itza.

Se sorprendió. Creyó que su viaje le tomaría más tiempo. La psicóloga había culminado con éxito las actividades relacionadas con su libro en Carolina del Norte y días atrás había viajado a Miami para atender algunos compromisos similares en la Florida. El día anterior le había asegurado a la escritora que MariLo había logrado añadir a su agenda al menos un par de conversatorios más en otras localidades y, gracias a eso, esa mañana de viernes estaría viajando para atender su agenda mediática. No habló con exactitud acerca de la ciudad que visitaría por esos días, pero Cris intuyó que podía tratarse de alguna urbe relevante como Nueva York, por ejemplo.

No le dio más vueltas al asunto y atendió la llamada con una sonrisa.

—¡Hola! -Percibió de inmediato que se escuchaba a través de la línea el bullicio de la calle y la imaginó en la vía pública-. ¿Llegaste bien a tu destino?

—¡Así es! -Por el sonido de su voz le parecía que sonreía-. ¡El viaje fue mucho más tranquilo de lo que imaginé! ¿Cómo vas con tu escritura?

—Ahora mismo trabada en una escena un poco violenta, pero ya veré cómo salgo de esta.

—Acabo de pensar en algo... ¿Recuerdas la panadería que estaba en la esquina del colegio?

—¿La de las caracolas de frutas?

—Esa.

—¡Claro! ¿Cómo olvidarla? A veces cuando voy a hacerme cargo del departamento de mamá paso por allí y me como una acompañada de un café. Siguen siendo tan buenas como cuando éramos niñas.

—¿Qué te parece si vienes a compartir una conmigo?

Cris no entendió nada. Se quedó perpleja.

—¿Disculpa? -Acto seguido vio que Itza le solicitaba cambiar la conexión a videollamada y autorizó con dedos temblorosos. No podía ser verdad lo que estaba suponiendo.

Cuando la imagen de la psicóloga se volvió nítida, la vio de pie ante la puerta de la panadería que mencionaba, sonriéndole de un modo radiante y Cris se quiso morir. De verdad se quiso morir. Se cubrió la boca con la mano que tenía libre y sintió unas ganas absurdas de echarse a llorar.

—Estoy en Caracas -le confirmó. No podía ver sus ojos pues llevaba unos lentes oscuros, pero reconocía de inmediato la vegetación y la apariencia de la urbanización en la que creció-. No quise adelantarte nada. La idea era sorprenderte, así que espero no poner de cabeza tu tarde o tus obligaciones, pero...

—¡Dame veinte minutos! -Le salió al paso decidida y ya se estaba levantando de la silla como

un huracán-. Espérame en la panadería. En veinte minutos estoy allá.

Ni supo cómo hizo para arreglarse en menos de cinco minutos y, dispuesta a jugárselas todas, prescindió del taxi y buscó un medio de transporte que fuese más eficaz. Se había subido a una motocicleta muy pocas veces en su vida, pero esta vez la ocasión lo ameritaba.

Sentada en una de las mesitas de la terraza de la panadería, Itza miró a través de sus anteojos a un mototaxista detenerse muy cerca del borde de la acera para que la mujer que traía de copiloto bajara del vehículo. La chica en cuestión se puso de pie con un poco de torpeza y una vez que se deshizo del casco para devolverlo al conductor, pagó el importe por su servicio y giró sobre sus pies hacia ese local, la psicóloga logró identificar en ella a Cris Álvarez.

Una sonrisa como pocas en su vida se apoderó por completo de su rostro, se puso de pie despacio y el gesto de incorporarse le sirvió a la escritora para saber que se trataba de ella de inmediato. El corazón le dio cinco piruetas en el pecho, como si el pobre no hubiese tenido suficiente con la sorpresa de saberla en la misma ciudad. Atravesó la panadería a paso ligero, salió a la terraza y una vez tuvo a Itza Arbe ante sí no supo exactamente qué hacer.

Se miraron de arriba a abajo como si estuviesen en un sueño. Cris por fin podía saber cuán alta o estilizada era ella. Se dio cuenta de que su contextura era un poco más delgada de lo que podía percibir a través de su cámara, que era definitivamente más alta de lo que jamás lo imaginó y que sus brazos, así como sus piernas, eran largos y fuertes, a pesar de que llevaba ropa ligeramente holgada. Su camisa, de color blanco, estaba acompañada de un pantalón beige vaporoso y notó con desconcierto que llevaba unos Converse impecables de color negro. El detalle de las zapatillas le pareció sencillamente rompedor y encantador. ¡Nunca se lo hubiese imaginado! Por su parte, la psicóloga se estaba fascinando con la hermosura de la escritora; le pareció que, para haberla sacado de casa de un momento a otro, estaba preciosa, con un suéter color rojo que la hacía destacar y un jean que acentuaba muy bien su figura.

El impulso inicial de Cris era el de lanzarse sobre Itza, estrecharla con fuerza entre sus brazos, pero... ¿cómo permitirse semejante imprudencia? Por suerte para ella, la psicóloga, que tenía una posición aventajada como artífice de ese plan, fue más decidida; levantó sus lentes oscuros y los puso sobre su cabeza para que pudiera mirarla a los ojos sin impedimento, dio un paso hacia ella, la cegó con una sonrisa esplendorosa y le abrió los brazos con una emoción que prometía transformarse en un recuerdo recurrente, de esos que te traen bienestar, dicha o que te roban una sonrisa cada vez que los convocas en tu memoria.

Verla allí receptiva para un abrazo fue justo lo que necesitaba para abalanzarse hacia ella. A partir de ese momento, le importó poco extralimitarse, ser imprudente o caer en el abismo de la indiscreción. Con un gesto emotivo, dio el paso que faltaba para saber de una buena vez por todas cómo podía sentirse tenerla en sus brazos y, una vez sus cuerpos se encontraron, sollozó emocionada. Lloró, lloró como una jovencita tonta, ridículamente enamorada aunque por momentos no se sintiera precisamente correspondida; se aferró con frenesí a sus hombros, estrujó un poco su camisa y no sólo se esforzó por memorizar muy bien cómo se sentía su cuerpo, su calor, también por reparar en detalles sutiles como el olor de su cabello o de su perfume.

Itza también lloraba. Tenía los ojos apretados con fuerza y se empeñaba, tanto como lo hacía la escritora, en quedarse con todas las sensaciones materiales de ese encuentro. No les importó que el abrazo se prolongara en el tiempo, que algunos clientes miraran la escena abismados o con curiosidad y no les importó porque sencillamente en ese momento eran ellas dos en un espacio indeterminado que sólo giraba en torno al hecho de reconocerse y sentirse en el tiempo presente compartido.

—¿Qué haces aquí? -Cris por fin pudo hablar luego de su emotivo llanto-. ¿Qué haces en

Caracas? ¡No entiendo nada!

—Hace semanas le pedí a MariLo que considerara la posibilidad de hacer algo con mi libro aquí -se apartó un poco de ella y la miró a los ojos por primera vez sin ningún dispositivo que se interpusiera ante esa conexión. Le limpió un poco el rostro, húmedo por su llanto-. Fue una ruin excusa, la verdad. Salvo que se venda una que otra copia o que podamos sacarle algo de visibilidad a esos encuentros o conversatorios, la razón real por la que decidí venir a Caracas es porque necesitaba conocerte, verte.

—¿A mí?

Se sintió diminuta y enorme a la vez. Se sintió halagada. Irrisoriamente feliz.

—¡Claro! -Rio, encantada-. ¿Y a quién más? -Miró a su alrededor-. ¿Ves a alguien más aquí?

—¿Dónde te estás alojando?

—Dejé mis cosas en casa de una de mis tías -señaló con su mano-. En aquel edificio, a un par de cuadras de acá. No me estoy quedando oficialmente con ella, pero...

—¿Te gustaría ir a mi casa? -Se miraron fijamente. Cris no sabía si se estaba comportando como una loca imprudente, así que decidió recapacitar, balbuceando: Bueno, ahora que lo pienso, si me citaste acá es porque...

—¡Vamos! -Su entusiasmo la sorprendió-. Me encantará conocer el departamento de tu madre.

Se encaminaron hacia allá y en menos de cinco minutos Itza puso un pie por fin en el lugar que Cris tantas veces le había referido. Mientras ella miraba a un lado y a otro en la entrada, la escritora se encargó de abrir un poco las cortinas y ventanas, para que entrara el aire fresco. El ambiente no se sentía viciado, mucho menos enrarecido. Por el contrario, todo parecía pulcro y en perfecto estado, ahora más que nunca que muchas cosas habían sido desalojadas luego de la venta de garage.

—Este lugar significa mucho para mí -admitió Itza dejándola perpleja-. Recuerdo que una de nuestras conversaciones más hermosas ocurrió aquí.

—Sí -le dio la razón mirándola con atención. Su sonrisa, que de por sí tenía el poder de encandilarte, era más irresistible ahora que tenía el privilegio de verla en vivo-. Esa noche en la que tuviste el hermoso gesto de acompañarme -señaló hacia la cocina: ¿Quieres un café? -Reflexionó-. Ahora que lo pienso, debimos comprar unas caracolas en la panadería... ¡Puedo ir por ellas, me tomará cinco...!

—No -le tomó la mano y la llevó consigo a la cocina. Ambas se sentaron frente a frente en la mesita-. De momento no quiero café, ni agua y por la caracola ni te preocupes. Si mal no recuerdo, la panadería cierra a las ocho de la noche y siempre, cerca de las seis y media, reponen los dulces, con postres recién hechos, así que...

—Sigue siendo así la gran mayoría de las veces.

—Entonces, olvídate de eso ahora -le tomó las manos. Al hacerlo, al estrecharla entre las suyas, las detalló. Miró cada uno de sus dedos, la forma delicada y perfecta de sus uñas. Le encantó notar que eran armoniosas, preciosas, pequeñas, cálidas. Alzó la mirada y casi se ríe al ver el gesto irresoluto de la autora. Entonces reparó en sus labios, en sus mejillas, en lo pronunciado de su mentón, en la curva de su nariz, en sus ojos que eran vivaces, honestos y maravillosos-. Tengo muchas cosas que decirte, Cris... ¡Muchas!

—Yo... -Su mente comenzó a viajar a toda velocidad.

—Escúchame. Sólo escúchame, ¿te parece bien? -La escritora asintió, incrédula-. Hace un par de semanas te conté un sueño, ¿lo recuerdas?

—El sueño en el que Beatriz se despidió de ti. Lo recuerdo bien, sí.

—Ese día, cuando conversamos en la noche, me preguntaste si el sueño había finalizado con ese abrazo en la playa, mientras el sol se ponía...

—Me dijiste que no.

—Exacto y tú me preguntaste si vino algo después.

—Me dijiste que aún no querías hablar de eso.

—Porque en ese momento sentía que tenía que reflexionar sobre la imagen con la cual culminó ese sueño. Sentía que debía hacer un viaje que me llevara al fondo de esa revelación, pero, principalmente, al fondo de los sentimientos asociados a ella. Ese día no te lo expliqué, pero el sueño del que te hablé fue tan poderoso, movió tantas cosas en mí, que me tomé la licencia de reprogramar la cita de todos mis pacientes, argumentando que me encontraba atravesando una situación personal.

—Te aislaste de todos.

—De todo y de todos, así es. Incluida tú -se miraron profundamente.

—¿Y viniste a Caracas sólo para hablarme del sueño o...?

—Entre otras cosas, sí. ¿Quieres saber qué fue lo que sucedió luego del abrazo en la orilla del mar mientras el sol se ponía?

—Si quieres compartirlo conmigo...

—Tú -la escritora se habría caído al suelo de no haber estado sentada en la silla de la mesa de la cocina-. Tu risa vino después, tu rostro y tu energía -Cris boquiabierta, sintió una lágrima rodar por su mejilla-. Cuando por fin pude ver el rostro de la mujer que estaba entre mis brazos de cara a ese atardecer, el semblante era el tuyo, el sonido de la risa te pertenecía por completo y entonces la energía mutó en otro tipo de dicha y bienestar al que no le pude haber puesto nombre o definición con tanta claridad como me ocurrió con este sueño -suspiró profundamente-. Sí, Cris. He pasado todos estos días reservándome el derecho de reflexionar profundamente acerca de todas las emociones que me produjo este sueño tan vívido, internalizando e incorporando a mi realidad cosas que ya sabía y que ratifiqué, sensaciones nuevas y hechos que intuía, pero que no me atrevía a reconocer, al menos no del todo. Beatriz estuvo en ese sueño como nunca en mi vida, a cada segundo, hasta que de pronto llegaste tú a esa playa y todo mutó despacio, sin brusquedad. Esa suave y armoniosa transición fue la prueba que necesitaba para entender que estoy sintiendo cosas muy profundas por ti y que por primera vez desde que Beatriz me dejó, estoy recibiendo de la vida la oportunidad tangible de concederme el derecho de volver a amar.

La escritora creyó que su mudez, así como su gesto de incredulidad, era consecuencia de que tal vez se había desmayado. La gran pregunta era: ¿cómo podía seguir manteniéndose en esa silla si las palabras de Itza la habían dejado sin sentido? No quiso interrumpir a la psicóloga en su reveladora confesión y siguió escuchándola aunque no pudiera dar crédito a lo que ocurría.

—No creas que esto no me confronta, Cris. No creas que esta posibilidad no me acarrea culpa, confusión o miedo. Desde luego que me fascina y le trae a mi corazón una calidez y una esperanza que no sabía que necesitaba pero, por el otro lado, también es un conflicto poderoso. Se trata, ni más ni menos, de poner las cosas en orden para darte en mi vida y en mi corazón el espacio que alguien como tú merece -el sollozo de Cris fue tan emotivo, que la psicóloga enmudeció y alzó sus ojos color ámbar confundida-. ¿Estás bien? -Se preocupó.

—¡Esto no puede ser verdad! -exclamó a merced de una emoción que se la estaba llevando por delante-. ¡Esto no puede estar pasando!

—Lo mismo me dije yo esa mañana, cuando ocurrió el sueño, al menos unas quince mil veces. Lo mismo me he estado diciendo cada día desde entonces, pero sí... sí está pasando. Pasa cada vez que hablamos, cada vez que me escribes, cada vez que te veo, cada instante en el que sé

que estás en mi vida y sería una irresponsable y me avergonzaría de mí si no tuviese la madurez de admitirlo o reconocerlo.

—Pero... ¿qué oportunidad puede tener una mujer como yo ante una persona como Beatriz? - Itza sonrió con suavidad sintiendo cómo las lágrimas que caían por sus mejillas le humedecían la comisura de sus labios-. Beatriz es un listón demasiado alto para medirse con él y hace mucho que reflexioné sobre esto. Yo tengo mil cosas que aprender, un camino muy largo por andar, un duelo por sanar... -Recapacitó y se tomó la cabeza con ambas manos-. ¡Perdóname si justo ahora me estoy echando la partida para atrás yo misma!

—No esperaría menos de ti... -Su sonrisa fue emotiva y hermosa contemplando el rostro irresoluto de Cris-. Eres tan genuina, eres tan de verdad... Te juzgué cierta en la distancia, ¿qué te puedo decir ahora de esa certidumbre cuando estoy experimentando la dicha de sentir tu energía en el aquí y el ahora? Ahora más que nunca sé que en ti no hay ni una sola pizca de falsedad o malicia.

—Yo no sé qué decir, salvo que yo también me estoy enamorando de ti -Itza se turbó ante esa confesión-. Lo noté desde el libro, cuando a pesar de creer que eras casada y que tenías cara de lunática -la carcajada de la psicóloga fue memorable, Cris rio un poco, pero no se detuvo- empecé a empatizar contigo de un modo muy profundo. Al principio fue admiración, compasión y un gran respeto por tu proceso y lo que tenías que compartir de él, pero una vez le puse el verdadero rostro a la mujer que estaba detrás de todo eso, fue inevitable para mí comenzar a caer en este bucle de emociones y ese día de tu sueño constaté que estaba de atar cuando me descubrí ansiosa e inquieta porque no había sabido nada de ti en todo el día -Itza la miró con un dejo de sorpresa, porque recordaba que ella había experimentado emociones similares-. Temí. Temí que me olvidaras, que pasaras de mí, que te aburrieras de mis tonterías y me dije, una y otra vez, ¿por qué no me dio un poco más de tiempo? ¿por qué no me dio la oportunidad antes de desaparecer?

—Cris, sólo estuve ausente por algunas horas, entregada además a mi proceso de reconocer, identificar y clasificar todas las emociones que me dejó ese sueño...

—Sí, sé que sueño como una paranoica, pero tú mejor que nadie sabes que cuando uno le da cabida a un pensamiento, ese no hace más que crecer como una vorágine en tu cabeza...

—Y eso dio paso al cuerpo del dolor, con tristeza profunda, malestar corporal, ansiedad... - Sonrió con indulgencia.

—¿Estamos en terapia o haciéndonos una confesión?

La psicóloga se echó a reír de nuevo.

—Sin duda, hay algo que hemos dejado demostrado en esta historia y es que perfectamente podemos hacer las dos cosas: confesarnos y, con esas revelaciones, sanarnos -respiró profundamente-. Cristina, hay cosas que no podía decirte en una videollamada. No me hubiese perdonado jamás abrirte mi corazón teniendo entre tú y yo la fría pantalla de un teléfono o de una laptop. Quiero que entiendas que hay asuntos que tengo que trabajar, que consideré superados, pero que realmente nunca lo estuvieron, porque de haber sido de ese modo, no me causaría un conflicto poderoso la posibilidad de entregarme a lo que estoy sintiendo -la escritora abrió la boca, pero Itza la frenó-; sin embargo, eso es algo que tiene que ver conmigo y no contigo. Hace parte de mis responsabilidades y de las tareas de mi duelo. En ese sueño revelador y maravilloso entendí que Beatriz no sólo había venido a despedirse como lo he ansiado por todos estos años, ella no sólo me mostró cuán bien estaba compartiendo conmigo su energía maravillosa, ella también me llevó a ti. Ese momento final, cuando entendí que la calidad del sentimiento que tú me entregas es distinta a la de ella, cuando entendí que las fibras de la felicidad que experimento contigo son otras, vi claramente varias cosas: que no se trata de poner un cuadro en la misma

pared donde antes estuvo otro y que un buen día quedó vacía. No. se trata de colgar ese lienzo en otro lugar, sin tener que deshacerse por nada del anterior. ¿Comprendes?

—Perfectamente -susurró.

—Perdóname si te hice sentir ansiosa con mi silencio, espero puedas entender cuánto lo necesitaba y por qué.

—Lo entiendo perfectamente, claro que sí.

Se quedaron en silencio. Sentían paz y dicha, aderezados con una poderosa sensación de incredulidad.

—Quiero que sepas que no eres el desastre que crees que eres -Cris la miró con atención-. Eres una mujer hermosa, ocurrente, inteligente, responsable, culta, comprometida, transparente, madura. Una mujer como tu madre bien que podía haberte matado o trastornado, pero tu naturaleza es de una calidad tan maravillosa que estuvo por encima de su narcisismo y mezquindad y aprendiste a amar desinteresada y compasivamente, aún y cuando jamás recibiste ese tipo de afecto. Esa manera de entregarte por entero a las personas que amas nació de ti. Fue un sentimiento que tú, mi hermosa heroína, fuiste gestando como todo en tu mundo interior y que ahora prodigas al punto de que casi parece imposible que una mujer con tu esencia pueda ser víctima o heredera de las heridas que te dejó Maigualida Álvarez -Cris lloraba como pocas veces-. Siento que Beatriz no sólo vino a decirme adiós, también vino a mostrarme el camino que me va a llevar a ti y a decirme: transítalo sin miedo. Al final, mi querida niña, ella está por encima de ese tipo de sutilezas, porque se ha vuelto espacio y emoción intangible en donde sea que yo esté o vaya con su recuerdo, ¿lo ves?

—Lo veo -sollozó, quebrándose ante semejantes emociones-. ¡Gracias! ¡Gracias por estar en mi vida, por poner tus ojos en mí, por reconocer en mí cosas que ni yo misma sabía que tenía! ¡Gracias por estar aquí esta tarde, por decirme todo esto, por ser tan increíble! ¡Yo seré la mujer que tú necesitas! -Itza también lloraba descontroladamente-. ¡Yo te prometo que también me convertiré en la mujer que alguien como tú necesita!

—Sólo quiero que seas tú, chiquilla. En tus tiempos y en tus espacios. Sólo sé tú. Sigue cultivando esa honestidad que no provoca sobresaltos, más sí sorpresas preciosas y con eso ya tendré suficiente.

—¿Eso quiere decir que te puedo enviar un meme? -Cris rio de sus propias tonterías e Itza, sin comprender muy bien semejante pregunta, también rio entre lágrimas.

—Puedes enviarme lo que quieras, tontita... -le tomó la cara entre las manos, se regodeó en la contemplación de su rostro y hundiendo los dedos en su cabello, descubriendo cuán suaves eran esas hondas, la haló muy suave y muy despacio hacia sí, le permitió hundir su cara en su cuello y allí, como quien acoge a una golondrina, la rodeó con sus brazos y la contuvo. Contenerla era contenerse. Cris, por su parte, se aferró a ella con fuerza, rodeándola con sus brazos.

Encimados sobre la baranda de las gradas del estadio, en primera fila y sobre el *dogout* que ocupaban Los Leones esa noche, de cara a la tercera base, Samay leía para Ezequiel la jugada que posiblemente se venía a continuación:

—¿Ves? -Le señaló al hombre parado en el *home* que golpeaba sus zapatos con la punta del bate, haciendo que de ellos cayera la tierra propia del campo de juego-. Este tipo tiene un buen *average* en bateo. Ahora, mira al corredor en primera -el niño alzó la mirada y lo vio saliéndose de la base, muy atento a los movimientos del *catcher* y del *pitcher*-. Tiene órdenes de robarse la segunda o de intentar llegar a la tercera confiando en que este otro batee un hit profundo, por eso se aleja tanto de la almohadilla, ¿ves?

—Sí, sí -decía fascinado.

Justo en ese momento el *catcher* se puso de pie, lanzó la bola a la primera base y el corredor volvió a tocarla por un pelo, teniendo que lanzarse al suelo y estirarse al máximo para lograrlo. Todo el estadio rugió con un clamor de tensión profundo.

—Por eso el *catcher* es uno de los jugadores más importantes -se miraron a los ojos, ella sonreía y el niño la miraba fascinado. Su admiración se adivinaba en cada brillo de sus ojitos café-. El *catcher* debe estar muy metido en el terreno para adivinar la estrategia del otro equipo y anticiparse a las jugadas.

Vega, sin dar crédito a la escena, con un vaso de cerveza en la mano, miraba a Samay y a su hijo absortos en todo lo que pasaba en el campo de juego. ¿Quién lo diría? Pudo imaginarse cualquier cosa de la abogada, menos una faceta como esa. Estaba encantada, en especial por la sólida complicidad que estaba construyendo con su pequeño.

En ese momento el teléfono comenzó a vibrar en su bolsillo, lo sacó de él y vio que era Cris quien la llamaba. Apenas la atendió, el estadio se vino abajo en gritos y aplausos, con buena parte de la tribuna de pie. Tal y como lo había predicho Samay, el bateador conectó un hit que el campocorto no pudo controlar, quedando la responsabilidad en manos del jardinero izquierdo. En principio el corredor en primera alcanzó la tercera base como estaba predicho, pero ante un error del jugador que tenía en ese momento la bola, se arriesgó a anotar la carrera.

El jardinero hizo un lanzamiento contundente que atravesó buena parte del diamante, el *catcher* lo tomó y cuando alargó la mascota para tocar al corredor que se venía con todo su ímpetu al *home*, el sujeto se barrió en el último segundo anotando así la carrera del empate. Samay celebró ese punto con Ezequiel sin importarle que fuese de Los Leones y que ella llevara esa noche la gorra y la camiseta de Los Tiburones.

—¡Vega! Vega, ¿me oyes? ¿Me oyes? -Cris hablaba a los gritos sintiendo que competía con todo el clamor del Universitario.

—¡Cris, no te escucho! -vociferó, cubriendo su oído con su mano izquierda intentando silenciar parte de los gritos, sin éxito-. ¡No oigo nada!

La escritora resopló, colgó la llamada y prefirió enviarle un texto: “¡Vega, no lo vas a creer! ¡Itza está en Caracas, Vega! Llegó esta mañana, presenta su libro este sábado en un par de librerías de la ciudad y vuelve a Carolina del Norte el domingo en la tarde. De seguro me vas a decir que estoy loca de remate, pero le sugerí que se quedara en el departamento de mamá, aceptó y yo justo ahora estoy en tu casa buscando algo de ropa para pasar estos días con ella... ¡No imagines lo peor!”

Pero tratándose de Vega Santini, ya era demasiado tarde:

—¡Así que te escapabas con la psicóloga! -dijo llamándola desde el pasillo detrás de las gradas.

De nuevo el estadio se había ido abajo y los fanáticos trotaban por los corredores ansiosos de no perderse ni un minuto de la acción por ir a buscar una cerveza o algo de comer. Unos aseguraban que Los Leones habían remontado el juego con un par de carreras. Algunos maldecían, otros celebraban. Cris, por su parte, estaba subiendo al ascensor para esperar al taxi en la entrada del edificio.

—¡No me escapo con la psicóloga! Pero... ¿sabes cuándo voy a tener otra vez la oportunidad de compartir con ella?

—Indiscutiblemente, es un regalo que no debes dejar pasar, Cris. Eso sin mencionar que la psicóloga hizo el esfuerzo al venir a conocerte... ¡No puedes quedarte como una marmota en tu habitación mientras ella viaja kilómetros y kilómetros sólo para tenerte cerca!

—¡Pues ya me entiendes! Discúlpame que te llamara de un momento a otro, sé que estás con Samay y no quería interrumpir, pero imaginé que te preocuparías si no me encontrabas en casa al

regresar del partido... -Pensó un par de segundos-. Por cierto, ¿qué le apareció a Ezequiel el estadio?

—¡Cállate! -Vega lo dijo con una sonrisa radiante-. ¡Está que no se lo cree! Nunca lo he visto tan feliz en toda su vida y Samay ya le prometió que lo vamos a traer más seguido.

—¡Qué alegría!

A eso se refería días atrás cuando le aseguraba a Itza Arbe que las cosas estaban cambiando y que tenía que estar muy ciega para no notarlo o aceptarlo. Ver a su amiga reconstruir su vida, hacer cosas nuevas, volver a amar además con la tranquilidad de entregar su corazón a una persona que no sólo la merece, también respeta y da su justo lugar a Ezequiel, no tenía precio. Asomó la cabeza a la entrada del edificio y no vio al taxi, así que se tranquilizó y decidió esperar por él.

—Bueno -añadió la escritora mientras ponía su mochila con algo de ropa en el suelo-, tendrás la casa libre por todos estos días. Se me ocurre que ustedes tres pueden aprovechar este tiempo para compartir, ¿no?

—No suena nada mal -sonrió con malicia, completamente segura de que a Samay le fascinaría la idea.

—¡Te dejo! -Vio al taxi aproximarse-. Ya vinieron por mí. Te escribo si ocurre alguna cosa. ¡No me juzgues por desaparecer! ¿Eh?

—No tengo moral para hacerlo -rio-. ¡Cuídate mucho, Cris! ¡Y me alegro de que vuelvas al departamento luego de tantos meses!

Supuso que la psicóloga le daría el ánimo necesario para superarlo.

Sí, es verdad, en el taxi iba nerviosa pensando en cómo se sentiría pasar una noche en ese departamento, pero una vez volvió a encontrarse con Itza, se le olvidaron por completo sus recelos. La invitó a que ocupara la habitación principal mientras ella usaba la suya y la psicóloga aceptó de buena gana, aprovechando además la oportunidad para tomar una ducha y ponerse cómoda.

Cris, que había comprado algo de comida de camino a su casa, se ocupó de preparar la cena y la verdad es que cruzaba los dedos para que la carne que estaba asando esa noche fuera del agrado de su huésped. Sabía, porque en más de una oportunidad la había visto, que tomaba vino tinto y escogió la que era, a su criterio, una de las mejores botellas para acompañar con la cena.

Había algo que descubrieron desde que se conocieron y que se les daba de maravilla y eso era conversar. Así que por ese día, con una comida deliciosa de por medio y temas de conversación que salían y salían como pañuelos que provienen del sombrero de un mago, se les fue la noche y las primeras horas de la madrugada. Respetando cada una sus propias circunstancias, ensayaron sutilezas como tomarse las manos con suavidad, rozarse un poco los dedos, a veces al descuido, a veces deliberadamente, acariciarse el rostro, peinarse un poco el cabello, mirarse profundamente sabiendo que estaban compartiendo el mismo espacio... y cada uno de esos instantes comenzaron a construir lo que bien podríamos definir como la poética de un amor que comienza a buscar alternativas para hacerse real y definitivo.

Puede que Cris fuese la más apremiante en todo momento a lo largo de esa historia, pero ahora iba con la humildad de un corazón que espera conformarse con cualquier detalle, por pequeño que fuera, y en ese aceptar con agradecimiento los sutiles milagros, definitivamente se sintió relajada y feliz, sabiendo que estaba haciendo lo necesario para sacarle el mayor provecho del mundo a ese fin de semana que le había obsequiado la vida.

No dijo nada, porque aunque Itza le había reservado la mejor de las sorpresas, ella no se iba a quedar precisamente de brazos cruzados, así que esa mañana de sábado se despertó muy

temprano, asegurándole a su invitada que la llevaría a desayunar a un lugar súper especial. Tomó consciencia de que se trataba de su primera cita y aunque eso la puso un poco nerviosa, no se dejó acobardar.

Mientras Itza se preparaba en la habitación que le perteneció a su madre, ella tomó una ducha rápida, se puso ropa deportiva, tomando de la mochila que había llevado consigo unos pantaloncillos, una camiseta y calzándose con unas Crocs color navy. Una vez salió del baño, vio a la psicóloga asomada a la puerta de la recámara. Se miraron a los ojos y se regalaron una sonrisa e Itza le pidió que le facilitara una plancha.

—¿Plancha? -Lo dijo con gesto de rareza-. ¡Ya no tengo! De hecho fue una de las primeras cosas de las que me deshice en la venta de garage, pero... -Frunció el ceño-. ¿Para qué quieres una plancha?

—Cristina -reía-, ¿para qué crees que quiero una plancha, por Dios?

Entró en la habitación y la escritora la siguió. Vio que sobre la cama tenía, perfectamente dispuesta, la ropa que usaría ese día, lista para ser alisada un poco y estar impecablemente presentable.

—¿Qué? -No se inhibió por nada-. ¿Y piensas que iremos a comer empanadas en el mercadito artesanal vestidas así? -La mente de Itza se quedó en blanco-. ¡No, no, no! -Se encimó sobre su equipaje mientras la psicóloga la miraba abismada y sonreía-. Tiene que haber algo más allí que sea acorde a la ocasión... -Encontró una camiseta que le pareció perfecta y, ¡oh, milagro! Un jean-. Aquí está, ¿ves? Esto con uno de tus Converse se verá genial.

—Pero... -Recibió la ropa que Cris ponía sobre sus manos-. Pero esa camiseta es para dormir y el jean, pues...

—¿Para dormir? ¡Un desperdicio! -Dijo con un gesto de su mano-. ¡Hazme caso! ¡Cámbiate y olvídate de la plancha! -Estaba a punto de salir de la habitación para darle el espacio que necesitaba y por último añadió: Ah, una última cosa... No es que sea una especialista, pero el lino no se plancha, mujer.

Cinco minutos más tarde, Itza ya estaba dentro de la habitación de Cris mirándose de arriba a abajo en el espejo de cuerpo entero que tenía detrás de su puerta.

—¡Vaya! -Estaba sorprendida.

—¿Te gusta? -A la escritora le parecía que estaba preciosa, mucho más jovial, además-. ¿Te sientes cómoda?

—Sí... ¡Sí! -Admitió radiante-. Nunca pensé que...

—¡Ese es tu problema, Itza Arbe! -Le dio un pellizco diminuto en la punta de la nariz haciéndola reír-. Tienes que aprender que en la vida no todo es pensar, pensar, pensar... ¡Hay momentos también para vivir, vivir, vivir! -La psicóloga la miró impactada, como si en esa frase la mujer ante ella le hubiese entregado una de las enseñanzas más poderosas de las tantas que había recibido en su vida-. ¡Vamos! ¡No quiero que se nos haga tarde para tus compromisos! -La tomó de la mano para llevársela consigo-. ¡Ah! -Se dio la media vuelta-. Con permiso... -Metió la mano en su bolsillo izquierdo, sacó de él el Tank y tomándolo con sumo cuidado, lo puso en la primera gaveta de su cómoda-. Esto se queda aquí -Itza estaba boquiabierta-. No estamos en Carolina del Norte y un mercadito popular no es lugar para algo tan valioso como eso... -La haló por la mano y se la llevó consigo.

Corrieron, tomadas de la mano, por al menos unas tres cuadas. Itza reía como pocas veces, mientras Cris le aseguraba que no se lo perdonaría si la mujer que vendía las empanadas se quedaba sin desayuno o se iba más temprano que de costumbre. Allí, esquivando a uno que otro transeúnte, deteniendo el tráfico, o sorteando postes e hidrantes, la psicóloga recordó su

adolescencia y alguno que otro episodio por esas calles que a pesar de los años se le hacían tan familiares. No. Nunca fue una chica extrovertida, o risueña, o bulliciosa, precisamente por eso, en sólo 10 minutos se sintió como si estuviese haciendo algo que se debía desde hace mucho tiempo: ¡ser libre! Y no se trataba de la libertad que te ofrece el equilibrio mental o el control de tus pensamientos, ¡no! Porque esa ya la había alcanzado.

Se trataba de la libertad que te brinda la espontaneidad, salirte de tus normas, poner un pie afuera de los estereotipos... ¡Retarte a hacer cosas que jamás imaginaste que harías! ¡Vivir! ¡Vivir con la risa y las iniciativas como las armas predilectas para derrotar a todos y a todo!

Supo, desde ese sueño en el que Beatriz le señaló un camino, que el afecto que la estaba atando a Cris era distinto, que la promesa de felicidad que debía tomar de sus manos era diferente, pero sólo le bastó vivirla de cerca, muy de cerca, para entenderlo por completo. Si la mujer a la que amó la había cuidado, la había educado en un afecto sin sobresalto, que parecía equilibrado y perfecto, esta nueva compañera maravillosa que la vida le había puesto en el camino venía para completar esa lección, ayudándola a dejarse llevar, a ser ella misma y sobre todo, a reírse de sus propias ocurrencias, a comprometerse con la aventura y con las sorpresas. No, la diferencia de edad entre ambas no era abismal, por lo que Itza Arbe se permitió dejarse vencer por primera vez en su vida por la jovialidad y aceptar sin vergüenza ninguna que la hacía sentir bien. ¡Muy bien!

Así que la mujer que siempre se juzgó gris y que encontró, en la más profunda de las depresiones, un poco de color para su vida, ahora se estaba dejando salpicar por el prisma que provenía de Cris. ¿Para qué vivir en tonos rebajados cuando puedes experimentar cada día en alto contraste! Había llegado a su vida para ofrecerle eso y más y lo estaba abrazando con agradecimiento, entusiasmo y expectativas, ¡muchas expectativas!

Durante ese sábado Cris fue, ni más ni menos, la fan número uno que había prometido ser. Quizás consideró prudente ahorrarse la pancarta, pero se regodeó en todo lo demás: ayudar en lo que fuese necesario, asistir a Itza en lo que le pedía, ser su proveedora oficial de sonrisas y ocurrencias, ser una de las primeras en aplaudir y documentar cada encuentro con fotos y selfies que no sólo le servirían a ella y a MariLo para difundir en sus canales digitales, también le quedarían a la escritora como testimonio de una aventura que parecía irreal pero que, en efecto, se estaba llevando a cabo. Itza, por su parte, también tuvo el maravilloso detalle de valerse de la presencia de Cris para presentarla como la editora de su libro y su cómplice en ese viaje.

Era la última noche y esta vez, más que cenar en casa, Itza quiso agasajar a Cris y la llevó a un lugar espléndido en lo alto de la montaña desde el cual se podía ver toda la ciudad bañada de luz. Brindaron por la coincidencia, por las oportunidades y conforme se iban escurriendo los minutos en el reloj, les fue ganando una nostalgia, porque si bien era un hecho que no dejarían de estar ahí la una para la otra sin importar cuán lejos estuviesen, también era verdad que no sabían de qué modo podrían coincidir de nuevo y cómo las reuniría la vida para dejar ser hipótesis y convertirse en una prueba de amor.

Cuando se dieron las buenas noches, de regreso al departamento de la madre de Cris, sintieron un cisma en su pecho. La escritora puso la cabeza sobre la almohada, pero entendió que aquello era un verdadero despropósito, dudó que, ansiosa como estaba, francamente triste como estaba, pudiese cerrar un ojo y allí, sintiendo cómo se le humedecía el rostro con sus lágrimas, vio que la luz del pasillo se encendía y que en el marco de la puerta aparecía la silueta de Itza.

—Hola.

—¿Necesitas algo? -Se sentó diligente y se limpió el rostro.

—Sí. Estar contigo -Cris sintió que se moría-. ¿Te molesta si duermo aquí?

—No... -susurró y vio cómo la psicóloga volvía a dejar el departamento a oscuras, entraba a la habitación y se acomodaba junto a ella a un lado de la cama.

—Temí darte un susto -rio con suavidad metiéndose debajo del cobertor-. Por un momento pensé que cuando me vieras de pie ante la puerta ibas a desmayarte.

—Casi me desmayo... pero cuando aseguraste que querías estar conmigo.

—¿Por qué? -preguntó con ternura, se recostó sobre la cama y la invitó con un gesto de su mano a que la acompañara. Cris la obedeció. Ahí estaban frente a frente, empuñadas en mirarse a los ojos lo mejor que la oscuridad se los permitiera-. Creo que si hay algo de lo que no debes dudar, es de eso.

Se acariciaron los brazos, los rostros, entrelazaron sus manos y por un instante sintieron que no les molestaría en lo más mínimo dejar a la noche transcurrir mientras ellas no hacían otra cosa que contemplarse o sentirse.

—Quiero que sepas que llegará un buen día en el que la distancia va a ser insoportable -le aseguró Itza en un susurro-. ¿Qué haremos cuando eso suceda?

—Yo iré hacia ti como si fueses mi fuerza de gravedad -le aseguró con pasión-. Como si tu amor me atrajera a ti con total intensidad.

—Como estrellas binarias, mi Cristina. Orbitaremos la una en torno a la otra y no importa cuándo o cómo ocurra, lo haremos posible.

—¿Es una promesa?

—No -le sonrió mientras le acariciaba el rostro-. Es un hecho. ¿Confías en mí?

—Como en pocas personas en el mundo, desde luego que sí.

—Entonces no temas -se aproximó hacia ella y la besó en la frente con un amor supremo.

Retrocedió un poco la cabeza para volver a su lugar, pero se le antojó un beso más, sobre sus cejas, por encima de sus párpados, en su mejilla, cerca de la comisura de sus labios. Con toda la ternura del mundo sobre sus labios y Cris sintió algo indescriptible.

Entendió que el significado de un beso no se mide por su intensidad o por su duración. Entendió que cuando un sentimiento sincero, que amenaza con volverse enorme, se entrega de forma honesta, las hiperbolizaciones están demás y que cada cosa tiene su tiempo.

Se fundieron en un abrazo y comprendieron que tenían entre sus manos un sentimiento que apostaba a una conexión superior, que no se quedaría sencillamente en llanezas y no podía ser diferente tratándose de dos seres extraordinarios.

—Te voy a echar tanto de menos -confesó Itza con lágrimas en los ojos-. Abrazarte, ver tus ojos, sentir tus manos, ser testigo en primera fila de tus risas, de tus gestos... pero puedes estar segura de que esa nostalgia de ti que voy a empezar a vivir desde mañana, cuando salga de este departamento rumbo al aeropuerto, será a su vez el aliciente que me ayudará a poner cada cosa en su lugar en mi vida y en mi corazón, para recibirte en ella como te mereces... -Se miraron a los ojos-. Tienes mi palabra.

—Y tú tienes la mía -le sonrió entre lágrimas-. Mañana hablaré con Paco Uceda y le diré que acepto su propuesta de ir a visitarlo.

—¿Y eso? -Se sorprendió-. ¿Por qué esa decisión justo ahora?

—Porque, como dije una vez: tengo que abrir mi juego y confiar en mi intuición. Yo sé que esto no es más que un hasta luego, que seguiremos acompañándonos y preparándonos para cuando llegue nuestro momento, pero así como tú regresas para poner en tu vida las cosas en orden, yo también quiero poner en perspectiva las mías. Quiero ir por esa historia, quiero apostar por ese encuentro y estoy ansiosa por saber qué clase de mujer va a regresar de ese viaje. Así que nada, terminaré mi último encargo, ahorraré lo más que pueda y me marcharé a conocer esa otra

parte de mí para transformarla en mi primera novela.

—Y yo te acompañaré en cada tramo de ese viaje -le tomó el rostro entre las manos-, convencida de que no importa cuán lejos esté una de la otra, nuestras almas siempre encontrarán el modo de hallarse.

Volvió a darle un beso. Un beso que era el eco de dos almas que se encuentran en el silencio del universo. Un delicado roce de labios que teje historias de amor en el lienzo de la piel. Era el suspiro compartido de dos corazones que se entrelazan en un ballet de emociones, un lenguaje secreto que sólo los amantes comprenden.

Un beso que era el sabor a promesas y a deseo, la chispa que enciende la pasión en el jardín de los sentidos. Un beso que jugaba a ser verso sin palabras, melodía sin partitura, danza sin coreografía, donde dos almas se convierten en una en un efímero instante.

Un beso que se transforma en la caricia del alma, el reflejo de los sueños, el poema que se escribe con los labios en el papel invisible del tiempo. En el abrazo de dos almas que se reconocen, la paz que se encuentra en medio del caos, la respuesta a todas las preguntas que el corazón formula en silencio.

Un beso que fue la promesa de un viaje sin fin, el comienzo y el final de todas las historias de amor, la chispa que enciende la eternidad en el fugaz parpadeo de los labios. La magia de dos almas que se encuentran en un mundo que sólo ellas conocen...

La canción que nunca se detiene de dos corazones que latén al unísono.

Puede que la mesa del comedor estuviese verdaderamente revuelta, pero difícilmente Vega Santini recordaba un momento de su vida en el que se hubiese sentido más feliz. Sentada a un lado de Ezequiel, que estaba de pie, ayudaba a su hijo a colorear algunas de las piecitas que usaría para la maqueta que le habían asignado en el colegio y más allá, tijera en mano, Samay corroboraba:

—¿Está bien así, señor? ¿Quiere que las corte más pequeñas o...?

—Así está perfecto -decía con gesto de suficiencia mientras sostenía el bote de pegamento en las manos e iba colocando cada cosa en su lugar.

En su clase de Educación Familiar y Ciudadana le habían pedido que hiciera una representación de su hogar y de las personas que vivían con él. Entusiasmado con su pequeño proyecto colocaba dentro de ese modelo, hecho con cartón y otros utensilios escolares, los mueblecitos y otros detalles, todos ellos desde la perspectiva e interpretación de un niño de nueve años.

Cuando terminó de armar todo el escenario con la ayuda de su madre y de Samay, llegó el momento de ilustrar a los integrantes de ese universo de amor y contención y comenzó dibujándose a sí mismo, le pidió a la abogada que recortada su silueta y con ayuda de su mamá, pegó a la maqueta el figurín.

La siguiente en ser representada fue Vega, le siguió la tía Cris y en último lugar, pero no menos importante: Samay. Las dos miraron con asombro ese detalle y cómo, sin que nadie le dijera o insinuara nada, distribuía a cada personaje allí. El figurín que representaba a su mamá y a la que ahora era su pareja, parecían tomados de la mano.

—Ezequiel, pero... -Vega no supo si era prudente intervenir y Samay la contuvo con un gesto suave de su mano.

—Este soy yo -dijo señalando con la punta de su dedo a cada figurita-. Esta es la tía Cris, mi mamá Vega y mi mamá Samay.

—Eh... -Se rascó un poco la cabeza mientras la abogada reía-. ¿Y mañana cuando tu maestra te pregunte...?

—Diré que soy como María Victoria.

—¡Ah! -Lo miró con atención-. Así que esas tenemos...

—Le explicaré a mi maestra que mi mamá Samay me lleva al estadio y a jugar pelota -se sentó en las piernas de la abogada, que lo rodeó de inmediato con sus brazos y lo besó con amor en la mejilla.

—Mi amor -Vega le tomó las manos-. Me encanta la idea de que tengas dos mamás, de verdad, pero... ¿No crees que es muy pronto para decírselo a tus amiguitos?

—Ya lo saben -se alzó de hombros y Vega palideció.

—¿Y a tu papá? -Lo miró con un dejo de preocupación y el niño la vio a los ojos-. ¿Quieres contarle también a tu papá?

—No -dijo convencido-. A él no.

—¿Por qué? -Sí, por un segundo sintió alivio, pero: ¿efectivamente el niño sería capaz de guardar el secreto? Y, por otro lado, sentía que no estaba entendiendo en su justa medida el concepto de tener dos madres. De momento, parecía una forma suya de llamar a una figura en su vida que parecía ser equivalente a la de Vega por sus atenciones, su energía y la calidad de su afecto. Imaginó que esa era una imagen, un concepto, que tendrían que perfilar mejor con ayuda de la terapia.

—Porque no -fue escueto, pero lo dijo muy serio y con convicción-. No me gusta hablar con él -la miró a los ojos-. No me gusta estar con él -abrazó a la abogada alrededor de su cuello-. Prefiero estar con Samay.

—Eso es indiscutible...

La puerta del departamento se abrió y a través de ella entró Cris con la nariz colorada y los ojos hinchados. Al principio, Vega y Samay, así como Ezequiel, la recibieron con una sonrisa pero, ante semejante panorama, la amiga se preocupó; se puso de pie y avanzó hacia ella, recordó en un segundo que la psicóloga regresaba a Carolina del Norte esa misma tarde y entendió al instante la naturaleza de su melancolía. La rodeó con sus brazos, la cobijó en su pecho y le besó un par de veces la cabeza.

—Ya, tontita, ya...

Ezequiel también avanzó hacia ella, abrazándola y preguntándole con preocupación qué le pasaba. Ella intentó calmarlo e hizo un esfuerzo por sonreír, lo menos que quería era ocasionarle una angustia al pequeño.

—Una persona muy especial se fue de viaje, es todo y... -le explicó al hijo de Vega sollozando-, no me gustan las despedidas.

—¿Dónde está ella?

—Estamos hablando desde que salimos del departamento y cada una tomó su camino. Justo ahora va camino a Maiquetía.

Vega la peinó un poco y le tomó la cara entre las manos.

—Todo va a salir bien, cariño. Tu psicóloga está avanzando a paso lento, pero seguro, hacia ti.

—Lo sé.

—¿Quieres un té para calmarte?

—Me gusta la idea, pero antes te quiero decir algo -se miraron a los ojos y Vega intuyó que lo que tenía para contarle era solemne-. ¿Recuerdas la proposición de mi padre?

—Sí -sonrió con malicia-. ¿No me digas que acepta un par de huéspedes más? -Rio.

—Aceptaré -dijo pasando de sus bromas. Vega la miró muy seria-. Al menos por tres semanas, pero iré.

—Me parece maravilloso, Cris. Un cambio de aires te sentará de maravilla, pero lo hablaremos con calma con un té de por medio -miró a Samay que contemplaba la escena con discreción y respeto-. ¿Bien cargado y con una de azúcar, Doctora?

—Perfecto -aceptó su ofrecimiento con una sonrisa y mientras Vega y Cris se retiraban a la cocina, ella permaneció con Ezequiel en la sala, ayudándolo a dar los últimos detalles a su maqueta.

Cris no se equivocó cuando, alguna vez, dijo que cada uno estaba ocupando el lugar que le correspondía jugar en esa historia.

Capítulo XXVIII

Mi amada Beatriz, mi ángel caído. Olvidé ya cuántas cartas te he escrito desde el día que te fuiste sin previo aviso y me entregaste, sin imaginarlo, el desafío de hacer un viaje que me llevara a mi esencia y a descubrir quién era yo y mi valor, más allá de la mujer que se aferró obsesivamente a tu afecto y a tu presencia.

Me he descubierto en tu ausencia. Casi seis años más tarde y con un camino largo andado, me he ratificado en tu ausencia y soy capaz de entender la calidad del pacto que tú y yo hicimos. Tu partida inesperada fue algo que perfectamente pudo haberme matado, de eso no me cabe duda, pero sé y siento que estuviste allí conmigo durante esos meses de absoluta oscuridad esperando a ver cómo me alzaba sobre mis tobillos y le daba la cara a la vida, avanzando hacia una autorrealización que no hubiese sido posible mientras tu aura de bondad estuviera allí, eclipsando mis compromisos o apartándome de las responsabilidades que una mujer adulta, razonable, con coraje, tiene que afrontar para ser consecuente con su viaje.

Hoy no sólo estoy aquí escribiendo estas líneas para agradecerte. Sé que, donde sea que estés, te sientes orgullosa de mí. Hoy puedo decir, con toda la dicha que la sola idea me produce, que yo también me siento complacida de la persona que soy ahora. Te he honrado a cada instante en mi viaje personal, ayudando a otros a superar sus propias ausencias y motivando a muchos a que encuentren su propia esencia, más allá de la energía que los complementaba a través del afecto y la presencia de los suyos.

Hoy también quiero decirte, mi amada Beatriz, que soy una mujer enamorada. Completamente enamorada. Creo que lo sabes. Me parece que lo sabes tan bien que tú misma tuviste la gentileza de mostrarme algo que tal vez en mi miedo o en mi cobardía yo me pude haber negado a reconocer. Eres tan generosa, siempre fuiste tan generosa, que no puedo hacer más que agradecerte porque, en parte, eres artífice de la nueva historia a cuatro manos que planeo escribir ahora en compañía de mi Cristina.

Es tan maravillosa que tendría que haber estado ciega o muy dormida como para no haber reparado en ella de la forma en la que lo hice, dejándome vencer además por su afecto. Quiero que sepas, mi amada Beatriz, que la mujer con la que compartiré mi vida a partir de ahora es honesta, inteligente, su mirada es un testimonio de verdad y su alegría es como un cántico que comienza a sonar para mí desde que el sol despunta en la aurora, hasta que las estrellas han escalado muy alto en el firmamento. Puedo identificar en ella cosas tan increíbles como su valentía, su coraje, el deseo de hacer las cosas bien y la lucidez, la completa y absoluta lucidez de su consciencia al esforzarse genuinamente por enmendar lo que está mal para estar un peldaño más arriba en su camino personal de ser una mujer excepcional.

Ustedes, tú y mi Cristina, han llegado a mi vida para hacerme ver algo que por mucho tiempo me negué a aceptar: y es que algo muy bueno debo haber hecho para ser bendecida con el amor, la lealtad y el afecto de dos personas extraordinarias. A ti te amé desmedidamente y me entregué por entero. Con Cris pretendo hacer lo mismo, pero gracias a las cosas que me enseñó tu ausencia, te prometo, me prometo, le prometo a ella que la amaré mejor. La adoraré desde la serenidad, la responsabilidad y la consciencia.

¡Gracias, Beatriz, gracias! Hoy siento que esta será la última de miles de cartas que alguna vez escribí para ti y no siento nostalgia por eso, mucho menos siento miedo. Hoy siento que puedo hablarte, sin sombras y sin culpas, de mis emociones y no sólo eso, percibo que me abrazas en el alma y me deseas buena suerte, porque sé que tu tiempo en mi vida ya pasó,

porque entiendo que fue de una calidad insuperable y porque reconozco que nos entregamos, lo mejor que pudimos, lo que acordamos brindarnos. Lo hicimos bien, mi amada, lo hicimos muy bien.

Dejaré entonces a tu alma vagar por esa casa hermosa que me mostraste en sueños, por esa playa sin final en la que me recibiste para despedirme, para marcarme la senda, aunque sé que no estarás allí por mucho tiempo. Sé que justo ahora debes estar preparando el equipaje para un nuevo viaje y no me da miedo a dónde te lleven tus decisiones ahora, porque sé que siempre existirá nuestro amor para mantenerme unida a ti, a tu energía y a tu recuerdo.

Ya no tengo miedo de que alguien más borre la huella de ese sentimiento, porque sé que hay un hilo dorado que nos mantiene unidas por encima del espacio y el tiempo. Me tomé mi tiempo pasar de las llanezas, pero ya ves que lo he logrado. Tu pupila ha aprendido y es hora de soltar.

Fuiste mi maestra, pero es hora de que yo misma tome entre mis manos la luz que me marca la senda y siga. Tú ya tienes mucho de qué ocuparte, tanto como lo hiciste conmigo, y te deseo suerte.

Te amo, eso ya lo sabes. Te recordaré por siempre, sé que estamos convencidas de que esto es un hecho. Hoy entiendo, mejor que nunca, que la muerte no es más que un breve espacio de tiempo en el que un fundido a negro nos promete el regreso de la luz, con un cambio de escenario y perspectiva.

La muerte, decirle adiós a las personas que amamos y a esa parte de nosotros que se va con ellos, no es más que el cierre de una escena, la culminación de un acto y la función debe continuar. Aún no ha bajado el telón para todos nosotros, aún no se ha retirado la audiencia de la sala y aquí estaremos, interpretando nuestro rol con la mayor pasión y lucidez que podamos entregar cada vez, para el bienestar de cada uno de los involucrados.

Hasta siempre, mi bellísima Beatriz. Ya no tengo que ir tras tus pasos. Ahora entiendo que siempre caminaste de mi lado.

No releyó las palabras que había plasmado con letra firme en ese papel. Lo dobló en cuatro partes, sacó de su bolsillo un encendedor, acercó la llama proveniente de él a una de las esquinas de esa hoja y vio a través de sus lágrimas cómo la carta se consumía, se hacía ceniza y se fundía con el viento.

Cuando su última carta fue cosa del pasado, guardó el encendedor en su bolsillo, con él sus manos y se quedó mirando al horizonte por minutos y minutos. Desde lo alto de esa colina donde estaba su residencia podía ver a las montañas encontrarse en la precipitación de un bosque denso.

Inspiró profundamente, pensó en Cris, en su sonrisa, en el calor de sus manos, en sus besos. Sonrió con todo el amor y creyó que era prudente llamarla para hablarle de su ritual. Sacó el Tank de su bolsillo y miró la hora en la esfera del reloj.

Vio con asombro que eran las 12:24. Beatriz la había escuchado.

te enamoras de lo que lees

Te enamoras de lo que escuchas

[Playlist de la Novela](#)

Acerca del autor

Ángela León Cervera



La conocí hace más de una década, era de madrugada, desde luego, porque nada hay como la complicidad muda de las noches para permitir que aflore la magia.

La vi ahí, al otro lado de la pantalla de una computadora, atisbando en vidas y afinidades y desde ese preciso instante supe que tenía un don que ella desconocía. El gentil don de escuchar.

Perdí la cuenta de cuántas mujeres recurrieron a ella para hacerla cómplice de historias, a veces dolorosas, a veces enrevesadas, a veces felices y un día, cuando ya habíamos pasado meses y

años enteros en esa caza de cuentos, como quien va al campo a atrapar mariposas, nos miramos a los ojos y nos dijimos: ¿qué haremos, socia? Pero... más aún, ¿cómo lo haremos?

Entonces Ángela insistió en respetar no sólo la integridad de las protagonistas tácitas de cada historia, sino además ponerle tono, acento, picardía y candor a cada una de esas narraciones, que, por muy extraño que lo parezca, poco tienen de ficcionales.

Aquí estamos, muchos años más tarde, con un cajón lleno de recuerdos, novelas, decisiones tomadas y cobardías que nos jugaron en contra, apostando y compartiendo, finalmente, el legado que nos dejaron todas aquellas madrugadas que definitivamente no compartiría con nadie más, si tuviera la oportunidad.

Estas historias nunca fueron nuestras del todo, mi amiga, y las devolveremos con honestidad y consciencia a quienes verdaderamente deban tenerlas.

Que vuelen, como las mariposas fuera de la red, y que polinicen corazones.

Engala Löen Vecerra

Rozando Labios

Rozando Labios es una colección de historias de amor lésbico, con mujeres reales como protagonistas de estas anécdotas verídicas, que llegaron a manos de la autora como resultado de experiencias autobiográficas o casuales confesiones.

Humanas, íntimas, complicadas, pero narradas sin demasiados recovecos, las novelas que integran la serie Rozando Labios son como sus protagonistas: cambiantes, apasionadas, cotidianas, sencillas y llenas de placeres simples que podrían identificarse con cualquiera.

El embrujo de Bécquer

Una historia de amor. Dos corazones valientes.

¿Crees en las causalidades? Una mirada fugaz y la calidez de una sonrisa, puede cambiar el sentido y la dirección de nuestras vidas y un par de mujeres están a punto de descubrir las certezas que se ocultan detrás de los mágicos encuentros.

El amor llegó en su escarabajo amarillo

Un misterio. Una aventura. Una pasión por descubrir.

Dos chicas jóvenes, impulsivas y apasionadas están dispuestas a tomar de la vida justo lo que quieren. Creen tener todo lo necesario para alcanzar el éxito en cada uno de sus proyectos y caprichos, sin embargo, la vida está a punto de darles una importante lección.

Mientras un enigmático auto amarillo aparece y desaparece por el campus de la universidad, estas jóvenes rebeldes irán descubriendo, poco a poco y paso a paso, que hay que pensárselo dos veces antes de formular un deseo, sin importar cuál sea.

¿Podrán tener el coraje suficiente para entender las insospechadas consecuencias de sus acciones? ¿Podrán confiar en sus instintos y corazonadas?

¿Podrán, finalmente, entender los alcances del amor y contar con la valentía suficiente para rendirse a una pasión que surgió de una travesura aparentemente inofensiva?

¡Acompáñalas y descúbrelo en este viaje, lleno de diversos personajes con historias conmovedoras, al ritmo del jazz, blues y mucho rock!

A Marte en Virgo

Una docena de atajos para llegar al único destino.

Mía Simón está por cumplir sus 34 años. En un poco más de tres décadas de existencia, conoció

la pérdida, el desamor, la nostalgia y aún conserva a una amiga a la que conoce demasiado bien: La Soledad.

Cuando siente que una ilusión ha llegado a su vida para cobijarle el corazón y mostrarle de nuevo el sendero del amor, una premonición podría cambiarlo todo: una carta, un signo, un ciclo solar que traerá sorpresas, con la promesa de que se avecina un cambio trascendental en su solitaria existencia.

Hechizos; un pacto tejido con las fibras del afecto más puro; y un fantasma del pasado que regresa para tomar posesión de un corazón, son solo algunas de las trampas que Mía tendrá que sortear para encontrarse, cara a cara, con su Llama Gemela y hacer tangible la felicidad que dicta un oráculo.

Una historia que aborda el amor de todas las maneras posibles, en un viaje encantador que comienza con un sorbo de Veneno.

Sonata para Natalia

A veces el amor solo puede ser para siempre.

Natalia Cercone Pissanti. Memoriza bien este nombre, porque será la única pista con la que contarás para encontrarla, una vez que la pierdas.

A sus 24 años, a pocos meses de abandonar París, Natalia es una mujer ensoñadora, tímida, cándida, noble e incapaz de arriesgarse para alcanzar lo que ansía su corazón.

La vida está a punto de arrebatarse lo más querido. Se lo puso allí, como obsequio, a través de una mirada, a través de coincidencias casi imposibles, a través de una afinidad incuestionable, pero ella temió y como suele ocurrir a los que pactan con el miedo: huyó de sus anhelos.

Ahora le espera un largo viaje: recuperar a la persona amada y entender de qué forma, en su corazón, el amor solo puede ser una cuestión de lealtad infinita.

Cuatro lágrimas de plata

Mundos paralelos que convergen en una emoción.

Una venganza inesperada servirá de pretexto para que los destinos de cuatro desconocidos, se entrelacen movidos por una emoción.

Las apariencias, el deseo de huir y construir un universo de espejismos, tejerá una red de coincidencias de las cuales no hay una salida aparente, a menos que recurran a la cordura, la honestidad y el amor.

¡El amor en su expresión más genuina!

Cada figura de la baraja en esta historia tendrá que demostrar de qué fibra están tejidos sus sentimientos para salir airoso de esta cínica mascarada y comprender, de qué forma las honestas emociones, siempre se imponen sobre la falsedad.

¿Conseguirán derrotar a las apariencias?

Soles en plenilunio

Un amanecer y dos auroras. Un crepúsculo y dos corazones

Oriana Padrón está a punto de ceder ante una relación en la cual el sexo, la diferencia de edad y las incompatibilidades, imponen la norma.

Puede que su personalidad y su forma de ser, la hagan ganarse el recelo de muchos, pero en lo más profundo de su corazón habita una mujer soñadora, compositora de versos, que ha estado dedicando sus rimas a una persona inexistente, que se niega a manifestarse en su vida.

Como las orugas que se encaminan a su crisálida para transformarse en mariposas, así Oriana Padrón descubrirá, de las manos de una desconocida, de qué forma el amor es un hábil constructor de puentes que permiten que dos almas se encuentren, mientras todo alrededor es poesía y encanto en la tierra del Realismo Mágico.

Alma de bolero

Un amor salpicado de mar, ausencia y nostalgia.

Dicen que las calles de La Habana encierran nostalgia, vestigios de recuerdo y una curiosa melancolía. No importa cuánta música, ron y risas se cuelen por sus pórticos y balcones, perderse entre sus calles es transitar una memoria velada momentáneamente por la indiferencia.

Allí, en la ciudad detenida, habita el amor, refugiándose en el rincón más profundo del corazón de Yara Leyva; un corazón que es retazo de naufragio bailando al vaivén de las olas.

Por momentos conoció la belleza y la alegría. Aprendió a identificar en lo cotidiano los pequeños milagros de la vida y a subirse a las risas, como quien aborda un tranvía que tiene como destino último la felicidad.

Pero ese momento se ha ido. Se esfumó de su vida bajo una lluvia torrencial de julio (de esas que azotan a La Habana con su furia tropical) y ahora no le queda otra alternativa mas que vivir náufraga de los recuerdos, robándole concesiones al tiempo y a la memoria, cruzándole los dedos a la vida para que la alegría, personificada en el rostro del amor, regrese.

Regrese. ¿Qué es la esperanza, sino vivir ansiando un sueño que se hace realidad?

Abril en Primavera

Una historia de amor a segunda vista

Una carta que nadie jamás leyó se convierte en la oportunidad de hacer resurgir a un amor de sus cenizas.

Abril y Suki aprendieron a ser almas libres. Cada una decidió moverse hacia la dirección en la cual las empuja su corazón, pero justo ahora, esos latidos se atraen con la misma dulzura con la que la miel seduce a las abejas.

Ambas tendrán que demostrar hasta dónde son capaces de actuar movidas por el impulso de un sentimiento que creían muerto y por el deseo de arriesgarse... ¡De arriesgarse hasta las últimas consecuencias!

¿Lograrán entender el valor de la fidelidad y comprenderán en su viaje de emociones que la lealtad es un compromiso personal?

Déjate envolver por las olas de una primavera tan cálida, que logró seducir a dos corazones, para demostrarles que El Amor a Segunda Vista, ¡es posible!

Hey, Kiki!

Todo “hasta aquí” necesita un “a partir de ahora”

¿Podrías transformar tu vida de un día para otro?

A sus 41 años, la monótona y errática existencia de María Pía Sardi está a punto de dar un vuelco inesperado.

Aparentemente todo depende de ella, pero el travieso destino disfrazado de serendipia la conducirá hacia un objeto inimaginado que podría encerrar más de una clave, capaz de arrastrarla a través de un viaje sorpresivo de emociones, reflexiones y sentimientos.

¿Te atreverías a recorrer este camino junto a ella?

Lo que tienes tú

La felicidad siempre te espera en un recodo del camino

Elena Guitart escogió muy bien a las integrantes de su cortejo. A sólo un mes de contraer matrimonio con un chico maravilloso, jamás imaginó de qué forma su festejo cambiaría la vida de todos los involucrados.

El regreso a las heridas de la infancia, comprender que siempre es acertado recorrer el mismo camino para llegar a destinos diferentes y descubrir que los celos y prejuicios pueden alejarte de las personas que realmente amas, son algunas de las enseñanzas que en sólo 35 días, siete damas tendrán que aprender.

Esta vez la vida pondrá en tus manos un bouquet de sentimientos y decisiones, que sólo los corazones más valientes están dispuestos a atajar. ¿Lo harías?

Miel para tres

El camino es más dulce si estoy a tu lado

Herederera de una soberbia y un orgullo inquebrantable, Olivia Arcand vive la vida haciendo lo que mejor sabe hacer: divertirse y evadir los compromisos. A los ojos de todos, es una mujer sociable, risueña, llena de carisma y con un espíritu envolvente, pero ella guarda un secreto que no está dispuesta a compartir con nadie.

Cuando menos lo imagina, el destino hará una de sus piruetas para poner a Olivia contra las cuerdas y empujarla al único lugar del planeta donde ansía estar y no. Donde verdaderamente la aguarda su corazón.

Olivia Arcand está a punto de descubrir que la mayor prueba de amor que puede tener consigo misma es transformarse en una mejor persona y abrazar su destino.

21 Viernes

La infatuación, la relación, el triste o feliz desenlace de una historia de amor. Son tres momentos, tres tiempos, en los cuales hemos estado en una o en numerosas ocasiones. Esta selección de cuentos cortos, inspirados en el amor que mujeres sienten por otras mujeres, es un recorrido fresco por cada una de las estaciones de la pasión. ¿Cuál podría ser la tuya en este preciso instante de tu vida? La mejor pregunta que podemos hacernos, al hacer este breve recorrido es: ¿te sucedió alguna vez? Porque a veces somos, queriéndolo o no, mujeres protagonistas de anécdotas que parecen ser universales. ¡Descúbrelas e identifícate!